Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Para mi muy estimado y fino
amigo el Dr Dr Geo. A. Pradeau,
con mis respetos por su amplia
labor numismatica e historica
sobre nuestro querido México

Noviembre 23 de 1956

J. Sánchez Garza

Digitized by Google

Digitized by Google

Peña, José Enrique de la

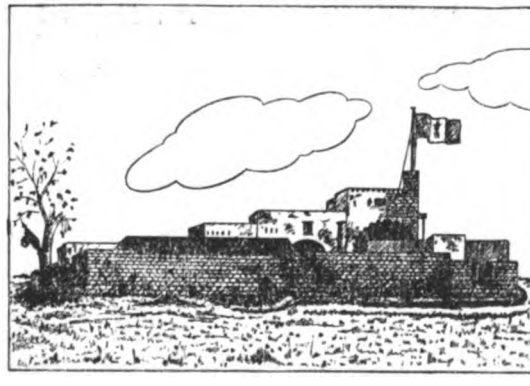
LA REBELION DE TEXAS

MANUSCRITO INEDITO DE 1836

POR UN OFICIAL DE SANTA ANNA

EDICION, ESTUDIO Y NOTAS DE

J. Sánchez Garza



MEXICO, 1955

Digitized by Google

Primera Edición, Marzo 15 de 1955.
Propiedad Asegurada conforme a la Ley por el Editor.
Copyright Reserved in the U.S.A. by J. Sanchez Garza.

Distribuidor Exclusivo: **A. Frank de Sánchez**
San Francisco 624
México 12, D. F.

Digitized by Google

Acatando los deseos expresados por el teniente coronel don José Enrique de la Peña en el Prólogo de sus apuntes, dedicamos esta obra suya

A la Nación

y al

Noble Ejército Mexicano

Por cuyo honor y gloria sacrificó gustoso las pocas horas que sus arduos deberes le brindaban, muchas veladas que pudo dedicar a esparcimientos agradables con sus compañeros de campaña y finalmente hasta la vida, como consecuencia de las persecuciones y cautiverios de que fué objeto por parte de aquellos que temían la publicación de esta obra.

EL EDITOR.

Digitized by Google

Digitized by Google

Antº Lopez de
Santa Anna

BIOGRAFIA I

GENERAL ANTONIO LOPEZ DE SANTA ANNA

(Su nombre completo era Antonio de Padua, María, Severino López Santa Anna y Pérez Lebrón, y su verdadero nombre debió haber sido Antonio López Pérez).

Nació en Jalapa, Estado de Veracruz, el día 21 de febrero de 1794. Sus padres fueron el señor licenciado don Antonio López Santa Anna y doña Manuela Pérez Lebrón. Hurgando entre mis papeles viejos encontré un documento fechado en 1789 firmado tanto por el señor licenciado don Antonio López Santa Anna, como por el señor don Angel López de Santa Anna. Este último escribano de S. M. Público de Cabildo, Gobernación y Guerra de la Nueva Veracruz, y el primero, o sea don Antonio, que también firmaba Antonio López López Santa Anna, fungía igualmente como Escribano Real de la misma plaza.

En 1810 los padres de nuestro biografiado quisieron dedicarlo al servicio del rey Fernando VII en el ramo comercial, pero Antonio se empeñó en seguir la carrera de las armas, y el 6 de julio del mismo año, cuando aún no tenía la edad reglamentaria, sentó plaza de cadete en el Regimiento Fijo de Veracruz, que mandaba el entonces coronel don Joaquín de Arredondo.

Su primera acción guerrera ocurrió el 10 de mayo de 1811, cuando el coronel Arredondo atacó al lego Villerías cerca de Matehuala, y su bautizo de sangre fué el 28 de agosto del propio año, en los Altos del Romeral, cuando fué herido de un flechazo en el antebrazo izquierdo por salvajes al mando del indio Rafael. El 18 de agosto de 1813 concurrió a la batalla que en el Río Medina (Texas) sostuvo el ya brigadier Arredondo contra fuerzas insurgentes al mando del cubano don José Alvarez de Toledo. En esta acción ganada por Arredondo se hicieron varios cientos de prisioneros nacionales y extranjeros que inmediatamente se mandaron ahorcar para escarmiento de los sublevados.

Durante la guerra de Independencia Santa Anna militó, como antes se menciona, en el ejército realista, ascendiendo a jefe de sección, cuyo mando conservó hasta 1821 cuando se incorporó al Ejército Trigarante. En 1821 Iturbide lo ascendió a coronel efectivo, pero inconforme Santa Anna con el establecimiento del Imperio y más que todo lastimado en su amor propio por que el Emperador no le permitió cortejar a su hermana María Nicolasa, Princesa de Iturbide, se rebeló en Veracruz el 1ro. de febrero de 1823, proclamando el Plan de Casa Mata, que finalmente derrumbó aquel sistema de gobierno.

El general Santa Anna, como todos los viejos soldados del siglo pasado y muchos del actual, era afecto a la baraja, la verija y la botija; fué un hombre sumamente dinámico, valiente, caprichoso y jugador empedernido, especialmente de las peleas de gallos (por las que muchas veces pospuso hasta las juntas de ministros), de las carreras de caballos, de la ruleta y particularmente gozaba con azuzar las pasiones políticas, porque ambicionaba no sólo el poder sino las aclamaciones y la gloria. El teniente coronel don José Enrique de la Peña, en los apuntes que ahora se publican, nos lo retrata con mucha viveza; pero en el Anexo Nº 5 hace una pintura magistral de su actuación hasta 1838.

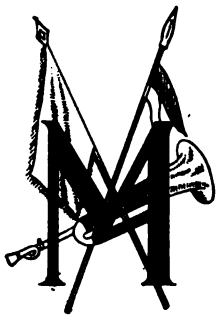
Digitized by Google

ESTUDIOS PRELIMINARES

Digitized by Google

Digitized by Google

PREÁMBULO



UCHO SE HA ESCRITO —con verdad algunas veces, tendenciosamente otras y con falsedad las más— acerca de la nefasta campaña de Texas; pero eso sí, tantas cuantas se ha traído a colación tan escabroso asunto, ha sido con mucho prejuicio y no menos parcialidad, dada la apasionante naturaleza de tan importante hecho histórico. Porque, los intereses creados en la naciente política de aquel entonces, los datos falseados de acuerdo con las conveniencias de los que los utilizaban, e infinidad de obstáculos llenos de vileza, han impedido que se conozca claramente la realidad de los acontecimientos. Y, desgraciadamente no paran allí las consecuencias, pues algunos historiadores guiados por la falsificación de los hechos, obscurecen cada vez más la verdad. De aquí la imperiosa necesidad de que los estudiosos de la historia conozcan estos manuscritos, redactados en el fragor de la campaña por el teniente coronel don José Enrique de la Peña, testigo no sólo ocular sino participante en grado heroico[1] en algunas batallas y particularmente en el ataque del Alamo. El manuscrito, según deseos del autor, se intitula: *Reseña y Diario de la Campaña de Texas;* no se publicó luego por penuria y porque Filisola y después Santa Anna usaron de todos sus artificios para impedirlo; pero, cerca de ciento veinte años después, nosotros, amantes de la verdad, aunque duela, y con gran afición a la historia, lo sacamos del polvo del olvido para que cumpla con el fin para que fué escrito. Lo hemos

1 Así lo testifican el general de brigada don José Urrea, el coronel don Francisco Luque, el teniente coronel don Pedro de Ampudia y el coronel don Agustín Amat, en cuatro documentos publicados en "El Mosquito Mexicano", tomo III, No. 94, pp. 273, 28 de febrero de 1837, que nosotros reproducimos íntegros por su gran importancia, en esta obra, al final del Anexo No. 3.

Digitized by Google

rescatado cuando ya la humedad, la polilla y los ratones comenzaban a destruirlo, lo desciframos y estudiamos hasta agotar las fuentes de información a nuestro alcance, allanamos no pocas lagunas y aclaramos casi todos los móviles que impidieron su publicación; hemos seguido, además, hasta donde humanamente nos ha sido posible, como luego veremos, la romántica, bizarra y honrada figura de su autor: militar valiente, luchador justo, inteligente, observador y sobre todo periodista. Periodista de combate.

BIOBIBLIOGRAFÍA

Biografía

Tarea muy difícil ha sido para nosotros descorrer el pesado velo que cubría la hasta ayer enigmática figura del teniente coronel don José Enrique de la Peña. Pero, aprovechando las facilidades que brindan a los investigadores en el Archivo de Cancelados de la Secretaría de la Defensa Nacional, en el Archivo de Documentos Históricos del Museo Nacional, y principalmente, en la Hemeroteca Nacional, hemos logrado recoger los suficientes datos para sacar del anonimato a quien nos legó, a través de viriles, valiosos e inteligentes manuscritos, la historia más minuciosamente observada, pintoresca y verídica de la malhadada campaña de Texas.

Nació el teniente coronel de la Peña en el Estado de Jalisco,[2] por el año de 1807,[3] según las deducciones que hemos hecho de los

2 En uno de los muchos comunicados que, bajo el seudónimo de *El amante de la Marina*, publicó el importante trisemanal "El Sol", o sea el correspondiente al 10 de agosto de 1828, p. 7421, en el penúltimo párrafo, el señor de la Peña dice textualmente: "Por último, no soy español, ni siquiera hijo de ellos, y por si quisieran saber de donde soy, les diré que de Jalisco y nada más que jalisciense."

Y el dato anterior queda confirmado en el primer párrafo del comunicado publicado en "El Cosmopolita" de México, D. F., tomo III, No. 112, p. 3, de enero 2 de 1839, que principia como sigue: "Señor comandante general.—José Enrique de la Peña, teniente coronel del ejército, mexicano de nacimiento en el que fué Estado Soberano de Jalisco, etc. etc."

3 En el libro intitulado *La Guerra de Texas*, Causa formada al Gral. Filisola por su retirada en 1836, en la p. 181, al final de la declaración rendida por el teniente coronel

Digitized by Google

datos que él mismo nos facilita. Orgulloso proclama, repetidas veces, que es originario del Estado de Jalisco; es decir, de aquel bello girón de nuestra tierra, cuna de preclaros varones en todas las ramas del saber humano. No sabemos qué día, ni en qué lugar exactamente fué su nacimiento —lo cual ha obstaculizado nuestras investigaciones—, como también ignoramos el nombre de sus progenitores. No obstante, suponemos que por los prolongados disturbios subsecuentes a la Guerra de Independencia, sus padres, como muchas otras familias del interior, abandonaron la provincia para venirse a radicar a la capital de la República, donde el joven de la Peña seguramente terminó su educación escolar y la profesional, hasta recibirse de ingeniero, o perito minero, como se denominaban en aquel entonces. Todavía en 1831, en calidad de oficial de marina, concurrió al Colegio Militar a estudiar el segundo curso de matemáticas y otras materias superiores; teniendo que abandonar los estudios por las continuas convulsiones políticas que agitaban el país.

Por certificados que le expidieron algunos de los principales jefes del ejército de operaciones sobre Texas,[4] y por las constancias en su expediente de guerra, hemos averiguado que era un joven de buenas costumbres, fuerte, de mediana estatura, inteligente, de nobleza singular, observador, infatigable y animoso para escalar puestos distinguidos y enriquecer sus ya amplios y profundos conocimientos. Dado su carácter, muy de acuerdo con la tierra que lo vió nacer, contaba con un sinnúmero de verdaderos amigos que le fueron fieles aun cuando estuvo en la desgracia. Se contaban entre ellos al general don Melchor Múzquiz, que fué Presidente de la República en 1832; al general don Rómulo Díaz de la Vega; al general don Miguel Miramón y don Angel del mismo apellido, habiendo sido estos tres últimos condiscípulos suyos en el Colegio Militar; al general don José Urrea y otros muchos más que sería largo enumerar.

José Enrique de la Peña, textualmente se leo: "que no tiene más que decir; que lo dicho es la verdad, a cargo de la palabra de honor que tiene otorgada, leída que le fué esta su declaración, en que se afirmó y ratificó, expresando ser de edad de veintinueve años; lo firmó con dicho señor Juez Fiscal y el presente secretario. Eulogio de Villaurrutia (rúbrica), José Enrique de la Peña (rúbrica). Ante mí, Miguel de Aponte (rúbrica).

4 Véase la nota 1.

Digitized by Google

Su carrera literaria

Fué su patriotismo, las injusticias que diariamente se cometían y su desmedido valor civil los que impulsaron al teniente coronel de la Peña, a la temprana edad de 19 años, a escribir en la prensa sus primeros artículos. El año de 1828 expuso con bien fundadas razones al Ministerio de Guerra y Marina, en su calidad de oficial de marina, los resultados de la nefasta actuación del almirante David Porter, de origen norteamericano, por la notoria parcialidad de este jefe hacia los súbditos extranjeros que prestaban servicios en la marina nacional, postergando a los nacionales. El Ministerio no dió importancia a tales advertencias, y el teniente coronel de la Peña, en vez de humillarse ante dicho extranjero, prefirió dejar la carrera a pesar de tenerle verdadera vocación y cariño. No pudiendo sofocar las ansias que le ahogaban por externar sus sentimientos en contra de las injusticias que había presenciado, escribió su primer artículo en "El Correo de la Federación".[5] En él, como en otros escritos similares publicados en "El Sol", analiza con mucho conocimiento el problema de la marina, con tan certera visión que, si se editaran formarían un libro de sumo interés que nos ilustraría ampliamente respecto al desorden con que se manejaba la Marina Nacional en aquella época tan tormentosa para nuestro país. El tiempo, desgraciadamente, vino a corroborar sus acertados vaticinios, tanto en lo referente a la pésima actuación de Porter, como en las ideas que sugirió respecto a la traslación de la Escuela Naval de Tlacotalpan y Córdoba, al puerto de Veracruz, donde actualmente se encuentra.[6]

Por la forma tan espontánea y agradable con que escribió sus

---

5 "El Correo de la Federación", tomo V, No. 569, pp. 3 y 4. Escribió con el seudónimo de *Un amante de la Marina*. Mayo 23 de 1828.

6 Extracto de una carta dirigida desde Cuernavaca, el 19 de agosto de 1832, al Excmo. Sr. Presidente general don Melchor Múzquiz, (en el archivo de documentos históricos del editor): "El año de 28 me separé voluntariamente del servicio de la marina, con el objeto de hacer conocer al Gobierno y a toda la nación que Porter y los extranjeros que estaban al servicio no eran inmaculados como se creía y que por mil causas distintas contribuían a la ruina de aquel cuerpo. La luz pública vió en el periódico "El Sol" mis mamarrachos, dictados por el más puro patriotismo y tuve el sentimiento de que se cumpliera cuanto en ellos dije."

Los aludidos *comunicados* publicados en "El Sol", bajo el seudónimo de "El amante de la Marina", aparecieron en las fechas que a continuación se indican:

Digitized by Google

comunicados, podemos afirmar que tenía gran facilidad y dominio de estilo para hilvanar sus escritos; así que, cuando se decidió a escribir su *Reseña y Diario de la Campaña de Texas,* estaba perfectamente bien entrenado para hacer la narración de los hechos; de aquí que, además de la precisión de detalles y observaciones, le haya imprimido un sello muy particular de buen gusto y amenidad. Además, podemos afirmar con toda seguridad, que reunía como ninguno de los que se encontraban en aquella campaña, condiciones muy especiales para valorar debida y justamente desde el punto de vista militar, y como buen mexicano, todas las vicisitudes de aquella desventurada expedición.

Cuando regresó de la campaña, a fines de 1836, fué llamado a declarar en calidad de testigo en la causa instruída contra el general Filisola, por su cobarde retirada en 1836; pero, a pesar de la vileza que dicho general cometió al retirarse del teatro de la guerra teniendo todos los elementos para triunfar, fué absuelto de los cargos que se le imputaban, lo que motivó que el teniente coronel de la Peña publicara un artículo en "El Mosquito Mexicano",[7] en el que se sorprende por tan descabellada e incomprensible absolución. La contestación de Filisola no se hizo esperar en el mismo periódico y, el 10 de febrero, asombrado ante la temeridad de "Peñita" que lo

---

1828:

1) Julio 24, p. 7353; 2) julio 25, p. 7356; 3) julio 29, p. 7372; 4) julio 30, p.p. 7376/7; 5) julio 31, p.p. 7379/80; 6) agosto 1, p. 7384 (al final de este comunicado nuestro biografiado dice: "No doy mi nombre porque soy enemigo de andar en papeles públicos, pero ningún marino de los que me conocen ignorará quién es vuestro seguro servidor *El Amante de la Marina*); 7) agosto 10, p. 7421, (bajo el mismo seudónimo: en el penúltimo párrafo de este comunicado dice a la letra: "Por último, no soy español, ni siquiera hijo de ellos, y por si quisieran saber de dónde soy, les diré que de Jalisco y nada más que jalisciense." 8) noviembre 19, p. 7825, (este comunicado está fechado en Tenancingo el 15 de septiembre de 1828); 9) noviembre 20, p. 7829; 10) noviembre 21, p. 7832; 11) noviembre 23, p. 7841; 12) noviembre 24, p. 7845; 13) noviembre 25, p. 7849; 14) noviembre 27, p.p. 7856/7, (este comunicado, último publicado en 1828, aparece bajo el seudónimo *El Siempre Amante de la Marina.*

1829:

15) Septiembre 24, p.p. 342, 343 y 344; 16) septiembre 25, p.p. 345, 346 y 347. (Con estos dos comunicados finalizan las observaciones y recomendaciones que nuestro joven biografiado hizo por medio de la prensa al Supremo Gobierno sobre el estado que guardaba la Marina Nacional, y el último aparece firmado con las iniciales J.E.P., o sea José Enrique de la Peña).

7 "El Mosquito Mexicano", 3 de febrero de 1837, tomo III, No. 87, p.p. 3 y 4, bajo el seudónimo *Un Admirador de Texas.*

Digitized by Google

descubre a la opinión pública, el general escribió un rabioso comunicado en el que va desde el insulto hasta la ofensa. El teniente coronel de la Peña contestó con otro artículo que ocupó casi todas las columnas del aludido trisemanal durante varias publicaciones, o sean las correspondientes a los días 21, 24 y 28 del mismo febrero de 1837, y en él sostenía su versión sobre los errores cometidos, la maldad y la carencia absoluta de pundonor militar del general Filisola, después del desastre de San Jacinto. Puede decirse que el último artículo pulverizó a dicho general, pues ya no tuvo ánimos ni valor para continuar la polémica;[8] a pesar de que, como su joven y bizarro impugnador decía, peleaba "como un pigmeo contra gigantes", contra quienes no solamente ocupaban los más elevados puestos públicos, sino también contaban con poderosos partidarios políticos. El tiempo, desgraciadamente, ha venido a corroborar lo que el teniente coronel de la Peña sostuvo en sus valientes comunicados, como lo prueban los siguientes fragmentos de la Introducción de *La Guerra de Texas, causa formada al general Filisola por su retirada en 1836*,[9] suscrita por G.A.S. (Gustavo A. Salas): "El error más sobresaliente de la campaña de Texas es la imperdonable obediencia de Filisola a las órdenes que le dió Santa Anna, ya preso; esta falta no tiene ninguna excusa en México donde aún silba la piedra lanzada por Cuauhtémoc contra Moctezuma cuando éste, prisionero de los españoles, intentó dar órdenes a los suyos para que permanecieran sumisos. Filisola pretende justificar su retirada, pintando un estado de cosas que no llega a comprobar y toda su actitud en el proceso, lejos de favorecerle, perjudica grandemente su reputación militar, pues a la falta cometida de obedecer a un general prisionero se añade su ineptitud como conductor de la campaña. La retirada con 4,000 hombres cuando el enemigo contaba con un número notoriamente inferior, es injustificable, tanto más cuanto que Filisola sabía que en el camino que iba a recorrer no encontraría los elementos necesarios para alimentar la tropa; en cambio, de haberse decidido a avanzar podría hacerse de todo aquello que le faltaba a más de que, con toda probabilidad, hubiera obtenido una victoria decisiva sobre los texanos."

8 Véase el Anexo No. 3.

9 *La Guerra de Texas*, Causa formada al General Filisola por su retirada en 1836. Introducción p.p. 5 y 6, publicada en los "Boletines del Archivo General de la Nación", tomo X, vols. 1, 2 y 3, México, 1939.

Digitized by Google

"Dice Valadez en su obra *Santa Anna y la Guerra de Texas* que, 'nativo de Italia, sin personalidad de combatiente en el ejército mexicano, tipo de burócrata carente de iniciativa, timorato y complaciente, no era el general Filisola el llamado a lanzarse a una aventura como la de ir a rescatar a Santa Anna de manos de Houston'. Filisola había sido siempre un infortunado cuando había tenido el mando de fuerzas en calidad de general en jefe. Desde la retirada de Guatemala, en la que obró con un espíritu poquitero, hasta la campaña de Texas, es siempre el mismo. Santa Anna que lo conocía había hecho de él su segundo en jefe, no por sus dotes militares, sino porque era hombre minucioso que sabía desempeñar a la perfección las labores burocráticas dentro del ejército, etc., etc."

Como datos complementarios y por considerar que han sido inadvertidos por los investigadores, incluímos a continuación los siguientes:

Tres días después del desastre de San Jacinto, o sea el 24 de abril, es decir, tres días antes de recibir el recado de Santa Anna comunicándole que estaba prisionero y al mismo tiempo lo relativo al convenio que había concertado para la cesación de las hostilidades; el general Filisola, para justificar la retirada que había ordenado desde el 23 por la mañana, celebró una junta de guerra con los principales jefes del ejército, de los cuales cinco eran de origen extranjero y únicamente dos mexicanos, a saber: Filisola, italiano; Woll, francés; Tolsa, cubano; Ampudia (aunque el teniente coronel de la Peña dice en sus apuntes que su acento lo denunciaba como andaluz, nosotros hemos descubierto que era cubano); y, el general Gaona (a quien nuestro biografiado consideraba mexicano), también era cubano. Los jefes mexicanos eran Ramírez y Sesma y Urrea. Como es costumbre en toda clase de reuniones de esta índole, la mayoría ganó la votación, así que, Filisola, apoyado por todos los jefes extranjeros a quienes poco, muy poco, importaba la gloria de México y el honor del ejército nacional, determinó con oprobiosa conducta, una vergonzosa retirada que, por el desorden y lo precipitada, más bien parecía una fuga. El único que se opuso abiertamente a ella fué el general Urrea, pero su voto no fué secundado ni siquiera por el general Ramírez y Sesma. A la oficialidad no se le dió ocasión de externar oficialmente sus opiniones, y a aque-

Digitized by Google

llos, como el teniente coronel de la Peña, que osaron hacerlo, se les amenazó con severos castigos por faltas a la disciplina, de acuerdo con el reglamento militar.[10]

En la obra antes citada *La Guerra de Texas, causa formada al general Filisola por su retirada en 1836,* se indica que el proceso terminó con la absolución de dicho general, sobresellándose la causa con la declaración de no quedar por ese acontecimiento perjudicada su buena opinión y fama. Debemos advertir sobre este particular que don Eulogio de Villaurrutia, fiscal de dicha causa, había obtenido en el año de 1830 una concesión para colonizar en Texas con 500 familias, según consta en el Archivo de Documentos Históricos del Museo Nacional. En consecuencia, es lógico deducir que, el referido fiscal tuvo que solidarizarse inclinándose descaradamente a favor de Filisola, concesionario también de predios en Texas; puesto que los terrenos de ambos aumentarían notablemente de valor, si aquella provincia consumaba su independencia. ¿O se podrá acaso, llegar a otra conclusión?

---

10 En el libro intitulado *Memorias para la Historia de la Guerra de Texas,* México, 1849, p.p. 251/2, dice el general Filisola: "Esa noche vinieron a parar en el arroyo llamado de San Diego: el general Tolsa y el coronel Amat, le hicieron presente que entre el capitán don Enrique de la Peña, y otros tres oficiales jóvenes, habían vertido algunas palabras que tendían a criticar el movimiento que se ejecutaba, siendo la primera vez que llegaron a su conocimiento, murmuraciones de esta clase.

"Sin duda estos eran los resultados del mal ejemplo de uno de los generales. Hizo, en consecuencia, citar a su tienda a todos los generales y jefes de los cuerpos, y para cortar de raíz toda murmuración, les manifestó la situación del ejército, cuáles eran sus intenciones, reservándose, sin embargo, las especies que creyó conducentes, de una y otra clase. Después, procedió a indicarles la murmuración de que se le había dado parte, callando el nombre de los que habían faltado, de los que dos se hallaban presentes; les recordó que había una real cédula vigente, contrayéndose a la defensa de las plazas, que él, sobre su responsabilidad, haría aplicable en aquel caso; la cual previene, que en los casos difíciles, en que el gobernador de una plaza no se atreva a defenderla, y hubiere algún otro jefe, o aun subalterno, que ofreciere efectuarlo, tomara inmediatamente el mando; porque él estaba muy lejos de creer que su opinión era la mejor o más acertada y antes por el contrario, obedecería ciegamente al que presentase un plan de operaciones bien concertadas, que diesen un resultado feliz, o se obligaba a llevarlo adelante, sin la menor variación.

"No hubo general, ni casi jefe alguno, que no tomara la palabra para increpar a los murmuradores, pidiendo a una voz fuesen castigados, con arreglo a la ordenanza. Los tranquilizó Filisola, y les hizo ver que aquello podía ser una producción de sentimientos nobles y honoríficos, sin intenciones de ofenderle, ni de faltar a la disciplina, porque la juventud de todos ellos, no les podía haber dado la experiencia suficiente para conocer lo perjudicial que son en todo ejército, semejantes murmuraciones; que por lo tanto, por aquella vez quedaban dispensados, y que esperaba que en lo sucesivo, no darían ocasión, ni ellos ni otros, de aplicarles la pena respectiva, que estaba decidido a hacer efectiva, sin consideración a clase, ni persona alguna."

Digitized by Google

Pero volvamos a la figura del teniente coronel de la Peña, sigamos su limpia trayectoria después de haber impugnado valientemente a Filisola. En 11 de abril de 1837 fué comisionado al Departamento de Sonora, a las órdenes del general don José Urrea. A fines de ese año se levantaron, en muchos Estados de la República, candentes protestas contra el sistema de gobierno centralista y en favor de la Constitución de 1824. Con este motivo el general Urrea suscribió un plan el 26 de diciembre sosteniendo dicha Constitución; el teniente coronel de la Peña, después de considerar que efectivamente el país necesitaba dicho cambio, como comandante militar del distrito de Baroyeca, dirigió una patriótica y entusiasta proclama a la guarnición, a sus compañeros y amigos, que fué publicada junto con el acta respectiva en "El Cosmopolita".[11]

Esta asonada que encabezó el general Urrea, a quien mucho estimaba el teniente coronel de la Peña, fué lo que más tarde le ocasionó a éste una serie interminable de vejaciones, encarcelamientos, desilusiones y, finalmente, una muerte prematura. El general don Mariano Paredes, por órdenes de don Anastasio Bustamante, Presidente entonces de la República, destacó elementos militares muy superiores para sofocar el levantamiento del general Urrea, y, en junio de 1838, según veremos en su lugar, fué hecho prisionero el teniente coronel de la Peña en el puerto de Mazatlán y trasladado a Guadalajara, de donde envió varios comunicados que se publicaron en "El Cosmopolita";[12] por medio de ellos manifiesta encontrarse enfermo, incomunicado y sin poderse atender con un facultativo particular, puesto que sus esbirros se lo prohibían, contra todo sentimiento humanitario.

En el mismo periódico, 12 y 19 de octubre de 1839, aparecen varios de sus comunicados, el primero escrito en el hospicio de Guadalajara (transformado en prisión militar) el 6 de marzo, donde dice que escribió un cuaderno (folleto) para vindicarse de una indigna imputación que le hicieron algunos de sus compañeros de

---

11 Véase el Anexo No. 4.

12 "El Cosmopolita", México, D. F., tomo III, No. 112, enero 2 de 1839, p.p. 2 y 3.
"El Cosmopolita", México, D. F., tomo IV, No. 20, 12 de octubre de 1839, p.p. 2, 3 y 4.
"El Cosmopolita", México, D. F., tomo IV, No. 22, octubre 19 de 1839, p.p. 3 y 4.

Digitized by Google

infortunio; el segundo fechado el 6 de junio en Durango, donde permanecía en cautiverio y enfermo. No hemos podido saber cuando quedó en libertad, aunque suponemos que fué en el año de 1840, pues obran en nuestro poder dos cartas particulares fechadas en marzo 16 y 3 de mayo de ese año y por el contexto de ellas se deduce que ya no estaba en la prisión.

Hemos revisado minuciosamente todos los periódicos existentes en la Hemeroteca Nacional desde el año de 1839 hasta el de 1847 y no hemos podido encontrar noticias suyas, por lo que nos atrevemos a creer que murió por los años de 1841 o 1842, pobre, olvidado y víctima de enfermedades mal curadas, contraídas en su largo y criminal cautiverio.

Aquí termina, para nosotros, la vida de este bravo, alegre y romántico oficial tapatío que, sacrificando sus horas de descanso y venciendo las innumerables dificultades de aquella desventurada campaña, pudo escribir y legarnos su *Reseña y Diario de la Campaña de Texas,* manuscritos de incalculable valor histórico que vendrán a aclarar muchos datos falsos, y a enderezar la historia de este suceso de tan ingrata memoria para México.

Su Carrera Militar

Es muy sabido, por todos los que conocemos algo de historia patria, que destruídas todas las fuentes de trabajo durante los once largos años que duró la gesta libertaria, México se incorporó en 1821 feliz por haber logrado emanciparse del yugo español; pero, agotado completamente en su comercio, agricultura, minería y raquíticas industrias, e impreparado y débil para encarrilarse rápidamente por la senda del trabajo y del progreso; ya que, a todo lo anterior sucedieron las interminables guerras fraticidas y todas sus inevitables consecuencias de miseria, peste, crímenes políticos, rapiña y faltas de garantía.

En estas condiciones los jóvenes de aquella época no tenían otra alternativa que los empleos burocráticos, que se obtenían a base de influencias, o abrazar la carrera de las armas. Por lo tanto, después de recibirse de ingeniero el joven de la Peña optó por lo último; y, por los documentos existentes en su expediente, sabemos que

Digitized by Google

se dió de alta por el año de 1825, como veremos en seguida, es decir a los 18 años de edad.

Los datos que a continuación damos los hemos obtenido de varias fuentes, principalmente de un expediente incompleto que existe en la Dirección del Archivo de Cancelados de la Secretaría de la Defensa Nacional, bajo el rubro: "Años de 1829-1837, folios del 1 al 82, caja número 17-XI/111/7-19519, año de 1944: Peña, José Enrique - capitán 1/o de Cab." Según el referido expediente el señor de la Peña entró al servicio como aspirante de primera clase en la Marina Nacional, el año de 1825, habiéndose embarcado en la Corbeta Libertad, hecho que confirma él mismo, en el periódico "El Sol".[13] A fuerza de méritos logró ascender hasta segundo teniente de la armada, separándose del servicio activo de la marina en 1827, por las inconsecuencias de que fué objeto por parte del almirante David H. Porter, según el mismo de la Peña nos informa en "El Sol".[14] El año de 1827, cuando aún se encontraba en el cuerpo de ingenieros del ejército, dependiente del Departamento de Marina, solicitó ir de agregado a una de las legaciones de Europa, solicitud que no le fué concedida por las razones que se explican en el folio 36 del expediente arriba citado. En julio de 1829 concurrió al ataque de Tampico contra el brigadier español Isidro Barradas, teniendo ocasión de distinguirse con mucha brillantez.[15] Uno de los folios contiene la instancia del señor de la Peña suscrita en agosto de 1830, manifestando haber sido atacado por la abominable peste de la viruela, que lo había tenido recluído más de tres meses sin que hasta aquella fecha pudiera decir que estaba completamente bien de salud, etc. En el mismo expediente se encuentra otra instancia igualmente suscrita por él, que entre otras cosas dice: "El año de 29 marchaba rumbo a Veracruz con objeto de embarcarme, siendo

---

13 "El Sol", año sexto, número 1873, p. 7376, de junio 30 de 1829.

14 Ver la nota 5.

15 En el expediente de guerra que existe en el Archivo de Cancelados, de la Defensa Nacional, se encuentra una constancia de la cual extractamos lo siguiente: El señor de la Peña estuvo comisionado por orden expresa del Supremo Gobierno fuera del departamento de Marina desde el 6 de diciembre de 1829 hasta el 1o. de noviembre de 1832, con muchas recomendaciones de sus servicios del E. S. general en jefe del Ejército Libertador don Antonio López de Santa Anna y de su mayor general don Juan Arago, que por fin le valieron su ascenso a capitán de caballería permanente.

Digitized by Google

segundo teniente de la armada, y habiéndome demorado en Jalapa, con permiso del comandante general de aquel Estado, que lo era entonces S. E. el general Santa Anna y a virtud del plan de aquella villa, que tenía por objeto restablecer las autoridades legítimas y que muy luego se varió en la capital, el señor Bustamante me comisionó para hacer servicio de tierra en campaña como lo hice de ayudante de campo del señor general Múzquiz y posteriormente en la secretaría de aquel señor hasta mi agregación al cuerpo de ingenieros." En 1831, folio número 50, fué comisionado por el Departamento de Marina para estudiar en el Colegio Militar, el segundo curso de matemáticas y otras materias superiores, y por los datos en su expediente, folio número 51, se infiere que tenía a su cargo una compañía de alumnos que tuvo que entregar para marchar a Acapulco, excusándose por una enfermedad; pero como consecuencia de las convulsiones políticas se vió obligado a abandonar los estudios. En el mismo expediente existe un folio fechado el 14 de febrero de 1833, que dice: "El general Arago opina que se le revalide el despacho de capitán de caballería que le expidió el Exmo. señor general Santa Anna, como recompensa de los servicios prestados en la última campaña, mas no el grado de teniente coronel, por estar prohibidos por la ley de 17 de marzo de 1826, sin embargo de que lo considera acreedor a la distinción." Y en el siguiente folio se lee: "En acta celebrada en 14 del presente acordó esta Junta lo que copio: 'En la ciudad federal de México, a 14 del mes de febrero de 1833, reunidos en la junta los CC. Presidente y Vocales presentes, tomaron en consideración el expediente promovido por el segundo teniente de la armada, don José Enrique de la Peña y en vista del sobresaliente informe que produjo el señor director general de Ingenieros, de los certificados que acompaña y de los servicios que ha prestado en la última guerra, acordaron ser justa la revalidación del despacho de capitán de caballería que le confirió el E.S. don Antonio López de Santa Anna, y aunque lo creen igualmente acreedor a la revalidación del despacho de teniente coronel concedido por el mismo general, no le consultan así al Supremo Gobierno sino para el caso de que éste inicie una ley por la que se le conceda la facultad de acordar esta gracia a los militares que se hayan distinguido en sostén de la causa de la libertad, pues que hoy se lo prohibe la ley de 17 de marzo de 1826, etc." Según el folio número 65, con fecha

Digitized by Google

7 de marzo de 1833, se le expidió despacho de capitán suelto de caballería permanente, con antigüedad de 1ro. de noviembre de 1832. En el folio 32 de 8 de mayo de 1833 se lee que el señor vicepresidente tuvo a bien acceder a la solicitud del capitán de caballería señor de la Peña sobre que se le agregue por el término de dos años a una de las legaciones mexicanas en Europa. En el folio 43 de 19 de septiembre de 1833, manifiesta a la superioridad que, ínter termina la revolución y se le designa la legación de Europa a que ha de ir, como se le tiene concedido, desea acreditar su amor al sistema federal y su decisión de sostener el actual orden de cosas de que es entusiasta; sin embargo de su repugnancia a varias personas venales y corrompidas que llamándose amigas del Supremo Gobierno le perjudican más que los enemigos que han tomado las armas, por lo que suplica se sirva mandar las órdenes correspondientes para su marcha a la División Federal de S.E. el general Presidente, etc. En 11 de octubre de 1833 folio 25, el señor don Gabriel Durán, benemérito de la Patria, general de brigada y jefe de la primera división del Ejército Regenerador, certifica en cuanto puede y debe que al ser hecho prisionero el teniente coronel don José Enrique de la Peña y el capitán don Andrés Videgaray, se defendieron con honor y después se han conducido con la delicadeza propia de oficiales del ejército mexicano, etc. Según el folio 45, con fecha 23 de diciembre de 1833, se ordena que el señor de la Peña marche a unirse a la división de S.E. el Presidente. Con fecha 22 de mayo de 1835, folio 22, solicitó pasar a los Estados Unidos del Norte, agregado a la legación mexicana, y con fecha 26 del mismo mes se le notificó que estando concedido su pase a Europa se le reitera esta concesión, marchando con la legación que se prepara para Londres. Según el folio 61, de julio 23 de 1835, el señor de la Peña hace presente a la superioridad lo atrasado que se halla en su carrera, y acompaña certificados testimoniando los servicios que prestó en la campaña de Guanajuato, por que le concedió un grado que el interesado no había reclamado, y también la que hizo a las órdenes del general Arago en el Sur, en virtud de lo cual suplica al Gobierno se sirva conferirle el ascenso a que se considera acreedor. En este folio aparece una nota del director de Ingenieros, afirmando que el interesado es de buena conducta civil, etc. En los folios 36 y 38, conteniendo instancias firmadas por el señor de la Peña con fechas 15 de septiembre

Digitized by Google

de 1835 y octubre del mismo año, solicita que en vez de designarlo para la legación de Londres, que no le conviene por el clima, idioma y más que todo por lo caro de los objetos necesarios para subsistir, pide marchar a Francia, en los mismos términos que los oficiales de ingenieros, etc. El 7 de diciembre de 1835, folio 9, reclama a la superioridad su actitud rara, puesto que, es público y notorio que todos los militares de 1830 a la fecha han tenido mejoras en su carrera; habiendo algunos que sentaron plaza en 1832 o 1833 y ya tienen un grado igual o superior al de él *que ya tiene diez años de servicios.* También manifiesta que, a pesar de la facilidad con que se han dado ascensos en el tiempo mencionado, a él, que ha prestado servicios en campaña exponiendo su vida, se la ha conferido únicamente el de teniente coronel, que se ha concedido a numerosas personas sin tener méritos, por lo que no lo considera como premio a los servicios prestados. Al mismo tiempo expone que por no haberle expedido el cuerpo de Marina la hoja de sus servicios, adjunta cuatro certificados de los que tiene prestados al Supremo Gobierno, para que en atención a éstos la superioridad lo congracie con el ascenso que él cree tener merecido. El folio diez dice en concreto que no tiene hoja de servicios, pero esto se debe a que con fecha reciente se le dió de alta en el arma de caballería. Según el folio 5, con fecha 17 de diciembre de 1835 se le ordena que pase al batallón de Seguridad Pública, pero él solicitó que se le sustituyera porque se hallaba de orden general agregado al batallón de Zapadores. En ninguno de los folios del expediente se menciona que participó en la campaña de Texas, ni su actuación en el ejército durante todo 1836; pero, por su *Reseña y Diario de la Campaña de Texas,* sabemos, que no obstante su comisión para ir de agregado a una legación de Europa, obtuvo permiso para participar en dicha campaña, a la que concurrió con el grado de capitán graduado de teniente coronel, en el batallón de Zapadores.[16] Habiendo participado en grado heroico, según lo hemos visto, es de extrañarse que pasen por alto tan destacada participación, comprobada plenamente ahora por nosotros.[17] La última vez que lo encontramos mencionado en esta documentación, corresponde al folio 17 con fecha 11 de abril de 1837, y dice:

16 Véase el final del Anexo No. 3.
17 Véase el Anexo No. 1.

Digitized by Google

"Habiéndose presentado el capitán graduado de teniente coronel don José Enrique de la Peña, se le comunicó que por disposición del Supremo Gobierno debía marchar al Departamento de Sonora —como ya en su *Carrera literaria* habíamos visto— a las órdenes del general José Urrea", firmante de dicho documento, y, que para el efecto, debía presentarse con la orden que acreditaba su marcha y el cese respectivo de su cuerpo, etc.

No existen pues, en el referido expediente, documentos posteriores relacionados con su actuación en Sonora, ni con el proceso que se le instruyó después de su pronunciamiento en favor del general Urrea a principios de 1838, ni por último su baja del ejército como consecuencia de dicho proceso; pero sabemos por los comunicados que más adelante se mencionarán que, cuando se exigía en casi toda la República el restablecimiento del sistema federal de gobierno y el de la Constitución de 1824, tomó parte muy activa en el plan que Urrea suscribió en Arizpe, Sonora, el 26 de diciembre de 1837 contra el gobierno central del general don Anastasio Bustamante.[18] El 6 de junio de 1838, después de algunas escaramuzas con las tropas que, ensañado con el general Urrea destacó don Anastasio Bustamante, Presidente de la República, al mando del general Mariano Paredes para sofocar la rebelión, el teniente coronel de la Peña, a las órdenes del coronel don José María de la Cueva se fortificó en el puerto de Mazatlán, donde, después de una defensa heroica y sangrienta fueron intimados a armistiarse bajo condiciones favorables, a las que no dió cumplimiento el general Paredes. El teniente coronel de la Peña y sus compañeros fueron aprehendidos y enviados a la cárcel militar de Guadalajara, donde sufrieron largo y doloroso cautiverio, según relación que de la Peña hace en extensos comunicados publicados en "El Cosmopolita".[19] En ellos se queja amargamente de las injusticias y vejaciones de que es objeto, y acusa a sus victimarios, sin que su voz sea escuchada por las autoridades correspondientes; ya que, el implacable general Paredes, era el fiscal que instruía su causa.

No hemos podido saber cuándo salió de su prolongada e injusta reclusión —como antes habíamos dicho—, ni el resultado final de

18 Véase el Anexo No. 4.
19 Véase la nota 12.

Digitized by Google

su proceso; pero, a juzgar por lo que él mismo dice en un comunicado, fechado en Durango el 6 de junio de 1839 y publicado el 19 de octubre del mismo año:[20] una nueva ley, que desde luego no debía aplicársele porque las leyes no tienen ni deben tener efectos retroactivos, establecía que todos los oficiales considerados como desertores (y él se había fugado de la prisión de Guadalajara por serle ya insoportable), perdían su empleo; de donde se infiere que el teniente coronel de la Peña perdió el suyo; y a fines de 1839 ó 1840 —como ya hemos venido repitiendo— debió terminar su proceso, quedando absuelto y en libertad, pero sin empleo, en pésimas condiciones de salud y en la mayor de las miserias. Debido a todos estos reveses nosotros creemos que no pudo sobrevivir a sus desgracias, dejando de existir entre 1841 ó 1842, a reserva de algún día poder verificar estos datos.

Los Manuscritos

Persona culta y afecto como era el teniente coronel don José Enrique de la Peña al periodismo, escribió esta *Reseña y Diario de la Campaña de Texas,* con el fin de hacer la historia de aquélla que esperaban gloriosa para las armas de México; pero que desgraciadamente resultó lo contrario, por la impericia y desorganización de los que la hicieron. Nosotros la presentamos aquí, tal cual la vió y escribió él, gracias a que nos encontramos los manuscritos inéditos aún; y esperamos que aporte muchos datos desconocidos hasta ahora, para la historia de aquella aciaga campaña, que tanto ha dado en qué decir.

El prólogo, original y firmado por su autor, está dirigido en forma epistolar, el 15 de septiembre de 1836, a un buen amigo suyo que radicaba en la ciudad de Guadalajara. La firma que calza es idéntica a la que rubrican muchos de los documentos que existen en el expediente respectivo del Archivo de Cancelados, anexo al Archivo Militar de la Secretaría de la Defensa Nacional, según comprobante adjunto en este libro. Los motivos que impidieron la publicación de estos apuntes, nos los dice el mismo autor:[21] "Bien sé que,

20 "El Cosmopolita", México, D. F., tomo IV, No. 22, octubre 19 de 1839, p.p. 3 y 4.

21 Cuatro párrafos antes de la terminación de su Prólogo, y en el penúltimo párrafo del Anexo No. 3.

Digitized by Google

al mismo tiempo que me propongo vindicar el honor mancillado del ejército, me voy a contraer enemistades en él. No ignoro que los malos jamás perdonan el que se publiquen sus errores. Quizá me voy a buscar una nueva persecución y a provocar nuevas injusticias que aglomeren sobre mi persona mayores males de los que ya se me ha hecho sufrir. ¿Pero, acaso ha dejado nunca de suceder esto a los hombres que, desviándose del camino de la adulación, siguen sólo el de la verdad? Me propongo decirla, cierto, bien cierto de que no puedo halagar los deseos de todos; pero, educado en la escuela de la adversidad, a todo estoy preparado, parapetado tras de los muros de una conciencia recta y en el buen juicio de los mexicanos, o sea que, a un hombre de honor, nada puede espantarle.

"He oído opinar a algunos militares, y de los de jerarquía, que todo lo acaecido en Texas debía quedar sepultado en el más profundo de los silencios, por lo mismo que es vergonzoso; pero los que me han precedido con sus escritos los habrán convencido de que esto era imposible. Otros, de aquellos a cuya noticia ha llegado la formación de mi *Diario,* han cometido la barbaridad de decir, que por solo este hecho debí yo ser condenado a reclusión en un castillo, de suerte que, al ver que lo publico, opinarán porque se me fusile.

"Podía haber dado publicidad a mis apuntes a los pocos días de haber regresado de la campaña, pero, convencido de que es necesario escribir con imparcialidad para ser creído, me ha sido preciso tomarme algún tiempo para rectificar los hechos de que no fuí testigo ocular y para adquirir sobre otros los mejores datos; objetos importantes que he alcanzado reuniendo los diarios de las distintas secciones que compusieron el ejército. Por otra parte, estando la campaña aún pendiente, he querido huir de echar en cara al enemigo sus faltas, que fueron grandes como las nuestras; por lo mismo callaré muchas de las que cometió para que no se sirva de mis advertencias; aunque estoy seguro de que la experiencia que ha adquirido esta vez, y el tiempo que se le dará para reponerse, le hará repararlas."

Por los fragmentos anteriores se deduce que el autor ya presentía las contrariedades que le esperaban con la publicación de su obra en aquellos días. Por otra parte, confiesa que estaba recabando algunos datos fidedignos para terminar sus apuntes. En uno de sus comunicados,[22] dice: "Puesto que los interesados escriben, y que es-

22 "El Mosquito Mexicano", tomo III, No. 87, p. 4; febrero 3 de 1837.

Digitized by Google

criben como interesados, yo sin otro interés que el de aclarar la verdad me propongo hacer una *Reseña de la campaña de Texas,* para presentarla sin disfraz ni consideración de personas, sean de la categoría que fueren, y sin que haya de arredrarme la persecución que esta resolución me acarreará. Soy un pigmeo que voy a combatir contra gigantes; pero, teniendo de mi parte la razón, cuento con salir victorioso, aun cuando haya de anonadarme bajo su peso el poder de quien dependo. Moriré contento después de haber hecho públicas las torpezas y las infamias que se han cometido en un negocio de tan alta importancia y de consecuencias tan trascendentales para los mexicanos todos."

Este comunicado termina con la siguiente posdata: "Mis amigos desean que publique mi nombre y a mí, lo mismo que a ellos, me parece innoble atacar bajo el anónimo; pero militan varias razones para ocultarlo por ahora, y lo daré si fuere necesario; porque no será el temor el que me impida hacerlo."

El general Filisola —como antes dijimos en *Su carrera literaria*—[23] se le echó encima con una sarta de improperios como este: "Por último, que si como creemos, el señor *Admirador de Texas* es el mismo capitán D. Enrique de la Peña, le aconsejamos por su bien que, en vez de perder el tiempo en forjar libelos infamatorios, lo emplee en aprender su deber, el decoro que debe a la Nación, al Supremo Gobierno, a las autoridades, a sus superiores, a sus compañeros y a sí mismo; así como igualmente en mejorar sus costumbres, y en dar buen ejemplo a sus inferiores; porque no carece de cualidades que algún día lo pudieran hacer muy útil y apreciable a sus conciudadanos; mientras, nosotros aguardaremos con impaciencia la ofrecida *Reseña,* que desde que anunció la primera ocasión no sólo ha sido tiempo para reunir los materiales y apuntes que el *Admirador de Texas* dice necesitar para ella, sino que hubiera podido preparar los suficientes para comentar las obras de Polovio, Tito Livio, Xenofonte, las del Marqués de Santa Cruz, y cuantas han visto la luz sobre la materia, desde el diluvio hasta la fecha."

Como puede observarse, el solo anuncio de la *Reseña y Diario de la campaña de Texas,* hecho por el teniente coronel de la Peña, hacía perder la cabeza a Filisola, quien, a pesar de conceder muchas

23 Véase el Anexo No. 3.

Digitized by Google

buenas cualidades al autor se mofaba de él; y, de seguro, impidió la aparición de la mencionada obra. Pero de la Peña era hombre de acción y, si no logró publicar su *Reseña*, por medio de valientes y certeros comunicados tuvo en jaque a Filisola, a quien en seguida contestó con extenso y contundente comunicado que decía, entre otras interesantes razones, esta:[24] "No debo concluir sin protestar de nuevo al señor Filisola, que no es un deseo innoble, ni una loca presunción la que me obligará a escribir; porque, como he dicho, ninguna ventaja puede resultarme de acibarar sus cansados días, cuando ni la envidia, ni la venganza conmueven mi corazón; ni temo que pueda perjudicarle mi opinión; así como tampoco lo disculparán las razones que al efecto expondré, puesto que él y yo estamos convencidos de que soy un pobre pigmeo; pero sobre todo que en este asunto no vea en mí un subalterno suyo, sino a un simple y último de sus ciudadanos.

"En el trabajo que voy a tomarme, bien penoso para mí, no cuento, señores, con otro apoyo que el de la rectitud de la conciencia, que quizá no es bastante en circunstancias en que la razón y la justicia apenas son atendidas. Mientras, por el contrario, cada uno de los que hayan de darse por ofendidos en la relación de los hechos de Texas cuentan con el poder y el influjo que proporciona un rango elevado. ¡Qué lucha tan desigual! Callaré, si como he dicho se me convence, pero no será el temor el que me imponga silencio, porque, vive Dios!!! que con la verdad y la razón por delante, nada, nada, sino una infamia, tengo que temer.

"Dicho esto réstame sólo manifestar que si el señor Filisola, que tiene alta paga y la está recibiendo de preferencia en la Casa de la Moneda, como una prueba de equidad de nuestro justísimo Justo, no tiene para imprimir su causa, en obsequio de su honor, menos puede hacerlo quien tiene un sueldo también pigmeo, ya que en septiembre del año pasado que se le hizo ajuste en Matamoros, se le dió un certificado de lo que se le debía hasta aquella fecha, pero, no ha podido conseguir que aquella comisaría se lo pague, y de entonces acá no ha recibido ni la tercera parte de una paga, de cinco que tiene vencidas, y eso en cobre, parte falso. Como no tengo otro patrimo-

24 "El Mosquito Mexicano", tomo III, No. 94, p. 2, de febrero 28 de 1837.

Digitized by Google

nio que mi empleo, ni se encuentra en qué trabajar, mis angustias son tan amargas como las de la mayor parte de los que tenemos la desgracia de depender del gobierno, dulcificadas únicamente por la generosidad de mis amigos. Es claro que, si yo tuviera algo sería para remediar mis necesidades y no para vindicar el honor ajeno.

"Por alejarme de la crítica, que se hace contra las personas cuando se desatienden sus razones, había ocultado mi nombre; así como por una natural repugnancia a verlo en letras de molde; pero puesto que no se ha tenido la poca generosidad de respetar el incógnito, porque era necesario apoyar en la persona la defensa, ya saben ustedes que el *Admirador de Texas,* es su afectísimo, y humilde servidor q. b. s. m. J. E. d. l. P."

Así que, en esta penuria, causada por sus enemigos, era imposible que publicara sus apuntes, con gran regocijo para aquellos que iban a ser desenmascarados completamente de todas las villanías cometidas en la campaña de Texas. No publicados, pues, los manuscritos tenían de todos modos tal importancia para el caso que, el general don José Urrea, obligado por las circunstancias, publicó en Victoria de Durango, el año de 1838, el libro intitulado: *Diario de las operaciones militares de la división que a su mando hizo la campaña de Tejas, con algunas observaciones para vindicarse ante sus conciudadanos*; teniendo que citar algunos fragmentos, como lo dice en la p. 43, al final del párrafo que se inicia en la 42: "Sobre todos estos puntos me refiero a la relación que un oficial testigo de los sucesos consignó en su diario."[25] Dicho oficial era nada menos que el teniente coronel don José Enrique de la Peña, y el *Diario* a que se refiere es el que hasta ahora publicamos nosotros y del cual el general Urrea copió sin darle el debido crédito, a pesar del interés de la transcripción. Sin embargo, su autor no parece darle mucha importancia,[26] ya que al enterarse dice: "En un cuaderno que el exgeneral Urrea publicó en Durango el año de 1838 he encontrado esta y otra parte de mi *Diario,* pero con algunas variaciones aunque

---

25 Documento No. 33, del libro del general Urrea, intitulado *Diario de las Operaciones militares de la división que a su mando hizo la campaña de Texas, con algunas observaciones para vindicarse ante sus conciudadanos,* final de la p. 87, las p.p. 88, 89, 90 y 91 y la parte inicial de la 92.

26 Véase la página .. de este libro y el documento No. 33, p.p. 87/92 del libro mencionado en la nota 25.

Digitized by Google

de poca importancia y en una de ellas invertido el tiempo presente en pretérito, quizá porque no se copió exactamente del original o porque el autor juzgó conveniente esta variación, que yo me veo tentado a hacer muchas veces, pero me abstengo prefiriendo la exactitud a la concordancia."

Pero, no obstante el interés y necesidad de que se conocieran los apuntes, parecían destinados a permanecer inéditos; pues su autor, luchando cada vez más por la justicia, parecía perseguido por el destino y no lograba darles la merecida publicidad. Su amistad, su gran amistad con el general Urrea que lo llevó —como ya antes vimos— a levantarse en armas con él, fué el último portazo que recibieron sus manuscritos; ya que, habiendo caído prisionero en manos del general Paredes, éste le hizo la vida insoportable y el proceso, del cual era fiscal, interminable, tal vez por órdenes directas del general Santa Anna, de quien Paredes era incondicional, con el fin de que no publicara la *Reseña y Diario de la campaña de Texas*, en el que tan mal parados quedaban los más altos personajes de la política de aquel entonces. Pero el teniente coronel de la Peña era aguerrido y, preso como estaba, todavía tuvo arrestos para defender a su amigo el general Urrea de los ataques que Santa Anna le hacía, echándole a éste, de paso, todas sus canalladas en cara,[27] en un extenso artículo que se publicará íntegro en el Volumen II, de Aportaciones para *la Historia de Texas;* y en el que el teniente coronel de la Peña, para comprobar sus acertos, ofrece sus apuntes a quien quiera costear su publicación; pero nadie respondió y quedaron inéditos.

Sin saber —como ya dejamos asentado— cuándo el teniente coronel de la Peña salió de la prisión; suponemos que después de su muerte (1841-1842?) sus manuscritos rodaron de mano en mano y de generación en generación; en poder de algún familiar o de algún amigo (pues no dejó hijos), mal guardados, expuestos a la humedad, la polilla y los ratones, como lo indican sus huellas, llegando hasta nosotros envueltos en un delgado papel ya semidestruído, en el que se lee lo siguiente:

---

27 Véase el Anexo No. 5, conteniendo fragmentos de un largo artículo inédito, intitulado *Ligera impugnación de las comunicaciones del general Santa Anna, de* 17, 18 *y* 29 *de enero* (1839), *en los que injuria al general Urrea*, escrito por el señor de la Peña, bajo el seudónimo *Scipión*.

Digitized by Google

El diario, en tres cuadernos.
Carpeta que contiene parte de la reseña y de la exposición con 40 fojas.
Otra con documentos justificativos de los hechos.
Otra *id.* con adiciones importantes al diario.
Otra con impresos del Norte relativos a Texas.
Otra de impresos importantes que deben consultarse.
Otros documentos que deben verse.

Desgraciadamente no todos los documentos mencionados llegaron a nuestro poder, pues faltaban algunos por lo que para publicar estos apuntes y recabar mayores datos nos hemos visto precisados a consultar otras fuentes de información, de tal manera que han quedado completos, en cuanto cabe. Además de un minucioso estudio complementario, como se verá por la *bibliografía,* tuvimos que desentrañar algunas veces el significado y otras modernizar el estilo, sin despegarnos para nada de su texto, con el fin de que los lectores los puedan leer con facilidad. Hechas las presentes aclaraciones, esperamos que esta obra dé nuevas luces al tan discutido fracaso de la guerra de Texas; gracias al casi heroico tesón del teniente coronel don José Enrique de la Peña, muerto prematuramente por sus enemigos; ya que, por más investigaciones que hemos realizado, su nombre no aparece entre los valientes que defendieron a México en 1847. Solamente la muerte pudo haberle disputado esta satisfacción, dado su altísimo sentido del patriotismo, de la lealtad y del civismo.

LAS PRINCIPALES INVASIONES DE TEXAS

Sentados los anteriores precedentes: el estudio de la combativa personalidad del teniente coronel don José Enrique de la Peña, y de su tan valiosa *Reseña y Diario de la campaña de Texas,* veamos ahora el motivo o causa principal de esta importante obra histórica, para complementar el triángulo de nuestras investigaciones. Repasemos pues, en forma sucinta, la historia de algunos de los principales acontecimientos de Texas.

Este territorio, conocido en la época colonial con el nombre de Nuevas Filipinas, está comprendido entre los 28 y 35° de latitud Norte y los 17 y los 25° de longitud Oeste de Washington. Linda

Digitized by Google

por el Norte con el territorio de Arkansas; por el Este con el Estado de Luisiana; por el Sur con el de Tamaulipas y con el Golfo de México; y por el Oeste lo separaba de Coahuila el río de Medina, actualmente el Río Bravo del Norte. Sus límites se extendían hasta el presidio de Nuestra Señora del Pilar de los Adaes. La corona de España se adueñó de él, a poco de haber conquistado el poderoso Imperio Mexicano, estableciéndose allí desde el siglo XVI. Posteriormente, en 1669, el capitán don Alonso de León, gobernador de Coahuila, por orden del virrey, marqués de Monclova, practicó un reconocimiento a la Bahía del Espíritu Santo y al río de San Marcos que allí desemboca; tomando posesión al año siguiente en nombre del rey hispano, y fundando la misión de San Francisco de Texas. En 1692 se llevaron a cabo nuevas expediciones, se inició la navegación del Codachos para, poco después, establecer las fundaciones de la Purísima Concepción, San José, María Santísima de Guadalupe y algunas otras.

Después de estas noticias y a pesar de las constantes dificultades, como luego veremos, España, usando las prerrogativas que las naciones reconocían en aquellos tiempos para la adquisición de tierras, se convirtió en dueña de toda aquella provincia gracias a ese derecho; adquirido por México al mismo tiempo que se independizó de su metrópoli. Pero, no debemos olvidar que Texas, lo mismo que todas aquellas extensiones al Norte de nuestra actual línea limítrofe, habían sido adquiridas por conquistadores sedientos de oro en el siglo XVI. A pesar de sus infructuosos esfuerzos por localizar las fabulosas riquezas de la Quibira, que tanto ponderó Cabeza de Vaca, hicieron que aquellos lejanos territorios quedaran unidos a la Nueva España; adquisición muy costosa puesto que significaba grandes erogaciones para el país; debido a que los misioneros, para lograr la pacificación y conversión de los indios, se veían obligados a regalarles casi todo lo que necesitaban con el fin de catequizarlos. Además, para proteger a los misioneros y a los mismos neófitos, había necesidad de gastar fuertes sumas en destacamentos presidiales, con gran detrimento de la hacienda pública. Así que, este territorio que ahora nos ocupa fué, antes y después de la Independencia, una carga más para el resto del país. Y por si fuera poco, dado que colindaba con la Luisiana que pertenecía a Francia, era natural que los súbditos franceses incursionaran constantemente, por uno u otro motivo, en terrenos de

Digitized by Google

Texas y que conocieran mejor que los mismos españoles las grandes riquezas que encerraba, por lo que cada vez más la codiciaban. De aquí pues que, cuando México consumó su Independencia, España le dejó en lo que respecta a Texas un problema de difícil solución, máxime que dejó sentado el negro precedente de otorgar mercedes o concesiones, para colonizar aquellas aisladas latitudes, a extranjeros que bajo protesta de convertirse en vasallos del rey de España, formaron parte de una nación embrionaria que no estaba en condiciones de vigilarlos, ni organizarlos conforme a las modalidades del país.

Mucho se podría hablar respecto a la liberalidad y falta de cordura con que tanto el Gobierno del centro, como los locales de Coahuila y Texas manejaron este asunto de las concesiones de tierras en Texas, pero son tan ingratos los recuerdos, especialmente para México, que preferimos callarlos, para no lastimar la memoria de los que sin escrúpulos dieron con exceso, y de los que no supieron, o no quisieron, corresponder debidamente los favores que recibieron.

Invasiones de Texas.—La primera invasión de que se tiene noticia fué hecha en 1685, cuando los norteamericanos no eran dueños todavía de la Luisiana; ese año se promovió una guerra entre España y Francia. Los franceses al mando de La Salle atacaron la misión de los Adaes y establecieron unas cuantas habitaciones en la Bahía de San Bernardo, pero hostilizados por los salvajes y belicosos indígenas, perecieron casi todos los invasores; por lo que esta invasión careció de importancia y no pudieron posesionarse del territorio. Años después los españoles encontraron algunos franceses cautivos entre las diversas tribus de aquellas lejanas comarcas.

Intrusiones similares sucedieron a la anterior, destacándose la del francés Saint Denis en 1715, y otra de 1719. En realidad se trataba más bien de exploradores y contrabandistas que favorecían a los mismos pobladores, incluso a los indígenas a quienes proporcionaban licores, pólvora, armas, municiones, etc.; y por lo mismo los convertían aún más temibles para los pocos nacionales que se atrevían a poblar aquellas tierras feraces, pero completamente abandonadas por el gobierno virreinal. Estas y otras intrusiones revelaban el interés que Francia y el gobernador de la Luisiana, entonces bajo la bandera de dicho país, tenían en explorar y extender su comercio hasta aquellas remotas y dilatadas regiones hispanas.

Digitized by Google

Pronto el gobierno colonial tuvo noticias de ellas y para contrarrestarlas proyectó cuatro expediciones armadas. La única de cierta importancia, llevada a cabo en 1721, fué la encabezada por el marqués de San Miguel de Aguayo don José Valdivieso y el capitán don Domingo Ramón, al frente de quinientos hombres y dos grupos de misioneros, según dice Frejes,[28] habiendo llegado tras muchas penalidades a la Bahía del Espíritu Santo. Los expedicionarios fueron previamente advertidos por el virrey don Baltazar de Zúñiga, marqués de Balero, de que no debían hostilizar a los intrusos franceses; por lo que se concretaron a establecer pequeños destacamentos en puntos estratégicos para resguardar la provincia; fundar pueblos y misiones a lo largo del río San Antonio y el país de los aíses y adaeses, hasta el río Rojo de Cadoudachos que servía de límite entre Texas y la Luisiana; y, finalmente, sugirieron la colonización de determinados sectores con familias que eventualmente fueron traídas de las Islas Canarias, e indios tlaxcaltecas, todo lo cual se hacía con el deseo de afirmar la dominación hispana en aquellas tierras tan bravías como sus moradores indígenas.

Incursiones de bárbaros.—Numerosas tribus nómadas y entre ellas algunas muy belicosas, como la Apache y la Comanche, poblaron durante la época colonial y aún mucho después de consumada la Independencia de México, la enorme extensión situada al Norte del Río Bravo, es decir, fronteriza con los Estados Unidos del Norte. Por lo tanto fueron pocas, muy contadas, las poblaciones y misiones que se establecieron en aquellas latitudes durante los siglos XVI y XVII, gracias a la paciente labor y abnegado sacrificio de algunos padres misioneros, particularmente de los jesuítas; pero casi todo ese magno esfuerzo se derrumbó con la expulsión de los precitados jesuítas en 1767, quedando dichos poblados y misiones completamente abandonados y poco después casi en ruinas.

Los indígenas excedían con creces al número de pobladores hispanos y pronto éstos se vieron obligados a refugiarse en el centro del país. Era en extremo difícil la defensa de una provincia tan

28 Fr. Francisco Frejes, cronista del colegio de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas, *Historia Breve de la Conquista de los Estados Independientes del Imperio Mexicano.* Guadalajara, 1878, p. 217.

Digitized by Google

aislada como vasta, no obstante la obligación innata de los gobiernos virreinales de proteger sus nacionales contra las hostilidades de enemigos tan salvajes como numerosos.

Todas las medidas que se adoptaron para resguardar aquel dilatado y prácticamente despoblado territorio hispano, se estrellaban contra escollos tan infranqueables como lo remoto y aislado de la provincia, la siempre precaria situación económica del gobierno y las constantes e incontenibles invasiones de las hordas salvajes; especialmente después de 1776, año en que se consumó la independencia del vecino país del Norte, cuando tanto civiles como militares procedieron a desalojar a los indígenas de sus legítimos aduares, sin importarles hacia donde los remontaban.

Incursiones con fines de colonización y empresarios.—No debemos perder de vista que la posesión material del territorio sito al Norte del Río Bravo, por parte del gobierno hispano, era sólo teórica; pues no había sido debidamente explorado y sus linderos permanecían desconocidos, ni jamás fué resguardado satisfactoriamente, con excepción de uno que otro destacamento en Nacogdoches, en la Bahía del Espíritu Santo y en la villa capital de la provincia, o sea San Antonio de Béjar. Resumiendo: eran tierras mucho muy codiciadas que estaban abiertas a las ambiciones de todos los extranjeros que las conocían.

En el siglo XVIII (1776), se crearon las provincias internas, al mando de don Teodoro de la Croix. La primera comandancia de dichas provincias la integraron Coahuila, Texas, Nuevo León, Nuevo Santander y los Distritos de Parras y Saltillo. Del año de 1777 al de 1800 hubo pocos incidentes en aquellas tierras, siendo los más notables la cesión de Francia a España de la porción Occidental de la Luisiana, y el abandono de casi todas las misiones nordorientales, sugerida por el marqués de Rubí y el ingeniero militar Lafora, después de su visita de inspección efectuada en 1767. Todavía a fines del XVIII, la situación de aquellas fronteras era tan desconsoladora que sólo la habitaban alrededor de tres mil almas, distribuídas en San Antonio de Béjar, el presidio anexo a la villa capital, la Bahía del Espíritu Santo, en la errante población de Nuestra Señora del Pilar de Bucareli, en algunos ranchos y en las misiones, según el informe que rindió en 1793 el virrey conde de Revillagigedo. Esta situación prevaleció hasta principios del XIX cuando España, obli-

Digitized by Google

gada por Napoleón, tuvo que regresar la Luisiana a Francia y ésta, a su vez, la vendió en sesenta millones de francos a los Estados Unidos del Norte, sin definir claramente sus límites; volviendo Texas, en consecuencia, a ser nuestra frontera internacional. De esta fecha en adelante Texas fué muy ambicionada, como a continuación veremos:

1800. Felipe Nolan incursionó en Texas, protegido por el famoso James Wilkinson, acompañado de algunos aventureros. Llegó hasta el río Brazos, se apoderó de varios cientos de caballos mesteños y luego fué batido, muerto y sus compañeros hechos prisioneros. Incursiones similares se repitieron con frecuencia en los años siguientes, provocados por la abundancia de ganado salvaje, tanto caballar como de bisontes y por la poca o casi nula vigilancia militar de aquel apéndice colonial.

1804. La república del Norte inició gestiones para adquirir la Florida a base de compra y, además, solicitó que se considerara como neutral el territorio situado entre los ríos Colorado y Bravo del Norte. Aún más, el presidente norteamericano Jefferson sostenía la idea de que los límites de la Luisiana llegaban hasta el Río Bravo.

1805. Aaron Burr proyectó una invasión a México, pero fué denunciado por el antes citado James Wilkinson y en consecuencia se frustró aquella aventura.

1810. En 1787, 1792 y 1810 se llevaron a cabo algunos cambios en lo territorial, quedando, finalmente, integrada la comandancia de las Provincias Internas de Oriente con los mismos territorios mencionados anteriormente, o sea: Coahuila, Texas, Nuevo León, Nuevo Santander y los Distritos de Parras y Saltillo.

1811. El 13 de mayo de este año se hicieron a la mar del puerto de Veracruz, el bergantín *Regencia* al mando de don Gonzalo de Ulloa, y las goletas *San Pedro y San Cayetano* rumbo a Espíritu Santo, llevando tropa suficiente de todas armas al mando de don Joaquín de Arredondo para impedir, por orden del gobierno colonial, la retirada de los insurgentes que mandaba Alvarez Toledo y someter a los sublevados de Texas. En esta expedición, que logró un triunfo completo el 18 de agosto en las inmediaciones del río Medina, iba como cadete don Antonio López de Santa Anna. Después del triunfo ordenó Arredondo la horca de todos los prisioneros (varios cientos de mexicanos y muchos extranjeros), para que en el futuro sirviera

Digitized by Google

de escarmiento; esta sangrienta acción no la olvidó nunca, probablemente, quien años más tarde (1836), siendo general en jefe del ejército de operaciones, ordenara la ignominiosa matanza del Alamo y los salvajes sacrificios de Goliad.

1815. Después de seis años de interrupción en sus relaciones diplomáticas, España y los Estados Unidos del Norte, reanudaron sus controversias sobre los límites de la Luisiana. España defendió inflexible su posesión de Texas, y, en 1819, don Luis de Onís firmó un tratado mediante el cual España cedía las Floridas al vecino país por retener las tierras de Texas, demarcando claramente sus linderos, lo cual provocó serios disgustos y acres comentarios de parte de los norteamericanos que ya consideraban esta provincia como parte de su territorio.

1819. James Long reunió a los vecinos de Nátchez con el propósito de invadir Texas, so pretexto de ayudar a los insurgentes mexicanos. En Nacogdoches procedió a organizar un gobierno civil, nombrando a Gutiérrez de Lara como miembro del supremo consejo, con facultades legislativas; y, en junio del propio año, proclamaron Texas emancipada de la Nueva España, es decir, convertida en república libre e independiente. Pronto las fuerzas realistas al mando del coronel Ignacio Pérez derrotaron a los rebeldes, muriendo muchos de ellos en los diversos encuentros que sostuvieron.

1820. En este año aparece en escena Moisés Austin, respaldado por el influyente barón de Bastrop (de triste memoria por su funesta participación en la aprehensión de Hidalgo), solicitando la primera concesión para establecer una colonia en Texas con 300 familias, en calidad de vasallos españoles. Dicha solicitud fué también respaldada por el entonces gobernador de Texas don Joaquín Arredondo, y, como había autorización de las Cortes Españoles para otorgar esta clase de concesiones, fué aprobada por el gobierno virreinal cuando su fin estaba ya muy próximo.

1821. Moisés Austin murió en junio de 1821, pero su hijo y heredero Esteban quedó encargado de continuar el proyecto de colonización, que se inició en agosto del mismo año; después que el nuevo gobernador de Texas, don Antonio Martínez concedió el permiso correspondiente y las facilidades respecto a localizar el sitio donde debían establecerse los colonos. Consumada la Independencia de México ese año, el territorio nacional se dividió en provincias de

Digitized by Google

acuerdo con la Ley de Bases de Convocatoria para el Congreso Constituyente Mexicano, fecha 17 de noviembre, quedando Texas considerada como una de ellas.

1822. Abundaron las solicitudes para colonizar Texas tanto de parte de extranjeros como de nacionales; mas no se resolvieron por falta de una ley sobre la materia; ley que fué firmada el 4 de enero de 1823 y abrogada el 29 de marzo, para después expedirse una nueva con fecha 18 de agosto de 1824 ofreciendo toda clase de seguridades, tanto en lo personal como en sus propiedades, a los extranjeros que desearan colonizar terrenos nacionales, siempre que se sujetasen a nuestras leyes. Como dato curioso el 13 de diciembre se firmó un tratado que fué ratificado el 14 del mismo mes, entre el Emperador don Agustín de Iturbide y la nación Comanche que representaba su capitán Guonique. En el artículo primero se estipulaba que habría paz y amistad perpetua entre ambas naciones y que cesaban las hostilidades de toda clase y se olvidaba lo ocurrido durante el gobierno español; el segundo se refería a la restitución mutua de prisioneros o cautivos; el tercero decía que la nación Comanche, en toda la extensión de su territorio, defendería la frontera de las provincias de Texas, Coahuila, el Nuevo Reino de León y Nuevo Santander de las invasiones de las naciones bárbaras. En el artículo XI textualmente se dice: "Conserva la nación mexicana la integridad de su territorio, según la línea convenida en el último tratado con los Estados Unidos y en lo adelante se convendrá con la Comanche en señalarle los términos del que deba ocupar." En el artículo XII se lee: "Tendrá la Comanche en Béjar un enviado con un intérprete, nombrados y dotados por el Emperador", etc., etc. Como las nubes de verano, este tratado fué tan fugaz como el mismo Imperio de Iturbide. Consignado este dato, por su interés para los fines de nuestro estudio, sigamos adelante.

1823. Caído pues, el efímero Imperio de don Agustín I, se expidió la denominada Ley de Bases para las Elecciones de Nuevo Congreso, convocándose todas las provincias para que enviasen sus representantes. La referida ley no solamente menciona las provincias, sino que las erige en entidades federativas, debido a que se trataba de implantar el sistema republicano federal.

1824. Después de largos debates, respecto a la división territorial, el Congreso acordó que siguiendo los lineamientos establecidos

Digitized by Google

en la época colonial, el país quedara dividido en: Estados Libres, Soberanos e Independientes, correspondiendo el Interno de Oriente a Coahuila, Nuevo León y Texas, según acta constitutiva de 3 de febrero de 1824. Sobre este particular el profesor David Alberto Cossío, en el artículo intitulado *El padre Mier y la Bandera Nacional* [29] dice: "Como representante de la Asamblea Constituyente de 1824 (el padre Mier), cerca del notable coahuilense don Miguel Ramos Arizpe, su enconado contendiente político, formó lo más diligente, lo más patriótico, y a veces, lo más vanidoso y contradictorio de aquella junta parlamentaria, en la que se echaron las bases de un gobierno mexicano, sobre los cimientos de leyes extranjeras, sugeridas en gran parte por el colono texano Austin. Guardo una copia de estos documentos.

"El 7 de mayo de 1824, como es sabido, se expidió el decreto que declaraba estado libre y soberano a Nuevo León. En el mismo documento se dice que Coahuila y Texas, mientras este último no tuviera elementos para formar Estado aparte, dentro de la Federación, constituyeran uno solo. Hechos posteriores, que no tardaron muchos años en ocurrir, demuestran que sí tuvo la oportunidad de separarse; pero, desgraciadamente distanciándose en lo político de la República Mexicana."

A lo anterior debemos agregar que conservamos en nuestro archivo de documentos históricos, el original de una carta fechada en 1823, suscrita por el padre Mier, abogando por la separación de Coahuila y Texas a fin de que la dos entidades tuvieran sus respectivos representantes en el Congreso Nacional. Sin lugar a dudas es el primer documento en que se abogaba por derechos políticos para aquella provincia dentro del seno de la República.

En este año quedó establecida la primera colonia en Texas; el camino estaba abierto por fin y fueron muchos los que se aprovecharon de las facilidades que tanto el gobierno federal como los locales de Coahuila y Texas prestaban a los interesados en colonizar aquellas regiones.

1825. Los colonos establecidos ascendían ya a cerca de tres mil incluyendo gran número de esclavos. Este mismo año Joel R.

---

29 " Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística", tomo 49, p.p. 293/326, primero y tercer párrafo de la p. 305.

Digitized by Google

Poinsett fué acreditado como Ministro Plenipotenciario del gobierno de los Estados Unidos del Norte en nuestro país. Poinsett, según instrucciones del Presidente John Quincy Adams, a través de su Secretario de Estado, Henry Clay, diplomáticamente trató de comprar Texas en 1828 por la cantidad de un millón de dólares; proposición que fué rechazada por el gobierno mexicano no obstante su precaria situación económica. Aún más, México rehusó firmar un tratado comercial con el vecino país, a menos de que éste se comprometiera a reconocer el río Sabina como límite entre aquella nación y la nuestra.

1826. *La república de Fredonia.* A fines de este año y principios de 1827 se sublevaron algunos colones proclamando la independencia de Texas. Fué una especie de tragicomedia que pronto terminó con la presencia de las tropas mexicanas al mando del coronel don Mateo Ahumada y con la cooperación efectiva de los colonos más caracterizados, como Esteban Austin. Al final el mismo Austin solicitó y logró la absoluta libertad de los que cayeron prisioneros en dicha asonada.

1827. Como resultado de este descabellado intento de segregación por parte de los colonos anglosajones de Texas, el gobierno federal aprobó la Comisión de Límites entre México y los Estados Unidos, encomendada al general Manuel de Mier y Terán, quien salió de México en noviembre al cumplimiento de tan delicada misión, después de documentarse y prepararse debidamente.

1828. Los colonos, cuyo número para estas fechas había aumentado considerablemente pues llegaban a cerca de 20,000, resintieron la expedición de una ley federal que prohibía la esclavitud en todo el país; pero, gracias a las influencias de Austin, el general Mier y Terán, que también fungía como comandante general de las Provincias Internas de Oriente, consintió en exceptuar a Texas de dicha ley.

1829. Mier y Terán se alejó de Texas en la primavera de este año para repeler con don Antonio López de Santa Anna la invasión, en son de reconquista, del brigadier español don Isidro de Barradas. Santa Anna, después del sonado triunfo de Tampico se convirtió en ídolo del pueblo mexicano, y Mier y Terán fué otra vez designado por el Presidente Bustamante, comandante general de los estados Internos de Oriente. Este año se retiró Poinsett de México y en su

Digitized by Google

lugar el Presidente Andrew Jackson designó al coronel Anthony Butler, autorizándolo previamente, según el escritor norteamericano Manning, para que dilucidara la cuestión de los límites con la Luisiana y para que aumentara la cantidad ofrecida antes a México por la venta del territorio texano, a cinco millones de dólares. Tampoco prosperó esta tentativa, que muchos culpan a la torpeza con que Butler manejó tan delicada comisión.

1830. El día 6 de abril de este año se expidió una ley por el Ministro don Lucas Alamán, basada en un informe rendido por el general Mier y Terán, para resguardar la provincia de Texas y poner un dique a la colonización angloamericana. Esta ley causó mucha alarma entre los colonos, pues el artículo 11 decía: "En uso de la facultad que se reservó el congreso general en el artículo 7 de la ley de 18 de agosto de 1824, se prohibe colonizar a los extranjeros limítrofes de aquellos estados y territorios de la federación que colindan con sus naciones. En consecuencia se suspenderán las contratas que no hayan tenido su cumplimiento o sean opuestas a la ley."

Creció el descontento entre los colonos ya establecidos y entre la gran avalancha de personas que deseaban colonizar, pues la mayor parte de las referidas contratas violaban en una forma u otra el espíritu de nuestras leyes. Mier y Terán carecía de la fuerza necesaria para hacer cumplir las leyes que él mismo había sugerido. La venta de terrenos en Texas, por parte de las empresas colonizadoras prosiguió, no obstante que el gobierno mexicano prácticamente anulaba sus operaciones. Los angloamericanos perdieron todo respeto a nuestras autoridades y hasta se burlaban de ellas. Se registraron muchos brotes subversivos con visos de revolución y miras de independencia, que no pudieron sofocarse por falta de fuerzas militares. En el verano de este año Mier y Terán movilizó las tropas que tenía en Matamoros hasta el río de las Nueces, empezando con ellas el desafío de dos razas que se disputaban el territorio de Texas. El gobierno de Coahuila y Texas fué también muy liberal para expedir concesiones y en concertar la venta de terrenos nacionales, de acuerdo con la ley de colonización de 1825, aún después de expedida la ley federal de 6 de abril antes citada. En una palabra, el movimiento colonizador angloamericano había creado ya grandes raíces; era tarde, muy tarde para detenerlo, por lo que, el inmediato futuro se obscurecía con barruntos de tempestad.

Digitized by Google

Manuel de Alva
y Lozano

BIOGRAFIA

GENERAL MANUEL MIER Y TERAN

El 18 de febrero de 1789 nació este ilustre militar mexicano; ignorándose el lugar y el nombre de sus progenitores. Sabemos que fué caudillo de la Independencia desde los comienzos de la lucha y que combatió por la causa de los insurgentes; que a mediados de 1814 era ya teniente coronel y que en julio del propio año encontrándose sitiado, en Silacayoapan, Estado de Oaxaca, por el coronel realista Alfaro, emprendió una salida y obligó al enemigo a levantar el sitio, acción que le valió el ascenso a coronel. Hizo una brillantísima campaña en los Estados de Puebla y Veracruz, en la que obtuvo triunfos señalado y se distinguió particularmente en la defensa que hizo de Tehuacán en 1817 donde, finalmente, se vió obligado a capitular, logrando ventajas y garantías para sus compañeros de armas. En 1821 se incorporó en Puebla, con el grado de general, al ejército de don Nicolás Bravo después de la proclamación del plan de Iguala; cooperó a la consumación de la Independencia y sirvió con lealtad y eficacia a los Gobiernos que le sucedieron. Deseando arreglar los límites de sus vastas posesiones hacia el N. E. el Supremo Gobierno nombró en 1827 una comisión para que marcase los puntos convenidos en el tratado celebrado en 1819 por don Luis de Onís, y el Excmo. señor general Mier y Terán fué nombrado director de ella, comisión que desempeñó con mucho celo y patriotismo. En 1829 el general Mier y Terán se distinguió en la acción de Tampico, como segundo en jefe del ejército que al mando de don Antonio López de Santa Anna repelió la invasión del brigadier español Isidro Barradas. En 1830 fué a Texas como comandante de aquella provincia, para sofocar algunos brotes de insurrección, comisión en la que desplegó mucha actividad y pericia. Sugirió al entonces Ministro de Relaciones, don Lucas Alamán, un proyecto para resguardar y colonizar a Texas con familias de países que no fueran anglo-sajonas, construyendo cuarteles, con sus respectivos contingente militares, habilitando a los nuevos colonos con implementos de labranza, etc. etc., y que por lo tanto requería fuertes erogaciones. El Ministro Alamán se apropió el proyecto y lo convirtió en iniciativa de ley, designándose al propio general Mier y Terán para llevarlo a cabo, y efectivamente se empezó a poner en práctica, pero no hubo fondos para realizarlo. En 1832 lo comisionó el Gobierno para pacificar el Estado de Tamaulipas: intentó apoderarse de Tampico, pero fué rechazado por el general Moctezuma; por lo que este pundonoroso general, avergonzado tanto por este fracaso como por el de Texas, se suicidó atravesándose con su propia espada en el pueblo de Padilla el 8 de julio de 1832.

J. S. G.

Digitized by Google

1831. Continuaron este año los disturbios locales en Texas, y, por otra parte, seguía la impotencia de nuestro gobierno para controlarlos; las compañías fraccionadoras continuaban haciendo su agosto sin importarles las leyes de colonización; aumentaban las solicitudes de propios y extraños para obtener concesiones, que luego se otorgaban sin ton ni son, especialmente a los altos jefes militares quienes, a su vez, las traspasaban en comisión o venta a los fraccionadores, sin importarles qué clase de colonos vendrían a ocupar los terrenos, creando en consecuencia mayores problemas al país.

Estos síntomas de revolución provenían asimismo porque habiendo expirado el término que concedía a la colonia la exención de derechos, se procedió al establecimiento de aduanas y a cubrirlas con pequeños destacamentos cosa que no pudieron soportar aquellos colonos, acostumbrados por mucho tiempo a no pagar derechos de ninguna clase.

1831-1832. Año y medio tardó el pequeño ejército de Mier y Terán en recorrer el extenso camino que separa a Río Grande (ahora ciudad Guerrero) de Nacogdoches, pasando por San Antonio de Béjar y en dejar destacamentos insignificantes en las poblaciones, misiones y rancherías circunvecinas. Los colonos consideraron aquel desfile militar como una invasión de sus propiedades; pues creían y opinaban que la tierra pertenece a quien la trabaja.

1832. Nuevos brotes de insurrección se registraron en Brazoria y Anáhuac. El coronel Piedras trató en vano de sofocarlos, cayendo finalmente prisionero. En julio de este año Mier y Terán se suicidó y las tropas que había llevado a Texas se dispersaron. Después, en octubre, los norteamericanos celebraron una convención, aprobando entre otros acuerdos, el de solicitar al entonces Presidente Santa Anna ciertas reformas a la Ley aduanal, la derogación del artículo 11 del decreto de 6 de abril de 1830 y la separación de Texas de la provincia de Coahuila. Luego, el 1ro. de diciembre de este mismo año, Anthony Butler confirmó y ratificó el tratado de límites entre México y los Estados Unidos del Norte, concluído y firmado por Poinsett desde el 12 de enero de 1828; en él se fijaban los límites reconocidos en 1819 a la corona de España, es decir, Texas pertenecía a México —como dijimos en capítulos anteriores— por derecho, y las pretensiones que el país vecino sustentaba sobre dicho territorio quedaban nulificadas definitivamente.

Digitized by Google

1833. En abril de este año celebraron otra convención los angloamericanos de Texas, en la que nulificaron los acuerdos anteriores; se formuló una constitución para el territorio texano, similar a la de los estados del vecino país, y se tomaron otros acuerdos, especialmente el relacionado con la separación del Estado de Coahuila. Austin fué designado representante de los colonos ante el Presidente Santa Anna, llegando a la capital de la República el mes de julio. Santa Anna, marrullero como siempre, prometió conceder todo lo que Austin solicitaba, excepto la separación de Texas del Estado de Coahuila, posponiéndolo para mejor ocasión. Ya de regreso, al pasar por Saltillo, Austin fué aprehendido en enero de 1834, regresado a la capital y encarcelado. Esto obedeció dizque a una indiscreción del mismo Austin en una carta interceptada y suscrita en octubre de 1833; en ella se manifestaba partidario de la separación definitiva de Texas, por la apatía o falta de voluntad del gobierno central para conceder las reformas solicitadas. Austin obtuvo su libertad hasta el 11 de julio de 1835, regresándose inmediatamente a Texas, donde la revolución progresaba rápidamente. Con la prisión de Austin los colonos perdieron toda esperanza de avenencia con el gobierno de Santa Anna y se dispusieron a conseguir por la fuerza de las armas lo que no podían obtener por otros medios. El 16 de mayo, como consecuencia de una serie de pronunciamientos fomentados casi todos por Santa Anna, éste fué reelecto Presidente de la República y vicepresidente don Valentín Gómez Farías. Este mismo año se desató por todos los rincones del país una terrible epidemia de cólera, muriendo millares de personas de todas las clases sociales; en Coahuila y Texas ocasionó estragos incalculables y en Matamoros diezmó sin misericordia al ejército mexicano que allí, al mando del general Filisola, de nacimiento italiano como ya hemos dicho antes y concesionario de una gran extensión de tierras en Texas, se preparaba para ir a batir a los revoltosos texanos. Tanto el gobernador de Texas, don Juan Veramendi, como el prefecto de Béjar don Ramón Múzquiz y el propio Esteban Austin informaron a Filisola de las caóticas condiciones que prevalecían en aquella provincia y hasta lo instaron para que no fuera a cometer el error de llevar tropas tan miserables, mal equipadas y diezmadas como las que tenía en Matamoros. En vista de esto Filisola manifestó que estaba muy quebrantado de salud y, acobardado por tantos contratiempos, irresponsablemente re-

Digitized by Google

nunció a tan importante cuanto delicada comisión de pacificar a Texas. Aunque debió ser su inquietada conciencia la que lo desanimó para tamaña empresa o quizá el interés que tenía porque sus propiedades de Texas subieran de valor con la segregación de aquella provincia, como lo sugiere virilmente el autor de la *Reseña y Diario de la campaña de Texas.* Sin embargo asumió el mando de las tropas, para renunciar de nuevo en noviembre de 1833, entregándolas al general de brigada don Pedro Lemus, oriundo de Cuba, en enero de 1834.

1834. En un folleto que publicó el general don José María Tornel en 1837, bastante raro por cierto, hace un largo y documentado historial de la situación que prevalecía en Texas este año. De allí entresacamos lo siguiente: "A proporción que la propiedad iba cambiando de manos, se olvidaban cada vez más las suaves condiciones impuestas por nuestro gobierno; y los últimos especuladores, que ninguna relación habían tenido con las autoridades mexicanas, poco o nada cuidaban de nuestras leyes civiles, ni de las obligaciones que contraen en una sociedad los que voluntariamente se incorporan a ella. No se obedecían otras reglas que las dadas por los mismos colonos, quienes no se dirigían a las autoridades del Estado sino para pedirles tierras y más tierras. La autoridad soberana era la de los ayuntamientos compuestos exclusivamente por los individuos más influyentes de entre los mismos colonos; los ayuntamientos imponían contribuciones, repartían terrenos y ejercían una policía insubordinada y absoluta. El canon moderadísimo señalado por las leyes, apenas se satisfacía; el Estado de Coahuila no percibió durante dos años (abril de 1832-agosto de 1834) sino la irrisoria cantidad de $1.665, un real, 6 granos; siendo de notar que precisamente en esta época fué cuando se enajenó la mitad del territorio de Texas,[30] etc., etc."

Don Carlos Pereyra, historiador de justa estimación, al referirse al Estado de Texas dice que ya para 1834: "Por la lengua, por la religión, por la raza, por la comunidad de intereses, por la corriente de tráfico que no impedía ni limitaba el arancel, pues nuestro gobierno había concedido exención de derechos a la importación, Texas gravitaba hacia los Estados Unidos. Apenas si tenía vagas relaciones

30 José María Tornel. *Tejas y los Estados Unidos de América en sus relaciones con la República Mexicana.* México, 1837, p. 42.

Digitized by Google

con México, para meras atenciones formales de orden público. En el seno de las colonias, Austin y otros concesionarios tomaban para sí la gestión de la cosa pública, por disposición del mismo gobierno mexicano que no hallaba mejor medio de conservar el orden.

"Esto daba creces al sentimiento de autonomía de aquel grupo extraño que en los confines de dos pueblos crecía a su antojo, sin sujeción a ninguno de ellos, aunque con marcadas tendencias a soldarse al país de su origen y afecto, al cual además lo ligaba la geografía, pues si para llegar a México tenía a su frente los desiertos que se interponían, para llegar a los Estados Unidos lo auxiliaban los ríos, el Golfo y el Mississipi, de cuyo gran sistema realmente dependía la parte de Texas colonizada por los extranjeros."[31]

Desde esta fatal época los colonos ya no tuvieron dique que se les opusiese; y vivían, cual suele decirse, como moro sin señor; llegando su descaro a tal grado que Samuel Houston intentó invadir con una tribu de bárbaros a algunos de los Estados limítrofes; y en el siguiente año, este mismo Houston levantó el estandarte de la rebelión, so pretexto de que México había destruído el sistema federal.

1835. El general José Antonio Mejía, agente y vendedor de acciones de la Galveston Bay & Texas Land Company que tenía grandes intereses en Texas, así como otros prominentes políticos mexicanos, entre ellos Zavala, trabajaban incansable, pero infructuosamente por conseguir la separación de aquella provincia de Coahuila, y hasta sugirieron la conveniencia de organizarla como territorio federal. La serie de pronunciamientos provocada por la intemperancia de las ideas liberales o ultrarradicales del vicepresidente Gómez Farías, culminaron con el motín conocido por el Plan de Cuernavaca, que se reducía a solicitar que el Presidente Santa Anna reasumiese el poder, pues se encontraba gozando de una licencia en su hacienda de Manga de Clavo, y que proscribiera las reformas y las leyes impuestas por el vicepresidente, pues atacaban los fueros y privilegios del ejército y del clero, así como otras igualmente inadecuadas o demasiado avanzadas para aquella época. También se registró el levantamiento de los milicianos de Zacatecas, sofocado por el mismo Presidente Santa Anna, con gran derramamiento de sangre por am-

31 Carlos Pereyra. *Tejas. La Primera Desmembración de Méjico.* Madrid, 1920.

Digitized by Google

bas partes; así como el Plan de Toluca, abogando por el sistema de gobierno llamado centralista, en substitución del sistema federal, que regía los destinos de la Nación desde el 4 de octubre de 1824, conforme a lo proveído por el Congreso Constituyente en su ley fundamental llamada Constitución de los Estados Unidos Mexicanos. Dicho Plan de Toluca instaba la expedición de otra carta magna. Las cámaras, consecuentes con los deseos de Santa Anna que había inspirado o mejor dicho, dirigido a los promotores tanto del Plan de Cuernavaca como del de Toluca, expidieron el 3 de octubre la ley por medio de la cual se decretaba el cambio de sistema de gobierno antes aludido, y el 25 del mismo mes se expidieron las bases para la nueva constitución.

Don Luis Manuel del Rivero[32] dice: "A los tres años de respiro, nuevo cambio de actores y decoraciones en la escena de la política. El plan de Zavaleta volvió en 1833 a entronizar a los patriotas con Santa Anna a su cabeza, y tornaron las medidas violentas y las proscripciones, los ataques al clero, los planes de innovación y además el proceso de los ministros (los que habían ordenado la prisión y el fusilamiento del Presidente don Vicente Guerrero).

"En fin, Santa Anna se cansó a su vez de los patriotas, y un día se metió en el bolsillo las llaves del Congreso. No es mi ánimo ni entra en mi plan describir una porción de sucesos subalternos que se siguieron, ni asistir a los últimos momentos de la federación; cumple mi propósito decir tan sólo, que en 1835 un Congreso se ocupaba en México de cambiar las bases de la Constitución. Los hombres llamados de orden venían esta vez armados de un sistema de gobierno minucioso y completo, por manera que parecía imposible que se escapase nada a la previsión del legislador. La República se hacía central, los estados pasaban a ser departamentos; la acción de los poderes públicos, la administración general y departamental, la administración de justicia, todo quedaba admirablemente definido en siete leyes divididas en porción de títulos y multitud de artículos. Los mexicanos no habrían adelantado mucho en el arte de gobernarse, pero en lo que no cabe duda es que habían hecho grandes progresos en el de hacer revoluciones y escribir constituciones. El

32 *Méjico en* 1842, por D. Luis Manuel del Rivero, Madrid, 1844, p. 70, último párrafo hasta la p. 76.

Digitized by Google

desencuadernamiento del gobierno federal había sugerido a los publicistas de México la feliz idea de centralizar el poder, pero sólo lograron suprimir la vida de los departamentos, etc., etc.

"El gobierno español resolvió el problema a su manera y con gran acierto por la naturaleza misma de los resortes que empleaba y por haberse acomodado un poco más al estado social de los pueblos que le estaban sometidos. La centralización la tuvo planteada tan en grande, que todos los hilos del gobierno de las Américas venían a recogerse en el Consejo de Indias... Así el virreinato de Nueva España comprendía la capitanía general de Yucatán y las comandancias de las provincias internas de Oriente y Occidente, que en muchos ramos se entendían directamente con la corte, lográndose así atender más escrupulosamente a los intereses locales.

"La naturaleza de los resortes empleados por aquel gobierno les permitía plegarse a las exigencias de la localidad; porque esos resortes eran sencillísimos y de una admirable flexibilidad. Un comandante militar, un intendente, jueces y curas, tal era la máquina del gobierno español, la cual funcionaba bien por sencilla y por poco exigente... Las nuevas máquinas de gobierno están por el contrario adaptadas a una sociabilidad más desenvuelta, y son más complicadas y gravosas. Son veinte y cuatro los departamentos en que se halla dividida la Nación y sin contar las ruedas innumerables del gobierno y de la administración central, he aquí las que constituyen la departamental: un comandante general, un gobernador, un jefe de rentas, cada uno con numerosas oficinas, diputación y ayuntamientos, prefectos y subprefectos, una audiencia con porción de jueces de primera instancia, jueces de distrito y de circuito. Todo esto en una Nación de siete millones de habitantes, de los cuales los cinco no necesitan de más gobierno que un cura y un alcalde.

"Dos cosas han hecho falta en México hasta aquí: un plan de gobierno calcado sobre las necesidades del terreno y de la sociedad, y hombres capaces de ponerle en juego.

"...La constitución del 36 centralizó el poder: mas no se entienda que lo creó fuerte y robusto, cual ha menester aquella sociedad, habiéndolo antes bien enredado en un laberinto de trabas constitucionales y sometídole a una dependencia excesivamente servil. No parece sino que se trataba por los centralistas de cortar las uñas al león, luego limarle los dientes, y en fin cerrarle en jaula de hierro

Digitized by Google

para que no dañase a nadie: los acontecimientos han probado después que no carecían absolutamente de previsión tales precauciones... Santa Anna, que no entendía de semejantes presidencias y jamás había respetado otra constitución que la de su capricho, dejó a los sabios constituyentes discutir y hablar, y él, recogiendo cuantos soldados y dinero pudo haber a las manos, se encaminó a Texas, a donde le llamaba el honor nacional, y donde pensaba afilar tanto la punta de su espada, que a su vuelta no hubiese constitución que no pudiese rasgar con ella, siquiera estuviese escrita en láminas de bronce. Mas dispúsolo de otro modo su negra estrella, haciéndole pasar bruscamente de la prosperidad a la desgracia, y de jefe de una República y de un ejército victorioso a habitante de un calabozo en Austin, de donde a duras penas, y con grandes sacrificios y compromisos, logró escapar con la vida."

Acorde el autor precitado, con los puntos de vista que nosotros hemos establecido, sigamos esta sucesión de hechos hasta entroncarla con la campaña de Texas, llevada a nefastos términos por Santa Anna y Filisola, según lo demuestra el autor que nos ocupa, en su *Reseña y Diario de la campaña de Texas*. El 7 de abril de 1835 se sublevó la guarnición de Saltillo en favor del Plan de Cuernavaca. Depusieron las autoridades civiles Coahuiltexanas. Martín Perfecto de Cos, consecuente con órdenes de Santa Anna, pero en forma poco prudente, procedió al desarme de las milicias de ambas entidades, contrariando la voluntad y amenazando al gobernador don Agustín Viesca, por lo que este trasladó los poderes a San Antonio de Béjar. Viesca fué considerado como rebelde, perseguido y aprehendido por Cos, causando con estas violencias gran desconcierto entre los colonos, pues éstos temían perder sus tierras bajo el régimen de un despotismo militar, todo lo cual avivó más el espíritu defensivo de sus intereses, y aun se consideraban con derecho a restablecer las autoridades civiles de dichas entidades. Corrieron asimismo informes de que Santa Anna, después de sofocar los levantamientos de Zacatecas, marcharía a Texas para expulsar definitivamente a los colonos angloamericanos de aquella provincia.

Pero en julio llegó Zavala a Texas resuelto a apoyar la segregación. Unificó sus esfuerzos con algunos renegados nacionales y con los angloamericanos; convocaron una convención en Lynch y otra después en San Felipe, donde abiertamente se declaró la independen-

Digitized by Google

cia del territorio texano, so pretexto de no poder concertar avenimiento alguno con el gobierno centralista, que era contrario a sus intereses, así como otras anomalías que sería prolijo enumerar en estas breves notas.

En este ambiente de inseguridad y desconcierto, el coronel don Domingo Ugartechea comandante de Béjar, tomó inmediatamente la ofensiva contra los rebeldes. Un piquete fué destacado para la Villa de González, pero fué recibido a balazos por los colonos ya en pie de guerra, obligándolo a regresarse y persiguiéndolo hasta Béjar, donde más tarde, en diciembre, después de muchos días de constantes asaltos a dicha plaza y al fuerte del Alamo, Cos se vió obligado a capitular, retirándose a Laredo, por lo que el día trece de dicho mes, Texas quedó a merced de los sublevados.

Y es aquí donde entra el teniente coronel don José Enrique de la Peña, con sus interesantísimos apuntes, para decirnos la verdad sobre los subsecuentes hechos históricos de la campaña de Texas, tan discutida y de tan negra memoria para el honor de nuestro ejército y para la responsabilidad de nuestros dirigentes políticos de aquel entonces. Tiene, pues, la palabra, con los más grandes honores y nuestro más sincero respeto, la valiente y veraz *Reseña y Diario de la campaña de Texas.*

J. Sánchez Garza

Digitized by Google

Reseña y Diario

de

LA CAMPAÑA DE TEXAS

Por

JOSE ENRIQUE DE LA PEÑA

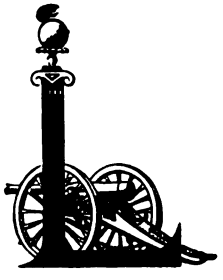
Matamoros, Tamps.

Septiembre 15 de 1836

Digitized by Google

Digitized by Google

PRÓLOGO



A VARIEDAD con que se ha hablado de la campaña de Texas; el cúmulo de mentiras que, para desfigurar los hechos, se han estampado en los periódicos, así nacionales como extranjeros, y particularmente en los últimos; la baja adulación que, en los primeros, se ha tributado a los hombres menos dignos de elogio; la ignorancia con que el Ministerio y el general en jefe han caminado sobre esta guerra; las torpezas y barbarie con que la han dirigido; el honor del ejército, zaherido injustamente, aun por miembros de él, que, no estando al alcance de las cosas, han juzgado con ligereza, o por datos inexactos; el honor y amor propio de cada uno de los militares que nos hemos hallado en ella, herido vivamente en documentos oficiales, equívocos en las fechas, en los hechos y en las localidades; y, sobre todo, el decoro de la Nación altamente comprometido por sus directores, no menos a la verdad y horror al crimen, son las principales causas que me han decidido a publicar el **Diario** que llevé en la parte del ejército en que me tocó hacer esta malhadada campaña y formar, a la vez, una reseña de ella.

Este método, aunque no sea el mejor, es el que más conviene a quien como yo, carece de los tamaños necesarios y de práctica en esta clase de trabajos; tiene, además, la ventaja de no anticipar los sucesos a las fechas. Lo vaciaré (el **Diario**) conforme está escrito y haré, donde me parezca conveniente, las observaciones que el mismo indica y que no han podido hacerse sobre la marcha, en la que tenía que escribir algunas veces a caballo, otras fatigado de la jornada, siempre incómodo y a la intemperie.

De este modo, tampoco se dirá que hablo por resultados en lo poco que he previsto, ni que pertenezco al número de los hombres

Digitized by Google

viles que sólo censuran a los demás en la desgracia, porque mi borrador no dejará duda, al que gustare verlo, de que ha sido escrito en las fechas que se mencionan.

Quisiera poder ocultar mi nombre para prevenir la crítica que atraerá sobre mí y para que se atiendan solamente las razones que doy y los pensamientos que expongo, pues, tampoco aspiro al honor de historiador; pero, además de que en el ejército de operaciones en Texas nadie ignorará quien soy, se creería que obraba así por debilidad. Por lo que respecta al general Santa Anna, era necesario dejar de escribir para no tener que censurar su conducta. El se ha buscado la triste situación en que se halla y sería menos sensible si, en su mala suerte, no hubiera arrastrado a tantos dignos de otra mejor.

Convencido de mi insuficiencia, que no me avergüenzo en confesar, yo debería retroceder de mi propósito si no viera que los hechos se están desfigurando, hasta el punto en que muy pronto los desconoceríamos los mismos que los hemos presenciado. A esto han contribuído algunos documentos que se han publicado haciendo acriminaciones, a la vez que ha querido justificarse.[33] Yo he escrito en el mismo teatro, en presencia de los hechos, los he referido con exactitud y, desconfiando de mi memoria, lo he hecho en los momentos de acaecer. Se me debe juzgar imparcial porque ningún interés he tenido en desfigurarlos, como lo han hecho y seguirán haciendo los que han escrito y escriban para disculpar sus faltas. No tengo que responder a ningún cargo; estoy en libertad de ser franco y quiero serlo.

Una vez decidido a escribir lo haré en la parte expositiva, del mismo modo que si la campaña hubiese tenido buen éxito, cuidando de no hablar por resultados. Cualquiera que se tome el trabajo de escribir la que nuevamente va a abrirse, tendrá que hablar de las mismas faltas, pues casi las mismas se están cometiendo, sin que se haya querido sacar provecho de las lecciones de la experiencia y,

---

33 El autor se refiere a algunos artículos publicados en los periódicos locales en los que se atacaba rudamente al general Urrea, y a los firmantes de otro artículo publicado bajo el seudónimo "Varios Jefes del Ejército Amigos de la Verdad", quejándose del pésimo servicio médico que se prestó durante la expedición de Texas y de las irregularidades que se cometieron respecto a los víveres.—N. del E.

Digitized by Google

sea quien fuere el general que se designe para llevarla a cabo, se estrellará de nuevo, la Nación sufrirá un nuevo desaire y las consecuencias serán tan lamentables como difíciles de reparar.

Al emprender un trabajo pequeño, pero penoso para mí, me hallo muy distante de pretender imitar las bellezas con que los militares franceses han delineado sus admirables proezas, porque, ni tengo capacidad para ello, ni puedo hablar sino de errores, cosa muy sensible para un militar mexicano. Nadie espere ver en mi narración las flores de la retórica, un estilo sublime y elevado, ni descripciones pomposas, pues, aunque el material es a propósito y abundante para formar grandes volúmenes, lo que yo haría, si me fuera dado expresar las cosas con la vehemencia que las siento, sería presentar una novela histórica, con cuadros capaces de arrancar lágrimas a los muertos. Pero, ya que esto no es posible, ofrezco precisión en los hechos, como ya he dicho, de los cuales casi todo el ejército me servirá de testigo, por lo que considero que ni los mismos culpables se atreverán a negarlos. Se han cometido en esta campaña infamias que no deben quedar ocultas, infamias que habrán horrorizado al mundo civilizado y cuyo recuerdo irritará aun después de muchos años. Al referirlas haré a un lado las afecciones personales y mis amigos cesarán de serlo desde el momento que publique maldades cometidas contra la Patria y acciones contra la humanidad.

Las personas y las cosas están íntimamente unidas, pero como ninguna animosidad personal ni sentimiento innoble dirige mi pluma, ocultaré los nombres, siempre que me sea posible. Los que en su interior conozcan que de ellos hablo, no me harán ningún favor en persuadirse que no es el temor el que me impedirá nombrarlos, porque, el que detesta el crimen hablando la verdad, no teme a nadie; y si para decirla fuera necesario el sacrificio de mi vida, lo haría gustoso. Creo me conocéis bastante para convenceros de que sabría cumplirlo.

Bien se que, al mismo tiempo que me propongo vindicar el honor mancillado del ejército, me voy a contraer enemistades en él. No ignoro que los malos jamás perdonan el que se publiquen sus errores. Quizá me voy a buscar una nueva persecución[34] y a provocar nuevas injusticias, que aglomeren sobre mi persona mayores males de los que ya se me ha hecho sufrir. ¿Pero, acaso ha dejado nunca de suceder esto a los hombres que, desviándose del camino

Digitized by Google

de la adulación siguen sólo el de la verdad? Me propongo decirla, cierto, bien cierto de que no puedo halagar los deseos de todos, pero, educado en la escuela de la adversidad, a todo estoy preparado, parapetado tras de los muros de una conciencia recta y en el buen juicio de los mexicanos, o sea que, a un hombre de honor, nada puede espantarle.

He oído opinar a algunos militares, y de los de jerarquía, que todo lo acaecido en Texas debía quedar sepultado en el más profundo silencio, por lo mismo que es vergonzoso; pero los que me han precedido con sus escritos les habrán convencido de que esto era imposible. Otros, de aquellos a cuya noticia ha llegado la formación de mi **Diario,** han cometido la barbaridad de decir, que por solo este hecho debía yo ser condenado a reclusión en un castillo, de suerte que, al ver que lo publico, opinarán porque se me fusile. Los hombres sensatos que lean esto formarán de los que piensan así, el juicio que merezcan. Por lo que a mí toca, no creo que deba sujetar mis ideas a las de los demás.

Sujeto, como todos, al error, deseo que se me juzgue con imparcialidad si cayere en él, como muy bien puede suceder al verter mis opiniones en el curso de mi narración, principalmente hablando contra la retirada, contra esa retirada tan vergonzosa como innecesaria. Sí deseo, sinceramente, que con razones se combatan las que yo dé, y que no sea el espíritu de partido, ni la adulación al fuerte, las armas que se deban de usar contra mí en caso de que se me arguya, porque el lenguaje de las pasiones no produce el convencimiento y sí el desprecio al que lo vierte.

Por una fatalidad que ha sido muy funesta a la República, se ha creído que sólo los que mandan tienen derecho a pensar. Se da por hecho que raciocinan mejor los hombres que están en puestos más elevados, como si no supiéramos cómo se han obtenido hasta ahora los empleos y como si el favoritismo que los ha prodigado pudiera dar con ellos los talentos. De este fanatismo difundido en el ejército y aun en otras clases de la sociedad, viene que a las razones se dé crédito según la persona que las vierte y no según la

---

34 En vísperas de marchar a Europa me declaró persecución el señor Tornel, por favorecer a un extranjero y me causó perjuicios indecibles.

Digitized by Google

fuerza que ellas tienen. Así es que mis observaciones tendrán, entre otros defectos, el de no ser hechas por un general. Otra cosa que va a notarse en mi **Diario** y que es común a todos, es el de tener algunas repeticiones, aun cuando, con estudio, he tratado de evitarlas, porque en verdad hay muchas cosas que ha sido necesario decirlas diariamente, porque diariamente sucedían.

Podía haber dado publicidad a mis apuntes a los pocos días de haber regresado de la campaña, pero convencido de que es necesario escribir con imparcialidad para ser creído, me ha sido preciso tomarme algún tiempo para rectificar los hechos de que no fuí testigo ocular y para adquirir sobre otros los mejores datos, objetos importantes que he alcanzado reuniendo los diarios de las distintas secciones que compusieron el ejército. Por otra parte, estando la campaña aún pendiente, he querido huir de echar en cara al enemigo sus faltas, que fueron grandes, como las nuestras; por lo mismo callaré muchas de las que cometió para que no se sirva de mis advertencias, aunque estoy seguro de que la experiencia que ha adquirido en esta vez, y el tiempo que se le dará para reponerse, le harán repararlas.

Aunque me sobran personas responsables, que me honran con su amistad, a quienes hacer la dedicatoria, he creído más conveniente hacerlo a la Nación, a la que me propongo no callar nada de cuanto he visto, persuadido de que la verdad es el homenaje más digno de ella.

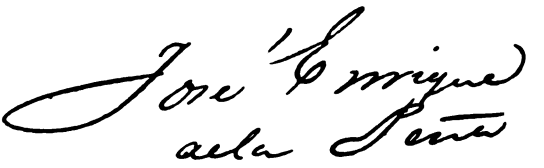
Es necesario no concluir sin repetir, por tercera vez, que ningún interés tiene en desfigurar los hechos un hombre insignificante como yo, que a nada aspira, que nada espera y sobre quien no pesa ninguna responsabilidad. Mientras que, por el contrario, aquéllos sobre quienes gravita, aquéllos contra quienes la Nación indignada levantará su voz para echarles en cara el oprobio de que la han llenado, lo tienen grande en presentarlos del modo que les sea más favorable.

Si con dar a luz mis apuntes consigo el noble objeto que me he propuesto de vindicar el honor de esta infortunada Nación y el del ejército, que acaban de ser mancillados, creedme que habré sido remunerado de los pequeños servicios que en mi carrera he podido prestarle, así como de las penosas fatigas de esta desgraciada campaña. Sé bien cuán difícil es escribir para el público y llenar debi-

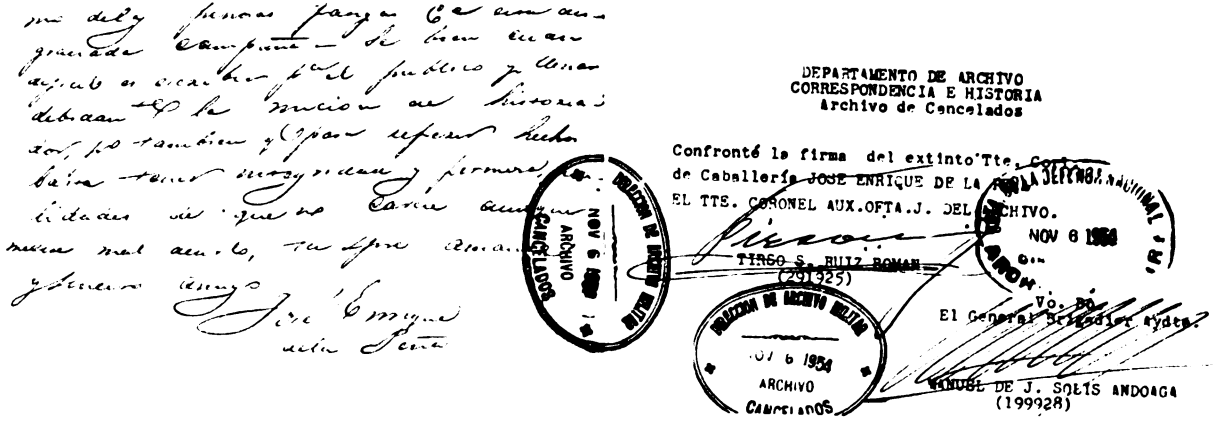
Digitized by Google

damente la misión de historiador, pero también sé que para referir hechos basta tener integridad y firmeza, cualidades de que no carezco, aunque me esté mal decirlo.

Matamoros, Tamps., a 15 de septiembre de 1836.



Digitized by Google



DEPARTAMENTO DE ARCHIVO
CORRESPONDENCIA E HISTORIA
Archivo de Cancelados

Confronté la firma del extinto Tte. Cor.
de Caballería JOSE ENRIQUE DE LA PEÑA
EL TTE. CORONEL AUX.OFTA.J. DEL ARCHIVO.

TIRSO S. RUIZ ROMAN
(201925)

NOV 6 1954

Vo. Bo.
El General Brigadier Aydte.

MANUEL DE J. SOLIS ANDOAGA
(199928)

Constancia sobre firma de J. E de la Peña, de la Sria. de la Defensa Nacional

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPÍTULO PRIMERO

Implantación del sistema de gobierno centralista y sus consecuencias.- Texas declara su independencia y pretextos que lo impulsaron.- Caótica situación moral, militar y económica de México en 1835.- Preparativos para la campaña.- Santa Anna deseoso de ganar nuevos laureles, consigue ser nombrado general en jefe.- Contratiempos para reunir fondos para la campaña.- Organización del ejército de operaciones sobre Texas.- Vicente Filisola, segundo en jefe.- Capitulación del general Cos en Béjar.- Se inicia la marcha de San Luis Potosí hacia Leona Vicario.- Imprudencia del plan de campaña.

EL CAMBIO político habido después de once años que la Nación era regida por un sistema liberal, análogo a la extensión de su territorio, a su variedad de climas y costumbres, fué lo que provocó la guerra de Texas, o más bien dicho, el pretexto de que los colonos se valieron. Ellos hubieran puesto en problema la justicia de la Nación en hacérselas, proclamando la Constitución de 1824, si su conducta anterior no hubiera revelado sus torcidas miras.

Destruído el sistema federal por los errores y maldades de los mismos liberales[35] no menos que por la ignorancia y mala fe de sus antagonistas, pero destruído después que había echado grandes raíces y creado muchos intereses, quedó en contra del nuevo régimen un partido fuerte y numeroso que, por lo mismo, tarde o temprano habría de sobreponerse a su contrario, y a este partido fué al que los revolucionarios de Texas trataron de halagar para alentarlo a volver de nuevo al campo en que acababa de ser vencido por la perfidia, después de una larga y sangrienta lucha, en que siempre había salido victorioso. Ellos deseaban, pues, que nos destruyésemos aún más para de este modo asegurar mejor sus designios; pero se engañaron, porque los mismos hombres a quienes ofrecían su cooperación, la desdeñaron, pareciéndoles una ignominia admitirla de unos advenedizos, y lo era en efecto, porque, después del triunfo, éstos

35 El Conde de Segur dice: "Más veces se destruye la libertad por sus excesos que por sus enemigos".

Digitized by Google

habrían exigido indemnizaciones, que era oprobioso conceder y una ingratitud negar, si se quedaba con bastante fuerza para ello. Los que se habían dado patria a sí mismos no necesitaban del auxilio de alienígenas, para conquistar su libertad.

Las circunstancias los obligaron a quitarse la máscara, cuando menos les convenía, y el dos de marzo de mil ochocientos treinta y seis declararon la independencia de Texas, cuando ya el ejército había pisado el territorio, porque sin esta declaración los especuladores en acres de tierra de Nueva York, de Nueva Orleans y de otros puntos de los Estados Unidos, habrían suspendido los subsidios que les tenían ofrecidos para la guerra.

Tal declaración fué conveniente a los mexicanos que, dejándoles ver las cosas bajo su verdadero punto de vista, sabían ya a qué atenerse. La voz independencia ofuscó la mágica de libertad, que había alucinado a los menos pensadores, y los pocos que se habían unido a los colonos, creyéndolos de buena fe, se separaron inmediatamente de ellos, siendo don Lorenzo de Zavala y los bejareños don Antonio Navarro y don Juan N. Seguín, los únicos hombres de razón que han incurrido en la nota de traidores, nota tan fea como merecida. Al menos son los únicos de quienes tenemos noticia.

Los papeles públicos habían analizado los acontecimientos de Texas en los últimos meses de mil ochocientos treinta y cinco, y la sola relación de ellos bastaba para probar la injusticia de la agresión de los colonos. Los insultos que habían prodigado a la Nación en los empleados de sus aduanas y comandantes de destacamentos; el desprecio que hacían de las leyes y con el que miraban a los que les habían dado patria, eran más que suficientes para justificar la guerra por nuestra parte. Ellos eran los agresores y nosotros los agredidos; ellos los ingratos y nosotros los benefactores. Siendo miserables les habíamos dado el sustento, y el primer uso que intentaron hacer de sus fuerzas fué el de querer destruirnos.

El abandono, la apatía, o más claro, la criminal indiferencia con que los gobiernos todos, sin excepción, han visto los intereses nacionales; el no hacer cumplir las leyes de colonización; las ningunas simpatías que se habían inspirado a los colonos y las vivas aún, de éstos hacia su antigua patria, nos condujeron a estas circunstancias. En ellas era ya indispensable la guerra, porque colocados entre ella

Digitized by Google

y el deshonor, la elección no podía ser dudosa; pero era necesario prepararla con madurez y ejecutarla con prudencia, porque de su éxito dependía el decoro nacional y era menos malo retardar la campaña, que poner a la Nación en ridículo, haciéndolo fuera de regla. Era necesario que los mexicanos de todos los bandos políticos, de todas las clases, se reunieran alrededor del Gobierno para sacarlo airoso de la empresa, que interesaba a todos igualmente; pero, por desgracia, no podía ser así.

El cambio político apenas había tenido lugar cuando se oyó el grito de guerra. Los vencidos en él eran muchos, vertían aún sangre de sus heridas. Se hallaban al frente de los negocios los hombres que menos confianza podían inspirar. Los Ministerios de Hacienda y de Guerra eran los más importantes en esta ocasión, pero estaban mal desempeñados. En el primero ocupábase[36] su jefe en pagarse créditos muy atrasados que, según él, se le debían, cuando decía no tenía para cubrir los presupuestos y dar las pagas de marcha de los cuerpos y oficiales destinados a la campaña, y cuando los empréstitos y contribuciones se exigían con arrogancia. Son varios los oficiales que destinados al ejército no marcharon por falta de auxilios. El segundo, es verdad que estaba dirigido por un hombre de talento,[37] instruído en varias materias, de bellos modales, que posee el don de captarse la voluntad de las personas a quienes trata, y que en medio de sus muchas inconsecuencias y grandes defectos, está adornado de otras buenas cualidades, como la facilidad que tiene para expresarse y su acción teatral en la oratoria, en que agrada como un buen cómico en el foro; pero no es idóneo para dirigir los asuntos de la guerra en tiempo de ella. Habiéndose elevado a la clase de general sin haber pasado por las clases inferiores, sin haber practicado su profesión, ni visto jamás el aspecto horrible de un campo de batalla (sino los dibujados en los cuadros), no podía conocer las necesidades del soldado en campaña, apreciar sus sacrificios, templar bien los resortes de los castigos y recompensas, ni elegir los jefes que lo hubieran de conducir mejor al peligro.

Con tales elementos el Gobierno no podía tener toda la fuerza moral que era de desear, a lo que hay que agregar las violencias

36 Don Rafael Mangino.—N. del E.
37 General José María Tornel.—N. del E.

Digitized by Google

imprudentes con que se hacían las levas y se requerían los auxilios que el ejército necesitaba; pero, a pesar de todo, la habría tenido mayor si antes se hubiera corrido el telón que dejó ver la escena representada el dos de marzo. Sin embargo, no faltó entusiasmo y en la clase militar fué grande. En su mayoría estaba unida al Gobierno, porque en unión del clero y de los frailes, era la que más había ayudado a destruir el antiguo edificio.

La guerra era lo que menos podía asustar a los mexicanos, que parece han jurado no vivir sin ella; pero la distancia del país en que se iba a hacer, su clima, sus circunstancias locales, tanto en la topografía general como en la particular, eran cosas de mucho peso a los ojos del hombre pensador. Era la primera vez que nuestros soldados iban a habérselas con hombres de distinto idioma, de distinta religión, cuyo carácter y costumbres eran igualmente diferentes de los suyos. Todo era nuevo en esta guerra y aunque en nuestro propio suelo, parecía que íbamos a llevarla a un suelo extranjero, pero el Gobierno no lo creyó así, pues que, como se verá, todo lo libró a la ventura.

En un país abierto, inmenso y desierto, era necesario llevarlo todo consigo y obrar de un modo distinto hasta entonces. La expedición de Texas debió considerarse como una flota que iba a surcar en alta mar o más propiamente dicho como una colonia. Era necesario designar la estación, acopiar los víveres con anterioridad y proveer los medios de transporte de todas especies. Buenos cirujanos y hospitales ambulantes, bien provistos, eran indispensables, no sólo para los heridos, sino para la multitud de enfermos que marchas penosas y dilatadas iban a producir; pero más tarde veremos que si todo fué descuidado, este ramo lo fué de un modo ofensivo a la humanidad y parecería increíble si no sobraran testimonios con que justificarlo.

Puesto que el soldado debía estar siempre al vivac, era necesario llevar pabellones de armas que las cubrieran de la intemperie, para no hallarlas inútiles el día que se había de hacer uso de ellas. Estas eran aún más precisas para el parque, que tanto se inutiliza con las lluvias, como conduciéndolo a lomo de acémilas.

Había que atravesar ríos caudalosos y eran indispensables al menos dos trenes de puente para facilitar los pasos al frente del enemigo y ejecutar los movimientos con rapidez, tan necesarios para

Digitized by Google

Digitized by Google

BIOGRAFIA

GENERAL JOSE MARIA TORNEL Y MENDIVIL

Este inquieto político y militar nació en Orizaba, Estado de Veracruz, en el año de 1797, siendo sus padres don Julián Tornel y doña Manuela Mendívil.

Por algunos años vistió la beca de seminarista del Colegio de San Ildefonso de México, de donde salió para seguir la carrera militar que comenzó como subteniente coronel, sin haber sido sargento mayor y después ascendió hasta el grado de general de división sin que jamás hubiera mandado cuerpo alguno.

Fué secretario particular del Presidente don Guadalupe Victoria y después de don Antonio López de Santa Anna; Diputado al segundo congreso constitucional; gobernador del Distrito en 1828 y en 1833; su nombre figura en casi todas las revoluciones desde 1823 hasta mediados del siglo pasado; fué Ministro Plenipotenciario de México en Estados Unidos del Norte en 1831; oficial mayor y Ministro de Guerra y Marina en 1835, 1836 y 1837; parte del año de 1838; parte del de 1841, permaneciiendo en ese elevado puesto hasta 1844; parte de 1846 y parte de 1853.

El teniente coronel don José Enrique de la Peña, en sus apuntes, lo pinta con los siguientes coloridos: "El Sr. Tornel es un hombre de talento, instruído en varias materias, de bellos modales, que posee el don de captarse la voluntad de las personas a quienes trata y que enmedio de sus grandes inconsecuencias y grandes defectos, está adornado de otras buenas cualidades, como la facilidad que tiene para expresarse y su acción teatral en la oratoria, en que agrada como un buen cómico en el foro; pero no es idóneo para dirigir los asuntos de la guerra en tiempo de ella. Habiéndose elevado a la clase de general sin haber pasado por las clases inferiores, sin haber practicado su profesión, ni visto jamás el aspecto horrible de un campo de batalla (sino los dibujados en los cuadros), no podía conocer las necesidades del soldado en campaña, apreciar sus sacrificios, templar bien los resortes de los castigos y recompensas, ni elegir los jefes que lo hubieran de conducir mejor al peligro. "Y más adelante dice: "Cuando los periódicos locales hacían comentarios respecto a la precaria situación del ejército expedicionario en Texas, porque efectivamente carecía de alimentos, de vestuario, de medicinas y de cirujanos, el Sr. Tornel contestaba que no era cierto que todo lo tenían en abundancia y que sólo faltaba la ópera italiana para solazarlos."

Murió el señor general Tornel el 11 de septiembre de 1853, cuando desempeñaba otra vez el ministerio de Guerra y Marina bajo el último Gobierno de Santa Anna.

J. S. G.

Digitized by Google

las buenas operaciones de la guerra. Era preciso conocer la profundidad de estos ríos, su latitud, sus escarpes, así como la fuerza de sus corrientes y las ventajas e inconvenientes de los bosques que los circundan. No bastaba esto; eran necesarias compañías de tren, con nadadores diestros y bien pagados; pero más tarde veremos que todo faltó y los malos efectos de estas fallas.

Mientras se hacían estos preparativos, mientras se recibía el subsidio, se debía estudiar el plan de campaña sobre las cartas, rectificar éstas y no omitir gastos para inspeccionar con toda exactitud el terreno en que se iba a obrar, en levantar estadísticas que dieran a conocer con precisión los recursos de toda clase que el país podía prestar, para designar los transportes que fueran más a propósito y más económicos y los caminos que debíamos seguir.

Verdad es que la Hacienda Pública estaba en esqueleto, que las fuentes todas de riqueza habían sido obstruídas, como consecuencia de la guerra civil tan bárbaramente prolongada. Veo hacer a todos esta objeción, pero, además de que esto no es exacto, la Nación toda debe saber que se ha invertido más caudal del que se necesitaba para esta desafortunada expedición y que su ejército, más desafortunado todavía, ha sufrido grandes privaciones y carecido de muchas cosas indispensables, menos de valor, de sufrimiento, de armas y municiones; pero no se ha sabido emplear el uno, se ha apurado el otro demasiado y éstas se han desperdiciado, como si nada costaran. Ya veremos también con que prodigalidad se hizo verter la sangre, como si nada valiera la vida de los hombres. No faltaron, pues, recursos; faltaron, sí, prudencia, cálculo, orden, previsión, juicio recto y acertado. Dicha campaña lejos de haber gravado a la República debió, a la manera de la de Italia, aumentar los ingresos de su erario con sumas considerables; pero ni el director, ni el ejecutor de ella conocían lo que valía Texas, ni supieron aprovechar los tesoros que encerraba. En más de diez millones evaluaron su pérdida los tejanos, y aunque hasta la fecha nada puede decirse afirmativamente sobre el particular, es indudable que nadie utilizó las riquezas que contenía el territorio y que sólo se trató de destruir, como se verá a su vez. El Ministerio y los que mandaban[38] se engañaron y han procurado engañar a la Nación. ¡Desengañémosla!

38 El general don Antonio López de Santa Anna, como general en jefe, y don Vicente Filisola, como segundo.—N. del E.

Digitized by Google

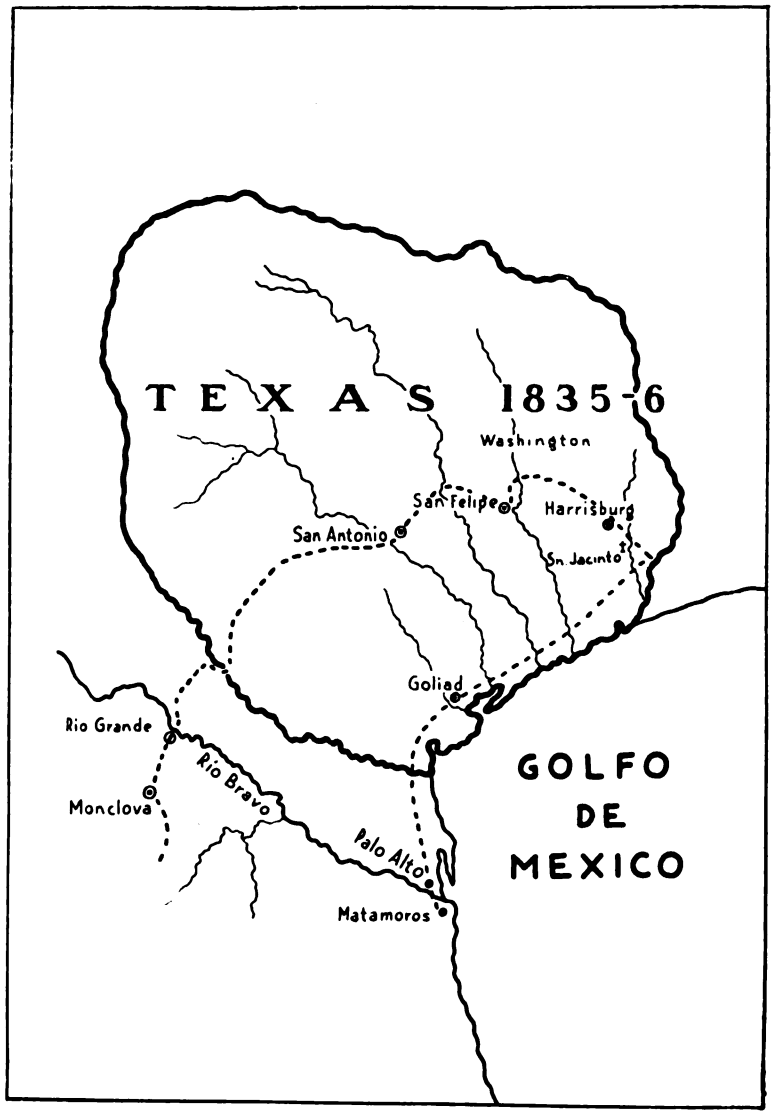
El ejército había sido invadido por la desmoralización que por desgracia existe en todas las clases. Absorbía todas las rentas, no dejando más que una migaja para los empleados y, sin embargo, este ejército no era más que nominal. Se había destruído en la guerra intestina, principalmente en la de los años de mil ochocientos treinta y dos, treinta y tres y treinta y cuatro. Lo más florido de nuestros veteranos había perecido sin gloria, asesinándose mutuamente para sostener unas veces la libertad, otras los abusos y las más la tiranía; los errores y la ambición de los corifeos de los distintos bandos han arrastrado la Patria al ultimátum de su ruina. No obstante, las mismas causas que habían destruído unos soldados, habían formado otros, aunque menos instruídos, menos expertos, menos acostumbrados a arrostrar los peligros y soportar las fatigas. Había todavía en los cuadros de los batallones y regimientos oficiales antiguos, valientes y pundonorosos, capaces de conducir sus filas a la victoria; pero todo se precipitó, un error nos condujo a otro y de error en error caminamos hasta dar nueva prueba de que los fines corresponden siempre a los principios.

La organización de un ejército que iba a hacer un papel brillante y a dar al mundo entero una idea del poder de la Nación, fué generalmente viciosa. Sus bajas se llenaron con reclutas robados a las artes y a la agricultura; con padres de familia, que no son los mejores soldados; con hombres que en los calabozos esperaban el castigo de sus crímenes y hasta sentenciados por los mismos cuerpos se vieron en las filas de otros. En razón de que se llevaba a muchos hombres por la fuerza, se reportó por bárbara e injusta la disposición del general en jefe de fusilar al que desertase.[39] Esto dependía también de que el Gobierno tenía necesidad de dejar fuertes guarniciones, porque su poder se apoyaba en las bayonetas que se lo habían dado y le era preciso sostenerse con ellas.

Entre los muchos abusos que hay en el ejército, uno de ellos es el prurito de los jefes de los cuerpos en acrecentar su número, aunque sea con hombres débiles, incapaces de resistir a las fatigas de la campaña y por eso se vió en esta vez que la fuerza numérica no correspondía a la individual. Había muchos demasiado jóvenes y algunos demasiado viejos, que en las marchas han tenido que sucum-

39 Véase el Anexo Nº 6-b.

Digitized by Google



Plano de Texas

Digitized by Google

DISTANCIAS MAS ESENCIALES, SEGUN UNO DE LOS MEJORES MAPAS DE TEXAS, A LAS QUE, POR LAS VUELTAS DEL CAMINO PUEDE AUMENTARSE BIEN POCO.

	Millas	Leguas
De Río Grande a Béjar, según el dicho plano,	155	
De Béjar a González,	50	16-2/3
De González a Moctezuma, o Paso del Atascocito en el Río Colorado,	65	21-2/3
De Moctezuma a Austin,	56	18-2/3
De Austin a Old Fort,	28	9-1/3
De Old Fort a San Jacinto,	45	15-1/3
De Old Fort a Brazoria,	50	16-2/3
De Austin a Brazoria,	75	25-2/3
De Old Fort a Victoria,	82	27-1/3
De Victoria a Goliad,	22	7-1/3
De Goliad a San Patricio,	47	15-2/3
De San Patricio a Matamoros,	110	36-2/3

Digitized by Google

bir al peso de sus armas y de sus mochilas. Y aunque otros han ido y vuelto entre sus filas ha sido únicamente para ser gravosos. ¿Cómo podían estos hombres resistir marchas largas y penosas ni los movimientos rápidos que tenían que hacer? Se notaba esto más particularmente en el batallón de Zapadores, en el que los hombres deben ser aún más robustos, para resistir a los fuertes ejercicios de su instituto.

La marina era de primera necesidad para esta campaña y se cometió una gran falta en no hacer los mayores esfuerzos para resucitarla. No parecerá un despropósito el decir que las principales operaciones debieron ejecutarse por mar, que a la vez que eran más rápidas eran indudablemente más económicas. Por mar debieron trasladarse al teatro de la guerra, todos los cuerpos que estuvieran inmediatos a los puertos del Norte, para no debilitar los hombres con una marcha de centenares de leguas y porque además de esta importante ventaja se conseguía la de evitar muchos consumidores, como son los escuadrones de mujeres y muchachos que siguen al soldado por tierra. Pero, aun cuando no se creyera conveniente llevar por agua el principal cuerpo de ataque, una fuerza sutil debió combinarse con la de tierra; cubrir nuestro flanco derecho; cortar al enemigo los principales recursos que le entraban por los puertos e impedir que se echara sobre los nuestros que venían por mar, por donde deberían llegarnos, principalmente, a la conclusión de la campaña. Muy tarde se quizo reparar este error y no se ha hecho más que confesarlo, aumentar mucho los gastos, multiplicar ascensos, elevar a un hombre sin servicios, sin patria, sin talentos y sin virtudes, con agravio de muchos mexicanos envejecidos en el servicio de la marina y mexicanos al fin. Este hombre dicen que tiene la cualidad de ser valiente, pero el valor no es desconocido entre nosotros, y habiendo entrado al servicio el año de mil ochocientos treinta y dos, estaba demasiado premiado con ser primer teniente.[40]

Los aprestos de la campaña debieron prepararse en secreto, se debía hablar de paz mientras se preparaba la guerra, pero se dirá que esto no podía ser y que el secreto era de ninguna importancia

40 Probablemente el autor se refiere al general de brigada don Pedro Lemus, oriundo de Cuba, a quien más adelante menciona repetidas veces en tono despectivo.—N. del E.

Digitized by Google

cuando ya el enemigo había tomado la iniciativa. Concediendo, pues, que esto sea así, el Gobierno comenzó sus preparativos por el nombramiento de general y la elección que hizo acabó de confirmar, lo que entonces se decía, que confiaba más en el nombre del general Santa Anna, que en su poder y que en este asunto, como en todos los demás, no se atrevía a dar un paso sin aprobación de este jefe; pero lo más probable es que él se nombró a sí mismo, porque la guerra estaba en sus intereses, para aumentar su fama, esta quimera que tanto atractivo tiene en el corazón humano y más en el de los soldados.[41] Los papeles públicos le acusaban de miras ambiciosas, y aun de ser el promovedor de la guerra, pero sea de esto lo que fuese, cuando llegue la vez no ocultaré las ideas y deseos de algunos militares sobre el particular, ni menos las suyas que se dejaban entrever en sus palabras y en sus obras.

El general Santa Anna, nombrado general en jefe por la libre deliberación del Gobierno, o bien por su propia voluntad, se presentó en Tacubaya en noviembre de mil ochocientos treinta y cinco. Este hombre, más célebre por el buen éxito con que ha llevado al cabo todas las revoluciones que han destruído a su Patria, que por sus hazañas militares y por los resultados de su política mezquina e incierta, se había hecho necesario, en fuerza de un conjunto de circunstancias difíciles de desenvolver y ajenas a nuestro objeto. Todos los palaciegos se apresuraron, como de costumbre, a rendirle homenaje; los diputados, senadores, generales, muchas personas de distinción, los ministros y el mismo jefe del Ejecutivo tropezaban alternativamente en su palacio. Muchos, es verdad, eran arrastrados con fines nobles y patrióticos, pero no era de éstos el mayor número. Se formaron juntas y se tuvieron largas discusiones porque se trataba de una guerra, que por desgracia no se supo hacer nacional, pero que quizá más tarde llegará a serlo. Cada uno, según sus talentos, según sus deseos, sus intereses y modo de ver las cosas, presentaba su proyecto y daba su opinión; pero, todas fueron palabras perdidas, discusiones vanas.

Santa Anna, ocupado en estos debates estuvo violento los días que permaneció en Tacubaya, su carácter iracundo le hace poco a

41 Solís dice: "La ambición de la gloria es vicio que se debe perdonar a los que saben merecer y está cerca de parecer virtud en los soldados." ¿Pero nuestro caudillo sabía merecer?

Digitized by Google

propósito para la discusión y le fastidiaban las que se tenían con el objeto de proporcionar arbitrios, no hacía sino declamar, lamentarse de las escaceses y reñir con todos. Viendo que era necesario detenerse, tomarse tiempo para organizar, impaciente por la lentitud con que se recogían los préstamos e instado por el deseo de abrir pronto la campaña, se marchó para San Luis Potosí, en donde creía encontrar los medios de poder hacerlo. Demasiado públicos han sido los reprobados de que se valió para hacerse de algún numerario y, como otras veces, ultrajó la majestad de las leyes, hasta el extremo de permitir a un particular hacer introducciones por Matamoros sin previo registro, como se ha hecho, efectivamente, y nada menos que a un hombre cuya colosal fortuna la debe en su mayoría al contrabando escandaloso que ha hecho durante muchos años, merced a la inmoralidad de los empleados de las aduanas marítimas, que ha tenido comprados, a la vez que el Gobierno lo sabía y les pagaba sueldos, que debían emplearse en sogas para ahorcar a estos ladrones públicos.

En San Luis Potosí fué donde el general Santa Anna pensó establecer su cuartel general, reunir sus fuerzas y organizarlas; pero la capitulación del general Cos le hizo variar de pensamiento. Aquí se renovaron las discusiones de Tacubaya, aunque éstas fueron más acaloradas en Leona Vicario (Saltillo). Se trataba de defender el suelo patrio; de sacrificarse por el honor nacional; se versaba un asunto de interés común, y todos se creían con derecho a aconsejar lo mejor. Los generales Arago, Andrade (don Juan), Tolsa y Gaona, le hicieron las observaciones más juiciosas y le dieron los consejos más prudentes. No aspiraban a una reunión de grandes aparatos, ni de circunstancias favorables, en espera de lo cual jamás se hubiera emprendido la campaña, sino a lo más preciso, a lo más indispensable. El primero había sacado airoso, en dos ocasiones, al mismo a quien en esta vez quería hacer lucir; gozaba de una merecida reputación militar, lo mismo que la goza el segundo, y todos eran dignos de ser escuchados; pero Santa Anna se había infatuado demasiado, como tendremos ocasiones de ver, no daba oídos a la razón y fiaba solo en su fortuna, que en la guerra no hace la mayor parte. Su inexperiencia no puede servirle de disculpa en esta vez. Entre sus aduladores algunos habían tenido la osadía, porque tal debe llamarse, de compararlo con el hombre del siglo, aunque se halla tan distante de parecérsele como nuestro planeta del Sol. Es verdad que tiene

Digitized by Google

el carácter irascible, sin el que Napoleón decía que no se podían ganar batallas; pero no es capaz de las concepciones de aquel sublime genio, de aquel genio audaz y emprendedor. Para merecer el título de general, según los autores militares, no basta poseer la estrategia y la gran táctica, un general necesita conocer las ciencias exactas, puras y mixtas, las naturales y los idiomas vivos; necesita conocer la historia, el derecho de gentes y las máximas de los moralistas mejor recibidos. Debe reunir, además, el vigor que da una buena salud, el valor, la constancia, audacia y talento; un gran caudal de paciencia, buenos modales, humanidad, el honor, la justicia, probidad y pureza de costumbres, cualidades todas que distinguen a los hombres sabios. No es suficiente la ciencia y habilidad, dice un autor; para mandar un ejército se necesita alguna cosa más que reflexiones prudentes, se necesita otra cosa que combinaciones sabias para dar alma al gran cuerpo que pone en movimiento y es preciso que en el momento que se le oponen los esfuerzos del entendimiento de sus rivales, con calma y serenidad eleve el suyo a otra esfera superior, que rivalice y aun desprecie aquellos, acudiendo a la invención que dan los recursos superiores, la celeridad y firmeza de ánimo. ¡Qué cargo tan terrible, exclama, qué superior a los hombres que conocemos! ¡Qué responsabilidad para tomarla sobre sí!

El curso de esta narración dará a conocer si el general Santa Anna es digno de mandar y conducir hombres al combate y si ha sido acreedor a las consideraciones con que se le ha distinguido.

Fueron inútiles todos los esfuerzos de los jefes de brigada para que los reclutas se instruyeran e hicieran ejercicios de fuego, porque el general en jefe contestaba que debían foguearse en medio de los combates. Si se le trataba de convencer que la caballada no podría conservarse en estado de ser útil, sin que se le diera grano, decía que los pastos del camino eran bastantes; y sustentándose los caballos de lo mismo que servía de cama a los jinetes, se inutilizó por consiguiente el arma de caballería, que como se verá, hizo gran falta.

La orden general de dieciocho de diciembre de 1835, dada en San Luis Potosí, arreglaba el ejército en dos divisiones. La primera al mando del general Ramírez y Sesma, la componían los batallones de Matamoros, Jiménez y activo de San Luis Potosí, el Regimiento de Dolores y ocho piezas de artillería. La segunda división era compuesta de tres pequeñas brigadas. La primera al mando del

Digitized by Google

general Gaona, compuesta de los batallones Aldama, Toluca, Querétaro y el ligero de auxiliares de Guanajuato, con seis piezas. La segunda, al mando del general Tolsa, la componían el batallón de Guerrero, el primer activo de México, los de Guadalajara y Tres Villas, con seis piezas. Más tarde se le reunió el Batallón Morelos. El regimiento permanente de Tampico, el activo de Guanajuato y auxiliares del Bajío, formaban una brigada de caballería, al mando del general Andrade. El batallón de Zapadores pertenecía al cuartel general.

El general de división don Vicente Filisola, fué nombrado segundo en jefe y los de brigada Arago y Woll, el uno mayor general y el otro cuartel maestre. Al teniente coronel de artillería don Pedro Ampudia se le nombró comandante general de la arma y al teniente coronel de ingenieros don Luis Tola jefe de la Sección de ese cuerpo, que no se reunió al ejército hasta fines de mayo de 1836, cuando ya venía de retirada. Don José Reyes López era el comandante de este ejército y el coronel don Ricardo Dromundo, el proveedor general.

En esta orden se decía entre otras cosas lo siguiente: "Su excelencia, el general en jefe recomienda muy particularmente al celo de los señores generales y jefes de los cuerpos que el armamento esté en buen estado; que los infantes se provean todos de mochilas, de dos mudas de ropa, de capotes, de calzado de reserva, de cantimploras y de platos. Que los cuerpos de caballería estén montados del mejor modo posible y que sus jefes procuren teñer remonta, que irán situando con anticipación en buenos agostaderos. Su excelencia encarga la mayor exactitud en el servicio, estando bien persuadido que es innecesaria toda prevención dirigida a inflamar el ardor de las tropas para una campaña en que está interesado el honor nacional y en la que la Patria no tendrá que derramar lágrimas sobre los triunfos conseguido por el ejército."

Este celo era muy laudable, y en esta orden se deja ver un noble sentimiento, pues que el amor a la Patria había llegado a ser una pasión en el general Arago, que la dictaba; pero faltaban los medios de proveer a todo lo que se mandaba. Se había cegado un momento su amistad al general Santa Anna, pero no en la campaña de Texas que se proponía escribir. Una noche que en Béjar fué éste a visitar a aquél en el lecho de dolor en que estaba postrado, le hizo un pequeño detalle del asalto del Alamo y prodigó algunos elogios

Digitized by Google

al Batallón de Zapadores, por cuyo buen nombre sabía que el señor Arago se interesaba, y después de haber ridiculizado al gobierno liberal, porque él había hecho derramar tanta sangre y externado algunas alusiones sobre la Legión de Honor, dirigiéndose a varios jefes y oficiales que había presentes, dijo: "que era preciso que la campaña se fuese escribiendo." El que hace esta reseña, aunque ya lo tenía pensado, tomó la palabra a su jefe sin decírselo.

El general Cos se hallaba encerrado en Béjar, a cuatrocientas ocho leguas de la capital, con una guarnición corta y falta de municiones y víveres. Desesperado de no recibir auxilios, que tantas veces se le habían ofrecido, se vió en la precisión de capitular el diez de diciembre de 1835.

Los que no estaban al alcance de su situación comprometida y los que procuran encontrar faltas en otros y no en ellos, han acusado a este jefe de débil. El por su parte, se ha disculpado con el Gobierno que le tenía abandonado y que en lugar de municiones de guerra y boca, en lugar de soldados, le mandó reemplazos que aumentaron sus necesidades; es indudable que si se le hubiera auxiliado a tiempo, él se habría impuesto al enemigo desde un principio y no hubiera tenido ocasión de manifestarse audaz y arrogante; pero, el Ministerio creía más importante vencer a los mexicanos que se oponían al cambio político, que defender la Patria común.

El general Ramírez y Sesma recibió orden de ir a socorrer al general Cos, y el diecisiete de noviembre salieron de San Luis Potosí parte de las fuerzas que pusieron a sus órdenes. Se le previno que a marchas forzadas se pusiese en Béjar, pero esta orden se libró fuera de tiempo y aquél no se esforzó en cumplirla. Varios militares aseguraron que le sobró tiempo para llegar al socorro de esta plaza y que a su apatía se debió su pérdida. Otros también le acusaron de cobardía. Más tarde veremos que en esto no carecían de razón.

El veintiséis de diciembre se reunió en Laredo la división del señor Ramírez y Sesma con el general Cos, que ya había llegado allí con la guarnición de Béjar, en virtud de la capitulación. El veintisiete se incorporaron el general Filisola y el citado Ramírez y Sesma, permaneciendo en este punto hasta el tres de enero de 1836, que recibieron órdenes para dirigirse, éste último, con sus fuerzas para Río Grande y Cos con las suyas a Monclova, a donde contramarchó también Filisola. La división del señor Ramírez y Sesma había teni-

Digitized by Google

Vicente Filisola

Digitized by Google

BIOGRAFIA

GENERAL VICENTE FILISOLA

Nació en Reville, Reino de Nápoles por el año de 1784 sin que se conozca el nombre de sus progenitores. Sabemos que entró al servicio militar en su país natal y que poco después fué a España, alistándose en el Regimiento Fijo de Buenos Aires en calidad de soldado distinguido, por el año de 1804, y haciendo servicio de guerrillas. Vino después a la Nueva España sirviendo al ejército realista, y finalmente, se unió al ejército Trigarante con el grado de coronel. Se distinguió por haber entrado a la capital el 24 de septiembre de 1821 al frente de 4,000 hombres, tres días antes de la entrada triunfal del Ejército Trigarante. A principios de 1822 el Emperador Iturbide, de quien era gran amigo, lo envió a Guatemala como capitán general y en jefe superior político, desempeñando dicha comisión con torpeza, no obstante lo cual se le ascendió a general. En 1827, cuando el general Bravo se pronunció en Apam, Filisola fué nombrado comandante militar de México, pero se retiró de la capital y la dejó sin protección alguna, ocurriendo muchos desórdenes entre los cuales destaca el famoso saqueo del Parián, por cuya actitud se le censuró acremente. El historiador don José Valadez, en su obra **Santa Anna y la Guerra de Texas,** hablando de Filisola hace los siguientes comentarios: "nativo de Italia, sin personalidad de combatiente en el ejército mexicano, tipo de burócrata carente de iniciativa, timorato y complaciente, no era el general Filisola el llamado a lanzarse a una aventura como la de ir a rescatar a Santa Anna de manos de Houston. Filisola había sido siempre un infortunado cuando había tenido el mando de fuerzas en calidad de general en jefe. Desde la retirada de Guatemala, en la que obró con espíritu poquitero, hasta la campaña de Texas, es siempre el mismo. Santa Anna que lo conocía había hecho de él su segundo en jefe, no por sus dotes militares, sino porque era hombre minucioso que sabía desempeñar a la perfección las labores burocráticas dentro del ejército", etc. etc.

Filisola era compadre de Santa Anna y este compadrazgo debe de haber influído mucho en la actitud que asumió después del desastre de San Jacinto; además Filisola tenía otorgada una concesión para colonizar Texas con 500 familias, o sean 500 leguas cuadradas de terrenos que una vez independizada aquella provincia valdrían una fortuna.

El general Filisola después de que fué absuelto de los graves cargos que se le hicieron por su inepta, cobarde y desleal conducta en la campaña de Texas, ocupó muchos e importantes puestos en el Gobierno, tales como: comandante de Orizaba dos veces; comandante general de Puebla, una de Michoacán y tres de México. Dos veces vocal de la Junta de arreglo del ejército; presidente del Supremo Tribunal de Guerra y Marina y en dos ocasiones su Ministro; presidente de la Junta Consultiva de guerra; Mayor general del Ejército de reserva contra la invasión española en 1829; comandante general e inspector de los Departamentos Internos de Oriente; general en jefe del Ejército de Operaciones en el Sur; inspector general de infantería y caballería permanente; general segundo en jefe del ejército en la campaña de Texas, el que continuó mandando después de la acción en San Jacinto y general en jefe del ejército del Norte; comandante general de la División de Querétaro en 1846 y presidente del Supremo Tribunal de Guerra y Marina.

No sabemos la fecha exacta en que murió, pero debe haber ocurrido después de 1849.

J. S. G.

Digitized by Google

do mucho que sufrir en los días 24, 25 y 26 de diciembre, en que anduvo de veintisiete a treinta leguas, sin hallar una gota de agua, y en los dos últimos sin ningún alimento.

Entre tanto el resto del ejército había empezado a moverse, pues la capitulación de Béjar excitó la indignación de su jefe y de cada uno de los individuos que lo componían. Varios tenían amigos que vengar y sus juramentos se anticipaban a la venganza: los vengados fueron pocos y muchos los sacrificados.

La primera brigada salió del cuartel general el veintidós de diciembre, con dirección a Leona Vicario, llevando consigo dos piezas de doce, dos de seis y dos obuses; cien cajones de cartuchos de fusil, mil piedras de chispa, las dotaciones de las piezas, una fragua de campaña, un carro surtido, dos herreros, dos carpinteros y una compañía de artillería. En la revista de armas que se mandó pasar a esta brigada el día veintiuno, se recomendaba mucho que el soldado tuviera un par de zapatos de reserva y otro de cacles. El 24 del mismo emprendió su marcha la segunda brigada, marchando con ella el batallón de Zapadores, las seis piezas restantes y todo el tren que le pertenecía. En la orden general se hicieron las mismas prevensiones que para la primera. El veintiséis del mismo salió de San Luis Potosí la brigada de caballería.

El día seis de enero llegó el general en jefe a Leona Vicario y sucesivamente lo fueron haciendo las brigadas, de suerte que, a mediados del mes, toda la segunda división estaba reunida en este punto. En él se trató más seriamente sobre el plan de campaña que se debía adoptar, de arreglar la administración de los víveres, de los repuestos y de los transportes que los habían de conducir. El plano de Texas indicaba por sí mismo el camino que se debía seguir. No era de menor importancia el plan político que el militar y éste debió subordinarse al primero, pero el Ministerio que en todo caminaba con torpeza había descuidado un punto importante en política, cual era asegurarse de que el gabinete de Washington no prestaría su apoyo al enemigo y muy tarde procuró remediar esta falta imperdonable, mandando al señor Gorostiza como Ministro Extraordinario, cerca de aquel gabinete; pero, en cuanto al plan, en lo que mira a la parte militar parece, por lo expuesto hasta aquí, que dejó al general en jefe en libertad absoluta de obrar conforme a las circunstancias, en lo que procedió con cordura, pues como dice muy bien el autor

Digitized by Google

ya citado: "Proyectos hechos a grandes distancias y sobre datos falibles, regularmente originan yerros enormes, consecuencias terribles a la Nación, al decoro del jefe de las armas y al ejército."[42] Convencidos de esto, Eugenio Turena, Condé, Moreau y otros muchos sabios militares rehusaban encargarse del mando de un ejército si no se les dejaba en libertad de variar los planes de su gabinete conforme a las circunstancias, y a la habilidad o errores de sus rivales; pero el general Santa Anna necesitaría un siglo de instrucción (como Alejandro dijo en la batalla de Austerlitz, que necesitaba su ejército para batir a Napoleón), para asemejarse a alguno de aquellos grandes capitanes. Tampoco puede decirse lo que aquel gran general Ciro, cuando éste le interrogó sobre el proyecto que meditaba contra sus enemigos, después de haber manifestado la necesidad de guardar el secreto hasta de su soberano, a quien con su honor y cabeza respondía del éxito: "Si no teneís confianza en mi desempeño y suficiencia, disponed de esta insignia que todos suponen que merezco."

En Leona Vicario nuestros generales hicieron nuevas excitaciones, presentaron sus observaciones anteriores acompañadas con toda la fuerza que dan la razón y la experiencia, la previsión de algunos y los buenos deseos del mayor número. A las reflexiones de los jefes ya citados se unieron las de los generales Urrea y Cos. Este último acababa de lidiar con el enemigo a quien se iba a batir, de recorrer una parte del terreno en que se había de obrar y debió ser escuchado.

CAPITULO SEGUNDO

Fuerzas enemigas que se iban a batir.- Salida de Monclova.- Provisiones para el ejército.- Efectivo de nuestras tropas.- Injusticias cometidas con el ejército a raíz de la campaña.- Comentarios en un Diario que en la división del general Ramírez y Sesma llevaba un oficial.- Intención de Santa Anna de establecer su cuartel general en Río Grande.

TODAS las noticias que se habían reunido eran inexactas y se hablaba con mucha variedad del número de fuerzas, a las cuales se iban a batir y de los recursos con que contaban. En la orden

42 Sin duda se refiere al autor citado en la nota 41, o sea Solís.—N. del E.

Digitized by Google

general del ocho al nueve de enero, se insertó una circular del Gobierno relativa a que en los Estados Unidos se hacían aprestos de guerra y se procuraba auxiliar a los texanos con toda clase de recursos, por lo que se decía que se formaban juntas públicas, con el objeto de armar expediciones, a la vez que se aseguraba que estos actos eran reprobados por el Gobierno de aquella nación, con quien se estaba en la mejor inteligencia y armonía. A su debido tiempo llamaremos la atención sobre esta circular, que abrió las puertas para cometer grandes crímenes contra la humanidad.

El enemigo no esperaba nuestras fuerzas hasta mediados de marzo; y habiéndose anticipado un mes nuestra marcha, fué sorprendido y es una razón más para que hubiera sido vencido. El contaba con que marcharíamos por Goliad, que es la llave que nos debió franquear la entrada al teatro principal de la guerra. En efecto, debimos atacar al enemigo en el corazón, en lugar de debilitarnos, yendo a Béjar, plaza de ninguna importancia política y militar. Esta era la opinión unánime de todos los militares y el general en jefe la oyó de todos los de representación en el ejército; pero él no quería alcanzar el celo de sus subordinados por la persuación y el convencimiento, desdeñaba su aprobación y se contentaba con la obediencia. Al general Santa Anna le irrita el cuestionar, y no le gusta hacer comparaciones para encontrar la verdad, que siempre se oculta a los que más debieran conocerla; pero a él no se le ocultó en esta ocasión.

No sólo los militares eran de esta opinión, sino también todas las personas influyentes que conocían el país, siendo entre otros los gobernadores de Nuevo León, Coahuila y Texas. El general Lemus vino de Monterrey a Leona Vicario con el objeto de coadyuvar con sus compañeros a que se adoptara este plan, pero nada fué bastante para hacer desistir al general Santa Anna de marchar a Béjar, de cuya marcha ya no había ninguna necesidad después de la capitulación de aquella plaza. Esta marcha fué una gran falta, falta que nos acarreó las consecuencias más funestas; pero yo no quiero anticipar los sucesos, sino marchar con ellos, presentándolos en el orden de las fechas que han acaecido.

Una vez resuelta esta importante cuestión, la orden general del veintidós acabó de organizar el ejército (si puede llamarse organización la que se le dió), y el veintiséis continuó su marcha para Monclova, saliendo este día la primera brigada y el batallón de

Digitized by Google

Zapadores; el veintiocho la segunda y el treinta la de caballería. La mayoría general dió a los jefes de brigada el itinerario que debían seguir, dejándolos en libertad de modificarlo, según las circunstancias lo exigían. Esta orden prevenía que los cuerpos llevasen sus depósitos porque el general en jefe deseaba que nuestros soldados se presentaran con brillantez, cuando llegara la ocasión de saludar el Sabina y fijar nuestras águilas sobre sus márgenes. Es indudable que nuestras armas hubieran reflejado sobre sus aguas sin una imprudencia más, o si el canto fúnebre de una ave venida de la Italia no hubiera contenido el vuelo de las que marchaban a derecha y a retaguardia de las que habían sido cazadas en un momento de sorpresa. El haber pues llevado a Texas estos depósitos no nos sirvió más que para gravar al erario con lo muy costoso de su conducción, para destruirlos o perderlos en su mayoría.

La misma establecía un hospital militar para los enfermos que no podían continuar y debían seguir al ejército, según se fuesen restableciendo, ¿pero unos establecimientos que no tenían cirujanos, ni medicinas podían propiamente llamarse hospitales?

Se ordenaba que cada brigada llevase consigo un mes de víveres al cargo y responsabilidad de un proveedor particular, que debía ser auxiliado por un sargento de cada cuerpo. Las necesidades se habían calculado mal, y una economía mal entendida hizo que se desperdiciaran muchos víveres, pues que por ahorrar diez se perdían cien. La galleta, el arroz y la sal, que debieron conducirse en barricas o en cajones se llevaban en sacos de jarcia, y las lluvias o las reatas con que se sujeta la carga en el aparejo inutilizaban estos efectos. Es verdad que esto dependió en gran parte de la falta de recursos, pero con más método y alguna previsión se pudo neutralizar esta falta.

Para una expedición, la más seria y comprometida, la más difícil y de consecuencias más trascendentales de cuantas se han hecho hasta ahora en la República, se contó con el tesoro de un particular y el ejército que salió de San Luis Potosí bajo los auspicios de don Cayetano Rubio, no hubiera pasado de Monclova, sin los esfuerzos patrióticos de los departamentos de Nuevo León, de Coahuila y Tamaulipas, y sin los oportunos y benéficos auxilios del propietario don Melchor Sánchez, que le dieron impulso hasta Béjar. La orden general del veintitrés arreglaba los pormenores que debían preceder

Digitized by Google

a la gran parada, que tuvo lugar el día siguiente mandada por el general Andrade. La presencia del general en jefe, con la prosapia de su Estado Mayor contribuyó a realzar más esta brillante revista. Se ha dicho que formaron cerca de cinco mil hombres. No ha sido posible averiguar con precisión el número de combatientes que entraron a Texas; porque la deserción fué grande hasta el Río Bravo del Norte; los estados de fuerza eran inexactos, porque en ellos se incluían los enfermos. Pero siendo indispensable dar una idea, lo haré aunque sea aproximadamente, disculpándome el lector de que sea tan minucioso.

Suponiendo que del Saltillo no salieron más de cuatro mil quinientos hombres y que las bajas hasta Monclova se reemplazaron con la fuerza venida de Béjar, el general Ramírez y Sesma tenía mil quinientos en Río Grande y el general Urrea sacó de Matamoros trescientos infantes y doscientos caballos. En esta suma de seis mil quinientos hombres de todas armas había un mil caballos, inclusas las compañías presidiales y aunque este cálculo sea aproximado, como he dicho, no se aleja de la verdad. En él han convenido muchos militares y entre ellos el general Andrade.

Quiero aún suponer que hasta el momento de romper las hostilidades hubiese habido quinientas bajas entre enfermos y desertores, seis mil hombres eran suficientes para vencer un enemigo que no llegaba ni a la mitad de este número, y un enemigo inexperto y bisoño en la ciencia de la guerra.

No debo pasar adelante sin manifestar que las compañías presidiales de la frontera del Norte estaban en peor estado que el resto del ejército; pero compuestas de hombres que conocían el terreno y el modo de hacer en él la guerra; era muy importante reorganizarlas, pero no se persuadió de esta importancia el general en jefe, quien en lugar de acordarles una eficaz protección, más bien contribuyó a acabarlas de destruir, quitándoles a algunos de sus individuos hasta sus caballos. Los soldados de esas compañías aunque conocen poco la táctica de su arma, están menos desmoralizados que los demás del ejército, son generalmente muy subordinados, son industriosos, se mantienen a poca costa y son buenos cazadores. Se baten pie a tierra mejor que montados y en esto llevan mucha ventaja a nuestros infantes, porque sus tiros son certeros. Todo lo que dichos soldados tienen de honrados, tienen de poco delicados la mayor parte

Digitized by Google

de sus oficiales, muchos de los cuales han labrado su fortuna a costa de sus subordinados.

Ya una vez nuestro pequeño ejército próximo a batirse, se le vió lleno de ardor y de entusiasmo, excitado por el amor a la Patria, animado por el sentimiento que inspira la ingratitud, la venganza; exaltado por la gloria y la ambición. Algunos individuos fueron excitados por el deseo del pillaje y la ambición y era fácil conocer quiénes estaban animados de este innoble sentimiento, no sólo por su conducta anterior, sino por el lenguaje que usaban y por sus acciones. Los sentimientos de cada uno de los individuos del ejército eran según sus respectivas situaciones. El general Santa Anna procuraba fomentar las ambiciones y buscar nuevos estímulos. De allí vino que encomendara al recomendable general Arago la formación de la Legión de Honor, que mandó al Ministro del ramo para que solicitara su aprobación y parece que el señor Tornel se apropió la invención.

El ejército fué halagado por su jefe mientras estaba en tierra y lo tiranizó cuando estuvo embarcado en el inmenso desierto. Prohibió que se dieran las gratificaciones de campaña, no obstante que por la orden general del veintidós de enero, dada en el Saltillo, se dijo a los jefes y oficiales que tenían derecho a ella. En Béjar privó al soldado de sus ventajas, suprimió el fondo de masita, la gratificación de luces, de papel y toda clase de gratificación, mandando que sólo se abonara un real por plaza de sargento abajo, conducta que produjo un disgusto general y exacerbó todos los ánimos. El quitar al oficial la gratificación que la ley le concede en campaña hubiera sido laudable, si para obrar así no se hubiera gravado a los pueblos con contribuciones onerosas, y si éstas no se hubieran invertido en hacer vivir a unos cuantos malvados en la opulencia; pero el que se haya cercenado al soldado su haber cuando se prodigaba su vida y se le daba el muy preciso alimento, para no dejarlo morir, no puede recordarse sin la más profunda indignación y sin dejar de maldecir a los autores de sus padecimientos.

Los ejércitos de todas las naciones, por disciplinados que sean, llevan consigo la licencia por donde quiera que marchan y mientras mayor es su masa mayores son los desórdenes que cometen y la dificultad de evitarlos.

El general Ramírez y Sesma nos había precedido en la nuestra,

Digitized by Google

había permitido muchas violencias y cometiéndolas él mismo había dejado funestas memorias, y memorias muy frescas. A nuestro paso no se oían sino quejas muy amargas contra este jefe y se nos miraba como a enemigos. Tres quintos o una mitad al menos del número de nuestros soldados eran de escuadrones de mujeres, arrieros, carreteros, muchachos y vivanderos; familia semejante a la langosta, que todo lo arrasa; estas gentes cometieron excesos difíciles de remediar y por supuesto que la odiosidad toda entera recaía sobre el ejército y los que lo mandaban.

En la conclusión de un **Diario** llevado en la división del señor Ramírez y Sesma, por un oficial que sabía juzgar por sí mismo las cosas y cuya circunspección y honradez lo ponen a cubierto de toda sospecha contra su dicho, hablando de este general, entre otras cosas se lee lo siguiente: "Prescindiendo del carácter brusco y altanero con que se manifiesta a aquéllos que no saben hacer guardar los fueros que les corresponden, hablaré de la conducta que observó en la marcha hasta Béjar, de donde me separé de sus órdenes. Desde Matehuala hasta Río Grande fué exigiendo mulas de carga y caballos para el servicio de la división sin pagar. El pueblo de Pesquería regaló un número considerable de las primeras [43] en beneficio de los cuerpos, pero ciertamente al mío nada se dió por el general. En Salinas dió éste la orden para que la tropa se socorriera a un real asegurando que él le proporcionaría qué comer. En efecto en los pueblos de Aldama, Candela, Lampazos y hacienda del Carrizal, exigió pan o tortillas y carne y aunque en éstos y otros puntos los habitantes cedieron buenamente lo que nos podían proporcionar para el soldado, se mandó a los expresados cuerpos que dieran recibo del número de raciones que tomaban y de su calidad, todo lo que se nos pasó después en cargo, acaso en beneficio del erario, cosa que dudo mucho. Sin embargo, confesaré en su obsequio que el Supremo Gobierno, como lo hace siempre, no le proporcionó los recursos necesarios y a pesar de esto el general puso la división en Béjar con treinta y tantos mil pesos que recibió en estos términos: en el Saltillo a fines de noviembre de mil ochocientos treinta y cinco, catorce o quince mil y en Río Grande, diez y nueve mil a principios de febrero de mil ochocientos treinta y seis; pero lo ha lastado el

43 Se me ha asegurado por un testigo ocular que fueron cuatrocientas mulas.

Digitized by Google

país, en que hemos vivido unas veces a merced de la generosidad de las poblaciones o hacendados y otras, que son las más, obligados éstos y aquéllos a darnos sus reses, harinas, maíces, etc., por recibos cuyos valores nunca cobrarán los interesados, de nuestra desacreditadísima Hacienda."

Lo dicho y lo que más adelante se verá comprueba que el general Ramírez y Sesma, con sus torpezas y las vejaciones que cometió, nos hizo más mal que el enemigo; de estas últimas nunca podrá ser disculpado y menos habiendo recibido cuarenta y tres o cuarenta y cuatro mil pesos para su división, pues el autor del **Diario** ignoraba que había recibido diez mil pesos en Zacatecas, para Jiménez y Matamoros. El día dos de febrero llegó a Monclova la primera brigada y sucesivamente lo hicieron las dos restantes, habiéndolo hecho el general en jefe del cuatro al cinco. El día ocho continuaron su marcha para Béjar, habiendo salido este día la primera brigada, el día once la segunda y el trece la de caballería. Los restos de la guarnición de aquella plaza, con una pieza de cuatro, fueron reunidos a la segunda brigada por la orden general del día seis. Por la misma se destinaba a cada una de las dos brigadas de infantería un sargento y diez soldados de las compañías presidiales, para que cuidaran de sus respectivos bagajes. Esta pequeña escolta era más que insuficiente para cuidar todas las noches la inmensa multitud de bestias que llevaban consigo; pero, por fortuna, los bárbaros que cruzan con frecuencia aquellos países, excusaron con nosotros sus molestas visitas. Solían recorrer los campos en que habíamos pasado la noche anterior, con el objeto de ver lo que encontraban en ellos y ejercieron su crueldad en algunos rezagados o desertores. Estos hombres feroces tienen la costumbre de arrancar a sus víctimas la parte superior del cráneo, unas veces antes de inmolarlas y otras después, haciendo en seguida un festín en que pasan muchas horas danzando delante de la cabellera.

El general en jefe para sofocar las fuertes y fundadas razones que se le daban para que la marcha se hiciera por Goliad y para disminuir la repugnancia con que todo el ejército emprendía ésta por Béjar, había hecho concebir la esperanza de establecer su cuartel general en Río Grande, y desde allí obrar según conviniere; pero, incapaz su genio de fijarse en nada, lleno por otra parte de actividad y ánimo de comenzar las hostilidades, se adelantó él primero, de-

Digitized by Google

jando en Monclova a su segundo, a su mayor general y cuartel maestre, para que activaran la salida de todo lo que debía seguir al ejército; dió sus órdenes y el once de febrero salió de Río Grande la primera división, a la cual se incorporó el diecinueve en Río Frío, siguiendo ya unido a esta fuerza hasta Béjar.

Tenemos ya a nuestro pequeño ejército atravesando un desierto de más de cien leguas para llegar a Béjar, en donde no podía contar con más provisiones que con las que llevaba consigo, y muchas veces ni agua con qué mitigar su sed, algunas veces muy ardiente y siempre una necesidad que exaspera y desalienta al desgraciado que la sufre. Es, pues, ya tiempo de comenzar la inserción de mi **Diario**, para hacer las observaciones a que da lugar y las que naturalmente se vayan presentando, aunque no sea con el buen orden que quisiera. Dicho **Diario** principia el ocho de octubre de mil ochocientos treinta y cinco, en que por un acto despótico se me lanzó en momentos de la capital para que yo no pudiera tomar satisfacción de la grave ofensa que me había hecho un extranjero infame; pero no debo insertar sino lo que tiene relación con Texas y con los movimientos y operaciones.

CAPITULO TERCERO

Da principio el Diario de la campaña.- Contrariedades a la salida de Monclova y gran nevada en la primera jornada.- Llegada a Río Grande o sea villa Guerrero.- Carencia de puestos militares.- Santa Anna con su estado mayor y un reducido número de tropa se adelanta hacia Béjar.- A su llegada ordena al coronel Duque que se le reúna a marchas forzadas.- El coronel Duque designa al teniente coronel José Enrique de la Peña (autor de esta Reseña y Diario de la campaña de Texas), como mayor de órdenes de su sección.- Posiciones que ocupaba el enemigo a la llegada de nuestro ejército.- Llegada del coronel Duque a Béjar.

DIARIO

CON EL objeto de unirme al batallón de Zapadores a que fuí destinado el día trece de febrero, salí de Monclova algunas horas después que la brigada de caballería y siguiendo sus huellas me extravié; pero advertí el error antes que ella notara que el cami-

Digitized by Google

no carretero que había tomado no era el que debía llevar. El regimiento de Tampico contramarchó primero, pero a tiempo en que la noche había extendido su manto, y era tan lóbrega que los objetos no se distinguían a cinco pasos de distancia. Caminando yo solo e ignorante del rumbo que seguía me decidí a pasar la noche al pie de una palma; me hallaba empeñado en hacer fuego con parte de los desgarrados vestidos de unas pobres mujeres y muchachos que allí se habían reunido, cuando llegó el regimiento dicho, a quien la misma causa obligó a seguir mi ejemplo. Habíamos salido con un norte deshecho; y después de haber sufrido todo el día de frente un viento cortante, juntamente con la lluvia que le acompañaba, a las siete de la noche eran ya una nevada. Como la contramarcha se ejecutó en las tinieblas, como he dicho, en un bosque y en un camino estrecho, todo fué confusión y extravíos. Varios arrieros se aprovecharon del desorden para escapar, y los que no lo hicieron descuidaron de sus mulas por que el martirio del frío iba en aumento y la imperiosa necesidad obligaba a los hombres a descuidar sus deberes, tratando sólo de cuidarse a sí mismos. Estábamos en medio de un monte y la obscuridad no permitía encontrar leña para calentarnos; y cuando ésta se hallaba, estando los hombres entumidos no había fuerzas con qué arrancarla. Al cabo de algún tiempo y merced a los esfuerzos del coronel del Tampico y de algunos de sus oficiales, se consiguió ver algunas fogatas que sirvieron de punto de reunión a la multitud que andaba errante. Oficiales, soldados, mujeres y muchachos se agrupaban titiritando alrededor de ellas; las circunstancias nos habían igualado a todos y el soldado se echaba sobre su oficial con seguridad de no ser reconvenido; pero estas fogatas eran insuficientes y, además, nadie quería prestarse a buscar leña con qué conservarlas. Esta por otra parte estaba verde o muy mojada y se resistía al fuego, al que la nieve sofocaba. Esta iba en aumento, caía con tanta abundancia y tan continua que el amanecer del día siguiente daba a los hombres a la rodilla; parece que había querido doblegarnos a todos bajo su peso. En efecto, no se podía estar parado, ni sentado, ni mucho menos acostarse; los que no tenían la precaución de sacudir su ropas con frecuencia bien pronto quedaban entumidos por el frío, inmóviles con el peso que se había aglomerado sobre sus cuerpos, y se veían en la necesidad de mendigar el auxilio de otros brazos para moverse, que si lo prestaban era con gran repugnancia.

Digitized by Google

A esta noche horrible, en que muy pocos pudieron conciliar el sueño, con asombro del mayor número; a esta noche de martirio que nuestros soldados pasaron alrededor del fuego, aumentando el estruendo de las imprecaciones que a muchos arrancaba la desesperación; a esta noche en que al tormento del frío se unió el del hambre para hacerla parecer más larga, vino el día tan apetecido y esperado y se presentó a nuestros ojos un espectáculo indecible, el espectáculo más encantador que darse puede. ¡Qué cuadro tan hechicero! Todo lo que la vista alcanzaba era de nieve. Los árboles completamente cubiertos formaban una variedad de conos y pirámides sorprendentes, que parecían de alabastro. El regimiento de Tampico dejó su caballería ensillada y las monturas, cubiertas hasta la grupa, no permitían ver de que color eran los caballos que las tenían. Muchas mulas amanecieron paradas con la carga encima; otras murieron, así como algunos caballos, porque aquellos que caían e intentaban levantarse, resbalaban necesariamente, estaban entumidos y el peso de la carga les hacía romper la cabeza. La nieve se teñía con la sangre de estas bestias, con cuya blancura contrastaba. El coronel González y Pavón y algunos oficiales, con el objeto de salvar algunas de estas mulas les habían quitado en la noche la carga en el mismo lugar en que las encontraban y todas estas cargas amanecieron sepultadas, de suerte que para reconocerlas era necesario desenterrarlas primero. Gracias al celo del general Andrade, no se extraviaron las del tesoro. Este general con el regimiento de Guanajuato había pasado esta noche memorable a una legua de nuestra retaguardia. Para ir a su campo o venir al nuestro era necesario hacerlo por cálculo, pues que los caminos habían desaparecido, y por fortuna nadie cayó en un precipicio que había inmediato al principal de ellos, y se había ocultado. Un fangal formado por la nieve desleída indicó a las ocho de la mañana el derrotero que llevaba la vanguardia, dirigida por prácticos en el país. No pudimos menos de acordarnos en este día, de aquellos ilustres vencedores de varias naciones, que en 1812, sucumbieron bajo los hielos de la Rusia. ¡Pero qué diferencia! Estos heroicos guerreros en todo el rigor de un invierno cruel, desnudos, descalzos, debilitados por las enfermedades y una hambre apenas creíble, tenían que sostener diariamente batallas sangrientas, cuando las armas se les escapaban de sus manos inanimadas y cuando con media vida apenas, necesitaban esforzar

Digitized by Google

su valor para hacer frente a ejércitos numerosos y aclimatados; a una nación entera, fanática, poderosa, adolorida que tenía inmensos agravios que vengar. ¡Qué diferencia tan notable entre nosotros y los que tuvieron que luchar contra tantos y tan grandes infortunios, en un país todo enemigo, devastado por aquellas masas enormes, por sus indispensables desórdenes aun más enormes todavía, aniquilados por el invierno, o devorados por las llamas, que rusos e ingleses atizaban a la vez, y que con admiración y compasión universal, convirtieron en cenizas, a la populosa Moscú, Smolensk, Vilma y otras grandes ciudades.

La nieve continuó cayendo sin interrupción el catorce hasta las cinco de la tarde, aunque en menos abundancia. Este día llegamos a Las Adjuntas, ranchería grande que se halla a siete leguas de Monclova y de la que quedamos distantes en la noche anterior, unos dos y media, y otros, tres y cuatro leguas. Este fuerte e intempestivo temporal no causó a las otras brigadas los estragos que a la de caballería, pero trajo con sus nieves el desaliento y la tristeza al ejército, que se difundió en todos igualmente, dejando impresiones desagradables que no se borran aún. Aún los más entusiastas habían dejado helar el corazón por estas nieves y hacían presagios funestos sobre nuestra expedición. Si hoy perdemos unos caballos, decían, aún nos quedan otros, pero dentro de poco tendremos que marchar todos a pie y cada baja de hombres que tengamos no será más reemplazada. La primera división se hallaba el trece, a unas catorce y media leguas más allá de Río Grande. La primera brigada de la segunda división separada de aquella por cuarenta y nueve leguas, salió del arroyo del Saúz y fué a acamparse a las haciendas de la Soledad y de San Juan, separadas ambas por el Río Sabinas. La segunda lo estaba en la de Dos Hermanas, de donde no se movió. Sin embargo, todos perdieron hombres, caballos, mulas y bueyes, y si los estragos que sufrieron la primera división y las brigadas de infantería de la segunda no pudieron evitarse, sí los que sufrió la de caballería si el general Filisola no le hubiese obligado a salir el día del temporal, pues nada importaba que demorara un día su marcha que más tarde tuvo que hacerlo, y algunos a consecuencia de esa torpeza. Nuestros soldados, principalmente los de caballería, padecieron cruelmente con un frío tan extraño para ellos y para lo que sus vestidos no eran a propósito, teniendo precisión de estar al vivac.

Digitized by Google

El día quince salí de Las Adjuntas dejando la caballería que no podía pasar adelante sin reponer sus pérdidas. Hice alto en Dos Hermanas, hacienda que dista ocho o nueve millas del punto anterior y en la que se hallaba el lipán Castro con parte de su tribu en sus barracas de cuero. Continué mi marcha y a poco andar alcancé al batallón de Tres Villas, que formaba la retaguardia de la segunda brigada a la que hallé acampada en el arroyo de Lampazos, a eso de las cinco de la tarde. Estaba tan bien situada la colocación de su batería y de los cuerpos que era muy proporcionada al terreno; las tiendas de los jefes y oficiales formaban una perspectiva tan hermosa que yo recibí una grata sensación al descubrir el campo. Es en efecto, una cosa agradable, un campamento que se sujeta a las reglas de castrametación. Era tan lenta la marcha de las mulas y carretas que conducían las municiones de guerra, de boca y los equipajes; tenían los conductores tantos obstáculos que vencer y tantos motivos por que exasperarse, que la retaguardia no llegó sino hasta las ocho de la noche, habiendo gastado más de diez horas para andar catorce o quince millas, es decir cinco leguas.

El día dieciséis la brigada había ya empezado a moverse cuando yo emprendí mi marcha, en la que perdí algún tiempo para aprehender y entregar unos desertores y después de haber andado unas doce millas llegue a El Aura, río de hermosísima agua, que me pareció tanto más hermosa cuanto que formaba contraste con la inmunda y pestilente de Lampazos. Después que la tropa había llegado y cuando ya había pasado la fuerza del sol y mis cabalgaduras habían tomado algún descanso, seguí mi camino. Hice noche en el paraje del Saúz, donde tuve buena acogida con unos rancheros que pastoreaban ganado para las brigadas que venían en marcha, y quienes en una barraca de cueros y ramas, me pusieron a cubierto de la lluvia que ya empezaba a caer. De El Aura al Saúz mi compañero y yo recibimos el placer de que uno de estos rancheros nos vendiera, por favor, unos malos panecitos de maíz y un poco de pinole, para matar nuestra hambre y la de nuestros asistentes.

El diecisiete salí del Saúz, donde sólo había un charco de agua llovediza para hombres y bestias y me adelanté sólo a la Hacienda de la Soledad, propiedad de don Melchor Sánchez. Como en ella no encontrara nada para alimentarme y se me aseguró que en la de San Juan todo lo encontraría, se me dió un guía que me indicara

Digitized by Google

el paso del Río Sabinas, río hermoso y pintoresco, así por lo cristalino y abundante de sus aguas, como por el talle colosal de la multitud de sabinos que tiene en ambas márgenes. Llegué a San Juan y el señor Sánchez que gratuitamente había franqueado muchos auxilios a la primera brigada, no gustó franquearme ningunos por sus justos precios, porque este buen patriota estaba quizá hostigado con los muchos sacrificios que ya había hecho, y me fué preciso seguir al Río de los Alamos, después de haber sesteado un par de horas, a donde llegué de noche y dirigido por un guía torpe tuve trabajos para pasarlo, porque era indispensable hacerlo así para que las bestias tuvieran donde pastar; pero a otro día conocí que había sido una imprudencia. Aquí también aprehendí tres desertores, dos de los cuales entregué al cuerpo a que pertenecían. Estos, que marchaban en cuadrillas, eran de aquellos hombres a quienes por la fuerza se les acababa de poner la casaca militar. Presentía yo por lo mismo que se me viniesen a las manos, pero era mi deber aprehenderlos y de no hacerlo así habría dado mal ejemplo a los que me acompañaban. Más tarde, cuando los ví soportar tantas fatigas y hacer sacrificios infructuosamente, me arrepentí de haber contribuído por mi parte a hacer mayor el número de desgraciados. Este día anduvimos dieciocho millas del Sáuz a la Soledad, dos de este punto al Sabino y cinco o seis del Sabino a los Alamos, donde encontramos unas carretas que venían con familias de Béjar. Otras que alcancé después pertenecientes a don Ramón Múzquiz, jefe político de aquella plaza, tuvieron la desgracia de ser asaltados por los bárbaros que destrozaron e incendiaron lo que no pudieron llevarse y asesinaron a sus conductores, entre ellos un sobrino de Múzquiz, habiéndose salvado una sóla persona, que llevó la noticia de esta catástrofe. En San Juan se nos ponderó el mucho riesgo que corrimos con los comanches en el último río, donde, según decían era su tránsito favorito. Mi compañero más prudente que yo, me dió en balde muchas razones para que no pasáramos la noche en este punto, pero yo me resolví a ello. Tuve mucha vigilancia y nada nos sucedió, sino el soñar yo que nos robaban las bestias, recordar cuando las defendíamos y servir esta circunstancia para redoblar nuestras precauciones.

El dieciocho, entre seis y siete de la mañana, salimos de los Alamos y después de haber andado dieciséis o diecisiete millas, lle-

Digitized by Google

gamos a eso de las once a los charcos de San José, que son en efecto unos charcos de agua represa y después de haber dado un par de horas de descanso a las cabalgaduras, y andando unas veinte millas más, logré entre cinco y seis de la tarde llegar a la cabecera de Santa Rita, paraje de donde había salido la primera brigada a la que resolví unirme este día donde estaba acampada. En este punto tuve el gusto de abrazar a los amigos y compañeros con quienes ya seguí reunido.

La primera brigada tenía como la segunda la misma multitud de mulas y de carretas mal servidas, que hacían lenta y bromosa la marcha. La unidad y mobilidad colocan la victoria al lado de los ejércitos, y fueron quizá las principales cualidades por las que ganó tantas y tan ilustres el genio inmortal de la guerra; pero nosotros nos hallábamos muy distantes de ellas. Nuestro ejército marchaba en una sola columna, por escalones muy desproporcionados y más si se atiende a la pequeñez de su masa, cada una de sus partes entregada a sí mismo como aislada en el desierto, sin vínculo, sin punto de contacto, ni comunicación con los demás. Su jefe a muchas leguas a vanguardia y el segundo y los demás a retaguardia, todos ignoraban igualmente lo que acaecía en el centro y en los extremos de la columna. La utilidad de los puestos militares parece que era desconocida al general en jefe, pues descuidó completamente este punto, que era tanto o más necesario atender para facilitar la frecuente comunicación que se hace indispensable en la guerra, ya que sin estos puestos no podía hacerse en las grandes y despobladas distancias en que la hacíamos.

A los bueyes que arrastraban las carretas siendo animales pesados, y acostumbrados a trabajar sólo ciertas horas del día, se les aniquilaba innecesariamente al tenerlos uncidos desde antes de la salida del sol, hasta algunas horas después de ponerse, sin que se cuidara de que pastaran por la noche y dejándoles los más días sin agua. Extenuados estos animales de cansancio, hambre y sed, se volvían más pesados y los conductores fastidiados de su lentitud, los estropeaban todavía más a fuerza de palos o los dejaban perecer por negligencia. Esto se hizo de un modo cruel, cuando la necesidad obligó a emplear a los soldados, en lugar de los carreteros que habían desertado abandonando al ejército sus propiedades, quienes no

Digitized by Google

contentos con apalearlos los martirizaban hiriéndolos con las puntas de las bayonetas y de los sables.

El día diecinueve entre siete y ocho de la mañana continuó la brigada su marcha para San Juan de Allende, villa pequeña, triste y miserable, a donde llegamos temprano pues andaríamos apenas unas doce millas. El veinte fuimos a la villa de Nava, tan corta y de desagradable aspecto como la anterior, a la que había la misma distancia. En ella tuvimos la satisfacción de recibir correspondencia de México.

El veintiuno salimos de Nava entre ocho y nueve de la mañana y a poco andar una nube sobrecargada de rayos y de granizo descargó sobre nosotros toda su furia. Un ventarrón deshecho nos impedía avanzar, los hombres y los caballos eran detenidos por su ímpetu; pero la lluvia que era copiosa fué más tenaz. Entre cinco y seis de la tarde acampamos en la mota del Armadillo y pasamos la noche sobre el fango, mortificados por la sed, pues no encontramos una gota de agua que tomar. Caminaríamos de dieciocho a veinte millas. El día veintidós, después de haber andado unas quince millas fuimos al presidio de Río Grande, o sea villa Guerrero, tercera y última población que hay después de Monclova. El veintitrés se hizo alto para que la tropa tuviera tiempo de limpiar sus armas y secar sus vestidos y el veinticuatro caminamos unas cuatro o cinco millas para llegar al Río Bravo del Norte, río bastante ancho en este paso, hermoso sin ser pintoresco, poco profundo y sin notable fuerza su corriente. Los infantes, con las aguas hasta la cintura, pasaron sin que ocurriera ninguna desgracia, y las recuas con la carga al lomo, lo pasaron sin dificultad, porque sólo una que otra carga de víveres y equipaje se inutilizó. No obstante se ahogaron algunos bueyes, que habían sido mal dirigidos, y fué preciso abandonar algunas carretas recargando otras o las mulas.

El día veinticinco entre doce y una de la tarde dejamos el Río Bravo y anduvimos unas ocho o diez millas, para acamparnos en San Ambrosio, paraje sin agua, y en el que la abundancia de conejos era tan grande que los soldados los cogían con la mano, con la misma facilidad que se cogen los polluelos a una gallina. Por un descuido se quemó el depósito del batallón de Aldama, accidente que alarmó en esta noche el campamento. El veintiséis fuimos

Digitized by Google

a acamparnos al arroyo de Peña, que no era más que un gran charco, y anduvimos unas doce o catorce millas. Los que marchábamos a vanguardia vimos en el camino y en pocas horas más de doscientas liebres. Causaba placer el verlas saltar en todas direcciones. El día veintisiete, ignorantes de lo que sucedía a nuestro frente y a nuestra espalda nos hallábamos embarazados para continuar la marcha, por la disminución considerable que habían tenido los bueyes, el aniquilamiento de los existentes, que apenas se arrastraban a gritos y golpes y la total deserción de los carreteros, cuando llegó un correo del general en jefe. Participaba que el veintitrés había entrado a Béjar, y que el enemigo en poca fuerza se había encerrado en el fuerte del Alamo. Ordenaba que los batallones de Zapadores, Aldama y Toluca forzaran la marcha, como lo verificaron entre una y dos de la tarde, a las órdenes del coronel don Francisco Duque, quedándose el general Gaona con el resto de la brigada. Este hombre adusto, de carácter fuerte e irritable, que no sabe mandar sino imperiosamente y algunas veces ofendiendo con palabras a los que le están subordinados, cosa que le es natural, pero impropia en un jefe, es activo y tenaz cuando pesa sobre él la responsabilidad, cualidad recomendable que hace disimular sus defectos. Varias veces le vimos arriar las carretas y ayudar a uncir lo bueyes. El general Santa Anna, que en San Luis Potosí ya había tenido con él un fuerte altercado, en que el general Arago hizo de mediador, le reconvino a su llegada a Béjar por la lentitud de su marcha, pero esta reconvención fué injusta, porque el general Gaona había hecho todo lo que estaba de su parte, para vencer los obstáculos que se le habían presentado, y no hubo uno de los que fueron hasta allí a sus inmediatas órdenes que no le diera la razón.

Considerando yo que las piezas de doce eran convenientes para batir el Alamo y que teniendo buenos tiros podían marchar con la misma presteza que la infantería, lo indiqué así antes que ésta emprendiera su marcha; pero el general contestó: "que cuando no se le pedían sería porque no se necesitaban y que si por un accidente imprevisto entorpecían la marcha se le culparía por su comedimiento." Tenía razón.

Habiéndoseme nombrado mayor de órdenes de la sección del coronel Duque y recibido orden de quedar a retaguardia para apresurar la marcha de todo lo perteneciente a ella, llegué con la noche

Digitized by Google

al arroyo del Espantoso, donde había acampado, distante nueve millas del anterior. Es un arroyo cortado que parece ser un brazo del Río de las Nueces, pero nada tiene de espantoso, al contrario es un paraje muy pintoresco por la amenidad del bosque que lo circunda. Se cuenta que los comanches le pusieron este nombre, desde una vez que pasaron la noche en él y creyeron que una de sus mujeres se había convertido en caimán, inspirándoles tal horror esta superstición, que se asegura desde entonces nunca pasan por las inmediaciones de dicho arroyo.

El veintiocho a las siete de la mañana salimos del Espantoso y a cosa de tres millas de camino atravesamos el Río de las Nueces, río angosto y profundo, cuyas riveras tienen una vista encantadora. En un árbol situado a la izquierda del puente de madera que une sus márgenes había una inscripción bien grabada para recordar "que el dieciseis de febrero de mil ochocientos treinta y cuatro había pasado por allí la primera colonia de la Villa de Dolores." Abajo de ella había otra trazada de prisa, para decir que "el quince del mismo mes de mil ochocientos treinta y seis había pasado la primera división del ejército sobre Texas", como en efecto así sucedió. Este día tomó la tropa el primer rancho en el paraje llamado la Tortuga, donde había unos charcos de agua y acampamos en la cañada del Negro, donde no había una gota, pero sí buenos pastos para las bestias. Caminaríamos de dieciocho a veinte millas. El general Cos que se nos había unido, en el alto que hicimos, armó su tienda en nuestro campo.

El veintinueve, último día de febrero, tomó la tropa el rancho en el arroyo de la Leona, que corre enseñoreándose en una hermosa llanura, de una bella perspectiva, que convida a los hombres a habitarla, y en la que situada una gran ciudad tendría un golpe de vista encantador, cuya sola descripción inflamaría el alma más helada. Toda la faja comprendida entre este arroyo y el Río de las Nueces, es amena y más o menos hermosa, más o menos variada: contemplándola el alma se dilata y enajena de placer; es indecible la admiración que causa el ver la naturaleza en todo su brillo y esplendor, las más gratas sensaciones se suceden unas a otras y se aglomeran a la vez para dejar al que las siente en un éxtasis delicioso. Los que hayan gozado el placer del amor en la flor de su juventud, en el ardor de una pasión irritada por los obstáculos, fomentada por los de-

Digitized by Google

seos, podrán únicamente haber sentido lo que mi alma sintió este día en medio de una naturaleza bella y animada.

Después que la tropa tomó su alimento y algún descanso, continuamos la marcha y hasta las ocho de la noche acampamos en la margen derecha del Río Frío, el cual no desmintió su título, porque lo hizo extremoso acompañado de un norte deshecho. Para llegar habíamos tenido necesidad de hacer una jornada de cuarenta o cuarenta y cinco millas.

Cuando nosotros invadimos a Texas el enemigo se hallaba diseminado en el interior de las colonias y en las márgenes de los ríos Brazos, Colorado, Guadalupe y San Antonio, teniendo en este último y en los fuertes de Goliad y del Alamo sus puestos de observación, que más tarde hizo avanzar por nuestra derecha hasta el Río de las Nueces. Mr. Samuel Houston era el primer jefe de las fuerzas texanas, de las que Mr. Thomas J. Rusk fungía de secretario de la guerra.

Desde Río Frío debió el enemigo empezar a hostilizar al ejército, por que es una posición ventajosa, defensible a poca costa, y a la que un bosque de más de cinco leguas de latitud, que cubre la margen izquierda, la hace más ventajosa todavía. No hay lugar a duda que él debió sujetarse a la guerra defensiva, para la que el terreno convida, pero era muy bisoño y no supo aprovechar sus ventajas.

Fannin que hacía de segundo jefe de los texanos se hallaba en Goliad, con poco menos de ochocientos hombres, en espera de refuerzos que le debían llegar por el puerto del Cópano, uno de los cuales cayó más tarde en nuestro poder. Parte de esta fuerza estaba repartida en San Patricio y la Misión del Refugio. El doctor James Grant, el más activo quizá de los caudillos texanos, recorría el pais con una partida de rifleros.

Nuestro jefe con la división del general Ramírez y Sesma se había adelantado más de cincuenta leguas de la fuerza más inmediata que podía socorrerle, cometiendo en esto una gran falta; pues cuando obró así ignoraba el número del enemigo, por más que ahora se diga lo contrario, así como éste ignoraba nuestra marcha. Fannin teniendo su fuerza descansada y distando sólo treinta y ocho leguas de Béjar debería haber reforzado a Travis, que con un puñado de valientes se había encerrado en el Alamo, o situádose en Río Frío, para dividir la fuerza que marchaba a atacar este punto de la que ya estaba en sus inmediaciones. Cortados nosotros de nuestra van-

Digitized by Google

guardia, quizá ésta hubiese contramarchado en nuestro socorro, dando lugar a que Travis se replegara, a la vez que Fannin, con más conocimiento del terreno que nosotros, hubiera podido marcharse entre nuestras fuerzas. En este caso se hubiera ahorrado un sacrificio inútil para ambas partes, pero la imprudencia de nuestro jefe, la del enemigo y su falta de cálculo nos condujeron a consumarlo. Se ha dicho que Fannin llegó a salir de Goliad para realizar este plan, pero necesitaba para ello la audacia de nuestro jefe, por lo que contramarchó temiendo ser atacado en el tránsito. Sea lo que fuere pronto veremos que el sacrificio debía haberse evitado de varios modos por nuestra parte.

Continuando el **Diario** se ve que el día primero de marzo pasamos Río Frío y caminamos de veinticinco a veintisiete millas para llegar a la Tinaja de Arroyo Hondo, donde encontramos agua, pero carecimos, como la jornada anterior, de pastos para las bestias. La tropa pasó la noche en el cauce de un río, que le resguardó un poco del viento norte, pero no de la nevada que fué muy fuerte e impidió al infeliz soldado gozar del reposo. No se pudieron dar otro día los partes por escrito porque la tinta se había cuajado en los tinteros y en las botellas. En este arroyo vimos por primera vez varias parvadas de pavos campestres, que abundan en aquel territorio.

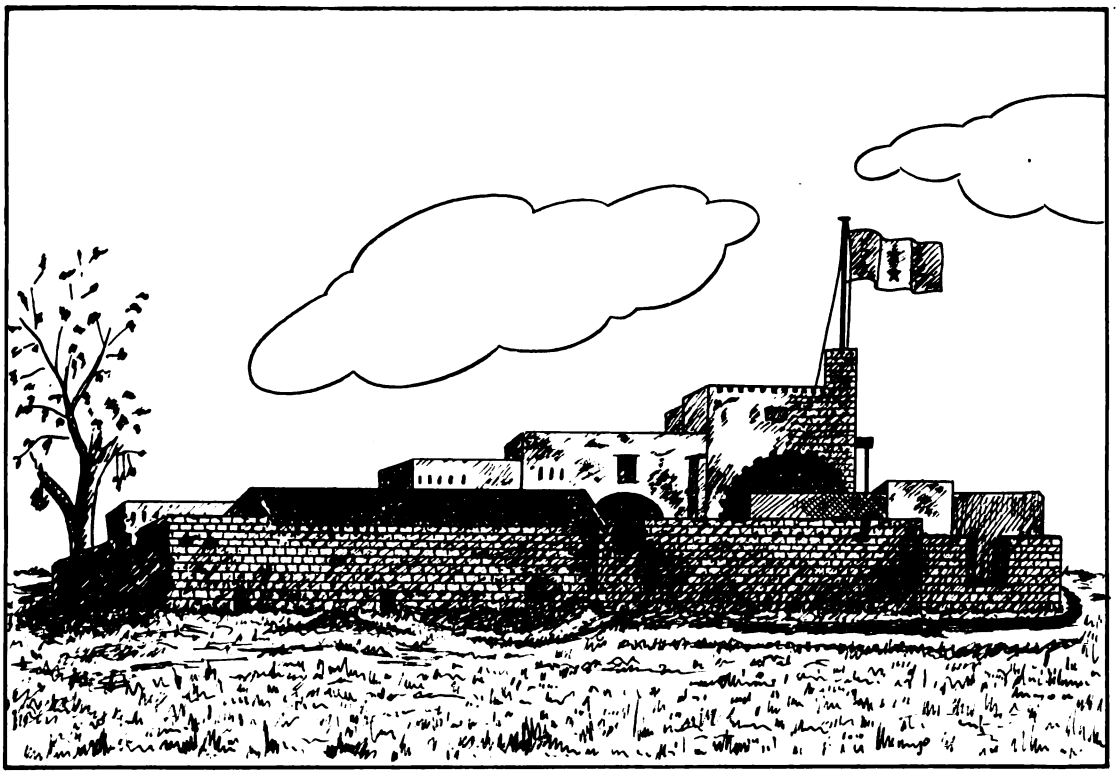
El día dos, después de haber dado sepultura a un soldado del batallón de Toluca, contra quien el excesivo frío y un dolor se conjuraron a la vez, y después de haber dispuesto que se recargaran las mulas para suplir la falta de algunas que se habían extraviado la noche anterior, marché a reunirme de nuevo con mi sección habiéndola alcanzado en el arroyo del Chacón, donde había hecho alto. Continuó su marcha y entre cinco y seis de la tarde pasamos el Río Medina, poco caudaloso y en cuyas márgenes abunda el nogal. En este paraje fué la acción que el general Arredondo dió a los colonos que se sublevaron en tiempo del gobierno español. En él hicimos noche por haberse recibido una comunicación del general en jefe ordenando que se podía descansar y llegar al día siguiente a Béjar. Este día caminamos de veintiocho a treinta millas y en la noche murió de un dolor el capitán de granaderos del Aldama, sin que pudiera prestársele ningún auxilio. El tercer día de marzo, entre ocho y nueve de la mañana, después de aliñada la tropa, marchamos para Béjar, a donde entramos entre cuatro y cinco de la tarde, a la vista del ene-

Digitized by Google

migo que nos atisbaba desde sus atrincheramientos. Calculó tan bien el número de nuestra fuerza que no difirió del verdadero en un centenar de hombres, pues en el parte que dió Travis relativo a esta ocurrencia, decía que habían entrado cosa de un mil. Eran ochocientos cuarenta y seis combatientes, que con los jefes, oficiales y conductores llegaban a aquel número. Entramos a Béjar cuando el estruendo del cañón y una música marcial anunciaban el triunfo del general Urrea.

Digitized by Google

Digitized by Google



Fuerte del Alamo

Digitized by Google

FUERTE DEL ALAMO

Vista del Fuerte de San Antonio de Valero, llamado comúnmente del Alamo, tomada desde la encina de la casa de Beramendi, situada en la ciudad de Béjar. Dicho fuerte se levantó por los años de 1722, de orden del Excmo. señor Virrey don Baltazar de Zúñiga, Marqués de Valero.

Se construyó con el fin de tener sujetas a las belicosas tribus salvajes que poblaban a Texas, y para servir de punto de apoyo y de escala a los establecimientos como Nacogdoches, fundados por los españoles al Norte de la provincia y para asegurarse de la obediencia de las Misiones llamadas de San José, la Espada, Concepción y otras que poco después se establecieron a sus inmediaciones.

Se conoció este fuerte como del Alamo debido a que por muchos años la tropa que se destacó por el gobierno virreinal para su resguardo y servicio procedía del Alamo de Parras.

La ciudad de Béjar que después se llamó de San Antonio, fué construída al abrigo del fuerte, en el año de 1732, de orden del Excmo. señor Virrey don Juan de Acuña, Marqués de Casafuerte.

En 1812 fué ocupado por los aventureros anglo-americanos mandados por el coronel don Bernardo Gutiérrez de Lara. En agosto 18 de 1813, después de la batalla del Río Medina, lo recuperó el señor Brigadier don Joaquín de Arredondo. En 1835, el 13 de diciembre, después de 55 días de heroico sitio y por falta de recursos, lo capturaron por capitulación los rebeldes colonos de Texas. y el 6 de marzo de 1836, lo tomaron por asalto las tropas mexicanas.

NOTA: Reproducción de un dibujo y del texto hecho por el coronel don J. Juan Sánchez en 1836, que aparece publicado en el libro intitulado **La Guerra de Texas. Memorias de un soldado.** Por don Carlos Sánchez Navarro, Méjico, 1938. (Con permiso de la Sra. Vda. de Sánchez Navarro).

Digitized by Google

CAPITULO CUARTO

Movimientos bélicos en Béjar.- Bowie solicita parlamento.- Santa Anna arrogantemente rehusa entrar en convenios.- Proclama de Santa Anna a sus compañeros de armas.- Llamado de los cabecillas texanos a los suyos.- Heroica proclama de Travis a sus compañeros y compatriotas.- Consejo de guerra y resoluciones tomadas el cuatro de marzo para el ataque del Alamo.- Suerte a que se condenó a los prisioneros.- Firmeza de Travis y condiciones en que se encontraba el Alamo en cuanto a municiones de boca y de guerra.- Disposición de las tropas para el asalto.- Ataque y toma del Alamo.- Descripción pormenorizada del combate.- Actos heroicos que se registraron por ambas partes.- Furia del combate.- Gloriosa muerte de Travis.- Sacrificio innecesario que resultó muy caro al ejército mexicano.- David Crocket, forma en que murió.- Arenga de Santa Anna después del asalto.- Incineración de los cadáveres.- Amargas reflexiones después del asalto.- Inutilidad del asalto y cómo pudo haberse evitado la tragedia.

ANTES de pasar adelante, antes de manifestar lo ocurrido en aquella plaza durante nuestra permanencia en ella, lo haremos con lo acaecido desde la llegada de la primera división y de nuestro jefe hasta la nuestra; trasladando la parte correspondiente del **Diario,** dice así: "El veintitrés, habiéndose adelantado a Béjar el general Ramírez y Sesma con ciento sesenta caballos le dió vista al amanecer, aunque se había aproximado a las tres de la mañana, a cuya hora nada sabía el enemigo de nuestra llegada. El resto de la división se avistó entre las doce y la una; pero ya el enemigo había tocado generala y retirádose a su fortificación del Alamo. Allí tienen sobre quince piezas de artillería,[44] pero no todas montadas, ni en estado de servicio, por falta de balas. Una de dieciocho y otra de ocho, tienen abocadas a la población. Después de haber descansado la división media hora en la falda de la loma del Alazán, a dos millas de Béjar, montó a caballo el general Presidente y se dirigió a esta ciudad, con su Estado Mayor, tres compañías de cazadores al mando del coronel Morales, tres de granaderos a las del coronel Romero, dos obuses y la caballería del general Ramírez y Sesma, disponiendo que el resto de la división marchase con el general don

44 Eran diecinueve de varios calibres.

Digitized by Google

Ventura Mora, a la Misión de la Concepción. El Presidente a la entrada de Béjar, ignorando que la iglesia estaba abandonada, mandó al coronel Miñón que la tomara con una mitad de cazadores. Al entrar la columna a la plaza, tiraron del Alamo un metrallazo con la pieza de dieciocho y en el acto se mandó al comandante de artillería que situara los obuses y les metió cuatro granadas, circunstancia que obligó al enemigo a poner bandera blanca. Cesó el fuego y Bowie remitió un oficio al comandante de las tropas invasoras de Texas, diciendo que quería entrar en convenios.[45] El Presidente mandó contestar de palabra que no trataba con bandidos, no dejándoles otro arbitrio para escapar que el rendirse a discreción. Luego dispuso que se situara la tropa, comiera y descansara, haciendo venir a Béjar la que había mandado a la Concepción.

"El día veinticuatro, a las nueve de la mañana, salió su excelencia, hizo repartir a su vista zapatos a las compañías de preferencia, se dirigió en seguida a la avanzada sobre el Alamo e hizo romper el fuego, suspendido desde la tarde anterior. Se situó una batería de dos piezas de ocho y un obús y se comenzó a batir la fortificación enemiga, que contestó los fuegos sin hacernos ningún daño. En este día se comenzaron ha inventariar las existencias de las tiendas de los americanos. A las once su excelencia marchó con la caballería para reconocer las cercanías.

"El día veinticinco, a las nueve y media, se presentó su excelencia en la batería, hizo marchar al otro lado del río la columna de cazadores y al batallón de Matamoros, pasando él mismo. Nuestros soldados se batieron a tiro de pistola contra los parapetos y sólo tuvimos dos muertos y seis heridos. En la noche se hicieron obras para cubrir la línea que se estableció en la Villita,[46] a las órdenes del coronel Morales. En los días 26, 27 y 28 no ha ocurrido cosa notable. Los fuegos de artillería y de fusilería se han hecho conforme ha habido objeto, sin desgracia por parte de la división. El veintinueve continuó el sitio y como a las siete y media de la noche fué muerto por el enemigo el soldado de la primera compañía del batallón de San Luis, Secundino Alvarez, que se acercó a reconocer el Alamo de orden del Presidente.

45 William Barret Travis era el comandante del Alamo, James Bowie, su segundo, y un tal Evans, comandante de artillería.

46 Población pequeña inmediata al Alamo y a la margen izquierda del río San Antonio.

Digitized by Google

"En los días 1, 2, 3, 4 y 5 de marzo siguió el sitio sin más cosa notable que haberse ahogado el día dos, el cazador de San Luis, Trinidad Delgado y haber llegado el tres a la plaza los batallones de zapadores Aldama y Toluca."

El general en jefe desde el Río de las Nueces, el diecisiete de febrero, había proclamado al ejército: "Compañeros de armas: —decía— nuestros más sagrados deberes nos conducen a estos desiertos y precisan al combate contra una chusma de aventureros desgraciados a quienes nuestras autoridades incautamente han prodigado beneficios que no alcanzaron los mexicanos, apropiándose de este fértil y dilatado departamento, persuadidos de que nuestras desgraciadas disensiones nos habían imposibilitado a la defensa del suelo patrio. ¡Miserables! ¡Pronto van a conocer su insensatez! Soldados: nuestros camaradas han sido sacrificados alevosamente en Anáhuac, Goliad y Béjar, y vosotros sois los destinados al escarmiento de los asesinos. Mis amigos: marcharemos hasta donde lo exijan los intereses de la nación a quien servimos. Los pretendientes de acres en Texas sabrán bien a su pesar que sus auxilios de Nuevo Orleans, Mobila, Boston, Nueva York y otros puntos del Norte, de donde nunca debieron salir, son insignificantes; y que los mexicanos, generosos por naturaleza, no dejan impunes ultrajes que resultan en perjuicio y descrédito de la patria, sean quienes fueren los agresores."

Esta alocución fué acogida con entusiasmo, pero el ejército no necesitaba excitaciones, al soldado le bastaba saber que iba a defender su propio suelo y a vengar a compañeros poco afortunados, para que su ardor fuera tan grande como noble y justa la causa que iba a sostener. Varios oficiales de Zapadores, Aldama y Toluca, se llenaron de regocijo y se dieron entre sí los parabienes cuando se mandó a estos cuerpos apresurar su marcha y supieron que estaban próximos a batirse. Es indudable que algunos hubieran tenido un gran pesar de no haberse hallado en el primer encuentro con el enemigo, pues se hacía un honor el ser de los primeros. Los cabecillas de éste por su parte, se habían dirigido a los suyos en un lenguaje semejante al de nuestro jefe. Decían que "...éramos unos mercenarios, instrumentos ciegos de la tiranía: que sin derecho íbamos a invadir su territorio, a llevar la desolación y la muerte a sus pacíficos hogares y a arrebatarles su propiedad; que éramos unos hombres brutales, que íbamos a profanar sus mujeres, a degollar sus hijos, a destruirlo

Digitized by Google

todo y convertir en pavesas el fruto de su industria y de sus afanes." ¡Por desgracia adivinaron en parte e hicieron por la suya las atrocidades que se dejaron de hacer por la nuestra y rivalizando en la maldad y en el exterminio no me atreveré a decir quienes se llevaron la ignominiosa ventaja, si ellos o nosotros!

En un lenguaje vehemente y animado llamaban a todos sus compatriotas a defender tan caros intereses y los objetos queridos de su ternura. Excitaban a las madres a armar a sus hijos y a las esposas a no admitir a sus consortes en el lecho nupcial, sino después de haber hecho uso de sus brazos y presentado su pecho para defenderlas. El nombre libertad se repetía en cada línea de sus escritos, y esta mágica voz era preciso que inflamara el corazón de unos hombres que tributan adoración a esta divinidad, aunque no toda la que decantan.

Habiendo rehusado nuestro jefe con orgullo el acomodamiento con que el enemigo le brindó, y enfurecido Travis por el sumo desprecio con que se le trataba, no esperando ningún medio honroso de salvación, adoptó el partido que las almas fuertes eligen en las circunstancias críticas, el de morir con honor y escogió el Alamo para su sepulcro. Es creíble que esta fuera su primera resolución, porque aunque esperaba los refuerzos que le tenían ofrecidos,[47] debía contar con que serían batidos antes de incorporársele, siéndole a él difícil proteger su entrada al fuerte con la corta fuerza que en él tenía; pero no fué así, porque unos sesenta hombres único auxilio que le llegó entraron una noche por entre nuestros soldados, que lo advirtieron cuando ya no tenía remedio. Mi opinión se fortifica con la convicción de que Travis pudo largarse en las primeras noches en que se tuvo poca vigilancia y lo rehusó. Se ha dicho que no era bastante la división del general Ramírez y Sesma para formar desde el primer día una línea de contravolución, siendo de advertir que el recinto del Alamo es pequeño, que está cubierto uno de sus frentes por el río San Antonio y abierta y despejada la campiña. El lenguaje heroico en que Travis se dirigió a sus compatriotas en los días de su conflicto, prueba en fin que él se resolvió a morir antes que abandonar el Alamo o rendirse a discreción. El les habló así: "Compañeros y compatriotas: me encuentro sitiado por un millar

47 Véase el Anexo Nº 7.

Digitized by Google

o más de mexicanos a las órdenes de Santa Anna. He sostenido un bombardeo y un cañoneo por espacio de veinticuatro horas consecutivas sin lamentar la pérdida de ninguno de mis hombres. El enemigo ha pedido que nos rindamos a discreción, so pena de ser pasados a cuchillo en caso de la toma del fuerte. He contestado esta intimación con un cañonazo y nuestro pabellón flamea sobre las murallas. No me rendiré, ni ordenaré tocar retirada, por lo que en nombre de la libertad, del patriotismo y de todo lo que es más caro al indómito americano, venid a socorrernos, pero que sea sin demora. El enemigo recibe refuerzos diariamente y sin duda aumentará su fuerza a tres o cuatro mil hombres en los siguientes cuatro o cinco días. Si no se acude pronto en mi auxilio estoy resuelto a defenderme todo lo posible y a morir como un soldado que no olvida lo que debe a su propio honor y al de su país. ¡La victoria o la muerte!"

Doce días hacía que la división del general Ramírez y Sesma permanecía al frente del Alamo y tres que nosotros habíamos llegado a Béjar. Nuestro jefe se enardecía viendo que el enemigo se obstinaba en no rendirse. Creía como otros que la fama y el honor del ejército estaban comprometidos tolerando que viviera por más tiempo. El general Urrea se le había anticipado, había ya dado el primer golpe, con el que inició la apertura de la campaña y nosotros nada habíamos adelantado en los doce días que nuestra vanguardia permanecía al frente de este obstinado enemigo. Era, pues, preciso atacarlo para hacerle ver el vigor de nuestras almas y la fuerza de nuestro brazo. Pero los hombres prudentes que saben estimar en lo que vale el verdadero honor, aquellos cuyo valor reglado sólo les permite comprometerse cuando conocen que van a dañar útilmente y que entienden que la gloria del soldado es tanto mayor cuanto menos sangrienta es la victoria y menor el número de víctimas que le sacrifican, aunque estaban animados por los mismos sentimientos que el ejército y su jefe, opinaban que para vencer al puñado de hombres que se había encerrado en el Alamo no había necesidad de un gran sacrificio. En efecto, bastaba esperar que nuestra fuerza se reuniera en Béjar para que estos se rindiesen y es indudable que no hubieran podido resistir muchas horas el estrago y fuego imponente de veinte piezas. Son incalculables las cantidades que Hacienda ha invertido en el parque de artillería que se llevó a Texas,

Digitized by Google

cuya sola conducción monta a muchos millares de pesos, y no se quiso, o no se supo hacer uso de esta arma, que empleada hábilmente nos hubiera ahorrado muchas vidas, y el éxito de la campaña hubiera sido indudablemente muy distinto.

No podíamos temer que el enemigo se reforzara, porque si se había introducido un refuerzo por descuido, podíamos batir todos los demás que le llegaron uno por uno. Podíamos marchar adelante, dejando una corta fuerza en observación de la del Alamo, cuya posesión nada importaba, ni política ni militarmente, cuando su adquisición fué costosa y produjo resultados muy amargos. No teniendo Houston noticias de la rendición del Alamo, hubiera sido fácil sorprenderlo y batirlo.

En un consejo de guerra tenido el cuatro de marzo en casa del general en jefe, manifestó éste la necesidad de dar el asalto. Los generales Ramírez y Sesma, Cos, Castrillón y los coroneles Almonte, Duque, Amat, Romero, Salas y el mayor accidental de San Luis, que asistieron a él, prestaron su deferencia. La cuestión roló principalmente sobre el modo de hacerlo. Castrillón, Almonte y Romero estuvieron conformes con que se abriera brecha, que ocho o diez horas bastaban para hacerla practicable. Venían en marcha piezas de batir y el coronel Bringas ayudante del general Presidente, había marchado con el objeto de avivarlas. Se acordó llamar al comandante de artillería y ponerse de acuerdo con él y no obstante que la artillería estaba para llegar de un día a otro, y que la resolución había quedado pendiente, el cinco se dió la orden para el asalto.[48] Algunos que aprobaron esta resolución en presencia del general en jefe, la desaprobaban cuando no estaban delante de él, cuya contradicción manifiesta su debilidad; otros adoptaron el partido de callar, persuadidos de que no admitía contradicciones, porque sólo se complacía en oir lo que halagaba sus deseos, desechando toda observación que se apartaba de ellos. Ninguno de estos jefes tuvo presente que no teníamos hospitales de sangre, ni cirujanos para salvar a nuestros heridos y que para algunos fué menos malo morir que salir heridos, como se verá después del asalto.

Cuando en esta o en otra de estas discusiones se trató de lo que se debería hacer con los prisioneros, en el caso de que antes del

48 Véase el Anexo Nº 8.

Digitized by Google

asalto se rindiese el enemigo, se citó el ejemplo de Arredondo, que en tiempo del gobierno español había colgado ochocientos y tantos colonos, después de haber ganado una acción y se le tomó por modelo. El general Castrillón y el coronel Almonte vertieron con este motivo principios de derecho de gentes, principios filosóficos y humanos que les hacían honor. Los repitieron después, cuando se dispuso fusilar a los prisioneros que había hecho el general Urrea, pero fueron infructuosas sus razones.

No teníamos oficiales de ingenieros que dieran a conocer la fuerza del Alamo y sus defensas; porque la sección de este cuerpo, nombrada para el ejército, aún permanecía en México; pero no faltaba en Zapadores quien hubiera hecho este reconocimiento y las noticias dadas por el general Cos, por los oficiales heridos que éste había dejado en Béjar y algunos vecinos de esta ciudad, se creyeron bastantes. Estos últimos nos impusieron de la fuerza de la guarnición que había en el Alamo y de los pocos víveres y municiones con que contaba. Se había encerrado precipitadamente y no había tenido mucho tiempo para abastecerse.

La firmeza de Travis estaba para ser vencida: hacía varios días que los suyos lo estimulaban a rendirse, alegando la falta de víveres y la escasez de municiones; pero él calmaba la inquietud de éstos con la esperanza de prontos recursos, cosa que no era difícil hacerles creer después que habían visto entrar un refuerzo. Le habían, sin embargo, apurado tanto, que el día cinco les ofreció que si en la noche de aquel día no les llegaba algún auxilio, se rendirían al día siguiente, o procurarían escaparse a favor de las tinieblas, cuyos pormenores nos dieron una señora de Béjar, un negro, único hombre que escapó y varias mujeres que se hallaron dentro, y a quienes salvaron los coroneles Morales y Miñón. El enemigo estaba en comunicación con algunos de los vecinos de Béjar, que le eran adictos, y se dijo como cosa cierta en aquellos días, que el general Presidente había tenido conocimiento de la resolución tomada por Travis, y que por eso apresuró el asalto, porque quería hacer ruido y hubiera sentido tomar posesión del Alamo sin estrépito y sin regarlo antes con sangre, sin la cual algunos creen que no hay gloria.

Una vez dada la orden se dispusieron a cumplirla, aun los que no estaban por ella: nadie dudaba que venceríamos, pero se pronosticaba que la refriega sería sangrienta y lo fué en efecto. Toda la

Digitized by Google

tarde del cinco se pasó en preparativos, vino la noche y con ella las más serias reflexiones. Nuestros soldados, se decía, carecen del valor frío que se necesita para el asalto, pero son denodados y los que sobrevivan no tendrán de qué avergonzarse. Cada uno en particular elevaba y preparaba su alma para el momento terrible, hacía sus disposiciones, arreglaba en silencio y a sangre fría las prevenciones que preceden a un desafío. Era un duelo general en el que nos importaba salir con honor. Ninguna proclama precedió a este combate, pero se dió el ejemplo que es el lenguaje más elocuente y la orden más imperiosa. Nuestros animosos oficiales nada dejaron que desear a la hora de la prueba, y si alguno faltó a su deber, si alguno manchó su honor, fué tan insignificante que su falta quedó confundida en la obscuridad y en el desprecio. Se vieron acciones de valor en que muchos pelearon cuerpo a cuerpo y también algunas infames.

El Alamo era una fortificación irregular, sin fuegos de flanco, que un general prudente hubiera tomado con poca pérdida; pero nosotros perdimos más de trescientos valientes.

Cuatro columnas fueron destinadas para el asalto. La primera al mando del general Cos, compuesta del batallón de Aldama y tres compañías del activo de San Luis, debía subir por el frente del Occidente que mira a la ciudad. La segunda, a las órdenes del coronel Duque, compuesta del batallón de su mando y de otras tres compañías del de San Luis, debía hacerlo por el frente que mira al Norte, que tenía a los extremos de su cortina dos baterías salientes. Estas dos columnas tenían una fuerza de setecientos hombres. La tercera, al mando del coronel Romero, compuesta de las compañías de fusileros de los batallones Matamoros y Jiménez, tenía corta fuerza, y ascendía a poco más de trescientos y tantos hombres, debía asaltar por el frente del Este que era el más fuerte, ya por su relieve, ya por el número de bocas de fuego que lo defendían, situadas tres de ellas en batería construída sobre las ruinas de la iglesia, que venía a ser una especie de caballero alto. La cuarta columna al mando del coronel Morales, compuesta de ciento y tantos cazadores, debía apoderarse de la entrada del fuerte y de los atrincheramientos que la defendían.

El batallón de Zapadores y cinco compañías de granaderos formaban la columna de reserva, con la fuerza de cuatrocientos hombres. El general en jefe debía mandar esta columna, según el tenor

Digitized by Google

Plano del Fuerte del Alamo

Digitized by Google

PLANO DEL FUERTE DEL ALAMO Y PORMENORES DEL ASALTO Y TOMA DEL FUERTE EL 6 MARZO DE 1836.

1 Puerta principal fué tomada en el día del asalto por los señores coroneles don Juan Morales y don Juan Miñón con cerca de 300 hombres del batallón activo de San Luis Potosí.
2 Cuarto del oficial de guardia.
3 Depósito de herramientas, maderas y maestranza.
4 Habitaciones de las familias de oficiales y tropa de la compañía del Alamo de Parras, que ocuparon el fuerte por muchos años, tomando de allí el nombre de fuerte del Alamo.
5 Patio principal o plaza de armas.
6 Hospital, en la tarima de la sala que está contra la puerta, murió sin hacer resistencia, el fanfarrón Santiago Bowie.
7 Cocinas.
8 Cementerio.
9 Iglesia no concluída y destruída parte de su fábrica para aprovecharse del material en la defensa del fuerte que hizo el coronel don Domingo Ugartechea, ayudado del de igual clase don José María Mendoza, mandados ambos por el general don Martín Perfecto de Cos.
10 Almacén de pólvora.
11/12 Almacén de víveres. Estas dos piezas y la anterior estaban fuertes y muy bien conservadas.
13 Cuartel alto con su portal y corredor. Este edificio estaba servible y por su construcción y por estar apoyado en la iglesia formaba el caballero alto a la puerta principal del fuerte, de la cual si el enemigo hubiera hecho una ordenada línea de defensa habrían perecido más soldados nuestros de los que perecieron.
14 Calabozos.
15/16 Patio para caballos, corral y comunes.
17 Batería de dos cañones llamada de Terán por los mexicanos; por allí asaltó el coronel Duque y por haber sido herido continuó el asalto el general Castrillón y entró al fuerte con los batallones de Toluca y de Zapadores. En la explanada de esta batería murió como valiente el jefe de los colonos llamado Travis.
18 Batería llamada de Condelles. Por este punto intentó el asalto el general Cos, con una columna compuesta de cazadores y fusileros de Aldama y del Activo de San Luis, pero habiendo perdido mucha gente, efectuó un movimiento oblicuo hacia la derecha, logrando penetrar por la azotea de la esquina y por las puertas señaladas con los números 26. Esta columna fué la primera en el asalto.
19 Sobre una explanada que se formó en el presbiterio de la iglesia se colocó una batería alta de tres cañones, con el nombre de Cos.
20 Fosos interiores y banquetas. En este lugar resistieron con furor los colonos, queriendo reforzar el interior del fuerte.
21 Habitaciones provistas de aspilleras que utilizaron los colonos para librarse del furor de los atacantes.
22 Trincheras circulares con foso y estacada.
23 Fosas que empezaron y no pudieron concluir los defensores del fuerte.
24 Por esta puerta intentaron la fuga algunos colonos.
25 Por los puntos señalados con estos números atacaron y entraron al fuerte los coroneles Duque y Romero, mandados por el Sr. A. Amador, con cerca de 300 hombres de Zapadores y Toluca. Duque fué herido de metralla.
26 Véase el Nº 18.

NOTA: Reproducción de un plano levantado por el coronel don J. Juan Sánchez en 1836, así como del texto que aparece publicado en el libro intitulado **La Guerra de Texas. Memorias de un soldado.** Por don Carlos Sánchez Navarro. Méjico, 1938. (Con permiso de la señora Vda. de Sánchez Navarro).

Digitized by Google

de la orden reservada que se dió para el asalto, y su formación se encomendó al coronel Amat, que fué quien la condujo al peligro.

Este fué el plan general y aunque se tomaron varias disposiciones menores para ejecutarlo, casi todas se omitieron.

Nuestro jefe hizo mucho mérito de la valentía de Travis, pues que le ahorró el agravio de una intimación, que hubiera bastado en las circunstancias críticas que rodeaban a éste, para ahorrar al ejército un gran sacrificio.

Desde la una de la mañana del día seis se pusieron en movimiento las columnas, y a las tres comenzaron a avanzar silenciosamente hacia el río, que atravesaron desfilando por unos débiles y angostos puentes de madera en que apenas cabían uno o dos hombres de frente. Se pulsaron algunas pequeñas dificultades para llegar sin ser notados del enemigo al punto que personalmente les había demarcado el general en jefe, y se colocaron en él, descansando con arma en mano. Se reencargó el silencio y se prohibió el fumar. Había luna, pero la densidad de las nubes que la cubría, no permitía llegar hasta nosotros más que una opaca luz, y de este modo parecían contribuir a nuestro designio. Esta media luz, el silencio que guardábamos apenas interrumpido por un sordo murmullo, la frescura, la serenidad del tiempo, cuyas horas se alargaban y los peligros que bien pronto íbamos a correr, todo hacía grave nuestra posición: todavía respirábamos y nos podíamos entender; dentro de algunos minutos, muchos de nosotros no podríamos contestar a las preguntas que se nos hicieran por haber vuelto ya a la nada de que habíamos salido; otros, mal heridos, permanecerían horas tirados, sin que nadie se acordara de ellos, temiendo todavía que una bala enemiga, de las que silbaban sobre su cabeza e iban a morir a sus pies, diera fin a sus dolores. Sin embargo, la esperanza nos animaba y dentro de pocos momentos iba a desaparecer esta angustiosa incertidumbre: había que vengar un ultraje hecho a nuestras armas y la sangre de nuestros amigos derramada tres meses antes, dentro de aquellos mismos muros que íbamos a asaltar. El horizonte comenzaba a esclarecer, la bella aurora iba a dejarse ver tras de sus doradas cortinas: un toque de atención era la señal convenida y bien pronto se oyó el cornetazo terrible de la muerte que conmovió los corazones, inmutó los semblantes y nos sacó a todos, de golpe, de nuestras penosas reflexiones. Rendido de fatiga

Digitized by Google

y de sueño, apenas había cerrado los ojos para dormitar cuando llegó a herir mis oídos este sonido fatal. Un corneta de zapadores (José María González) fué el que nos impulsó a despreciar la vida y arrostrar la muerte. A pocos instantes el horror a ésta huyó apresurado de entre nosotros, ocupando su lugar el honor y la gloria.

Las columnas avanzaban con cuanta celeridad les era posible, y a muy poco de emprendida su marcha, se les mandó romper el fuego, estando todavía distantes, no teniendo objeto y cuando éstos aún no se podían distinguir, pero hubo jefe que obrando prudentemente se desentendiera del toque. El enemigo avisado de nuestro ataque, por la señal dada que contestaron todas las columnas, contestó vivamente nuestros fuegos, que no podían ofenderle, y cuya ejecución retardaba en parte nuestro avance. Travis, para suplir el corto número de los defensores, había colocado tres o cuatro fusiles cargados al lado de cada uno de ellos; y el primer fuego fué muy activo y mortífero. Nuestras columnas dejaban por donde pasaron una ancha huella de sangre, de heridos y muertos. Las bandas de todos los cuerpos, reunidas alrededor de nuestro jefe, tocaron el paso de ataque, y a este toque que electriza los corazones, que eleva unas almas y hace estremecer otras, se nos vió llenos del más vivo ardor y entusiasmo. Arrebatada de éste la segunda columna, prorrumpió en aclamaciones a la República y al general Presidente. Los oficiales no pudieron reprimir esta imprudencia, que se pagó cara. Llamada la atención del enemigo, por esta circunstancia, en el momento mismo en que la luz iba a dejar percibir los objetos, redobló sobre ésta columna sus fuegos, y fué sobre la que más descargó sus golpes. Se vió que un solo metrallazo derribó toda una mitad de la compañía de cazadores de Toluca, que iba avanzando algunos pasos de la columna, el capitán don José María Herrera, que la mandaba murió a pocos instantes, y Vences, teniente de ella, fué igualmente herido. Otro metrallazó dejó muchos vacíos en las primeras filas de la cabeza, siendo uno de ellos el coronel Duque que fué atravesado en un muslo; habiendo quedado en pie, no sin asombro, uno de los dos únicos ayudantes de este jefe, que marchaban inmediatos a su lado, pues que el otro no podrá atestiguar el hecho. Es el que habla a quien la suerte preservó en esta vez ya que don José María Macotela, capitán del Toluca, herido de gravedad, murió a pocos días.

Digitized by Google

Se ha visto cual fué el plan de ataque, pero varias disposiciones que se tomaron para ejecutarlo, casi todas se omitieron. Se había ordenado que las columnas llevaran barretas, hachas y escalas, pero hasta la precisa hora se notó que todo era insuficiente, y que las escalas estaban mal construídas.

Las columnas, arrojándose con paso firme, en una horrenda granizada de balas y metralla y perseverando con ardor en su resolución, habían llegado al pie de los muros, menos la tercera a quien una batería de tres cañones a barbeta le hacía hondos socavones en su costado izquierdo, y a la vez que era atacada de frente desde la altura de un cuartel le fué preciso buscar una entrada menos sangrienta, dirigiéndose rápidamente al ángulo derecho del frente del Norte. Las pocas y malas escalas que llevábamos no habían llegado, porque sus conductores o habían perecido en el tránsito o se habían escapado. Una sola se vió de todas las que se habían designado. El general Cos, buscando un apoyo para subir, había recalado con su columna al frente en que estaban la segunda y la tercera. Todas se reunieron en un punto, mezclándose y formando una masa confusa. Por fortuna el revestimiento de este frente era de madera; su foso estaba apenas empezado, y la altura del parapeto era de unos ocho o nueve pies; había donde apoyarse y aunque con dificultad, se podía subir. Pero el desorden se había introducido: oficiales de todas graduaciones gritaban, siendo apenas escuchados. Los más esforzados de nuestros veteranos, probaban a trepar los primeros, y lo conseguían después de haber dado horrendos gritos para que les hicieran lugar, y trepando antes sobre sus mismos compañeros. Otros muy apiñados hacían esfuerzos inútiles, embarazándose mutuamente, estorbando a los más ágiles y derribando a los que ya estaban para coronar su denodado esfuerzo. Un fuego vivo de fusilería, dirigido desde las azoteas de un cuartel y de otros puntos hacía un estrago doloroso, y aumentaba la confusión de nuestra desordenada masa. Los primeros que trepaban eran derribados por las bayonetas que ya los esperaban tras del parapeto o a pistoletazos; pero el valor de nuestros soldados no se arredraba viendo caer a sus compañeros muertos o heridos y se apresuraban a ocupar su lugar para vengarlos, subiendo sobre sus cuerpos ensangrentados. El estallido de los fusiles, el silbido de las balas, los gemidos de los heridos, las imprecaciones de los machucados, los ayes y suspiros de los moribun-

Digitized by Google

dos, las arrogantes exhortaciones de los oficiales, el estruendo de los instrumentos militares y los descompasados gritos de los asaltantes que subían animosos, todo aturdía y hacía crítico y tremendo este momento. Las vociferaciones de los asaltados no eran menos estrepitosas y desde el principio habían herido nuestros oídos sus gritos desaforados, gritos terribles de alarma en un idioma que no entendíamos.

El general Santa Anna desde la batería en que se hallaba colocado contemplaba con inquietud esta horrenda escena y, engañado por la dificultad que se presentaba para subir y por el movimiento que había hecho la tercera columna, creyó que nos rechazaban; por lo que mandó al coronel Amat con el resto de la reserva, pues ya al batallón de Zapadores le había ordenado que moviera las columnas de asalto, llegando y subiendo al mismo tiempo que ellas. Entonces mandó también a todo su Estado Mayor y a todo el que estaba a su lado. Esta gallarda reserva fué a aumentar el estruendo y las víctimas, tanto más sensibles cuanto que no hubo ninguna necesidad de que se empeñara en el combate. Avanzó en medio de una lluvia de balas y metralla y antes que el batallón de Zapadores llegara al pie de los muros fueron heridos la mitad de sus oficiales. Otro de dichos oficiales, el joven Torres, murió dentro del fuerte en el momento mismo de tomar una bandera al enemigo.[49] Murió de un sólo golpe, sin quejarse, cubierto de gloria y sentido por sus compañeros. Sucedió una cosa rara a este cuerpo, tuvo cuatro oficiales de baja y veintiún soldados, y entre éstos ninguno de la clase de sargentos que, como se sabe, es más numerosa que la de los primeros.

Cosa de un cuarto de hora hacía que nuestros soldados permanecían en una terrible situación, fatigándose para trepar en busca de una muerte menos oscura que la que recibían apiñados en una sola masa, y cuando después de muchos esfuerzos lograron, en número suficiente coronar el parapeto, sin distinción de cuerpos, los defensores aterrados se encerraron atropelladamente en unos cuartos colocados a derecha e izquierda de la pequeña plaza que formaba su segunda línea de defensa. Habían aspillerado y atrincherado las puertas, pero para formar estas trincheras habían hecho unos fo-

49 Véase el Anexo Nº 32.

Digitized by Google

sos interiores, que les eran perjudiciales. No todos se encerraron, pues algunos se quedaron al descubierto, mirándonos antes de tirar y como asombrados de nuestra audacia. Se vió a Travis titubear, pero no en la muerte que elegiría. Daba algunos pasos y se paraba, volviendo a nosotros su cara airada para descargar sus tiros, pues se batía como soldado. Murió al fin, pero murió después de haber vendido muy cara su vida. Ninguno de los suyos murió con más heroismo y todos murieron. Travis se portó como un héroe, es necesario hacerle justicia, pues que con un puñado de hombres sin disciplina se resolvió a hacer frente a hombres acostumbrados a la guerra y en número muy superior al suyo, sin víveres, con pocas municiones y contra la voluntad de sus subordinados. Era un rubio bien apersonado de un físico tan robusto cual era fuerte su espíritu.

Entre tanto el coronel Morales con los cazadores había llenado las instrucciones que recibió, estaba precisamente al frente de nosotros, a unos cuantos pasos de distancia, y temiendo fundadamente que le dañaran nuestros fuegos se había alojado en los atrincheramientos que había conquistado, procurando dañar sin dañarnos. Había sido un bien que las otras columnas se reunieran en un frente porque siendo el recinto muy corto, se evitó en parte que nos hiciéramos pedazos unos con otros. Sin embargo, algunos tuvieron el dolor de caer a los tiros de sus mismos compañeros, herida sensible en verdad y muerte aún más dolorosa. Se había sobrecargado a los soldados de municiones, pues la reserva y todas las compañías de preferencia llevaron seis paradas por plaza. Parece que había querido decirse con esto al soldado que no confiase en su bayoneta, que es el arma de que se hace uso en el asalto, mientras algunos tiradores sostienen con sus fuegos a los asaltantes; pero siempre en estas ocasiones se cometen grandes faltas que es imposible remediar, no quedando otro consuelo que el triste de lamentarnos de los que las cometen. Esta vez fueron muchas.

Nuestros soldados por temeridad unos y arrebatados de furor otros se arrojaban en los cuartos en que se había atrincherado el enemigo, de cuyas aspilleras nos hacía un fuego infernal. Tras de éstos entraban otros, o se acercaban a las puertas y ciegos de coraje y con humareda descargaban sus tiros contra amigos y enemigos y de este modo nuestras pérdidas eran más lastimosas. Por otra parte se abocaban los mismos cañones enemigos para derribar las puertas

Digitized by Google

de los cuartos o éstos, y se hacía en ellos una carnicería horrorosa concluyendo algunos su fin machucados. El tumulto era inmenso, espantoso el desorden, parecía que las furias se habían desatado entre nosotros: distintos grupos de soldados hacían fuego en todas direcciones sobre sus compañeros, sobre sus oficiales y del mismo modo esperaba uno recibir la muerte de la mano amiga que de la enemiga. En medio de este estruendo se encontraba uno aturdido y no se podía distinguir ningún mando, aun cuando los que mandaban esforzaran la voz cuanto les era dable. Algunos creerán que esta relación es exagerada, pero los que fueron testigos confesarán que es exacta y para decir la verdad toda ponderación es corta.

Ya era tiempo de que concluyera un desorden que aumentaba nuestras víctimas, y a mis razones, a mis instancias, el general Cos mandó acallar el fuego, pero el corneta Tamayo de zapadores apuró en vano su instrumento, pues no cesó hasta que ya no había a quien matar y cuando se habían consumido cosa de cincuenta mil cartuchos El que dudare de esto que haga el cálculo aproximado que yo he hecho con los datos que he dado.

Entre los defensores había unos treinta o más colonos y el resto era de piratas, acostumbrados a desafiar los peligros, a despreciar la muerte y por lo mismo se batieron con mucho denuedo, circunstancia que en mi concepto les hacía acreedores a que se les acordara la piedad que al último pidieron algunos de ellos y otros no pudieron hacerlo por ignorar el idioma. En efecto, cuando estos hombres notaron la falta de su caudillo y vieron que eran atacados por fuerzas muy superiores, desmayaron. Los unos en una pronunciación apenas inteligible gritaban desesperados **¡piedad! valientes mexicanos;** otros por una aspillera o por la puerta sacaban la punta de una bayoneta con un lienzo blanco, signo de paz y hasta las medias sacaron algunos. Nuestros soldados que veían estas demostraciones entraban confiados a los cuartos, pero aquellos de los enemigos que no habían solicitado piedad, que no pensaban rendirse, ni contaban con otro recurso que con el de vender cara su vida, los recibían a pistoletazos y a punta de bayoneta; los nuestros que se creían traicionados se enfurecieron de nuevo y a cada momento se renovaban luchas parciales trabadas con nuevo encono. Se había dado la orden de no salvar más que a las mujeres y se cumplió; pero esta carnicería era inútil y evitándola hubiéramos economizado mucha sangre por nues-

Digitized by Google

tra parte. Los enemigos que intentaron fugarse fueron a caer bajo los sables de la caballería que había sido apostada con este objeto y aún en su fuga se defendieron. Se vió a un desgraciado padre con un hijito en los brazos arrojarse de una altura considerable y perecer ambos al mismo golpe.

Cerca de una hora hacía que se representaba esta escena de exterminio cuando la cubrió y terminó el telón de la muerte: poco después de las seis de la mañana todo era concluído; los cuerpos comenzaron a formar, habían empezado a reconocerse, manifestando en sus tristes semblantes la falta que notaban en sus filas muy diminutas de sus oficiales y de sus compañeros, cuando se presentó el general en jefe. Pudo ver por sí mismo la orfandad que había en los batallones y aquel corto recinto sembrado de cadáveres, de miembros esparcidos, regado de balas, de armas y vestidos destrozados. Algunos de estos ardían aún juntamente con los cadáveres y se exhalaba un olor inmundo, que asqueaba los estómagos. Estos cadáveres con los rostros renegridos y ensangrentados, desfigurados por una muerte desesperada, ardiendo sus vestidos y pelo a la vez, presentaban un aspecto horrible y verdaderamente infernal. ¡Qué trofeos los de un campo de batalla! Bien pronto quedaron desnudos los unos por el fuego y los otros por una degradante rapacidad y en especial los nuestros. Los de los enemigos se distinguían por su blancura, por sus formas robustas y abultadas. ¡Qué triste espectáculo el de los muertos y moribundos...! ¡Con qué horror se pasaba revista para encontrar los restos de los amigos...! ¡Con qué ansiedad se solicitaban otros y con qué enajenamiento se abrazaban...! Las preguntas se sucedían de los unos a los otros cuando aún silbaban las balas y en medio de los quejidos de los heridos y de los postreros suspiros de los moribundos.

El general arengó a nuestros mutilados batallones para ensalzar su valor y darles las gracias a nombre de la Patria, pero no se notó en sus palabras aquel hechizo que Napoleón derramaba en las suyas, del cual asegura el conde de Segur que era imposible defenderse. Se secundaron sus vivas con frialdad y el silencio hubiera sido apenas interrumpido si yo, en uno de aquellos arrebatos que produce el entusiasmo, o que uno se forma para rehuír la reflexión y solapan la sensibilidad, no me hubiera dirigido a los valientes cazadores de Aldama, para vitorear a la República y a ellos, acción que hecha en

Digitized by Google

presencia del caudillo, a quien sin mérito se daba tanta importancia, probaba por mi parte lo que es cierto, que nunca adulo al poder.

A la arenga de Santa Anna había precedido muy de cerca un suceso desagradable que, acaecido cuando ya había pasado el calor de la refriega, se vió como un indigno asesinato y contribuyó mucho a la frialdad que se notó. Unos siete hombres habían sobrevivido a la matanza general y guiados por el general Castrillón, que los apadrinaba, fueron presentados a Santa Anna. Entre ellos había uno de grande estatura, bien formado y de facciones regulares, en cuyo semblante estaba impreso el sentimiento de la adversidad, pero en el cual se notaba cierta resignación y nobleza que le recomendaban. Era el naturalista David Crocket, muy conocido en Norteamérica por sus originales aventuras, que había venido a recorrer el país y que hallándose en Béjar en los momentos de sorpresa se había encerrado en el Alamo, temeroso de no ser respetado por su calidad de extranjero. Santa Anna contestó a la intervención de Castrillón con un gesto de indignación y dirigiéndose en seguida a los zapadores, que era la tropa que tenía más cerca, mandó que los fusilaran. Los jefes y oficiales se indignaron por este proceder y no secundaron la voz, esperando que pasado el primer momento de furor, aquellos hombres se salvarían; pero varios oficiales que estaban alrededor del Presidente y que quizás no habían estado allí en el momento del peligro, se hicieron notables por una acción infame; sobrepujando a los soldados en crueldad, se antepusieron a ellos, para halagar la de su jefe, y espada en mano se arrojaron sobre aquellos infelices indefensos, del mismo modo que el tigre se arroja sobre su presa. Los atormentaron antes de hacerlos morir, y estos desgraciados murieron quejándose, pero sin humillarse a sus verdugos. Se dijo que el general Ramírez y Sesma había sido uno de ellos: yo no lo atestiguaré, porque aunque estaba presente, aparté la vista horrorizado, para no ver tan bárbara escena. ¿Recordáis?, compañeros, aquel fiero momento, que nos horrorizó a todos igualmente, y que estremeció nuestras almas, poco ha sedientas de venganza? ¿No palpitan aún vuestros corazones resueltos, llenos de indignación, contra aquellos que tan vilmente ensangrentaron sus espadas? A mí, os lo confieso, me estremece el sólo recuerdo y suena todavía en mi oído el acento lastimero y penetrante de las víctimas.

¿A quién era útil este sacrificio, y cuál era el fruto que se saca-

Digitized by Google

ba de aumentar el número de víctimas? Bien caro fué, aunque se podía haber sacado otro, haciendo recorrer a aquellos hombres la alfombra de cadáveres, sobre la cual poníamos los pies; y habilitándolos generosamente, mandarlos a decir a sus compañeros la suerte que les esperaba, si no desistían de su injusta causa. Ellos podían haber dado noticia de las fuerzas y recursos que tenía el enemigo. Según los papeles encontrados a éste y las noticias posteriores, ciento ochenta y dos hombres era la fuerza que había dentro del Alamo; y segun los que contaron por nuestra parte, eran doscientos cincuenta y tres. Es indudable que el total no excedía a cualquiera de estos dos números, y aún la suma de ellos es inferior al número de que habló el general en jefe en su parte, donde aseguró que sólo en los fosos y atrincheramientos habían quedado sepultados más de seiscientos cadáveres. ¿Qué objeto llevaría en engañar? Algunos han creído que para dar más importancia al hecho y otros para disculparse de nuestra pérdida y hacerla menos sensible.[50]

La muerte unió a amigos y enemigos en un mismo punto. Una fúnebre pira convirtió en cenizas, en pocas horas, a aquellos hombres poco ha tan animosos, que ciegos de furor prodigaban sus vidas y encontraron su término en la lucha. La mayor parte de los nuestros fueron sepultados por sus compañeros, y el enemigo, que parece que tiene algún respeto a los muertos, reputó como efecto de nuestro odio la gran pira que se elevó con los suyos. Yo deseoso de contarlos por mí mismo, llegué en los momentos en que las llamas comenzaban a enrojecerse y a devorarlos.

Cuando la calma da lugar a la reflexión, ¡cuán tristes y crueles los pensamientos se aglomeran en una alma sensible sobre un campo de batalla! ¿Y será digno de reproche aquél que después de haber expuesto su vida para cumplir con su deber y su honor, dé un corto desahogo a su sensibilidad y algún tiempo a la filantropía?

---

50 Véase el Anexo Nº 9, ... El segundo de los cuales manifiesta exactamente la pérdida que tuvimos. De estos heridos murieron una gran parte, por la mala asistencia, falta de camas, de abrigo, de instrumentos quirúrgicos, etc., etc. Los enemigos perecieron todos, habiendo quedado sólo con vida una anciana y un esclavo negro, a quien los soldados perdonaron por compasión, y porque supusieron que sólo la fuerza los había retenido en aquel peligro. Los muertos, pues, de los enemigos, fueron 150 voluntarios, 32 vecinos de la villa de González, que a favor de la obscuridad de la noche se introdujeron dos días antes del asalto en el fuerte, y unos veinte vecinos o comerciantes, de la misma ciudad de Béjar.

Digitized by Google

Las reflexiones que siguieron al asalto, aún después de muchos días de verificado, fueron generalmente fundadas. ¿Por qué no se ha abierto brecha, se decía? ¿Para qué se ha traído artillería si no se ha de hacer uso de ella donde se necesita y se nos ha de hacer saltar los puntos fortificados como los pájaros al vuelo? ¿Por qué antes de acordar el sacrificio que lo fué y grande, no se tuvo presente que no teníamos medios para salvar a nuestros heridos? ¿Por qué se prodigan nuestras vidas sin necesidad en un país desierto, todo enemigo, en que no se pueden reemplazar nustras bajas? A éstas sucedieron otras más o menos fundadas, pues la toma del Alamo no se reputó como un suceso feliz, sino como una derrota que a todos entristeció. No se oían en Béjar sino lamentos; cada oficial que moría excitaba la compasión y hacía renovar los reproches. Los que llegaron después unieron su crítica a los que ya estábamos allí, y en algunos de éstos, es necesario decirlo, obró el sentimiento de no haberse hallado presentes, porque los que obedecieron contra su propia opinión siempre alcanzaron gloria.

Todos los autores militares convienen en que sólo se deben dar batallas en casos extremos, me valdré de sus propias expresiones; y asientan, por regla general, que siempre que se encuentren medios para debilitar y vencer al enemigo sin combate, deben adoptarse y evitarlo. La civilización humaniza a los hombres y por sus buenos efectos han caído en desuso los medios bárbaros que se han empleado para matar mayor número de hombres en el menor tiempo posible; ya no se efectúan evoluciones homicidas que destruyan de un solo golpe todo un ejército. Es ya un axioma que el general a quien se encomienda éste debe poner tanta atención en economizar la sangre propia como la enemiga. De acuerdo los sabios militares con los moralistas, dicen: "que el general que economiza la sangre de sus soldados es el salvador de su patria, y el que la prodiga y los sacrifica con imprudencia es el asesino de sus compatriotas". Uno de esos autores refiere: "que Luis XIV, al tiempo de su muerte, estaba inconsolable por la sangre derramada en su reinado"; "que al memorable Turena en los últimos instantes de su vida no podían tranquilizarlo los ministros de la religión con todos los recursos que ella ofrece." En efecto, los vanos estímulos de la gloria no deben ser bastantes para sofocar los remordimientos que necesariamente ha de causar el derramamiento de sangre inútil. Si el general Santa Anna

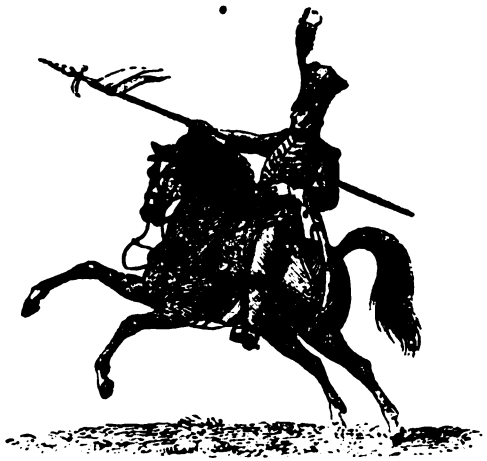
Digitized by Google

viera reunido en un punto los cadáveres de todos los mexicanos que ha sacrificado en las revoluciones que ha promovido y en las batallas mal dirigidas que ha dado, se horrorizaría, por insensible que sea. Los más célebres capitanes han temido siempre el día de una batalla, no tanto por el peligro de su vida cuanto por los intereses y soldados confiados a su cargo; pero la ignorancia nada teme porque nada prevée. Algunos de nuestros generales y particularmente el vencedor del Alamo parece no haber meditado a los autores, pues éste en su larga carrera se ha alejado siempre de los principios y despreciado sus sabios consejos. Ha obrado al capricho, sacrificando sin necesidad la vida del soldado, el honor e intereses de la República y el decoro de las armas, porque tiene la certeza de que no se le ha de exigir la responsabilidad, o de que será absuelto en caso de intentarse, como lo acredita la experiencia; obraría de otro modo si se les castigase por sus torpezas; pero, como se le prodigan honores, aún después de sus derrotas, por más vergonzosas que sean, poco le importa perder o ganar batallas, con tal que sirvan a los intereses de su partido.

La responsabilidad por las víctimas sacrificadas en el Alamo antes que sobre el general en jefe pesan sobre el general Ramírez y Sesma. Sabedor aquél de que el enemigo se hallaba en Béjar en corto número y en el mayor abandono, pues que aún no tenía noticia de nuestra marcha cuando ya nuestra vanguardia estaba a las puertas de la ciudad, previno a ésta que fuera a sorprenderlo con ciento sesenta caballos y para que pudiera hacer su marcha con celeridad a fin de que el enemigo no se apercibiera de ella, dispuso en el Río Medina que los oficiales dieran sus caballos particulares a los dragones que no estuvieran bien montados. Cuando el general Ramírez y Sesma dió vista a la población, el enemigo aún estaba embargado con los placeres del baile en el que había pasado la noche anterior; pudo pues, y debió impedir que se encerrara en el Alamo. Varios salieron a decírselo, le indicaron los puntos por donde debía entrar, las disposiciones que podía tomar y lo excitaron con empeño, pero se negó a las excitaciones, a las reiteradas súplicas que le hicieron, se condujo con extraordinaria incertidumbre y debilidad, y ya hemos visto cuán cara costó su indecisión. En los momentos en que se invitó al general Ramírez y Sesma para entrar a Béjar sólo había diez hombres en el Alamo y bastaba igual número para

Digitized by Google

tomarlo. Con que sólo se hubiera colocado en el puente del río San Antonio que comunica al fuerte con la ciudad, como se le aconsejó, hubiera impedido que el enemigo se encerrara en él y ahorrado la dolorosa catástrofe que presenciamos. Más adelante veremos como este mismo general cometió otra gran falta que tuvo mucha influencia en el fatal desenlace de la campaña, y que el general en jefe advirtió su impericia hasta muy tarde, no obstante que era del dominio general en el ejército expedicionario, pues se había dado a conocer lo poco que valía con la conducta vituperable que acabamos de describir.



Digitized by Google

General Antonio López de Santa Anna

Digitized by Google

BIOGRAFÍA II

GENERAL DON ANTONIO LOPEZ DE SANTA ANNA

Durante su excepcionalmente larga y activa vida militar y política, que en la historia de México se conoce como la época Santanista y principia desde el año de 1823 con el Plan de Casa Mata, para terminar en 1855 con su destierro, el general Santa Anna ocupó muchos e importantes puestos públicos que sería prolijo enumerar, tales como: director de ingenieros y comandante general de Yucatán y tres veces de Veracruz; Gobernador de Yucatán, Vice-gobernador de Veracruz y once veces Presidente de la República. Varias veces sufrió las amarguras de la ausencia forzada de la Patria.

Pocos hombres han tenido una trayectoria tan caleidoscópica y polifacética como el Gral. Santa Anna, pues fué: realista e insurgente; Escocés y Yorkino; comecuras y santurrón; federalista y centralista; republicano e imperialista; soberbio y humillado; aclamado y maldecido; poderoso y cautivo; millonario y pobre; patriota y villano; héroe y traidor; y símbolo primero del partido liberal y luego del conservador; finalmente rogó repetidas veces y por fin logró que el Gobierno del Sr. Lic. don Sebastián Lerdo de Tejada le permitiera regresar al país, después de un larguísimo exilio, para vivir los últimos años de su agitada vida en la tierra que lo vió nacer, cuando ya era un anciano decrépito, ciego, pobre y olvidado. Cuentan, sin embargo, las crónicas que años después de su muerte, muchos de los que estuvieron a sus órdenes al evocar su nombre se cuadraban militarmente y se descubrían con respeto.

Para juzgar imparcialmente a Santa Anna se necesitaría adentrarse mucho en el ambiente de la época en que él prácticamente con la ayuda de Tornel y don Lucas Alamán, dirigió los destinos de la Nación. Perdió el timón con la muerte en 1853 de los dos personajes antes citados y se embarrancó en 1855. No satisfecho con ocupar el puesto más elevado de la Nación, buscó honores y gloria en campañas que costaron mucha sangre mexicana vertida inútilmente. Realizó al fin el sueño de su vida cuando en 1853 se hizo llamar Su Alteza Serenísima, ejerciendo la peor dictadura que haya tenido el país y cayó del poder en 1855, tan pesadamente que jamás volvió a levantarse en el escenario político. Como, desgraciadamente, algunos de sus muchos errores fueron de lesa Patria y todavía no se comprenden debidamente ni se perdonan, preferimos reservar nuestra opinión sobre el particular, aunque en el fondo le admiramos como un genio del medio en que vivió, como un valiente y como un representante muy genuino del carácter de muchos oportunistas de cualesquiera época.

Todavía en 1863 y en 1864, el general Santa Anna ofreció sus servicios a don Leonardo Márquez y al Emperador Maximiliano, y en 1867 hizo igual ofrecimiento al señor Presidente don Benito Juárez, pero todos los rechazaron con desdén.

En 1874, por fin regresó a la República, acogido a la amnistía; poco después perdió la vista, aunque conservaba el carácter imperioso y despótico que siempre le distinguió, muriendo pobre y casi ignorado en esta capital el 21 de junio de 1876, a la edad de 82 años. Su mutilado cuerpo fué enterrado en el panteón del Tepeyac, en la Villa de Guadalupe, y a su lado más tarde se enterró el cadáver de su señora esposa, doña Dolores Tosta de Santa Anna. Años después sus familiares, sin ruido alguno, trasladaron sus restos a la pintoresca y apacible población de Tenancingo, en el Estado de México, donde reposan imperturbados y cubiertos de enredaderas silvestres.

J. S. G.

Digitized by Google

CAPITULO QUINTO

Situación del ejército en Béjar después de la toma del Alamo.- Impericia de Santa Anna.- Miserias y especulaciones que sufrió el ejército en Béjar.- Inhumanidad con los esfermos y con los heridos por la carencia casi absoluta de médicos, cirujanos, medicinas y alimentos en los llamados hospitales.- Episodio trágico en el asalto del Alamo, en el que el autor de este Diario fué actor.

DOS DIAS después de la escena del Alamo comenzaron a llegar a Béjar las fuerzas que iban en marcha. El día ocho de marzo llegó el general Gaona con el resto de la primera brigada; y yo, como mayor de órdenes de la primera sección de ella, le presenté el estado de fuerza con expresión de los heridos y muertos que habían tenido en el asalto los cuerpos que la componían, y la orden de que quedaban de nuevo bajo su mando. El día nueve llegaron el segundo en jefe, el mayor general y el cuartel maestre. El día diez llegó el general Andrade con su brigada y el once lo hizo el señor Tolsa con la segunda de infantería.

La moral del ejército había variado completamente después de la toma del Alamo, a consecuencia de las faltas que para ello se cometieron y también de las miserias que se sufrían y de las que se habían sufrido hasta llegar allí; para esto el soldado sólo había contado con media ración y el oficial con sólo su paga para proveerse de víveres, que vendían a precio de oro los mismos que tenían obligación de proveer todas las necesidades. La situación crítica en que el ejército se encontró en Béjar y la exasperación de sus individuos está expresada en varias cartas de aquella época, escritas en dicha ciudad y en varios artículos impresos. Como estos documentos existen para autenticar los hechos y no pueden acusarlos de falsedad porque fueron escritos por testigos oculares, me tomo la libertad de copiar aquí algunos trozos, en obvio de repeticiones.

Con fecha dieciocho de marzo de mil ochocientos treinta y seis se escribía a México: "Es difícil preveer lo que sucederá, jefes y oficiales nos hallamos en el estado más violento: la campaña apenas

Digitized by Google

ha empezado y muchos de los que venimos no la veremos concluír, el general López de Santa Anna lleva la contra de los que saben más que él; no se fija en ningún plan, nos hallamos sin base de operaciones y parece desconocer la importancia de fijarla. El ejército no debió venir por aquí, sino por donde tenía recursos y podía cortarlos al enemigo. Béjar era de ninguna importancia, después de la capitulación de Cos y la miseria que sufrimos en ella es muy grande. Actualmente vale cuarenta y ocho pesos una carga de maíz, setenta y dos la de frijol, un peso la libra de mal azúcar, cuatro reales un piloncillo; harina no se encuentra, por lo que solamente su excelencia toma pan, y en días pasados para satisfacer yo el deseo que tenía de tomarlo, tuve que rogar mucho al panadero que lo hace para que me cediese una pequeña torta, que tendría a lo más ocho onzas y que me costó cuatro reales. La repartí como reliquia entre tres de mis compañeros, y aunque era bien mala nos pareció deliciosa. Verdad es que nuestros enfermos no son muchos, pero tenemos doscientos cincuenta y siete heridos y no hay cirujanos que los curen, no hay medicamentos, no hay vendas, no hay hilas y no hay sino mezquinos alimentos."

Fué muy escandalosa la conducta que en general se siguió respecto de uno de los objetos de primera necesidad, cual era el de los víveres y públicamente, a grito herido, se acusaba al general Santa Anna de haberse puesto de acuerdo con el proveedor general, su cuñado, para especular con las miserias del soldado. Es indudable que, a pesar de la suma escasez en que se hallaban los oficiales en Béjar, no se les dió parte de su paga sino hasta que llegó a dicha ciudad la cantina de Dromundo, y ésta siguió hasta el río de los Brazos en dos de los carros que costaban cada uno a la Nación diez pesos diarios de flete; así como que jamás se puso freno a la desvergüenza con que todos los vivanderos robaban validos de las circunstancias, y el dejarlos obrar así no fué por la consideración de no atacar la libertad individual, sino porque unas veces convenía así a los intereses privados de los que mandaban y otras por indiferencia hacia los consumidores, es decir, que no había quién viera por el soldado."

En un artículo dirigido desde Matamoros el once de julio de mil ochocientos treinta y seis por varios de los militares que presenciaron

Digitized by Google

los hechos, se dijo sobre el particular lo que se transcribe en el Anexo Nº 10.[51]

En el **Diario** tendremos ocasión de ver el excesivo precio a que llegaron a venderse los artículos de primera necesidad y los criminales hechos que se toleraron.

No era por cierto la escasez y carestía de víveres la única causa que producía el mayor disgusto en todas las clases del ejército, eran muchas otras, según iremos anotando, pero nada prueba tanto la imprevisión del Gobierno y del general en jefe ni les contrajo más odiosidad, que la crueldad con que se condujeron con los que vertían su sangre en obsequio de la Patria. Cometieron un crimen de lesa humanidad conduciendo los hombres a la guerra sin llevar los recursos que ofrece la ciencia para salvar la vida de los que no la perdieron en el asalto. Por eso causaba indignación oír al Ministro del ramo asegurar a la Nación, que sólo la ópera italiana faltaba al ejército de Texas y que se le prodigaran elogios públicos por su charlatanismo, a la vez que los hombres perecían por falta de cirujanos, de medicinas y de alimentos. Si las maldiciones mataran, el señor Tornel no viviría por las muchas que con sobrada razón le echaron entonces, desde el general hasta el último soldado.

Nadie ignora en el ejército que los cirujanos que se destinan a los cuerpos de él son por lo regular hombres abandonados, poco instruídos, miserables, ignorantes muchos, que descuidan hacer adelantos en su profesión para llenar debidamente su deber; porque estando mal dotadas esas plazas, no hay estímulo para que las obtengan cirujanos buenos y las procuran solamente aquéllos que no pueden tener aceptación entre el público. Así es que ningún profesor hábil trueca las comodidades que disfruta en la sociedad, ni los honorarios que adquiere en ella, por las fatigas de la campaña y la adquisición de un sueldo ratero. ¡Cuántas veces antes de la campaña de Texas hemos tenido en otras que lamentar esta falta! De los pocos individuos del cuerpo de Sanidad Militar que al último se hallaron en Texas, don José F. Moro fué el único quizá a quien pueda darse el título de cirujano. La comunicación que desde Matamoros dirigió en agosto seis de 1836 al primer cirujano, don Pedro del Villar, que corre impresa en "El Mercurio" de aquel puerto, del

51 "El Cosmopolita" Nº 67, agosto 3 de 1836.—Anexo Nº 10.

Digitized by Google

mismo mes y año, es un testimonio auténtico de la inhumanidad con que se trató a los enfermos y heridos que hubo en el ejército y particularmente a los del Alamo. Por lo mismo he creído conveniente insertarla aquí[52] y recomendar al lector su contenido. Ninguna alma sensible pasará la vista por esta comunicación sin conmoverse y anatematizar al hombre despiadado que inmoló tantas víctimas amigas y enemigas. El doctor Moro ha dicho: "Llegué a Béjar y me quedé escandalizado al saber todo lo que allí había sucedido. Sin contar con que no había ningunos recursos para un hospital de sangre, se dió un asalto, y más de doscientos heridos que de él resultaron, no había ni adonde colocarlos, pues que hasta la precisa hora se trató de buscar local, y los infelices pacientes, anduvieron vagando de un lugar a otro, aumentando sus dolores las reflexiones que era natural hacer en su lamentable situación. Hurtado, Reyes y los practicantes que los acompañaban, no llegaron a Béjar sino muchos días después de este suceso, y Arroyo que se encontró allí había casi agotado lo poco que yo le había dejado en diciembre del año anterior.

"No tenía vendas, ni de qué hacerlas, no había hilas para las primeras curaciones, nada se le había mandado preparar; y estando falto de todo, lo pedía repetidas veces, y siempre se le contestaba negativamente. Las vendas que al fin se dieron eran de género de algodón, nocivo, como V.S. sabe, a las heridas. Los que las habían recibido eran muchos, entre los que se hallaban dos jefes y veinte y tantos oficiales, a quienes no podía atender un sólo cirujano. ¿Era culpable en ésto el cuerpo de sanidad militar, o lo eran los que habían dispuesto las cosas de este modo?"

Fué en efecto muy dolorosa la situación de nuestros heridos y no podía entrarse a los locales, a los que indebidamente se llamaron hospitales, sin estremecerse de horror. Los lamentos de los pacientes y sus fundadas quejas penetraban hasta lo más recóndito del corazón. No había quién les extrajera una bala, ni quién hiciera una amputación y perecieron muchos desgraciados a quienes la facultad pudo salvar. El general Santa Anna creía sin duda mitigar los dolores de sus víctimas presentándose con frecuencia delante de ellos, sonriéndose con aquellos desgraciados que apenas tenían aliento para mirarle, y ofreciéndoles que se les daría su haber íntegro, que por otra parte mandaba no pagar. Hubo en efecto muchos tontos

52 Véase el Anexo Nº 11.

Digitized by Google

que se consolaron con sus palabras, pero el engañarlos era insultar su desgracia.

Con los efectos de las tiendas que los enemigos abandonaron, al encerrarse precipitadamente en el Alamo, se puso una al ejército que se denominó la tienda del Presidente, por hallarse situada en la misma casa que habitaba su excelencia. En ella se vendieron dichos efectos a cuádruplo precio del que tenían en la plaza, después que se habían entresacado los mejores para el uso personal de su excelencia y el de sus favoritos. Hasta las nueces que cerca de Béjar se recogen en abundancia, se nos vendieron a cuatro docenas por medio. Dicho esto, admírese el mundo entero de saber que, cuando los oficiales tenían necesidad de desprenderse de sus sábanas para vendas de los soldados de sus respectivos cuerpos, el general en jefe rehusaba que les dieran para tan interesante objeto los géneros de lino que había existentes y falle sobre la humanidad de este general sin ningún interés por el soldado.

El coronel don Esteban Mora que fué uno de los muchos que terminaron en San Jacinto, fué nombrado al último director del hospital, y el capitán de Toluca don Francisco Martínez, contralor. Los que conocieron al primero saben que era un cosaco que no tenía ningún sentimiento de humanidad, y su nombramiento para un puesto que reclama, además de conocimientos científicos, un gran fondo de paciencia y de sensibilidad, dió lugar a muchos comentarios. Por fortuna para los pacientes duró poco en él, y es necesario decir, en obsequio a la verdad, que Mora hizo en favor de ellos más de lo que podía esperarse de un hombre sanguinario como él. A más de éste había sido nombrado para desempeñar la misma comisión el teniente de batallón Guerrero, don Trinidad Santos Esteva, quien formaba contraste con Mora por su decidido celo por los desgraciados puestos a su cuidado, y porque además tenía algunos conocimientos prácticos de cirugía.

El treinta de junio de ochocientos treinta y seis que visité en Matamoros los hospitales militares, se afectó mi sensibilidad viendo a sus desgraciados habitantes botados en el suelo y casi en el mismo abandono que en Béjar. La misma suerte que en esta ciudad corrieron los soldados cupo a los oficiales, y varios que debieron salvarse, murieron por falta de auxilios. Oficial hubo, el subteniente Villasana del batallón Aldama, que muriera por no haber quien le su-

Digitized by Google

jetara una arteria. Estos son hechos que hemos presenciado muchos y que nadie se atreverá a negar.

Entre las víctimas que sucumbieron por las torpezas del general Santa Anna y la falta de recursos, se enumera don José María Heredia, oficial de Zapadores. Desde que este amable joven salió a la campaña, pronosticó su fin y repetía con frecuencia que estaba cierto de no volver a ver su familia. La fama de buenos tiradores que tienen los texanos es merecida. Heredia y yo íbamos a presentarnos con sombrero blanco y esta circunstancia fué origen del presentimiento que tuve horas antes del asalto de que él y yo habíamos de quedar en la tentativa; pero se rió de muy buena gana cuando se lo dije. Entusiasmando al pelotón que mandaba o reprendiendo, espada en mano, al soldado que se manifestaba poco animoso, en el avance que hizo el batallón de Zapadores recibió una herida mortal, dos pulgadas arriba de la tetilla derecha en uno de los últimos metrallazos que pudo tirar el enemigo. Este bravo oficial se hubiera salvado con los cuidados de un buen cirujano, pero la falta de éste y de medicinas, lo llevaron al sepulcro después de trece días en que con admirable resignación sufrió agudos dolores. Quizá hubiera bastado para su conservación que le hubieran colocado en una postura conveniente y no boca arriba con una herida en el pecho, en cuya posición la materia naturalmente se derramaba y caminaba hacia las entrañas, porque aunque había supuración no podía tener un completo desahogo. La muerte no sorprendió a Heredia, pues conociendo su situación crítica la esperaba con serenidad. Habiendo preferido la muerte del católico a la del filósofo, recibió el sacramento de la Eucaristía al son de una música marcial y rodeado de un lucido acompañamiento. Su funeral si bien no fué suntuoso, fué el más patético que he visto en mi vida, porque este oficial era bien querido y su muerte fué llorada en el ejército. El general Gaona, los jefes de artillería, a cuyo cuerpo había pertenecido Heredia, los de Zapadores, todos sus compañeros y sus amigos de los demás cuerpos, concurrieron, conduciendo sus restos alternativamente en hombros hasta el lugar en que se depositaron, yo tuve la satisfacción de ser de los conductores. Esto acaeció el mismo día de su cumpleaños, y después que se hicieron los honores que le correspondían por ordenanza, le dimos nuestro último adiós y nos arrancamos como por la fuerza del sitio en que lo dejábamos para siempre. Yo no pude de-

Digitized by Google

Digitized by Google

BIOGRAFIA

GENERAL JOSE URREA

Este distinguido militar y político nació en Altar, Estado de Sonora, el 19 de marzo de 1797, siendo sus padres don Mariano Urrea y doña Gertrudis Elías González.

1816.—Militó en el Regimiento Virreynal.

1821.—Se adhirió al ejército que consumó la Independencia y participó en algunas acciones de guerra durante las administraciones de Victoria, Guerrero, Bustamante, Santa Anna y Gómez Farías. En 1836, concurrió a la guerra de Texas, donde se distinguió más que ningún otro general por su pericia, valor y generosidad. Cuando se destituyó por su infame conducta al general Filisola, el general Urrea asumió el mando como jefe de las operaciones sobre Texas, aunque demasiado tarde para recuperar el terreno perdido y la moral del ejército.

1837.—Fué a Sonora como comandante militar de aquella entidad y a fines de ese año se unió al clamor general de la República en favor del sistema federal y de la Constitución de 1824. Este levantamiento fué sofocado por el Gobierno Centralista, que presidía don Anastasio Bustamante.

1839.—No obstante haber sufrido multitud de contratiempos por su actitud contra el Gobierno de Bustamante, así como una gran derrota en Acajete, el general Urrea logró sorprender al precitado señor Presidente, aprehendiéndolo en el mismo Palacio de Gobierno. Sin embargo, un acto de generosidad de Urrea, malogró el triunfo de la causa federal.

1842.—Rehabilitado en su empleo, fué nombrado Gobernador Constitucional del entonces Departamento de Sonora.

1844.—Fué designado Comandante General de Durango, y después de Tamaulipas.

1847.—Se distinguió en la guerra contra los Norte-Americanos. En marzo de ese año, a raíz de la desafortunada batalla de la Angostura y operando en Nuevo León a retaguardia del invasor, capturó un convoy, les quemó cien carros y les causó como doscientas bajas entre muertos, heridos y prisioneros.

1848.—Este modesto, indomable y generoso general, considerado como un legítimo orgullo de su Estado natal y también del ejército y de la Nación, falleció en Durango el 31 de agosto de 1848, víctima del **colera morbus.**

Honor a quien honor merece.

J. S. G.

Digitized by Google

jar de visitar el camposanto en que se colocaron las cenizas de este amigo, mientras permanecí en Béjar, y las más tiernas emociones me acompañaban contemplando el final de la triste condición humana. Salud, talentos, valor, dicha, amor, todo lo termina a la vez una bala de plomo. Sólo la memoria de las virtudes sobrevive al que las poseía y espero se me disimulará la disgresión que me ha arrancado la amistad.

El capitán del Toluca, don José María Macotela y otros oficiales corrieron la misma suerte que Heredia, y, los que se salvaron, lo debieron más bien a su fuerte naturaleza como el coronel del mismo cuerpo, don Francisco Duque y el teniente coronel del Matamoros, don Manuel González, que a los auxilios del arte.

CAPITULO SEXTO

Movimientos del ejército desde Béjar.- Lentitud de la marcha del centro.- Debilidades y errores del general Ramírez y Sesma.- Rápidos movimientos del ala derecha.- Marcha victoriosa del general Urrea.- Acción de San Patricio.- Jornada contra el doctor Diego Grant.- Ataque imprudente a la Misión del Refugio.- Reñido combate en Encinal del Perdido y rendición de Fannin.- Toma de Guadalupe Victoria y de Goliad.- Rendición de Ward en Las Juntas.- Prisioneros del Cópano.

CUANDO se realiza la invasión de territorio enemigo, dicen los maestros en la ciencia, conviene mucho evitar la lentitud de las operaciones y no dormirse en el rigor de sus primeras bases. Se debe avanzar siempre, pero con prudencia.

Según hemos visto desde el veintitrés de febrero se hallaba en Béjar la primera división y hasta el once de marzo, es decir veinte días después de estar allí, marchó el general Ramírez y Sesma con orden de posesionarse de San Felipe de Austín, llevando setecientos infantes, de los batallones Aldama, Matamoros y Toluca, dos piezas de campaña con su correspondiente dotación y cien caballos escogidos de los regimientos de Dolores y Tampico; cincuenta cajones de parque de fusil y víveres para quince días.

El mismo día marcharon para Goliad los batallones permanen-

Digitized by Google

te de Jiménez y activo de San Luis, una pieza de doce, otra de ocho y un obús con sus respectivas dotaciones, todo a las órdenes del coronel Morales, para ponerse a las del general Urrea, llevando sesenta y cinco cajones de cartuchos para fusil y suficientes víveres.

El día quince se recibió en el cuartel general la noticia de que el general Ramírez y Sesma había entrado el día anterior a la villa de González, distante unas veinticinco leguas de Béjar, después que el enemigo la había incendiado y se había retirado llevándose hasta las mujeres y niños. Nuestros soldados alcanzaron a ver las llamas del incendio. Con motivo de esta ocurrencia y de haberse exagerado en aquellos días el valor de los intereses que el enemigo había dejado abandonados, en carta escrita a México en la fecha mencionada y que tenemos a la vista, se dijo: "Ayer ha entrado el general Ramírez y Sesma a la villa de González y quinientos hombres de armas que había allí no tenían noticia de lo ocurrido en el Alamo. Huyeron hasta los niños y han incendiado y abandonado lo que no pudieron llevarse. Se teme que Ramírez y Sesma ejerza el pillaje, como se le acusa de haberlo hecho aquí y en todas partes, pues todos los habitantes por donde ha pasado su división se quejan amargamente de él. Por este jefe y otros sin delicadeza como él, el ejército además de el renombre de valiente adquirirá el título de bandido, cosa muy cruel para los que nos sacrificamos por el buen nombre de la República." En otra se dijo también: "Con esta clase de guerra y el que nuestro general en jefe siga cometiendo las torpezas que hasta aquí, estamos perdidos, porque al paso que el enemigo se rehace y abastece de víveres, decae el espíritu de nuestros soldados en fuerza de las necesidades. Aquéllos que entre nosotros piensan, se llenan de indignación al ver que se obra contra los principios y se hacen sacrificios innecesarios." Soy el último de los soldados, —nos decía un oficial del ejército—, pero si yo hubiera mandado en jefe no habría puesto en duda el buen éxito de la campaña; mas parece que nuestro general se ha propuesto que ésta sea la última que hace.

El día diecisiete marchó el general Tolsa con los batallones Guerrero y primer activo de México, en fuerza de 600 plazas para reforzar al general Ramírez y Sesma y, aunque en la orden de marcha se previno que marcharan primero los cien caballos escogidos por el general que mandaba dicha arma, sólo marchó la mi-

Digitized by Google

tad de ese número, porque toda la caballada estaba casi inútil por la falta de grano, cosa que el general Andrade y otros jefes habían anunciado mucho antes que sucediera precisamente. El general Tolsa llevó veinte cajones más de cartucho de fusil, mil piedras de chispa y víveres para sólo seis días, porque ni los había en Béjar y se le aseguró que en González podía proveerse. Los batallones activos de Guerrero y Tres Villas, a las órdenes del coronel don Cayetano Montoya, marcharon el mismo día llevando una pieza de doce y víveres para ocho días, con el objeto de reforzar la división Urrea.

Dejemos al general Ramírez y Sesma marchando hacia Austin, olvidemos por algún tiempo la crítica situación que guardaban nuestros heridos en Béjar, sus cruentos dolores, la miseria que alcanzaba a todos igualmente, los pronósticos y conjeturas que se hacían, para volver la vista sobre nuestra derecha y ver al jefe que la cubría, lleno de vida, de actividad, de valor y entusiasmo, causando la emulación de todos los generales y jefes del ejército, incluso su caudillo. Distintas eran las sensaciones que en jefes y oficiales producían en Béjar los triunfos del general Urrea. Los unos por envidia atribuían a la fortuna lo que era obra del patriotismo, del celo infatigable y de la previsión de éste, mientras los otros le hacían justicia y con entusiasmo le proclamaban el primer campeón. Más tarde, cuando dejó el mando, la maledicencia convirtió los timbres de su gloria en objetos de odio y de persecución y hemos visto entre las filas de sus enemigos a aquellos mismos que más distinguió con su estimación y que más homenajes le tributaron en el mismo teatro donde adquiriera fama inmortal.

Mientras el general Santa-Anna no hacía más que sacrificar a nuestros soldados en el Alamo, mandar ejecutar asesinatos inútiles, concitarse la animadversión del ejército y aun la de su familia militar, deshonrarlo y consumar sus desaciertos, dejándose sorprender a las cuatro de una tarde, el general Urrea marchaba con rapidez de triunfo en triunfo, proporcionando al soldado la abundancia y aun lo superfluo, se cubría de gloria más por las acciones generosas y humanas que le atrajeron la admiración y respeto del enemigo, que por la brillantez de sus victorias.

El día quince de enero se recibió noticia en el cuartel general del Saltillo que trescientos colonos se dirigían sobre Matamoros

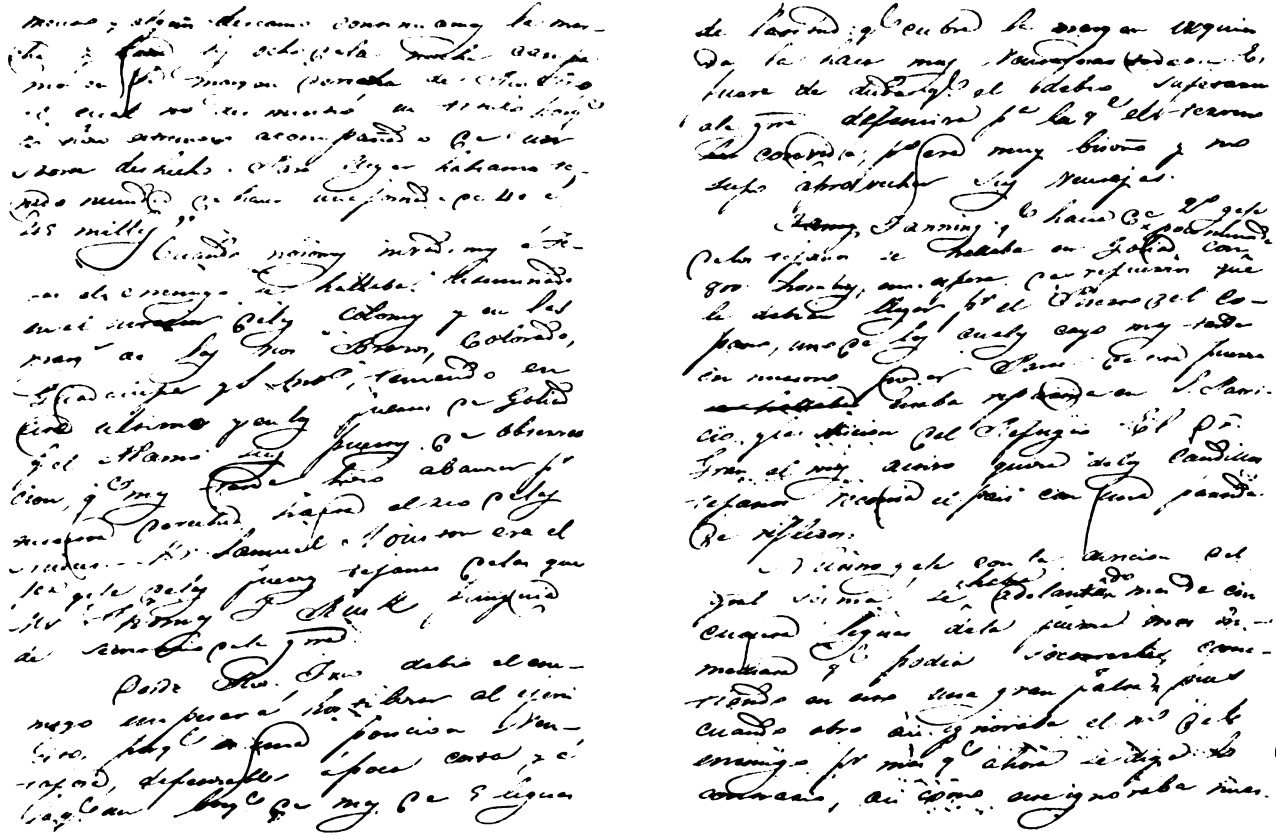
Digitized by Google

con el objeto de apoderarse de este puerto, y dispuso el general en jefe que marchara en su auxilio el general Urrea, con doscientos cincuenta caballos. En su tránsito por las villas del Norte notó una fermentación extraordinaria por la Constitución de 1824 y, creyendo sus habitantes que los tejanos la sostenían de buena fe, mantenían relaciones con éllos y estaban dispuestos a tomar las armas y unírseles. El coronel don José María González y una parte de las compañías presidiales las habían tomado ya. El veintidós de dicho mes se dirigió el general Urrea sobre Mier, donde se había refugiado González con la fuerza que acaudillaba: el Ayuntamiento tomó parte en favor de los pronunciados y entró en contestaciones con aquél para dar tiempo a que éste se pusiera a salvo con los soldados que le seguían. El señor Urrea, sin embargo, hizo veinticuatro prisioneros que, después de amonestados, unió a la sección de su mando y le prestaron muy útiles servicios en adelante. Este jefe no omitió ningún medio para convencer a los habitantes de aquellas villas de la mala fe con que procedían los texanos; los exhortó a mantenerse pacíficos y se dirigió para Matamoros en donde permaneció hasta mediados de febrero, en espera de auxilios para continuar y llenar las instrucciones que se le habían dado.

Todas las noticias que se recibían en Matamoros indicaban que se proyectaba una invasión contra la plaza y se hablaba del número de fuerzas que se dirigía contra ella. El general Urrea se resolvió a salir a su encuentro, aun sin tener los recursos necesarios, y el diecisiete hizo salir parte de una sección compuesta de trescientos indígenas acabados de reclutar en Yucatán, que no conocían el idioma y que apenas sabían tomar el fusil, de algunos infantes de piquetes sueltos que había en la plaza, de una pieza de campaña y de doscientos treinta dragones de varios cuerpos y, entre ellos, algunos de las compañías presidiales. Esta fué la respetable fuerza con que empezó sus operaciones y la que tanto ponderó el general Filisola, añadiendo en su segundo cuaderno que por cada una de las acciones que dió aquél, merecía un consejo de guerra; pero el dieciocho de marzo se le unió en las inmediaciones de Goliad la primera sección que salió de Béjar con este objeto, y el veintiséis en Guadalupe Victoria parte de la segunda.

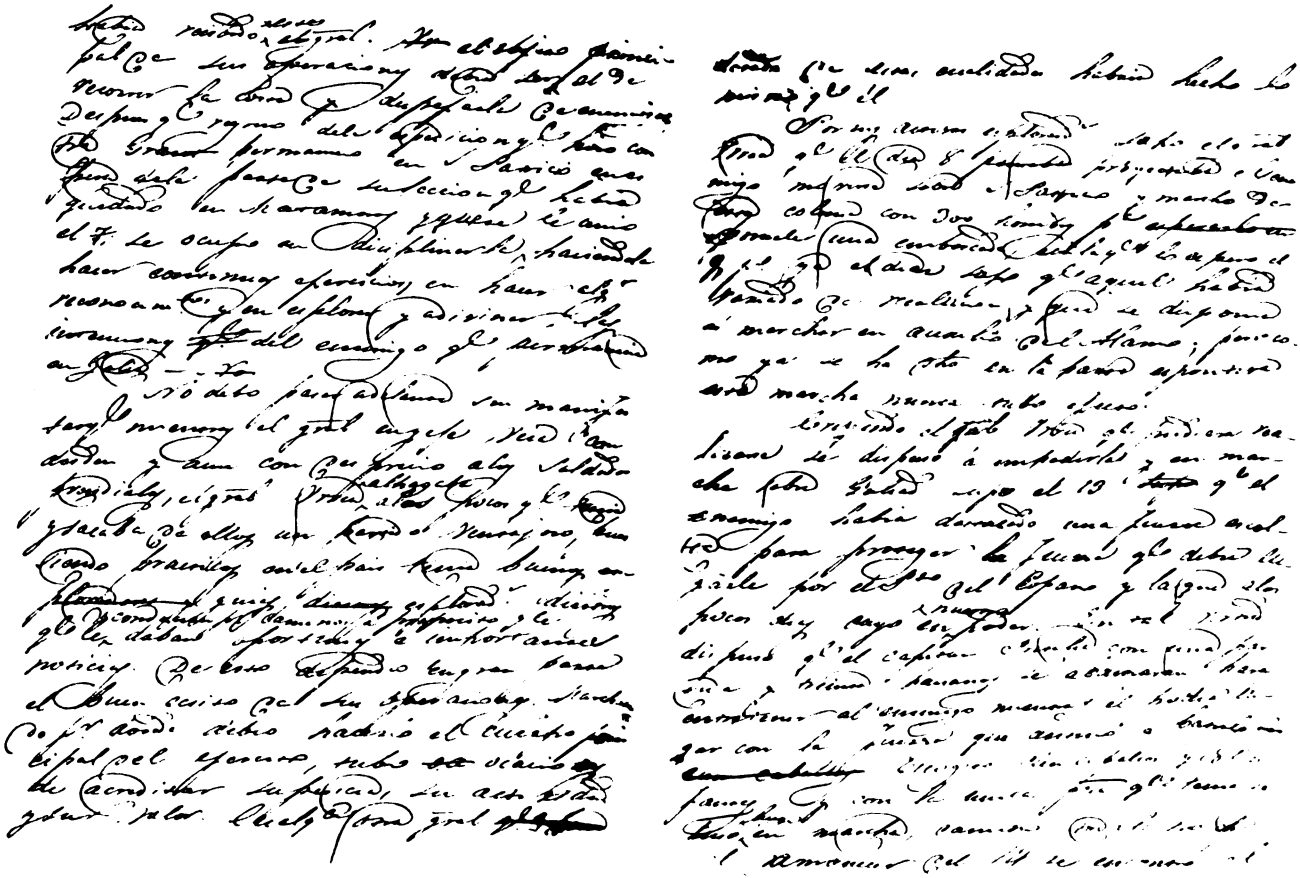
Ansiando el general Urrea por habérselas con el enemigo y

Digitized by Google



Nota:—Texto en la Pág 47

Digitized by Google



Nota:—Texto en la pág. 91

Digitized by Google

sabedor de que había contramarchado a San Patricio la fuerza que se había dirigido sobre Matamoros, forzó las marchas con parte de la caballería dejando la infantería y el tren que le acompañaba. Los días 25, 26 y 27 de febrero tuvieron los soldados que sufrir un fuerte temporal en el que sucumbieron seis de los de Yucatán, porque siendo de un país cálido, no soportaron el excesivo frío. Aprovechando el general Urrea este mal tiempo, marchando por entre bosques y arroyos, logró el veintisiete, a las tres de la mañana, sorprender las fuerzas que había en San Patricio, a las que hizo veinte muertos y treinta y dos prisioneros, sin más pérdida por su parte que un dragón muerto y cuatro heridos. Por la orden general del tres de marzo, dada en Béjar, se hizo conocer al ejército este suceso.

El día primero de este mes tuvo noticia el general Urrea de que el doctor don Diego Grant regresaba del Río Bravo, a donde había marchado con una partida de rifleros escogidos a hacer una correría para recoger caballada, y en la noche se puso en movimiento con ochenta dragones para encontrarlo; pero, como el tiempo que hacía era cruel y excesivo el frío, fué preciso esperarlo en el punto llamado Los Cuates de Agua Dulce, en donde la mañana del siguiente día le dió un golpe decisivo, en el que cuarenta y dos hombres fueron muertos, incluso Grant y el mayor Morris; algunos prisioneros, las armas y caballos que conducían, fueron el resultado de esta jornada. El doctor Grant, propietario de Coahuila, era hombre muy relacionado y de importancia. Su aprehensión era más conveniente que su muerte, porque se hubiera sacado muchas ventajas de ella: el general Urrea lo conceptuó así y recomendó que no se atentara contra su vida y que solamente se procurara hacerlo prisionero; pero, el cebo de una silla guarnecida de plata que llevaba, de sus brillantes armas y de otras alhajas de valor, arrastró a un oficial cosaco a cometer un indigno asesinato y a cubrirse por ello de ignominia. Testigos oculares aseguran que Grant se defendió como un valiente y muchas veces hemos oído al general Urrea lamentar su muerte.

Según las órdenes que había recibido este general, el objeto principal de sus operaciones debía ser el de recorrer la costa y despejarla de enemigos. Después que regresó de la expedición que hizo contra Grant, permaneció en San Patricio en espera de la

Digitized by Google

parte de su sección que había quedado en Matamoros y que se le unió el día siete. Se ocupó en disciplinarla, poniéndola a hacer continuos ejercicios, en hacer algunos reconocimientos y en explorar y adivinar las intenciones del enemigo, que permanecía en Goliad.

No debo pasar adelante sin manifestar que mientras el general en jefe veía con desdén y aún con desprecio a los soldados presidiales, el general Urrea halagaba a los pocos que tenía y sacaba de ellos un partido ventajoso, pues siendo prácticos en el país, tenía buenos guías, exploradores diestros que le conducían por caminos a propósito y le daban oportunas e importantes noticias. De esto dependió en gran parte el buen éxito de sus operaciones. Marchando por donde debió hacerlo el cuerpo principal del ejército, tuvo ocasiones de acreditar su pericia, su actividad y su valor. Cualquier otro general dotado de estas cualidades habría hecho lo mismo que él.

Por sus activos exploradores supo el general Urrea que el día ocho proyectaba el enemigo moverse sobre San Patricio y marchó de esta colonia con trescientos hombres para ponerle una emboscada, en la que lo esperó el día nueve; pero, ya el diez, supo que aquél había variado de resolución y que se disponía a marchar en auxilio del Alamo; aunque, como ya se ha dicho en la parte expositiva, esta marcha nunca tuvo efecto.

Creyendo el general Urrea que pudiera realizarse, se dispuso a impedirlo, y en marcha sobre Goliad supo el día trece que el enemigo había destacado una fuerte escolta para proteger la fuerza que debía llegarle por el puerto del Cópano, y la que a los pocos días cayó en nuestro poder. En tal virtud dispuso que el capitán Pretalia con una partida y treinta paisanos avanzara para entretener al enemigo, mientras él podía llegar con la fuerza que destinó a batirlo. Escogió cien caballos y ciento ochenta infantes y con la única pieza que tenía, se puso luego en marcha, caminó toda la noche y al amanecer del día catorce se encontró al frente del enemigo a quien la partida que lo perseguía le había obligado a hacer alto en la Misión del Refugio. La conducta observada en esta vez por el general es la única que merece censurarse durante el curso de sus operaciones en Texas. Dejándose arrastrar por la exaltación de algunos imprudentes que nunca preveen las conse-

Digitized by Google

cuencias, y como si pudiera justificar con esto la sangre derramada inútilmente, ordenó asaltar al enemigo que en número de doscientos hombres ocupaba una posición defensible, de donde podía dañar impunemente, y no podía ser tomada por la mala infantería que se destinó al sacrificio, que además estaba muy fatigada por la marcha forzada que se le había obligado a hacer. Una de las cosas que más debe cuidar un general es no fatigar al soldado con marchas inconsideradas para no encontrarlo inútil en el momento preciso, y aquéllos a quienes el general Urrea lanzó al combate habían marchado sin interrupción el día y noche anteriores y pasaron el catorce batiéndose sin tomar ningún alimento. Faltas son éstas imperdonables en un cabo de escuadra, pero más en quien porta las insignias de general.

El resultado de la tentativa del general Urrea fué sensible para nosotros, sin que el enemigo sufriera otra pérdida que seis heridos. Este proyectaba reunir todas sus fuerzas para emprender su retirada, según una comunicación que se le interceptó;[53] y la importancia de impedir esta reunión y la mayor todavía de evitar la retirada, puede servir de disculpa al general por la precipitación con que procedió, pues fueron críticas las circunstancias en que después se encontró. A la vez que se hallaba empeñado en combatir la fuerza que se había atrincherado en la iglesia de la Misión, se presentó otra a su retaguardia y le fué preciso mandar parte de su reserva al encuentro de este nuevo enemigo. Habiéndose éste desplegado a un bosque que un arroyo hacía menos accesible tuvo el general necesidad de desprenderse de otra parte de su fuerza y mandó al coronel Garay que lo desalojara con sesenta infantes. La maleza y espesura del bosque no permitieron obtener otra ventaja que hacer once muertos y siete prisioneros, porque pronto terminó la luz y, favorecido el enemigo por las tinieblas, emprendió la fuga. El que había quedado encerrado carecía de víveres y agua y el general prometió que al día siguiente se rendiría, o saldría a batirse en campo raso; pero logró fugarse, pues no fueron bastantes las precauciones que se tomaron para impedirlo, ni era posible con una tropa fatigadísima, en corto número, en una noche lúgubre, que un fuerte norte y una lluvia copiosa hacía más tene-

53 Véase el Anexo Nº 12.

Digitized by Google

brosa. Nuestra pérdida en este día fué de once muertos, treinta y siete heridos, siendo oficiales tres de los últimos.

Amaneció el día quince y al posesionarse del punto abandonado se encontraron los heridos citados, algunas familias de los colonos, cuatro de éstos que no habían querido seguir a sus compañeros como también algunos compatriotas nuestros que aquéllos habían incorporado entre sus filas por la fuerza. El general mandó toda la caballería que tenía disponible al alcance de los prófugos y se les hicieron dieciséis muertos y treinta y un prisioneros este día y catorce el siguiente.

Bien cierto ya el general Urrea de que la fuerza enemiga encerrada en el fuerte de Goliad trataba de abandonarlo y de replegarse a la colonia de Guadalupe Victoria,[55] se apresuró a impedírselo. Dejó su tren y heridos en El Refugio, con una guarnición para que los defendiera y estuviera en observación del Cópano, y el dieciséis se movió sobre Goliad con sólo doscientos hombres de que podía disponer, anticipando antes una partida de caballería para que interceptara la comunicación del enemigo y observara de cerca sus movimientos.

La actividad y precisión con que en esta vez se condujo el general Urrea es superior a todo elogio. Sorprendido y atónito el enemigo por la rapidez de los movimientos, ignorante de la dispersión que tuvo la partida que tenía fuera del fuerte, a la que aún esperaba, no se resolvió a abandonarlo ni a retirarse sino hasta que ya no era tiempo. Si el diecisiete hubiera sabido Fannin el número insignificante que tenía al frente habría podido retirarse sin que el general Urrea hubiera podido impedírselo; pero, cuando lo intentó, el diecinueve, ya había recibido éste tres piezas, parque y quinientos hombres de refuerzo.

El general Urrea había situado su campo tres millas al Norte del fuerte. La mañana del diecinueve sus puestos avanzados dieron parte sin novedad y no supo que el enemigo lo había abandonado, sino cuando ya se hallaba a unas tres o cuatro millas en retirada para Victoria. Ansioso aquel jefe de ornar su frente con nuevos laureles

55 Este individuo murió en la capital de la República solicitando una remuneración por sus servicios, en atención a que por causa de la guerra perdió todos sus intereses y su recomendable familia quedó reducida a la miseria y orfandad.

Digitized by Google

se apresuró a aprovechar la ocasión que se le presentaba de batir a éste en campo raso. Aunque ignoraba el número de su adversario se puso luego a su alcance muy a la ligera, con trescientos sesenta infantes y ochenta caballos, dejando sus órdenes al coronel Garay para que tomara posesión de Goliad e hiciera continuar la artillería y parque; porque, querer marchar con todo su tren, habría dado tiempo al enemigo para que se escapara. Fué alcanzado entre una y dos de la tarde en la punta del Encinal del Perdido, en los momentos en que iba a apoderarse de un espeso bosque de que habría sido difícil desalojarlo; pero la maniobra que el general Urrea ejecutó para impedírselo fué ya una ventaja obtenida sobre él. Como este jefe en su rápida marcha hubiera sido informado por sus espías de que el enemigo parecía no llevar toda la fuerza que tenía en Goliad, se vió precisado a hacer contramarchar cien infantes para la seguridad de la artillería, y, al presentarse ante él, se encontró inferior en número, pues sólo contaba con doscientos sesenta infantes y ochenta caballos, para combatir a más de cuatrocientos, que contaban con nueve piezas de artillería y llevaban mucha ventaja a nuestros soldados por la calidad de sus municiones, mejores armas y lo certero de su fuego; pero que, por otra parte, no se sujetaban a las reglas del arte, sino a una táctica particular. Fannin, aunque lleno de valor, que acreditó hasta el último momento de su vida, demostró estar poco versado en los principios de la estrategia y gran táctica, pues de otro modo se hubiera batido en retirada, que era para él, el mejor partido. Habiéndose decidido a hacerlo a pie firme, se desplegó en batalla, luego que se aproximó nuestra fuerza y esperó con firmeza. Nuestros soldados, en su mayoría de los asaltantes del Alamo creyeron que, dar alcance al enemigo y batirlo sería todo uno; pero es difícil decir cuál de las partes contendientes se batió con más ardor, pues una y otra manifestaron tenacidad y valor: nuestro jefe dejando su puesto de general se puso a la cabeza de dos compañías de infantería para atacar la derecha del enemigo, a la vez que el coronel Morales atacaba su izquierda, y el coronel Salas de frente, amenazándole nuestra caballería la espalda; pero todo fué infructuoso, el valor no pudo superar al número, ni la actividad y firmeza del enemigo que puso en acción todos los medios de que pudo disponer para hacerse formidable. Con sus cargas y carruajes de conducción formó un cuadro y, al mismo tiempo que se batía, tuvo en

Digitized by Google

él un apoyo grande; a la vez que nuestros soldados no presentaban otro parapeto que su pecho. Frustrado el primer golpe que fué impetuoso y queriendo el general impedir que el enemigo completara su atrincheramiento, intentó desconcertarlo, cargando con la caballería por retaguardia, pero fueron inútiles los esfuerzos personales que hizo, porque ya había previsto este movimiento y lo encontró preparado, y la caballería además de ser en corto número, estaba mal montada. La situación de este general era angustiosa porque había empezado a batirse contando con que le llegarían a tiempo la artillería y parque, pero extraviaron la senda y no llegaron hasta el día siguiente; y como por otra parte no se cumplió religiosamente con la orden que se dió en el momento de emprender la marcha, de que se municionara la tropa a cuatro paradas por plaza, las municiones empezaron a faltar desde temprano y al fin llegaron a agotarse. El enemigo parecía no conocerlo, pues no se aprovechó de una circunstancia que era inapreciable para él.

Aunque el puñado de nuestros valientes estaba fatigado y no pocos de ellos fuera de combate, aunque sus esfuerzos habían sido hasta entonces inútiles, no por eso habían desmayado, ni estaban menos resueltos a rifar su vida de nuevo. Aprovechándose el general de su entusiasmo se resolvió a hacer un último esfuerzo antes que se agotaran del todo las escasas municiones que tenían. Se puso por segunda vez a la cabeza de la caballería, que es el arma en que ha hecho su carrera y al toque de diana avanzaron nuestras pequeñas columnas a paso veloz contra el cuadro enemigo, llegaron hasta muy pocos pasos, pero un tan bizarro esfuerzo no fué coronado por la fortuna que se mostró esquiva. El enemigo hizo una vigorosa defensa con su artillería que, colocada en los ángulos, flanqueaba nuestras débiles columnas, era jugada con maestría y muy vivo el fuego de su fusilería, por lo que el general se vió en la precisión de tocar retirada, la que se ejecutó en buen orden, pero no sin desgracias. Al presentarse ante su tropa reunida, le dirigió la palabra de un modo a propósito para elevar su espíritu, y como su mala fortuna, y sus esfuerzos frustrados no lo habían hecho decaer, creyó segura la victoria que se le anunció para el día siguiente.

La noche puso fin al combate y fué muy cruel para los heridos de una y otra parte, pero aún más para los de la contraria, que no pudieron como los nuestros mitigar su ardiente sed. Fannin des-

Digitized by Google

perdició todavía otra oportunidad, pudo aprovecharse de las tinieblas para continuar su retirada, la fuerza nuestra era insignificante para impedírselo, por ser, como se ha dicho, en menor número y estar muy fatigada por la rápida marcha que había hecho para darle alcance y por los multiplicados esfuerzos que había hecho en la tarde; pero un sentimiento noble, una consideración demasiado generosa, lo disuadieron de ello, no quizo abandonar a sus heridos, las fuertes excitaciones de algunos de sus subordinados no bastaron a arrancarlo del lado de aquellos que ya habían derramado su sangre y prefirió correr su mala suerte a dejarlos. Más que con vencer contaba con poder obtener al día siguiente un acomodamiento razonable que los salvara a todos. ¡Desventurado! Si hubiera previsto su trágico fin habría preferido morir en el campo de batalla, aunque no por ello murió con menos heroismo, ni ha descendido a la tumba sin gloria. Las acciones generosas de algunos de estos hombres parecían inspiradas por el espíritu noble de la libertad, pues sólo eran propias de almas libres, o quizá mis propios sentimientos me hacen juzgar así. Cuando Fannin fué alcanzado llevaba cosa de cincuenta hombres montados, quienes, no atreviéndose a habérselas con nuestra caballería, unos se pusieron a salvo merced a sus buenos caballos y otros abandonando éstos se resolvieron a correr la suerte de sus compañeros.

Temeroso justamente el general Urrea de que el enemigo se le escapara en la noche, la pasó toda entera en recorrer sus avanzadas, haciendo que sus ayudantes vigilaran por su parte; avanzó sus escuchas hasta donde pudieran observar los más ligeros movimientos y con distintos toques lo mantuvo en continua alarma.

Amaneció el día veinte y el enemigo en la posición en que había quedado la noche anterior, habiendo reforzado su trinchera con caballos y bueyes muertos y con una ligera zapa. El general Urrea recibió un refuerzo de cien infantes, dos piezas de campaña y el parque de que tenía gran necesidad. Inmediatamente dispuso continuar el combate suspendido el día anterior, pero apenas había roto el fuego en batería cuando el enemigo, en contestación, enarboló bandera blanca. El general mandó cesar el fuego y que se preguntara al enemigo qué era lo que pretendía. Informado que quería capitular, le mandó manifestar por medio de los coroneles Morales y Salas, que no podía aceptar otra cosa que una rendición a discre-

Digitized by Google

ción. Se hicieron pedidos y negativas, la discusión se prolongaba, el tiempo corría y deseoso el general de terminar el negocio, por sí mismo se acercó al campo enemigo y manifestó a su jefe la imposibilidad en que se hallaba de acceder a otra cosa que lo dicho, y después de una ligera discusión, dirigiéndose a Fannin y sus compañeros, en presencia de los jefes mencionados, añadió: **"Si Uds. quieren rendirse a discreción, la cosa es concluída, de lo contrario volveré a mi campo y se continuará el ataque."** La franqueza y dignidad de este lenguaje agradó mucho a Fannin, y valorizó los sentimientos del general Urrea por la nobleza de su alma. Ambos jefes simpatizaron mutuamente y se habrían estimado si hubieran tenido tiempo de tratarse. La suavidad de su modales, sus sentimientos caballerosos, su valor y otras cualidades, los asemejaban mucho. Fannin reconoció en nuestro jefe un enemigo noble y se resolvió a confiarle su existencia y la de sus compañeros, y éste vió en aquél un valiente desgraciado, acreedor a toda consideración, su corazón anhelaba por acordarle garantías que no estaban en su mano conceder, y se limitó por lo mismo a ofrecerle interponer sus respetos con el general en jefe y cumplió su palabra, como tendremos ocasión de ver.

Después de una corta conferencia que los jefes enemigos tuvieron entre sí, rindieron las armas y quedaron prisioneros trescientos sesenta y cinco, de los cuales noventa y siete estaban heridos, siendo de este número el mismo Fannin. Tres banderas, nueve cañones de varios calibres, mil y tantos fusiles, muchos rifles, más de cuarenta pares de excelentes pistolas, abundante parque y varios carros de conducción, fueron los trofeos de este día. El enemigo tuvo veintisiete muertos, hubo once por nuestra parte y cuarenta y nueve heridos, entre los que se encontraron cinco oficiales y uno de gravedad.

Esta jornada que en sí fué de poca importancia y poco costosa, produjo grandes resultados, animó el espíritu de todo el ejército, esparció el terror y el desaliento entre sus enemigos, que huían despavoridos al solo nombre de Urrea; pero fué origen de futuras consecuencias y habría sido menos malo que se hubiera perdido si no para éste para el resto del ejército, porque entonces su jefe no habría caído en la ciega confianza en que cayó después de este triunfo, y hubiera seguido una conducta más circunspecta y adecuada a los principios de la guerra y al país en que se hacía. Más no es tiempo

Digitized by Google

aun de hablar sobre las sensaciones que la victoria del Perdido causó al general Santa Anna, ni de sus consecuencias.

Hemos dicho ya que el general Urrea tenía en los soldados presidiales guías diestros y excelentes exploradores, pero no que con su política y dádivas se había atraído multitud de paisanos de Lipantitlán, San Patricio, el Refugio, Goliad y Victoria, que le prestaron servicios importantes, habiéndose distinguido don Guadalupe de los Santos y sus hijos, a quienes el general jamás recompensará debidamente.

Sabedor el general Urrea de que Goliad había sido ocupado por el coronel Garay, de que no dejaba ningún enemigo a retaguardia y de que podía disputársele el Paso del Guadalupe, por los dispersos del Refugio y la demás fuerza que Fannin había llamado en su auxilio, apenas este jefe efectuó su rendición, cuando sin tomar descanso alguno se puso en marcha para la colonia de Guadalupe Victoria, dejando al coronel Morales sus instrucciones sobre el modo con que se habían de conducir al fuerte los prisioneros, el armamento y los pertrechos que se les habían tomado.

El día veintiuno a las siete de la mañana tomó posesión de dicha colonia, compuesta de mexicanos, franceses e irlandeses, los cuales se hallaban en comunicación con el general y habían aprehendido seis dispersos, antes de que llegara éste. Su rápida marcha no quedó sin fruto, pues a las dos horas de estar en ella se dejó ver un trozo del enemigo que río abajo se dirigía a la población y todos quedaron muertos o prisioneros. El sargento ..... Calzada del regimiento de Cuautla había aprehendido a siete en la misma mañana y el capitán don Rafael Pretalia los mandó fusilar, antes de que llegaran a Victoria, en el momento que oyó el tiroteo tenido con los que se presentaron allí. Fueron señalados los oficiales que participaron del espíritu sanguinario del general en jefe, como veremos más adelante.

A las once de la misma mañana se avistó otra partida enemiga de cien hombres que se dirigía río arriba, en combinación con la anterior; pero, como eran prácticos en el país, lograron evadir, después de un corto tiroteo, las precauciones que se tomaron para impedirles que se ocultaran en un espeso y dilatado bosque.

El general dictó algunas providencias para la seguridad del Cópano, de Victoria y de los prisioneros que se había dirigido a Go-

Digitized by Google

liad, previno al coronel Morales que se le incorporara con el resto de los batallones Jiménez y San Luis, y el veintidós de marzo, con doscientos infantes, cincuenta caballos y una pieza, se movió para cortar la retirada al enemigo, que se había escapado el día anterior.

A las dos de la tarde arribó a un punto distante treinta millas de Victoria, llamado Las Juntas, porque en él se reúnen cuatro arroyos, en los momentos en que acababa de llegar la fuerza enemiga, en cuya solicitud marchaba. Fueron aprehendidos cuatro individuos pertenecientes a ella y declararon que se hallaba oculta en un bosque inmediato. Después de haberse posesionado el general de todas las salidas y asegurádose de que el enemigo no podía escapar sin tropezar con sus soldados, mandó uno de los prisioneros a que así lo hiciera presente a sus jefes, intimándoles que si no se rendían luego a discreción serían todos pasados a cuchillo. Esta arrogante insinuación bastó para que Mr. Ward, que mandaba dicha fuerza, solicitara hablar con el general y una conferencia de pocos minutos bastó para que se rindiera con cerca de cien hombres que traía a sus órdenes, entre los que se contaban diez titulados oficiales. El general pernoctó en el punto citado y destinó la caballería a recorrer el Puerto de Lint, en el que se encontraron víveres en abundancia, los cuales se condujeron a Victoria, y fueron repartidos a los cuerpos sin cargo alguno.

El veintitrés contramarchó a Victoria con sus prisioneros, ochenta de los cuales remitió el veinticinco; mandó exploradores a la Laguna de la Vaca, al arroyo de este nombre y al de la Navidad; recibió la noticia de que una sección suya había aprehendido ochenta enemigos en el Cópano, dictó nuevas órdenes para la seguridad de este puerto y para la de los prisioneros, así como para que éstos se emplearan en reedificar el fuerte, exceptuando de los trabajos a los que tenían el carácter de oficiales. Previno que se les instruyera una averiguación sumaria, para saber el objeto con que habían tomado las armas y cuáles eran sus miras posteriores, y dió órdenes para que se le uniera el resto de la fuerza con que había de continuar la campaña, la artillería y municiones.

Desde este día hasta el veintisiete los pasó el general en reorganizar su división y en que se aseara y recompusiera el armamento, en arreglar las municiones de boca y de guerra, en dictar providencias para la seguridad de los puntos que iban a quedar a su reta-

Digitized by Google

guardia y para que sus heridos fueran asistidos en cuanto fuera posible, con un mal cirujano, falto de auxilios a propósito; pero como entre los prisioneros había profesores diestros, se aprovechó de sus conocimientos para un hospital y aun se remitieron dos o tres a los hospitales de Béjar, circunstancia a que más tarde dichos profesores debieran salvar su vida.

El veintiocho ya tuvo reunida toda la fuerza con que debía continuar sus operaciones, e hizo mover su primera brigada, compuesta de los batallones Jiménez y activo de Querétaro, con una pieza de doce a las órdenes del coronel Salas, con dirección a la Laguna de la Vaca. El veintinueve hizo marchar su caballería para que hiciera un reconocimiento en las márgenes de los arroyos de la Vaca y Navidad; el treinta a la segunda brigada de infantería, a las órdenes del coronel Morales, compuesta de los batallones activos de San Luis y Tres Villas y dos piezas, con dirección a la villa de Santa Anna; y el treinta y uno marchó él mismo, para incorporarse a ellas. Dejemos pues, al general Urrea continuar su marcha siempre victoriosa, no dejando sino huellas de honor, marcando todos sus pasos con el mayor celo y actividad, y volvamos la vista hacia un general cuya conducta contrasta con la de éste, y sobre las lúgubres escenas que entre tanto se representaban en Béjar y Goliad.

CAPITULO SEPTIMO

Faltas del general Ramírez y Sesma.- Efectivo de la fuerza enemiga y sus movimientos.- Sensaciones que produjo la acción del Perdido en el cuartel general.- Generosidad de los texanos con nuestros heridos y prisioneros en 1835.- Contrasta dicha actitud con la presuntuosa de Santa Anna cuando dijo: "Ni pido, ni doy cuartel".- Ideas mezquinas del general en jefe.- Orden de ejecución de los prisioneros del Perdido que se hizo extensiva a los demás.- Noble indignación del ejército por los asesinatos de Goliad.- Disgusto general.- Varios pensamientos.- El general Arago.- Nuevos pronósticos siempre funestos.

HEMOS dejado al general Ramírez y Sesma en marcha hacia San Felipe de Austin y vamos a ver que las faltas que cometió contribuyeron de un modo eficaz al fatal desenlace. Sensible es y

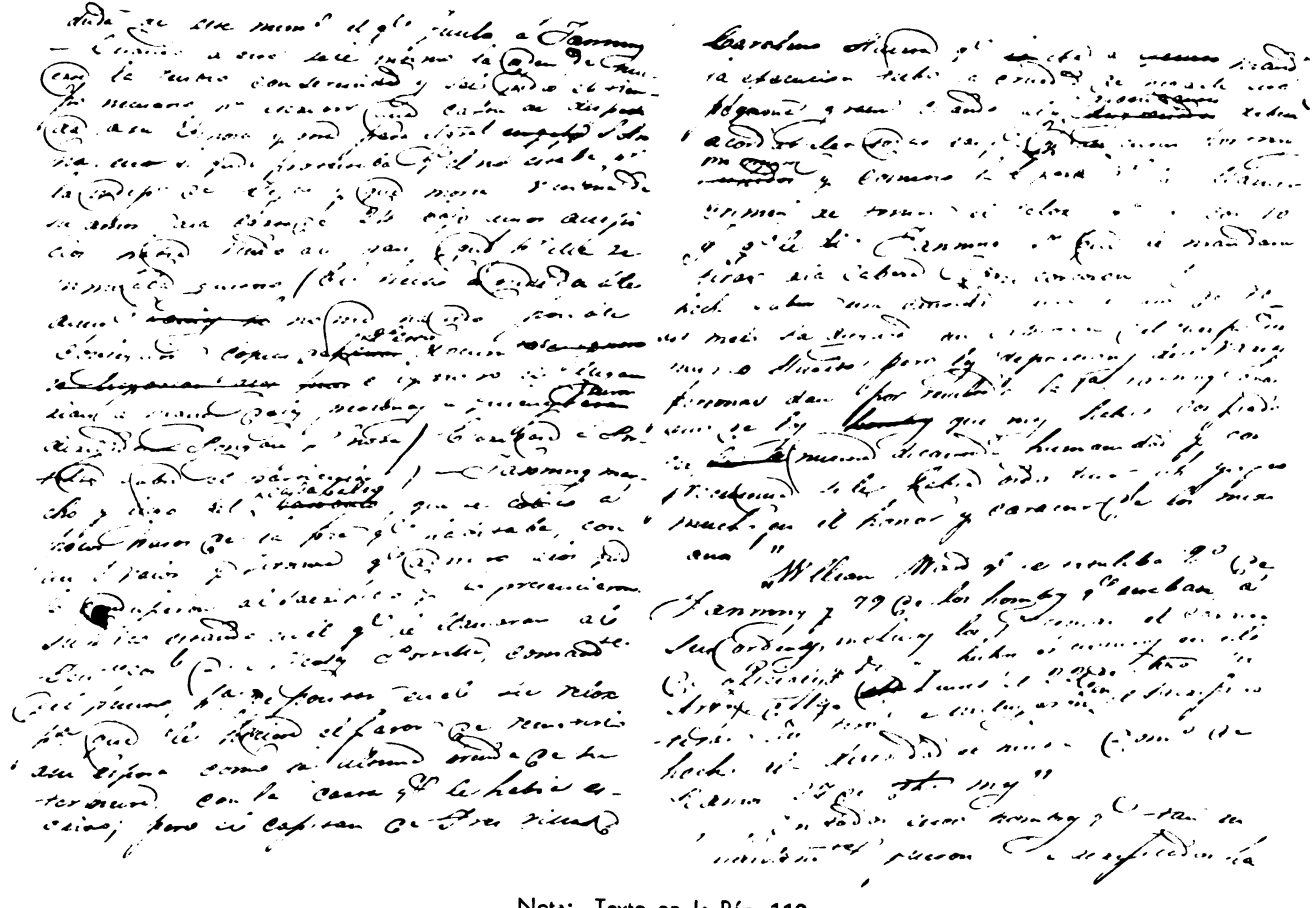
Digitized by Google

perjudicial para mí, concitarme la odiosidad de personas influyentes, pero para mi objeto de decir la verdad, no debe arredrarme ninguna consideración, por fuerte y personal que me sea. El general Ramírez y Sesma es un jefe tímido, irresoluto, tardío en sus concepciones, apático en sus movimientos y, como todo lo adverso lo cree posible con este mal modo de ser, abulta siempre sus cálculos. Es verdad que el atrevimiento no debe traspasar los límites de la prudencia, porque el que así lo hace camina seguro a su ruina, como lo ha demostrado el general Santa Anna; pero también lo es que la prudencia jamás debe degenerar en debilidad, y el general Ramírez y Sesma, dispénseme su señoría, peca por este extremo. El general en jefe no daba un paso que no fuera un error, no tuvo tino ni para emplear a sus tenientes en lo que cada uno era útil. Aquél era muy conocido por sus hechos anteriores y no podía engañar a nadie. La conducta que había observado en su marcha hasta Béjar, la debilidad y torpeza con que se condujo a la vista de esta ciudad, rehusando entrar en ella a la hora que se le había prevenido, eran cosas que hablaban en su contra y presagiaban lo que haría en adelante; pero el general Santa Anna se empeñó en que fuera lo que no podía ser. Tuvo la locura de comparar a éste con Napoleón y la imprudencia de titularse su Murat, como algunas veces se le llamaba en el ejército, por ironía.

Se ha dicho que nuestros soldados alcanzaron a ver las llamas de González. El enemigo se había retirado poco antes de ejecutarlo, su marcha fué lenta y embarazosa, porque llevaba consigo un gran tren de guayines (carros manuables), en que conducía a todas las familias de la villa y sus propiedades. Teniendo el general Ramírez y Sesma setecientos infantes, dos piezas y cien caballos, pudo desbaratarlo con suma facilidad porque era inferior en número y disciplina. Debió perseguirlo entre el Guadalupe y el Colorado, para impedir que se reforzara a la margen izquierda de este último y cometió gran falta en no hacerlo así. El general Woll que se hallaba a las órdenes de Ramírez y Sesma, y que conoció la importancia de obrar en este sentido, le pidió las compañías de preferencia y la caballería para ejecutarlo, pero se negó por la fútil razón que se ve en la comunicación de aquel jefe, que en copia se inserta.[56]

56 No se pudo localizar esta comunicación.—N. del E.

Digitized by Google



Nota:—Texto en la Pág. 112

Digitized by Google

Nota:—Texto en la pág. 103

El veinticuatro de marzo se unió el general Tolsa al general Ramírez y Sesma, con lo que montó su división a un mil trescientos infantes, dos piezas y ciento cincuenta caballos.

El enemigo contaba entonces con sólo un mil hombres y además sufría gran deserción, pero teniendo un río caudaloso de por medio, sin arbitrios de pasarlo con velocidad, no pudo maniobrar con buen éxito y se limitó a permanecer de espectador y a ponerlo en conocimiento del general en jefe, dirigiéndole una comunicación el veintiocho, en la que hacía subir a un mil doscientos hombres la fuerza enemiga. Para arrancar al enemigo de la posición que guardaba, y batirlo con ventaja, era conveniente que, mientras el señor Ramírez y Sesma le llamaba la atención por el frente, otra fuerza pasando el Colorado por otro punto, amenazara alguno de sus flancos o lo tomara por la espalda, y así lo indicó dicho general, por lo que el general en jefe había prevenido al general Urrea que maniobrara con este objeto; pero el seis de abril, desde el arroyo de San Bernardo se le dió contraorden, pues cuidadoso el enemigo por los movimientos acelerados de este general, dejó libre el Colorado, y tomó posición en la izquierda del Brazos, en el paso de Gross, algunas millas arriba de Austin, calculando Houston que el que había batido a Fannin, que tenía buena tropa, más fácilmente podría batirlo a él que no tenía tan buenos combatientes.

Si en lugar del general Ramírez y Sesma se hubiera mandado al general Andrade, cuyos talentos militares, actividad y buen juicio son tan conocidos, el éxito de esta marcha habría sido indudablemente feliz; pues no sólo habría batido al enemigo en González, e impedido que se reuniera con el de Austin, persiguiéndolo entre el Guadalupe y el Colorado, sino que en caso de no dar un completo resultado, lo habría perseguido entre este río y el Brazos y la campaña habría casi terminado si esta maniobra se hubiera ejecutado con rapidez y resolución. En la guerra el tiempo es inestimable y no todos saben aprovecharlo: el valor, la previsión y la actividad son cualidades indispensables, que el general Ramírez y Sesma acreditó no poseer. Su conducta torpe abre un vasto campo a la crítica; cualquiera otro de los jefes del ejército habría obrado de distinto modo del que él obró. Culpable fué el general en jefe de haberlo preferido.

Digitized by Google

La preferencia que se dió al general Ramírez y Sesma no contribuyó poco al disgusto general que se notaba en el cuartel general de Béjar y que siempre iba en aumento. Muy lejos estábamos de aquella unión que inspira el amor, o la amistad, de aquella confianza que descansa en los talentos, probidad y acierto del caudillo. Casi todos los jefes y oficiales que militaban entonces a las órdenes del nuestro habían peleado contra él, cuando habían estado en las filas del pueblo, los odios no estaban amortiguados y sobraban motivos para resucitarse.

El veintitrés de marzo se recibió en Béjar la noticia de la importante acción del Perdido y se dieron por ella los parabienes al general en jefe. Varias fueron las sensaciones que produjo, distintas las conjeturas que se hicieron y de muy diverso modo se calcularon sus consecuencias. Algunos, y entre ellos el general en jefe, creyeron que la campaña estaba concluída, que restaba poco que hacer: otros al contrario opinaban que apenas empezaba y aun pronosticaban su funesto término. A la vez que el general Urrea aceleraba sus operaciones y alcanzaba triunfos contra el enemigo, ganaba en la estimación de la mayoría del ejército y avivaba los celos de su jefe y de otros generales: "**Todo lo hace Urrea,** gritaban, para él sólo ha de ser la gloria y nosotros no más permanecemos de espectadores de sus triunfos." El lenguaje que tuvo el general Santa Anna cuando se le felicitó por el triunfo del día veinte, dió una idea muy desventajosa de su genio, pues manifestaba las ideas más mezquinas respecto de Texas, y expresó de un modo terminante su opinión de que fuese arrasado, para que este inmenso desierto, decía, sirva de muro entre México y los EE. UU., como si la guerra tuviera por único objeto talar y devastar las campiñas, reduciendo a pavesas las poblaciones, inundar de sangre los campos y matar el mayor número de hombres posible. En las comunicaciones[57] que este día dirigió a los generales Urrea y Ramírez y Sesma, sació parte de sus ideas y algunos de los que concurrimos a ese acto, no pudimos menos que asombrarnos y entristecernos de que un hombre semejante estuviese a la cabeza de un gran pueblo. Cuando hablaba así no conocía la importancia del

57 Véase el Anexo Nº 13, que comprende tres comunicaciones, dos de ellas dirigidas al general Urrea y una al general Ramírez y Sesma, con fecha 23 de marzo de 1836.

Digitized by Google

país, por su prodigiosa feracidad, por su situación geográfica y canales de comunicación con el océano. Cuando Texas sea poblado y regido por buenas leyes, será uno de los países más envidiables del universo y está sin duda destinado a hacer un papel brillante. Admirando su belleza me ocurrió más de una vez el pensamiento, que quizá no es descabellado, de que se hubieran establecido colonias militares; repartiendo entre los individuos del ejército que las hubieran querido formar, parte de los bienes raíces y muebles, que sólo sirvieron para dar pábulo al pillaje y rapacidad de señalados jefes, de algunos paisanos de Béjar y de otros de las pocas poblaciones inmediatas a las colonias. En el ejército hubo muchos individuos que lo deseaban y se habrían quedado contentos, porque el terreno convidaba.

Es indudable que la política debió haber influído más que las armas para el buen éxito de la campaña, pero la que adoptaron el gabinete y el general en jefe fué torpe, mezquina, inicua y censurable a todas luces. La guerra a muerte que éste se propuso hacer puso al enemigo en la dura alternativa de vencer o morir, y obligó a los colonos a unirse a él, quienes en su mayoría no estaban por la Independencia y sí por el restablecimiento de la Constitución de 1824. Estos se hallaban en pugna con los aventureros que habían venido del Norte, en razón de que les atacaban sus propiedades, pues no teniendo nada que perder todo era para ellos ganancia. Siguiendo la conducta del general Urrea los colonos se hubieran sometido sin dificultad, pues con su política les había ganado la voluntad y por ende que le dieran noticias importantes para el buen éxito de sus operaciones y que le ofrecieran contribuír por medio de la persuación y el convencimiento a separar de los bandos armados a aquellos de sus camaradas que aun permanecían en ellos. Cuánto más honorífico y conveniente hubiese sido esto para nosotros, que el matar, talar y destruir.

Cuando Béjar fué sitiado en ochocientos treinta y cinco por el mismo enemigo que combatíamos después, refieren los oficiales que se hallaron en él, que hizo algunas acciones generosas. Entre otras la de suspender algunas veces las hostilidades para que pudieran recogerse nuestros heridos, que él no tenía medios de salvar. Después de la capitulación, el teniente coronel don José María Mendoza, que estaba por perder una pierna de un balazo de cañón que

Digitized by Google

recibió cuando defendía el Alamo, fué salvado junto con otros oficiales por el empeño con que los asistió el doctor don Diego Grant. Forma ciertamente contraste esta conducta con la seguida por nuestro general en jefe. "Ni pido ni doy cuartel", decía en Béjar, y aun dijo alguna vez a uno de sus ayudantes que lo autorizaba para darle un pistoletazo si variaba de resolución. No ha sostenido su propósito en San Jacinto, en donde ha cambiado de lenguaje y se ha envilecido hasta el extremo. Por el interés de salvar su vida ha suscrito un convenio ignominioso que lo degrada y en el que todo es vergonzoso. El no ha tenido valor para soportar noblemente la desgracia a que lo arrastró su loca presunción: ha demostrado ser indigno del gran papel que representaba; e imprudentemente se ha arruinado a sí mismo y ha procurado envolver a la Nación en su ruina. El honor de ésta y el suyo no han pesado nada en su consideración. Con todos sus hechos ha justificado que merece su infortunio y que ha estado muy distante de merecer los elogios que se le han prodigado; se ha mostrado muy pequeño e ignorante de que la virtud, aun en desgracia, atrae el respeto del enemigo y de que el desprecio es consiguiente a las acciones bajas.

Hemos llegado a uno de los sucesos que en nuestros días más han llamado la atención con gran escándalo para el mundo civilizado, presentando a los mexicanos como unos hotentotes, como unos salvajes, que no sabemos respetar ningún derecho. Quiero hablar de la atroz ejecución de Goliad, tan innecesaria como vituperable, y con la cual tánto se manchó la noble causa que defendíamos.

Fannin y su compañeros se rindieron en la persuación de que sus vidas serían respetadas, pues aunque el general Urrea no se las había garantizado, porque quedó sin ningún valor la capitulación que suscribieron[58] por no haber querido éste ratificarla, sin embargo, confiaron demasiado en nuestra decantada generosidad y en que no sería desairada la intercesión del vencedor, pues a creerlo así no eran tan débiles para no haber continuado su defensa, se hubieran resuelto a morir matando, y una resolución semejante hubiera hecho si no problemática, al menos muy costosa la victoria. El general Urrea les cumplió su palabra e intercedió por ellos de un modo eficaz, y se interesó particularmente por Fannin; pero el general en

58 Rendición de Fannin. Véase el Anexo Nº 14.

Digitized by Google

jefe se negó a una demanda tan racional, bajo los frívolos pretextos que se ven en la contestación que dió desde Béjar el veinticuatro de marzo.[59] En comunicación oficial de tres del mismo mes había dicho al general Urrea respecto de los prisioneros de San Patricio: "En cuanto a los prisioneros de que vuestra señoría me habla en su citada comunicación, debo recordarle la circular del Supremo Gobierno **para que sean tratados o juzgados como piratas los extranjeros que han invadido la República y se cojan con las armas en la mano;** y como en mi concepto el mexicano que comete la traición de unirse a unos aventureros de esa naturaleza, pierde los derechos de ciudadano, según nuestras leyes, los cinco prisioneros de que vuestra señoría me habla deberán ser tratados también como aquéllos."

El general Santa Anna que siempre ha inculcado las leyes y despreciádolas cuando ha convenido a sus miras insidiosas, creyó deber respetar el decreto bárbaro que el señor Tornel expidió en treinta de diciembre de 1835, y aun éste lo tergiversó declarando de motu propio que no tenían derecho los mexicanos que hubiesen tomado parte en la guerra, cuando el objeto ostensible de ésta era proclamar la Constitución de 1824, ya que el tres de marzo ni nosotros, ni los que ya eran prisioneros, ni los que combatíamos en aquellos días, podíamos saber que los directores de la guerra habían declarado el día anterior la Independencia. Al insertar la circular[60] que dió origen a tamaño desacierto, que sirvió de apoyo para cometer horrendos crímenes, he creído conveniente hacerlo con el comentario que se hizo de ella en uno de los periódicos de la época, porque las razones con que el escritor la ha combatido son a mi ver concluyentes y yo no podría hacerlo con tanto acierto, precisado como estoy a ello para llenar la penosa tarea que me he impuesto. Más aún, permitiendo, sin conceder, que el Gobierno tuvo facultad para expedir un tal decreto, que, como se ha dicho muy bien, sólo era del resorte del Poder Legislativo, para practicar un acto contrario a la política, a la conveniencia; para ejecutar una acción que repugnaba el derecho de gentes, la humanidad y el espíritu del siglo en que vivimos, debió proceder al menos la identidad de las personas; pero

59 Véase el Anexo Nº 15, que comprende la comunicación oficial de 3 de marzo, y la personal de 24 de marzo, sobre el mismo asunto.

60 Véase el Anexo Nº 16. No se incluye dicho comentario porque no se encontró.—N. del E.

Digitized by Google

no se ocupó de ello el general Santa Anna y entre los que se condujeron al bárbaro sacrificio, fueron comprendidos muchos colonos que incuestionablemente gozaban de los derechos de los mexicanos. Es decir a ochenta de los noventa y dos que el día veintidós se presentaron al general Urrea sin tirar un tiro, y varios irlandeses de la colonia de San Patricio, muy decididos por la causa de los mexicanos, y a quienes el enemigo tenía en sus filas por la fuerza. Se enfureció el general Santa Anna, como se enfurece el tigre cuando le arrebatan la presa, cuando el capitán don Manuel Sabariego le informó que se habían exceptuado de la matanza general los ochenta aventureros que fueron aprehendidos en el Cópano por una sección de la división de Urrea. ¡Heroico Fannin, noble Ward, la barbarie con que fuisteis inmolados ha sido demasiado vengada! Vuestra sangre tan infamemente derramada reanimó el espíritu abatido de vuestros compatriotas, les infundió bastante coraje, les inspiró una resolución desesperada para obtener un triunfo, que nos ha llenado de oprobio y que no habrían alcanzado sin vuestro sacrificio.

Por triplicado expidió el general Santa Anna la orden para que se ejecutara a los prisioneros detenidos en Goliad, y no contento con esto, mandó por la posta a uno de sus edecanes, al coronel Miñón, para que presenciara la ejecución, porque llegó a desconfiar de que su sanguinaria orden fuera obedecida. Mas, por desgracia, no fué así, y en el teniente coronel don Nicolás de la Portilla, encontró un ciego servidor, como deseaba. Este debería haber contestado, como aquel ilustre comandante de Bayona contestó a la orden de Carlos IX, sobre las bárbaras ejecuciones de San Bartholomé: "Señor, he comunicado la orden de V. M. a los fieles habitantes y soldados de la guarnición; y no he hallado en todos ellos sino buenos ciudadanos y soldados valientes, ¡pero ningún verdugo! Por tanto, ellos y yo, suplicamos humildemente a vuestra majestad se digne emplear nuestros brazos y nuestras vidas en cosas posibles, por peligrosas que sean y perderemos en ellas hasta la última gota de nuestra sangre." Si tal respuesta, dada a un monarca absoluto mereció el aplauso universal, como refiere Vattel, era más obvio repetirla a un general en jefe, en una Republica donde desde el Primer Magistrado hasta el último ciudadano están sujetos a la lev. "La obediencia no ha de ser absolutamente ciega (dice el mismo autor), porque ningún superior puede obligar, ni autorizar, a cien

Digitized by Google

hombres para que violen la ley natural y nadie debe obedecer las órdenes que ofenden evidentemente esta ley sagrada".

La orden[61] se contraía solamente a los rendidos en la acción del Perdido, es tan terminante como clara, pero de la Portilla quizo acreditar su celo y que era hombre a propósito para ejercer las funciones de verdugo, haciendo extensivo el fatal decreto a los ochenta que con Ward habían llegado el mismo día que recibió la primera orden. Exceptuó de la matanza a los aprehendidos en el Cópano, que eran invasores, a quienes precisamente comprendía la circular del Gobierno, porque creyó deber consultar la suerte que debían correr y no tuvo la misma consideración respecto de los que acababa de recibir de Victoria, entre los que había colonos y de quienes ignoraba las circunstancias que habían concurrido en su aprehensión. Lo que puede la ignorancia y cuán cierto es que, para seguir la honrosa profesión de las armas, los hombres deben saber algo más que obedecer ciegamente. La verdad es lo que más recomienda a la historia, pero no me ha sido posible hasta ahora averiguar el número exacto de hombres con cuyo sacrificio se celebró la pasión de Jesucristo el Domingo de Ramos, 27 de marzo de 1836. Por más indagaciones que he hecho no he logrado un resultado satisfactorio y por lo mismo presentaré únicamente los datos, para que el lector resuelva la cuestión.

Según el parte del general Urrea fueron como cuatrocientos los rendidos el día veinte, y según mis investigaciones, trescientos sesenta y cinco, pero el general en jefe en la orden referida sólo hace mención de doscientos treinta y cuatro, porque puede ser muy bien que no hubieran acabado de llegar los prisioneros cuando el coronel Garay le anticipó el parte, según el encargo que el general Urrea le hizo desde el campo de batalla, por no serle a él posible darlo en aquel momento. El teniente coronel de la Portilla en la parte de su diario que se diserta bajo el Núm. 16 de documentos, y que debe consultarse, dice: "Que el veintisiete al romper el día se resolvió a cumplir con la orden del general en jefe, por considerarla superior (sin duda a la humanidad y a las leyes), que mandó formar toda la guarnición y levantar a los prisioneros, que en número de cuatrocientos cuarenta y cinco aún dormían y que mandó separar

61 Véase el Anexo Nº 15.

Digitized by Google

los ochenta aprehendidos en el Cópano, por la consideración que se ha dicho." Me inclino a creer que este número ochenta no está comprendido en el de cuatrocientos cuarenta y cinco, porque concediendo que del Perdido sólo se le habían remitido doscientos treinta y cuatro, con los ochenta remitidos de Victoria y el número igual venidos del Cópano, montan a trescientos noventa y cuatro, número menor que el que refiere de la Portilla. Ahora, sumando los trescientos sesenta y cinco que fueron rendidos en el Perdido, con los ochenta remitidos después de Victoria, hacen la suma de cuatrocientos cuarenta y cinco, número de que se habla, y si añadimos a él los del Cópano, nos dan la suma de quinientos veinticinco, mayor que el que cita. Juzgue, pues, el lector, con estos antecedentes; y ya que he hablado de la inmoralidad de la acción, permítaseme referir el modo cruel con que se ejecutó y dígnese acompañarme en el sentimiento que me causa siempre que tengo que recordar esta escena sangrienta. La he descrito en el mismo teatro, después del examen de muchos testigos oculares y por lo mismo creo oportuno anticipar aquí lo que se encuentra en mi **Diario** sobre el particular, y es lo siguiente:

"Goliad, mayo 22.—Hasta este día (que hace un mes por la fecha, recibimos la noticia de la desgracia de San Jacinto), no he podido reunir los mejores datos para hablar con verdad sobre los prisioneros enemigos que fueron fusilados en este punto. Según todos ellos fueron de cuatrocientos veinticinco a cuatrocientos veintisiete de los cuales unos ochenta o noventa estaban heridos. Estos a cuyo número pertenecía su jefe, fueron ejecutados dentro del fuerte. Lamentándose de sus dolores, arrastrándose los más, fueron sacados del hospital de uno en uno y arrojados en las garras de la muerte. Hubo varios que no pudiendo estar en pie, hincados, ni sentados, fueron muertos en su misma cama, cosa muy creíble respecto de aquéllos que por sus heridas no podían conservarse en otra postura que acostados. Los demás, divididos en tres partes los llevaron por rumbos distintos, diciéndoles en el momento que los levantaron, pues aún dormían, que los iban a conducir para Matamoros y les hicieron tomar su mochilas, para hacerles creer esta indigna superchería, que creyeron tan bien que entonaron canciones al emprender la marcha, muy ajenos los infelices de que caminaban al suplicio. Cuando llegaron a cierto punto los formaron en alas, dando la espalda a la

Digitized by Google

tropa, pero como esta era en número igual si no menor al de los prisioneros, apenas les tocó a plaza por fusilado, por cuya causa la escena fué más horrorosa. Como uno de los oficiales ejecutores se anticipara a la hora convenida y estaba cerca de los demás que iban a ser victimados, estos oyeron el fuego con bastante claridad para distinguir la causa, por lo que entraron en sospechas, se sobrecogieron de terror y sufrieron las angustias y crueles tormentos que eran consiguientes a su situación. Es muy extraño que no se hubieran resuelto a echarse sobre la tropa y a morir matando, como habrían hecho otros hombres cualesquiera, en lugar de estos desgraciados. Algunos se limitaron a echar a correr a los primeros tiros, pero los infantes y los dragones los perseguían por el llano, cazándolos como si fueran fieras, de suerte que varios fueron a morir distantes del punto que se les había destinado. Ciento veinticinco de estos desventurados fueron los únicos a quienes se amarró cuando se observó que los demás corrían, y durante esta operación presenciaron la fuga con que sus compañeros intentaban librarse de la impía muerte, que tan de cerca les amenazaba a ellos mismos. El capitán de caballería don Pedro Balderas, encargado de ejecutarlos, les arengó para hacerles saber el decreto salvaje que los condenaba, pero murieron ignorándolo, porque no poseían el idioma en que se les hablaba y el hacerlo pareció insultar su infortunio. Su gesticulación y ademanes fué el único lenguaje de que todos ellos usaron para excitar la sensibilidad de sus verdugos e implorar la piedad de los mexicanos. Ellos contaban como seguro que sus vidas serían respetadas y por eso no intentaron fugarse como pudieron hacerlo en los días anteriores, pues algunos tenían libertad de entrar y salir al fuerte y ni uno solo faltó a su palabra. Fiaron mucho en nuestra generosidad y se engañaron.

"Los soldados de Tres Villas, de Yucatán y de piquetes de los regimientos de Cuautla, Tampico y activo de Durango, a quienes tocó la mala suerte de ser los verdugos, dicen que se conmovieron mucho al ejercer un oficio ajeno de su instituto y un oficio infame para soldados valientes, pero en mi opinión no debe culpárseles de haber obedecido. No fué sin duda de este número el que fusiló a Fannin. Cuando a éste se le intimó la orden de muerte la recibió con serenidad y sólo pidió el tiempo necesario para escribir una carta de despedida a su esposa y otra para el general Santa Anna,

Digitized by Google

en la que protestaba que él no estaba por la Independencia de Texas y que moría víctima de su amor a la Carta de 1824, bajo cuyos auspicios había venido al país, y que por ella se inmolaba gustoso.[62]

Fannin marchó y llegó al cadalso, que se colocó a pocos pasos de la pieza que habitaba, con un valor y firmeza que admiró a los que lo condujeron al sacrificio y lo presenciaron. Suplicó estando en él que le llamaran al teniente coronel don Nicolás de la Portilla, comandante del punto, para depositar con él su reloj, para que le hiciera el favor de remitirlo a su esposa, como la última prenda de su ternura, con la carta que le había escrito; pero el capitán de Tres Villas, don Carolino Huerta, que iba a mandar la ejecución, tuvo la crueldad de negarle esta pequeña gracia, cuando a los agonizantes debe acordárseles todas las que pidan en sus postreros momentos, y cometió la bajeza, por no llamarla crimen, de tomar el reloj para sí, con diez pesos que le dió Fannin para que le mandara tirar a la cabeza y al corazón. Algunos han hecho subir esta cantidad hasta el número de sesenta y así me lo ha asegurado un capitán del cuerpo del mismo Huerta; pero las deposiciones de varias personas dan por resultado, la primera. Fannin era uno de los que más había confiado en nuestra decantada humanidad, y con frecuencia se le había oído decir: ¡Oh!, yo fío mucho en el honor y buen corazón de los mexicanos."

William Ward, que se titulaba segundo de Fannin y setenta y nueve de los hombres que estaban a sus órdenes, incluso los que tenían el carácter de oficiales y fueron hechos prisioneros en el arroyo de Las Juntas, el veintidós de marzo, sin tirar un tiro, se incluyeron en el sacrificio hecho a la divinidad el mismo Domingo de Ramos, 27 de dicho mes.

En todos estos hombres que tan inhumanamente fueron sacrificados había colonos, pero los más eran voluntarios, entre los que se encontraban algunos de regular posición económica. Todos generalmente eran hombres de buena talla, robustos y bien formados; pero en la descripción que hacen los que los conocieron, llaman la atención de un modo particular dos jovencitos que parecían unas damas por su fina contextura y delicadas facciones. Había también

62 El hecho es indudable, aunque no me ha sido posible conseguir copias de estos documentos, e ignoro si llegarían a manos de las personas a quienes fueron dirigidos. Escríbase a Portilla sobre el particular.

Digitized by Google

muchos artesanos de quienes se podía haber sacado gran utilidad formando talleres públicos, para la instrucción de los nuestros, y la construcción del vestuario, menaje y armamento para el ejército. Guardando a estos hombres como prisioneros habría sido para él una conquista ventajosa. Se necesitaba el corazón de un tigre para firmar hasta tres veces la orden de inmolar tantas víctimas, y el de otra fiera para ejecutarla. Perecieron entre ellos algunos irlandeses que los enemigos tenían en sus filas por la fuerza.

"Entre los pocos que se salvaron de la catástrofe estaban dos cirujanos que curaban a nuestros heridos, uno de los cuales tuvo el dolor de ver perecer a dos de sus hijos y cuando el mismo que los mandó ejecutar le dió los parabienes por haberse salvado, aquél, arrazados los ojos en lágrimas y conmovido por el amor filial, contestó que hubiera querido ser fusilado con ellos, o en su lugar. Fueron victimados también varios cirujanos cuando en el cuartel general y en todo el ejército carecíamos de los auxilios de la facultad, sobre lo cual podría decirse tanto que es mejor por ahora callar, para hacerlo otra vez. Se salvaron casualmente algunos de los colonos que el general Urrea llevó consigo, quienes le fueron muy útiles en su marcha, en la que ejercieron las funciones de zapadores; unos cuantos que ocultó el coronel Garay y los que lograron fugarse en el momento del sacrificio, de los cuales, a decir verdad, valía más que no hubiera escapado ninguno para que no fueran a pintar a sus compañeros la horrorosa escena.

"El mismo general que había vencido y hecho prisioneros a estos hombres trató de salvarlos, porque tanto cuanto se recomienda por su bravura en el combate, se hace estimar por su humanidad fuera de él, y porque preveía el borrón que iba a caer sobre su Patria con tantos asesinatos a sangre fría y las consecuencias de la guerra a muerte. Escribió con este motivo al general en jefe interponiendo sus respetos y los servicios que acababa de prestar; se interesó por todos, pero particularmente por Fannin, pero fué desairado y no recibió en respuesta sino reproches. Sin embargo, el enemigo respetará su memoria y la posteridad le hará justicia. 78 u 80 hombres hechos prisioneros en el Cópano en los mismos términos que Ward y sus compañeros tuvieron la fortuna de escapar y permanecieron durante la escena dentro de un duraznal, frente al fuerte y en el centro de los puntos de ejecución."

Digitized by Google

La amistad que he llevado con el señor de la Portilla no ha debido eximirme de acusarle ante el mundo entero de haber cometido un crimen contra la humanidad, pues queda probado que se excedió en el cumplimiento de la orden que recibió. El se habría granjeado un renombre honroso rehusándose a servir de verdugo, y ya que creyó su deber cumplir con tan penoso oficio, pudo y debió hacerlo de un modo que fuera menos cruel. El parecía arrepentido momentos después, pues confesó haberse horrorizado en una comunicación particular que dirigió al general Urrea, lamentándose del odioso papel que le había tocado representar.[63]

Me es muy grato confesar que fueron marcadas las personas que aprobaron la carnicería inútil de Goliad y sus semejantes. El ejército se irritó en general y levantó la voz para anatematizarla; porque deseaba hacer méritos, dar a conocer su coraje y su poder en el acto del combate, pero quería ser clemente y moderado con el rendido; conocía que su Nación debía hacerse respetar y obedecer por un valor ilustrado, por rasgos de compasión y humanidad, no por la crueldad y el terror. El grito de horror que la República levantaría y la indignación del mundo civilizado nos hacía estremecer y vernos con desprecio a nosotros mismos. Tantos y tan fríos asesinatos manchaban nuestra gloria, nos arrancaban el fruto de la victoria e iban a prolongar la guerra y hacer dudoso el éxito, porque se irritaba al enemigo y se le ponía en la dura alternativa de vencer o morir. ¡Qué oprobio, se decía, aparecer en el siglo diecinueve tan bárbaros como en la Edad Media! Como una horda de hotentotes y asesinos. En el parte que el veintiuno dió el general Urrea desde Victoria sobre este encuentro, concluía así: "Réstame solamente por ahora el recomendar en lo general el denuedo e intrepidez de los valientes jefes, oficiales y soldados, que con tanto honor y decisión supieron hacer brillar en la acción del día diecinueve el valor que caracteriza al ejército mexicano, adoptando después de su valeroso comportamiento la más admirable indulgencia al ver rendido el enemigo. Este golpe de generosidad después de un ataque tan reñido, es muy digno de la más singular recomendación, y, no puedo menos de hacerla a V. E. muy particular, suplicándole a la vez, que se tenga la consideración debida a las familias de los valientes que dieron sus

63 Véanse los tres documentos del Anexo Nº 17.

Digitized by Google

vidas en defensa de los derechos de la Patria, cuya relación remitiré a V. E. con oportunidad."

Algunos de nuestros soldados heridos dieron lecciones de humanidad a nuestro caudillo y a su dócil ejecutor, tomando la laudable resolución de poner en su cama y cubrir con su cuerpo a tres o cuatro de los enemigos que se hallaban con ellos en el hospital y es lástima que hubieran sido limitadas acciones tan recomendables, así como el no haber podido conocer los nombres de las almas sensibles que las hicieron. También las señoras de Matamoros tributaron un homenaje a la humanidad, subscribiendo una representación en favor de los prisioneros que había reunido el general Urrea y lograron por este medio suspender la ejecución y que salvaran al fin.

Me es muy sensible manifestar que este general manchó sus laureles accediendo a las excitaciones de algunos oficiales para que se cumpliera el decreto del Gobierno y las órdenes del general en jefe, en unos treinta y tantos de los prisioneros hechos en la Misión del Refugio. Verdad es que lo hizo en circunstancias muy difíciles, estando amagado por varias partes del enemigo y no pudiendo disponer sino de una corta fuerza, de la que no podía desprender una parte para la custodia de aquellos y que solamente se ejecutaron a los que comprendía el decreto del Gobierno, pues que los colonos y mexicanos fueron puestos en libertad.

Ya hemos dicho que el general en jefe se había concitado la animadversión del ejército; el odio a su persona se hizo extensivo a sus amigos y allegados, pues sus ayudantes huían de entrar de guardia y estar cerca de su persona. El general Castrillón había sido uno de los hombres más adictos al general Santa Anna, y fué a morir contra su voluntad, porque al último se expresaba de un modo acre contra él y no quería ya seguirlo. En igual caso se encontró el coronel don José Batres y otros. El día veintiuno de marzo se celebraron en el cuartel general las honras del bondadoso general Barragán, Presidente interino de la República; el general en jefe riñó con todos sus ayudantes e injurió aun a sus más allegados delante de todos los jefes y oficiales que concurrieron a esta ceremonia. El general Castrillón fué el único que tuvo firmeza para echarle en cara el trato indecoroso que les daba y su excelencia se manifestó arrepentido, confesó que no estaba en su mano dominar su carácter irascible que las circunstancias aumentaban; se lamentó

Digitized by Google

del despego con que lo miraba su familia militar, pidió disculpas y de este modo logró calmar las animosidades y atraer a su lado a sus edecanes, para no infudirles otra opinión de la que ya les había hecho formar sus actos. Algunos militares, aunque pocos, hablaban de coronarle a la conclusión de la campaña y presentaban esta idea extravagante como una cosa conveniente y necesaria; pero, cambiaron de opinión con la posterior conducta del héroe. A éste le halagaban las ideas de sus parásitos, manifestaba, sin embargo, su opinión por el establecimiento de un gobierno justo y expedito para obrar; ridiculizaba la idea de establecer ese poder que sólo responde a Dios de sus operaciones, se expresaba con acritud contra los principios liberales porque han hecho derramar tanta sangre, y acaso habría subido a la altura a que aspiraba si no se hubiera roto el andamio en los campos de San Jacinto. Las escenas sangrientas de Goliad y sus semejantes parece que tenían por objeto aterrorizar a los mexicanos o acostumbrarlos a estos horrorosos espectáculos.

El general Arago a consecuencia de su decisión por la campaña de Texas fué a ella, a pesar de hallarse con su salud muy quebrantada, sus males se agravaron con las marchas y desde Monclova estuvo postrado en el lecho del dolor. Con mil dificultades llegó a Béjar y allí permaneció siempre en cama. Por la noche concurrían a su alojamiento los generales y principales jefes del ejército, el general Filisola vivía con él y el mismo general en jefe concurrió alguna vez. Así es que yo tenía ocasión de conocer la opinión del ejército, porque allí se hablaba con entera libertad y se suscitaban cuestiones de importancia que algunas veces se discutían con calor, pero las más se alegaban razones fundadas. Casi todos los concurrentes criticaban las disposiciones del general en jefe y era raro que alguno tomara su defensa. El general Arago, si me es permitido tributar homenaje a la memoria de un hombre virtuoso, a quien quise y de quien fuí querido, puede compararse respecto del general Santa Anna, con aquel ilustre Laudon, que tan eficazmente contribuyó a la gloria del sabio José Segundo, digno émulo del gran Federico, porque supo vencer y a la vez hacerse estimar y respetar. Hubiera sido distinto el éxito de la campaña de Texas si aquel desgraciado general (Arago) no hubiera sido impedido por sus enfermedades de influir en ella.

También si el general en jefe se hubiera regresado a México,

Digitized by Google

como lo pensó y se dió por hecho, a consecuencia de la muerte del Presidente interino y después de la acción del Perdido, es probable que la campaña hubiera terminado felizmente, porque el segundo en jefe habría dado entrada a las reflexiones de sus compañeros, y conduciéndose con prudencia, aunque con lentitud: no se hubiera atarantado, como se atarantó, con el golpe que recibimos en la cabeza, ni cometido las grandes faltas que a consecuencia de esto cometió; no habría ocurrido la desgracia de San Jacinto y, con ella tanta vergüenza, tanto oprobio; no habrían sido estériles tantos sacrificios, ni inútilmente derramada tanta y tan preciosa sangre.

Es necesario referir que el general en jefe sin plan fijo y sin una base sólida de operaciones, no creyó concluída la campaña sino cuando supo la acción del 19 de marzo, y lo comprueba su orden del día 25, [64] para que regresaran a San Luis Potosí, la brigada de caballería, la artillería, los depósitos de los cuerpos y los piquetes de éstos, así como sus instrucciones dadas a los generales el 23 de dicho mes.[65]

Se creyó al menos y se dijo en el ejército que los celos que le inspiraba el general Urrea y la reprochable conducta del general Ramírez y Sesma, le obligaron a variar la resolución que había tomado de regresarse a México y dejar el mando al general Filisola. El sabía lo mucho que se le reprochaba el sacrificio tan costoso como innecesario hecho en el Alamo, y el deseo de olvidar esa mancha, el temor de que el general Urrea concluyese la campaña, ya que él había hecho todo hasta entonces y la inquietud en que lo pusieron las noticias exageradas del general Ramírez y Sesma, es probable que fueran estas las causas que lo impulsaron a marchar adelante.

64 Véase el documento 1 del Anexo Nº 13.
65 Véanse los documentos 2 y 3 del Anexo Nº 13.

Digitized by Google

CAPITULO OCTAVO

Marcha del general en jefe y de los cuerpos de infantería que aun permanecían en el cuartel general.- Desorden en que se marchaba.- Penurias y privaciones del soldado.- El autor de este Diario, como mayor de órdenes de la brigada de Zapadores se adelantó hasta el arroyo del Cíbolo para reconocer el terreno.- Encontró centenares de búfalos.- Se suspende la marcha para hacer honores principescos al general Presidente.- Reflexiones sobre los asesinatos de Goliad.- Gran riqueza en algodón y maíz en el trayecto del Guadalupe al Colorado.- Hermosos panoramas en Tejocote y en Arroyo de Navidad.- Sorpresa que causó la vista de un steamboat.- Descripción de San Felipe.- Torpeza del general Ramírez y Sesma en cuanto a la detención del steamboat.

EL BATALLON de Zapadores y el activo de Guadalajara eran los únicos cuerpos de infantería que habían quedado en Béjar, pero el 27 de marzo recibieron orden de marchar al mando del coronel don Agustín Amat, con dirección a Austin. El 28 pasaron revista de armas y el 29, después de haber vuelto a pasarla en persona el general en jefe, emprendimos la marcha a las cuatro de la tarde; con un obús, veinte dragones y los piquetes de todos los cuerpos que ya habían marchado, y cuya fuerza total era de quinientos cincuenta y cinco hombres. Llevábamos cincuenta cajones de municiones, medias raciones de condoche y frijol y cien fanegas de maíz, con la orden terminante de no tocarlas. Acampamos este día en el Arroyo del Salado, después de haber andado siete millas.

Antes de continuar la inserción de mi **Diario** y de hacer las reflexiones que de él se deducen, debo manifestar que el 31 salió el general en jefe de Béjar con el segundo y su Estado Mayor. El dos de abril llegó al Río Guadalupe y el tres se marchó para el Colorado, dejando al general Filisola con la brigada que conducía el coronel Amat. El desorden con que se avanzaba era inmenso; no se dejaban puestos militares ni se establecían puntos de contacto. Nuestros soldados sufrían grandes privaciones por la criminal indiferencia con que se les veía, cuando sus necesidades podían haberse remediado recogiendo el maíz que con abundancia había en los flancos,

Digitized by Google

pues que el ganado de cerda y vacuno abundaba en todas direcciones. Sin embargo, no obstante lo mal atendido que estaban los soldados, se les hacía trabajar sin ninguna equidad, ni la más leve consideración. Estas fatigas eran penosísimas en los pasos de los ríos, en las que se hizo notable por su constancia y resignación el batallón de Guadalajara, que era el peor asistido de todos, pues la mayor parte de los soldados llevaban la casaca a raíz de la piel, y todos en general destruían su calzado y su vestido ya en las faginas, ya porque nunca se cuidó de la policía, sin que pudiera reponérseles, y se obraba así sin tener en consideración el crecido cargo que se pasa al soldado, pues es público y notorio lo mucho que en todo tiempo se ha lucrado con este infeliz.

Como comprobante de lo dicho paso a insertar al pie de la letra, lo que se encuentra en mi **Diario** desde nuestra salida de Béjar hasta nuestro arribo al Río Brazos:

"El día treinta de marzo amaneció lloviendo y así continuamos la marcha, habiéndonos caído antes de las tres de la tarde varios chubascos tan fuertes, que hicieron el camino intransitable y la marcha bromosa. Como mayor de órdenes de la brigada, me adelanté hasta el arroyo del Cíbolo, para reconocer el terreno y en dos horas de la tarde ví cerca del camino, en atajos, centenares de bisontes. Llegué al arroyo ya de noche y la brigada lo hizo a las ocho de ella, después de haber andado más de veinte millas.

Digitized by Google

"El día treinta y uno, Jueves Santo, salimos del Cíbolo y acampamos en un paraje cuyo nombre era desconocido, donde únicamente había unos cuantos charcos de agua llovediza, para hombres y bestias, y caminamos de 16 a 18 millas. Aquí suprimo la causa que puso mi vida en peligro parte del día y de la noche, por ser una cosa puramente personal.

"Abril.—El día primero de este mes acampamos en otro paraje igualmente desconocido, pero ambos comprendidos entre el Encinal y el Carrizal. Lo hicimos entre cinco y seis de la tarde y antes de rendir la jornada encontramos cuatro paisanos que conducían más de 300 reses que habían recogido en el camino, siendo la mayor parte de ellas hermosas vacas de cría. Tomamos tres novillos para calmar el hambre de nuestros soldados, que no habían tomado carne desde el día anterior al que salimos de Béjar.

"El día dos, Sábado de Gloria, amaneció lloviendo y no dejamos el campo hasta que la lluvia había cesado. Habríamos andado unas ocho o nueve millas cuando nos alcanzó el general Presidente, que con su Estado Mayor había dormido a una distancia de seis o siete millas a nuestra retaguardia. Desde el día anterior se tenía en ella un dragón que, a todo escape, avisara la aproximación de su excelencia; y así fué que vimos en esta ocasión una cosa nunca vista, o sea el suspender la marcha para hacer honor al general en jefe. Por el empeño que se ponía en hacerlo, me pareció más un príncipe que un jefe republicano. Si tal acción merece censura, la mía la recibió en el acto, rehusándome a pagar tributo a la magestad. Desde dos horas antes de llegar al paso del Guadalupe costeamos este hermoso río, cuyas márgenes tienen un bosque pintoresco, atravesando por llanuras igualmente hermosas, pues toda la jornada fué agradable. Desde este día principalmente se oyó confesar a algunos hombres la hermosura del país que pocos días antes maldecíamos, sin considerar que el aumento de las penurias consiguientes a la campaña provenían de la miseria y del desorden en que se nos conducía; pues que, en buen orden, la campaña de Texas hubiera sido un paseo delicioso, una continuación de días de campo amenizados con evoluciones militares. Para mí fué un día muy amargo, porque un ayudante de su excelencia, el coronel Manuel de la Portilla, me aseguró haberse cumplido la orden de que fuesen fusilados todos los prisioneros que había en la Bahía, y compadecido me refirió varios

Digitized by Google

pormenores que hacían cruel y sensible la bárbara ejecución... ¡Ojalá y que no paguemos nosotros, dije al coronel de la Portilla, los pecados y barbarie de este hombre!, refiriéndome al general Santa Anna.[66] Habiendo llegado como a las tres de la tarde al Paso del Guadalupe, permanecimos en él porque estaba crecido y no podía vadearse. Yo atravesé el bosque para ver otro paso y hablé con mi amigo el coronel don Francisco González Pavón, que estaba a la otra banda, de donde nos mandó carne para la tropa.

"El día tres se marchó el general en jefe con dirección a Austin dejando al segundo, y se construyeron balsas para pasar el parque y demás cargas en el paso de arriba, por continuar crecido el río y descompuesto el paso de abajo.

"El batallón de Guadalajara lo pasó, sin embargo, al medio día, con auxilio de una maroma y el de Zapadores, una parte pasó a la margen izquierda y otra quedó en la derecha en el paso de arriba. En la noche caí vestido al río y corrí algún riesgo por haberme cogido debajo una balsa cargada de artillería y privándome de todo movimiento para mi defensa, pues aunque no sea un gran nadador no soy de los más torpes. Dos veces repasé el río.

"El día cuatro, aunque aún no se había acabado de pasar todo el tren, se trasladó la plana mayor a la margen izquierda, o sea a las ruinas de González, donde permanecimos el cinco, de suerte que dos noches pasamos en una margen y dos en otra. Llegaron de Béjar dos piezas de ocho y se pasaron igualmente. Reflexiones del día: si la margen anterior del Guadalupe, caminando de Béjar a Austin, es sumamente deliciosa, por los recovecos que hace el río y por las ondulaciones de los bosques, que hacen un bello contraste con verdes y tersas llanuras, no es menos agradable la parte posterior en que estaba situada la villa de González. Todas las habitaciones inmediatas a los dos pasos habían sido incendiadas, pero las que se hallaban situadas a alguna distancia tanto río arriba como río abajo, estaban aún en pie. Se encontraban en ellas algunos muebles no de lujo, pero sí para la comodidad de la vida. Había abundancia de cerdos y de gallinas, que los soldados perseguían con encarnizamiento. El ganado mayor era hermoso y el gusto de la carne exquisito.

66 El coronel de la Portilla se habrá acordado muchas veces en su prisión de nuestras reflexiones en este día.

Digitized by Google

En González y sus inmediaciones había muchos centenares de cabezas y, sin embargo, se racionaba la carne al soldado, como cuando cuesta el dinero. Algunos oficiales gritaron que el Coronel González Pavón se había erigido en propietario de los bienes y víveres que había encontrado y que reñía y maldecía cuando se le mandaba dar algo para el sustento de ellos. Tenía encerradas como 300 vacas de ordeña y le acusaban de que mejor soltaba los becerros que permitir que los oficiales tomaran leche.[67]

"Cuando nosotros llegamos a González hacía algunos días que habían pasado los generales Ramírez y Sesma y Tolsa, y por consiguiente las fuerzas de su mando habían consumido y llevado consigo cuanto pudieron; y el señor González Pavón que llegó después que ellos, encontró muchos perniles de tocino y cargas de maíz en las habitaciones inmediatas. Se suprime aquí la relación que hay en el **Diario** de la miseria en que se hallaba y salió el ejército de Béjar por haberse ya hecho mención de ella. Por lo mismo, bastará añadir que habiendo llegado los oficiales a González sin tener un mendrugo de galleta, ni de qué hacer una tortilla, se les mandó dar únicamente unos puños de maíz, teniendo el coronel González Pavón algunas cargas acopiadas, que debieron recogérsele para el sustento de las tropas, pues que él regresándose a Béjar tenía tiempo de recoger más.

"En la mañana del día cinco se descubrió un gran chalán que estaba a pique entre los dos pasos del río. Se sacó, se carenó y se condujo al paso de arriba, causando una alegría general un hallazgo que iba a abreviar la marcha y que descubierto un día antes, hubiera evitado muchos esfuerzos. El general Filisola, con el teniente coronel Ampudia y conmigo, trabajó personalmente y gratificó de su bolsa, por mi conducto, a los soldados que suplían la falta de obreros y nadadores. En dicho chalán se pasó por la tarde lo que faltaba del tren de artillería y se comenzaron a pasar los carros de conduc-

67 Los que hablaban así ignoraban que el coronel González Pavón había hecho la propuesta de formar una colonia en González con su regimiento, propuesta que aunque tuviera por objeto enriquecerse debió admitírsele porque era útil. Por esta causa él procuraba que sólo se mataran las reses que eran necesarias, en lo que hacía bien, para que no se desperdiciaran como sucedió muchas veces y se verá más adelante. Además se dijo que el general en jefe le había hecho donación de 800 a 1,000 cabezas y que la mayor parte de ellas las condujo el señor González Pavón a Béjar. Se dijo que el general Santa Anna no podía dar lo que no era suyo, pero él se lo apropiaba y no era el señor González Pavón a quien tocaba advertírselo.

Digitized by Google

ción que el día anterior habían llegado con ella, habiendo pasado igualmente los efectos de la cantina del proveedor general don Ricardo Dromundo, que conducía en dos de ellos, y también la de un dependiente de don Antonio Tayafé, que denominaban 'El Curro'.

"El día seis, por una barbaridad de los conductores de los carros, descompusieron el chalán la noche anterior, habiendo necesidad de recomponerlo muy temprano, para pasar tres de ellos que faltaban. Concluída esta operación y cargados todos de nuevo con el parque, así como la mulada de la brigada, emprendimos la marcha a eso de las diez de la mañana. Por todo el camino encontramos casas inhabitadas, todas de madera, pero algunas muy bien construídas. Había varias trojes llenas de algodón y una gran parte de él despepitado y escarmenado. Máquinas para hilar, para moler maíz y café se encontraban en las más de estas casas. Todo lo que en ellas había era un testimonio nada equívoco de la industria y laboriosidad de las desgraciadas familias que las habían abandonado. Algunas millas arriba de González había también dos máquinas de cortar madera. El hombre sensible y pensador, el mexicano amante de su Patria que conoce sus verdaderos intereses no podía menos de lamentar y llorar con lágrimas del corazón la destrucción de unos establecimientos nacientes, que teniendo muchos elementos para progresar, no tardarían años en ser ciudades ricas y populosas. Verdad es que las circunstancias de la guerra habían llevado las cosas a este extremo; pero también lo es que con una política menos miserable se habría evitado esta guerra tan ruinosa para la Nación aun derrotando a su enemigo. También la construcción de los corrales del ganado y cercas de laborío eran asombrosas a nuestros ojos, por ser enteramente distintas de las que estamos acostumbrados a ver en el interior de la República. Algunas eran de maderos cilíndricos clavados perpendicularmente, pero las más eran de prismas triangulares o rectangulares, colocados horizontalmente y formando la línea que en fortificación se llama dientes de sierra, uniendo a la vez la simetría con la firmeza. No es fácil calcular sobre la marcha, y así no he podido hacerlo, la cantidad de algodón y maíz que había cosechados del Guadalupe al Colorado; pero sin duda pasaban de cuarenta mil arrobas las que había en las inmediaciones de González, y debo asentar que este cálculo tiene en contra la opinión del coronel González Pavón, que recorrió las inmediaciones de la villa, pero en su favor el de

Digitized by Google

varios colonos. Aquí debe anotarse, para explayar a su vez, mis ideas en estos días sobre colonias militares y sobre el provecho que podía sacarse, empleando a los hombres que tan inhumanamente han sido arruinados y cuya sangre no producirá sino males. Recogiendo los bienes y capitalizando empleos con ellos, después de concluída la campaña, se remunerarían en gran parte los gastos de ella. Este día acampamos en el arroyo del Tejocote, después de haber andado de doce a catorce millas. Los cerdos que se encontraron en este paraje eran tan grandes como un becerro de cinco o seis meses. Todo el camino fué boscoso, de encino blanco y colorado, excepto en las inmediaciones del arroyo, en el que, como en los grandes bosques, había árboles de los que se hablará otra vez por su hermosura.

"El día siete nos pusimos en marcha a las ocho de la mañana y después de un corto bosque, por unas llanuras tan primorosas que no encuentro voces bastantes para describirlas. Todo era un campo de azucenas y de amapolas y de una variedad de flores exquisitas y singulares, así por sus variados colores, como por la forma que les había dado naturaleza. El alma se dilataba y no se puede explicar el placer que ella sentía en su enajenamiento. Admirador yo de todo lo bello, entusiasta hasta el extremo que una imaginación ardiente reúne en una alma sensible, marchaba a la cabeza de zapadores y extraordinariamente afectado por lo que mis ojos admiraban, arrebatado de un entusiasmo que rayaba en locura; grité y grité de veras a los soldados, que me fusilaran, para ser sepultado en aquel dilatado jardín, interceptado por cortos bosques, más o menos amenos. En este día, fuera de la casa que había en Tejocote, sólo hallamos una incendiada y otra servible. Por placer hice la jornada pie a tierra, aunque al último ya cansado, continué así por un compromiso con otro compañero, y para que me resarciera de la fatiga me convidó a almorzar el general Filisola. Acampamos en el arroyo de la Vaca después de haber andado de 15 a 16 millas. Había dos casas a la vista en las márgenes del arroyo y una hermosa mota, alrededor de la cual se estableció el campamento. Un oficial de caballería que llegó de la división Ramírez y Sesma nos comunicó algunas noticias de poco interés.

"El día ocho salimos a la misma hora, caminando siempre por entre flores donde había llano y por una bóveda agradable donde había bosque. Hicimos alto para componer el paso de un arroyo,

Digitized by Google

cuyo nombre ignoré. No pude evitar que las mujeres y los soldados, que no iban en las filas, destruyeran unas cómodas y otros muebles finos que había en una de las casas del tránsito. En él recogimos una gran partida de ganado manso para aumentar el que ya conducíamos. Acampamos en la margen izquierda del arroyo de la Navidad, después de haber andado doce millas. También encontramos casas incendiadas y una servible, pero sin muebles. Había porción de tierras aradas y encontramos a pelo de ellas el cadáver de un hombre que debió pertenecer a la división del general Ramírez y Sesma.

"El día nueve salimos de la Navidad, dejando los carros que no habían podido pasar el arroyo y marchamos por un camino siempre variado y hermoso; pero nada tan delicioso como un bosquecito sumamente espeso de un árbol, cuya hoja y color es muy parecido al del naranjo, y que, formando una angosta calle, el camino cual una bóveda hacía su tránsito encantador, y sensible por lo mismo su término. En el camino recibió el general Filisola un correo, en que se le decía que el general en jefe había llegado a Austin y que el enemigo, después de haber incendiado esta población, se había retirado al otro lado del Río de los Brazos, donde permanecía. El mismo correo aseguró, que otro que había remitido el general Gaona decía que su brigada había encontrado tan abastecidas las habitaciones en su tránsito para Nacogdoches, que ya no tenían los oficiales y soldados en qué cargar muebles y efectos, teniendo que abandonarlos. Este día aunque el camino fué agradable, fué también penoso por los muchos atolladeros que retardaron la marcha. Llegamos a las ocho de la noche a la orilla del bosque del Colorado y yo regresé una legua de distancia, a donde había quedado atollada una pieza para dirigirla junto con la mulada, que conducía las municiones y equipajes, ya que con la obscuridad andaba extraviada y en el mayor desorden entre los atolladeros. La fatalidad nos arrastraba siempre al desorden pues cuando el camino era bueno hacíamos jornadas moderadas; y se forzaba la marcha cuando era menos transitable, como sucedió este día. El batallón de Zapadores recibió orden de avanzar hasta el borde del río. La noche era oscura, el bosque muy espeso y pantanoso, por lo que tuvo mucho que padecer, quedando al fin disperso en él. Yo reclamé en el acto contra una orden que no dictaba la prudencia y que en caso de necesidad habría inutilizado al soldado, como sucedió

Digitized by Google

efectivamente dejándole, además, sin alimentos después de una larga jornada. Se mandaron cargar las armas, aunque según las noticias recibidas nada había que temer. El general pasó a la otra banda del río, donde se hallaba el general Woll con una partida de caballería.

"El día diez, por la tarde, nos aproximamos al borde anterior del río por un nuevo camino que en línea oblicua abrimos por la mañana, atravesando cosa de una milla de bosque tan delicioso como el del Guadalupe; pero de más latitud. La de todos los bosques que hemos visto está en proporción con la de los ríos. La artillería y parte de Zapadores pasaron a la margen izquierda. El batallón de Guadalajara, la proveeduría y el parque quedaron a la entrada del bosque. Pasamos la noche en la margen izquierda.

"El día once se pasó todo el parque de la margen derecha a la izquierda y con nosotros (la plana mayor), el resto de Zapadores. Encontramos varios colonos, una mulata, dos negras y varios negros, que nos fueron muy útiles en la pasada del río y aquéllas nos lavaron la ropa. Este día pasó una compañía del Guadalajara y se aproximó otra al borde de la derecha para la fagina. Armamos la tienda a la sombra de un frondoso árbol y bajo de otro igual lo hizo el comandante de artillería. Acampamos en una planicie pequeña rodeada de bosque.

"El día doce se continuó pasando y conocí a dos jovencitos de 10 a 12 años, que vivían en una de las habitaciones de la margen derecha, y habiendo salido a cazar, se hallaron a su regreso sin sus padres. Buscando auxilio donde sabían que habitaban gentes, se encontraron con la tropa. Ellos me aseguraron que varias familias andaban errantes. Por la compasión que naturalmente inspiraba la triste situación de los huérfanos, solicité recoger uno de ellos y que uno de mis compañeros recogiera al otro; pero se nos dijo que al día siguiente se marchaban con un francés que ya se había hecho cargo de éllos desde el día anterior, y quien se había largado de entre el enemigo, dejando con él a su mujer y seis hijos, tres de ellos adoptivos.

"El día trece se pasaron los carros que se nos habían unido el día anterior y se acabó de pasar cuanto había quedado en la margen derecha, dejando en ella el ganado que traíamos, porque fueron vanos cuantos esfuerzos se hicieron para que atravesara el río. Se recibió un correo del general Ramírez y Sesma en que participaba que

Digitized by Google

el general en jefe había pasado el Brazos por Orazimbo.[68] Se tocaron dianas por esta ocurrencia y se hizo salva de artillería, como si se celebrara una victoria.

"El día catorce se continuó la marcha, saliendo la vanguardia a las nueve de la mañana y la retaguardia a las diez, por la confusión que causó el cambio de las cargas de las mulas con la de los carros. A la una de la tarde llegamos al arroyo del Arenoso, a donde con la lanza de un quitrín botaron al suelo al general Filisola. Debíamos haber acampado en él, pero estando distante la leña continuamos hacia Austin, a donde nuestra vanguardia llegó con luz. Caminamos de 28 a 30 millas por una llanura inmensa que formaba horizonte. Por nuestro flanco derecho apenas se alcanzaba a ver un bosque y parte del día divisamos el flanco izquierdo. Cerca de ponerse el sol alcanzamos a ver la ribera del Río de los Brazos y ya puesto éste percibimos unas pirámides truncadas, que eran las chimeneas de las casas donde había sido la villa de San Felipe. Desde antes de descubrirlas nuestras miradas buscaban con impaciencia estas ruinas que se hallan sobre una pequeña colina de una pendiente muy suave, unida al río y al extremo del llano que atravesamos. Antes de llegar todo era pintoresco y se percibía mucho ganado a derecha e izquierda. Llegamos y el primer cuadro que se presentó a mis ojos fué el de un bonito y fino perro que estaba junto a un gato, ambos en la actitud más triste. Sin duda lloraban la ausencia de sus amos y lamentaban acaso la pérdida de sus intereses.

"El día quince a las siete de la mañana estaba concluyendo mi memoria sobre los sucesos del día anterior cuando se oyeron voces de alarma y dejé precipitadamente la tienda. La motivó el tránsito de un **steamboat** enemigo que ni remotamente se esperaba. Los soldados de la avanzada sobre el río, que eran del batallón de Guadalajara, se sorprendieron a la vista de una máquina tan desconocida como inesperada para ellos. A los demás soldados que lo vieron les causó la misma sorpresa. Pocos del campo conocían un **steamboat** y así que todo fué confusión. Inmediatamente se mandó tropa a la parte del río que estaba libre de bosque, pero esto era lo mismo que correr tras de un pájaro y el general Filisola demostró ignorar la

68 El general en jefe pasó el río Brazos por el paso de Thompson y ninguna parte del ejército fué a Orazimbo.

Digitized by Google

velocidad con que caminan las máquinas que son movidas por el vapor, y en especial la de un steamboat que caminaba en favor de la corriente.

"Un cañonazo de ocho que se disparó sirvió sólo para avisar que teníamos artillería, pues se hizo a cálculo. Habiendo llegado a San Felipe cerca del oscurecer nada pude observar. Por la mañana de hoy antes de la ocurrencia del steamboat, dí una ligera recorrida a las ruinas. Como las casas eran de madera y las chimeneas de ladrillo, muy pocas de éstas quedaban, y fueron las que descubrimos alguna distancia antes de llegar. No pude calcular el número de casas que habían existido, pero me pareció que habría unas cincuenta reunidas. Varias de ellas debieron ser hermosas y cómodas, pero una principalmente que distaba unos cien pies del río, daba idea de su magnificencia. Tenía una bodega subterránea ademada de ladrillo, de unos treinta pies cúbicos. Había, como en la villa de González, multitud de herramienta para distintos objetos, pero principalmente para carruajes y labranza. También había máquinas destrozadas, mucha clavazón y barras de hierro en bruto, de suerte que muchas familias podrían haber hecho su suerte reuniendo lo que había en González y en Austin.

"En estas últimas ruinas, había varios duraznales, huertas de legumbres y sembrados de camote y papa. En frente del paso estaba una casa y las señales de una trinchera que formó el enemigo.

"Los grandes montones de loza fina destrozada indicaban donde habían estado los almacenes de ella, y que algunas familias tenían espléndida vajilla. Diremos en conclusión, para ampliar después, que el fruto de muchos años de fatigas ha sido destruído en un momento de locura. Los que tuvieron la osadía de insultar a la Nación que los había abrigado en su seno, olvidaron en su temeridad las víctimas que le iban a inmolar.

"La mente del general era que esperáramos en Austin los carros que habían quedado atrás, pero la ocurrencia del steamboat le hizo variar de opinión y emprendimos la marcha precipitadamente cerca de las diez de la mañana. Avanzamos casi costeando el río, por una llanura circunvalada de bosque que parecía un jardín. Se divisaba mucho ganado por las márgenes que seguíamos y causaba compasión verlo andar tan errante como sus propietarios. A unas nueve o diez millas de Austin, bajo los auspicios de un agradable bosquecito es-

Digitized by Google

taba situada una hermosa casa con una huerta y muchas flores, y todo en ella indicaba que había sido habitada por señoras laboriosas. Tenía dos trojes llenas de algodón.

"Austin, situada como se ha dicho sobre una pequeña colina, está cubierta por un bosque que se prolonga a su derecha, y a tres millas de distancia había también una casa fabricada y amueblada con gusto. El amigo que la visitó hacía una descripción pomposa de ella. Decía que había muchos cerdos y gallinas y que el ganado mayor era tan doméstico que corría en tropel tras de las personas que veía acercarse a la habitación, tomándola por sus dueños. Acampamos este día en un rancho incendiado llamado el arroyo del Molino, distante de San Felipe 20 ó 21 millas. En el camino encontramos alguna caballería del regimiento de Tampico, a las órdenes del capitán Valera que iba en solicitud del general Gaona.

"Abril diecisiete por la mañana en el paso de Thompson (Old Fort) del río de los Brazos. A la entrada de un bosque donde mi oído se deleita con el gorgeo de multitud de pájaros, en cuyos hermosos colores se recrea la vista a ratos, teniendo un tronco de árbol por mesa y otro por silla continúo mi **Diario.** Ayer entre siete y ocho de la mañana salimos del arroyo del Molino enmedio de gran tormenta que nos molestó más de la mitad del camino, y a las dos de la tarde llegamos a este punto, después de haber caminado de catorce a quince millas. Desde las ruinas de Austin marchamos costeando el río, alejándonos a veces, una, dos y hasta tres millas, y acercándonos otras hasta ver el agua en la parte de la margen despejada de bosque. Exceptuando el San Antonio, los ríos Guadalupe, Colorado y este de los Brazos no tienen playa y sí unos cantiles de mucho relieve aun a la inmediación de los pasos, siendo en algunas partes hasta de treinta pies. En el camino encontramos a los oficiales que el día diez habían venido a avisar al general la mala ocurrencia del **steamboat.** Nos llevaron vino en guajes y supimos por éllos que los efectos de la tormenta los habían atribuído a cañonazos y que ya dicho general tenía noticia de que el **steamboat** había de pasar por el puerto donde él se hallaba; pero que no pudieron hacerle ningún daño a pesar de que se prepararon para ello. A las ocho o diez millas de camino encontramos cerca de un arroyo una habitación que pertenecía a una viuda, quien, según el testimonio de un prisionero, era una joven de hermosa figura, y, según el de

Digitized by Google

una mujer, era una señora de edad. En lo que no hay duda es en que su casa está perfectamente situada, que es hermosa la huerta, que hay un duraznal y buenos todos sus laboríos. Se me ha asegurado que sólo el ganado que pertenece a esta finca vale de 70 a 80 mil pesos. El que nosotros alcanzamos a ver era incalculable y el que esto escribe padecía mucho mirando tantos bienes abandonados que le impelían a hacer reflexiones muy tristes para su país. Por boca de los oficiales citados supimos que la tropa de los generales Ramírez y Sesma y Tolsa habían recogido algunos efectos de los que había dejado la sección del general en jefe, compuesta de ciento y tantos hombres del primer batallón de Matamoros y ocho compañías de preferencia de otros cuerpos en corta fuerza. Supimos igualmente que en las habitaciones situadas en la margen derecha del río había vinos en abundancia, efectos y muebles curiosos a la vez que útiles. En el camino encontramos algunos soldados de los que se habían mandado a inspeccionar estas habitaciones botados de embriaguez, los cuales eran de los que estaban a las órdenes de dichos generales. A los pocos momentos de haber llegado el general Filisola llegó la brigada y se le dió orden de que fuera a acampar hasta el borde del río; que la artillería y zapadores se trasladaran a la margen izquierda; pero, al dar esta orden, olvidaron sus autores que la tropa estaba maltratada y mojada, que tenía necesidad de reponerse y alimentarse antes de entrar en fatiga y que para todo se necesita tiempo, cuya cortedad impidió que se le diera cumplimiento. Las habitaciones inmediatas al paso en la margen derecha distan de 450 a 500 pasos, pero yo antes de aproximarme a él fuí a visitar una máquina de despepitar algodón y en su local encontré colocada una enfermería que se denomina hospital, sin tener un cirujano, ni botiquines, sin alimentos a propósito para los enfermos y, que para colocar éstos se había destruído parte de esta máquina. A nuestra llegada no se hablaba sino del **steamboat**: nosotros de la sorpresa que habíamos recibido en Austin y aquí del fuego que el resto de los batallones Guerrero, Aldama, Toluca y primer activo de México, le habían hecho, en unión de una pieza de seis que se embaló al segundo tiro. Todos han convenido en que a su paso izó la bandera de los Estados Unidos del Norte, y aunque esto sea más que una estratagema, no será extraño que dé lugar a reclamaciones de aquella nación, pues sobrarán razones que alegar en pro y en contra. Por la

Digitized by Google

orden general de ayer, quedó disuelta la brigada de que yo era mayor de órdenes y la misma orden prevenía que el general Cos marchase el día de hoy (se dice que con dirección al fuerte de Velasco), con los batallones de Zapadores Guerrero y Aldama, llevando agregados el primero tres piquetes de los cinco que salieron con el de Béjar. Debieron marchar igualmente dos compañías del batallón de Guadalajara, la caballería presente de los regimientos de Dolores y Tampico, el comandante general de artillería con dos cañones, un obús y sus correspondientes dotaciones, así como treinta cajones de cartucho de fusil y mil piedras de chispa. El general Filisola debe permanecer en el nuevo cuartel general y se ha dado al general Tolsa el mando de la fuerza que queda en él; pues se asegura que el general en jefe, en las instrucciones que ha dejado a su segundo, previene que no se dé ningún encargo al general Ramírez y Sesma, aunque éste sigue dando órdenes. Como debía marchar el coronel Céspedes, que fungía de mayor general, se ha nombrado en su lugar al primer ayudante, don Francisco Quintero, hasta la llegada del general Woll. Habiéndose acampado mi cuerpo (el de Zapadores), a la inmediación del río, fuimos por la noche al cuartel general los jefes y oficiales que no estábamos de fatiga, para saber las ocurrencias del día. En una reunión de jefes se enardecía el general Ramírez y Sesma, por las críticas que se hacían en el campo contra su conducta, así como porque, habiendo el **steamboat** permanecido anclado algunas horas para hacer leña, a poca distancia de su campo, río arriba, lo había ignorado. Decía dicho general que estas voces vertidas por las rameras que seguían al ejército (como si pudieran llamarse tales a los jefes y oficiales de él), lastimaban su reputación militar y le perjudicaban ante el general en jefe. El coronel Céspedes fué de opinión que se debía haber abordado el **steamboat** con tropa en el chalán y se oyeron otros despropósitos de esta naturaleza; pero es indudable que se hubiera podido tomar, oponiendo antes fuertes obstáculos en el río que detuvieran su paso, lo cual se habría logrado a poca costa, arrojando en él gruesos árboles de ambas márgenes y encadenándolos unos con otros. El general Ramírez y Sesma tuvo tiempo de hacerlo, de escoger en el río el lugar más estrecho, puesto que los árboles corpulentos abundan en una gran extensión de sus márgenes, y que tuvo noticia anticipada de la bajada del **steamboat.** Sin ella nada podía hacerse. Los jefes y oficiales de Zapadores fui-

Digitized by Google

mos a recibir las órdenes del general Cos, **quien por estar ya recogido no se dignó recibirnos,** y desde adentro de su tienda ordenó que a la madrugada del día siguiente pasara el batallón el río. Pasamos luego a la tienda del coronel Céspedes y a las diez de la noche regresamos a nuestro campo.

CAPITULO NOVENO

Continúa la marcha de la columna.- Gran destrucción de pacas de algodón y cálculo aproximado sobre la pérdida por este concepto.- Excesos de los rebeldes en las propiedades de los colonos.- Expansiones íntimas ante el esplendor de la naturaleza y admiración que me causó una partida de indios conchates.- Orden de Santa Anna para que el general Cos se le reúna con 500 infantes escogidos.- Marcha Cos con el refuerzo solicitado.- Santa Anna despechado por no haber sorprendido a los principales directores de la rebelión en Harrisburg, manda quemar la población.- Privaciones del soldado y de los oficiales.- La "aduana", casa habitación del general Ramírez y Sesma.- Expedición para sorprender Columbia que se frustra por ignorar el camino.- Descripción de algunas casas de colonos y reflexiones sobre los efectos de la guerra.- 22 de abril, corren rumores que se confirman a las 5 de la tarde de que el general Presidente fué sorprendido y derrotado en San Jacinto.- Empieza la contramarcha.

"EL DIA diecisiete, desde adentro de mi tienda oí que de la otra banda se pedía el chalán que estaba en la nuestra, para que pasara un correo. Era el capitán Miguel Bachiller, que conducía pliegos para el segundo en jefe, en virtud de lo cual se suspendió la marcha del Batallón de Zapadores y se trató sólo de la del Guerrero, del Aldama, de dos compañías del de Guadalajara y de dos piezas, pasando luego una de ocho, porque ya el día anterior se había pasado un obús. Pasaron las dos compañías del batallón de Guadalajara, pues ya los del Guerrero y Aldama se hallaban en la otra banda; y yo que había pasado ya con dos compañías de Zapadores, recibí orden de repasar el río. En las observaciones que hice en la margen izquierda encontré una casa en pie, e incendiadas otras, entre ellas una cuyos vestigios indicaban que había sido grande y en cuyo incendió pereció otra máquina de despepitar algodón. También había una troje mediana llena de pacas de algodón; muchas de éstas, que

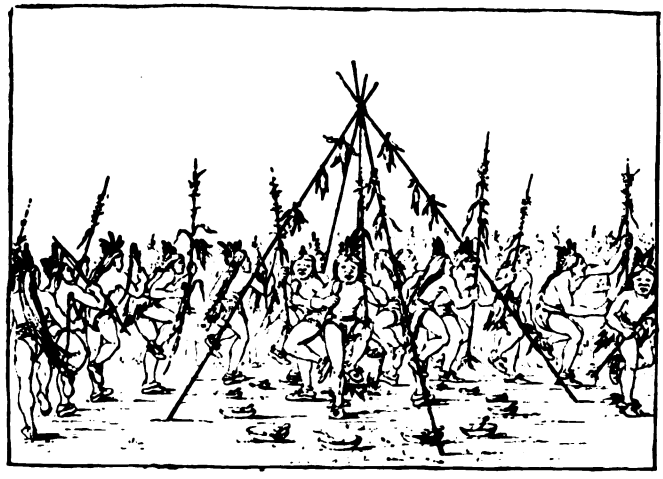
Digitized by Google

habían sido empleadas en una trinchera, estaban regadas al borde del río y otras de este lado. Cada una de ellas, siendo de algodón escardado y aprensado, la avaluaban en doscientos y tantos pesos; todas eran de igual tamaño y voluminosas; pero nunca pude saber el número de arrobas que contenía cada una. Verdaderamente daba compasión ver destrozadas muchas de estas pacas. Nuestros soldados, como los de todo el mundo, son destructores: hacen algunos sus camas en gruesas capas de algodón, que al día siguiente renuevan. Las mujeres de éstos son más destructoras todavía. He visto a algunas de estos monstruos, cual damas delicadas, regar el algodón a la orilla del río para no ensuciar sus descomunales pies al salir del baño. Ninguno de los que manda trata de poner término a esta innecesaria destrucción y no nos es dado hacerlo a los que la lamentamos. No es posible calcular el valor del algodón que hemos visto de González a aquí, tanto empacado como almacenado sin despepitar, ni mucho menos el que aún se halla en las labores y en habitaciones distantes que no hemos podido visitar, pero que otros han visto. Tampoco se puede avaluar el mucho ganado que se encuentra en todas direcciones, pero ambas cosas deben montar a muchos miles de pesos. "Una joven bejareña que encontré en la otra banda, doña María Francisca de los Reyes, perteneciente a una familia que hace seis años reside entre los colonos, me ha dicho que, según los cálculos de éstos, pasaba de medio millón de pesos lo que han perdido en Austin, y que avalúan en diez millones su pérdida en el departamento de los Brazos; pero esto debe ser exagerado y puede ser que apenas sea su pérdida total en todas las colonias.[69] Me ha asegurado también, como otras muchas personas, que algunas familias que no tomaron parte en la guerra, habían resuelto esperarnos por el interés de conservar sus bienes; pero que no pudieron verificarlo porque los hombres de armas les quemaban sus habitaciones, para obligarlas por este medio bárbaro a huir de nosotros, cuando no conseguían intimidarlos con la relación de las escenas fúnebres del Alamo y Goliad, que las representaban con la vehemencia que ellos son capaces de

69 La persona de quien se trata estaba relacionada con otras y podía hablar con datos seguros sobre el particular, pero hablando yo con los colonos que estuvieron entre nosotros, después del suceso de San Jacinto, me aseguraron que aún no habían hecho el cálculo de sus pérdidas, pero que podrían montar a dieciocho o veinte millones de pesos fuertes.

Digitized by Google

inspirar. Así es que los propietarios que no quemaban sus hogares, los veían siempre arder por otras manos y principalmente por las de los voluntarios que han venido del Norte y nada tienen que perder. La misma persona me ha dicho que en Austin había reunidas más de cincuenta fábricas llenas de objetos de mucho valor, no pudiendo salvar nada de ellas porque cerraron los almacenes para incendiarlos. ¿A cuántas reflexiones no dan lugar estos hechos? ¿Qué alma sensible podrá ver con indiferencia una guerra tan desastrosa y perjudicial para ambas partes? Lo cierto es que las hay, y que hombres que pasan por civilizados, pero que en sí no son más que unos idiotas, se complacen con los males de sus semejantes y procuran aumentarlos."



"Día dieciocho.—Ayer tuve que dejar muchas veces la pluma para deleitarme en una hamaca dentro del bosque, con el canto armonioso de los pájaros y para recrear mi vista con sus bellos colores y con la travesura y ligereza de multitud de ardillas. Inmediato a los hombres que andan en solicitud de la destrucción, ansiosos de dar la muerte y de recibirla, me complací en figurarme en mis ratos de soledad que me hallaba solo con la naturaleza. Al ponerse el sol, cuando salí del bosque y me dirigí al campamento, me entregaron una partida de indios que habían encontrado ejerciendo el pillaje en algunas casas. Me causaron alguna admiración por ser distintos de

Digitized by Google

los que hemos visto hasta ahora, desnudos los más o vestidos de pieles. Estos llevan un turbante, un arete y un traje decente, aunque no es uniforme en todos. Son bien formados, hablan el inglés, además de su idioma y uno de ellos entiende algo de español. Entre las mujeres que los acompañan hay dos jovencitas de trece a catorce años de color blanco, de facciones bien labradas y una de ellas tiene hermosos ojos. Se titulan 'Conchates'.

"En la mañana de hoy ha regresado de la vanguardia el teniente coronel don José M. Castillo Iberry, edecán del general en jefe, con la orden de que marche el general Cos con quinientos infantes, sin ninguna artillería a reunirse a S. E. Siendo este río de más latitud y corriente que el Colorado y Guadalupe ha sido mayor el trabajo para pasar los atajos de mulas y se ha necesitado más tiempo para las cargas, por no haber más de un chalán, ni más bogadores que los pocos prisioneros hechos aquí y en el Colorado. Algunas mulas y caballos se han ahogado y si en los anteriores ríos hemos visto lástimas con dichas bestias, aquí las hemos visto mayores. Hemos visto igualmente que las mujeres que han compartido hasta aquí de todas las fatigas del soldado, han tenido hoy el sentimiento de que se les separe de ellos, providencia que ya había tomado el general en jefe y que aunque parezca dura es conveniente para el buen éxito y rapidez de las operaciones. El general Cos ha marchado esta tarde con el Batallón Guerrero, los restos del Aldama y Toluca, y dos compañías del de Guadalajara; y aunque no he podido conseguir un tanto del estado de esta fuerza, se me ha asegurado que es poco mayor de quinientos hombres. Lleva consigo el parque dejando atrás el resto de las cargas. Volví a la otra margen y ratifiqué con la madre de la joven las noticias que ésta me tiene dadas y dicha señora me ha dicho que en la máquina de despepitar había una adjunta de moler maíz que obraba a la vez que aquella."

"Día diecinueve.—Ayer ha marchado igualmente Castillo Iberry, quien ha dicho que el general en jefe despechado de haber errado el golpe que había preparado a los principales directores de la revolución, reunidos en Harrisburg, entre los que se contaba don Lorenzo de Zavala, mandóle quemar esta población, a cuya destrucción ayudó S. E. en persona, y que el coronel Almonte en la dirección de New Washington, había dado alcance a algunas de las familias que

Digitized by Google

huían con los colonos. Oportunamente sabremos el trato que se les haya dado.[70]

"Mis ocupaciones diarias me han impedido relacionar las miserias del ejército. Hemos dado idea en el discurso de este **Diario** de lo ocurrido hasta la salida de Béjar y en parte hasta González, pero recordaremos para la historia de esta campaña, que en el Colorado acabó para el soldado la media ración de galleta de maíz, o condoche, y quedó reducido todo su alimento a una libra de carne y a media ración de frijol. Considérese al soldado pésimamente alimentado, peor vestido y calzado, durmiento siempre al vivac, atravesando ríos y fangales, sufriendo unas horas de sol ardiente y otras copiosas lluvias y teniendo en las horas de reposo que molestarse muchas veces para cubrir sus armas de la lluvia, porque ni pabellones de armas se han traído para una campaña en que se iba a transitar por desiertos. Nada habría que objetarse si estos padecimientos fueran todos obra de las circunstancias y no del desprecio y abandono con que se ha visto hasta ahora al infeliz soldado; pero a la vez que esto sucedía, este hambriento soldado escoltaba atajos cargados de maíz y daba exacto cumplimiento a las órdenes del general en jefe, para que no se hiciera uso de él. Cuando por un accidente se rompía un saco, hemos tenido el sentimiento de ver a los soldados y a las mujeres que iban en las cargas, amontonarse como las gallinas para recoger hasta el último grano; y hacían más que estos animales, porque con las manos espulgaban la tierra hasta que se convencían que nada quedaba en ella. En las tierras de labor que hay cerca de las habitaciones, los hemos visto escarbar para desenterrar las semillas de camote y papas que aún no habían tenido tiempo de fructificar.

"Si la suerte del soldado es lastimosa, no es menos triste la del oficial. Pocos de ellos se alimentan menos mal que el soldado y se les ve mendigar también una tortilla entre los arrieros. Existen mu-

70 No he adquirido otras noticias que las que me ha dado el enemigo y ellas son sin duda muy exageradas, porque mal prevenidos los texanos contra el señor Almonte, que les es muy conocido, le han atribuído crímenes que es incapaz de cometer. Es uno de los que más se han opuesto a las escenas de sangre y no es creíble que él las hiciere ejecutar en mujeres. Ha sido, pues, una infame calumnia el acriminarle de ello. Más tarde, al tiempo de redactar esto, he formado una idea menos ventajosa de dicho señor, por su conducta versátil e inconsecuente al mal desempeñar la Secretaría de Guerra en el Ministerio, combatiendo los principios que ha profesado.

Digitized by Google

chos, aquí mismo (en el río de los Brazos), que varias veces han rogado para que se les venda una en ocho o diez reales. Escandalizados hemos visto a un arriero que en un momento ha hecho cincuenta pesos cuatro reales con un solo almud de maíz. En medio de esta triste situación el soldado ha padecido sin quejarse y ni una sola vez se le ha visto amotinarse para pedir qué comer, como habría hecho otro que no fuera el mexicano. Este sufrimiento no es en todos nuestros soldados por estupidez, sino porque el soldado mexicano es en efecto el más sufrido del universo. Si no se quejan no por esto dejan de criticar entre sí, su crítica es tan acre como justa y algunas veces tan aguda y graciosa que es preciso reírse en medio de la compasión que inspira. Algunas ocasiones hacen su crítica en voz alta y sobre la marcha, con el objeto de que la oigan sus jefes inmediatos, teniendo que disimularla aun aquellos que son estrictos, pues no hay valor para reconvenir a un soldado que murmura porque no se le da una ración que se le ha descontado adelantada. Las reconvenciones insultantes que algunos oficiales imprudentes les han hecho son tanto más injustas cuanto que ellos mismos murmuran a su vez.[71]

"Se ha hecho ya un proverbio en este campo llamar 'aduana' a la casa que habita el general Ramírez y Sesma, porque en ella se ha guardado la mayor parte de los efectos y víveres recogidos en las habitaciones cercanas; pues éstas parecían depósitos, principalmente de licores y quincallería, según las relaciones de los que las han visitado, que han sido los más aprovechados. Hasta ahora hemos visto lucrar a los hombres que menos han trabajado, quienes ocupándose en peculados descuidan sus deberes, pero no es extraño porque así sucede siempre. El botín que debía repartirse con equidad, al menos de aquellos renglones más precisos, ha quedado, como en Béjar, entre los favoritos y entre algunos jefes de representación, faltos de pudor.[72] Por la multitud de jarras doradas de distintos tamaños, de piezas de cristal abrillantado y otros muebles de gusto que hemos visto en manos de los soldados y de sus mujeres, se infiere

71 Sin embargo, la disciplina exige este rigorismo. Nadie más convencido que yo de la justicia con que murmuraba el soldado y al fin me ví precisado a incurrir en la falta que reprocho, pero no fué sin sentimiento.

72 Tengo la satisfacción de no haber tomado un alfiler, ni solicitado la más leve cosa, sin embargo de que, como otros muchos, he perdido varias cosas de mi pertenencia en la campaña. Tengo tal horror al botín que por no tener nada de él no me he hecho de armas que han sido muy de mi gusto.

Digitized by Google

que había abundancia de ellos en las habitaciones de donde se han sacado. Relojes de sala y grandes espejos sólo en la denominada 'aduana' y en alguna que otra parte los hemos visto. Buenos vinos y brandy los tienen en abundancia algunas personas. Parece que por efecto de estos licores fué tanto el desorden habido en una de las correrías, que la tropa se insubordinó contra el capitán de presidiales don Marcos Barragán y contra otro oficial de caballería. Es indudable que el día que llegamos a este punto encontramos en el camino a algunos soldados botados por la embriaguez y que un zapador que se separó de sus filas resultó muerto por un soldado del primer activo de México que salió herido."

"Old Fort, abril veintidós.—La tarde del 19 se trasladó el campo de la margen del río a la línea que se trazó frente de las casas y en cuyo día me acabé de convencer de lo servil que es la carrera militar, a que no debe pertenecer ningún ser sensible y pensador. No habíamos aún acabado de establecer el nuevo campo cuando recibimos orden de marchar con 150 zapadores, una pieza de seis y cincuenta caballos. Entre once y doce de la noche emprendimos la marcha guiados por un conchate bastante civilizado, quien hablaba mal el español y bien el inglés, por lo que llevamos intérprete de este idioma. Caminamos hasta la una o dos de la tarde del día veintiuno y creyendo el comandante de esta sección, coronel don Agustín Amat, que se había alejado más de lo que se le había prevenido, contramarchó y repasamos un arroyo cuyo bosque era muy fangoso, por cuya causa la pieza nos hizo perder el tiempo a la ida y a la vuelta. Acampamos a la salida del bosque y la tropa que no había tomado ningún alimento desde el día anterior, porque marchamos sin el rancho, tomó carne asada y al día siguiente entre seis y siete de la mañana continuamos la contramarcha para este campo, a donde llegamos a las doce del día. Se calculó por las horas que lo más que nos alejamos fué unas treinta millas; aunque hubo hombres empeñados en aumentar esta distancia, porque esta se hace mayor cuando se camina con hambre y con sueño; y hubo otros que se figuraron que el guía y el intérprete obraban de mala fe y se habló hasta de fusilarlos. Aquel había dejado en nuestro campo a sus compañeros y a toda su familia y no era creíble que obrara de mala fe, porque habría comprometido a sus deudos y amigos.

"El objeto de esta expedición había sido sorprender Columbia,

Digitized by Google

en donde el conchate que nos guiaba aseguró que había un rico cargamento, custodiado por sólo setenta hombres enemigos; pero es probable que no hubiera ninguna fuerza, porque hacía diez días que había llegado nuestra vanguardia a este punto y no es creíble que un enemigo que va en retirada dejase un destacamento de este lado del río y tan cerca de nosotros. La expedición se debió haber llevado a efecto y no debímos contramarchar sino por razones de mucho peso y más cuando el guía aseguraba que el citado Columbia distaba del punto de donde lo hicimos de 6 a 8 millas; pero aun cuando distara el duplo era menos mal en mi concepto haber llegado, que volver al campo desairadamente. Hubo la circunstancia de que el coronel Amat[73] se hallaba enfermo cuando se le designó para esta comisión y sólo el pundonor le hizo admitirla. La falta del idioma inglés influyó en el mal éxito, por cuya causa hubo muchos equívocos y contradicciones.

"La noche del diecinueve advertimos que había mucho ganado, pero en las mañanas del 20 y 21 lo vimos en tanta abundancia que sin duda son los días en que hemos visto más. Observamos que además de ser muy gordo es, en su mayoría, manchado de colores claros y de lejos hacía una hermosa vista por parecer todo blanco. Es mucho y abunda la raza cuatezona, cuyas vacas producen tres veces más leche que las demás. A la orilla del bosque y a pocas millas del río se miraban muchas casas y labores extensas. Entre las que visitamos

73 Este jefe me aseguró más tarde que había recibido orden del general Filisola para no alejarse del cuartel general arriba de diez leguas; pero si él hubiera llegado a Columbia y no hubiera acaecido la desgracia del 21, se le habría aprobado su determinación, porque los resultados deciden generalmente si se ha obrado bien o mal. Como yo tenía deseo de distinguirme en una campaña que voluntariamente solicité hacer, estando para marchar a Europa, desde antes que se pensara en la expedición de Columbia había yo querido hacerla e interpuse los respetos del comandante general de artillería para que se me diera el mando de ella, pero el señor Ampudia, no obstante el extremado afecto que me manifestaba, hasta haberme obligado a que nos tutearamos, para estrechar más nuestra amistad, vió con poco interés mi referida súplica y yo confiado en sus promesas no solicité directamente la comisión, que acaso se me habría concedido porque el señor Filisola manifestaba con demostraciones públicas que tenía buen concepto de mí. El día que contramarchamos, como yo no estaba por ello, solicité que se me diera la caballería para seguir adelante, pero el señor Amat se negó a mi pedido y le dió una interpretación indebida, creyendo que yo atribuía a debilidad suya el que él no quisiera seguir. El mismo día que nosotros debíamos haber entrado en Columbia entró parte de la división Urrea y encontró en efecto muchos víveres, efectos y licores en abundancia, pero ninguna fuerza enemiga.

Digitized by Google

había algunas aún sin concluir, pero en un grupo de ellas ya acabadas que indicaban ser de una misma familia, había una que merece el nombre de linda, así por su construcción, por las comodidades que tenía, como por el bello sitio en que estaba colocada. La perspectiva principal mira al Sur, a cuyo rumbo tiene un hermoso corredor y otro el Este. La entrada de la casa está al Norte, donde hay otro corredor muy amplio y después de un duraznal sigue el bosque. A la izquierda de la fachada principal, había una prolongada labor de maíz, cuya planta tenía una vara de altura y otro duraznal. Por la parte del Este y de Norte a Sur hay un jardín cuyo perímetro lo cierra una fina estacada y en la cual había legumbres en abundancia, de las que tomamos bastantes cebollas. Esta casa es de madera, como son todas las de Texas y si su aspecto exterior fué encantador a los ojos del que esto escribe, a la vez que tristes en indispensables reflexiones, hacían estremecer su corazón, su enternecimiento fué mayor estando dentro de ella. Relojes de mesa y grandes espejos destrozados; camas sin lujo, pero decentes; rizos de damas y de niños sobre las mesas; tornos de hilar y máquinas en pequeño para tejer; mucha loza fina, cristal y libros regados; ollas de fierro y otra multitud de muebles útiles y necesarios para los objetos domésticos, todo era indicio cierto de cuán feliz, laboriosa y de buen gusto era la familia que había hecho uso de ellos. Todos estos objetos revelaban que esta familia había sido numerosa y nada me enterneció tanto como la vista de los rizos, sin ser aún padre de familia. Sobre el Nuevo Testamento, única cosa que me atreví a levantar, escribo en este momento.

"Entre el Norte y Oeste de esta casa están todas las demás y casi enmedio de ellas un pozo rodeado de cubetas perfectamente acabadas, con una al extremo de una cadena y el otro unido a un cilindro colocado horizontalmente, de suerte que haciéndolo girar sobre sus ejes se sacaba el agua con facilidad y presteza. Todos los pozos que hemos visto están de este modo y algunos ademados hasta cierta distancia del broquel o hasta las 50, 60 y más varas que tienen de profundidad.

"Como los colonos tienen sus habitaciones esparcidas en las márgenes de los ríos, millas más o menos unas de otras, en nuestra marcha no nos ha sido posible visitar todas las que han dejado en pie, pero por las relaciones de los que las han visto, sabemos, a no

Digitized by Google

poderlo dudar, que hay muchas semejantes o mejores a la que acabamos de bosquejar; según el más o menos buen gusto de los que las han fabricado y su mayor o menor fortuna. El ganado que había a las inmediaciones de estas casas es tan doméstico que corría en tropel siguiendo a los soldados cuando veía que se dirigían a ellos. A la inmediación de ellas hemos encontrado cerdos de disforme tamaño, algunas gallinas y patos. En todas, aún en las más infelices, máquinas de moler maíz y café, mucha herramienta de carpintería y de labranza; los arados son de una construcción rara e ingeniosa y a primera vista se conoce que son más eficaces para su objeto, que los que usan nuestros labradores. Varias de estas casas las guardaban aún perros tan fieles que se esforzaban en no dejarnos acercar a ellas, y otros huían porque acaso nos aborrecían tanto como sus amos.

"Contémplese por un momento a estas familias abandonando sus comodidades, sus labores, ganados y todos sus bienes; huyendo a los bosques, no llevando en su precipitada fuga sino lo muy preciso y sin saber a dónde dirigir sus pasos. Considéreseles destruyendo e incendiando con sus propias manos sus hogares y el fruto de muchos años de fatigas, o viéndolos incendiar por otras manos; reflexiónese que a muchas de estas familias las circunstancias de la guerra las obligaban contra sus deseos a seguir esta conducta; que eran arrastradas por los promovedores de ella, quienes nos pintaban con los coloridos más negros, haciéndonos aparecer como salvajes, como hombres más feroces que las fieras, lo que por desgracia contribuían a confirmar las escenas del Alamo, de la Bahía y Misión del Refugio. Reflexiónese también que en las familias que han sido víctimas de la revolución había muchos inocentes nacidos en nuestro territorio y se convendrá conmigo en que se debieron intentar medios para evitar la guerra y que ya en el caso forzoso de hacerla para vindicar a la Nación ultrajada, ha debido hacerse de modo que fuera menos desastrosa. Se demostrará a su tiempo que ambas partes fueron culpables y se mencionará la conducta generosa que los colonos tuvieron con nuestros heridos cuando tomaron Béjar, la que seguimos nosotros y la que éllos adoptaron después como consecuencia de la nuestra.

Sobre esta indicación del diario creemos bastante lo dicho en la página 107 de este volumen.

Digitized by Google

"Desde que llegamos a González comenzamos a tomar leche y conduciendo vacas la hemos seguido tomando hasta aquí, pero la orden del 19 prohibió amarrar becerros para este objeto; porque se alega en ella que el balido de estos animales quita el sueño en las horas de descanso; sin reflexionar que mayor es la grita de los centinelas[74] y no nos impide dormir; pero hasta ahora no se le ha dado cumplimiento, porque las necesidades que sufrimos son superiores a los deberes y obligan a los jefes y oficiales a hacerse desentendidos. Ciertamente contrasta una orden que tiene por objeto privársenos de uno de nuestros principales alimentos con la tolerancia que se tiene a los usureros, vivanderos, no poniéndoles ninguna tasa en su voracidad.[75]

"La orden general de ayer (día 21) prohibe bajo la responsabilidad de los jefes de los cuerpos que se sigan destrozando las pacas de algodón; pero la providencia se ha dado fuera de tiempo, porque se han destrozado ya la mayor parte por el miserable interés de aprovechar el tosco género en que estaban empacadas. Muchas de estas pacas han sido destruídas, como se ha dicho, para hacer cama los soldados y otras para componer los pasos del río y para no ensuciarse los pies las mujeres al salir del baño.

"El general Gaona ha llegado igualmente ayer con su brigada a este cuartel general y ha sido reforzado con el resto del batallón de Guadalajara. Ha hecho esfuerzos como en Béjar para llevarse a zapadores. Este jefe que, como se ha visto, salió el 24 de marzo de aquella ciudad con dirección a Nacogdoches, llegó el primero de este mes a la villa de Bastrop, situada a la margen oriental del Colorado, que encontró abandonada, aunque con efectos, muebles y algunas provisiones. Contramarchó a este punto por órdenes que recibió al efecto. Hoy había empezado a pasar su brigada a la otra banda

---

74 Quizá porque no estábamos al frente del enemigo.

75 En el río de los Brazos valía 5 y 6 reales una tablilla de mal chocolate; hasta doce pagaba al último el que quería satisfacer su apetito. El piloncillo, cuyo costo en Monterrey había sido de tres granos, lo vendió el cantinero del hermano político del general en jefe a 20 reales y tres pesos. El maíz, que no costaba a los vivanderos más de irlo a recoger en las mismas mulas que la Nación pagaba a 4 y 5 pesos diarios, nos lo vendían a 3 y 4 pesos almud y también lo pagamos a 5 y 6 pesos almud, y alguna vez la necesidad nos obligó, en la retirada, a pagarlo a 8. Algunos de estos vivanderos eran los mismos dueños de los atajos.

Digitized by Google

para continuar su marcha a Nacogdoches, y saliendo yo del bosque entre 2 y 3 de la tarde, me aproximé al paso del río y me encontré con que la parte que ya lo había pasado lo estaba repasando. Todos preguntaban la causa de este contramovimiento y nadie daba razón, pero en este momento que son las cinco de la tarde corren rumores de que el general en jefe ha sido derrotado el día de ayer. La cosa parece positiva; han llegado varios individuos que lo aseguran; he hablado con uno de ellos y si la especie se confirma sólo me será extraño que no haya sucedido antes, por el desórden con que nos ha conducido (el general en jefe), con sus torpezas y locuras. La variedad con que hasta aquí se ha hablado de esta campaña sólo podrá decirse a la conclusión o suspensión de ella, porque hay mucho que decir sobre la diversidad de opiniones y de temores. El enemigo hasta ahora no ha sabido hacer la guerra y esto nos ha salvado; quién sabe si el día de ayer ha empezado. Se ha notado alguna confusión y desaliento en los generales y en alguno que otro jefe, pero con satisfacción he observado el buen espíritu del soldado que no habla sino de ir a vengar a nuestro caudillo y compañero... Marchemos."

CAPITULO DECIMO

Ligeros comentarios acerca del Diario.- Informes del capitán don Miguel Aguirre, jefe de la escolta del general en jefe, sobre la catástrofe del 21 en la que fué herido; primeros detalles sobre el particular.- El Batallón de Zapadores recibe orden esa misma noche, o sea la del 22, para acercarse a la margen del río de los Brazos creyendo los jefes y oficiales que iban a la ofensiva.- Por la tarde se recibe contraorden y empieza la retirada.- Por la noche se advierte una especie de aurora boreal por el rumbo de San Jacinto.- Indignación de jefes y oficiales por la retirada.- Reflexiones sobre la misma.- Valiente proclama de Filisola y deseos de que cumpla lo que en ella dice.- Comentarios sobre el desastre de San Jacinto.- Dispersos de San Jacinto.- Carencia absoluta del servicio de espionaje.- Más pormenores de la oprobiosa derrota de San Jacinto.

"HE INSERTADO mi Diario sin interrupción desde la salida de Béjar y lo he hecho conforme está, aunque haya de chocar que no se acomoden sucesos referidos en tiempo presente, porque he creído menos mala esta incoherencia que hacer una varia-

Digitized by Google

ción substancial. De ahora en adelante, sin variar el tiempo, ni los conceptos, aunque en algunas frases poco castizas seré precisado a interrumpirlo muchas veces para hacer reflexiones que sólo se indican en él; pues, como he dicho en la carta que ha servido de prólogo, no podía hacer otra cosa que indicaciones sobre la marcha, y eso empleando las horas en que todos se entregaban al descanso. El **Diario** seguirá como hasta aquí "para distinguirlo de las adiciones que voy a hacerle". Hecha esta advertencia puedo ya continuar su inserción."

"Domingo 24 de abril. Es un llano desconocido a donde llegamos entre 2 y 3 de la mañana. El capitán del regimiento de Tampico, don Miguel Aguirre, que mandaba la escolta del general en jefe y regresó el 22 es, entre otros, uno de los que aseguran la total destrucción de la fuerza que mandaba éste personalmente, en unión de la que le llevó el general Cos. Por el dicho de aquel oficial se sabe que la acción en que acaeció esta catástrofe, fué el 21 a las cuatro de la tarde, en la margen anterior del San Jacinto, y que perecieron en ella por sorpresa (sorpresa a las cuatro de la tarde), los batallones Guerrero, al mando del coronel don Manuel Céspedes; Aldama, al mando del primer ayudante don Felipe Romero; Matamoros, al mando del coronel don Manuel Romero; y Toluca, todos casi en cuadro, principalmente el segundo y último que sufrieron muchas bajas en el asalto del Alamo. Fueron víctimas igualmente dos compañías del batallón de Guadalajara, al mando de los capitanes Rocha y Licona, y los de preferencia del primer activo de México, al mando de los capitanes don José María Avila y ..... La artillería sólo ha perdido una pieza de seis, al mando del teniente don Ignacio Arenal. Aguirre asegura, que no habiendo podido el general en jefe salvar un bayuco[76] se quedó pie a tierra entre un bosque; que murieron el general Castrillón, los coroneles Almonte, Batres, Mora; los teniente coroneles Castillo e Iberry, Aguirre (don Marcial) y todos los demás jefes y oficiales del Estado Mayor y de los cuerpos; pero nada se sabe afirmativamente porque hasta la fecha no ha llegado nadie de los que se hallaron en la refriega más que Aguirre, herido y unos cuantos soldados y domésticos.

76 En Texas llaman bayuco a un arroyo cortado y generalmente fangoso.

Digitized by Google

"La noche del 22 recibió el Batallón de Zapadores la orden de acercarse a la margen del río y los jefes y oficiales creímos que íbamos a la ofensiva para posesionarnos del paso en ínter pasaba el resto del ejército; porque era natural pensar así; pero la ocupamos toda entera, no sin asombro e indignación en repasar las cargas de parque y de la proveeduría que ya se habían pasado a la otra banda, para la marcha del general Gaona. La mañana de ayer que nos retiramos al campo encontramos batidas las tiendas, pero no emprendimos la contramarcha sino hasta que el sol se había puesto, dejando aun a este general para que acabara de repasar las cargas que aún quedaban de aquel lado. La misma noche del 22 advertimos una especie de aurora boreal por el rumbo en que había sido el encuentro; circunstancia por la que algunos atribuimos este resplandor a la quemazón de nuestros muertos. Habíamos caminado ya algunas horas y la oscuridad nos había ocultado los objetos cuando advertimos el incendio de las casas de donde habíamos salido.

"Esta contramarcha es verdaderamente cruel y violenta para mí, porque en mi opinión después de reunidos al general Urrea debíamos marchar para vindicar el honor de las armas, vengar a nuestros compañeros y salvar a los que aún se hallen con vida; pero desgraciadamente sólo algunos jefes y la mayoría de los subalternos han sido de mi modo de pensar, pues los generales no han querido ni siquiera esperar a los dispersos que pudieran reunirse, pudiendo ser entre ellos el general Santa Anna. El que tenga valor para ello que se figure a multitud de nuestros camaradas vagando por los bosques, muertos de hambre, circundados de enemigos y sin saber a dónde dirigirse; que los que puedan llegar a donde saben que estaba el cuartel general[77] no tienen en qué pasar el Brazos, pues se ha mandado destruir el único chalán que había; algunos de éstos se arrojaron al río en su desesperación y perecieron en él después de haber librado al furor del enemigo... Considérese a nuestros heridos, sin tener quien los recoja y a nuestros prisioneros sacrificados al bárbaro derecho, y se maldecirá con mayor vigor esta retirada, aunque una remota esperanza fundada en la generosidad del enemigo, de que ya ha dado pruebas, no menos que en la justicia que nos

77 Consúltese si acaso puede llamarse cuartel general donde reside el general en jefe, o también donde se halla la plana mayor del ejército.

Digitized by Google

asiste para hacerle la guerra, me hace esperar que sean salvados. Hasta ahora el hambre, las distancias y el desorden en que se nos conduce han sido el principal enemigo que hemos combatido; porque los colonos, aunque sobrados en valor, no conocen la disciplina ni están reglamentados. Sólo han podido vencer al general Santa Anna que todo lo hace fuera de regla; el general Urrea los ha batido con fuerzas inferiores. Anoche hemos sabido que este general se halla en Brazoria, que se le han comunicado órdenes ejecutivas para que venga a reunírsenos con su división y nos dirigimos a encontrarlo, porque nuestros viejos (generales) no se creen seguros sin él. Reflexiones que deben hacerse sobre nuestra retirada al primr golpe que hemos sufrido: las consecuencias que van a seguirse; la campaña estaba para concluir y todo ha sido perdido por una locura. Todos se ocupan de lo que sucederá en el interior de la República; temen el cambio político y algunos perder sus empleos; pero a mí nada me afecta tanto como ver el honor nacional comprometido y en vísperas de perder la más preciosa parte de nuestro territorio. Juicio sobre la siguiente campaña por el mal éxito de ésta. Razones en que me fundo para creer que aún podíamos reparar las faltas del general Santa Anna. Terminar la cuestión de una vez arriesgándolo todo, o quedando todos sepultados en Texas antes que retirarse. A su tiempo explayaremos estas ideas, pues la cortedad de él y la incomodidad con que escribo no me permiten más que formar recuerdos.

"El teniente coronel don Nicolás de la Portilla me ha dicho que pidió la caballería para ir a buscar los dispersos, por ver si entre ellos encontraba a su hermano, don Manuel, ayudante del general en jefe, y que se le negó; pero el 22 se mandó una partida de ella y alguna infantería hasta la salida del bosque. Muy ufano habrá quedado nuestro general creyendo que había hecho todo lo que debía para proteger la reunión de los dispersos; pero se ha engañado miserablemente y yo no puedo menos que creer que por su calidad de extranjero no le interesa la suerte de los mexicanos. En este día (24) ha dado una valiente proclama y ojalá lleve a cabo lo que en ella ofrece, pero lo dudo, porque sus acciones contradicen sus palabras."[78]

"Día 25.—Ayer entre dos y tres de la tarde levantamos el campo

78 Véase el Anexo No. 18.

Digitized by Google

y vinimos a otro inmediato donde hay casas y encontramos al Batallón Jiménez, perteneciente a la división Urrea, cargado de un rico botín, tomado en Columbia. Sobre la marcha supimos que había algunos dispersos al otro lado del río, que no tenían en qué pasar y me ratifico más y más que no debíamos haber abandonado el paso de Thompson, al menos con tanta precipitación. Antes de hacerlo se destrozaron algunas barricas de brandy, cuando en los días anteriores sólo se daba la miserable ración de un cuartillo para cada 16 individuos de tropa: se botaron al río víveres por no haber en qué transportarlos, víveres que hasta entonces se habían economizado al extremo de hacer carecer al soldado de lo necesario. Se quemaron algunos equipajes, principalmente de los pertenecientes a los oficiales que habían sucumbido en San Jacinto y mochilas que debieron haberse repartido entre los batallones de Guadalajara y auxiliares de Guanajuato, que no tenían. Anoche a las doce llegó el invicto general Urrea con el resto de su triunfante división. No hay tiempo para oír contar a todos los individuos que la componen la abundancia en que han vivido, mientras nosotros caminábamos en la mayor miseria. En Matagorda, Brazoria y Columbia principalmente encontraron abundancia de víveres, de efectos de todas clases, de muebles exquisitos y de licores. Un parián parecía hoy el campo del señor Urrea, y al nuestro se han venido a vender varias cosas, entre otras, esperma, azúcar muy blanca, chocolate amargo, puros a peso el cajón, cristal, sombreros finos, ropa hecha, etc. Ayer sobre la marcha apercibí gruesos torbellinos de humo por nuestro flanco izquierdo, que indicaban ser casas que ardían y se vieron desde antes de emprenderla. Como a las 7 de la mañana de hoy se incorporaron el capitán don Marcos Barragán, ayudante del general Santa Anna; Somosa, oficial del Matamoros y un soldado presidial de los dispersos de San Jacinto. Como nada encontraron en el paso de Thompson para pasar el Brazos, tuvieron necesidad de construir una balsa y atar los maderos con sus bandas. Después llegaron un artillero y Luis Espinosa, pífano del batallón Guerrero, joven de doce años de edad y de extraordinaria viveza, quien me ha dado una razón circunstanciada de lo ocurrido en San Jacinto y confirma, como los demás, que la derrota fué por sorpresa y que pereció la mayor parte de nuestra fuerza. Salió del campo de batalla un día después de ella y asegura que no duró media hora, que la tropa apenas tuvo

Digitized by Google

tiempo de formar y que algunas compañías de preferencia fueron las únicas que se batieron. Dice que la división del general Presidente en la posición en que se hallaba tenía un bosque a su derecha y una laguna a retaguardia, por lo que sólo podía retirarse por la izquierda: que el enemigo avanzó con un trozo de infantería, dos piezas y su caballería a la izquierda, por el frente para llamar la atención mientras que el principal cuerpo de su tropa marchaba ocultándose entre un zacatonal para flanquear nuestra derecha, como sucedió, y que envuelta nuestra tropa en momentos, porque todo fué confusión y desorden, fué arrojada a la laguna la mayor parte, que la que pudo escapar se puso en fuga con dirección a la posición que ocupábamos en el Brazos, pero que habiéndose encontrado quemado el puente que había en el arroyo del Búfalo y no pudiendo pasarlo, nuestros soldados fueron alcanzados por el enemigo que hizo en ellos una carnicería horrorosa, para vengarse de las que habíamos ejecutado con los suyos. Por estas causas cree Espinosa que habrán perecido el general Santa Anna y los individuos de su Estado Mayor, que se habían salvado hasta llegar al Búfalo. Me ha dicho también que creía que había entre el enemigo indios conchates y cheroquees, según la grita que formaron al batirse; pero tal especie sólo es creíble por varias razones y sobre ella están discordes todos los dispersos, así como sobre el número de la fuerza enemiga, habiendo quien la haga subir a un mil quinientos hombres. La nuestra se componía de un mil cien infantes, una pieza de seis y setenta caballos, que con cualquiera otro que no fuera el general Santa Anna, no hubieran sido sorprendidos. El haber perecido él mismo, siendo el general en jefe prueba su imprudencia. Se dice igualmente que el enemigo teme mucho que lo vayamos a atacar, como deberíamos haber hecho, y más cuando sabe la fuerza superior que tenemos, pues no obra a ciegas, como nosotros, que hasta ahora no hemos tenido dentro de él un sólo espía.[79] Seis, ocho o diez mil pesos dados a uno de nuestros prisioneros nos habrían valido la victoria: pero ningún individuo del ejército ignora la ridícula economía que en este particular ha tenido el general Santa Anna en todas sus campañas, economía nociva al mismo tiempo que ha tocado en los extremos

79 Por el dicho de algunos enemigos supe que después de nuestra invasión se organizó una compañía de espías que les daba cuenta de todos nuestros pasos.

Digitized by Google

de la miseria. Tengo presunciones de que el enemigo se disfraza con el uniforme de nuestros soldados y de que agrega a sus filas los prisioneros que no fusila, aunque se dice que sólo lo hace con los oficiales. El citado Espinosa asegura que muchos dispersos que no se han atrevido a pasar el río, se han vuelto a presentar al enemigo, para no perecer de hambre. El general Santa Anna no solo cometió esta gran falta, lanzándose al otro lado del Brazos, sino que dejó expuesto al general Ramírez y Sesma, desmembrándole su división con la mitad de su fuerza, pues aunque se diga que estaba a cubierto por un río caudaloso, el enemigo tenía medios de pasarlo con facilidad, fuerza de que carecíamos nosotros y si no lo hizo así fué porque se hallaba atónito con nuestros movimientos y triunfos; pero de esto no se infiere la previsión de nuestro general en jefe y del mismo modo me expresaría yo si no hubiere acaecido la catástrofe de San Jacinto, si se hallara en la cumbre del poder y sin tener la cadena que arrastra por su culpa. No por esto se entienda que no me afecta su situación y que no me sería sensible que fuera sacrificado en represalia de las escenas de sangre de que ha sido tan pródigo; pero ni con diez vidas que pudieran quitársele pagaría los inmensos males que nos han causado sus errores; ni las presentes y futuras calamidades que ha ocasionado y vendrán sobre la Nación por su loca presunción; pero nada se sabe afirmativamente, lo que es indudable es que hemos sido más crueles con los nuestros que el enemigo, retirándonos precipitadamente y cortándoles la retirada. Esta continúa mañana para Guadalupe Victoria, resuelta definitivamente en una junta de los generales don Vicente Filisola, don José Urrea, don Antonio Gaona, don Eugenio Tolsa, don Adrián Woll, don Joaquín Ramírez y Sesma y el teniente coronel don Pedro Ampudia, comandante general de artillería. Si estos jefes hubieran querido explorar la opinión de sus subordinados y no hubieran evitado, con estudio, escuchar su voz, se habrían ruborizado al convencerse que en algunos de ellos hay más disposición, patriotismo y valor. Me afirmo cada momento más en que debíamos morir y morir con honor, antes que abandonar el campo al enemigo, cargados de ignominia."

No me es posible ya pasar adelante sin detenerme aquí a hacer las tristes pero serias reflexiones que se agolpan atropelladamente en la imaginación y que no podrán menos de pesar en la considera-

Digitized by Google

ción de todo mexicano, celoso del honor de su Patria y del buen nombre de sus armas.

Anotaremos ante todas las cosas que, desconcertado el enemigo con los triunfos sucesivos de nuestro ejército, aterrado con la toma del Alamo, la derrota de Fannin y los movimientos acelerados del general Urrea, buscaba su salvación en la retirada, y que hubiera bastado una marcha ordenada para terminar la campaña, sin necesidad de tirar ya un tiro. Si fuera yo el hombre más apasionado del general Santa Anna no me atrevería a disculparlo de la gran falta que cometió, aventurándose al otro lado del Brazos con sólo 700 hombres, cuando pudo llevar toda la división del general Ramírez y Sesma, compuesta de más de 1400, pues con haber demorado solamente dos días su marcha podía haber llevado más de dos mil; pero se le aseguró por alguno de los prisioneros que las familias que huían de nosotros llevaban consigo valiosos intereses, y la codicia que ha caracterizado todas sus acciones; el deseo de hacer más horrorosa la campaña y de concluirla pronto, para regresar al interior a recibir homenajes y asegurar su poder acaso por vida, según las miras que ya he anotado se dejaban traslucir, lo precipitaron. Es tanto más de creer ésto cuanto que avanzó por rumbo distinto al que se encontraba el enemigo, dejándolo a su izquierda; pues aunque el objeto ostensible con que el 14 de abril dejó el cuartel general de Thompson, fué el apoderarse de los individuos que formaban el llamado gobierno de Texas, que en aquellos momentos se hallaban en la villa de Harrisburg. No es creíble que este fuera el único objeto de su marcha, porque, aprehender un puñado de hombres que no tenían fuerza con qué defenderse era cosa muy fácil de ejecutar por una patrulla de caballería, que podía marchar con rapidez y sin llamar la atención, circunstancias que no podrían concurrir en una división por ligera que fuera. Era más digno de nuestro general en jefe dirigirse al encuentro del enemigo que el ir a aprehender a los que juzgaba directores de la revolución, cosa que podía desempeñar mejor el último soldado del ejército.

Las batallas, dice uno de los maestros de la guerra, que comprometen la reputación del que las da y el honor y seguridad de la nación a quien se sirve, no deben darse sin una necesidad absoluta; necesidad que rara vez se verifica y que casi siempre tiene resultados funestos; pero hay casos en que no se puede prescindir de

Digitized by Google

darla, aunque no hay ninguno en que no pueda evitarse, si conviene el recibirla, pues el general que sin ventajas se ve comprometido y forzado a ello, es porque ha cometido faltas estratégicas que le imponen esta dura y terrible ley. Estas verdades son aplicables al general Santa Anna no sólo por la dura lección que recibió en San Jacinto, sino también por la que recibió en Tolomé el 3 de marzo de 1832, y por otros de los encuentros en que fué vencido, pues ya es un adagio entre los mexicanos que **pierde las batallas y gana los pronunciamientos.**

No hay duda de que ya estábamos por concluir la campaña sin necesidad de sacrificar un sólo soldado, ¿para qué pues aventurar el éxito de ella y hacer estériles los inmensos sacrificios que se habían hecho hasta entonces, cuando una poca de cordura bastaba para coronar los heroicos esfuerzos del ejército?

El enemigo iba indudablemente en retirada, pero habiéndosele cortado ésta, la necesidad lo obligó a abrirse paso. Todo su objeto era maniobrar para dar tiempo a las familias de las colonias de retirarse y salvar en lo posible sus intereses. Si hubiera podido contar con la humanidad de nuestro caudillo, si no se hubiera temido al carácter sanguinario del que les había dado tan terribles pruebas, hubiera tratado de capitular antes que aventurarlo todo, donde todo lo ganó, por un criminal abandono, indisculpable en un general.

Cuídate, decía Turena, de menospreciar a tu contrario, porque seguramente es uno de los mayores riesgos de la guerra; pero el general Santa Anna menospreciaba mucho a un enemigo que hasta entonces había sido vencido en cuantos encuentros había osado dar la cara. Se confió demasiado, transmitió su confianza a sus subordinados y le dió una ventaja con que no podía contar. Un esclavo se presentó a Houston a las tres de la tarde del día 21, participándole que el general Santa Anna dormía y que su campo se hallaba entregado a la confianza y en el mayor abandono. Houston se apresuró a aprovechar la bella oportunidad que se le presentaba para salir de su crítica y angustiosa situación e inmediatamente puso su fuerza en movimiento con el mayor sigilo y dió la señal de ataque. Esta circunstancia explica por qué se decidió a batir a quien a su vista acababa de recibir 400 hombres de refuerzo, cuando el día anterior no quiso aceptar el combate a que se le invitó con inferiores fuerzas. A hombres a quienes se había colocado en la cruel alternativa

Digitized by Google

de vencer o morir, pues sabían por experiencia que no se les daba cuartel, no les era difícil vencer a un enemigo que dormía y no se hallaba preparado a la resistencia. Así es que avanzar, sorprender nuestros puestos avanzados, introducir la confusión y el desorden, esparcir el terror y la muerte en nuestro campo, fué obra de pocos momentos. El grito de ¡**recordad el Alamo**! que daban los enemigos al descargar sus golpes sirvió para aumentar su furor en aquel terrible momento, para hacer más acerbo el conflicto de los nuestros y vengar con usura a los camaradas suyos que sucumbieron en el fuerte de este nombre. Era tan fuerte la sed de venganza que los dominaba recordando las escenas del Alamo y Goliad, tan frescas aún en su memoria que se embriagaron en la carnicería y no pudieron contenerlos en su rabia devastadora aquellos de sus jefes y compañeros, que, aunque justamente indignados de la inhumanidad con que nuestro jefe se había conducido con los suyos, estaban dotados de sentimientos humanos y no querían manchar su triunfo con los mismos excesos con que se habían manchado los nuestros.

Nada convence más de la instantánea sorpresa que se recibió en nuestro campo y de que se ejecutó una carnicería horrorosa en hombres que no oponían resistencia, que el parte de Houston,[80] en que revela que sólo tuvo dos muertos y veintitrés heridos. Aunque en él se dice que fueron 600 nuestros muertos, puede sin escrúpulo rebajarse un centenar, porque, como se ha dicho, nuestra fuerza era de poco más de 1170 hombres y, aunque se aumentaren 100 a este número por los oficiales, que no se incluyen en los estados, por los artilleros, arrieros, domésticos y alguno que otro vivandero, hubo algunos dispersos y solamente prisioneros cayeron 730, según el mismo parte, pues que no me ha sido posible indagar la verdad, porque las declaraciones de los precitados y las de los mismos enemigos están todas discordes entre sí, como podrá verse en el discurso de mi **Diario.**

Entre las víctimas inmoladas por el criminal e imperdonable descuído de que nos hemos ocupado, se encuentran el general don Manuel Fernández Castrillón, que sucumbió procurando con denuedo restablecer el orden en nuestras filas; el coronel don José Batres, ayudante del general en jefe que fué alcanzado en la fuga y asesi-

80 Véase el Anexo No. 19.

Digitized by Google

nado, sin resistencia; el valiente teniente coronel don Esteban Mora; el de igual clase, el amable, don Marcial Peralta Aguirre y otros muchos oficiales de mérito, como don Santiago Luelmo, don Néstor Guzmán Larumbe; Vallejo, Rocha y otros que no recuerdo en este momento. Entre los 730 prisioneros que salvaron la vida, para sufrir quizá mayores tormentos que la misma muerte, se encuentran 50 jefes y oficiales, incluso el general en jefe, su secretario y capellán, cuyos nombres se hallan en la relación adjunta.[81]

Houston ha ocultado en su parte con estudio la circunstancia a que debió su victoria, para no disminuir la celebridad que le ha adquirido, pero es indudable que sin una sorpresa tan completa y tanto más reprochable cuanto que fué al medio del día, no la habría alcanzado. El general Santa Anna tenía fuerzas superiores en número y disciplina, tenía excelentes oficiales y aunque había algunos reclutas en sus filas, éstos no formaban el mayor número y sólo compañías de preferencia tenía diez y en la de fusileros de los demás cuerpos había también soldados veteranos, soldados que más de una vez habían adornado sus sienes con los laureles de la victoria. Houston al contrario tenía fuerzas inferiores en número, que aunque compuestas de hombres dotados de valor no estaban sujetos a la disciplina que forma al soldado, no obraban con arreglo a ninguna táctica, ni estaban amaestrados en los principios de la guerra. Puede decirse que todos eran reclutas, hombres valientes, que trataron sólo de salvar o vender cara su vida y por esta razón ha sido más oprobiosa la derrota de San Jacinto, porque en el vencimiento cabe más o menos ignominia, así como se puede ser vencido sin perder por ello el honor; pero el 21 de abril se perdió todo, hombres, armas y reputación.

Mas separémonos ya de esta escena para volver de nuevo la vista a la que se representaba en el paso de Thompson al recibirse la noticia de esta desgracia, y a la que se presentó tres días después en Madame Powell.

---

81 Véase el documento 1 del Anexo No. 20.

Digitized by Google

CAPITULO DECIMO PRIMERO

Sensaciones que causó en el resto del ejército la derrota de San Jacinto.- Posición y fuerza después del 21 de abril.- La fuerza que había en Thompson debió reputarse como reserva de la que operaba a las órdenes del general en jefe.- Conocíamos el número y calidad de la fuerza del enemigo.- Como éste quedó débil después de su triunfo, nos hallábamos más que nunca en el caso de batirnos.- Proclama del segundo en jefe.- Impugnación.- Sus comunicaciones contradictorias.- Nos sobraban víveres y se pretextó su falta para justificar la retirada.

SE HA visto ya en mi **Diario** cuáles fueron las primeras impresiones que produjo en el campo de Thompson el suceso de San Jacinto; pero permítaseme ampliar aquí las observaciones que sólo se han indicado en él para recuerdo. Nuestro caudillo había sido sorprendido y en consecuencia el resto del ejército fué derrotado por una retirada vergonzosa, tan precipitada como innecesaria y hecha en contravención de los principios. El día 23 que dejamos la posición que ocupábamos sobre el Brazos, nuestra contramarcha fué taciturna y silenciosa en medio de la precipitación y confusión con que se hacía. Al ver que nos alejábamos, que a nuestros desgraciados compañeros los dejábamos a merced del vencedor y que se les cortaba todo medio de salvación, se excitó al extremo la sensibilidad de muchos; se vió a otros como el día anterior, enajenarse por el furor, que se indignaban y enardecían al ver que con nuestra retirada se dejaba comprometido el honor nacional y el decoro de las armas, y eran de opinión que fuéramos a vengar el reciente ultraje que habían recibido. Estos fueron en general los sentimientos del ejército y particularmente los de la división Urrea, cuya marcha hasta entonces había sido gloriosa. Pocos fueron los que se vieron sobrecogidos de espanto, siendo de este corto número los que más debieron manifestar serenidad, dar ejemplo y alentar a los demás. ¿Cuáles de los que allí estuvimos ignora quiénes fueron los que se sobrecogieron de terror, al saberse la catástrofe del 21?

Fué tal el desorden con que hicimos nuestro primer movimiento

Digitized by Google

retrógrado que en la orden general del 24, se dijo: "Habiendo sabido S.E. el segundo general en jefe, que por la oscuridad de la noche anterior algunas mulas se han apartado de sus atajos ocasionando un extravío de cargas, que no parecen en poder sus legítimos dueños, previene que en todo el día de hoy se entreguen en la guardia de prevención del Morelos las cargas que por la causa referida están en manos de individuos a quienes no pertenezcan. S.E. no puede creer que en la división a su mando haya personas capaces de perpetrar el crimen infame del robo: así es que de orden suya se previene que pasado el día de hoy, se aplicarán las penas señaladas en los artículos 70, 71 y 72, tratado 8vo. título 1ro. de las **Ordenanzas del Ejército,** a todo individuo que se encuentre con baúles, efectos, caballos o mulas que no fueren de su pertenencia y no los hubiera entregado en el principal conforme a la presente orden." Era sin duda más justo en razón, precaver con el buen orden los delitos, que designar penas para castigarlas. Según dicha orden debía organizarse un batallón de todos los piquetes de infantería a las órdenes del primer ayudante, don Mariano García y un escuadrón de los de caballería, a las órdenes del capitán don Mariano Valera; pero esta organización no tuvo efecto como no lo tuvo nada de lo bueno que se pensaba.

El desorden que reinó en el ejército desde un principio y que se aumentó después de la derrota de San Jacinto convirtiéndose en una masa informe, me impidió conocer la fuerza efectiva que le quedaba después de este suceso, pero sin exageración pasaba de 4000 hombres. El primero de julio, después de haber sufrido una baja considerable, tenía en Matamoros 3080 infantes, incluso 168 zapadores, 166 artilleros y 746 soldados de caballería, como consta del adjunto estado de fuerza que se formó en aquellos días.[82] Ningún esfuerzo se necesita hacer para creer que era mayor su número en el teatro de la guerra, donde la deserción tan generalizada en nuestro ejército, por efecto de su mala organización y peor asistencia, no podía contenerse por lo mismo que nos hallábamos en un desierto. De estos cuatro mil y tantos hombres, mil se hallaban en Béjar a las órdenes del general Andrade; siendo la mayor parte de caballería, que habían quedado allí por haberse inutilizado los caba-

82 Véase el documento 2 del Anexo No. 20.

Digitized by Google

llos, de los cuales 300 eran de heridos y enfermos. Unos mil quinientos en Thompson, con cuatro piezas, a las órdenes del general Filisola, donde sólo la brigada del general Gaona, compuesta de los batallones del Morelos y auxiliares del Guanajuato, que se había reforzado con el resto del batallón del Guadalajara, para que continuara su marcha a Nacogdoches, tenía 900 hombres; y, además, se encontraban allí el batallón de zapadores, el primer activo de México, varios piquetes sueltos y unos 60 ú 80 caballos. El general Urrea tenía 200 infantes de los batallones Jiménez, San Luis y Querétaro, con cuatro piezas y 150 caballos en Columbia y Brazoria. El batallón de Tres Villas se hallaba destacado en Matagorda y el de Yucatán en Goliad, el Cópano y Victoria.

La fuerza al mando del general Filisola debía reputarse como la reserva de la que operaba a las inmediatas órdenes del general Santa Anna, porque no estaban separadas una de otra más que por dos jornadas regulares.

Por las declaraciones contestes de varios prisioneros hechos sobre la marcha se sabía que Houston no tenía consigo arriba de 800 hombres, y que con el destacamento que tenía en Velasco y una que otra partida que recorría el país, la fuerza total que quedaba en Texas no llegaba a 1200 hombres.

Una vez derrotada nuestra vanguardia debió suponerse que había sido por sorpresa o en fuerza de armas. Si lo primero, el triunfo era insignificante; si lo segundo, el enemigo había quedado débil y era fácil vencerlo. Toda tropa por numerosa que sea se halla en tal desorden después del combate que la menor cosa que sobrevenga es capaz de derrotarle; axioma militar que no debían desconocer el segundo en jefe y demás generales. Napoleón había perdido la batalla de Marengo, los austriacos se desbandaban por todas partes embriagados con el triunfo, cuando se presentó el general Desais con una columna de reserva, poco numerosa respecto de las fuerzas que habían sucumbido, restableció el combate y alcanzó una victoria de las que más fama dieron a aquel ilustre guerrero, aunque a costa de una muerte gloriosa para éste. Los fieles compañeros del cautivo de Santa Elena se enternecieron e hicieron mucho mérito de que su cadáver fuese al sepulcro cubierto con la capa que llevaba el día de la batalla de Marengo.

"Si la desgracia sigue a la batalla y ésta se pierde, no por eso

Digitized by Google

el general debe desanimarse, muy al contrario, la superioridad de su talento ha de alentar a todos, dando aquellas enérgicas providencias que han de estar ya detalladas en su ingenio." Pero nosotros habíamos recibido el golpe en la cabeza y el que sucedió en el mando se atarantó; el general Filisola se manifestó muy pequeño, probó ser indigno de la jerarquía militar a que lo había elevado la Nación, arrojándola a un abismo de calamidades, presentes y futuras, echando sobre la República toda y sobre el ejército, un sello de afrenta, una marca de ignominia.

Cuando en Old Fort o Thompson se tuvo noticia del golpe adverso que habíamos recibido, teníamos, como he dicho, mil quinientos hombres más que menos; la brigada Gaona con su tren se hallaba casi toda a la margen izquierda; pocas horas hubieran bastado para trasladar a ella el resto de la fuerza existente allí, porque el oficial y el soldado hubieran trabajado con empeño para avanzar sobre el enemigo, como lo hicieron con tibieza para alejarse de él. El mismo día 23 hubiéramos podido movernos y sin forzar demasiado la marcha el 25 nos habríamos hallado a la vista del vencedor. Nuestra repentina aparición le hubiera trocado en confusión y desaliento el orgullo de que estaba poseído, por un triunfo debido a una pura casualidad, a un punible descuido. Una intimación vigorosa, una corta intimación hecha con nervio que le diera a conocer nuestro poder hubiera bastado para que se respetaran las vidas de nuestros prisioneros, porque era más racional creer que se respetarían de este modo que echando a correr y abandonándolos a discreción del vencedor. No hay duda de que nosotros debíamos haber intentado un nuevo ataque en lugar de retirarnos: de que debíamos haber ido a recuperar el honor de las armas y a vengar la sangre de nuestros camaradas; nos hallábamos más que nunca en el caso de dar una batalla y de terminar la campaña con una acción gloriosa y decisiva. Todas las probabilidades estaban de nuestra parte; el número, la disciplina y más que todo la justicia. Antes de retirarnos debió indagarse al menos el paradero de nuestro general en jefe; debió hacerse un esfuerzo para rescatarlo, si aún vivía, siquiera por el decoro de la Nación, por que al fin era su Primer Magistrado. Si el general Santa Anna hubiera logrado reunírsenos después de su derrota, es indu-

Digitized by Google

dable que nos habría conducido a vengarle,[83] y si él como general en jefe no hubiera conocido la imprudencia de comprometerse y comprometer el buen éxito de la campaña; si la desgracia que le acaeció hubiera, por ejemplo, acaecido al general Filisola, es seguro que habría seguido una conducta opuesta a la que éste siguió.

Más ya que nuestro segundo en jefe no se creyó bastante fuerte para dirigirse inmediatamente sobre el enemigo, y que temió correr la suerte del primero, pudo y debió hacerlo en combinación con el general Urrea, pues, aunque cualquiera de estas divisiones era suficiente por sí sola para arrancar los laureles al vencedor, combinadas o unidas era más que probable que hubieran alcanzado un completo triunfo, como lo confirman los temores que después hemos sabido tenía el enemigo y la corta fuerza con que sorprendió el campo de San Jacinto, que no era suficiente ni para asegurar a nuestros prisioneros en el caso de que hubieran contado con un apoyo. El general Urrea se hallaba el 21 de abril en Brazoria, parte de su división había pasado al otro lado del Brazos y bastaban dos días para ponerse en combinación con él, puesto que se unió a nosotros en menos de dos. En este caso el triunfo se habría retardado uno o dos días más, pero era infalible.

Si se objecionara que el enemigo podía haberse retirado y burlado nuestra marcha, como era el único recurso que le quedaba, no por eso se objecionaría en regla, porque nuestros prisioneros lo embarazaban para hacerlo con la rapidez que necesitaba y nuestro movimiento debía haberse hecho de modo a impedírselo, como ya se lo había impedido el general Santa Anna. Pero aún en el caso de que por falta de cálculo hubiera logrado escaparse nuestra marcha sobre él siempre nos habría dado grandes resultados, siendo uno el de proveernos de víveres, y el honor de las armas hubiera quedado bien puesto, y concluído el objeto de la campaña.

Se dijo y se creyó por algunos que nuestro primer movimiento retrógrado tenía por objeto desembarazarnos de lo inútil y reunirnos al general Urrea, para volver sobre el enemigo, y así lo ha asegurado

83 Mucho tiempo después de escritas mis observaciones habiendo visto el manifiesto de dicho señor general, me he convencido de que mi creencia no era infundada y como comprobante adjunto un fragmento de este documento bajo el Anexo No. 21, reservándome hacer algunas reflexiones sobre él en el Apéndice. (No se encontró el referido Apéndice.—N. del E.)

Digitized by Google

el general Filisola en algunas de sus comunicaciones; pero el haberse destruído los pocos medios que teníamos de pasar el Brazos persuadía de que sólo se trataba de consolidarle su triunfo. Una valiente proclama dirigida al ejército el 24 fué un motivo más para alimentar las esperanzas de los muchos que deseaban tanto más avanzar, cuanto repugnaba retroceder. ¡Cuánto honor, cuánta gloria no habría tocado al general Filisola probando con los hechos lo que había ofrecido en su alocución, como imperiosamente le prescribían la Patria y el deber! "Militares, nos dijo, en este día, un enemigo cobarde y pérfido ha podido casualmente adquirir ventajas sobre la sección que mandaba personalmente el general Presidente, por el mismo desprecio que aquél le inspiraba, pues de otra manera jamás pudiera ni momentáneamente haber detenido el valor de los bizarros que la componían. Este pequeño aunque muy sensible suceso, excita a la venganza y debe aumentar la indignación del ejército mexicano contra el vil enemigo que combate. ¡Soldados! somos fuertes y nos está encomendado el honor de la Nación y la venganza de su ilustre hijo, el general Santa Anna. ¿Lo dejaremos sin vengar? ¡No!, primero morir que cometer tal infamia. Preparémonos, pues, al combate seguros de la victoria y de que los malvados que han pretendido robar una parte de nuestra Patria sentirán muy mucho el accidental triunfo que han logrado. Vuestro general no duda de los sentimientos de los valientes que manda y él los acompañará siempre en las privaciones y trabajos, así como en el peligro."

La franqueza y sinceridad son cualidades que recomiendan a los hombres pero particularmente deben caracterizar a un militar. Decir lo que no se siente por consideraciones personales, o por temor es cuando menos una bajeza.

Al hacer la relación de los sucesos de Texas estoy precisado también a hacer el papel de impugnador, como ya lo he hecho en mi **Diario,** y siento mucho hacerlo contra un general que merece consideraciones personales, y a quien sus virtudes privadas me obligan a estimarlo. Si el general Filisola fuera tan instruído y valiente como es honrado, sería el primero entre los de la República.

Sentado esto haré unas ligeras reflexiones sobre una proclama que engañó las esperanzas del ejército, cuyo lenguaje fué contradicho con los hechos y con el de comunicaciones posteriores. Si el general Filisola estaba convencido el 24 de abril que el triunfo que

Digitized by Google

había alcanzado el enemigo era puramente casual, debido al desprecio con que lo miraba el general Santa Anna; si lo juzgaba pérfido y cobarde, e incapaz de vencernos; si consideraba que éramos fuertes; si nos estaba encomendado el honor de la Nación, la venganza de su Primer Magistrado y la de nuestros camaradas, entonces ¿por qué abandonarle el campo, por qué consolidarle su triunfo efímero, por qué sacrificar con tan poco pudor el honor de la Nación y abandonar tan despiadadamente a nuestros desgraciados compatriotas? ¿Los dejaremos sin vengar? preguntaba el general Filisola contrayéndose al general Santa Anna. ¡No, primero morir que cometer tal infamia! Si, pues, calificó como una infamia el dejar sin venganza a este jefe ¿cuánto mayor no será la infamia de haber sacrificado el honor nacional y dejado sin vengar el ultraje que recibieron nuestras armas? Y si acaso el general Filisola se ha calificado a sí mismo como merece ¿por qué ha de ofenderse cuando yo reitere lo que ha dicho? No llevando a efecto lo que ofreció al ejército, aquello a que lo invitó, para lo que excitó su indignación y provocó su coraje; apareció como un fanfarrón despreciable y dió en qué reír al enemigo.

En contraste de la proclama del general Filisola pueden presentarse casi todas las comunicaciones que posteriormente dirigió al Gobierno, pero particularmente la de 14 de mayo, que fechó en Victoria.[84] Esta no sólo está en contradicción con otras, sino consigo mismo y prueba hasta la evidencia que el señor Filisola es hombre sin memoria, pues unas veces anticipa y otras atrasa los sucesos. Aunque es positiva la pintura que se hace de nuestros padecimientos en la retirada, hay sin embargo en ella misma graves errores.

En dicha comunicación dijo el señor Filisola que: "La alarma y desaliento fueron generales en todas las clases al saberse el suceso de San Jacinto, pues era creíble que todos los prisioneros, incluso el Presidente, hubieran sido fusilados en represalia por la conducta observada en Béjar y Goliad con los suyos, es decir, los del enemigo. Tal aserción fué una calumnia injuriosa al ejército, que desaprobó en general la retirada, pues se habría avergonzado de detenerse a la vista de la debilidad del enemigo, cuando no le habían detenido ni sus atrincheramientos, ni la ponderación del número, ni de la buena calidad de su fuerza. Se indignó contra los que lo detuvieron, se

84 Véase el Anexo No. 22.

Digitized by Google

irritó al ver por tierra su honor y sacrificada una Patria que había ido a defender, manifestó sentimientos de despecho y de dolor al ver que por torpeza y una debilidad sin igual, se hacían estériles sus cruentos padecimientos, y tantos y tan inmensos sacrificios. Sólo las almas débiles se anonadan en la adversidad, las fuertes al contrario se irritan con los golpes de fortuna, se elevan y se hacen superiores a los caprichos de esta inconstante deidad. El general Filisola juzgó por sus sentimientos los del ejército, y me es grato, muy satisfactorio asegurar en obsequio de la verdad y del honor de mis hermanos de armas, en obsequio de mí mismo, como mexicano y como soldado, que su juicio fué equívoco. Ese desaliento de que habla el general Filisola no se advirtió en Thompson sino en señaladas personas, en las personas que adoptó por consejeros, que le aconsejaron mal y comprometieron con su reputación la de todo el ejército. Allí se hallaban los generales Gaona y Woll, pero ni en ellos, ni en el jefe de la artillería se notó desaliento, como tampoco lo hubo en las clases subalternas. En el batallón de zapadores con quien yo hice la campaña, si se exceptúa su comandante, no hubo un sólo individuo que no levantara la voz contra la retirada desde el mismo momento que se le comisionó para repasar lo que se había trasladado a la margen izquierda del Brazos, y de cuyos sentimientos es un testigo el general Woll, a cuyas órdenes ejecutó esta operación, lo es el señor Ampudia y lo son muchos individuos del ejército.[85] Es verdad que algunos a quienes pareció largo el tiempo que tardábamos en alejarnos del enemigo gritaron contra la retirada cuando vieron que estábamos ya imposibilitados de volver a tomar la ofensiva; pero, como he dicho, fueron señaladas personas, personas cuyo nombre callo no por temor, ni por consideración a la amistad con que algunas me han honrado, sino porque siendo bien conocidas es inútil nombrarlas. Todas ellas han sido apuntadas con el dedo.

También fué una impostura decir que faltaron víveres, y esto no ha sido más que un pretexto para justificar la necesidad y conveniencia de retroceder. En Matagorda, Columbia y Brazoria, había harina, arroz, azúcar, y papas en abundancia; el ganado mayor y de cerda se encontraba en todas direcciones; el primero parecía que manaba de los bosques; el de cerda se hallaba en los corrales de

85 Véase el Anexo No. 23.

Digitized by Google

muchas habitaciones del Colorado y Brazos; entre este río y el San Jacinto había también muchos víveres. El ejército en fin que ya no nocesitaba más que de un mes para terminar la campaña y plantar sus águilas en las márgenes del Sabina, habría tenido víveres para más de seis meses si se le hubiera mandado permanecer en Texas, en cuyo tiempo hubiera podido recibir, por más que hubieran tardado, los que tantas veces se le habían ofrecido, parte de los cuales cayeron después en poder del enemigo, por consecuencia de la retirada. La goleta Watchman arribó al Cópano cargada de víveres para el ejército cuando éste se hallaba de este lado del río de las Nueces, y fué presa de aquél. Entre Río Grande y Laredo se abandonaron la mayor parte de los depósitos que se habían hecho y en Béjar mismo se dejaron algunos.[86] No faltaron, pues, víveres; repetimos, lo que faltó fué cálculo, tino, un genio organizador, un genio industrioso y advertido, que reemplazara la fría indiferencia con que se veía padecer al soldado y se descuidó su subsistencia: víveres sobraron, cien veces lo repetiremos y ya se ha visto en mi **Diario** que en Thompson se tiraron algunos al agua, por no tener en qué transportarlos. Creo haber dicho ya que si el Gobierno y el general en jefe hubieran conocido lo que valía Texas, hubieran sabido también que allí tenían con qué costear la guerra y aun con qué enriquecer el tesoro público, de la manera que lo hizo Napoleón en Italia; pero el país y las nacientes poblaciones de Texas les eran desconocidas por la inmensa distancia que unas veces adultera y otras desfigura los hechos.

Al reunirnos al general Urrea conocimos que no era codicioso y que habiendo caminado por entre la abundancia no sólo de lo útil, sino de lo superfluo, se había manifestado pródigo. Tomando para sí lo que necesitaba, repartió a sus jefes, oficiales y soldados lo que pudieron cargar; éstos creían por su parte haber comprado con el peligro y las fatigas lo que se les daba y en lo que no hizo el general Urrea otra cosa que cumplir las órdenes que al efecto había recibido

86 De su número y calidad poseía yo una relación que me hizo favor de franquearme el señor coronel Machado, que en aquella plaza desempeñó las funciones de proveedor, pero así este documento como el estado de los víveres que teníamos en el paso de Thompson, formado por don Manuel Villalba, que hacía allí de proveedor, han padecido extravío con otros papeles; mas, afortunadamente viven, los dos sujetos mencionados y no me dejarán mentir.

Digitized by Google

del general en jefe. ¿Qué hacer con tantos efectos de todas clases, con tantos bellos muebles que nadie podía utilizar o que no se podían transportar, ni conservar? Al entrar nuestros soldados a casas ajuareadas magníficamente se quedaban asombrados y destruían sin piedad lo que se presentaba a sus ojos, como por despecho de no poderlo aprovechar. Al entrar a los almacenes tiraban lo que ya iban cargando para tomar otras cosas, concluyendo por no utilizar nada.

Ha sido tan injusta como indigna la especie que ha esparcido el general Filisola y los que se ocupan de repetir lo que han oído sin examen, de haberse enriquecido el general Urrea con los despojos del enemigo. ¿En qué pudo transportarlos cuando es notorio que careció aun de transportes para los víveres y municiones? Pero aún cuando así hubiera sido, ¿quién se quejó, a quién resultaba perjuicio sino al mismo que nos había obligado a llevar la guerra y a hacer tantos sacrificios? Repito, que tal imputación ha sido una de las muchas que se han hecho contra ese mexicano, sin fundamento.

CAPITULO DECIMO SEGUNDO

Reunión en Madame Powell de las dos divisiones del ejército que se hallaban sobre el río Brazos.- Después de ella se continuó la retirada.- El general Urrea y la mayor parte de los jefes de los cuerpos se manifestaron contra dicha retirada.- Nueva crítica y máximas que se citan.- Pusilanimidad de Filisola.- Ordena imperiosamente que se reconcentren todas las fuerzas.- Liberalidad y ejemplar conducta del general Urrea con sus soldados.- Reunión de 7 generales para discutir sobre el giro de la campaña.- Cinco de dichos generales eran extranjeros por no haber nacido en México, y se acordó la retirada definitiva por mayoría de votos.- Urrea fué el único que abiertamente se opuso contra la infamante actitud de los demás generales.- Varios oficiales y el ejército lo secundaron, particularmente el autor de este Diario.- Reflexiones sobre el particular.

LA PRIMERA providencia que el terror produjo en el alma del general Filisola después de la desgracia de San Jacinto fué la de disponer que el general Urrea se le reuniera con su división y en el mismo momento que recibió la noticia de este suceso (el de San Jacinto), le dirigió al efecto, por duplicado, una orden ejecutiva pre-

Digitized by Google

viniéndolo que lo hiciera sin pérdida de tiempo. Con el mismo objeto dirigió otra al coronel Salas, que se hallaba en Columbia, ordenándole que se le incorporara sin esperar órdenes del general a quien obedecía inmediatamente, y haciéndole responsable de cualquier demora.[87] El atolondramiento no permitió al general Filisola discurrir sobre la falta que cometía dejando en descubierto la retaguardia del general Urrea, y sin apoyo de una fuerza con que debía contar para sus operaciones. De suerte que así como este general no emprendió sobre Velasco, lo hubiere hecho como pensaba antes de recibir la orden que contramarchara, se habría encontrado muy comprometido.

Grande era la ansiedad, mucho el interés que se manifestaba por la reunión del general Urrea, porque se le miraba como el áncora de salvación. Tal era la reputación que había sabido granjearse en la campaña y tal es la triste condición de la especie humana y tales las inconsecuencias a que nos arrastran las pasiones que le deturparon después y le pintaron con los coloridos más negros los mismos que entonces lo ensalzaban y le tributaron homenajes. Como se ha visto por el **Diario,** en la tarde y noche del 24 quedó efectuada la deseada reunión.

Amaneció el día 25 y con él se alentaron las esperanzas, se excitaron los deseos y se suscitaron nuevas controversias. No se quería asentir en la retirada y se daba ya por hecho que volveríamos sobre el enemigo, porque eran muchos los que lo deseaban. No es posible, se decía, que nuestros generales consientan en su oprobio y en el de toda la Nación; que sacrifiquen con ligereza sus intereses; el general Urrea que ha dado pruebas de valor y patriotismo se opondrá y bastará que él lo quiera para que lo sigamos; todos los que no quieran quedarán entre las mujeres y aparecerán tan débiles como éllas; pero estaba decretado que no volvería a brillar nuestra estrella que se había eclipsado el 21. Se había echado el primer eslabón de nuestra ignominia e iba a continuar la cadena para ver el fin quién sabe hasta cuando. Faltaba en nuestras filas un Epaminondas, un Leónidas u otro de los muchos héroes que abundaron en la antigua Grecia. El amor puro de la Patria, con desprendimiento de todo otro interés, es la pasión más sublime y heroica del corazón humano; pero por des-

87 Véase el documento 2 del Anexo No. 24.

Digitized by Google

gracia es la más rara, la más fácil de ser confundida con la ambición y la que atrae más pesares y concita más enemigos, porque la secta de los malos es y será siempre la más numerosa entre los hombres. Este amor sagrado es más fácil de abrigarse en pechos jóvenes que en los de hombres decrépitos, cuyo corazón parece muerto para las nobles pasiones y susceptible de inflamarse solamente por las que los degradan.

Reunidos en la tienda del general Filisola, los generales Urrea, Ramírez y Sesma, Tolsa, Gaona, Woll y el teniente coronel de artillería Ampudia, acordaron definitivamente que se continuara el movimiento retrógrado. El misterio con que se celebró esta junta, no permitiendo que nadie se aproximara a escuchar la discusión, fué un signo de mal agüero y me impidió conocer las razones en que se fundó esta resolución, pero no habrán sido diferentes de las que se han hecho valer en público. Las siete personas que por sí y ante sí decretaron en momentos la pérdida de la más preciosa e interesante parte de nuestro territorio; los que con tan poca consideración se resolvieron a sacrificar el honor nacional, el del ejército y su propio decoro; los que con este paso de debilidad contribuyeron con el general Filisola a arrojar a la Nación en un mar insondable de desgracias, son cuando menos partícipes del oprobio de éste, aun cuando a él sólo toque la responsabilidad. Para tomar una resolución tan ardua, tan delicada, de un tan grande interés y de consecuencias tan trascendentales, se olvidaron los intensos sacrificios que la Nación había hecho y las grandes dificultades que había tenido que vencer para medio organizar la expedición; no calcularon las mayores que aún iban a presentarse para la segunda, después de dejar al enemigo cobrar aliento y robustecerse; no meditaron el influjo que un movimiento retrógrado ejerce en la moral del soldado; no pesaron en su consideración la mucha sangre que se había vertido; ni que habría necesidad de multiplicar las víctimas y los sacrificios de todo género para reconquistar el territorio abandonado y reparar las pérdidas que siempre causa una retirada; cuando para poner un dique al torrente de calamidades que la nuestra nos acarreaba, para recuperar el buen nombre de las armas y cambiar en gloria la faz de la República bastaba dar un sólo paso que imperiosamente prescribían el amor patrio, el honor y el deber, a todo lo cual se faltó pueril y vergonzosamente.

Digitized by Google

El gran hombre del siglo, el hombre de quien el ilustre Volney dijo: que llevaba la cabeza de César sobre los hombros de Alejandro, hablando de retiradas decía: "Al principio de una campaña es menester meditar mucho si se debe o no avanzar, mas una vez emprendida la guerra ofensiva **conviene sostenerla hasta el último extremo.** Por más sabias que sean las evoluciones en una retirada, siempre se menoscaba la parte moral del ejército, pues que al mismo tiempo que se pierden las probabilidades de la victoria, pasan todas al enemigo. Por otra parte, aun omitiendo la pérdida de hombres y lo que se llama el material de un ejército, las retiradas cuestan más que los combates más sangrientos, con la diferencia de que en una batalla pierde el enemigo más o menos que nosotros, al paso que en una retirada perdemos sin que él pierda." En otra parte dice: "La gloria y el honor de las armas es el primer deber que ha de tener siempre a la vista un general que presenta o acepta la batalla; la conservación de los hombres no es más que un deber secundario, mas al mismo tiempo en el denuedo, en la audacia, en la obstinación, está cifrada la salvación de los hombres. En una retirada sin contar el honor de las armas, se pierde frecuentemente más gente que en dos batallas; por esta razón no se debe nunca desesperar mientras permanezcan algunos valientes al pie de las banderas. Con esta conducta se consigue o merece conseguirse la victoria." Nosotros indudablemente la habríamos alcanzado con sólo que hubiera habido un jefe que nos guiara a ella y hubiera sabido apreciar las ventajas que resultaban de no volver la espalda al enemigo; habríamos vencido si hubiera habido entre los que mandaban uno solo que ambicionara gloria y previsto el renombre que habría adquirido con tomar una resolución, para la que no se necesitaba gran heroismo. El general Urrea parecía destinado a hacer este brillante papel, todos lo señalaban como el más a propósito para desempeñarlo; pero se dejó avasallar por las ideas de sus compañeros. El manifestó disgusto contra la retirada desde el momento en que supo que se había emprendido y más que todo contra la festinación con que se hizo; el lenguaje que usó con los generales Filisola y Ramírez y Sesma en algunos momentos de conflicto,[88] le hará siempre honor; pero no se opuso abiertamente a ella como lo hizo más tarde, y el 25 de abril hubiera

88 Véase el Anexo No. 25.

Digitized by Google

bastado una enérgica oposición de su parte para que nuestro oprobio se hubiera trocado en laureles. La mayor parte del ejército le habría seguido gustoso a reparar el desastre de San Jacinto, si hubiera querido ponerse a su frente: varios oficiales lo invitamos a ello despechados de saber que se iba a consumar nuestra ignominia; pero un principio de delicadeza mal entendido le hizo desechar con suavidad nuestra invitación, agradeciéndonos sin embargo nuestros buenos deseos. Yo creo que debe ser permitido el acto de indisciplina que tienda a salvar la Patria: no dudo que mi opinión escandalizará y me atraerá el anatema de los que aun contra los verdaderos intereses de éllos predican obediencia pasiva. Sin dejar de conocer que en la milicia las más veces es indispensable; si la fortuna me hubiera colocado en la ventajosa posición del general Urrea, no habría titubeado en dar un paso que el buen éxito hubiera justificado y con el que dicho jefe hubiera consumado la corona de gloria de que ya había tejido muchos laureles.

Muchos hechos tendré todavía que citar para probar que el ejército no estuvo por la retirada y que cuanto se ha dicho sobre su desaliento no ha sido más que una impostura para justificar esa medida; pero nada desmiente más esta especie y prueba que se obró así por atolondramiento o capricho, como el siguiente que nadie se atreverá a negar. El memorable día 25 al citarse a los generales para la junta de guerra que se formó, se citó igualmente a los jefes de los cuerpos, pero habiéndose explorado antes su opinión y conociéndose su oposición a la retirada, se les mandó retirar bajo el frívolo pretexto de que se les había llamado para recomendarles la vigilancia del campo, cuando esta junta se celebraba en el centro de él. Nadie mejor que los jefes de los cuerpos debían haber sido escuchados en esta vez, pues que, como inmediatos a éllos, podían con propiedad manifestar cuál era el espíritu que reinaba en el soldado y nadie mejor que éllos podían responder del buen éxito de avanzar sobre el enemigo. Los coroneles Morales, Montoya y Salas y los batallones de su mando, pertenecientes a la división Urrea, fueron los que más notables se hicieron por su repugnancia a retirarse. La familiaridad que he tenido con el primero de estos jefes desde que era subalterno me dió confianza para excitarlo de un modo eficaz a que pusiera en juego el influjo que le daban su clase y su acreditado valor para combatir la idea de la retirada; pero no he olvidado aún la respuesta

Digitized by Google

que me dió para manifestar la indignación que le causaba la conducta de los generales, y su convencimiento de que nada sería capaz de disuadir de la resolución que habían tomado a hombres que estaban sobrecogidos de espanto, que se aumentó con la minuciosa y quizás exagerada relación que en aquellos momentos hizo el capitán don Marcos Barragán, de la sorpresa de San Jacinto. El señor Ampudia tampoco podrá negarme (aunque de amigo se halla convertido en mi adversario), que le expuse fundadas razones para que se opusiera al movimiento retrógrado y que con el mismo objeto me acompañó a la tienda del general Urrea, en ocasión que no lo encontramos en ella. El Batallón de Zapadores, el de Guadalajara y otra porción considerable de los demás cuerpos que no estuvieron por la retirada fueron testigos de que hice cuanto estuvo en mi pequeña esfera para contrariarla. ¡Débil esfuerzo de un oficial sin representación y sin influjo, cuando las leyes de la milicia están tan bien **calculadas que por éllas tiene más patriotismo, sabe más y discurre mejor el que manda!** Los pocos que el 25 estuvieron por la retirada se conocían por el silencio que guardaban o por el espíritu de sus conversaciones.

Es por cierto muy notable que se hubiera rehusado escuchar la opinión de los jefes de los cuerpos, y que sólo se contara con los que tenían la investidura de general y con el señor Ampudia, para resolver una cuestión tan importante y cuyas trascendentales consecuencias no es fácil prever. ¿Sólo estos señores tenían honor, sólo éllos tenían amor patrio y eran interesados en la salvación de la República? Si el que mandaba en jefe era únicamente responsable, ¿para qué consultar entonces a sus compañeros? ¿y por qué no hacerlo con los demás jefes? Ya se ha dicho, pero es necesario repetirlo, porque éstos opinaban contra la retirada, y porque no habría sido fácil convencerlos a todos de la necesidad de hacerla, como lo fué convencer a los señores Urrea y Ampudia, que opinaban contra ella.

Aunque parezca impolítico y aunque se me juzgue sin serlo, hombre preocupado y de mezquinas ideas, no puedo menos que llamar la atención del que esto lea sobre que en una reunión de tres mil mexicanos, de los siete jefes que sin juicio y meditación resolvieron sellar la afrenta de todos, sólo tres eran mexicanos de nacimien-

Digitized by Google

to;[89] quienes, naturalmente, deben tener más interés por el buen nombre y prosperidad de su Patria, que aquéllos que han abandonado la suya para adoptar la nuestra, aunque esto tiene honrosas excepciones: los cuatro restantes eran: el general en jefe, italiano; el mayor general, francés; el comandante de la primera brigada (según la nueva organización que se dió al ejército, y según la que tuvo desde un principio), habanero; y el comandante de artillería, que aunque pasa por tal también hay opiniones de que es andaluz y su carácter las justifica. Muy sensible y aun degradante es esto para los mexicanos; pero tal ha sido la triste condición a que se nos ha condenado, puesto que después de habernos dejado de mandar los españoles, lo han seguido haciendo multitud de extranjeros, muchos de éllos, indignos de este honor. Yo quería ver en mi país considerados a los hombres de todo el mundo, gozando de las mismas garantías y preeminencias que sus hijos, pero ninguno en las filas del ejército, ni menos que por espíritu de novedad se les prefiera como se hace con frecuencia para agravio nuestro. Mas esto no habla con los pocos que contribuyeron positivamente a darse una patria a sí mismos.

Después que el ejército había atravesado un desierto de centenares de leguas, que había superado grandes obstáculos y sufrido con varonil resignación toda clase de privaciones, tenía más medios para avanzar que para retroceder. El general Filisola lo ha confesado paladinamente en su comunicación citada de 14 de mayo en la que contrayéndose al general en jefe díce: "S. E. se proponía dar el último toque a su obra, pues la completa ocupación de Texas parecía estar ya llevada a puro y debido efecto. El ejército había tomado el fuerte del Alamo, batido y destruído la mayor parte de las fuerzas que el enemigo llamaba de línea, tomado un número considerable de artillería, fusiles y municiones, pasado tres ríos cauda-

Anexo #26 p. 281 (X)

89 El Sr. de la Peña no sabía cuando escribió sus apuntes que el general Antonio Gaona, era natural de la Isla de Cuba, dato que hemos confirmado en la p. 86, del libro intitulado **Jefes del Ejército Mexicano en 1847,** por don Alberto M. Carreño, México, 1914. Por lo cual se deduce que de los siete generales y jefes que se reunieron para resolver la suerte de Texas, sólo dos eran de origen mexicano y uno de ellos era el amilanado general Ramírez y Sesma, como lo comprueba la carta que con carácter de reservada dirigió dicho general el 9 de abril de 1836 al general Vicente Filisola, desde San Felipe, que literalmente se transcribe en el Anexo No. 26.—N. del E. (X)

(X) - Ese mismo día Santa-Anna celebraba un Convenio con Houston en que se obligaba a no volver a tomar las armas contra los Texanos - Véase Historia de la Nación Mexicana, Cuevas, II: 342 — 171

Digitized by Google

losos; y estaba animado en medio del hambre y de la desnudez, de un celo ardiente en favor del sostén de la integridad de su suelo patrio. Un poco más de calma hubiera coronado indudablemente sus heroicos esfuerzos y padecimientos." Un poco de civismo, algún pudor, menos temor de su parte, debería haber dicho S. E., hubiera indudablemente bastado para no sumergir a la Nación en un abismo de desgracias; para coronar los recomendables esfuerzos del ejército y librádolo de las multiplicadas penurias que lo agobiaron en su funesta retirada. Cualquiera sin ser militar conocerá que un ejército que había superado todos los obstáculos, que había arrollado al enemigo en cuantas ocasiones había osado dar la cara, y a quien sólo restaba dar el último toque a su obra, como conocía y confiesa el general Filisola, no se hallaba en el caso de retroceder a la primera vez que le fuera adversa la fortuna, porque fuera derrotada una división de vanguardia: sólo a este general ha ocurrido la peregrina idea de ceder el campo al enemigo sin verle siquiera la cara, a la primera ocasión que la suerte le fue propicia, y a quien no podía ocultársele la cadena de males, la gran deshonra y afrenta que le esperaban retrocediendo, ni los graves y nuevos sacrificios que debería impender la Nación para reconquistar a Texas.

El general Filisola que desde Monclova marchó a retaguardia del ejército llegó a Béjar diez días después del asalto del Alamo, siguió así hasta el río Brazos y retrocedió sin haberse encontrado en ninguna de las **escaramuzas,** ni haber visto más enemigos que los que vinieron después a ser testigos de nuestro oprobio y de la degradación de nuestro jefe.

En una **Representación** que este señor general ha lanzado al público en estos días,[90] con el objeto aparente de justificarse, sin conseguirlo; pero en la que sin dificultad se descubre el verdadero, de saciar la ruin pasión de la venganza, la pasión acerba que domina su alma, ha tergiversado los hechos e incurrido en muchas y graves contradicciones, porque una mala causa se empeora al hacerse su defensa. En esa producción venenosa en que se ha agotado el diccionario de las injurias, en que se han aglomerado las invectivas y los sarcasmos, en la que más fuera de propósito se emplea el ridículo

90 El autor se refiere a la "Representación dirigida al Supremo Gobierno por el general Vicente Filisola, sobre la Campaña de Tejas", año de 1836.

Digitized by Google

y se usa de una amarga ironía para hacer mayor el agravio: este folleto, repito, escrito en el idioma de las pasiones en que abunda la hipocresía, no es menos abundante en calumnias y embustes; todo con el objeto de ultrajar y zaherir, el general Filisola al mismo a quien en el teatro de la guerra felicitó (o sea al general Urrea), **por la brillantez de sus gloriosas operaciones,** las que nada habían dejado de desear en concepto de S.E.; para infamar al mismo a quien en los días de consternación y conflicto se prodigaron lisonjas y se le repetía que era el único general de desempeño; para deturpar y despreciar al mismo a quien se dió gran importancia llamándosele precipitadamente cuando el terror hizo mirar en su persona la columna más fuerte del ejército, a quien se colocó a la cabeza de la reserva, honor que se concede siempre a los más valientes y se comisionó para que asegurara el paso del Colorado, cuando las imágenes fúnebres que atormentaban la imaginación del general Filisola le tenían en continua alarma y le hacían ver por todas partes y cortándonos la retirada, a un enemigo que era nulo. Afortunadamente para el general Urrea, su adversario, desahogando con estrépito su ira, dejándose arrastrar por un desmesurado orgullo, amontonando sarcasmos y denuestos, se desconcierta a sí mismo y advierte al lector lo sospechoso que es un escrito que se manifiesta tan apasionado. El que lo examine con circunspección lo mirará como poco digno de crédito por las frecuentes y torpes contradicciones en que incurre; y por lo que hace a los que conocen los hechos no podrán más que ver esa exposición como una rapsodia pestilente. Más parece formada por una persona a quien se dieron datos equívocos y se hicieron relaciones falsas, que por un testigo ocular de los hechos, más para difamar a su autor que para defenderlo. El general Filisola ha empleado siniestramente las armas de la razón; ciego de orgullo por haber nacido allá en la vieja Europa, aunque no cursó en la escuela de sus grandes ejércitos la ciencia de que hace alarde, se empeña en deprimir y denigrar hasta el extremo a un general mexicano que le ha dado lecciones de honor y que sin ser tan instruído como S.E. ha llenado mejor sus deberes como soldado. En lugar de la arrogancia que tan mal le sienta, en lugar de un lenguaje hipócrita y falaz, debió usar el de la franqueza y sinceridad, debió confesar llanamente sus errores, porque de este modo habría alcanzado indulgencia, usándola a su vez para convencer el entendimiento y con-

Digitized by Google

quistado los corazones. ¡Mas cuán despreciable aparece el general Filisola elogiando unas veces al general Urrea, tributándole homenajes y detractándolo otras, según la pasión que domina su alma! Algunos creerán ver en mí un enemigo de aquel general, un hombre resentido, pero nada menos que esto y estoy precisado a repetir que ni el más ligero agravio tengo que vengar y antes bien le debo consideraciones personales. Toda su conducta en Texas me causa la más profunda indignación, sus errores, sus torpezas y las bajezas de que hablaré más adelante, exaltan mi alma y se me escapan expresiones de dolor, cáusticas muchas tal vez, pero el general Filisola es más digno de compasión que de aborrecimiento.

Como mi principal objeto es relatar hechos, debo ser breve en las impugnaciones que la necesidad me obliga a hacer. Me sería fácil pulverizar la exposición del general Filisola si no supiera que todos sus acertos se combaten con los mismos acertos y no estuviera seguro de que el general Urrea en justa defensa, y para volver por su honor ultrajado, va a combatirlo y que lo hará victoriosamente. Yo no hablaré pues de ella, sino con generalidad y me ocuparé más particularmente de la comunicación ya citada de 14 de mayo.

"Convencido, pues, dice en élla el general Filisola, de la situación en que me hallaba, quise oír la opinión de los generales, mis compañeros de armas; los reuní y unánimemente convinieron en que era preciso repasar el Colorado, establecer nuestras comunicaciones con el interior de la República y esperar los auxilios del Gobierno, etc."

Así en esta como en otras comunicaciones oficiales y en su **Representación,** el general Filisola ha hecho una triste y patética pintura del ejército en su aspecto físico y moral. Se encontraba, dice, en el estado más lamentable por la dilatada marcha que había tenido que hacer, sin vestuario, sin municiones de boca, ni almacenes, próximo a ser devorado por la peste, sin hospitales, sin cirujanos, ni provisiones a retaguardia, en la necesidad de desandar más de 200 leguas, cuando se aproximaba la estación de los calores o de las aguas que podían sorprenderlo, estando precisado a atravesar muchos ríos caudalosos, sin medios para ello y expuesto a que el enemigo mortificara su retaguardia, en una marcha que debía ser lenta y embarazosa por el mucho tren y la falta de transportes. Esto ha dicho y repetido hasta el fastidio el general Filisola, así como que por estas mismas

Digitized by Google

causas iba a establecerse sobre la margen derecha del río Colorado; mas después de este cuadro desconsolador, después que se había retrocedido y abandonado los ganados y provisiones de que ya estábamos en posesión en el centro de las colonias. ¿Cómo podía persuadirse el general Filisola ni por un momento que podía permanecer en la margen derecha del Colorado en espera de instrucciones y auxilios que sabía debían llegarle desde más de cuatrocientos cincuenta leguas de distancia? ¿Ni cómo prometerse que se le remitirían cuando no ignoraba el estado en que se hallaba el tesoro público, ni los muchos sacrificios que se habían impedido para mandar a la campaña ese ejército que ha pintado en esqueleto e incapaz de habérselas ni con un fantasma? Un ejército que no se creía conveniente que avanzara sobre el enemigo que se hallaba sólo a quince leguas de distancia, por temor de que le sorprendiera la estación de aguas y de que el calor lo convirtiera en vapor, ¿cómo, repetimos, podía creerse que se pudiera conservar sobre el Colorado con los mismos y aún mayores inconvenientes? Pero esto no fué más de un pretexto, el primero que ocurrió al general Filisola, y que dió a conocer al gobierno en su comunicación del 25 de abril.[91] Así es que, una vez dado el primer paso retrógrado, se vió precisado a continuar retrocediendo, por causas que debió prever; abandonó la línea del Colorado y sucesivamente lo hizo con la del San Antonio y río de las Nueces.

Tratar de justificar la retirada, diciendo: que se hacía para salvar la vida del general Presidente y de los demás prisioneros ha sido una indigna superchería, porque cuando el general Filisola la emprendió lo hizo en la persuación de que todos habían sido fusilados en represalia de las escenas de sangre que se habían representado con el enemigo, y hasta el 27 de abril se supo que existía nuestro caudillo y sus compañeros de infortunio. Esta también es una disculpa muy fútil para la grande falta que se cometió, porque el honor de la Nación, su justicia, su bienestar, su decoro y el de sus armas, eran de más peso en la balanza, que la vida de nuestros compatriotas y, porque era muy natural salvárselas, como se ha dicho, avanzando e imponiéndose al enemigo, que dejándolos entregados a su furia. Sobre la aquiescencia que se prestó a las órdenes del prisionero am-

91 Véase el Anexo No. 22. pág. 281 –

Digitized by Google

pliaremos a su vez las reflexiones que se han hecho en el mismo teatro y en el momento de condescendencias débiles y vergonzosas.

Empeñado el general Filisola en la empresa difícil de justificar su reprochable conducta, no puede menos de incurrir en notables contradicciones y algunas veces en el mismo documento. Así es que unas veces presenta al ejército desprovisto de todo, desnudo como el hombre de las selvas, sin aliento, moribundo, sobrecogido de terror, incapaz de batir una partida de aventureros, y otras, como por encanto, lo presenta capaz de todo: dice que ha vencido y destruído la mayor parte de las fuerzas que el enemigo llamaba de línea, que ha superado todos los obstáculos y manifiesta que estaba compuesto de mexicanos decididos que jamás en toda la campaña conocieron el miedo. Siendo esta una verdad innegable, hace aquella pintura para justificarse, y confiesa ésta para culpar a los demás.

Disculparse el general Filisola con que el general en jefe no le había comunicado su plan de operaciones a él que era su segundo, es una disculpa tan miserable que no merecía ni mencionarse. Después de la victoria del 19 de marzo nadie ignoró en el ejército el plan que adoptó el general Santa Anna y que mandó poner en práctica a los generales Ramírez y Sesma, Urrea y Gaona. Si el general Filisola hubiera dicho que ese plan, tal como lo concibió el primer jefe era malo, muchos convendríamos con él. Verdad es que carecíamos de una base sólida de operaciones, y tocaba al señor Filisola establecerla cuando por la catástrofe de San Jacinto se encontró depositado en él el honor de la Nación; pero no era el modo tocar trote y dar órdenes violentas para que se destruyera lo existente, era mal modo de reparar las faltas que se habían cometido cometiendo otras mayores. ¿Y así se ha tenido valor de criticar a los demás? Es cierto que empuñó el bastón del mando en momentos de conflicto, pero por lo mismo debía manifestar grandeza de alma y desplegar su genio militar; no confundirse y dar al enemigo una importancia que no tenía, no exagerar el número y calidad de sus fuerzas; ni suponer a Houston con centenares de veteranos, aguerridos y formidables, que no existían. El general Filisola para obrar no debió calcular el número de sus contrarios, sino el de sus deberes; no el tamaño de las dificultades, sino la obligación de vencerlas; no las consecuencias de emprender sobre el enemigo, sino la importancia de destruirlo.

Una retirada prudente y con orden requiere un genio militar

Digitized by Google

de los más penetrantes, dice un autor, y es más gloriosa para el vencido que la misma victoria. Nada se había preparado, nada se había previsto para la nuestra, porque nunca creímos, ni siquiera imaginamos que nos veríamos en la precisión de ejecutarla: previsión no la hubo, pero una vez emprendida se hizo en el mayor desorden, y lo peor es que el enemigo fué testigo de ella. Este no nos persiguió porque era tan insignificante como antes de su victoria y sin embargo el general Filisola quería andar más de prisa. Aquel fiaba su salvación en nuestra retirada y burlaba e insultaba por ella a nuestros prisioneros y éste quería abandonarle nuestra artillería en los días en que a causa del temporal nuestra marcha fué muy penosa, porque todo el camino era una laguna fangosa que parecía querer sepultar en su seno todo cuanto se presentaba en su superficie. En la comunicación tántas veces citada ha dicho: "En el ejército estaba picando ya la desintería y nos hallábamos sin medios de curación y sin facultativos (verdad innegable), no quedaba en fin más alternativa que la de perecer de hambre o abandonarlo todo (falso, falsísimo), salvando sólo a los hombres." Pocas líneas más adelante dice: "Si los enemigos en aquellas circunstancias críticas se nos atravesaban sobre el único camino que nos quedaba, no habría otro arbitrio que el de morir o rendirse a discreción, por que ni un sólo fusil estaba en condiciones de hacer fuego y casi todas las municiones mojadas." ¡Qué diferencia de situación, exclama, la de diez días antes! Disimúlese que manifieste mi asombro de que un hombre de tan poco espíritu y menos recursos naturales haya llegado a la cumbre de la carrera militar.

Si bien el general Filisola por debilidad y por error nos ha sumergido en un mar de infortunios, creyendo de buena fe salvarnos, está muy distante de merecer el epíteto de traidor que le han aplicado algunos y muy particularmente un jefe no mexicano, que lo cortejó mientras estaba en el mando, que prestó su aquiescencia a todo y que cuando fué separado de él, pasó a ser el mayor adulador del nuevo jefe del ejército. El general Filisola, repito, se equivocó, cometió muchos actos de debilidad, pero no se retiró de Texas como se dijo, para dar valor a las tierras que poseía en dicho territorio.

No debo pasar adelante sin manifestar que el único acto de debilidad que se notó en el ejército al saberse la catástrofe de San Jacinto acaeció en Matagorda. El coronel Alcérrica que con el batallón

Digitized by Google

de Tres Villas cubría este puesto, recibió el día dos de mayo una comunicación del coronel Garay, en que le participaba el suceso desgraciado del día 21 de abril. Esto y el haberle dicho el oficial de zapadores Holsinger, el día 3, que uno de los prisioneros que tenía ocupados en los trabajos de la fortificación que allí se construía, le había asegurado que la noche del día anterior lo había sorprendido un espía enemigo e invitádolo para que se marchara, porque dentro de dos días sería atacado el punto por fuerzas superiores, bastó para que se dejara sobrecoger por el pánico: el día 4 se salió de Matagorda con dos compañías, dejó el mando de aquel punto a Holsinger y la orden para que a las tres horas emprendiera su marcha el resto del cuerpo, se abriera la caja y se repartiera el dinero entre los oficiales. Habiéndose llevado el señor Alcérrica las mulas pertenecientes a una pieza de doce que existía allí y no queriendo Holsinger dejarla abandonada, acordaron no emprender la marcha en el término perentorio que se les había prevenido y pidió las mulas a su jefe para conducir la referida pieza, pero éste en lugar de mandarlas, reiteró su orden de que se ejecutara la marcha, que se repartiera el dinero de la caja como había prevenido y que se echara al agua la pieza dicha y el parque. En tal virtud se convino en que Holsinger se embarcara con ella y la caja en dos chalanes, en que se repartiera el parque entre los soldados y en que llevara consigo un sargento, cuatro artilleros, un soldado de Tres Villas y 14 ó 16 prisioneros. Así se verificó y no sabré decir si este paso fué imprudente, pero lo cierto es que Holsinger resultó más tarde con el enemigo y aún es un enigma si se entregó traidoramente o si fué hecho prisionero.

El capitán don Lorenzo Calderón con el resto de su batallón marchó por el río Colorado con dirección al Paso de Cazey. En el camino encontró a la compañía de granaderos que Alcérrica había dejado al mando de su sargento primero, Miguel Alvarado, con orden de esperarlo allí, pero continuando la marcha hasta el paso mencionado, se encontraron con que el jefe dicho se había marchado sin dejar ningunas instrucciones. Más tarde resultó demente y se ignora si realmente estaba o si lo hizo para ponerse a cubierto de la falta que cometió abandonando, sin orden, el punto que se había confiado a su pundonor, en el desorden que lo hizo y sin que se hubiera presentado ningún enemigo. Así consta por una sumaria que se le instruyó y me es sensible referirlo por la amistad que me ha dispensado

Digitized by Google

el señor Alcérrica; pero un historiador no debe ocultar la verdad por consideraciones personales. El señor Filisola por una de sus muchas inconsecuencias quizo hacer pesar sobre el general Urrea la falta de que sólo era responsable el jefe que la cometió.

CAPITULO DECIMO TERCERO

La retirada además de ignominiosa fué muy desordenada y contra los principios de la ciencia.- Nuevas faltas y debilidad del general Filisola.- Opiniones sobre las circunstancias del general Santa Anna y del ejército, que se explayarán a su tiempo.- Si deben obedecerse las órdenes de aquél hallándose prisionero.- Mi opinión particular de no obedecerlas y de no ceder con el enemigo en nada que lastime el honor nacional.- Cómo debe considerarse éste, si como a súbditos rebeldes o como aventureros sin bandera conocida.- Hablar de las presunciones y temores que se tienen actualmente.- Sobre lo que resolverá el Gobierno de México, de si aprobará o no la suspensión de armas.- De cómo las circunstancias han obligado a tratar con un enemigo a quien tanto se despreciaba y se había insultado, fusilando bárbaramente a sus prisioneros y tratándolos peor que a piratas.- Mis ideas y sentimientos han desaprobado esta conducta y celebro que se vean confirmadas mis esperanzas de que por generosidad se haya salvado a nuestros prisioneros.- Esta generosidad se atribuye a interés del enemigo, pudiendo muy bien ser así particularmente respecto del general Santa Anna.- Nueva organización del ejército para la retirada.- Comisión al general Woll para ir al campo enemigo.

UNA VEZ resuelta la retirada se ejecutó en el mayor desorden y el general Filisola no justificó ser acreedor a la reputación de buen militar que goza entre algunos de mis compatriotas y sí que se puede ser buen escuadronista sin ser por ello general. Condenados nosotros a no dar en Texas un paso que no fuera un error, al invadir el territorio lo hicimos excéntricamente y al revés al retirarnos en una sola columna. Si como el enemigo era insignificante hubiera sido fuerte y capaz de atacarnos, como creyó el general Filisola, ¿cómo hubiera podido cometer la torpeza que cometió retirándose sobre una sola línea a retaguardia? ¿Qué habría podido salvar de su ejército, al que cree haber salvado, con el desordenado y vergonzoso movimiento retrógrado? Si no debe ni puede justificarse la retirada mucho menos puede hacerse del modo en que lo hizo. Nada había previsto para

Digitized by Google

ella, porque, como se ha dicho, ni siquiera imaginamos que nos veríamos precisados a hacerla y ejecutada con la mayor precipitación era consiguiente el desorden, siempre en aumento y haciendo progresos espantosos. Un temporal que comenzó el mismo día que dejamos a Madame Powell contribuyó eficazmente a agravar nuestros males. Muchos se hubieran evitado con sólo haber tomado el camino de San Felipe de Austin, que es elevado y por el que avanzamos sin tropiezo en medio de fuertes aguaceros. Era necesario haberlo visto y sufrido para hacerse cargo de los padecimientos del ejército y de los obstáculos que tuvo que superar, extenuado ya con tantas fatigas y con marchas dilatadas. En los días del temporal y particularmente los días 29 y 30 de abril, 1, 2 y 3 de mayo, marchamos por sendas apenas andables. Los cuerpos que venían a vanguardia pasaban por un camino que en breve quedaba intransitable: los que seguían, divididos en pelotones pasaban por donde podían, pues nadie hacía caso de ellos porque los jefes y oficiales no se ocupaban de pormenores. Los cañones y las acémilas cargadas se hundían en el terreno cuando menos se esperaba y era necesario perder mucho tiempo y hacer grandes esfuerzos para arrancar estos objetos de aquellos formidables atolladeros. Nadie advertía a los demás el precipicio, cada cuerpo parecía que marchaba por su cuenta y cada individuo por sí, como si su suerte no dependiera de la de los demás. Parecía que ya no se daba orden general, ni había ningún vínculo común.

Ningún enemigo nos perseguía, porque era tan insignificante como antes de la sorpresa de San Jacinto, y sin embargo, nuestro general quería andar más aprisa. El enemigo fiaba su salvación en nuestra retirada, burlaba, vejaba por ella a nuestros prisioneros y el señor Filisola, como se ha dicho, pensó en abandonarle nuestra artillería en los días en que fué preciso marchar con la penuria que se ha mencionado. El comandante y oficiales de esta arma trabajaron con admirable constancia para arrancar sus piezas del fango y se hicieron acreedores a la estimación del ejército. Si por haber cumplido con su deber les cupiere algún elogio, me tocará a mí una parte, porque trabajé al par de ellos y participé de todas sus fatigas.

En esta funesta retirada, más tarde el cansancio fué tan grande como excesivas las privaciones. Así es que después de haber repasado el Colorado, cuando ya el ejército había perdido su fuerza mo-

Digitized by Google

ral, y destruído todo su material, y no podía volver a tomar la ofensiva sobre el enemigo, como propuso el diez de mayo el general Filisola, ni menos pudo hacerlo el 12 de junio que el general Andrade recibió orden al efecto del nuevo jefe del ejército. Este fué uno de los días que más padecimos por la sed. Era verdaderamente cruel y horrorosa nuestra situación, no encontrando una gota de agua con qué mitigar nuestra ardiente sed en medio de un sol abrazador. En estas ocasiones los soldados caían desmayados bajo el peso de sus armas, sus gesticulaciones indicaban el horror de su situación y algunos jefes y oficiales pasaban junto a ellos con la mayor indiferencia, porque se interesaban demasiado por sí mismos para ocuparse de los demás. Nada se decía al ejército para alentarlo a soportar sus miserias y después de la falaz proclama del 24 de abril no se le volvió a dirigir la palabra.

Para que el lector pueda juzgar por sí mismo y se convenza que no hablo de memoria, como ha hecho el general Filisola, continuaré la inserción de mi **Diario** tal cual él se halla:

"Abril 28.—El día 26 salimos de las habitaciones de Madame Powell y no había marchado aún nuestra retaguardia, cuando se vieron elevar las columnas de humo, precursoras de las llamas que pronto las devoraron. Es en verdad un espectáculo imponente y hermoso, la vista de un incendio, para el que pueda dejar de sentir los graves daños que produce. A poco andar pasamos uno de los tres Bernardos, arroyo angosto pero profundo y gastamos más de tres horas en hacerlo, no sin dificultades. Entre 11 y 12 de la mañana empezó a diluviar y siguió con fuerza hasta la entrada de la noche, que hicimos alto. No había llegado aún la retaguardia, que cubría el general Urrea con la brigada de reserva, cuando comenzó el agua de nuevo y continuó sin interrupción toda la noche, en la que no pudimos obtener descanso.

"Amaneció lloviendo el 27 y así continuamos la marcha con el día bastante avanzado, pero apenas habíamos andado unas cinco millas cuando fué preciso acampar, porque era imposible pasar el segundo Bernardo, en razón de lo muy crecido que estaba. Este día caminamos entre el fango y por lo mismo la marcha fué tan penosa como el día anterior en que avanzamos de ocho a diez millas. Serían las cinco de la tarde cuando vi agolparse jefes y oficiales, soldados y mujeres a la tienda del nuevo general en jefe y me acerqué también

Digitized by Google

para oír hablar a un correo que acababa de llegar con un pliego del general Santa Anna, en que éste participaba hallarse prisionero y daba órdenes para que retirara el ejército a Béjar y a Guadalupe Victoria, alegando que había acordado un armisticio con Houston, en ínter se arreglaban negociaciones que hicieran cesar la guerra para siempre.[92]

Mr. Smith, (Benjamin F.) que se titula coronel, conducía el pliego citado, pero irritado al ver quemadas por nosotros las habitaciones de Madame Powell, dijo al correo que se volvía a su campo a pedir la cabeza del general Ramírez y Sesma, porque decía que era un hombre de mal corazón. Se regresó en efecto canjeando el pliego que traía con otro que el correo conducía del Gobierno para el general Santa Anna. Dicho correo refirió el pasaje delante del mismo general Ramírez y Sesma, a quien no conocía, cuyo equívoco excitó la risa de algunos y dió lugar a muchos comentarios. Refiriéndose a los cautivos, Smith informó que sólo había veintitantos jefes y oficiales prisioneros."

Antes de ir más lejos hay que observar aquí que, aunque el general Ramírez y Sesma era uno de los consejeros a quien más se escuchaba, no tenía ningún mando especial y no era por consiguiente responsable de los actos de vandalismo que se cometían sin necesidad.

Hay también que hacer notar al lector, que aquellos hombres que más se habían sometido a los caprichos del general Santa Anna, los que más habían aplaudido o prestado cuando menos su aquiescencia a todos sus actos (entre los que no se enumera al general Filisola) fueron los primeros en levantar el grito de desaprobación luego que cayó en desgracia. Lo suponían muerto y se desataron contra su persona para censurar aun lo poco bueno que había hecho; extendieron su crítica y una crítica muy acre hasta los mismos hechos que ellos habían iniciado, o aprobado, y contribuído a realizar. Algunos hicieron más, alegrarse imprudentemente de su infortunio. Así es que al saber estos hombres que aún vivía el héroe que tanto habían maldecido y temiendo que hubiera quien descubriera su indigna conducta se llenaron de confusión, parecían heridos por el rayo de la venganza que ya creían tronaba sobre sus cabezas. Sus temores se

92 Véase el Anexo No. 27.

Digitized by Google

leyeron en sus semblantes y los que los observaron tan de cerca como yo me servirán de testigos.

Se ha dicho ya que el general Filisola, siempre vacilante, caminando siempre a tientas, no hallando pretextos plausibles con qué disculpar sus errores, se acoge al primero que se le presenta. Dijo primero, con fecha 25 de abril, que se retiraba al río Colorado para establecer la base de operaciones que faltaba,[93] y después que lo había hecho para salvar la vida del general Santa Anna y demás prisioneros, cuando, por lo que se acaba de ver, se retiró antes de que supiera que aquél todavía vivía y en la inteligencia de que todos habían perecido. Más tarde expuso que su objeto era siempre retirarse y, que aparentó que lo hacía en cumplimiento de las órdenes del general prisionero, para hacer con más comodidad su movimiento retrógrado; pero lo que hay de cierto es que todos han sido efugios y pretextos con que ha querido contestar su grave falta.

En la pretensión del general Filisola de ridiculizar al general Urrea y de censurar todas sus operaciones, aún aquellas a las que él mismo había prestado su aprobación, ha dicho que este general se colocó siempre en el paraje de más seguridad en el caso de alguna función de guerra.

Por la orden general del 25 de abril se dió nueva organización al ejército. La primera brigada, compuesta del batallón permanente del Morelos, del activo de Guadalajara y del auxiliar de Guanajuato, con dos piezas de seis y un obús, se puso bajo el mando del general Gaona. La segunda, compuesta del batallón de zapadores y de los activos del Querétaro y primero de México, con dos piezas de ocho y un obús, se dió al general Tolsa. La brigada que se denominó de reserva, compuesta de los batallones Jiménez y San Luis, de todos los piquetes de caballería y dos piezas de cuatro, se destinó al general Urrea. En la misma orden se dijo: "Debiendo mañana emprender su marcha el ejército el orden de ella será como sigue: a vanguardia dos compañías de la segunda brigada; en seguida los carros y todas las cargas de parque, equipaje y proveeduría; después marchará la segunda brigada, a la que seguirá la primera cubriendo la retaguardia la brigada de reserva." La orden general del 26 arregló la marcha del modo siguiente: "A vanguardia el batallón de zapa-

93 Véase el Anexo No. 28.

Digitized by Google

dores, en seguida el resto de la segunda brigada, los carros, equipajes, proveeduría, comisaría y parque; después seguirá la primera brigada, cubriendo la retaguardia la de reserva", y siguió constantemente cubriéndola hasta que se dió orden a mi jefe de marchar con ella a asegurar un paso en el Colorado.

Nada había que temer porque nuestro general procuraba sustraernos del peligro, pero en el caso, bien remoto, de que el enemigo hubiera intentado atacarnos, la brigada de reserva hubiera sido la primera que hubiera tenido que batirse, a menos que como el general Filisola temía y estaba muy lejos de suceder, se hubiera colocado a nuestra vanguardia. Indebidamente se nombró de reserva, sea esto dicho de paso, a una brigada que en el orden inverso en que marchábamos habría tenido que batirse la primera en caso necesario. Nuestro sistema de campaña en una sola línea, como ha dicho el general Filisola, no colocaba al general Urrea en el paraje de más seguridad, a menos de que se tuviera certeza de que el enemigo había de presentarse precisamente por el extremo opuesto al en que estaba situado este general. Es cierto, ciertísimo, que no había enemigo que temer porque él respiraba a proporción que nos alejábamos y, queda probado que es falso, falsísimo, que el señor Urrea se colocara en los parajes menos expuestos.

Para no incurrir en repeticiones, siempre molestas, para ahorrar al lector las más que me sea posible, omito ampliar aquí las objeciones que quedan apuntadas en el **Diario**, y continuaré la inserción de éste, reservándome para hacerlo más adelante.

"El día de ayer (se escribe el 28) se brindaron algunos jefes y oficiales para ir al campo enemigo a hacer aclaraciones y entre los primeros se enumera al general Urrea. No se les admitió y hoy se mandó al general Woll, que por no ser mexicano, se ha recibido mal su elección.[94] Hoy contramarchamos en busca de otro camino y de otro paso en el Colorado. Pasamos por el lugar en que acampamos el 26, dimos un cuarto de conversión por la izquierda y continuamos la marcha atravesando una inmensa laguna, pues todo el camino se ha hecho por en medio de un pantano, sobre el cual hemos acampado entre 4 y 5 de la tarde, después de haber andado unas diez millas.

94 Este jefe desempeñó su comisión con celo, aunque sin éxito y el documento Anexo No. 29 manifiesta las contestaciones que tuvo con el jefe de los disidentes y la dignidad con que se condujo.

Digitized by Google

CAPITULO DECIMO CUARTO

Bondad del general Filisola.- Sus incertidumbres.- Atolondramiento de los generales.- Murmuraciones de los oficiales y de la tropa por las vueltas y revueltas en la marcha, sin considerar que todo el camino era pantanoso.- Recuerdos de Aníbal por la semejanza del terreno.- Opiniones varias sobre haber contramarchado mejor por el camino de Austin.- Se habla de que el general Urrea marcha a Victoria y el resto del ejército a Béjar, con cuya resolución se dará cumplimiento a las del general Santa Anna y se prepararía un nuevo triunfo al enemigo.- Conversación sostenida con un oficial del enemigo sobre el desastre de San Jacinto.- El general Andrade comunica tener mil hombres listos para el combate.- Se presentaron sobre la marcha cuatro soldados dispersos CON PASAPORTES de Smith.

"ABRIL 30.—El día de ayer nuestras desgracias llegaron al colmo. Desde el día anterior se habían atrasado los carros y en ellos murieron algunos de nuestros enfermos por falta de medicinas y de alimentos adecuados a su situación. Causaba indignación el ver maltratar a estos desgraciados aun por los generales y particularmente por Gaona, como si los hombres fueran de bronce para no enfermarse con tantas miserias y trabajos. La vanguardia comenzó a salir a las 8 de la mañana y a la diez y media todavía no había podido marchar la retaguardia. Antes de emprender la marcha se echó en un arroyo armamento, municiones, clavazón, cordaje y otras cosas pertenecientes al parque de artillería, para aligerar los carros. Se repartieron a los cuerpos los saquillos de brin a razón de tres por plaza y se botaron los de jarcia, después que sólo los gastos de conducción montan al quíntuplo de su valor. Cuando esto sucede algunos oficiales ocupan tres y cuatro mulas y los jefes cuádruples de las que les corresponden. Si esperan cargar botín no seré yo quien lo afirma.

"Este día tuve necesidad de caminar pie a tierra, sumergiéndome en el fango hasta la rodilla, cayendo y levantando, y me quedé al fin descalzo, continuando así. Apenas se andaban treinta o cuarenta pasos cuando era preciso que los soldados ayudaran a sacar las piezas, en cuya fagina se fatigaban demasiado, estando mal alimentados y se perdía mucho tiempo. Entre 5 y 6 de la tarde a cuya hora ha-

Digitized by Google

bríamos andado cinco millas, o seis a lo más, cada cuerpo acampó donde pudo y lo mismo hicieron los jefes y oficiales, pues las circunstancias eran superiores a la disciplina. Por todas partes se veían grupos a distancia unos de otros. La artillería quedó atollada hasta las masas a las 2 o 3 millas del punto de salida. Las cargas de parque, proveeduría y equipaje quedaron regadas en el camino y el que a costa de sacrificios hacía llegar la parte de equipaje que le pertenecía lo encontraba inútil. Muchas cargas se extraviaron, muchas mulas se inutilizaron y la tropa no pudo tomar el rancho, porque no alcanzó a llegar, ni había leña con qué hacerlo. Es difícil describir nuestra marcha en este día, era una completa derrota. Exasperación de los oficiales y de la tropa. Murmuraciones por que no se reconocían los caminos antes de sepultarnos en los fangales y hacernos sufrir el hambre con otras penurias. El camino de Austin es elevado y sólido y pudimos andarlo con fuertes aguaceros. El general Urrea recibió orden de ir a asegurar un paso en el Colorado y se adelantó al efecto dejando su artillería.

"El día de hoy (30 de abril) continuó la marcha la infantería, dejando un piquete cada cuerpo para ayudar a sacar la artillería y las cargas. Así es que éstas han ido marchando conforme se ha podido y no es posible ver sin dolor más de mil quinientas acémilas regadas en todas direcciones, pues mientras se sacan unas otras se atollan de nuevo, continuando sin intermisión la cadena del desorden. Todos son males, trabajos y penalidades. Entre las cargas que quedaron botadas ayer se han encontrado baúles desaherrojados, tercios destripados, cajones de parque destrozados, de los que los botes de metralla apenas se dejaban ver entre el fango. Parece que el enemigo se ha echado sobre estos objetos para destruirlos.[95]

"Mayo 5, sobre el río Colorado, en el paso de Moctezuma, llamado también del Atascocito.—Los días 29 y 30 de abril, 1, 2 y 3 de mayo han sido hasta hoy para mí los más penosos de la campaña. En los tres últimos apenas pude caminar de 20 a 21 millas, pie a

95 En un cuaderno que el ex-general Urrea publicó en Durango en 1838, he encontrado esta y otra parte de mi **Diario**, pero con algunas variaciones, aunque de poca importancia y en una de ellas invertido el tiempo presente en pretérito, quizá porque no se copió exactamente del original, o porque el autor juzgó conveniente esta variación, que yo me veo tentado a hacer muchas veces, pero me abstengo prefiriendo la exactitud a la concordancia.

Digitized by Google

tierra, entre el fango y sin qué comer nada caliente, por no haber con qué hacer fuego. Después de haber ayudado al comandante de artillería en sus penosas fatigas me adelanté con las cargas de mi cuerpo, que todas las he salvado y son las primeras que llegaron aquí. El día tres que pasé de la margen izquierda a la derecha me encontré con una carta de México, que me ha causado más pena que todas las que he pasado. No parece sino que el destino se complace en reunir a la vez sus funestos golpes, como para inmolar más breve al que ha elegido por su víctima.[96]

"Los víveres se desperdiciaron mucho en estos días, porque los atajos marchaban separados unos de otros, y un sólo proveedor no podía atender a todos: los arrieros que los conducían robaron y dejaron perder bastantes. Los oficiales que marchaban con trozos de tropa conduciendo las cargas de sus cuerpos, pedían para ella más de lo que necesitaban porque se dieron al efecto las órdenes más descabelladas. En estos días fué necesario mandar desde este punto leña y carne para esta tropa y la que venía conduciendo la artillería, pero en todo ha habido abusos. La orden general del día previene que en adelante los jefes y oficiales no llevarán más mulas que las que les corresponden por reglamento y una para cada ochenta individuos de tropa. La providencia es justa y si se hubiera tomado antes se habría ahorrado mucho dinero a la Nación. Sin embargo, algunos han gritado contra ella porque no teniendo ración necesitan en qué transportar los víveres que puedan proporcionarse; pero todo podía resolverse con el tino y prudencia que ha faltado hasta en las cosas más pequeñas. Se hablará a su tiempo del desorden que ha habido respecto de las mulas y cómo algunos de los dueños,[97] han hecho uso de ellas para cargarlas del maíz que recogían y nos vendían a precios exhorbitantes, estando contratadas para el servicio del ejército.

"Mayo 7, sobre el mismo río.—Ayer ha llegado al campo don Alejandro Alsbury, individuo del ejército enemigo, quien confirma que

96 Se omite la inserción de la referida carta por lo extenso y por considerarla ajena al asunto a que se contrae esta obra. —N. del E.

97 Don Manuel Villalba que era el encargado del ramo me aseguró que en el río Brazos teníamos víveres para más de un mes y particularmente frijol, pero como consecuencia del desorden referido, muy pronto estuvimos precisados a alimentarnos sólo de carne.

Digitized by Google

nuestra tropa fué batida por sorpresa a unas 45 millas (quince leguas) del río de los Brazos y la margen occidental del San Jacinto. Hasta el día que salió de su campo asegura que había unos 39 jefes y oficiales prisioneros y de 550 a 600 individuos de tropa; que nuestros muertos permanecían aun tirados en el campo, sin sepultura. Dice que la acción duró 22 minutos y que algunos oficiales, como don Francisco Aguado, murieron por no querer rendir sus espadas; que el general Santa Anna dormía y parte de la tropa estaba tomando el rancho cuando se dejó ver el enemigo. Este general fué encontrado en un llano el día siguiente de la acción a eso de la una de la tarde por un joven enemigo. A la pregunta que éste le hizo que dónde se hallaba Santa Anna, contestó que se había marchado y que él era uno de sus ayudantes. Alsbury asegura que se hallaba disfrazado cuando se le encontró y que así fué presentado a Houston, en cuya tienda pidió que se le pusiera, y que a esto debió su salvación, porque estaban muy irritados contra él los deudos y amigos de aquellos a quienes había mandado fusilar. Se dice que una orden del jefe de la caballería enemiga prevenía salvar a Santa Anna y, con este objeto, se le gritaba en los bosques. Alsbury ha dicho también que el 23 se iba a incendiar el parque enemigo y el que habían recogido nuestro, por el fuego que se conservaba en una cartuchera: que se dispararon algunos fusiles y pistolas y esto causó mucha alarma, por lo que los centinelas que rodeaban a Santa Anna apuntaron sobre él sus armas.[98]

"Dicho Alsbury ha convenido conmigo en que no debíamos haber marchado por donde lo hicimos, sino por Goliad, etc. Es hombre racional, pero muy apasionado de los suyos. Es presuntuoso y altanero, como todos ellos, que creen valer más que nosotros, cuando nada valen como soldados. Anoche y hoy he tenido varios altercados para demostrarle que sólo a Santa Anna han podido batir. He convenido con él en la justicia que les asiste para disponer de los terrenos que legítimamente poseen en Texas; pero le he repetido mil veces que es necesario conservar a toda costa la integridad de nuestro territorio o dejar de existir. Debilidad de Santa Anna en acceder al convenio. Mi opinión sobre este desgraciado general en su actual

98 Este es uno de los sucesos referidos en mi **Diario** que no se ha confirmado, pero que no carece de verisimilitud.

Digitized by Google

situación y que habría neutralizado su debilidad ofreciéndose como mediador. Refiere Alsbury que el 26 tuvo una conferencia con Zavala y que diciéndole a éste que por qué no lo había esperado en Harrisburg, le contestó con bastante aspereza que no era tan... para hacerlo, pues que no contento con haberlo perseguido desde México lo venía a perseguir a Texas. La pregunta fué imprudente, pero es ciertamente acción muy innoble la de insultar a un hombre en su desgracia, por resentimientos que se tengan con él. La artillería a fuerza de brazos de los soldados empezó a llegar ayer y ha concluído de hacerlo hoy entre una y dos de la mañana. La actividad y trabajos del comandante de la rama en esta ocasión han sido tan asiduos y penosos como en los pasos de los ríos, de los que han participado sus oficiales y yo. En los días 2 y 3 tuvo el señor Ampudia algunas contestaciones con Mr. Henry Karns y con don Juan Nepomuceno Seguín, sobre el reclamo que hicieron por la demora que un correo texano tuvo en nuestro campo, así como sobre los negros y demás propiedades. Mandaban una corta fuerza y prometieron no meterse con nosotros.

"Día 9.—El día ocho se ocupó en pasar todo lo perteneciente al ejército y hoy que se concluyó esta operación salimos a acamparnos fuera del bosque de la margen derecha. El día anterior marchó el general Urrea con su brigada para Guadalupe Victoria. El general Ramírez y Sesma lo había hecho desde el día 3 y me han asegurado los que se hallaban presentes que llevó 67 mulas cargadas.[99] Los once carros de don José Lombardero que venían con el ejército han sido abandonados, y en ellos algunos de nuestros enfermos, pues aunque ya el señor Ampudia había hecho conducir en mulas la mayor parte de ellos, sólo al primer activo de México le faltaron ocho, cosa que me han ratificado los jefes de este cuerpo. También se dejaron abandonados 26 cajones de parque, además del mucho que ya se había desperdiciado. Quedaron igualmente con los carros una fragua, una cureña de repuestos y un carro grande de conducción; y se quemaron para leña una galera y un carro capuchino, todo perteneciente al tren de artillería, así como cajas de fusil y cabos de lanza en los días del primero al siete. Ha llegado hoy un

99 Esto no lo presencié, ni he podido confirmarlo, pero es bien conocida la persona de quien se trata y se sabe en lo que se ocupó en la segunda expedición.

Digitized by Google

correo de la capital, por el cual hemos sabido que está aprobada la Legión de Honor, cuando ya lo hemos perdido. Hemos visto periódicos de marzo, en que se adulteran los sucesos pero que muy pronto cambiarán de lenguaje: muchas reflexiones podrían hacerse sobre lo que se varían y exageran las cosas en la capital. Nos hallábamos en la tienda del general en jefe, entretenidos en hablar de la Legión de Honor cuando llegó un parte de la avanzada que se había dejado en el río, participando el comandante de ella, que había llegado una fuerza enemiga, la que pedía se le dejara libre el paso para poder marchar a Béjar. Se comisionó al señor Ampudia, que estaba presente, para contestar con el jefe de dicha fuerza. Le dijo, como otras veces, que se sufría la altanería del enemigo para salvar la vida al general Santa Anna. El honor nacional es primero que su vida. Irresolución y falta de energía en los que mandan. El armisticio ha sido hecho por un general prisionero, sin libertad para tratar y se ignoran los términos en que está concebido; pero sean los que fueren, se debía impedir al enemigo pasar adelante y aún más el ir a Béjar. No es posible sufrir tanta humillación al que tiene honor y amor a su Patria. Grande ha sido la exaltación que esta ocurrencia ha producido en algunos individuos del ejército.

"Día 10.—Hoy salimos de las inmediaciones del río y hemos acampado en el arroyo de San Diego, después de haber andado unas 30 millas. Hace días que la tropa no comía más que carne y frijol porque la ración de maíz se dió por pocos días y cuando se recibía no quedaba a los soldados otro recurso que comerlo tostado al rescoldo. Murmuran éstos que se les obliga a hacer jornadas largas estando tan mal alimentados; pero el día de hoy no han tenido razón para quejarse, porque ha sido indispensable andar lo que hemos andado por no haber agua en el tránsito, aunque es cierto que se les pudo haber dado en él algún descanso. Se ha recibido comunicación del general Andrade en contestación a la en que se le participó la desgracia del 21. Manifiesta que tiene a sus órdenes mil un hombres de todas armas animados de los más vivos deseos de vengar a sus compañeros, y que está listo a marchar a donde se crea conveniente, no obstante que está mal montada su caballería, alguna pie a tierra, y que de la fuerza total 301 hombres son heridos o enfermos.

Digitized by Google

"Día 11.—Hoy salimos del punto citado y hemos acampado en el arroyo de la Navidad, donde hemos encontrado 8 casas reunidas, después de haber andado de 18 a 20 millas, así como 33 barricas de galleta y 4 de manteca venidas de Goliad, de los víveres tantas veces prometidos y tantas veces deseados; pero esto ha sido una migaja para la hambrienta multitud a quien no se ha hecho otra cosa que excitar el apetito. La galleta se ha repartido entre los jafes y cuerpos que han ocurrido primero, quedando sin parte los que no han andado listos, por lo que han sobrevenido las comparaciones y disgustos consiguientes a la falta de equidad. El general en jefe reunió anoche a los generales y jefes para manifestarles que era preciso acallar las murmuraciones que había contra la retirada, para lo que dijo debía aplicarse todo el rigor de la ordenanza.[100] Después de un largo exordio en que pretendió justificar su determinación y después de haber sentado como principio, que un ejército no era un congreso en que se debe discutir lo mejor, dijo: 'que si algún individuo de él le presentaba un plan que lo convenciera de que quedaría bien puesto el brillo de las armas, se sujetaría a él'; pero el señor Gaona objecionó que tal propuesta sólo podía tener lugar en las plazas fuertes, objeción muy conforme con la ordenanza vigente. Es necesario reflexionar, para cuando pueda ampliarse, que la crítica no es tanto contra la retirada, necesaria hasta cierto punto una vez emprendida, cuanto contra el modo de hacerla. El plan más sabio y mejor combinado no puede ya tener efecto después de dieciocho días de haber dado el primer paso retrógrado. ¿Qué puede hacerse con soldados que aún sienten vivamente las penurias que acaban de pasar? ¿Qué puede hacerse, repito, después que han apurado la copa del sufrimiento y perdido su fuerza moral como consecuencia de tantos padecimientos y de la conducta que con ellos se ha tenido? Es muy notable que no se contara con los jefes de los cuerpos para acordarse la retirada y que se les ha llamado para excitarlos a acallar las críticas que generalmente se hacen contra ellos.

"Guadalupe Victoria, mayo 15.—El día 12, entre ocho y nueve de la mañana, dejamos el arroyo de la Navidad y acampamos en el de Garcitas ya puesto el sol, después de haber andado de 34 a 35 millas sin dar ningún descanso a la tropa. Las tres jornadas ante-

100 Véase la nota 10.

Digitized by Google

riores las hemos hecho por entre un bosque de encino roble, si se exceptúa la mitad de la última que fué por llano. Dentro de aquél se notaban muchas plantas aromáticas y en gran abundancia la de laurel.

"Entre 11 y 12 de la mañana del 13 llegamos a esta colonia de mexicanos, a donde el general Urrea había llegado el diez. Se encuentran en ella algunas familias de irlandeses y americanos, siendo también vecinos algunos de los que tomaron parte en la revolución, y entre otros don Plácido Benavides, a quien el general Urrea había dado por muerto en la destrucción que hizo de la fuerza que acaudillaba el doctor Grant. Reside igualmente la familia de los de León, cuyo padre fué el empresario de la colonia, la cual está situada a la margen izquierda del Guadalupe; todas sus casas son de madera, y una de ellas me ha llamado mucho la atención por su construcción ingeniosa; pero lo que hermosea esta pequeña población son los grupos de lilas, árbol muy pintoresco, que hay en las casas y en sus cortas calles. Según algunos oficiales hay damas hermosas. Aquí es donde después de cuatro meses hemos vuelto a tomar pan y una torta, cuyo peso no llega a una libra, nos ha parecido cara en diez y doce reales, así como la libra de harina a cuatro reales. El día 14 marchó el general Urrea para Goliad, de donde con su brigada marchará hasta Matamoros, en cumplimiento de las órdenes que al efecto ha recibido. Hoy ha marchado el general Gaona con la primera.

"Día 16.—El cuartel general y la segunda brigada dejaron hoy Victoria; en corto tiempo vadeamos el Guadalupe y después de una milla de bosque salimos a una llanura, hermoseada por motas de árboles, que se veían a derecha e izquierda del camino. Hemos acampado ya de noche en el rancho del Coleto, donde estaba la brigada Gaona. Al ver el soldado las fogatas del campo, se exaltó su imaginación y comenzó a compararlas con las luces que se ven en las plazas de nuestras poblaciones. Los zapadores, particularmente, tuvieron con este motivo ocurrencias muy graciosas. Algunas familias han venido en nuestra compañía, pero las más se han quedado en Victoria, o largádose a las habitaciones que hay en las márgenes del río.

"Día 17.—Después de 18 ó 19 millas de camino hemos llegado, entre una y dos de la tarde, a las ruinas de Goliad, teatro de ignominiosas y sangrientas escenas, cuyos pormenores horrorizan aún

Digitized by Google

más que la acción en sí. Como a las siete de la mañana salimos del rancho del Coleto y a las nueve y diez minutos pasamos por el campo del Perdido, en que cayeron la mayor parte de los prisioneros fusilados y donde aún había restos de los muertos habidos en la acción."[101]

CAPITULO DECIMO QUINTO

Descripción de la exhuberancia del río de los Brazos y de las bellezas naturales de los bosques de Texas.- Gestiones de Henry Karnes y William Redd para canjear prisioneros.- Oficiales texanos traen un ejemplar del convenio celebrado por Santa Anna.- Otro hombre en la jerarquía y circunstancias de Santa Anna se hubiera levantado la tapa de los sesos antes que firmar su deshonra.- Humildad indecorosa de Filisola ante los oficiales texanos.- Visita al sitio de los fusilamientos en Goliad.

"MAYO 23.—Hace un mes el día de hoy que en el río de los Brazos debí haber hecho una ligera descripción de los bosques vírgenes que se encuentran en las márgenes de los ríos y arroyos. Los árboles que allí crecen parecen orgullosos de elevarse a una altura inmensa, cruzando sus robustos brazos y formando bóvedas impenetrables a los rayos del sol, cuyo tránsito es sumamente delicioso al viajero. Puede decirse que estos bosques son el paraíso y almacenan inagotables, ricos tesoros para la construcción marítima. Los que hay distantes de los ríos se componen en su mayoría de álamos verdes, de fresnos, olmos, cedros, aíles, nogales, de ayagil, palo blanco, anacua, malaguíes, chocolate de indio, sasafrás, nísperos, de sabinos, moreras y otra variedad de árboles hermosos, cuyos nombres no pude hallar quien los designara. El álamo verde es muy conocido, la elevación de su tallo, el corte de su hoja, su dimensión y su color verde claro, lo hacen en todo diferente a los que se conocen en nuestras alamedas. El fresno es muy corpulento y abundante en estos bosques. El olmo es árbol pintoresco; se deja notar entre to-

101 Nada se encuentra en el **Diario** desde el día 17 hasta el 21 y lo anotado el 22 se ha anticipado en la p. 112.

Digitized by Google

dos por el verde oscuro y corte de su hoja, así como por lo bien repartido de sus brazos, pareciendo algunas veces esférica su copa. El cedro, de la familia del pino, es tan elevado o más que éste, pero escaso en los ríos que hemos pasado; lo hay en las inmediaciones de Béjar, en el camino de esta ciudad a Matamoros, y en el camino de Nacogdoches en abundancia. El nogal abunda más en los ríos Medina y de las Nueces. El aile es parecido al naranjo, por el corte y color de su hoja, aunque es de un verde más claro y sus brazos son más repartidos. El ayagil y palo blanco son semejantes entre sí y tienen también alguna semejanza con el fresno. No encuentro términos de comparación para el anacua y malagui, son de tallo corto, poco vistosos, aún cuando estén bien copados. El chocolate de indio también es de tronco corto y su hoja es muy semejante a la del laurel. El sasafrás es aromático y su corteza se hierve en lugar de té. El sabino es escaso en los ríos Guadalupe, Colorado y Brazos, pero abunda en el Sabina, de que ya se ha hecho mención en este **Diario.** Las moreras que hay en estos bosques son también elevadas y los soldados las tiraban para tomar la fruta a medio madurar; se encuentran en tanta abundancia, se reproducen con tanta facilidad, que convidan a la cría de gusanos de seda, que darían cosechas abundantes; pero los colonos dedicados de preferencia al cultivo del algodón, de cuya planta en breve se recoge el fruto, no han puesto un sólo plantío. Muchos de los árboles citados tienen constantemente revestido su tallo y brazos con enredaderas floridas, que enlazan a unos con otros; pero lo que hace aún más deliciosos estos bosques es la variedad de aves que los habitan, con sus concertados trinos y gorjeos dan mayor movimiento a una naturaleza rebozante de vida. En otros abunda el jilguero, el zenzontle, el cardenal, la chuparrosa y el carpintero, cuyo pájaro se hace notable por la actividad con que de continuo anda barrenando los troncos de los árboles, haciendo una especie de honor de hacerlo en los más duros. Hay tres clases, pero uno color ceniciento, dorado el cuello y de copete encarnado, llamado pito real, es el más hermoso, aunque es muy diferente del ave que en la sierra se conoce con el mismo nombre. Una alma sensible se eleva sobre sí misma en medio de estos bosques y encuentra recursos muy seductores, se siente como apegado a lo presente, cuidándose poco de lo futuro. Bajo de su sombrío y melancólico ramaje se representan vivamente los objetos caros al co-

Digitized by Google

razón adornados de todos sus encantos y hechizos. En estas selvas, en la soledad de la naturaleza, el hombre podría vivir a cubierto de la calumnia, de la intriga y maldad de los demás.

"Si los bosques de Texas son grandiosos y producen grandes sensaciones, no encuentro voces para explicar la belleza de las praderas, esmaltadas de una gran variedad de flores exquisitas que seducen la vista y enajenan el alma. El olfato se deleita con la fragancia que exhalan y esta atmósfera embalsamada parece infundir ideas celestiales.[102] Todo es pintoresco y encantador.

"Ayer (se habla el 23), a las cinco de la tarde, llegaron a este campo Henry Karns y William Redd, edecanes de Rusk, hoy comandante de las fuerzas tejanas. El intérprete que los acompaña dice: que hay unos ochenta oficiales prisioneros y más de 600 de tropa y que vienen con el objeto de arreglar un canje; pero los pocos suyos que se conservan, dos días ha que marcharon para Matamoros. El general en jefe, acompañado del general Tolsa, de los coroneles Amat, Montoya, García y de otros oficiales, fué a encontrar a estos parlamentarios hasta el punto en que la avanzada les mandó hacer alto, acción que ha sido muy censurada, por los que quisieran que tuviera más dignidad el que manda el ejército mexicano.

"Goliad, mayo 26.—El día 25 es fecundo en sucesos que referir. La noche del día anterior tuvo noticia el general en jefe de que los americanos estaban en Victoria. Como Redd y sus compañeros, que regresaron la tarde del 24, habían asegurado que en aquel punto no había ninguna fuerza, se creyó por algunos genios espantadizos que habían negado la verdad, por que trataban de dar una sorpresa. Se dijo también que cuando aquéllos entraron a ver a uno de sus prisioneros que estaba en el hospital, fué con el objeto de observar la situación que guardaba el fuerte y no faltó quien los viera hacer reconocimientos. Nada se había dicho de marcha en la orden del

102 Texas en efecto es un vasto y fértil jardín donde nacen todas las bellezas de la tierra; se levantan dos cosechas al año y puede decirse que es un terreno en el que el hombre no tiene más que recoger. Su clima es saludable, si se exceptúa la costa. Estas campiñas forman cuadros hermosísimos, difíciles de describir. La multitud de plantas aromáticas y medicinales que se encuentran en ellas y en los bosques producirían gratos placeres al bótanico que nos diera a conocer las virtudes de cada una, pero por desgracia ni lo soy, ni viene ninguno entre nosotros. Entre las conocidas y comunes abundan la malva, el laurel, la yerba anís, el ajo silvestre y el hepazote, del que hay montes. En este día he visitado uno de los sitios de la sangrienta escena.

Digitized by Google

día anterior, pero al amanecer de este día se dió el primer toque y sucesivamente se dieron los demás precipitadamente. Llegamos a estas ruinas el 17, en cuya noche y el día siguiente diluvió con exceso, pero no había vuelto a llover hasta este día que amaneció el viento al Norte y empezó a soplar con fuerza acompañado de una lluvia copiosa que duró tres horas. Hacía ocho días que estábamos aquí, con el objeto, según se decía, de esperar que el señor Andrade se nos reuniera con la fuerza de Béjar; pero lo intempestivo de la marcha, a pesar del mal tiempo, después de las prevenciones de la noche anterior, dió lugar a reflexiones y conjeturas desfavorables. Llovía aún y se había dado ya el último toque, cuando se dejaron ver dos soldados y tres individuos más, cuya aparición excitó el entusiasmo y dió lugar a que algunos creyeran que era el enemigo que avanzaba y se dispusieron a esperarlo. Eran en efecto Benjamín F. Smith, McIntire y Henry Teal, que se titulan coronel, mayor y capitán del ejército texano y condujeron el convenio celebrado entre el que aún se dice general en jefe del ejército mexicano y el Presidente del que se titula gobierno de Texas. Los dos ordenanzas que traen son los únicos soldados uniformados que hasta ahora hemos visto y han causado extrañeza a los nuestros. Lo sustancial de los artículos de dicho convenio se dejó traslucir luego; a pesar del misterio con que se procuró ocultarlo, y la justa indignación que se oía expresar en todos aquellos a cuya noticia llegaba, da a entender que aún hay mexicanos en el ejército que desean conservar con honor el nombre de tales. Hecho el convenio por los promovedores de la separación de Texas, no puede ser más ignominioso para nosotros; pero aún más para el mexicano que lo firmó. Jamás el general Santa Anna había hecho una acción más indigna, entre las muchísimas que ha cometido en su carrera política, que la de vender a su Patria cediendo el delicioso territorio de Texas, como si él fuera el árbitro de la República: a esto equivale el tal convenio. Otro hombre en la jerarquía y circunstancias que él, se hubiera levantado la tapa de los sesos antes que firmar su propia deshonra, pues no puede darse envilecimiento mayor. El debió sujetarse a correr la suerte de la guerra que la crueldad de su corazón había hecho tan sangrienta y feroz, y no debió dar ninguna orden; para lo que tenía una buena disculpa ante aquellos que le obligaban a firmarla, puesto que no debía ni podía ser obedecida, como no debió serlo en efecto. El

Digitized by Google

general Filisola que ya había dicho amén a todo lo que ha ordenado el prisionero, lo repitió después de haber visto este infamante tratado y contestó: que se daría cumplimiento; pero, si usó para con el enemigo el lenguaje de la condescendencia, es en mi concepto, porque así conviene a la resolución que ha tomado y no por complacer al general prisionero. Sin embargo, el que esto escribe deseaba con ardor en el momento que hablaba con los comisionados texanos, que tomase un lenguaje digno del puesto que ocupa y del ejército que manda. Hubiera querido inspirarle con el aliento mis sentimientos y mis deseos. Con las fuerzas de los generales Andrade y Urrea tiene aún más de cuatro mil hombres a sus órdenes, cuando el enemigo no tiene más de un mil quinientos a todo rigor, pues él mismo asegura tener dos mil y ya se sabe que siempre procura aumentar sus fuerzas al contrario, además que hay datos fundados para concederle sólo el primer número.[103]

"Verdad es que por la escasez de víveres, la estación de aguas que está encima y otras causas de que se hablará a su vez, ya no podemos tomar la ofensiva; pero sí estamos en el caso de tomar un lenguaje enérgico y decoroso con un enemigo que se ha creído vencedor por haber sorprendido una división de vanguardia.

"Como uno de los artículos del convenio se contrae a entregar a los colonos todas sus propiedades y otro a que se indemnizarán las cosas indispensables que tomemos en la retirada, el señor Filisola comenzó a dar cumplimiento al mismo entregando a un negrito que tomó cuando pasamos el Colorado y le servía de cochero[104] y ofreció que se entregaría todo lo que fueren conociendo, para cuyo efecto marcharon con él dos de los comisionados (Smith y Teal), así como

---

103 Antes del suceso de San Jacinto todos los hombres de armas en Texas no llegaban como ya se ha dicho a 1200, pero la victoria hizo subir este número, y nunca llegaron a reunir dos mil después de ella.

104 Me hallaba yo todavía en Goliad en espera del general Andrade cuando regresaron los comisionados con el negro citado. El infeliz me hizo comprender en un momento que pudo verme a solas, su angustiosa situación y los crueles tormentos que se le esperaban. Habría yo cometido un crimen contra la humanidad, como el que cometió el general Filisola, si no hubiera protegido su libertad y librado de los castigos que se le esperaban. Disfrazado de soldado lo mandé a donde estaba el ejército y así llegó hasta Matamoros. Mi recompensa ha sido el placer que me ha causado verlo lleno de gratitud la última vez al lado del mayor Benito Zenea. Otros desgraciados se libraron del mismo modo por otros oficiales del ejército. (Véase el Anexo No. 31.—N. del E.)

Digitized by Google

para arreglar lo demás, pues en cuanto a pagos ya había dicho que no tenía dinero y que los haría el Gobierno. Como a nosotros no se nos iba a devolver nada de lo perdido en San Jacinto, y toda la indemnización que la Nación recibe por los gastos de la guerra es la de perder el territorio que habíamos venido a sostener, no se han nombrado comisionados por nuestra parte. El general Filisola, repetimos, es sumamente bondadoso y honrado y si sus providencias son dignas de reproche, las más veces es digno de lástima. Quizá desea hacer lo mejor, pero no tiene capacidad, ni quien le ayude. El daría su sueldo de regalía al que quisiera encargarse del mando para librarse del peso que lo agobia. Hemos leído ligeramente el tratado y creemos que estaba libre de su cumplimiento hasta la resolución del Gobierno. Si éste, como no es de creerse, tuviere la debilidad de aprobarlo, su oprobio será mayor que el de aquél que lo ha firmado, su caída inevitable, y sobre sus ruinas se elevará el gobierno nacional que haya de vindicar a la Patria de sus ultrajes. Tengo escrito a México, con fecha 4 y 12 de éste, que no desmayen, ni se dejen avasallar por lo que escriban hombres débiles, y que es menos malo morir que ceder este bello territorio. Ni el Gobierno, ni la Nación saben aún lo que vale; pero aún cuando nada valiera, su honor es antes que todo. Que se venda o se regale después que hallamos sabido conservarlo. El ejército marchó ayer y yo he quedado con un trozo de caballería para cuidar los víveres destinados al general Andrade y los sobrantes.

"Hoy 26, recorría de nuevo los sitios en que se hallan las cenizas de los prisioneros fusilados. ¡Qué vasto campo para un filósofo el de una población devorada por las llamas que incendió el furor de la guerra, en cuyas ruinas han sido quemados a su vez los mismos que tuvieron la inhumanidad de hacer la desgracia de muchas familias! Cuando el desventurado Fannin dió la orden de quemar Goliad,[105] ¡qué lejos estarían él y sus subordinados de imaginar que las mismas brasas que convirtieron en cenizas dicho lugar les habían de convertir también a ellos, para que se mezclaran muy pronto! Este fuego atizó la venganza que fué para ellos tan cruel. La reunión de amigos, el ejército en movimiento y el estruendo de los bé-

105 Más tarde me he convencido que no hubo tal orden. Goliad fué incendiado por algunos aventureros, sin órdenes de Fannin.

Digitized by Google

licos instrumentos, hacían estas ruinas menos espantosas. Ayer todavía quedaba una familia, pero hoy no hay más habitantes que los gatos y los perros, cuyos aullidos por la ausencia de sus amos, dan a esta mansión de los muertos un aspecto más horroroso. Goliad, colocado sobre una colina a la margen derecha del río San Antonio, aunque no tiene la ventajosa posición de Béjar, no sería desagradable; pero hoy en vano busca el alma donde explayarse, por doquier se tienda la vista no se encuentra más que la desolación y la muerte: a cualquier rumbo que uno se dirija tropieza con los restos de los que fueron tan bárbaramente asesinados. Hay una circunstancia que hace aún más espantoso este sitio y es la de estar nublada la atmósfera y el suelo siempre cubierto de moscas."

CAPITULO DECIMO SEXTO

Impresiones cambiadas entre el autor de este Diario y los oficiales texanos que llevaron el convenio de Santa Anna.- En tono familiar dijeron que si entonces no les cedíamos hasta el Río Bravo, al año siguiente nos obligarían a cederles hasta el Saltillo, cosa que yo les rebatí con ardor.- Insinuaron que ellos nunca se imaginaron que Santa Anna firmara dicho convenio.- Continúan las penalidades del ejército por la impericia de los dirigentes.- Se devuelven los prisioneros texanos y no regresan ninguno de los nuestros.- Arbitrariedades de los rebeldes texanos contra los colonos mexicanos.- El general Andrade antes de salir de Béjar arrasa el fuerte del Alamo que antes había reconstruído.- Digna actitud de dicho general ante los oficiales texanos.- Cuadros dolorosos que se vieron en la retirada al transportar nuestros heridos y enfermos.- Incidentes penosos que se registraron en los últimos días antes de nuestra llegada a Matamoros.- Final.

"SAN PATRICIO, domingo 29 de mayo.—En esta colonia de irlandeses, en que hubo siete u ocho familias mexicanas, continúo mis apuntes. La noche del 26 regresaron a Goliad los comisionaque habían seguido al ejército, llevando consigo la ratificación del convenio, firmado por los señores general don Eugenio Tolsa y coronel don Agustín Amat, como comisionados del general en jefe, cuya firma también se estampó. Llegaron en el momento que comenzaba a arder una gran pira que formé con las barricas de víveres que habían quedado allí, y no dejaron de sorprenderse por mi disposición

Digitized by Google

en razón de que el general en jefe les había ofrecido que hicieran uso de los víveres, en caso de que no dispusiera de ellos el general Andrade. Apelaron a esta oferta y a la humanidad y me disuadieron de mi resolución.

"En una larga conferencia tenida con Smith y Teal les manifesté mi particular indignación por este convenio, que es la misma de que están poseídos los individuos del ejército, con quienes yo he hablado sobre las condiciones en él estipuladas. Les hablé sobre los patrióticos sentimientos del ejército y les dije cuánto podía decir el hombre más entusiasta por el honor de su Patria. Ellos confesaron el valor de los soldados mexicanos y la ventaja que nuestra caballería le lleva a la suya, así como yo les concedí la mejoría de sus armas de fuego y de su pólvora y les hice ver cuán fácil nos era adquirir ambas cosas de la misma calidad que éllos usaban. Les hice ver que dos armas esenciales no habían obrado en esta campaña, la artillería y caballería, porque el general Santa Anna no había sabido hacer uso de la primera y había inutilizado la segunda; pero les manifesté que para la siguiente, que yo veía como indispensable, podríamos traer mil caballos con dos de reserva cada jinete, para que puedan resistir las largas distancias, y tengan uno en buen estado para el día de batalla. Hablamos largo sobre el encuentro de San Jacinto y no necesité discurrir mucho para persuadirlos de que sólo por sorpresa podían haber derrotado la fuerza que mandaba el general Santa Anna, y a causa de la confianza y desprecio con que éste veía a su enemigo. Me refirieron varios pormenores, verificando algunos de los que ya he anotado en este **Diario,** siendo uno de ellos el disfraz de dicho general. Todos los individuos, así del enemigo como de nuestros dispersos, con quienes he hablado, están de acuerdo en la sorpresa, aunque algunos de los primeros, para darse valor a sí mismos, dicen que nuestra tropa combatió bien. Habiéndome preguntado que si mandando yo hubiera marchado contra ellos después de nuestra desgracia, les contesté que sí, que este había sido mi deseo y el de la mayor parte del ejército, y les expliqué cómo en fuerza de la disciplina obrábamos contra nuestros sentimientos. Culpaban a Fannin de haber demorado diez días el cumplimiento de la orden que recibió de retirarse, y dijeron que el haber fusilado a él y a sus compañeros a sangre fría, había excitado gran coraje, aumentado su fuerza y dádoles recursos con que no contaban. Des-

Digitized by Google

de Béjar anunciaron lo mismo todos los que no estaban ciegos como el general Santa Anna, Smith y Teal me aseguraron que como entre los revolucionarios algunos tenían propiedades, sus familas las habían puesto a disposición de los directores de la guerra, para que pudieran continuarla y que había señoras que hubieran mandado fundir armas por su cuenta para vengar la sangre de sus deudos.[106] Decían que por cada uno de los hombres que se les había fusilado, habían aumentado diez, y creyendo que por nuestra parte produciría igual efecto la matanza de los nuestros, sus jefes hicieron esfuerzos para salvar el mayor número posible y particularmente a nuestro caudillo. Sabían bien que sólo éste era responsable de los asesinatos cometidos en los suyos y me aconsejaron con instancia que lo hiciéramos público, para vindicar el buen nombre de los mexicanos, altamente comprometido en el exterior por este suceso.

"A pesar de la culpabildad que atribuían a Fannin también lo elogiaban mucho, pero principalmente a Travis, a quien no creyeron comprometido, porque, como he dicho otras veces, ni imaginaron que marcharíamos por Béjar.

"En el curso de nuestra conversación y en tono familiar me dijeron: que si no les cedíamos este año hasta el Río Bravo, al siguiente seríamos precisados a cederles hasta el Saltillo.[107] Esta fanfarronada merecía la risa y yo me reí, aunque no de buena gana. Mucho hablamos sobre la futura campaña en que debía salir victoriosa una Nación contra un puñado de hombres, a pesar de las distancias y de los desiertos. Muchas veces les repetí que si ellos llegaran a vencernos sería necesario dejar de existir. Mis conversaciones con estos señores y con los demás que han venido al campo, tenidas con el principal objeto de indagar la verdad para mi **Diario,** han dado ocasión a algunos necios para decir que estoy amainado con el enemigo. Es la frase que han usado y que me ha repetido hoy mismo uno que se dice mi amigo y que ha sido testigo de que mis opiniones contra la retirada me han suscitado controversias y desazones. Agravios hay que no pueden perdonarse aun cuando se tenga

106 El lector determinará el punto hasta donde debe darse crédito al dicho del enemigo, en los momentos de familiaridad que tuve con él.

107 En esta conversación se descubrieron claramente las miras que tenían desde entonces los texanos y que ahora están ya para realizarse por la ceguedad y capricho de nuestros gobernantes.

Digitized by Google

voluntad y este es uno de ellos. Diciéndoles yo a los comisionados que el general Santa Anna debía haberse dejado fusilar antes de firmar el citado convenio, me contestaron que ellos nunca creyeron que lo hubiera firmado.

"El 27 marcharon Smith y Teal para Victoria y yo para incorporarme al ejército en virtud de haber recibido orden del general en jefe, para dejar Goliad, si no tenía noticia positiva de la dirección que traía el general Andrade. Hice un corto alto en el arroyo del Mujerero, donde alcancé la retaguardia y continué hasta Aransasó, donde acampamos este día y cuyo arroyo distará unas 30 millas de Goliad, habiendo otro arroyo entre los citados denominado Blanco. A nuestro arribo a Goliad encontramos arroz, manteca y galleta, parte de ésta podrida, que habían llegado del Cópano. Los ocho días que permanecimos en aquellas ruinas la tropa no tuvo más que carne para comer; pero como la marcha fué intempestiva, nada se había previsto para ella, se habían mandado trescientas mulas al señor Andrade y unas doscientas cargas al Cópano para ser embarcadas; no hubo las mulas necesarias para levantar los víveres existentes, sin embargo de que regresaron a tiempo las que fueron al Cópano; y como esta falta no se notó hasta la precisa hora de la marcha, fué necesario sobre ella dar al soldado ocho días de ración; pero reinó tal desorden, hubo tal atolondramiento que sólo se les repartió galleta y no arroz que era el artículo que más abundaba, puesto que la manteca no podía repartirse. Al día siguiente me mandó el general 30 mulas para que transportaran parte de estos víveres y sólo pudieron cargar 30 tercios de arroz, 22 barricas de manteca, 20 de galleta, alguna harina y sal; pero siempre quedaron muchos sobrantes, particularmente de los dos primeros artículos; además de las raciones destinadas al general Andrade en caso de que tocara Goliad. Los que se condujeron en las 30 mulas también se desperdiciaron en el arroyo del Mujerero, debido a que ya tenían carga y no fué posible recargarlas más. ¿Para qué se habían llevado más víveres de los que se necesitaban en nuestra permanencia en aquel punto? ¿Por qué tanta imprevisión, tanto desacierto?

"El día 28 a las siete de la mañana emprendimos la marcha y después de haber andado unas 25 millas llegamos a esta colonia, entre 4 y 5 de la tarde, sin haber tenido la tropa más descanso que

Digitized by Google

un pequeño alto que hizo la cabeza de la columna a una milla de la población. Este sistema de marchar con el sol abrasador de mayo y sin agua con qué mitigar la ardiente sed, causa muchos destrozos al soldado. Los irlandeses residentes aquí y todas las familias que de Victoria y Goliad se han visto en la precisión de abandonar todos sus intereses para seguir al ejército, muestran gran admiración al ver nuestros soldados y saber que venimos en retirada. Los vecinos de Goliad, que tanto han sufrido, se han indignado mucho contra nosotros y nos han insultado diciendo que como cobardes venimos huyendo de un puñado de aventureros y ha sido preciso entrar en explicaciones, sin repeler sus cargos, para no avergonzarnos de que somos culpables. Este día llegó un extraordinario de México por el que se ordena salvar la vida del general Santa Anna a toda costa y dejar bien puesto el honor de las armas; lo primero ha sucedido, lo segundo se ha visto con la más criminal indiferencia. Se asegura que está aprobada la Legión de Honor para las acciones distinguidas. ¿Qué dirán ahora los que contaban como seguro con un distintivo que dijera **"Fué a Texas"?**

"Mayo 31, en la margen derecha del río de las Nueces.—La colonia está situada a una milla de la margen izquierda. El 29 pasaron el río la primera brigada y la artillería. El 30, con todas sus cargas, lo hicieron la segunda y el cuartel general. Yo fuí alojado en la casa de John Stefferman, sujeto que había tenido la desgracia de ser asesinado por los bárbaros en el próximo pasado abril, en unión de un hermano suyo, de la mujer de éste, de cinco sobrinos y de un primo. Dejó en la orfandad a la señora Margaret y cuatro hijos, entre los que llama la atención la señorita Mary, por su amabilidad y cuyo infortunio ha afectado mi sensibilidad. Este último día de mayo volvieron al campo Karns, Teal y otros individuos del enemigo con el objeto de seguir hasta Matamoros y hacer en el ejército un escrutinio, que se les ha permitido, con gran oprobio para nosotros.[108]

"Volví a renovar con el segundo mis conversaciones y le repetí, delante de los oficiales de Zapadores, Ricoy y Almazán lo que ya le había dicho la noche del 26. Le dije que nada probaba más que

108 Cuando estos comisionados arribaron a Matamoros los puso presos el general Urrea y es cuestionable si debía cumplir lo dicho al enemigo, lo que tan indebidamente se le concedió; pero atendiendo a que quien lo hizo no tenía facultades para ello, yo estoy por la negativa.

Digitized by Google

el general Santa Anna había sido batido por sorpresa como los pocos heridos y menos muertos que ellos habían tenido. Diciéndome que toda su artillería la habían perdido en el Alamo y en el Perdido y que las dos piezas de cuatro que tenían en San Jacinto se las acababan de remitir dos señoritas jóvenes de Cincinnati. Yo vivamente picado le contesté que también nuestro bello sexo se desprendería de las joyas con que realzaban sus atractivos, para que pudieran servir a las atenciones de la próxima campaña? ¿Pero quiénes serán las bellas que lo hagan? Si escasearan menos en nuestro país las heroínas, si hubiera como en la antigua Esparta, madres que mandasen sus hijos a la guerra y nuestras amables damas no premiaran con el amor sino a los que fueran a defender la Patria, ¡cuántos voluntarios habría y qué acciones tan heroicas se verían! ¡Cuán grandes cosas se harían, exclama Rousseau, con el deseo de ser estimado de las mujeres, si se supiese poner en movimiento este resorte...!

"Junio 2, Corpus Christi.—El día último del mes próximo pasado regresaron los prisioneros que habían marchado para Matamoros, y el primero de éste pasaron a San Patricio, para seguir de allí en libertad a reunirse con los suyos; ¿pero, conforme a lo convenido, cuándo veremos algunos de los nuestros? El día de ayer se dió orden para que la primera brigada marchara a Matamoros y para que la segunda se preparara a mudar su campamento a Lipantitlán. Se han suscitado murmuraciones porque se ha creído que la una iba a descansar mientras la otra quedaba a sufrir; pero tal creencia es indebida. La marcha no ha tenido efecto y no será extraño que se haya omitido para acallar estas murmuraciones, porque se está ya en el caso de contemporizar con un ejército que cada día pierde más su disciplina en fuerza de las penurias que reporta. La misma orden previno que se presentaran en relación las gratificaciones de campaña correspondientes a jefes y oficiales desde el próximo pasado abril, en atención a que algunos han solicitado su abono.[109] Siendo de ley es justo el hacerlo y más cuando la paga no alcanza para cubrir todas las necesidades, pero el soldado no se alimenta más que de carne y desde marzo no se le abona más de un real por plaza de sargento abajo. Era necesario que se procediera con igualdad

109 Se abonaron únicamente a la plana mayor de la Brigada Gaona y a todo la brigada del general Urrea.

Digitized by Google

para no merecer la censura del débil, pero esta igualdad, por la que se ha derramado tanta sangre, es desatendida y de ningún valor entre los mexicanos: el soldado sufre mayores fatigas y se le atiende menos.

"En la mañana de este día se han presentado dos paisanos diciendo: que las familias que no han podido seguir al ejército y aquellas a quienes no conviene hacerlo y se han quedado en los ranchos inmediatos, son obligadas por el enemigo a ir a Victoria, después de que las despojan de sus bueyes, bestias, carruajes y armas. Lo último es creíble porque en Texas todos las cargan y los individuos citados han venido sin ellas, uno de ellos montado en pelo, prueba inequívoca de que apenas tuvo tiempo de fugarse. Yo los excité a que manifestasen al general en jefe con la mayor energía lo que pasaba, pero exprofesamente he querido ignorar su resolución, porque el malhadado convenio no da ninguna garantía a los mexicanos.

"La tropa que no había oído misa desde Béjar, la oyó este día por segunda vez de Mr. Kelly, padre irlandés, que encontramos en la colonia; pero en verdad que esto era lo que menos falta le hacía.

"Habiendo llegado algún piloncillo a la proveeduría se ha repartido con equidad y prevenídose en orden extraordinaria que se decomise este efecto al que lo venda a más de cuatro reales. Es la primera providencia que hemos visto dictar sobre el particular, la que tomada dos meses antes habría granjeado mucha estimación y buen nombre a los jefes, en lugar de ser censurados y maldecidos por haber autorizado el comercio más infame, según hemos dicho repetidas veces y tendremos ocasiones de seguir repitiendo.

"El día tres marcharon para Matamoros la primera brigada, la mayor parte de las cargas, todos los enfermos y los comisionados del enemigo que iban hasta aquella población a continuar humillándonos.

"Hoy 4, ha llegado el general Andrade con la fuerza que había quedado en Béjar, quien el día 1º de éste acampó a tiro de cañón de Goliad, a la vez que el enemigo, que ya lo ocupaba, celebraba un funeral por los manes de sus compañeros inmolados allí. Este general quedó mandando en Béjar, a la salida del general en jefe, en cuya ciudad quedaron los depósitos de los cuerpos y todo el tren del ejército. Para cumplir con la orden que se le dió de dejar la plaza ha tenido que vencer muchas dificultades para levantar los

Digitized by Google

hospitales y salvar alguna parte del material del ejército, y puede decirse que han sido tan grandes como el número de víctimas y lo estéril de la sangre derramada. Durante su permanencia en aquella ciudad trabajó en poner el Alamo en el mejor estado posible de defensa; estaba ya mejorado cuando le fué preciso arrasarlo, y pocos ignoran la sensación dolorosa que causa tal operación a un militar, y que ésta debió ser más fuerte para él que conoce los deberes de su profesión. Cuando al frente de Goliad se le presentó orden del general en jefe para que entregara al enemigo todo lo que él designase como propiedad suya, contestó verbalmente de un modo digno de un militar mexicano y rehusó que se hiciera ningún escrutinio en su campo. Todo cuanto el señor Andrade no pudo traer consigo lo inutilizó, según se había prevenido en la orden de retirada que se le dió.[110]

"El día 7 levantamos el campo del río de las Nueces y después de haber hecho una jornada, proporcionada a lo caluroso del tiempo, a la escasez de agua y a lo bromoso de nuestra marcha, acampamos en el llano de las Pintas. Al ver nuestros heridos al flanco de la columna arrastrándose diariamente, o caminando sobre muletas; al ver a otros en carruajes que se desbarataban en la más pequeña eminencia o cavidad que se encontrase en el camino; al ver rodar a los infelices a quienes se aumentaban sus dolores en estos accidentes no se podía menos de protestar y protestar con vehemencia contra los que tenían la culpa de sus desgracias, por la fría indiferencia con que se les veía y el desprecio que se hacía de los heroicos sacrificios que habían sellado con su sangre. Era preciso apartar los ojos de estos cuadros lastimosos que no estaba en nuestra mano remediar. Ellos eran aún más dolorosos cuando sobrevenía la lluvia y se veían obligados a resistirla los unos sobre los otros. La suerte de los oficiales no era mejor sino en cuanto que los conducían en hombros los soldados de sus respectivos cuerpos, pero todos los heridos carecían igualmente de los recursos del arte y de alimentos adecuados a su situación. No tuvieron esto presente los generales cuando acordaron la retirada, y debieron tener en cuenta los obstáculos que había para ejecutarla, como tuvieron presente los menores que había para avanzar:

110 Véase el Anexo No. 30, que contiene una relación exacta de todo lo que fué destruído.

Digitized by Google

"El día 8, después de haber caminado de 16 a 18 millas, acampamos en el arroyo de Santa Gertrudis, a cuyo campo llegamos batiendo marcha, por un destacamento que encontramos allí con cincuenta mil pesos para el ejército. En la noche hubo una junta a resultas de haberse recibido comunicaciones del general Urrea, protestando contra la retirada. La junta fué más política que militar: cada uno de los que concurrieron a ella creía adivinar las intenciones de los señores Urrea y Vital Fernández. Quién sabe quién tendrá razón, el tiempo aclarará la verdad.

"El día 9 acampamos en las Motas de Doña Clara, después de haber andado de doce a catorce millas y donde no encontramos más que unos charcos de agua y la leña muy escasa. En este día se extravió Almazán, oficial de zapadores y se me repitió la especie de que cuando salimos de Goliad había sido con el objeto de volver sobre el enemigo, en combinación con el general Andrade, y que se varió de resolución por la llegada del convenio; más siendo ella digna del ejército y del honor de sus jefes era una razón más para no haber aprobado este malhadado convenio.

"El día 10 acampamos en el paraje de Santa Rosa, después de haber andado de quince a dieciséis millas; grande, excesiva, fué la sed que tuvimos que soportar este día, no teniendo más que agua muy fangosa para mitigarla. Un sargento de artillería, Jacinto Hernández, hirió mortalmente a su mujer, por una bagatela. El atacar a un ser tan débil como es la mujer, es una acción reprensible en todo hombre, pero más en un militar. Las mujeres que seguían al ejército eran dignas de toda consideración, porque hacían cuanto podían para aliviar al soldado. Algunas les cargaban la mochila, se apartaban del camino una o dos millas, en la fuerza del sol, para buscarles agua, les preparaban el alimento y se afanaban en construirles una barraca que los resguardase algo de la intemperie. Por cierto no merecían puñaladas por recompensa.

"El día 11 pernoctamos en el arroyo de las Mujeres, donde había como en la jornada anterior, un bosque de mezquites y, sin embargo, se hizo al soldado venir cargando leña. Caminaríamos de catorce a quince millas, pero a pesar de una jornada tan moderada, el calor fué tan excesivo, tanta la escasez de agua, que fué grande la desesperación y fatiga de la tropa. Algunos soldados gritaron a vanguardia **agua, agua,** cuando descubrieron una laguna a su derecha

Digitized by Google

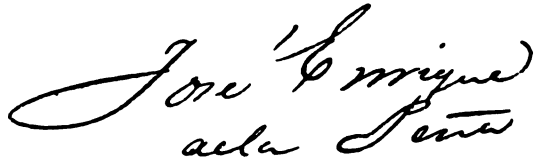
y vieron que no se hacía alto. Hubo necesidad de que un oficial preguntara quiénes eran los que habían levantado la voz para evitar un motín. Se hizo alto, se reconoció el agua y resultó que era salada. En el campo no encontramos más que unos pequeños charcos de una agua fangosa y pestilente.

En este día algunos confirmaron las voces que ya corrían antes, de que Almonte tenía la culpa de la catástrofe de San Jacinto. Ha habido quien lo acuse de traidor.

Estos son los hechos, mexicanos, juzgad vosotros por ellos y que vuestro fallo terrible anonade a los que lo hayan merecido. Los que he presenciado los he relatado fielmente y de los que no he sido testigo ocular los he rectificado con los hombres más circunspectos y veraces. Si mi modo de sentir no agrada, la franqueza con que lo hago acreditará, al menos, que soy honrado, pues digo lo que siento y lo que juzgo sin embozo y sin que me arredre el odio de los fuertes.

He concluído en los momentos más apurados y horas antes de marchar, sabiendo ya lo de San Luis.[111]

Matamoros, Tamps., a 15 de septiembre de 1836.



111 No se encuentran detalles precisos respecto al motivo que originó la violenta salida del teniente coronel de la Peña de Matamoros a San Luis Potosí, en septiembre de 1836, por lo que nos abstenemos de dar más detalles sobre el particular, aunque suponemos que se trataba de sofocar algún motín popular ocasionado por la implantación del nuevo sistema de gobierno, o sea el centralismo.—N. del E.

Digitized by Google

ANEXOS

Digitized by Google

Digitized by Google

ANEXO Nº 1

Enero 31 de 1837

Señores editores de "El Mosquito": Con esta fecha dirijo a los señores de "El Cosmpolita" el siguiente artículo, que apreciaré ver en las columnas de ustedes, y por cuyo favor les estará reconocido su servidor q.b.s.m.—**El Admirador de Tejas.**

Muy señores míos. Lleno de asombro he visto en el último número del periódico de ustedes, que ha sido absuelto un general, que yo contaba como seguro que sería castigado ejemplarmente, para satisfacción del decoro nacional ultrajado, el honor del ejército humillado y lleno de oprobio en esta vez, sin culpa suya. El que así habla no tiene ningún motivo de enemistad con el señor general Filisola: al contrario, algunos testimonios de su bondad; pero ha palpado muy de cerca los sucesos de Tejas, y como militar, y más que todo como mexicano, ha pesado sobre él de un modo muy sensible la vergüenza que a todos ha tocado.

Ha sido muy ignominioso que se haya retirado el ejército de un puñado de paisanos armados, ignorantes en el arte de la guerra, sin unión, sin táctica, sin disciplina y sin ninguna de aquellas cosas que dan la fuerza a las masas. Nunca he visto, en lo poco que he leído y mal entendido, que un ejército que ha vencido los principales obstáculos y abatido en todas partes el orgullo del enemigo (en cuyo caso nos hallábamos) se retire precipitadamente, porque sea derrotada una división de vanguardia.

El general Santa Anna por un efecto de su ciega confianza y con desdoro suyo y de los jefes que lo acompañaban, fué sorprendido, y sólo de este modo pudo haber sido batido. El general Filisola colocado a diez y ocho leguas a retaguardia con un río caudaloso de por medio, sabe esta ocurrencia el 22 de abril y el 23 (y no el 24 como ha dicho S. E.) se retira, quemando el único chalán que había en el punto del río en que nos hallábamos, y cortando de este modo todo medio de salvación a nuestros dispersos de San Jacinto; y entiendo que si no nos retiramos el mismo día 22, fué porque hubo que emplear el resto de él y parte del 23 en que repasara el río Brazos la brigada del general Gaona, que estaba ya al otro lado para marchar a Nacogdoches.

Si al general Santa Anna no hubiera ocurrido la desgracia del 21 y hubiera seguido adelante, ¿qué hubiera hecho el señor Filisola? ¿Se habría retirado también?

Si el ejército estaba tan desorganizado, tan incapaz de nada como dice S. E. ¿por qué como segundo jefe de él no procuraba darle otra forma? Y si no se prestaba a ello el primer jefe, ¿por qué no renunció el mando para no

Digitized by Google

comprometer la dignidad de su empleo? ¿Por qué cuando recayó éste en él por entero, no formó su plan de campaña y estableció una base de operaciones? Todo cuanto el señor Filisola ha dicho en los cuadernos que ha publicado, y cuanto pueda decir podrá disculparlo; pero no justificarlo ante la Nación, a quien se ha procurado engañar de mil maneras. Puesto que los interesados escriben, y que escriben como interesados, yo, sin otro interés que el de aclarar la verdad, me propongo hacer una reseña de la campaña de Tejas, para presentarla sin disfraz y sin consideración a personas, sean de la categoría que fueren, y sin que haya de arredrarme la persecución que esta resolución me acarreará. Soy un pigmeo que voy a combatir contra gigantes; pero teniendo de mi parte la razón, cuento con salir victorioso, aun cuando haya de anonadarme, bajo su peso, el poder de quien dependo. Moriré contento después de haber hecho públicas las torpezas y las infamias que se han cometido en un negocio de tan alta importancia y de consecuencias tan trascendentales para los mexicanos todos.

Acaso el señor Peza estaba distraído con grandes atenciones, cuando fué a sus manos la causa del señor Filisola y no pudo fijar sus ideas en ella; porque de otro modo no podía haber opinado como lo ha hecho. Yo probaré con hechos y con razones que la retirada fué innecesaria, y que además se hizo en el mayor desorden, pues que por buscar el camino más corto, se dejó el principal y se nos metió en unos atolladeros, en que la Nación perdió mucho en armamento y municiones, gastando duplo tiempo del que necesitábamos. Probaré que si en Tejas no faltaron valor y capacidad, faltó el amor a la Patria que todo lo supera, y que cuando no existe en el que manda, se ve manchar su honor con sangre fría y criminal indiferencia.

Se ha querido hacer un mérito de la retirada y se ha dicho que se ha salvado con ella al ejército, como si en efecto se hubiera retirado de un enemigo capaz de emprender, y no de unos hombres, cuya fuerza numérica era insignificante y que si existen aun en el territorio, es a consecuencia de esa misma retirada, y de un convenio ignominioso, y aun más para los que lo hicieron y ratificaron. Probaré que el señor Filisola, cuando menos, fué débil, pues todos sus pasos, algunas de sus órdenes, su lenguaje y demostraciones con el enemigo, todo, todo está marcado con el sello de la debilidad.

El ha hecho un gran mérito de haberse retirado para salvar al Presidente, sin reflexionar que la vida de este general era de poco peso en balanza con el honor nacional; pero esto no ha sido más que una disculpa, pues la retirada se hizo en la convicción de que el general Santa Anna había perecido y hasta cinco días después de emprendido el movimiento retrógrado, se supo que vivía. ¿Negará esto el señor Filisola?

Aunque es verdad que había escasez de víveres, esto dependía en gran parte del tráfico infame que se permitió hacer con el soldado, lo cual no callaré. Teníamos millares de reses, había sal y a los flancos muchas habitaciones con maíz. Brazoria y Columbia estaban en nuestro poder y en estas poblaciones había inmensidad de víveres, había no sólo lo necesario sino lo superfluo ¿Por qué

Digitized by Google

el Sr. Peza no ha hecho mérito del informe del general Urrea, ni de las declaraciones que a él siguieron de testigos oculares? Yo apostaría cualquier cosa a que la causa del Sr. Filisola no se publica.

Si el Sr. Urrea, contando con que los hechos hablarían algún día en su favor y por no agravar esta causa, ha permitido que su reputación esté vacilante, guardando un silencio indebido, en espera de la conclusión de aquélla, es ya tiempo de que lo rompa, si aprecia en lo que vale su honor, herido de un modo muy sensible y ventajoso por el Sr. Filisola. Así lo esperan los mexicanos que no quieren ver manchados a aquellos de sus compatriotas, que pueden prestar servicios a su Patria, de la importancia de los que el Sr. Urrea hizo en Tejas, sin haber nacido al otro lado de los mares, ni visto los numerosos ejércitos que el Sr. Filisola ha visto desaparecer en Europa...

Para llegar al Sabina teníamos que andar menos de una tercera parte del camino que anduvimos para volver a Matamoros, y es muy notable que se haya dicho que no teníamos víveres para avanzar y los haya habido para retroceder una distancia triple. ¿El enemigo tenía o no víveres? El y nosotros nos hallábamos en un mismo teatro, ¿cómo era que él podía permanecer y nosotros sólo retirarnos?

En fin, Sres., esta materia necesita tratarse con extensión; pero para organizar mis apuntes necesito tiempo, un mes lo menos, y entre tanto lo hago, puedo asegurar a Uds. que el ejército vió con tanta indignación la retirada, que el Sr. Filisola se vió en la precisión de reunir una junta, para hacer presentes a los jefes que era necesario refrenar la crítica severa que se hacía contra ella, manifestando que siendo él únicamente el responsable, a los mexicanos no nos quedaba otra cosa que obedecer. El honor, tantas víctimas, tantos sacrificios, los que nuevamente se están haciendo y los que van a hacerse, tanta sangre, tantas privaciones, tantas fatigas todo ha sido perdido y el responsable ha quedado impune! ¿Y se nos querrá hacer creer todavía que formamos nación, que tenemos gobierno, que hay justicia entre nosotros? No lo cree así quien es de Uds. atento servidor.—**Un admirador de Tejas.**

P. D.—Mis amigos desean que publique mi nombre y a mí lo mismo que a ellos me parece innoble atacar bajo el anónimo; pero militan varias razones para ocultarlo por ahora, y lo daré si fuere necesario; porque no será el temor el que me impida hacerlo.

"El Mosquito Mexicano" Tomo III, No. 87, págs. 3 y 4, correspondiente al 3 de febrero de 1837.

ANEXO Nº 2

Sres. editores de "El Mosquito": suplico a ustedes tengan la bondad de decir al **Admirador de Tejas**, por medio de las apreciables columnas de su pe-

Digitized by Google

riódico y en contestación al artículo que de dicho Sr. insertaron en el número 87 del viernes 3 del corriente, que calificar de ignominiosa la retirada que el ejército hizo de Tejas, y hacer la ridícula pintura que se hace del enemigo, sin considerar que los hechos explican otra cosa, es hacerse poco favor a sí mismo: hablar de masas que jamás se han visto, es darles fuerzas y movimientos, cuando se desconocen hasta los más triviales elementos de la milicia, y aun el modo de colocar por primera vez el fusil en la mano del recluta, es la más grande de las locuras. En efecto el Sr. Admirador que primero fué colegial, después marino, zapador y dragón, olvidó lo que le enseñaron en el colegio y no ha aprendido nada relativo a las tres armas en que ha estado de pegoste, como el heno a los árboles que sólo les sirve de chuparles el jugo. Qué, o no ha leído, o no ha podido entender lo que ha creído leer; porque a no ser así, hubiera encontrado no una, sino muchas retiradas y muy desastrosas, emprendidas después de una serie de triunfos. Que no fué una simple división de vanguardia la que sufrió el descalabro en S. Jacinto, que fué, sí, la tercera parte númerica de las fuerzas que pasaron el río Colorado, una porción escogida del ejército que no tenía los embarazos de enfermos, heridos, etc., que lo demás de él, y en fin el general en jefe con todo su estado mayor.

Que es una imputación calumniosa la que hace al Sr. Santa Anna y demás jefes y oficiales, compañeros en su desgracia, suponiendo que por descuido fueron sorprendidos; porque a tropas que tienen el tiempo de tomar las armas y aguardar el enemigo, formadas en batalla, se les podrá atribuir todo lo que se quiera; mas no que fueran sorprendidas. Que es falso que sólo haya dieciocho leguas de Old-Fort a S. Jacinto: lo es, que la noticia de aquella desgracia se supiera el 22 y no el 23 en la tarde: falso, falsísimo que se quemase el chalán, así como de que se privó de este medio de repasar el río, y de apoyo a los dispersos, pues una partida de caballería nuestra de cuarenta hombres, permaneció en Old-Fort hasta las doce del día 27, y que es una pregunta muy necia la de que: **¿qué hubiera hecho el general Filisola si no hubiese acaecido la desgracia del 21 y el Presidente hubiese continuado adelante?"**

Que el general Filisola no ha dicho en ninguno de sus escritos que el ejército estaba desorganizado antes de la desgracia del 21, y sólo sí que se hallaba diseminado en pequeñas fracciones: que a él no le tocaba remediar este mal, y menos renunciar el mando que obtenía en el ejército, porque además de que él no podía en ningún caso ser responsable de los sucesos, esta conducta está reservada en iguales circunstancias a oficiales de la calaña **del Admirador de Tejas;** pero que por desgracia recayó el mando en él, procuró, con dictamen de los demás Sres. generales, adoptar lo más conveniente al mejor servicio: si esto no pareció bien al **Sr. Admirador,** es porque todavía es miope en los conocimientos de su oficio, aunque Argos en los de la insubordinación y petulancia. Que lo que el general Filisola dijo en su cuaderno, si es verdad que lo disculpa, es consiguiente también lo justifique ante todo otro hombre que no sea el **Admirador;** porque las relaciones, obligaciones y compromisos que ha contraído, le impiden ver las cosas a buena luz, o confesarlas, aunque en su interior esté

Digitized by Google

convencido de lo contrario y hará de aparecer perjuro o contradictorio con lo que declaró en la causa que se instruyó sobre los acontecimientos que nos ocupan. Que haga enhorabuena el Sr. Pigmeo (nombre que debidamente se apropia) cuantas reseñas le sugiera su loca presunción, seguro que el resultado de ellas no ha de perjudicar la reputación que gratuitamente se ha propuesto manchar: que nos alegraremos que cuanto antes pruebe el desorden con que dice se verificó la retirada, y que ella fué innecesaria. Que si se buscó el camino más corto, fué porque así lo exigía el bien del ejército y la seguridad de los destacamentos aislados de Matagorda, Guadalupe, Goliad y el Cópano, a los que debíamos acercarnos sin perder tiempo: que además, aquel fué el camino que aconsejó el Sr. Urrea, porque acababa de andarlo cinco días antes, y era sin duda el más conveniente. Si después las lluvias y el arroyo S. Bernardo nos impidieron continuar por él, y dimos en un atolladero, no pudo de ninguna manera atribuirse a malas intenciones ni a torpeza del Sr. Urrea, ni menos del general Filisola, porque no tenían la virtud de adivinar el tiempo que nos haría, especialmente cuando los días anteriores, y la misma mañana del 27, fueron claros y hermosos; por otra parte, después del temporal que hizo, cualquiera otro camino que hubieran llevado las tropas, le había de presentar los mismos inconvenientes, por la calidad de la superficie del país. Que la dilatada carrera militar del general Filisola por la primera vez se ve tachada de poco amor patrio o indiferencia al decoro nacional, por un oficial que fué testigo ocular de sus afanes y cuyas tareas no podrá recordar sin avergonzarse, si es que aún le queda en el corazón algún resto de justicia y de pudor. Dígalo el ejército todo que lo vió trabajar en los pasos de los ríos de sol a sol como un simple soldado, sumido en el agua y en el fango, y en las composturas de los caminos, no desdeñarse de tomar en la mano el zapapico, la hacha, el azadón y la pala. Diga Ud., Sr. ¿es esto cierto? ¿Cuántas veces le dijo Ud. mismo, **retírese Ud., mi general, deje Ud. esto a nosotros que somos jóvenes y tenemos obligación de hacerlo?** ¿Cuántas ocasiones auxiliaron Ud. y sus compañeros de rancho a ese mismo general con algunos alimentos o bebida de que carecía? ¿Puede imputarse falta de interés por el honor nacional al que así se comporta? ¿Puede Ud. calificar de falta de patriotismo a quien cuando Ud. estaba todavía en mantillas, arriesgaba su vida y derramaba su sangre para que tuviese Ud. patria, y ahora la libertad de inferirle tan grave injuria en recompensa? Vaya, no podemos menos de creer que al estampar aquellos renglones se hallaba Ud., Sr. D. Enrique, privado de razón, ¿y que quiera ahora con la mejor voluntad no haberlo hecho? Sigamos adelante.

Que en efecto la retirada salvó al ejército, por más que se empeñe en fingir lo contrario el **Sr. Admirador**, si no de los enemigos, a lo menos de las enfermedades y las intemperies, la desnudez y la carestía de todo cuanto puede contribuir a la conservación de los hombres; y que si se convino en una suspensión de armas, ésta nunca será para los hombres de discernimiento de la calidad que parece al **Sr. Admirador**; porque fué una consecuencia natural de las circunstancias, y en ella nada se comprometieron los derechos y decoro de la Nación

Digitized by Google

ni del ejército, pues que no podía conservarse por nosotros entonces el país: que si por parte de quien correspondía hubiese habido la conveniente previsión, prudencia y circunspección, el tal convenio hubiera servido, como sirvió, para hacer una retirada cómoda y conservar la vida y la libertad a nuestros desgraciados prisioneros: reponer un par de meses el ejército de las pasadas fatigas, reorganizarlo, reclutarlo, proveerlo de lo que le hacía falta y volver a ocupar a Goliad, el Cópano, etc., puntos de los que no han hecho caso los enemigos; porque no los pueden conservar, sin embargo que son las llaves de Tejas. Diga, si no, el Sr. Admirador, si el Sr. Urrea no pudo moverse de Matamoros por falta de recursos, ¿de dónde se hubiera provisto el ejército de lo necesario, habiéndose quedado en un territorio desierto y destruido? En cuanto a que el Sr. Admirador probará, cuando menos, que el Sr. Filisola fué débil, es una especie tan ridícula y de una interpretación tan arbitraria, que no merece la pena de ocuparse en ella.

Que el general Filisola jamás ha querido hacer mérito ni alegar como causa de la retirada, la conservación de la vida del Sr. Santa Anna, que le parece de tan poco peso al Sr. Admirador; pero que tampoco encontró una razón o conveniencia para dejarla de salvar, cuando en su concepto la retirada era de todos modos de absoluta necesidad, y que con la vida de S. E. se salvan también las de quinientos o seiscientos mexicanos. ¿Es de tan poco momento esta consideración? ¿El llanto de seiscientas familias, nada importa al Sr. D. Enrique de la Peña? ¿Habrá nación, honor, decoro nacional etc., etc., donde no hay hombres? ¿A quién se conserva esta inclinación irresistible que se llama amor patrio? ¿Al suelo insensible en que el accidente o la casualidad hace nacer, o a los que fueron compañeros de su niñez, a sus padres, deudos, etc., etc.?

Que el general Filisola nunca tuvo noticia de ese tráfico infame que se permitió hacer con el soldado como lo asegura el Admirador y que no comprende de qué pudo provenir, en qué ramo, y quiénes lo toleraron o ejercieron, aunque por lo que a él toque estamos plenamente persuadidos de que ninguno podrá artibuirsele, a no ser que se quiera reputar por tal, el haber cedido en el acto a los desgraciados del hospital lo que para él le dejó el Sr. Ramírez y Sesma en el Colorado, quitándoselo, como suele decirse, de la boca. Es mucha verdad que no faltaron reses; pero es falso, falsísimo, que hubiese sal suficiente, que hubiese maíz en las habitaciones de los flancos, y que al general Filisola se le diese parte de esa inmensidad de víveres que existían en Columbia y Brazoria, según decanta el Sr. Peña, que no los pudo ver; por otra parte, es un alegato miserable el de que existía maíz en los ranchos de los flancos: ¿tenía que diseminarse el ejército en pequeños destacamentos, a diez, doce o más leguas, distantes unos de otros, para recoger en cada rancho pequeñas porciones de maíz, que apenas hubieran bastado para los mismos que hubiesen ido por él? ¿Así es como se abastece un ejército? ¿Hubiera sido prudente diseminar el nuestro después de haber perdido la tercera parte de él, su general en jefe, el hombre del prestigio y todo su estado mayor, y cuando era de esperarse que los enemigos con la señalada victoria que habían conseguido, se aumentasen momentá-

Digitized by Google

neamente con los que antes habían emprendido la retirada por diferentes caminos, y procurasen aprovecharse de aquella desgracia hasta donde les fuese posible? ¿Era tan fácil encontrar víveres en un país desierto con sólo una que otra habitación que los enemigos, al abandonarlas, habían cuidado de dejar destruidas o quemadas? ¿Qué encontramos en las del tránsito de Béjar a San Felipe, en esta misma población, y en el camino de ella a Old-Fort? Si Brazoria y Columbia estaban tan abastecidas, ¿por qué el Sr. Urrea no trajo de estos puntos los necesarios para su sección? ¿Por qué se llevó para ella todo lo que existía en Guadalupe Victoria, Goliad, y la misión del Refugio, venido de Matamoros para el ejército? No fué esto seguramente por falta de medios de transporte; porque así como se cargaron carros y mulas de muebles y otros efectos de valor, bien se pudieron dejar estos y cargar los víveres que eran más útiles y necesarios en aquellas circunstancias.

Que si el señor Peña desde luego no hizo aprecio del informe del señor Urrea ni de las declaraciones que se le siguieron de testigos oculares, fué porque aquél y éstas no contienen más que lugares comunes, ideas vagas y contradicciones, que en resumen sólo explican ignorancia y confabulación mal urdida, por testigos faltos de buena fe e idoneidad, y cuyas deposiciones están pulverizadas por otras muchas de más fe y veracidad.

Que no habrá una cosa más fácil de conseguir, sin que el **Señor Admirador** o **Peñita** se exponga a perder la apuesta, que la de imprimir la causa del señor Filisola, con tal que el señor Peña lo quiera hacer a sus expensas; porque en verdad el señor Filisola fué a Texas vestido y montado, y volvió poco menos que desnudo y a pie, y no está para gastar en la imprenta lo que hace falta para su familia. Que además los acontecimientos de Texas son ya tan sabidos que no hay quién ignore las menudencias más indiferentes, que tienen relación con ellos. Son muchos los que lo presenciaron, y los han relatado sin el interés que ha tenido el señor Peña en disfrazarlos.

Que el señor Urrea no se engañó en creer que los hechos hablarían; porque en efecto así debía suceder; y si ellos aparecieron a la faz del mundo como fueron, y no como se pretendió que fuesen, es porque la verdad se puede ocultar, pero no para siempre. Por lo demás, nosotros también como el **Admirador,** deseamos que dicho señor rompa ese silencio en defensa de su honor, que desde luego no hirió el señor Filisola y mucho menos con ventaja, y si acaso lo hubo, ella fué y será una consecuencia de los mismos hechos, y de la cuestión, a la que ni dió mérito ni principio el señor Filisola, que sólo procuró defenderse del ataque gratuito que se le dió, queriéndole concitar el odio nacional que nunca ha merecido por su conducta noble y desinteresada. Si el general Filisola nació al otro lado de los mares, si vió desaparecer numerosos ejércitos en Europa, esto no es del caso, ni sabemos que él haya fundado su mérito en estos accidentes; pero sí nos son notorios los que tiene contraídos en la República; y muy particularmente el año de 1821, en que tanta parte tuvo en dar patria a sus detractores, que nada hicieron para adquirírsela, aunque después

Digitized by Google

hayan tenido la desfachatez de criticarlo de una criminal sangre fría e indiferencia a favor de ella.

Que el señor **Admirador de Texas, tan mal** geógrafo, como díscolo e ignorante oficial, supone que del río Brazos al Sabina, hay menos de la tercera parte del camino que de allí a Matamoros, asentando en consecuencia el grosero disparate de que **es muy notable que se haya dicho que no habiendo habido víveres para avanzar, los hubo para retroceder una distancia triple. Que es necia la pregunta de si el enemigo tenía o no víveres y necia la observación de que si nosotros nos hallábamos en el mismo teatro, ¿cómo él podía permanecer y nosotros no?** Aunque en pocos renglones pudiera patentizarse la malicia o ineptitud del señor Peña en estas capciosas preguntas, nos contentaremos solamente con aconsejarle que estudie mejor el país, la clase de enemigos, sus obligaciones, las nuestras, la situación en que nos hallábamos en aquellas circunstancias, lo que nos podíamos prometer, lo que aventurábamos, y lo que hubiéramos en fin ganado; y entonces no le será difícil, si logra comprenderlo, conocer la diferencia de posición de los dos partidos, para obrar de ésta o de aquella manera.

Por último señores editores, tengan ustedes la bondad de decirle, que en efecto tres oficiales jóvenes de buena intención, excitados por el señor Peña, vertieron imprudentemente el día 9 de mayo, y no el 10, como se ha dicho, algunas palabras de desaprobación, respecto a la retirada que se emprendió aquel día para Guadalupe Victoria, cosa que nunca falta en los cuerpos de tropa, sean de la nación que fueren, por la sencilla razón de que no todos pueden estar en los motivos que obligan a uno u otro movimiento, ni comprender la ventaja o desventaja que de hacerlo o no, puede resultar. Al rendir la jornada al arroyo de San Diego, se presentaron al general Filisola, el de la misma clase don Eugenio Tolsa, y el coronel don Agustín Amat, representándole dichas conversaciones como perjudiciales a la buena disciplina y subordinación. A consecuencia, el general Filisola citó a su tienda de campaña a todos los jefes y oficiales, y les manifestó haber llegado a su noticia aquella indiscreción, lo perjudicial de ella, y la situación del ejército, etc.; añadiendo que por su parte estaba dispuesto y decidido a obedecer ciegamente y sujetarse a cualquiera de los jefes que alcanzaran un plan mejor, y los medios de llevarlo al cabo: o bien ponerlo en planta él mismo con la mayor escrupulosidad. Ninguno habló una palabra; por el contrario, los señores Tolsa, Gaona, Ampudia, Amat y otros jefes, se explicaron contra los murmuradores con dureza y manifestaron que los que así habían faltado a la debida subordinación y disciplina, eran dignos de un severo castigo con arreglo a la ordenanza. El señor Peña estaba presente y lo estaban también los otros tres oficiales. Así expuso este pasaje el mismo Peña en la declaración que dió en la causa que se ha formado sobre aquellos hechos. ¿Por qué pues contarlo de otra manera en su remitido? ¿Mintió escribiendo, o perjuró declarando? En la marcha el día siguiente se presentaron al señor Filisola los tres oficiales, a protestarle su convencimiento y suplicarle les disimulase aquella falta, hija puramente del interés sincero por el mejor éxito de las armas

Digitized by Google

nacionales, y del poco conocimiento de las exigencias del momento.

El general Filisola consultó a todos los jefes antes de emprender la retirada de Goliad, y todos estuvieron por ella; en Santa Gertrudis los remitió para manifestarles el oficio del 1º de junio del señor Urrea, cuya lectura sólo produjo indignación: en el Chiltepín, al separarse del ejército, se le dieron pruebas inequívocas de un sincero afecto y general sentimiento por todas las clases de él incluso el señor Peña, al paso que en Matamoros explicaron por cuantos medios son imaginables, su disgusto. ¿Por qué no dice también esto el **Admirador de Texas?**

En fin, en el ejército de operaciones sobre Texas, hubo muchos generales, jefes y oficiales, y ninguno se ha expresado hasta hoy contra el general Filisola. ¿Es creíble que todos fueran ignorantes, que ninguno viese lo que el señor Peña, y que careciesen del amor patrio en que tanto abunda este señor? ¿Es posible que el fiscal, el asesor, el comandante general, el Supremo Gobierno, y todo el mundo en fin, hayan querido ser cómplices del general Filisola? Ah! a cuánto nos conduce un amor propio desenfrenado, o si se quiere un celo impertinente o bien la impunidad de anteriores atentados.

Por último: que si como creemos, el señor **Admirador de Texas** es el mismo capitán don Enrique de la Peña, le aconsejaremos por su bien, que en vez de perder el tiempo en forjar libelos infamatorios, lo emplee en aprender su deber, el decoro que debe a la Nación, al Supremo Gobierno, a las autoridades, a sus superiores, a sus compañeros y a sí mismo; así como igualmente en mejorar sus costumbres, y en dar buen ejemplo a sus inferiores; porque no carece de cualidades que algún día lo pudieran hacer muy útil y apreciable a sus conciudadanos; mientras nosotros aguardaremos con impaciencia la ofrecida reseña que desde que se anunció la primera ocasión no sólo ha sido tiempo para reunir los materiales y apuntes que el **Admirador de Texas** dice necesitar para ella; sino que hubiera podido preparar los suficientes, para comentar las obras de Polivio, Tito Libio, Xenofonte, las del Marqués de Santa Cruz, y cuantas han visto la luz sobre la materia, desde el diluvio hasta la fecha. México, febrero 5 de 1837. **El Mismo.**

"El Mosquito Mexicano", tomo III, Nº 89, págs. 1, 2, 3 y 4, correspondientes al 10 de febrero de 1837.

ANEXO Nº 3

DOCUMENTO I

México, Febrero 13 de 1837.

TEXAS Y UN MIOPE.

Sres. Editores de "El Mosquito".

Muy Sres. míos y de mi aprecio:

Digitized by Google

Si las razones debieran ser contestadas con personalidad, el señor **Filisola,** o su defensor, habría contestado satisfactoriamente al artículo que ustedes se dignaron estampar en sus columnas el día 3 del corriente, pues no ha andado corto en prodigarme insultos. Por fortuna mía se ha hecho de mí un retrato, que está muy distante de parecérseme.

Yo entiendo que en la cuestión de que se trata, nada importa saber lo que yo he sido, lo que soy, ni lo que seré, y sí convendrá saber que habiendo venido el señor Filisola de un simple sargento a la República, no pudo en esta clase juzgar en Europa de sus grandes y numerosos ejércitos. Se me ha atacado, señores, de un modo brusco: se me ha herido en lo más sensible, y es preciso defenderse, so pena de la infamia que pesaría sobre mí, y que no me dejaría vivir.

El señor Filisola puede descargar contra mí sus golpes, hasta que le duela el brazo, bien seguro de que sabré esconder el puñal en mi corazón (lo digo como lo siento) antes que humillarme, antes que retroceder un paso, cuando tengo de mi parte la razón en la noble causa que he abrazado; la de defender a mi Patria, publicando los errores, las torpezas, las infamias y debilidades que han mancillado su honor.

Desde que me resolví a ello he considerado en los muchos y graves disgustos que van a llover sobre mí; porque nunca se puede usar el lenguaje de la verdad sin lastimar a algunas personas; pero confío en que los mexicanos me harán justicia y me agradecerán el sacrificio que les ofrezco, porque todos son compatriotas míos y celosos como yo, del buen nombre de su Nación.

Aunque yo he llevado en Texas un **Diario,** cuán minucioso me ha sido posible, para que algún día pudiera servir a la historia de esta campaña, no me he resuelto a publicarlo y hacerle algunas observaciones hasta estos últimos días, en que, con sentimiento, he advertido que los hechos se están desfigurando, hasta el punto que los podíamos desconocer los mismos que los hemos presenciado; así como por otras razones de que hablaré cuando llegue la ocasión, siendo una de ellas la persuación de que con cosas peores se ocupan las imprentas. Por consiguiente, si en el artículo de que voy a ocuparme, se asegura que hace tiempo que he anunciado esta publicación, se hace con el innoble objeto de hacerme odioso con el gobierno, como se ha hecho ya otras veces, y cuyas seguridades, hechas también desde Matamoros, por personas que me son bien conocidas, yo he visto con el desprecio que merecen sus autores.

Cuando el tiempo y las circunstancias me lo permitan, verán ustedes las razones que hay en mi **Diario** contra la retirada; los nobles sentimientos y sensaciones del ejército, mis conversaciones con el enemigo, y los motivos porque las tuve, así como las observaciones a que todo da lugar. Sea esto dicho en contestación a lo que sobre el particular se repite en cada línea en el artículo a que me contraigo, limitándome solamente a desvanecer las injurias que se me hacen y algunas voluntarias equivocaciones.

Yo no he dicho, como se da a entender, que los ejércitos jamás deben hacer una retirada; sino que la nuestra no debió hacerse, y si no consigo probarlo y

Digitized by Google

pudiera convencerme de lo contrario, me alegraría; porque eso menos tendría que sentir que hayan sido perdidos tantos sacrificios y los que nuevamente van a impenderse. Ya he dicho que sobre este punto silencio por ahora.

Los enemigos que conocen a Texas mejor que nosotros las calles de México, me han asegurado que no hay más de 18 leguas del río Brazos al de San Jacinto, contadas desde Old Fort, y algunos ponen solamente 45 millas. Examínese el plano y se verá que por inexacto que sea, no hay gran diferencia en la distancia que he dicho; pero aun cuando haya unas tres o cuatro leguas más, siempre es menos notable mi equívoco que el que en este punto ha padecido el señor Filisola, asentando que hay cosa de 45 leguas, pues ha dicho que de Madame Powell a San Jacinto hay cerca de 50 y 5 de Madame Powell a Old Fort. (Véanse las páginas 32 y 49 de su segundo cuaderno).

El teniente coronel don José María Castillo Iberry, que hace pocos días llegó de Texas, donde se hallaba prisionero, me ha asegurado que la distancia en cuestión será como de 25 leguas, y es digno de crédito, porque la anduvo dos veces. Concediendo, pues, que sea así, es poco más de la mitad de la distancia que ha dicho el señor Filisola, y se acerca más a la que yo he citado. ¿Quién será peor geógrafo?

Es cierto, ciertísimo, que la desgracia de San Jacinto se supo en nuestro campo el 22 de abril, entre dos y tres de la tarde. En la orden general de este día se hicieron algunas prevenciones, indispensables para la marcha, que se ejecutó el día siguiente en la tarde. Caminamos la mayor parte de la noche y no hicimos alto hasta las dos o tres de la mañana. El señor Filisola recordará, que por consecuencia de esta marcha nocturna y precipitada, hubo varíos extravíos, y en la orden general del 24 se habló sobre esto, y a su nombre se decía, entre otras cosas, lo siguiente: "pasado el día de hoy, se aplicarán las penas señaladas en los artículos 70, 71 y 72, tratado 8vo. título 1ro. de las Ordenanzas del Ejército a todo individuo que se encontrare con baúles, efectos, caballos o mulas que no fueren de su pertenencia, y no hubieren entregado en la guardia principal, conforme a la presente orden." En esta misma orden se dió una valiente proclama, que el público habrá visto, y cuyas protestas deseábamos que tuvieran efecto; pero por desgracia todo quedó en palabra.

En un paraje, cuyo nombre ignoré, permanecimos hasta las doce del día 24, hora en que llegó el capitán Pretalia, perteneciente a la división del señor Urrea, y luego emprendimos la marcha para Madame Powell, en donde encontramos al Batallón Jiménez, cargado de un rico botín.

El señor Filisola ha dicho en la página 22 de su citado cuaderno, que en la tarde del 25 de dicho abril, llegó a este punto el señor Salas, poco después él, y más tarde el señor Urrea. En la página 24 dice que el mismo día 25 reunió una junta de guerra de generales.

No habrá uno solo de los militares que estuvieron en el campo que no recuerde que esta junta tuvo lugar por la mañana, así como que el señor Urrea con el resto de su división, llegó a media noche a Madame Powell.

Digitized by Google

En tal virtud el señor Filisola concederá que el 22 recibió la noticia del suceso de San Jacinto; que el 23 se retiró; que el 24 se ejecutó la reunión; que el 25 fué de descanso y reorganización, y no el 26; que este día pasamos el primer arroyo de San Bernardo, y que el 27, y no el 28, se tuvo sobre el segundo la noticia de que el general Presidente vivía, o bien que el general Urrea no estuvo en la junta del 24, porque como he dicho, nadie habrá olvidado que ésta fué por la mañana, ni menos que el señor Urrea se reunió a media noche.

El día 17 de mayo llegamos a Goliad, y el 25 salió el ejército de este punto en que permaneció ocho días inclusive el de su llegada. El 28 llegó al río de las Nueces; el día 4 de junio lo hizo la fuerza que venía de Béjar, el día 7 se levantó el campo, en que permanecimos diez días nosotros y tres el señor Andrade; pero el señor Filisola ha dicho en la página 34, que el ejército permaneció doce días en el primer punto, y doce en el segundo, juntamente con la fuerza que aquel general tenía a sus órdenes en Béjar. En mi **Diario** está estampado el honroso comportamiento que este digno mexicano tuvo al frente del enemigo, así como al abandonar aquella plaza.

He anticipado estos pormenores, porque vienen al caso para probar que el señor Filisola, vivió en Texas unas veces adelantado y otras atrasado.

Increíble se hace que sea un general de nombradía, un hombre de probidad, experiencia y conocimientos el que ha escrito el cuaderno que corre impreso, en el que a la vez que se ha procurado empañar el mérito de un general mexicano, a quien con su triunfante y orgullosa división se consideró en el peligro como al principal sostén del ejército, se ha incurrido en notables contradicciones y se han asentado equívocos aun más notables todavía.

Entre las muchas imputaciones que se hacen al señor Urrea, se dice en las páginas 30 y 31, **que habiendo sido destinado para formar la derecha del ejército con una fuerza respetable de infantería y caballería y tomar el camino de la costa para la villa de Goliad, etc., no llegó a este punto hasta el 21 de marzo, fecha en que ya la vanguardia del ejército a las órdenes de los señores generales Ramírez y Sesma y Tolsa, estaba sobre el Río Colorado, cincuenta leguas más adelante.**

El 17 ó 18 de febrero salió el general Urrea de Matamoros, y la respetable fuerza que sacó de aquella plaza, y se hace valer, era de 300 infantes y 200 caballos, hasta el 18 de marzo que se le unieron los batallones Jiménez y activo de San Luis, que habían disminuído su baja fuerza en el asalto del Alamo.

El día 21 de este mes, en que se asegura que este general llegó a Goliad, se hallaba ya al otro lado del Río Guadalupe; había batido la fuerza de San Patricio, la que acaudillaba el Dr. Grant, la que se había encerrado en la misión del Refugio y escaramuceádose en el Perdido, en cuya escaramuza, según la expresión del mismo señor Filisola, tomó 9 piezas de artillería y más de 300 prisioneros. ¡Admira que haya dicho lo contrario, bajo su firma!

El ha escrito fiado en su memoria, que parece frágil, y yo no haré sino trasladar lo que he escrito diariamente, poniendo al pie de cada día las obser-

Digitized by Google

vaciones que a mi ignorancia parezcan convenientes. Cuando lo haga, no suprimiré las varias razones que, en mi pequeño juicio, disculpan al señor Filisola, y que ya están estampadas, so pena de la infamia que no me perdonaría a mí mismo. Entonces verán ustedes señores editores (puedo esperarlo), cuán indebidos han sido los insultos que me ha prodigado, tan sólo porque trato de poner en claro la verdad, y aunque a primera vista parezca que en esto acaso hay contradicción, cuando me sea permitido explicarme, se verá que no hay ninguna.

Es cierto, muy cierto que se inutilizó el chalán que había en Old Fort al emprenderse la retirada. Varios lo presenciaron, muchos se convencieron de ello después. Díganlo si no, el capitán don Marcos Barragán y el subteniente don N. Somosa que, escapados del naufragio de San Jacinto, se nos reunieron el 25 a las siete de la mañana en Madame Powell, en cuyo punto me aseguró el primero, que había tenido que atar con su banda unos troncos para atravesar el río; porque aunque venía en su compañía un soldado presidial que sabía nadar, nada había a la margen derecha en qué poder pasar. Díganlo los jefes y oficiales que pertenecieron a aquel ejército y hoy se hallan aquí, si no temen decir la verdad y sobre todo el señor Woll, que entonces era mayor general, quien lo ha asegurado oficialmente al señor Urrea.

Que se lea con atención la pintura que el señor Filisola ha hecho del ejército, y se verá que no merecía este título y aunque en parte tiene razón, su pintura es muy exagerada.

El relacionar hechos que están consignados a la historia, el tratar de esclarecerlos, no obstante lo miope que soy en los conocimientos de mi oficio, o sea profesión, no me parece, señores que es faltar a la subordinación, porque no se trata de obediencia ni de asuntos del servicio; sino de un juicio que todo mexicano tiene derecho a formar; pero si así se creyere, si los militares en una república hemos de ser iguales a los esclavos del sultán, desde luego puede vérseme como fuera de una carrera, que me priva del derecho de pensar y de decir lo que pienso, en un asunto de tanto interés y que tanto ha afectado a los mexicanos.

No es ciertamente en estos tiempos en los que se puede imponer silencio a los hombres, sujetándolos a un degradante servilismo, por consideración a personas; ni los más gratos recuerdos, ni los servicios más distinguidos pueden borrar grandes y posteriores faltas.

Se dice que las relaciones, obligaciones y compromisos que he contraído, me impiden ver las cosas a buena luz o confesarlas, aun cuando en mi interior esté convencido de lo contrario. Causa indignación, que hombres que se elogian tanto a sí mismos y que quieren hacer el papel de inmaculados y circunspectos, tengan la ligereza de expresarse así, para merecer el título de calumniadores, a la vez que hacen ostentación de su alta jerarquía y de su saber. Dígase si no cuáles son esos compromisos y obligaciones que he contraído. La única que me he impuesto, es la de ser franco, sin atender a la elevación de los puestos, ni a la eminencia de anteriores servicios, presentando los hechos de Texas como fueron. ¿Qué interés puede tener en desfigurarlos, un hombre

Digitized by Google

tan insignificante como yo, que a nada aspira, que nada tiene que esperar, ni tiene que responder a ningún cargo? Mientras por el contrario, aquellos sobre quienes pesa la responsabilidad, aquellos sobre quienes debe recaer la indignación nacional, lo tienen grande en presentarlos del modo que les sea más favorable, para disculparse. Yo apelo sobre esto al juicio de los hombre imparciales: los que sólo atienden a las personas y no a las cosas; los hombres ligeros o mal informados, se colocarán al lado del fuerte contra el débil; pero habrá muchos que den la razón al que la tenga.

En prueba de que no hago traición a mi conciencia, más de una vez he defendido al señor Filisola de la nota de traidor, con que algunos le apellidaban en el ejército. **Se decía que nada le importaba el honor de una patria en que no vió la primera luz y a quien sólo servía por su propio bien: que teniendo posesiones en Texas, estaba en sus intereses que, este bello y feraz territorio, pasase a manos laboriosas en que deben valer más.**

Creyendo inexacto este juicio, he sostenido lo contrairo, aun en presencia del señor Urrea y en contraposición con un jefe de representación en el ejército, que prestó importantes servicios en la campaña y a quien el señor Filisola justamente ha elogiado, no obstante que por su falta de fe privada, siempre recibirá reproche. Apelo sobre esto al testimonio de los señores jefes y oficiales de zapadores y al de otros muchos de los que concurrieron a Texas. No me arrepiento de haberlo hecho, sin embargo de que ahora que se me ha llamado la atención sobre que soy **miope** en el modo de ver las cosas, desconfío ya de mi juicio.

El señor Filisola recordará que a su arribo al ejército se jugaron varias intrigas para inspirar contra él desconfianzas, tomando por pretexto su origen, y que como resultado de los manejos de un general, de funesta sombra, se le llamó a Monclova, dejándosele sin el mando de la primera división.

Recordará también que el señor general don Ventura Mora, viéndolo desairado, le aconsejó amistosamente que se volviera a México, no obstante que en la opinión de muchos, y en la humilde mía, en ninguna guerra podía el señor Filisola presentarse con más aire y despejo que en la de Texas. La experiencia de nada le sirvió, pues que más tarde se entregó a los consejos de ese mismo general, que no hay necesidad de nombrar, para que le sea conocido.

Yo no he dicho que el señor Filisola no ha trabajado en Texas, pues es indudable que en punto a trabajos personales dió varias veces el ejemplo. En mi **Diario** el mes de abril sobre el Río Guadalupe, se lee lo siguiente: "En la mañana del 5 se descubrió un gran chalán que estaba a pique entre los dos pasos. Se sacó, se carenó y se condujo al paso de arriba, causando una alegría general un hallazgo que iba a abreviar la marcha y que descubierto un día antes, nos habría valido mucho. El general Filisola, con el señor Ampudia y conmigo trabajó personalmente y gratificó de su bolsa, por mi conducto, a los soldados que suplían la falta de obreros y nadadores."

Este señor recordará haberme visto muchas veces metido en el agua, confundido entre los soldados, trabajando con empeño al par de ellos, en todos los

Digitized by Google

ríos y arroyos en que era necesario hacerlo, cuando no había muchos (puedo decirlo) que se prestaran voluntariamente a ello. Algunas ocasiones me aconsejaron mis amigos que no me afanara tanto: que nadie me lo había de agradecer; bien lo sabía yo, porque de ingratos está llena la tierra; pero no era posible en mi carácter permanecer en la inacción, cuando se necesitaban los esfuerzos de todos y de cada uno en particular. En la noche del 3 de abril por cumplir con mi deber, con ese deber que hoy se me dice que desconozco, pasaba yo de la margen derecha del río para dar el santo a un batallón que estaba en la izquierda y cuyo ayudante no había ocurrido por él; así como para recibir las órdenes del señor Filisola, y habiendo caído en el río que es profundo y que estando entonces crecido, tenía fuerte corriente, me cogió debajo una balsa cargada de artillería y el señor Ampudia y otros jefes que estaban presentes me creyeron perdido, porque la obscuridad no permitía socorrerme. Refiero estas pequeñeces, por lo que más adelante tengo que decir.

Si el señor Filisola se unió el año de 21 a la opinión general, formada por la independencia y si entonces prestó buenos servicios, creo que nadie los ha puesto en duda, ni es culpa mía no haber hecho ninguno, cuando según su dicho, estaba en mantillas; aunque para hablar con propiedad debió decir que me hallaba entre faldas, pues recuerdo que en mi tierra me sacaron vestido de mujer a balbucir una arenga y a representar no sé qué genio. Algo de broma, señores editores, aunque se repita que soy díscolo: no todo ha de ser serio.

No obstante lo dicho y que las comparaciones siempre son odiosas, ¿podrá admitir alguna el señor Filisola con el memorable señor Arago y otros que desde que pusieron el pie en la República, se decidieron por la justa causa de los mexicanos? Y uniéndose a ellos después, ¿qué otra cosa ha hecho que darse una patria a sí mismo cuando tenía perdida la suya? ¿Cuántos de estos ilustres campeones se hallaron en peores circunstancias que nosotros en Texas y no por eso desistieron; porque el amor patrio era el alma de sus acciones. ¿Si las personalidades no perjudicaran más al que las hace, que aquel a quien se dirigen, yo haría uso, en defensa propia, de las mismas armas con que se me ha herido, y si ustedes creyeren que incurro en esta falta, es involuntaria.

Como en el artículo anterior de que me ocupo, a cada paso se tropieza con nuevas razones en favor de la retirada, y algunas capaces de alucinar a los que no conocen la clase de enemigo de quien se hizo, y la situación en que se hallaba; así como a los que no están al cabo de las cosas, ni son del corto número de interesados en desfigurarlas, se hace preciso repetir que no pueden darse las que hay en contra, en los límites de un comunicado, ni antes de manifestar todo lo que precedió a ella. Entonces se verá por qué el señor Urrea no pudo moverse de Matamoros.

La vida del general Presidente no es ciertamente la de un hombre común; muy cara es para mí la de mis amigos y la de todos los prisioneros mexicanos; pero lo que yo he dicho y no me cansaré de repetir es, que eran de menor peso en balanza con el honor nacional. Además que con avanzar no era seguro que la perdiesen. En este caso el enemigo, insignificante en

Digitized by Google

número, apenas hubiera bastado para custodiar a nuestros prisioneros, que a nuestra vista es probable que hubieran hecho algún esfuerzo para salvarse, contribuyendo de este modo a nuestro designio.

Con el tono magistral que da un puesto elevado se pregunta: **¿Habrá nación, honor, decoro nacional, etc. etc., donde no hay hombres?** ¿A quién se conserva esta inclinación irresistible que se llama amor patrio? ¿Al suelo insensible en que el accidente o la casualidad hace nacer, o a los que fueron compañeros de su niñez, a sus padres, deudos, etc. etc.? Ahora bien: ¿el general Santa Anna, su estado mayor y los demás prisioneros, forman la Nación mexicana? ¿Los generales, oficiales y soldados que van a sacrificarse de nuevo en la próxima campaña, quizá en mayor número, no son parte de esta Nación? ¿Será menos sensible la pérdida de éstos que la de aquéllos? ¿La desolación de sus familias, será menos dolorosa? ¿Será menos amargo el llanto de éstas que el que hubieran vertido las anteriores, cuando a algunas de las mismas puede caberles la mala suerte que entonces pudo tocarles? ¿Se está seguro que las víctimas que ahora van a inmolarse, serán menores que las que se hubieran inmolado en aquella vez? ¿No se teme que los prisioneros sean sacrificados ahora, como se temió antes? Hay varias razones para no haberlo temido entonces, y mayores para no temerlo hoy. Señores míos, según los principios asentados arriba, no deberíamos haber ido a Texas: debemos dejar perder aquel delicioso territorio y toda la Nación, si quieren apropiársela sus enemigos.

Me resisto a creer que el artículo de que me ocupo, sea obra del señor Filisola, por más que así se me haya asegurado. De otro modo, ¿cómo podía negar que tuviera noticia del tráfico infame que se hizo con la miseria del soldado, cuando, no una sino varias veces, le oímos desde Béjar lamentarse de ello? Si ignoró quiénes hicieron este comercio en el río Brazos y en el Colorado, en la marcha y contramarcha; si no lo ignoró en Victoria, no pudo ignorarlo en Goliad, en que fué escandaloso y en donde los gritos que se levantaron contra los traficantes particularmente contra un V. S. a quien también elogia en su cuaderno, le causaron muy malos ratos: verdad es que fueron pocas y marcadas las personas. Recordará el señor Filisola que hablando sobre el particular en mi propio alojamiento y en presencia de los señores comandante y mayor de zapadores, y habiendo recaído la conversación sobre el jefe de que se trata, con quien hoy está unido, dijo dirigiéndose a mí: **"y qué usted no sabe que en el río Brazos intentó fusilar a unos arrieros."** Hecho que referido por tan respetable autoridad, así lo asenté en mi **Diario,** después de haberlo confirmado el capitán don Juan Díaz, del batallón de Jiménez, que fué el agente para que se impidiera tal atentado. ¿Se hará un nuevo ultraje a la verdad por una consideración indebida a compañeros o subalternos? ¿Y el que lo haga osará llamarse íntegro? ¿Cuántas cosas no tengo asentadas, dichas por el señor Filisola? En orden extraordinaria del 2 de junio, se puso por la primera vez freno a la avaricia de algunos; pero se

Digitized by Google

había anticipado el mal ejemplo, el mal ya estaba hecho y el desorden era irremediable.

Es un homenaje, debido a la justicia, confesar que el manejo del señor Filisola en asunto de intereses, fué el más puro. Ojalá que otros lo hubieran imitado, y que pudiéramos decir de todos sus compañeros lo mismo.

No es falso, ni falsísimo que había sal suficiente; en la margen izquierda del río Brazos, la había de buena calidad, amontonada en el suelo y los oficiales y soldados desperdiciaron mucha; yo mismo dí parte de ello al señor Filisola y nunca se recogió. Regularmente la había en barriles en las habitaciones, y entre los víveres que se inutilizaron en la retirada, que se destruyeron o desperdiciaron en los fangales, había este efecto.

El día 25 de abril en Madame Powell, el campo de la división del señor Urrea era semejante a una plaza de mercado: ella tenía efectos y nosotros dinero y pronto hicimos el cambio. Arroz, harina, azúcar blanca, chocolate muy amargo, puros muy buenos, jabón de buena calidad, excelentes pasas, sombreros finos, botas inglesas, hermoso cristal y loza, ropa, todo, todo había en aquel campo; el soldado había venido abastecido, principalmente los del batallón Jiménez, que había estado sólo en Columbia. Por esto que vieron todos los que tenían ojos, y por lo que oyeron decir todos los que tenían oídos, de la abundancia que había de estos efectos y víveres en la población citada, en Brazoria y Matagorda lo he repetido yo. ¿Cómo pudo dejar de ver ésto el señor Filisola, cuando estos efectos andaban en todas las manos, y cuando el mismo señor Urrea auxilió con los víveres de su rancho particular a algunos de sus compañeros, e hizo lo mismo el señor Morales y otros? ¿Cómo se tiene valor de negar una cosa que tantos presenciaron? Qué raro será el individuo del ejército de Texas que al leer esto no diga: ¡es verdad!

El señor Urrea a pesar de las órdenes ejecutivas que se le dieron para que se incorporara a dicho ejército, trajo para su sección todo cuanto pudo cargar, y por lo que respecta a los demás cargos que se le hacen, él puede si gusta responder a ellos.

¿Qué encontramos, se pregunta, en las habitaciones del tránsito de Béjar a San Felipe, etc.? Por toda respuesta diré, que en las habitaciones inmediatas a la villa de González, había maíz, parte del cual tenía acopiado el señor González Pavón, cuando pasamos por allí, para mandarlo a Béjar, y el cual debimos llevarnos, pues que el señor Pavón quedándose en González, podía recoger más. Los señores Sesma y Tolsa tomaron de esta villa el maíz y tocino que pudieron llevar, y el primero escribió al general Presidente que mandara por lo que dejaba, con cuyo objeto se mandó al jefe citado.

En las márgenes del río Colorado también había maíz, el señor Woll a nuestro paso quedó allí con un atajo y lo llevó cargado de este efecto al Brazos. Recuerdo muy bien que fué el de tordillas a Tayafé y el trastorno que esto causó en las cargas.

En muchas habitaciones no sólo había ganado vacuno, sino de cerda muy hermoso. No faltaron pues víveres en Texas, faltó un genio organizador, un

Digitized by Google

genio industrioso y advertido, en lugar de la apatía e indiferencia, que tan graves perjuicios han causado a nuestra patria moribunda.

Apenas puedo creer, señores editores, que cuando a mí se me hace aparecer como injusto y sin pudor, se haya tenido la ligereza de asegurar que soy un perjuro. El herir por medios tan indecorosos sí es injusticia, sí es falta, de pudor. Que se publique mi declaración y se verá que no hay contradicción en lo que declaré y dije en mi anterior artículo. Creo bastante íntegro al señor Fiscal, para creer que haya asegurado lo contrario, y cuando estuve en su presencia, me convencí de que era un juez de buena fe: que no estaba interesado en ocultar la verdad, como se decía vagamente. Me guardaría bien de inculparlo, cuando ignoro qué declaraciones de fe y veracidad serán esas de que se hace alarde, y sólo he manifestado mi asombro por lo que yo mismo he presenciado. Si ha habido **ignorancia y una confabulación mal urdida,** que se me presente uno solo con quien yo me haya confabulado. Puede hablar así el que no tiene en su conciencia de qué reprenderse. Sin embargo de lo dicho, ¿no choca al sentido común que se dé más crédito a unas declaraciones que a otras? ¿No habrá entre esos declarantes, algunos de los interesados en cubrirse a sí mismos? Cuando en lo que se declara hay discordancia y contradicciones, ¿no son los careos para averiguar quién dice la verdad? Si en la causa de que se trata aparecen en efecto testigos falsos, ¿cómo se ha dejado impune un delito de esta naturaleza? ¿No se hacen cómplices de él los que lo solapan? Y el mismo Sr. Filisola ¿no tiene derecho a exigir el castigo de los que le calumnian? Por lo que a mí toca, debe persuadirse que tengo más pudor y soy más amigo de la justicia, que lo que se cree; que al querer referir los acontecimientos de Texas (cuyas particularidades aún son ignoradas por más que se asegure lo contrario), no es mi objeto manchar su reputación; porque de hacerlo, ni a mi patria, ni a mí resulta ningún bien. Yo ni puedo, ni debo rivalizar con un personaje que me es tan superior; no aspiro al empleo que tiene, y sólo que fuera un monstruo, me propondría hacer mal, sin más que por hacer mal. Persuádase también que para mí son muy respetables sus canas, el encumbrado puesto en que se halla y sus eminentes servicios, aunque los ignoro, y aunque entiendo (quizá mi ignorancia me engaña) que los hombres no debemos reconocer otra superioridad, que la que dan las virtudes y los talentos, y no la que proporciona el favor y los caprichos de la fortuna. Yo confieso que era ciego partidario del Sr. Filisola, antes de verle emprender la retirada, antes de oírle ocultar la verdad, deprimiendo el mérito, elogiando sin equidad, y callando respecto de otros, cosas que yo no callaré.

El general Santa Anna está para volver a la República, quizá va representar de nuevo su inenvidiable papel, y su presencia no me retraerá de manifestar los errores en que, según mi ineptitud e ignorancia, incurrió. ¿Hay acaso muchos que se resuelvan a echarse sobre sí el odio de los poderosos, el de los hombres de influjo, y a perder la estimación de los amigos a quienes les sea preciso inculpar? Esto explica bastante, en mi pequeño concepto, por qué callan los jefes y oficiales que fueron a Texas, aun cuando en su mayoría están conven-

Digitized by Google

cidos de lo mismo que yo. Digan si miento, aquellos que no estén afectos a las personas.

Que se me convenza, señores, de que yo no debo relatar la verdad de lo que ha pasado, para vindicar a la Nación y al ejército; persuádanme Uds. de que no les presto un servicio y callaré. ¿Dejaremos correr sin contradecir con los hechos, tantas y tan infames imputaciones con que se nos ha zaherido en los periódicos de los Estados Unidos y particularmente en el de un malvado italiano, vendido a los tejanos, quien a la vez (seamos justos), también nos ha dicho algunas verdades? Ese protervo Santángelo, que nos ha pintado a todos los mexicanos, con los coloridos más negros, y que no se ha cansado de insultarnos, también aprobó al Sr. Filisola su retirada y otra vez citaré el número del "Correo Atlántico" en que lo ha hecho. Quizá en la cuestión presente es del caso que este señor **haya nacido al otro lado de los mares;** pero esto sería personalizar la cuestión, y aunque yo sepa cómo el Sr. Filisola fué a dar a España, y cómo vino aquí, esto sí no viene a cuento ni mis ideas son tan mezquinas para fundar en esto mi defensa.

Es posible, se exclama, **que el fiscal, el asesor, el comandante general, el Supremo Gobierno y todo el mundo en fin, hayan querido ser cómplices del general Filisola? Ah! a cuánto nos conduce un amor propio desenfrenado, o si se quiere un celo imprudente o bien la impunidad de anteriores atentados.**

Los que no ignoran que en nuestro país las leyes, por nuestra fatalidad, sólo tienen fuerza para el débil y que enmudecen ante el favor, no les será difícil contestar a esta exclamación; porque dicen los enamorados que cuando se quiere, no hay imposibles. Por lo que hace a los atentados que se me echan en cara, que se me cite uno solo, y si no, tendré derecho a decir que en cada línea se me calumnia. Se repetirá que soy petulante e insubordinado, porque digo la verdad; pero es mi voluntad morir diciéndola.

Se falta a la verdad cuando se dice que yo excité a tres oficiales jóvenes a la murmuración: que se citen; porque yo ignoro quiénes son esos refractarios o convencidos. Tampoco es cierto que yo estuviera presente en la junta, que fué sólo de jefes, y pongo por testigos a los señores Amat y Ricoy, que están aquí, pues le consta al primero que estando yo malo, no salí de su tienda, en que por su bondad me alojaba. Sí lo es, que esta junta tuvo lugar el 10 de mayo, y no el 9, en que no hicimos otra cosa que salir fuera del bosque de la derecha del Colorado, y para comprobarlo remito a Uds. mi diario, en cuyo último día verán, entre otras cosas, el párrafo siguiente. "Nos hallábamos entretenidos en hablar de la Legión de Honor cuando llegó un parte de la avanzada que se había dejado en el río, diciendo el comandante de ella, que habían llegado fuerzas americanas, las que pedían que se les dejase libre el paso para marchar a Béjar. Se comisionó al Sr. Ampudia, que estaba presente para contestar con el jefe de ellas. Se dijo. como otras veces, que se sufría la altanería del enemigo, por salvar la vida al general Santa Anna. El honor nacional es primero que su vida.—Falta de energía e irresolución en los que mandan.—El armisticio ha sido hecho por un general prisionero, y se ignoran los términos

Digitized by Google

en que está concebido; pero sean cuales fueren, al enemigo se le debía impedir pasar adelante y aun más el ir a Béjar.—No es posible sufrir tanta humillación al que tiene honor.—La exaltación que esta ocurrencia ha producido en algunos individuos del ejército, ha sido grande."

En el día 10, página 73, verán Uds. también cómo se refiere lo ocurrido en la citada junta y las observaciones del momento, por lo que se convencerán que no podía declararlo de otro modo; así como de las razones que entonces había, para no poder ya volver contra el enemigo.

Como en la milicia se acostumbra por una rutina, nada liberal, dar pésames al que se va y plácemes al que viene, el día 13 de junio se dió orden verbal para que lo hiciéramos con el Sr. Filisola, y en mi **Diario** se lee lo siguiente: "antes de marchar el Sr. Filisola, antes de separarse de los compañeros de sus fatigas, recibió un testimonio del aprecio que les merecía, pues todos los generales, jefes y oficiales de los cuerpos que el día anterior estaban a sus órdenes, fueron a despedirse de él y a manifestarle el sentimiento que les causaba el sensible golpe que acababa de recibir. Este sentimiento fué general, aun para aquellos que no habían estado de acuerdo con sus operaciones, y el que dulcificaría en parte la amargura de su corazón. Yo estaba seguro de que este anciano general renunciaría el mando, o que sería depuesto de él; pero nunca pensé que lo sería de un modo indigno, ni menos que fuese el general Urrea el que le sucediese." Si esto es indudable, también lo es que al último se le felicitó. Yo contaba en efecto, que tomaría el mando aquél a quien correspondiese, mientras llegara un general de división.

No me avergüenzo de confesar, que me equivoqué diciendo, que para llegar al Sabina, había menos de una tercera parte del camino que anduvimos desde los Brazos a Matamoros, pues que según la estadística del Sr. Almonte, hay 74 leguas del Sabina al Brazos, que es sin duda más de la tercera parte de la distancia que hay de este punto a Matamoros.

En este artículo, que hace muchas horas estoy contestando y no puedo acabar, se dice que soy **díscolo, ignorante, insubordinado, presuntuoso, inepto, de malas costumbres, etc.** ¿Pero qué otra cosa quiere decir este cúmulo de vituperios; sino que se carece de razones? ¿Una buena causa necesita acaso, apoyarse en ellos para defenderse?

Es poco delicado hablar de sí mismo; pero cuando uno es precisado a ello, debe disculparse, y yo tengo que agradecer al que me proporciona la ocasión de hacerlo.

Contestando por su orden este párrafo, veremos que díscolo quiere decir travieso, indócil, perturbador de la paz. Que se me demuestre cuándo y en dónde he cometido estas faltas. No sostendré que soy sabio; porque estoy muy lejos de serlo, y nunca he pretendido aparentar lo que no es; pero sí, que la persona que me llama ignorante no ha tenido ocasión de calificarme. En Texas es la única vez que he estado a las órdenes del Sr. Filisola y he estado cerca de su persona; que diga qué ocasión tuvo de reprenderme la más leve falta, y quién de mis superiores se le quejó contra mí de insubordinación. De dos sec-

Digitized by Google

ciones fuí mayor de órdenes en el ejército y si tuve algunos pequeños disgustos, fueron ocasionados por mi celo y actividad por el mejor servicio; aunque esté mal el decirlo. Que digan si falto a la verdad los señores Duque, Amat, el mayor de Zapadores y todo el batallón. No se me ofende con repetirme que soy pigmeo, pues cuando lo he dicho, es porque conozco mi pequeñez y esto prueba que no soy presuntuoso. Sé lo difícil que es escribir; pero también que para referir hechos no hay necesidad de ser general, ni literato y basta tener firmeza, integridad y sentido común. Jamás he tenido el delirio de presumir que soy instruído; pero el Sr. Filisola no me creía tan inepto cuando en medio de las fatigas, me dijo alguna vez: "que era yo un hombre general para todo, que le complacía ver trabajar a los jóvenes, y que conforme era mi comportamiento así serían las recomendaciones y las recompensas." Y esto no me lo decía en italiano, de cuyo idioma nada entiendo (ni sé lo quiere decir "Di che deliri, di che tu menti)"; sino en un lenguaje inteligible para mí. No creo que haya olvidado esto, ni mi contestación.

En Goliad se afanó este señor general en reparar aquella mala fortificación, en lo que cabía según las circunstancias, y los zapadores a quienes no permitía descansar, no me permitirán mentir. Creyendo yo, como otros, que esto no lo haría con el objeto de dejarlo compuesto al enemigo, sino con el de dejar alguna guarnición, una tarde le manifesté mi deseo de quedarme con ella; pero me dió bondadosamente varias razones para no hacerlo, agradeciéndome sin embargo mi buena disposición. Si negare mi acerto, de que allí mismo tuvieron conocimiento varios de mis amigos, no será sin que su conciencia le reconvenga. Que recuerde que cuando hablamos sobre esto, convino con mi ignorancia, en que aquel mal construído fuerte, podía haberlo sido en otro punto más ventajoso, para defender el agua.

En la pág. 195 y siguientes, verán Uds. lo que sucedió la noche del 24 de mayo, y el día 25 que el ejército continuó la retirada; así como la indignación con que miró el convenio presentado este día. El Sr. Filisola se marchó dejándome allí; y cuando más tarde me dió orden de retirarme, si no tenía noticia de la marcha del Sr. Andrade, manifestó gusto al verme, pues había temido, según me dijo, que el enemigo hiciera una infamia conmigo. ¿Por qué a donde había tantos jefes y oficiales de mérito, eligió para una comisión al más inepto? Me parece oír la contestación que sobre esto se dará. Estoy en el caso de recibir los consejos de todo el mundo; pero los que se me dan en el artículo a que contesto, no me son útiles y los devuelvo. Cuando se me aconseja que mejore mis costumbres para dar buen ejemplo, se quiere dar a entender que son malas, a los que no me conocen. Yo apelo digan si alguna vez he dado motivo para que se arrepientan; que diga mi consejero en qué casa de juego me ha visto en México, en qué burdel hacer alarde de lubricidad, en donde ebrio o a quién sabe que le haya hecho alguna estafa: nada de esto se puede decir de mí. ¿En qué consistirá, pues, que mis costumbres sean malas? Yo ignoro cuáles serán las del Sr. Filisola, porque no encuentro placer en indagar vidas ajenas; pero por buenas que sean, me lisonjeo, por decirlo así, que no serán mucho me-

Digitized by Google

jores que las mías. ¿Se presumirá que deliro por alguna bella y se verá en mí como un crimen que mi alma sea susceptible de abrasarse, por un sentimiento irresistible, que nos es tan natural?

En 13 años que tengo en el servicio, no tengo una sola acción de qué avergonzarme. Nunca he sido sumariado, jamás arrestado por asuntos del servicio, ni reconvenido por mis superiores. Mi insignificante empleo no lo he adquirido con sonrisas, ni en la molicie de las ciudades; sino pasando trabajos, destruyendo mi salud y exponiendo mi vida con honor. Nada debo al detestable favoritismo, porque cualquiera cosa me sería menos sensible que el degradante epíteto de adulador.

Estuve mucho tiempo a las órdenes del Sr. Arago, tres veces en campaña a su lado, me dió buenos consejos; pero nunca tuvo que reprenderme; no sólo me dispensó estimación, sino que me honró con su amistad. Los que conocieron las virtudes, la suma integridad y demás bellas cualidades que adornaban a este general, saben también que no la dispensaba al que se alejaba de ellas. ¿No es verdad, señores, que mientras yo viva no faltará quién me alabe? ¿Pero por qué se ha de avergonzar uno de decir la verdad, cuando le favorece y se trata de desvanecer calumnias?

¿Cuántas veces no se me ha oído decir que entre los jefes extranjeros, que hay en el servicio de la República, ningunos eran más acreedores a la consideración de los mexicanos, que los señores Arago y Filisola, sin que por esto haya sido mi intención agraviar a los demás? Pero qué extraño es que se me injurie a mí cuando se ha hecho con personas respetables! En Béjar cuando el general Presidente pensó volverse a México, a consecuencia de la muerte del virtuoso Sr. Barragán, y que el mando iba a quedar en el Sr. Filisola, como entonces todos deseaban, el Sr. Arago postrado en el lecho del dolor, deseaba restablecerse por ayudarle; pero la recompensa fué decir que el Sr. Arago no era militar... y que sólo entre nosotros podía tener ese concepto... Refiero esto por algunos de mis amigos que están fascinados, y porque creo bastante íntegros a los Sres. Amat y mayor de zapadores, para suponerles la debilidad de negar, que más de una vez no hemos lamentado de la falsedad de los hombres.

Por el deseo de aprender algo para que no se me llame ignorante, había conseguido el marchar a Europa en donde es más fácil instruirse, que en nuestro país, cuando se ofreció la campaña de Texas. Había resuelto perder mi empleo antes que volver a mezclarme en la guerra civil; pero solicité el ir a esta lucha, persuadido que sería gloriosa la muerte que se obtuviera en ella, y merecidos los laureles que adquiriera el ejército, no estando manchados con la sangre de sus hermanos, y lo conseguí por la mediación del Sr. Arago. Los recursos del Gobierno, como Uds. saben, eran escasos; pero yo tenía empeño en marchar e importuné a los Sres. Barragán y Valencia, hasta que conseguí que me dieran con qué hacerlo. Varios oficiales destinados al ejército con anterioridad a mí, se quedaron en México y entre ellos la sección de ingenieros, de la que sólo tomó empeño en ir el teniente don Ignacio Berrospe. Yo deseaba hallarme en el primer encuentro con el enemigo, aunque el decirlo parezca jactancia, y mis

Digitized by Google

compañeros de viaje, los señores Labastida y Ullate, ayudantes del Sr. Arago, fueron testigos de mi impaciencia por reunirme al ejército, por lo que me fué preciso separarme de ellos en Leona Vicario, de donde ya hacía muchos días que había salido. Le consta esto también al señor coronel don Ramón Morales, entonces comandante militar de aquella plaza, a los señores Domínguez, al señor Morlet (don Joaquín), al Sr. Berrospe, que me acompañó y al mismo Sr. Filisola, que no me vió demorarme más de un día en Monclova, por acompañar y complacer al Sr. Arago. Los pequeños servicios, únicos que pude prestar en esta campaña, constan en las cuatro certificaciones, que originales les acompaño y entiendo que si por ellos no se me ha considerado acreedor a ningún premio, cuando se han prodigado ascensos a los que no fueron a ella, no lo soy al menos a los reproches que se me hacen. Quizá como otros de mis compañeros, tengo derecho a quejarme, al ver adelantar en la carrera a otros que pocas o ninguna vez salen a campaña y aquellos que ha pocos días entraron al servicio y no han prestado ningunos; me sobran razones para maldecir el momento en que entré a ella. Yo podía presentar muchos documentos honoríficos, porque los tengo, de jefes tan respetables como el Sr. Filisola, que justifican mi anterior conducta; pero sólo ha creído deber hacerlo de la única vez que he estado a sus órdenes. En su interior confesará este señor, que si yo le hubiera pedido una certificación antes de separarse del mando del ejército, no me la habría negado; pero no creí delicado hacerlo, por razones que no es del caso exponer.

Me persuado también que debo ser disculpable si me engaño al exponer mis razones contra la retirada, porque un error no es un crimen. Los sentimientos del ejército y los míos están expresados por día en el Diario, que en copia acompaño: el que tuviere duda que se acerque a mí y no le quedará ninguna de que han sido asentados en las fechas que se mencionan; pero esto será cuando lo publique.

La misma noche del 22 de abril, que el Sr. Woll la pasó toda entera con nosotros en la orilla del Brazos, le pregunté confidencialmente, por qué no avanzábamos, y entre otras razones, recuerdo muy bien que me dijo, que las cosas se iban a complicar en el interior y no convenía adelantarse más, sino estar en observación. No creo que este señor sea capaz de negarlo, aunque a mi salida de Matamoros quedara un poco sentido conmigo, con razón por su parte.

Mi oposición a la retirada, aunque insignificante, la manifesté en el mismo campo a los señores Ampudia, Amat, Portilla (don Nicolás), y entre otros amigos y compañeros, al mayor y a todos los oficiales de zapadores, que estaban de acuerdo con mis sentimientos. En madame Pawell, contando con que los jefes de los cuerpos concurrirían a la junta, como era de esperar por las razones que otra vez expondré, excité al Sr. Morales, que me dispensa amistad, a que se opusiera a ella, seguro del contrapeso que haria la opinión de un jefe que ha sabido granjearse tan buena reputación en el ejército; y este señor no habrá olvidado que la respuesta que me dió, fué conforme con mis sentimientos. En la tarde, acordado ya el movimiento retrógrado, me asocié con el Sr. Ampudia, para su-

Digitized by Google

plicar al Sr. Urrea hiciera variar este acuerdo, con el influjo que disfrutaba, a lo que nos acompañó el Sr. Amat; pero no encontramos al general en su tienda. No negaré a este señor que he dicho varias veces que en su ventajosa posición, con una división orgullosa como la suya, por los triunfos que había adquirido, no debería haber dado un paso atrás, pues si alguna vez puede ser disculpable la indisciplina, es en el caso en que nos hallábamos. Aunque el Sr. Urrea hubiera tenido después que subir a un patíbulo, lo habría hecho sin titubear, ni avergonzarse, y su gloria habría sido inmortal, siendo castigado por salvar a su patria.

Persuadido de que nadie gusta leer artículos cansados, tengo pesar de no haber podido ser breve al contestar éste: falta que suplico a Uds. me disimularán, en atención a que será la última vez que los moleste sobre el particular. Me he presentado sin disfraz, sin estudio, y si mi franqueza desagrada, no es culpa mía el no ser cortesano, para decir lo contrario de lo que siento.

No debo concluir sin protestar de nuevo al Sr. Filisola, que no es un deseo innoble, ni una loca presunción lo que me obligará a escribir; porque, como he dicho, ninguna ventaja puede resultarme de acibarar sus cansados días, cuando ni la envidia, ni la venganza conmueven mi corazón: ni tema que pueda perjudicarle mi opinión; así como tampoco lo disculparán las razones que al efecto expondré, puesto que él y yo estamos convencidos de que soy un pobre pigmeo; pero sobre todo que en este asunto no vea en mí a un subalterno suyo, sino como a un simple y al último de los ciudadanos.

En el trabajo que voy a tomarme, bien penoso para mí, no cuento, señores, con otro apoyo que el de la rectitud de mi conciencia, que quizá no es bastante en circunstancias, en que la razón y la justicia apenas son atendidas. Mientras por el contrario, cada uno de los que hayan de darse por ofendidos en la relación de los hechos de Texas, cuentan con el poder y con el influjo que proporciona un rango elevado. ¡Qué lucha tan desigual! Callaré, si como he dicho se me convence, pero no será el temor el que me imponga silencio, porque ¡vive Dios!!! que con la verdad y la razón por delante, nada, nada, sino una infamia, tengo que temer.

Dicho esto, réstame solo manifestar que si el Sr. Filisola, que tiene alta paga y que si la ha estado recibiendo de preferencia en la casa de Moneda, como una prueba de equidad de nuestro justísimo Justo, no tiene para imprimir su causa, en obsequio de su honor, menos puede hacerlo quien tiene un sueldo también **pigmeo**, y porque en septiembre del año pasado que se le hizo su ajuste en Matamoros, se le dió un certificado de lo que se le debía hasta aquella fecha, el cual no ha podido conseguir que aquella comisaría le pague, y de entonces acá no ha recibido ni la tercera parte de una paga, de cinco que tiene vencidas, y eso en cobre, parte falso. Como no tengo otro patrimonio que mi empleo, ni se encuentra en qué trabajar, mis angustias son tan amargas, como las de la mayor parte de los que tenemos la desgracia de depender del Gobierno, dulcificadas únicamente por la generosidad de mis amigos. Es claro, que si yo tuviera algo, sería para remediar mis necesidades, y no para vindicar el honor ajeno.

Digitized by Google

Por alejarme de la crítica, que se hace contra las personas, cuando se desatienden sus razones, había ocultado mi nombre; así como por una natural repugnancia a verlo en letras de molde; pero puesto que no se ha tenido la poca generosidad de respetar mi incógnito, porque era necesario apoyar en la persona la defensa, ya saben Uds. que el **Admirador de Texas,** es su afectísimo y humilde servidor q. b. s. m. J. E. d. l. P.

DOCUMENTO II

JOSE URREA, general de brigada y en jefe del ejército de operaciones sobre Texas.

CERTIFICO: que por los informes del señor coronel don Francisco Duque y de otros varios jefes, llegó a mi noticia el buen comportamiento del teniente coronel don José Enrique de la Peña, en el asalto del fuerte del Alamo, en el que no dejó que desear cosa alguna, respecto de su valor, aptitud y actividad al jefe citado, a cuyas órdenes lo hizo.

Posteriormente me ha constado de vista, desde que me incorporé a la parte principal del ejército hasta la fecha, que la conducta militar y privada de dicho teniente coronel ha sido irreprensible, pues que tanto en el cumplimiento de sus deberes, como en su comportamiento particular, se ha conducido con honor, por cuya razón lo he recomendado muy particularmente al Supremo Gobierno, en una instancia que ha promovido en estos días quejándose de postergas.

Me consta igualmente que su opinón no fué conforme con la retirada que el ejército emprendió desde el Río Brazos, de resultas de la desgraciada acción de San Jacinto, y sé que solicitó quedarse guarneciendo a Goliad con alguna fuerza. En la contramarcha presencié sus afanosas fatigas en el arroyo de San Bernardo y en el Río Colorado y siempre lo ví dispuesto para toda clase de fatiga; pues la actividad le es característica, y para que lo haga así constar en donde le convenga, le doy la presente en el cuartel general de Matamoros a diez de septiembre de 1836.

JOSE URREA
(Firmado)

DOCUMENTO III

FRANCISCO DUQUE, coronel del batallón activo de Toluca.

CERTIFICO: que en la sección de la primera brigada que fuí mandando a Béjar compuesta de los batallones de Zapadores, Aldama y el mío; el teniente coronel de ejército don José Enrique de la Peña desempeñó las funciones de mayor de órdenes con un celo y actividad poco comunes.

Digitized by Google

CERTIFICO IGUALMENTE: que habiendo yo sido nombrado para mandar la segunda columna de ataque en el asalto del Alamo, al recibir las últimas órdenes del general en jefe, le hice presente que aunque Peña estaba destinado a la columna de reserva, tenía en él la mayor confianza y deseaba que me acompañase. S. E. accedió a mi pedido y Peña confirmó el ventajoso concepto que de él había formado. Avanzó con el entusiasmo que le es característico y con mucha serenidad a la cabeza de la columna; y cuando fuí herido a las inmediaciones de los parapetos enemigos, fué el único de mis ayudantes de quien pude disponer para que llamase al jefe que estaba nombrado para sucederme. Peña entonces sin que le arredrase el peligro, fué de un extremo a otro de la línea enemiga, para encontrar al general don Manuel Fernández Castrillón, que venía a retaguardia de la columna de reserva, y fué oportuno el aviso que le comunicó de estar yo fuera de combate. Era necesario haber visto la actividad del fuego de cañón, de rifle y de fusil que se hacía por el frente, que Peña recorrió por segunda vez, para valorar el mérito que contrajo en esta memorable jornada y yo no podré decir nunca lo bastante de este bizarro oficial; y para que así conste donde le convenga, doy éste en Matamoros a once de julio de 1836.

FRANCISCO DUQUE
(Firmado)

DOCUMENTO IV

PEDRO DE AMPUDIA, teniente coronel y comandante general de artillería del ejército de operaciones sobre Texas.

CERTIFICO: que el capitán con grado de teniente coronel, agregado al cuerpo de Ingenieros, don José Enrique de la Peña, en el asalto dado en el fuerte del Alamo funcionó de ayudante del señor coronel, comandante de una de las columnas, don Francisco Duque, y que en la fuerza de la refriega atravesó por entre los fuegos para avisar que estaba herido el mencionado jefe, con el objeto de que su segundo, el general don Manuel Fernández Castrillón, lo reemplazara, según lo que se había mandado con anterioridad. Este joven con bizarría trepó, a mi vista, por la palizada que formaba parte del recinto y en el interior del fuerte cumplió con el deber de un buen oficial.

En el paso de los ríos Guadalupe, Colorado y Brazos, trabajó, ayudándome en todas estas penosas fatigas con honroso empeño, y por último contribuyó, bajo mis órdenes, con cincuenta y siete zapadores, en arrancar del fango las baterías que se atascaron entre los pantanos, que se miran en tiempo de aguas entre los arroyos de San Bernardo y el Atascocito. Finalmente, su conducta irreprensible, unida a los interesantes servicios que ha prestado Peña en la campaña de Texas; lo hacen a mi juicio muy acreedor a consideración y aprecio del Su-

Digitized by Google

premo Gobierno y de todas las clases que componen la sociedad.

Cuartel general en Matamoros, junio 22 de 1836.

PEDRO DE AMPUDIA
(Firmado)

DOCUMENTO V

El ciudadano **AGUSTIN AMAT,** coronel del ejército, teniente coronel y comandante del batallón de Zapadores.

CERTIFICO: que el teniente coronel del ejército, capitán don José Enrique de la Peña, fué mayor de órdenes de la fuerza que el señor coronel Duque fué mandando a Béjar y cuya comisión desempeñó con la actividad y celo que son tan conocidos en este oficial: que en el asalto dado al fuerte del Alamo el 6 de marzo del presente año, fué uno de los que más se distinguieron en la columna que mandaba el coronel citado, recorriendo dos veces el frente en que el fuego era mortífero, para comunicar una orden importante, y me consta los esfuerzos que hizo estando adentro, para que se regularizara el ataque y ahorrar las víctimas, que hace en estos casos la confusión.

CERTIFICO TAMBIEN: que en la sección que fuí mandando al Río de los Brazos, desempeñó con el mismo celo la mayoría de órdenes y que en los pasos de los ríos donde las fatigas eran penosas, trabajó con empeño y constancia, y que en la retirada ayudó al comandante de artillería a sacar las piezas que habían quedado en los atolladeros con 57 zapadores que le dejé al efecto; y para que conste donde le convenga, le doy la presente en Matamoros a 17 de agosto de 1836.

AGUSTIN AMAT
(Firmado)

"El Mosquito Mexicano", febrero 21, 1837, tomo III, No. 92, pp. 2, 3 y 4.
"El Mosquito Mexicano", febrero 24, 1837, tomo III, No. 93, pp. 1, 2, 3 y 4.
"El Mosquito Mexicano", febrero 28, 1837, tomo III, No. 94, pp. 2 y 3.

ANEXO Nº 4

DOCUMENTO I

ALAMOS, enero 7 de 1838.

PROCLAMA que el comandante militar del distrito de Baroyeca dirige a su guarnición.

Digitized by Google

SOLDADOS: tengo que anunciaros un suceso plausible. Un ilustre compatriota nuestro, el que en Texas dió días de gloria a la Patria, y supo hacer brillar el honor de nuestras armas, el general Urrea, acaba de desenvainar su espada, siempre victoriosa, para sostener la más justa de las causas, la de la **libertad.** A la cabeza de centenares de valientes, marcha a sostener la opinión, tan abiertamente pronunciada, por la Carta sagrada de 1824. Contando con vuestro valor, contando con vuestra decisión, he solicitado que se nos conceda el honor de hacerlo a la vanguardia. Confiad en que nos conducirá de nuevo a la victoria, el que nos ha conducido a ella tantas veces.

Compañeros: todos sois mexicanos, interesados en el bien y prosperidad de la Patria común. Una dolorosa experiencia nos ha hecho conocer que el sistema federal, es el que más conviene a la gran extensión de la República, a su variedad de climas y costumbres. El actual compuesto de partes heterogéneas, es monstruoso, se sostiene solamente por el capricho; no por el convencimiento y la utilidad. En él hemos perdido los derechos que mutuamente nos acordamos al constituirnos en entera libertad, sin el estrépito de lar armas. Olvidémonos de nuestros pasados errores, y unidos de buena fe, marchemos por el camino del honor a destruir de un solo golpe el edificio de las preocupaciones, la obra de la apolillada oligarquía... Marchemos a edificar el templo de la tolerancia, sin el cual no puede marchar la libertad.

Mis amigos: nuestra causa es la del siglo: Volved los ojos hacia la antigua Europa, y veréis marchando por esta senda aun las más ancianas monarquías. ¿La dejaremos nosotros que nos decimos republicanos? No, muramos antes; glorioso es morir por la libertad, e ignominioso vivir en la molicie, degradados con la esclavitud. Bajo los auspicios de la disciplina, arrostraremos, si fuere necesario, todos los peligros, todas las privaciones, en las cuales os dará el ejemplo, que es la voz más imperiosa de mando, el último de vuestros compañeros.

¡Viva la libertad! ¡Vivan los Estados Unidos Mexicanos! ¡Viva el general Urrea!

J. ENRIQUE DE LA PEÑA.

DOCUMENTO II

ACTA del Pronunciamiento de la Guarnición de la Ciudad de Alamos.

En la ciudad de Alamos, a los siete días del mes de enero de mil ochocientos treinta y ocho, reunidos a la diez de la noche en la habitación del teniente coronel de ejército, D. José Enrique de la Peña, comandante militar del distrito de Baroyeca, los señores oficiales existentes en la guarnición, dicho señor manifestó que los había reunido para tratar sobre un asunto, que justamente debía llamar la atención de todos los buenos mexicanos. Hizo inmediatamente una ligera reseña de todos los males que agobian a la República, de la efervescencia general que en ella existe, y del disgusto con que generalmente

Digitized by Google

todas las clases del estado miraban el actual orden de cosas, siendo pocos los que estaban decididos a sostenerlo, por el convencimiento en que se está de no ser a propósito para hacer la felicidad común, y sí, ser una de las causas principales, que nos están conduciendo precipitadamente a nuestra total destrucción. En seguida expuso las funestas consecuencias a que podría ser arrastrada la Nación, si se dejaba extraviar la opinión, tan abiertamente pronunciada por el restablecimiento de la Carta querida de 1824, por lo que se hacía indispensable darle dirección: que el señor general don José Urrea, arrastrado por su celo ardiente por el bien público, excitado fuertemente de todas partes por multitud de personas respetables, por sus luces, por su representación, por su civismo, y por la influencia que ejercían en la sociedad, se había al fin decidido a ser el piloto que en la actual borrasca nos conduzca al puerto de salvamento.

El señor Peña leyó en alta e inteligible voz, una alocución que el citado señor general ha dirigido a todos los habitantes de la República, proponiéndoles un plan en cuatro artículos, como el más a propósito para su regeneración política, y para desandar el camino de ilegitimidades, en que desde el año de 28 caminamos. Concluída la lectura, dijo que sus compañeros quedaban en entera libertad para adherirse o no al plan que acababa de leer, pues su adhesión debía ser espontáneamente voluntaria, sin que mediase ningún compromiso, ni el más leve temor de persecución, pues que él se preciaba de ser tan tolerante, cuanto quisiera que fuesen todos sus compañeros. Todos los señores oficiales unánimemente manifestaron, que el plan del señor general Urrea estaba muy de acuerdo con sus sentimientos y sus deseos por la felicidad de la Patria: que gustosa y libremente se adherían a él, protestando con la mejor buena fe, cooperar por todos los medios que estuvieren a su alcance para la consecución de tan laudable objeto: que reconocían en dicho señor general un caudillo a propósito para tan ardua empresa, por ser un militar esforzado, intrépido y activo; un patriota sin tacha, que goza de popularidad, por sus buenos servicios, y particularmente por los brillántez que había prestado en la campaña de Texas en que se había conducido con tanto acierto y firmeza; que siendo en fin, un ciudadano tan desinteresado como amante de su patria, inspiraba la confianza suficiente para creer en la sinceridad de sus protestas, y en que las llevará al cabo o sabrá morir con los que voluntariamente quieran seguirle. El señor Peña hizo observar que la íntima amistad, que tenía motivo para saber, unían a S. E. el general Presidente y al general Urrea, no menos que los sinceros deseos del primero para hacer el bien, contribuirán eficazmente a que se llegue a él sin efusión de sangre, como desean la mayoría de los mexicanos.

Manifestados de este modo los sentimientos e ideas de los señores presentes, convinieron, por ser ya tarde, en reunirse al día siguiente para ratificarse en ellos, y redactar esta acta, procediendo antes de retirarse a la elección de un secretario que la autorizace, para lo que salió electo el infrascrito.

Reunidos hoy día de la fecha los mismos individuos, sin presencia de las autoridades del distrito que la noche anterior se dignaron honrar el acto, y

Digitized by Google

rectificados los sentimientos que tenían expresados, convinieron en los artículos siguientes:

1º—La guarnición del distrito de Baroyeca, residente en la ciudad de los Alamos, adopta en todas sus partes, el plan suscrito el día veintiseis del último diciembre, por el señor general don José Urrea, a quien reconoce como general en jefe del ejército federal.

2º—A la mayor brevedad posible se mandará un tanto de esta acta a dicho señor general para su conocimiento, suplicándole encarecidamente en una respetuosa comunicación, que siendo casi unánime el voto de los mexicanos para que no se aumente el número de víctimas inmoladas hasta aquí en la guerra civil, no omita cuantos medios le dicte su prudencia para evitar el derramamiento de sangre; no obstante estar decididos los que suscriben a sellar con la suya sus juramentos.

3º—Que se remita igualmente a dicho señor una copia de la alocución en que se hizo saber a la tropa su pronunciamiento, en el acto mismo de recibirse el extraordinario, manifestándole haberlo secundado con el mayor entusiasmo, vitoreando a la Federación, al Excmo. señor Presidente y a su señoría.

Habiéndose acordado que se diera conocimiento de este paso a las autoridades del distrito y del estado de Sinaloa, para la debida constancia lo firmaron con el comandante militar y el infrascrito secretario.—Alamos, enero 8 de 1838.—José Enrique de la Peña.—Capitán, comandante de la primera compañía urbana.—Francisco Torres.—Teniente de la misma, Carlos Gómez.—Como Capitán de la segunda compañía, Manuel Palomares.—Como Subteniente de la misma, Refugio Zúñiga.—Capitán de caballería, José de la Luz González.—Teniente ayudante de la plaza, Mauricio Echagaray, Secretario.—Es copia.—Alamos, enero 13 de 1838.—Echagaray.

Publicado en "El Cosmopolita", Tomo III, Nº 22, pág. 3, con fecha 21 de febrero de 1838.

ANEXO Nº 5

Ligera impugnación de las comunicaciones del general Santa Anna, de 17, 18 y 29 de enero (1839, en los que injuria al general Urrea. (Fragmento).

Sería nunca acabar si nos propusiéramos combatir la falsedad de todos los conceptos que hay en las comunicaciones del general Santa Anna y una por una las exclamaciones que hace para concitar el odio nacional contra el señor Urrea. Si se declamara contra el hombre a quien la envidia le condujo a hacer la guerra al ilustre Iturbide, sacrificando centenares de mexicanos y al genio que habría hecho la felicidad de nuestra patria; contra el que en 1828 aumentó el número de víctimas y fué causa de que se deshonrara la nación con el escandaloso saqueo de la capital, por solo el capricho de que no fuera Presidente

Digitized by Google

aquel a quien eligió la mayoría de los Estados; contra el que en 1832 hizo correr a torrentes la sangre mexicana en los campos de Tolome, del Gallinero, San Agustín del Palmar, Puebla, Casas Blancas, San Lorenzo, Posadas y otros para colocar en la silla presidencial al mismo a quien quitó en 1828, llevando al sepulcro a muchos compatriotas, arruinando a la República y sepultando en la miseria y la orfandad a innumerables familias. Si se declamara contra un hombre que ha fomentado todos los partidos, que ha desmoralizado el ejército y sido el principal corifeo de las revoluciones que han ensangrentado nuestro suelo y sumídolo en la desventura: si se declamara contra el que hoy en pro de unos principios y mañana en contra ha impulsado a la lucha a unos mexicanos contra otros; contra el que en 1833 y 1834 sacrificó en Guanajuato y otros puntos la parte más florida de nuestro ejército, para combatir al centralismo que éste proclamó, y al año siguiente condujo al mismo ejército para exterminar a los pueblos y establecer ese sistema que un año antes había combatido. Si se declamara, repetimos, contra un hombre que ha causado (y nadie se atreverá a negarlo), inmensos, incalculables males a la Patria; contra un hombre que ha inmolado innumerables víctimas defendiendo el sistema que la Nación se dió en medio de la calma y después causó nuevos estragos para destruir ese sistema que en once años había echado grandes raíces y creado muchos intereses, la declamación sería fundada. En efecto, el general Santa Anna que hizo verter la sangre en Puebla, San Luis y Zacatecas, para reducir a este Estado de la opulencia a la nulidad, y todos los que coadyuvaron a sus miras, para convertir a la Nación en el esqueleto en que hoy la vemos, cometieron una gran torpeza y son los responsables de las matanzas de mexicanos que han seguido a ese desacierto y de la situación lastimosa en que hoy se haya la República, porque sembraron cuando menos el árbol de la discordia. ¿Qué era antes Zacatecas? sino un cuerpo lleno de vida y de robustez, y que es hoy, sino un cadáver. A esa torpeza, a esa política miserable se debe la pérdida del bello y rico territorio de Texas y la guerra extranjera e intestina que hoy aumenta las calamidades públicas. ¿Quién será tan ciego, tan parcial que niegue lo que ha acreditado la experiencia? Más si alguno lo dudase, si alguno no estuviese convencido que el Ministerio de aquélla época y el general Santa Anna no supieron dirigir la campaña de Texas, que no dieron un paso que no fuera un error; que éste y el general Filisola comprometieron el decoro nacional y mancillaron el honor de las armas; el que quiera saber, decimos, las grandes faltas que cometieron el actual Ministro de la Guerra y el general Santa Anna en aquella fatal campaña, sus maldades e inauditas atrocidades, **que se comprometa a costear la impresión de su historia formada por un testigo ocular.** Ella fué escrita con el objeto de vindicar el honor de la Nación y del ejército, en el mismo teatro y con presencia de los hechos: su autor los refiere con exactitud y se le debe juzgar imparcial, porque ningún interés ha tenido en desfigurarlos, como lo han hecho los que han escrito, como el general Santa Anna, con el objeto de justificarse.

En la parte expositiva se demuestra que la guerra pudo y debió evitarse:

Digitized by Google

que una vez resuelta el Ministerio no supo asegurarse de que el gabinete de Washington no prestaría su protección al enemigo, que ignoró la clase de guerra que iba a hacerse, que no acertó a preparar los elementos que debían conducir a la victoria y que fué vicioso el plan de campaña en todas sus partes: que fué errónea la dirección que se dió a las fuerzas y falsas la mayor parte de las operaciones. Dicha campaña lejos de haber agravado el tesoro debió, a la manera de la de Italia, haber aumentado sus ingresos con cantidades considerables, pero ni el director, ni el ejecutor de ella conocían lo que valía Texas, ni supieron aprovechar los tesoros que encerraba. En más de diez millones evaluaron su pérdida los texanos, y aun suponiendo que sea exagerado este cálculo es indudable que nadie utilizó las riquezas que contenía entonces aquel territorio.

Se demuestra también que a pesar de la mala organización que se dió al ejército y de la falta de recursos de toda especie con que se le lanzó en aquellos desiertos, pudo obtener el triunfo sin los muchos errores que cometió su jefe, que ni siquiera tuvo tino para emplear a sus tenientes en lo que cada uno era útil: que la conducta de éste fué impolítica y sanguinaria mientras lo creyó seguro, y muy débil e indigna del papel que representaba la que tuvo en la desgracia, pues por el interés de salvar su vida suscribió a un convenio ignominioso, que el general Filisola tuvo la debilidad de ratificar y llevar a efecto en todo lo que nos era adverso, consumando así el oprobio de la Nación y la pérdida de aquella vasta región. Se demuestra igualmente que la retirada que hizo este general a consecuencia de ese vergonzoso convenio, fué indebida, muy indecorosa y más parecida a una fuga que a un movimiento retrógrado. En el mismo teatro se dan razones fundadas para que una vez efectuada no se volviera a recuperar en nuevo tiempo aquel importante territorio. En efecto los que conocían que el Gobierno habiendo apurado todos sus recursos había dejado la primera expedición a medias ¿cómo podían prometerse que llevara al cabo una segunda, para la que se necesitaba hacer mayores sacrificios? Por qué se extraña, pues, que una Nación guerrera y poderosa nos traiga la guerra después de haber visto que un puñado de hombres sin táctica, ni disciplina, hizo sucumbir a nuestro ejército y encadenó al general a quien se ha dado más fama? La conducta de la Francia es consiguiente a la que siguió el Gobierno en aquella malhadada campaña y a las debilidades y torpezas de los generales Santa Anna y Filisola: ellos y solamente ellos tienen la culpa de que hoy se nos traiga una nueva guerra. Si el honor de nuestras armas hubiera quedado bien puesto en Texas, a buen seguro que el Barón Deffaudis no se hubiera atrevido a insultarnos. ¿Ni cómo y sea esto dicho de paso, que el que no tuvo tino para dirigir aquella, nos saque airosos en otra de más importancia? Nosotros olvidándonos de las muchas inconsecuencias del señor Tornel, en prueba de imparcialidad, confesamos que posee talento, amabilidad, y que está adornado de algunas buenas cualidades, como su locuacidad y acción teatral en la oratoria, en que agrada como un buen cómico en el foro; pero no lo juzgamos idoneo para dirigir los asuntos de la guerra en tiempo de ella. Quién como él se ha

Digitized by Google

elevado a la clase de general sin haber pasado por las clases inferiores, sin haber practicado su profesión, ni visto jamás el aspecto horrible de un campo de batalla, no puede conocer las necesidades del soldado en campaña, no sabrá apreciar sus sacrificios "templar bien los resortes de los castigos y recompensas", ni elegir los jefes que lo hayan de conducir mejor al peligro.

La historia de que vamos hablando es curiosa porque en la parte descriptiva se da a conocer la importancia de aquella deliciosa región, así por la feracidad de su terreno, salubridad de su clima, como por su situación geográfica, pues ninguna parte de la República tiene los canales de comunicación que ella con el océano. Su autor se proponía a la vez estimular a los mexicanos a ir a buscar su subsistencia, una vida tranquila y aun a enriquecerse en poco tiempo, y al Gobierno a que no omitiera sacrificio para recuperar el honor y llevar a efecto la reconquista, pues ningún esfuerzo, ningún sacrificio será grande para conseguirlo. Ojalá y se hubieran impendido en este noble objeto los muchos que se han hecho para inmolar mexicanos. En dicha obrita se refieren en fin las sensaciones del ejército, en medio de sus padecimientos y de los cuadros pintorescos de una naturaleza bella y animada, las emulaciones y rivalidades de los generales, así como las futuras aspiraciones de su jefe. Quizá hoy aspira a subir a la altura a que entonces no pudo llegar, por haberse roto el andamio en los campos de San Jacinto.

Dice el general Santa Anna en su primera comunicación, que al ver la contestación que el señor Urrea dió al Contralmirante francés **se avergonzó, se sorprendió y se llenó de indignación.** Admira, sorprende y causa indignación este lenguaje en un hombre, que si bien es verdad que ha hecho servicios importantes a la Patria, como el de Tampico y el hecho últimamente en Veracruz, también lo es que su carrera está llena de manchas. El debió haberse avergonzado e indignado de haber suscrito al convenio de San Jacinto, de que hemos hecho mención, y al secreto que firmó después, disponiendo a su antojo de la suerte de la República, como si fuera el árbitro de ella; de haber mendigado su salvación con bajeza, de haber dado las gracias a los texanos en un lenguaje degradante porque no usaron con él de la represalia, a que se había hecho acreedor por haberlos asesinado sin piedad. Debió haberse avergonzado de la humillación con que solicitó la protección del gabinete de Washington, de haber procurado traer sobre su patria una intervención extranjera de que nos libramos merced a la circunspección de aquel gobierno; debió haberse avergonzado de presentarse en espectáculo en aquella ilustrada nación y de haber denigrado la investidura que entonces tenía, yendo hasta la capital para consumar el crimen de que se le acusó con fundamento, y de que sólo en nuestro país pudo quedar impune, sin que al menos se examinara en un juicio su conducta, porque las leyes que castigan sólo se aplican al débil. Si entonces no fué traidor el general Santa Anna no existe este crimen, y si no lo fué así ¿por qué el actual Ministro de la Guerra libró órdenes para que no se le entregara el mando del ejército aún cuando se presentara en él, y expidió circulares protestando que el Gobierno no reconocería ningún convenio que fuera celebrado por su Primer

Digitized by Google

Magistrado? Si su vituperable conducta en Texas no le concitó la animadversión nacional ¿por qué contra su carácter inquieto se ha mantenido oculto en un rincón de su hacienda, manifestando temores del Gobierno, hasta que la toma de Ulúa y capitulación de Veracruz vinieron a favorecerlo?

Si en los países cultos se nos apellida salvajes y asesinos, ninguno más que el general Santa Anna ha dado margen a ello. En el Alamo mandó asesinar a unos cuantos desgraciados que habían sobrevivido a la catástrofe, y a quienes el general Castrillón presentó implorando su piedad. Entre ellos había un hombre que pertenecía a las ciencias naturales, cuyo amor le había conducido a Texas, y que se encerró en el Alamo no creyéndose seguro, por su calidad de extranjero, cuando el general Santa Anna sorprendió a Béjar. Tres órdenes firmó Su Excelencia a sangre fría para que en Goliad se hiciera una horrible carnicería y no contento con ésto mandó a uno de sus edecanes que la presenciara, porque tal era la sed de sangre que lo devoraba. Cuatrocientos veintisiete hombres, entre ellos unos cuantos científicos, muchos artesanos útiles y algunos inocentes fueron asesinados el Domingo de Ramos de 1836, de un modo tan cruel, tan inhumano que la pluma se resiste a escribirlo, sin embargo de que se ha descrito la escena con todos sus horrendos colores, en el mismo teatro en que se representó.

El general Santa Anna, que siempre ha inculcado las leyes y despreciádolas cuando ha convenido a sus miras, creyó de ver respetar (tal ha sido su disculpa) el decreto salvaje, porque no merece otro título, que el señor Tornel expidió en 30 de noviembre de 1835, declarando piratas a los colonos de Texas, cuando éstos gozaban de los derechos de los mexicanos y había muchos de éstos entre ellos, pero aún concediendo que el Gobierno tuvo facultad para expedir un tal decreto, para practicar un acto contrario a la política, a la conveniencia, para ejecutar una acción que repugnaban el derecho de guerra, la humanidad y el siglo en que vivimos, debió preceder al menos la identidad de las personas. No se preocupó de ello el general Santa Anna y entre esos prisioneros, que todos habían sido hecho por el general Urrea, fueron comprendidos 79 que tres o cuatro días antes se le habían presentado en Guadalupe Victoria sin tirar un tiro, y varios irlandeses de la colonia de San Patricio, muy decididos por la causa de los mexicanos y que los demás colonos tenían forzados. Se incomodó mucho el general Santa Anna cuando el capitán don Manuel Sabariego le informó que se habían exceptuado de la matanza general ochenta y dos aventureros que sin tirar un tiro fueron aprehendidos en el Puerto del Cópano, por una sección de la división del señor Urrea. ¡Heroico Fannin, noble Ward, la barbarie con que fuisteis inmolados ha sido demasiado vengada...! ¿Qué juicio, pues, se habrán formado de los mexicanos en las demás naciones al saberse estos atentados contra la humanidad, si aun se tienen **ideas de moral**? Sin duda se habrán **horrorizado de este modo infame de hacer la guerra**, por quien tiene la desvergüenza de llamar bárbaros a los demás.

Mientras el general Urrea se cubría de gloria en Texas, más por las acciones generosas y humanas que le concitaron la admiración y respeto del enemigo,

Digitized by Google

que por la brillantez de sus victorias, el general Santa Anna no hacía, como hemos dicho, más de sacrificar nuestros soldados en el Alamo, sin necesidad, mandar ejecutar asesinatos inútiles, concitarse el odio del ejército y aún el de su familia militar, deshonrarlo y consumar sus desaciertos dejándose sorprender de una chusma de hombres armados, aunque valientes. No pudiendo menos que confesar los importantes servicios que aquél prestó, se habrá resentido porque no permitió que se manchara su nombre con la fea nota de inhumano, porque se defendió en un manifiesto al público de la odiosidad que se quiso hacer recaer sobre él. Sabemos que el señor Urrea lo hizo á más no poder, por no legar a su familia una memoria deshonrosa, que estima personalmente al general Santa Anna, que sintió vivamente su desgracia de San Jacinto, pues en aquella ocasión habría dado su vida por salvar la suya, mientras se alegraron de ella los hombres a quienes hoy inciensa este general. Mas el general Santa Anna no ha sabido distinguir nunca a sus verdaderos amigos y hoy hace partícipe al señor Urrea del odio que profesa a los señores Caro y Mejía, por motivos que es inútil referir.

. . . . . .

Ya hemos dicho que en el Alamo sacrificó el general Santa Anna, sin necesidad, muchos soldados, y si se nos exigiera referiremos todos los pormenores que comprueban nuestro acerto, pues que por ser reciente el hecho aún hay muchos testigos. Más para nuestro objeto de probar que en nada aprecia la sangre del soldado, pues nunca ha puesto medios para economizarla, como no la economizó en Tampico, baste decir: que teniendo artillería con qué abrir brecha y habiendo podido tomar aquel fuerte con pérdida de cuarenta o cincuenta hombres (y aún sin ninguna, pues que el general Santa Anna no ignoró que sus defensores iban a rendirse el día que fueron atacados), dió un asalto contra todas las reglas del arte y en el mayor desorden. Aunque, como se sabe, nuestros soldados se apoderaron del punto, tal triunfo se refutó por todas las clases del ejército justamente como una derrota, porque tuvimos la baja de 27 oficiales y 311 hombres de tropa, cuyos heridos casi todos perecieron por falta de cirujanos, medicinas y alimentos, a la vez que el Ministro del ramo aseguraba que sólo la ópera italiana faltaba al ejército de Texas. Si las maldiciones mataran, el señor Tornel no viviría con las muchas que con sobrada razón le echaron entonces desde los generales hasta el último soldado.

. . . . . .

Nuestra pérdida en el Alamo fué mayor en más de un tercio a la del enemigo, pues aunque el general Santa Anna dijo en su parte que éste había tenido más de seiscientos muertos, engañó al Gobierno y a la nación, quizá para disculpar su falta o dar más importancia al hecho, como en efecto lo consiguió. Según la declaración de un negro, único hombre que sobrevivió, la de unas mujeres que se encontraron allí y los documentos que se extrajeron de los muertos, 182 hombres era toda la guarnición de aquel punto y según los que contaron los cadáveres al tiempo de formarse una pira con ellos, 253 fué el número mayor a que los hicieron ascender. El que entonces engañó y ha engañado

Digitized by Google

tantas veces no tiene derecho a ser creído. ¿Por qué se ha de ofender de que ponga en duda, cuando menos, la mitad de lo que ha dicho en su parte sobre la acción del día cinco? Se nos dirá que sus honrosas heridas y el honor nacional deben imponer silencio a todo buen mexicano, para no hacer críticas imprudentes; pero contestaremos desde ahora que por consideración a lo primero habíamos callado hasta que se nos provocó; que el honor nacional no ha de sostenerse con imposturas sino con el desprendimiento de pasiones ruínes, con rectitud y firmeza y que es útil que los hombres que influyen en los destinos de la Patria oigan la verdad, porque el lenguaje de la adulación no es el que más les conviene.

.....

COMPATRIOTAS todos, cualquiera que sea vuestra bandera, en nombre de la humanidad, en nombre de la libertad, por vuestro honor, por vuestra propia gloria, por vuestros inocentes hijos, por vuestras caras esposas, por los hechizos de vuestras amantes que enardecen vuestro amor, escuchad los lamentos de la Patria, que a todos es querida, escuchad sus gemidos penetrantes y reuníos a su derredor para enjugar sus lágrimas, concurrid todos a cicatrizar sus profundas y lastimosas heridas: no más venganzas. Unión prediquen los hombres de todas las comuniones, de todos los colores: unión sea la primera palabra que pronuncien los niños: unión aconsejen las bellas a sus amantes: unión aconsejen todas las mujeres y los ancianos; pero el que no quiera merecer el título de **bárbaro homicida** que no siga las huellas de los que la proclaman, como Mahoma instituyó su religión con espada en mano y lanza en ristre, porque no la quieren ni son amigos de la Patria, ni de la humanidad. **Unión, Libertad e Independencia sea de hoy en más nuestra divisa.** Jurémoslo por esa Patria idolatrada, por los manes de sus mártires y por el honor, que es el juramento más solemne que podemos hacer; cumplámoslo y muramos bajo el escudo que lleve ese lema. Tal es la resolución de un **Jalisciense** admirador de los hombres heroicos de la antigüedad (que ojalá y pudiera imitar) y particularmente de aquel ilustre español bajo cuyo nombre se toma la libertad de encubrir hoy el suyo, para que se escuche la razón y no se atienda a la persona que la da. El que se contrae a hechos, el que para decir la verdad no necesita apelar al sofisma, ni a la impostura, no siente latir su corazón al desafiar el poder de los tiranos. Si alguno juzgase erróneos nuestros conceptos (pues que los hechos son evidentes) y se tomase la molestia de combatirlos para convencernos de nuestro error y no para adular al fuerte, le suplicamos no olvide que los dicterios no son razones y que los insultos ofenden más al que los vierte que aquel a quien se dirigen. Así lo cree el último de los mexicanos.

SCIPION.

Digitized by Google

ANEXO Nº 6

EXTRACTO DE ORDENES GENERALES DEL EJERCITO DE OPERACIONES SOBRE TEXAS

A) La orden del 18 de diciembre de 835 en San Luis Potosí arreglaba este ejército.

La primera división al mando del general Sesma, la componían los batallones Matamoros, Jiménez y activo de San Luis Potosí: el regimiento de Dolores y ocho piezas de artillería.

La segunda división la componían los batallones de Guerrero, Aldama y los activos primero de México, Toluca, Guadalajara, auxiliares de Guanajuato, Zapadores, el regimiento Tampico, activo de Guanajuato, de los auxiliares del Bajío y de las Tamaulipas y doce piezas de artillería. Se dividía en dos brigadas, la primera al mando del general Gaona, la componían los batallones Aldama, Toluca, Querétaro y el ligero de auxiliares de Guanajuato. La segunda al mando del general Tolsa, la componían Guerrero, activo de México, de Guadalajara y Tres Villas; Zapadores parte al cuartel general.

El regimiento permanente de Tampico, Activo de Guanajuato y auxiliares del Bajío formaban una brigada de caballería al mando del general Andrade. El mayor general lo era el señor general don Juan Arago, el de igual clase don Adrián Woll, cuartel maestre general. El comandante general de artillería era don Pedro Ampudia y el de ingenieros don Luis Tola, que se reunió al ejército en fines de mayo de 1836. Don José Reyes López era comisario general y don Ricardo Dromundo proveedor. En ella se leía entre otras cosas el párrafo siguiente: S. E. el general en jefe recomienda muy particularmente al celo de los señores generales y jefes de los cuerpos que el armamento esté en buen estado: que los infantes se provean todos de mochilas, dos mudas de ropa, de capotes, calzado de reserva, cantimploras y de platos. Que los cuerpos de caballería estén montados del mejor modo posible y que sus jefes procuren tener remonta que irán situando con anticipación en buenos agostaderos.

S. E. encargaba mayor exactitud en el servicio estando bien persuadido que es innecesaria toda prevención dirigida a inflamar el ardor de las tropas para una campaña en que está interesado el honor nacional y en la que la patria no tendrá que derramar lágrimas sobre los triunfos conseguidos por el ejército.

La primera brigada salió del cuartel general el 22 de diciembre, con dirección a Leona Vicario, llevando consigo dos piezas de 12, dos de 6 y dos obuses, 100 cajones de cartuchos de fusil, mil piedras de chispa, las municiones

Digitized by Google

de las piezas citadas, una fragua de campaña, un carro surtido, dos herreros y dos carpinteros y una compañía de artillería con sus correspondientes oficiales. En la revista de armas que se mandó pasar a esta brigada el día 21 se recomendaba mucho que el soldado tuviera un par de zapatos y otro de cacles de reserva.

El 24 del mismo emprendió su marcha la segunda brigada yendo con ella el batallón de zapadores y las seis piezas restantes con todo lo que le pertenecía y en la orden general se hicieron las mismas prevenciones que para la primera. El 26 del mismo emprendió su marcha la brigada de caballería.

B) En la orden general de la segunda brigada del 1º al 2 de enero de 836, se leía lo siguiente: "Habiéndose aprehendido un desertor del batallón Toluca sigue preso con toda seguridad para que sea fusilado en la brigada a donde corresponde, dando cumplimiento a la orden del E. S. Presidente en que previene que todo individuo que cometa semejante crimen se le aplique la pena de muerte. Lo que se comunica en esta orden para que le sea leída y entendida a todos los individuos que componen esta brigada, para que no aleguen ignorancia.

C) En la orden general del ejército del Saltillo, del 8 al 9 de enero de 836, se daba a reconocer como cirujano del ejército a don José Reyes, que debía disfrutar los emolumentos que a los de los cuerpos concede el reglamento. En la misma se inserta una comunicación del Gobierno, de fecha 30 de diciembre de 835, relativa a las noticias que se le comunicaban de que en los Estados Unidos se hacían aprestos de guerra para auxiliar con toda clase de recursos a los tejanos, paro lo que se decía que había juntas públicas con el objeto de armar expediciones. Se decía igualmente de que estos actos eran reprobados por el gobierno de aquella nación con quien se estaba en la mejor inteligencia y armonía. Se solicitará esta orden para ver las providencias que en ella se dictaron, por estar inteligible el libro.

D) La orden general de 13 al 14, prevenía a la segunda brigada a tener al siguiente dia ejercicio de línea en unión de las piezas que le pertenecían.

E) En la orden general del 15 al 16 se lee lo siguiente: "El E. S. general en jefe ha dispuesto que todos los sargentos de segunda clase pertenecientes a los batallones activos que concurrieron a la memorable jornada de Zacatecas y con sus servicios se hicieron acreedores a la gratitud nacional y a la recompensa con que el Supremo Gobierno quiso premiarlos, usen la distinción de sargentos primeros de milicias, no hay escala para de sargentos de segunda clase a esta, este distintivo no alterará a aquél, porque lo es de honor que no imprime carácter ni antigüedad, puesto que estos están sujetos a su reglamento primitivo.

F) Del 17 al 18 llegó al Saltillo el general Arago y el 6 del mismo enero lo hizo Santa Anna.

G) La orden general del 22 acabó de organizar el ejército, que el 26 continuó su marcha para Monclova, saliendo este día la primera brigada y el batallón de Zapadores; el 28 la segunda y el 30 la de caballería, recibiendo de

Digitized by Google

la mayoría general el itinerario que debían seguir, quedando los jefes de ella en libertad de modificarlo según lo exigieran las circunstancias. Esta orden prevenía que los jefes llevasen sus respectivos depósitos. Establecía un hospital militar para los enfermos que no podían continuar y debían seguir al ejército según se fuesen restableciendo. Se ordenaba que esta brigada llevase un mes de víveres al cargo y responsabilidad de un proveedor particular, que debía ser auxiliado por un sargento de cada cuerpo. Se decía en esta orden que los generales, jefes y oficiales tendrían derecho a al gratificación de campaña para percibirla cuando las circunstancias lo permitieran en virtud de la cual se les prevenía se proveyesen con su paga de los víveres necesarios.

H) La orden general del 23 arreglaba los pormenores que debían preceder a la gran parada que tuvo lugar al día siguiente, mandada por el general en jefe que con la prosapia de su Estado Mayor contribuyó a realzar más esta brillante revista. Se ha dicho que formaron cerca de 5,000 hombres.

I) El día 2 de febrero llegó a Monclova la primera brigada y sucesivamente lo hicieron las dos restantes. Del 4 al 5 llegó Santa Anna.

J) Orden general del 6 al 7.—El día 8 comenzó a salir el ejército para Béjar, emprendiendo su marcha este día la primera brigada; el 11 la segunda y el 13 la de caballería. Como debían llevar un mes de víveres se mandaba al proveedor general que les completase los que habían consumido de Leona Vicario a Monclova. Esta orden prevenía que el batallón de Morelos procedente de Béjar, fuera agregado a la segunda brigada y que una pieza de a 4 venida del mismo punto con todos sus enseres y municiones se uniese a la artillería del ejército. A cada brigada de infantería se destinaba un sargento y 10 soldados de las compañías presidiales, para que cuidasen de todas las bestias de ellas. Todos los enfermos debían quedar en un hospital provisional hecho en esta ciudad.

K) En la orden general del 22 al 23 de la primera brigada, se dió la siguiente proclama: El general en jefe al ejército de operaciones de su mando: Compañeros de armas: nuestros más sagrados deberes nos conducen a estos desiertos y precisan el combate contra una chusma de aventureros desgraciados a quienes nuestras autoridades incautamente han prodigado beneficios que no alcanzaron los mexicanos, apropiándose de este fértil y dilatado departamento, persuadidos de que nuestras desgraciadas disenciones nos habían imposibilitado a la defensa del suelo patrio. ¡Miserables! ¡pronto van a conocer su insensatez!

Soldados: nuestros camaradas han sido sacrificados en Anáhuac, Goliad y Béjar y vosotros sois los destinados al escarmiento de los asesinos.

Mis amigos: marcharemos hasta donde lo exijan los intereses de la nación a quien servimos. Los pretendientes a acres en Texas sabrán bien a su pesar que sus auxilios de Nueva Orleans, Mobila, Boston y Nueva York y otros puntos del Norte, de donde nunca debieron salir, son insignificantes y que los mexicanos, generosos por naturaleza, no dejan impunes ultrajes que resultan en perjuicio y descrédito de la patria, sean quienes fueren los agresores.

Digitized by Google

Campo del río de las Nueces, febrero 17 de 1836.—ANTONIO LOPEZ DE SANTA ANNA.

L) En la orden general del 3 de marzo, se dió el parte del general Urrea, fechado en San Patricio el 27 de febrero, sobre haber atacado en este día al enemigo y hécholes 216 muertos y 22 prisioneros. Entre estos 5 mexicanos. La misma orden precisa a los generales y jefes de cuerpos, que al toque de retreta se hallaren en casa del general en jefe.

M) El día 4 hubo una junta de guerra en la que nada se acordó, después de haberse tratado del asalto del Alamo.

N) En la orden general del 5 se mandaba activar el cumplimiento de la orden reservada que se había dado para ese objeto. El enemigo estaba para rendirse en número de 182. Fué dado fuera de regla el asalto y era innecesario.

O) En la orden general del 7 se dió el parte del señor Urrea, fechado el 3 en San Patricio. Decía que el día 2, entre 10 y 11 de la mañana batió al Dr. Grant y Mayor Morris, con sólo 80 dragones, haciéndoles 42 muertos y seis prisioneros, siendo los cabecillas del número de los primeros.

P) El día 8 entró el general Gaona con el resto de la primera brigada, a que se incorporaron los cuerpos que le pertenecían y se habían adelantado para el asalto.

Q) La orden general de 9 prevenía la marcha de dos secciones para Austin y Goliad al día siguiente sin falta alguna, pero no marcharon hasta el día 11. La primera al mando de Sesma, compuesta de Aldama, Matamoros, Toluca, dos piezas de a 4, con sus correspondientes dotaciones y 100 dragones escogidos de Dolores y Tampico. Esta sección llevaba 50 cajones de cartuchos de fusil y víveres para 15 días. La segunda al mando de Morales, compuesta de Jiménez, San Luis, una pieza de a 12, otra de a 8, un obús y un oficial con 10 dragones de los presidiales. Estas piezas llevaban los artilleros y municiones competentes y además 65 cajones de cartucho de fusil. También llevó víveres para 15 días y como a los cuerpos de la primera sección se prevenía que dejasen sus depósito en Béjar y que solo llevasen lo muy preciso.

R) La orden general del día 10 daba a reconocer por cuartel maestre general a don Antonio Treviño (coronel graduado), comandante sobre este nombramiento.

En este día entró el general Andrade con la caballería y se le daba a reconocer por comandante del Alamo y se hacían varias prevenciones para la sanidad de este punto y su conservación, así como se tomaban otras medidas de policía, pero aunque se daban órdenes no podían cumplirse.

Refiriéndose al Alamo se decía en la orden de este día: "Estando en muy mal estado el puente de comunicación entre esta ciudad y el mencionado edificio, la sección de ingenieros cuidará que pongan en estado más útil dicho puente para facilitar su tránsito". Esta sección estaba reducida a un joven acabado de salir del colegio, etc., etc. Se mandó igualmente demoler los parapetos de la ciudad y cegar las fosas para facilitar el tránsito de ella.

Digitized by Google

El día 11 llegó la segunda brigada, su jefe Tolsa.

S) Orden general del 16 al 17, prevenía que marcharan al día siguiente para la villa de González los batallones Guerrero y primer activo de México, a las órdenes de Tolsa, con víveres para 6 días, 20 cargas de cartucho de fusil (que hacen 40 cajones) y 1000 piedras de chispa, así como 100 dragones con los caballos escogidos por el mismo general de la caballería, según se encargaba en la misma orden. Los oficiales debían llevar lo muy preciso.

Según se había prevenido en la orden del 15, el mismo día 17 marcharon para Goliad, a las órdenes del coronel don Cayetano Monroy, los batallones de Queretaro y Tres Villas, con una pieza de a 12, dejando el primero su depósito.

T) Orden general del 20. "Habiendo sabido S. E. el general en jefe que los habilitados de los cuerpos y piquetes del ejército han recibido a dos reales por plaza, cuando no debía ser más de un real, previene dicho señor que hoy mismo entreguen a la contaduría el exceso". Amador.—(Era el mayor general del ejército en Béjar, por la enfermedad del señor Arago).

La orden del 20, prevenía el modo con que habían de hacerse las honras del Presidente, cuya muerte se anunció este día y se celebraron al siguiente.

U) En la orden general del 21, se daba a reconocer como inspector general del hospital militar, al coronel don Esteban de la Mora, ayudante de S. E. el general en jefe. **Todo el mundo sabe quien era este jefe y si sería a propósito** para este encargo. Se decía igualmente que en lo de adelante para todos los asuntos del servicio diario, se entendieran los jefes y demás individuos del ejército con el general Filisola, por no permitir al primer jefe sus ocupaciones el despacharlas.

V) La orden del 22, prevenía la marcha del general Gaona, con los batallones de Morelos y auxiliares de Guanajuato, 2 piezas de a 4, con sus dotaciones, socorridos por dos meses y con víveres para igual tiempo. Un oficial y 20 soldados de las compañías presidiales de Béjar y del Alamo era toda la caballería. 80 cajones de cartucho de fusil y 1000 piedras de chispa. El único oficial de ingenieros que había recibió también la orden de marchar y de llevar consigo todos los presidiales existentes y la herramienta necesaria para construir fortificaciones y facilitar los pasos de los ríos. En esta orden se daba de baja a don Julián Puente por haberse largado sin licencia. La fuerza dicha efectuó su marcha el día 24 para Nacogdoches.

El día 23 se felicitó al general en jefe por la toma de Goliad y acción del Perdido y se festejó este suceso plausible. Este día habló el general en jefe de la total destrucción de Texas y se extendió sobre la materia.

El 25 se dió orden para la marcha del señor Andrade para el primero de abril y cuya orden se halla en el **Diario.**

La orden del 27 prevenía la marcha de Zapadores y Guadalajara que la verificaron el 29 con un obus, 20 dragones y todos los piquetes de infantería.

Tengo apunte de los víveres que se sacaron en el librito de memorias.

La orden del 19 de abril que se halla en el **Diario** prohibía que se amarraran los becerros.

Digitized by Google

La orden del 21 del mismo prohibía la destrucción del algodón y se hacía cargo a los cuerpos del daño que sus individuos causaran. Se ponía el Batallón de Jalisco a la orden del señor Gaona. Se detallaba un cuartillo de whiskey para cada 16 individuos de tropa, ración miserable cuando había abundante y podía aumentarse sin que causara embriaguez.

La orden del 22 prevenía la marcha después de sabida la desgracia de San Jacinto y el 23 se verificó ésta.

X) La orden del 24, como resultado de la jornada anterior, decía: "Habiendo sabido S. E. el segundo general en jefe, que por la oscuridad de la noche algunas mulas se han apartado de sus atajos y han ocasionado un extravío de cargas que no parecen en poder de sus legítimos dueños, previene que en todo el día de hoy se entreguen en la guardia de prevención de Morelos, las cargas que por la causa referida estén en manos de individuos a quienes no pertenezcan. S. E. no puede esperar en la división de su mando que haya personas capaces de perpetuar el crimen infame del robo, así es que de orden suya se previene que pasado el día de hoy se aplicarán las penas señaladas en los artículos 70, 71 y 72, tratado 8º título 1º de las Ordenanzas del Ejército, a todo individuo que encontrare con baúles, efectos, caballos o mulas que no fueren de su pertenencia y no hubieren entregado al principal, conforme a la presente orden.

Según esta orden se organizaba un batallón de todos los piquetes de infantería a las órdenes del primer ayudante don Mariano García y un escuadrón de los de caballería a las órdenes de don Mariano Valera. Se prevenía a García que diese parte circunstanciado de lo ocurrido cuando iba a reunirse al Presidente.

Se hizo esta proclama: El Segundo jefe del ejército sobre Tejas, a las divisiones que la componen. Mexicanos: Un enemigo cobarde y pérfido ha podido casualmente adquirir ventajas sobre la sección que mandaba personalmente el general Presidente, por el mismo desprecio que aquél le inspiraba, pues de otra manera jamás hubiera ni momentáneamente detenido el valor de los bizarros que la componían. Este pequeño, aunque muy sensible suceso invita a la venganza y aumenta la indignación del ejército mexicano contra el vil enemigo que combate. Soldados, somos fuertes y nos está encomendado el honor de la nación y la venganza de su ilustre hijo el general Santa Anna, ¿Lo dejaremos sin vengar? No, primero morir que cometer tal infamia. Preparémonos pues al combate seguros de la victoria y de que los malvados que han pretendido robar una parte de nuestra patria, sentirán muy mucho el accidental triunfo que han logrado. Vuestro general no duda de los sentimientos de los valientes que manda y él los acompañará siempre en las privaciones y trabajos, así como en el peligro.

Se dió tercera orden en el mismo día para que ya no se formara el batallón de piquetes y se agregaron al primer activo de México, quedando vigente para la caballería.

W) Orden del 25. Se dió nueva organización al ejército. Gaona la primera brigada; Tolsa la segunda; Urrea la reserva (véase el diario de Parrodi). Las proveedurías llegadas hasta ahora marcharán en la misma disposición hasta que

Digitized by Google

se nombre el proveedor general. Un párrafo de esta orden decía así: "Debiendo mañana emprender su marcha el ejército, el orden de ella será el siguiente: a vanguardia dos compañías de la primera brigada, en seguida los carros y todas las cargas de parque, equipajes y proveeduría: después marchará la segunda brigada, a que seguirá la primera, cubriendo la retaguardia la brigada de reserva." Primera, Morelos, Guadalajara y Guanajuato, dos piezas de a 8 y un obús; segunda, Zapadores, primer activo y Queretaro, dos piezas de a 8 y un obús. Reserva: Jiménez y San Luis, toda la caballería y 2 piezas de a 4.

Y) La orden del 26 arreglaba la marcha del modo siguiente: vanguardia el batallón de Zapadores, en seguida la segunda brigada, los carros, equipajes, proveeduría y comisaría y parque; después seguirá la primera brigada, cubriendo la de reserva la retaguardia. Así siguió hasta que se le dió la orden de ir a asegurar el paso del Colorado.

En la orden del 27 se daba noticia de haberse recibido comunicaciones de Santa Anna y se decía que por su orden se participaba a la vez que se mandaban tocar dianas a todos los cuerpos.

En la orden del 28 daba a reconocer a don Cayetano Montoya por mayor general durante la ausencia de Woll.

Z) La orden del 29 previene al siguiente la marcha, y el 30 al emprenderse no pudiendo seguir más de la infantería, se mandó quedaran 20 hombres y dos oficiales de cada cuerpo, a las órdenes de Ampudia por lo que ya se dirá en el Diario.

ANEXO Nº 7

Fuerte Defiance Marzo 14 de 1836. Al coronel A. C. Haton.

La de V. de ayer la recibí bastante tarde: aviso a V. que tan pronto como se reúna una partida de 200 hombres al mando del coronel Ward, y que espero entre 9 y 10 de esta noche, marcharé atropellando obstáculos para Victoria en cumplimiento de las órdenes del general Houston. Por lo tanto si no puede V. adelantarse hasta aquí, me alcanzará en el camino. Traiga V. todo el ganado, caballos, mulas y demás que pueda. Si no somos atacados aquí podemos serlo en el camino. Jamás mancillaremos el honor de las armas de Texas que también han resplandecido en manos de los que valerosamente han caído víctimas voluntarias en defensa de su causa. Remita V. esta noche misma los guayines y bagages que le he pedido pues deseo marchar o a lo menos estar pronto para verificarlo. Permanezca V. firme en los principios que nos han traído a Texas. Nuestro grito de guerra sea: Texas y libertad: morir o vencer: Travis y su res-

Digitized by Google

cate. Con esto cumplo con las órdenes del general Houston, pero en tan críticas circunstancias y para el mejor acierto pido a V. su ayuda y cooperación. Me repito muy de veras y muy a la carrera su muy atento.—W. Fannin.

ANEXO Nº 8

EJERCITO DE OPERACIONES

Orden general del día 5 de marzo de 836, a las dos de la tarde. Reservada para los generales, jefes de secciones y comandantes de cuerpo.

Siendo necesario obrar decididamente sobre los enemigos que defienden la fortaleza del Alamo, ha dispuesto el Excmo. Sr. general en jefe, que para mañana a las cuatro de ella queden situadas las columnas de ataque a tiro de fusil de los primeros atrincheramientos, para emprender el asalto, que ha de verificarse a la señal que mandará hacer S. E. con una corneta, desde la batería del Norte.

La primera columna la mandará el general D. Martín Perfecto Cos, y en su defecto será mandada por mí.

El batallón permanente de Aldama, excepto la compañía de granaderos, y las tres primeras compañías del activo de San Luis, compondrán esta primera columna.

La segunda la mandará el Sr. coronel D. Francisco Duque, y en su defecto el general D. Manuel Fernández Castrillón.

El batallón activo de Toluca, excepto la compañía de granaderos, compondrá esta segunda columna, y las tres restantes compañías de fusileros del activo de San Luis.

La tercera parte la mandará el Sr. coronel D. José María Romero, y en su defecto el Sr. Coronel D. Mariano Salas.

Las compañías de fusileros en toda su fuerza de los batallones permanentes de Matamoros y Jiménez, compondrán esta columna.

La cuarta la mandará el Sr. coronel D. Juan Morales, y en su defecto el Sr. coronel D. José Miñón.

La compondrán las compañías de cazadores de los batallones permanentes Matamoros, Jiménez y activo de San Luis.

Los lugares por donde deben atacar dichas columnas, los designará el general en jefe oportunamente, y entonces recibirán los jefes sus instrucciones.

La reserva la compondrá el batallón de Zapadores, y las cinco compañías de granaderos de los batallones permanentes Matamoros, Jiménez y Aldama, y las de los activos de Toluca y San Luis.

Digitized by Google

Esta reserva será mandada por el mismo general en jefe en el momento del ataque; pero la reunión de estas fuerzas la verificará el Sr. coronel D. Agustín Amat, a cuyas órdenes quedarán desde esta tarde, para conducirlas a donde también se le designará.

La primera columna llevará diez escalas, dos barretas y dos hachas; igual número la segunda, seis la tercera, y dos la cuarta.

Los individuos que conduzcan las escalas, pondrán el fusil a la espalda, para que enteramente se ocupen de situarlas donde fuesen necesarias.

Las compañías de granaderos y cazadores irán municionadas a seis paradas por plaza, y a cuatro las de fusileros, y dos piedras de reserva. Estos no llevarán capotes, frazadas ni cosa alguna que les impida maniobrar con rapidez, y en el día quedarán todos los morriones con barbiquejos, de lo que cuidarán mucho los comandantes de los cuerpos; así como de que vaya la tropa calzada, con zapato o cacle. Las tropas que deben componer las columnas de ataque, se acostarán a dormir a la oración de la noche, pues a las doce de ella han de empezar a hacer sus movimientos.

Los reclutas que no estén bien expertos, quedarán en los cuarteles. El armamento deberá ir en el mejor estado, particularmente las bayonetas.

Luego que salga la luna, se retirarán a su cuartel los fusileros del activo de San Luis, abandonando los puntos que cubren en la línea, para que tengan tiempo de alistar sus cosas.

La caballería, a las órdenes del general D. Joaquín Ramírez y Sesma, ocupará la Alameda, y a las tres de la mañana ensillará. Su objeto será vigilar el campo para no dejar escapar al que lo intente.

Interesándose, como se interesa, el honor de la nación y del ejército en esta lid, contra los osados extranjeros que tenemos al frente, espera S. E. el general en jefe, que cada individuo llenará sus deberes, haciendo esfuerzos para contribuir a dar un día de gloria a la Patria y de satisfacción al Supremo Gobierno, que sabrá recompensar las acciones distinguidas de los valientes que componen el ejército de operaciones.

JUAN VALENTIN AMADOR.

Es copia que certifico.—Béjar, 6 de Marzo de 1836. RAMON MARTINEZ CARO, secretario.

ANEXO Nº 9

FINAL DEL PARTE RENDIDO POR EL GENERAL EN JEFE DEL EJERCITO DE OPERACIONES SOBRE TEXAS, DON ANTONIO LOPEZ DE SANTA ANNA, el 6 de marzo de 1836.

Digitized by Google

"Quedó en fin la fortaleza en nuestro poder con su artillería, parque, etc., sepultados entre sus fosos y atrincheramientos más de 600 cadáveres, todos extranjeros, y en las inmediaciones un crecido número, que no se ha podido examinar, y que queriendo escapar de las bayonetas de la infantería, fueron a caer bajo los sables de la caballería, que hice situar en paraje a propósito. Puedo, pues, asegurar, que muy pocos habrán ido a noticiar el suceso a sus compañeros.

"Entre dichos cadáveres se encuentran el primero y segundo jefe de los enemigos: Bowie y Travis, coroneles que se titulaban, el de igual graduación Crockett y todos los demás oficiales que portaban despachos de la convención. Por nuestra parte ha habido como 70 muertos y 300 heridos, contándose entre unos y otros, dos jefes y veintitrés oficiales, cuya pérdida la hace menos sensible la justa causa que se sostiene; pues es un deber del militar mexicano morir en defensa de los derechos de la nación, y todos se hallaban dispuestos por tan caros objetos a cualquier sacrificio, sin permitir jamás que extranjeros, sea cual fuese su procedencia, insulten a la patria y cercenen su territorio."

ESTADO DE NUESTROS MUERTOS Y HERIDOS FORMADO POR EL GENERAL

DON JUAN DE ANDRADE

	Jefes y Oficiales		Tropa		
Cuerpos	**Muertos**	**Heridos**	**Muertos**	**Heridos**	**Total**
Zapadores	1	3	2	21	27
Jiménez	1	3	8	22	34
Matamoros		2	7	35	44
Aldama	2	5	9	46	62
San Luis	2		7	37	46
Toluca	2	5	18	69	94
Dolores			1	3	4
Totales	8	18	52	233	311

ANEXO Nº 10

Los editores del Diario del gobierno, en sus artículos del 2 y 3 de febrero, siguiendo la marcha engañosa que han adoptado, presentan al público con la sola idea de desvanecer las fundadas razones del "Cosmopolita", res-

Digitized by Google

pecto de las miserias de este ejército, los cortes de caja que por fin de octubre y noviembre han hecho la comisaría de ésta ciudad y la del ejército en que constan las entradas que ha habido en ellas de caudales, lo que se ha ministrado a los cuerpos y el sobrante para el 1º de diciembre de 20,687 pesos, 4 reales, 4 granos, dando con esto por satisfechos los cuerpos, y manifestando al público que al ejército nada se le adeuda.

Este relato de imposturas, esta maliciosa idea que se lleva de engañar al público y burlarse del sufrimiento de este ejército, ha exaltado extraordinariamente a los dignos militares que le componen, cansados de soportar ya la extraordinaria miseria que por espacio de un año sufren, con una resignación que puede servir de modelo a los ejércitos del mundo.

Desde el mes de febrero del año pasado no ha habido un solo cuerpo que un mes siquiera haya recibido la tercera parte de su haber, pues en el que más se les ha dado, sólo se les ha abonado un real por plaza de sargento abajo, y los oficiales han pasado todo el mes con 3 ó 4 pesos que se les ha prorrateado, en otros ha habido oficial que ha percibido seis reales, y en muchos han visto concluir el mes con la misma hambre que lo comenzaron, a excepción del que ni aún este triste consuelo ha tenido, pues después de haber vendido y empeñado cuanto tenía para poder subsistir, ha perecido de necesidad.

En diciembre del año pasado se dirigió al Gobierno por el general en jefe una noticia de la deuda de los cuerpos que ascendía a más de 500,000 pesos, y es muy regular que siendo ésta por fín de noviembre, hasta la fecha debe haber subido a más de 700,000 pesos, ¿y se quiere hacer creer que con 80,000 pesos que se han repartido, de los cuales han sobrado 20,000 y de los que también se ha ministrado a todos los cuerpos que salieron de México, que no estaban inclusos en aquella deuda, se hayan remediado las necesidades de la parte de este ejército, que después de un año de campaña no han visto siquiera las clases de que se compone una media paga.

Al regimiento de Tampico aparecen datados por la comisaría de Matamoros 2,801 pesos, 5 granos, y por la del ejército 745 pesos, 1 real, 3 granos, que ambas cantidades hacen la de 3,546 pesos, 6 reales, 3 granos; es de advertir que la primera que corresponde a la parte del cuerpo que estaba en Matamoros es a cuenta de 46,203 pesos, 4 reales, 9 granos, que se le debía hasta noviembre, y por consiguiente es muy claro que han repartido 5 y medio granos escasos por cada peso de la deuda, de modo que al oficial que se le adeudan 500 pesos, le han tocado 28 pesos, 5 reales, 2 granos en ocho meses.

Estamos persuadidos que no lo sienten así los editores del Diario del Gobierno, pues siendo ellos un órgano de éste, preciso es que estén al tanto de pormenores que sería muy difuso estamparlos, supuesto que en la carta circular que S. E. el Presidente de la República, dirigió a los jefes de los cuerpos, da a conocer que está bien penetrado el gobierno de las necesidades que éstos sufren, pues ofrece aliviarlas, aunque por desgracia hasta la fecha no se ha hecho más que aumentarlas.

Digitized by Google

Por todos los correos llegan a nuestras manos los Diarios en que vemos estampados los donativos que todas las clases de la sociedad hacen generosamente para auxiliar al ejército de Texas; vemos, pues, que éstos hacen aglomerar gruesas sumas más que suficientes para tenerlo bien pagado, si se agrega a ellas los auxilios que el Gobierno puede reunir, pero al mismo tiempo palpamos y sufrimos una hambre espantosa que ha llegado a los límites del sufrimiento y que tiene exasperados los ánimos.

Que digan ahora los editores del Diario del Gobierno en qué consiste que desmientan estas verdades que son puramente una sombra de lo que hay en realidad, y con datos, con la experiencia y con demostraciones palpables les haremos entender, que descaradamente están engañando a la Nación.

En suma, la situación que guarda el ejército es tan triste, que falta poco para que perezcan de miseria; y a los jefes y oficiales que tantos días de gloria han dado a la Patria y que con prodigalidad derraman su sangre en el campo de batalla por defender la Independencia Nacional, después de haber consumido cuanto tenían, están reducidos a la miserable condición de mendigos que no encuentran quién les dé, después de dos días de no probar bocado, un medio real para no concluir con su existencia.

S. E. el general en jefe todos los días pone extraordinarios al Gobierno Supremo manifestándole estas verdades, pero siempre quedamos en el mismo estado; los extraordinarios regresan como van, aunque llenos de ofrecimientos y discursos con que S. E. el Ministro de la Guerra se persuade amortiguar el hambre, mientras por otro lado publica que todas las cosas están allanadas, que el ejército está bien provisto y que la ópera solamente nos falta para creer que estamos en la capital: ¡ojalá no nos faltaran los frijoles y las tortillas! pues con esto nos daríamos por satisfechos, sin echar de menos diversiones, supuesto que como soldados estamos acostumbrados a los trabajos de la campaña que S. E. ignora prácticamente.

Que venga pues, S. E. a mandar este floreciente ejército: que venga a palpar lo que sabe sufrir, y se convencerá que cada uno de los que lo componen maldice el momento que fué destinado a ocupar un puesto que no sabe desempeñar, desean cebar sus muy justos resentimientos en la persona que los causa, y que con descarada criminalidad se burla de su sufrimiento. "El Cosmopolita".—Matamoros.—Febrero 23 de 1837.—Varios Jefes del Ejército, Amigos de la Verdad (**Impreso de Matamoros**).

ANEXO Nº 11

Señores editores del Mercurio.—Sírvanse ustedes insertar en su apreciable periódico las comunicaciones oficiales y documentos que les acompaño, por cuyo favor les quedará eternamente reconocido su afectísimo servidor que besa su mano.—José Faustino Moro.

Digitized by Google

Primer Cirujano del Ejército.—Para poder proponer al Supremo Gobierno cualquiera medida relativa al servicio que está a usted encomendado, es necesario saber, cómo se ha desempeñado éste y en qué partes.

Desde que anunció usted desde Monclova la marcha para Béjar, no ha vuelto a dirigirme ninguna comunicación. Usted, como jefe de aquel hospital, debió dar razón del número de enfermos que tuvo, el cómo se asistieron, cuántos salvaron, y cuántos perecieron, las amputaciones que se practicaron y con qué éxito, etc., etc. Sin estos datos no puedo conocer el servicio que se ha desempeñado, ni menos proponer cosa alguna respecto de él.

En las comunicaciones oficiales que se han publicado en estos días, se habla de un modo que hace poco honor a ustedes. En una de ellas dice el señor general Andrade, que sólo han estado asistidos los enfermos por practicantes; en otra dice el señor Filisola, que no tuvieron asistencia ninguna; y en fin, que de nada han servido los cirujanos y practicantes residentes ahí.

Tales asertos no solo atacan el honor de ustedes, sino del cuerpo en general. A usted como jefe de los de su hospital, toca vindicarlos y vindicarse, y esto es necesario que lo vea usted con el interés que exige el honor y su delicadeza.

Así es que a vuelta de correo espero me informe de todo lo que dejo apuntado, con más, el estado de los individuos que están a usted subordinados, donde se hallan, por orden de quién y con qué carácter, para así proponer al Supremo Gobierno lo conveniente de acuerdo con el Excmo. señor general en jefe de ese ejército.—Dios y Libertad, México, julio 13 de 1836.—Pedro del Villar.—Sr. Primer Cirujano del Hospital Militar de Béjar, D. José F. Moro.

La comunicación de V. S. de 13 del pasado julio, me impone de que los señores generales Filisola y Andrade, para disculparse de los cargos que les resultan, hacen recaer la odiosidad sobre el cuerpo de sanidad militar que había en el ejército, y me es indispensable manifestar a V. S. de nuevo, las circunstancias que han concurrido en el ramo de cirugía que es a mi cargo, para que la Nación juzgue quiénes han sido los culpables. No haré aquí sino una recapitulación de las comunicaciones que le tengo dirigidas, con fecha 29 de julio y 5 del corriente.

Me hallaba en Béjar en diciembre del año pasado cuando el general Cos capituló en aquella plaza, y por su orden dejé al segundo cirujano D. Mariano Arroyo con dos practicantes para asistir a los heridos, que no era posible llevar en nuestra retirada. En ella dejé en Lampazos al practicante mayor D. Guadalupe La Madrid, por orden del Excmo. señor general D. Vicente Filisola, para que asistiera a un paisano, en circunstancias, en que traíamos cuarenta y tantos heridos de todas clases.

Nos hallábamos en Monclova cuando llegó el ejército de operaciones. Ningún cirujano le acompañaba, ningún botiquín traía consigo; y el que yo tenía y había sacado de la capital cuando marché para Béjar, se había agotado en su mayor parte, pues que desde este punto se había empezado a hacer uso de él en el mes de octubre del año próximo pasado.

Digitized by Google

Lo hice así presente al Excmo. señor general don Antonio López de Santa Anna quien después de haberse cerciorado de la verdad de mi dicho, me contestó que no había dinero para reponerlo de los puntos inmediatos, y que se hallaba ya muy distante de México para pedirlo.

Continuó el ejército su marcha, y a mí se me ordenó permanecer en Monclova al cuidado de noventa y tantos enfermos que quedaron allí con la ayuda de un solo practicante, por lo que tenía que trabajar demasiado para suplir la falta de todos los dependientes que debe tener un hospital. Yo tenía no solo que atender a él, sino al desafortunado general Arago y a otra multitud de oficiales que se hallaban enfermos. Era muy sensible el ver que no había más cirujano que yo para todos, y sin embargo me esforzaba en asistirlos hasta donde alcanzaban mis fuerzas. Por lo mismo me ha sido muy extraño que el señor Filisola culpe a todos, cuando S. E. testigo de mi comportamiento en esta ocasión, me ofreció gratuitamente una certificación a lo que oído por el señor Arago, dijo que debía recomendárseme al Gobierno.

A mediados del mes de febrero del presente año, llegó a Monclova el primer cirujano D. Andrés Hurtado, con el botiquín que conducía, y fué a unirse al ejército con dos practicantes que le acompañaban, así como D. José Reyes, cirujano habilitado por el Excmo. señor general D. Antonio López de Santa Anna, con otros dos practicantes nombrados por el Excmo. señor.

Marchó también el segundo en jefe y todos los jefes que habían quedado en Monclova a la salida del ejército, y no se me dejaron ninguna clase de instrucciones.

En fines de abril había ya concluído con la comisión que se me había confiado, y me encontré sin saber qué hacer, pues ninguna orden se me comunicó posteriormente; y aunque mis deseos eran dirigirme a Béjar, donde creía ser útil, me hallaba sin auxilios de toda clase para transitar por un desierto de ciento y tantas leguas, inundado de bárbaros. Sin embargo, habiendo sabido en estas circunstancias que por el punto de Lampazos pasaba una cuerda con dirección a aquella ciudad, hice un esfuerzo para reunirme a ella, y de mi bolsillo hicimos el viaje, el practicante que tenía conmigo, otro que llegó posteriormente y yo.

Llegué a Béjar y me quedé escandalizado al saber todo lo que allí había sucedido. Sin contar con que no había ningunos recursos para un hospital de sangre, se dió un asalto, y más de doscientos heridos que de él resultaron, no había ni dónde colocarlos, pues que hasta la precisa hora se trató de buscar local, y los infelices pacientes, anduvieron vagando de un lugar a otro, aumentando sus dolores las reflexiones que era natural hacer en su lamentable situación. Hurtado, Reyes y los practicantes que los acompañaban, no llegaron a Béjar, sino muchos días después de este suceso, y Arroyo que se encontró allí había casi agotado lo poco que yo le había dejado en diciembre del año anterior.

No tenía vendas, ni de qué hacerlas, no había hilas para las primeras curaciones, nada se le había mandado preparar; y estando falto de todo, lo

Digitized by Google

pedía repetidas veces, y siempre se le contestaba negativamente. Las vendas que al fin se dieron eran de género de algodón, nocivo, como V. S. sabe, a las heridas. Los que las habían recibido eran muchos, entre los que se hallaban dos jefes y veinte y tantos oficiales, a quienes no podía atender un solo cirujano. ¿Era culpable en esto el cuerpo de sanidad militar, o lo eran los que habían dispuesto las cosas de este modo?

Bien sabe V. S. que un herido no solo necesita ser curado; sino serlo en una cama que le ayude a soportar sus padecimientos; pero todos estos desgraciados permanecieron tirados en el suelo hasta los últimos días que el señor general Andrade dispuso que se les formaran camas a algunos de ellos. Si los víveres eran muy escasos y malos para los buenos y sanos, lo eran aun más en todos sentidos para los enfermos. Se tenía con ellos una economía que ofendía a la humanidad, y no exagero diciéndole que fué criminal la conducta que se tuvo con esas víctimas de la obediencia; pero es igualmente cierto que no dependió de los cirujanos el remediarlo, cuando no se les daban los auxilios que reclamaron.

Apenas había llegado a Béjar el primer cirujano, don Andrés Hurtado, cuando recibió orden de marchar a Goliad y de llevarse el botiquín, dejando en aquella ciudad una pequeña parte de él.

Nada he informado ni puedo informar a ustedes de lo que sucedió en las divisiones que marcharon para Austin y Nacogdoches, porque si llevaron cirujanos y botiquines, no fueron los primeros de los que estaban bajo mi inspección, y los segundos, como he dicho, no los había.

Hurtado permanecía en Goliad y Arroyo en Béjar. ¿Quiénes podían ser pues los que administrasen la facultad en las tropas que obraban inmediatamente sobre el enemigo? Repito que lo ignoro, y por los clamores del ejército puedo asegurar a V. S. que aquellas tropas carecieron de estos auxilios, donde más debían necesitarlos. ¿Pero puede culpársenos por las malas disposiciones de los que mandaban?

El 24 de mayo salimos de Béjar a consecuencia de órdenes que para ello recibió el general Andrade; y las dificultades que se presentaron para levantar los hospitales, fueron grandes por falta de transportes, y la fatalidad que seguía al ejército hizo que colocaran de preferencia en los carros los depósitos de los cuerpos, muchos casi inútiles, a los individuos de ellos, que fué preciso transportar en malas carretas y en las camillas que se construyeron del momento.

En esta penosa retirada, y la segunda que me ví obligado a hacer, se prestaron a los enfermos los auxilios que las circunstancias permitían, que hablando verdad, eran ningunos; pero el señor general Andrade ha padecido equivocación, asentando que sólo estaban asistidos por practicantes.

Como he dicho a V. S. desde mi llegada a este punto, me he ocupado de la organización de dos hospitales que se han establecido. Tengo ya hechas cuantas observaciones he creído conducentes, para que la asistencia de ellos sea la mejor posible. Temo parecer importuno; pero es preciso ser franco, y decir que

Digitized by Google

si para la nueva campaña no se mejora el servicio de nuestro ramo, se desempeñará tan mal como en la pasada; se nos culpará de nuevo, sin ser culpables, y la humanidad no habrá sido socorrida.

Muy doloroso me ha sido, señor, que después de un año de cruentas penalidades, a centenares de leguas de mi país natal, y de haber servido en todo cuanto ha estado a nuestro alcance, exponiendo también nuestra existencia, la única recompensa sea, la de acriminaciones injustas y deshonrosas.

Algunas plumas se ocuparán en presentar los hechos de la campaña cuales han sido, y entonces la nación verá quiénes son los culpables, y los que no han hecho más de obedecer, y han arrostrado todos los peligros y sufrido todas las privaciones, son acreedores a su consideración y no a los insultos que se les han prodigado, por los que deberían avergonzarse de hacerlo.

Por lo que a mi toca, creo haber dicho lo bastante para vindicar mi reputación, y al efecto acompaño a V. S. dos certificaciones de los Sres. Woll y Condelles, sintiendo que la prisión del Sr. Cos sea la que me prive de acompañar una suya. Réstame sólo suplicarle que dé a esos documentos la publicación debida en los periódicos, como yo lo hago en el Mercurio de esta ciudad, y que se digne admitir las consideraciones de mi respeto.—Dios y libertad. Matamoros, agosto 11 de 1836. José F. Moro.—Sr. primer cirujano del ejército D. Pedro del Villar.—Se concluirá.

"El Mosquito Mexicano", 30 de septiembre de 1836. Tomo III, Núm. 51, pp. 1, 2, 3 y 4.

ANEXO Nº 12

Capitán Samuel A. White.—Fuerte Defiance, marzo 14 de 1836.

La de V. de 13 del corriente la recibí, y estoy verdaderamente contento de que V. haya anticipado nuestros deseos. Mándenos V. lo más pronto posible las carretas y bueyes etc. y pronto nos reuniremos a V.: tenga V. listo el chalán con todos los víveres reunidos en un punto, bien el de Cos o Demmets que es donde se halla bastante madera y agua, y en que podremos fortificarnos y no sufrir para defendernos, comunicando con más presteza con las Colonias, y al mismo tiempo cubrir avanzadas y provisiones. Mi partida bajo las órdenes del coronel Ward no ha llegado, pero tan presto como llegue marcharemos para Victoria, cuyo punto cubriré cuanto me sea posible. Mande V. un extraordinario para Matagorda y dé V. orden para que se mande pólvora y balas por el Colorado para el ejército. George M. Collinsworth atenderá a esto. Apresure V. municiones de fusil pues en tiempo de guerra son las más necesarias. Muy de carrera su muy atento servidor.—W. Fannin.

Digitized by Google

ANEXO Nº 13

DOCUMENTO I

Secretaría Particular del Presidente de la República mexicana en jefe del ejército de operaciones.—Sr. general D. José Urrea.—Béjar Marzo 23 de 1836.—Mi apreciable amigo: Por una copia que me ha dirigido el coronel Garay de la carta que V. le escribió el día 20 desde la punta del Encinal del Perdido, me he impuesto con la más grata satisfacción de la última derrota que sufrieron los enemigos alcanzados en su fuga por la valiente tropa que V. dirige con tanto acierto. Espero el detalle que me remitirá V. para elevarlo al Supremo Gobierno y que se acuerde por la superioridad el premio de tanta bizarría. Apruebo la marcha de V. a Guadalupe y la comisión que debe desempeñar el coronel Garay sobre el Cópano, debiendo V. sin perder tiempo, situar en dicho puerto y Goliad dos destacamentos y obrar en seguida con la actividad que le es propia sobre Victoria, La Vaca, Matagorda, Raffi, Madame Neils, Brazoria, Columbia, Orazimbo, hasta el río Brazos al norte de San Bernardo. A la vanguardia de V. operará el general Tolsa por la costa hasta Galveston, y el general Ramírez por el interior sobre Buffalo Bayou, Harrisburg, y Nehburg, Gosse y Sedax hasta el río Trinidad; entre tanto se posesiona de Nacogdoches el general Gaona, y extiende sus operaciones con arreglo a las órdenes que ha recibido. V. procurará mantener frecuentes relaciones con los citados generales para que combinándose bien los movimientos, se persiga a los rebeldes en todas direcciones sacándose en favor de la Nación las ventajas que debemos esperar de los sacrificios que se impenden. Como de ningún modo conviene que los pérfidos extranjeros queden en posesión de los terrenos que se han apropiado, y por que la justicia reclama también el castigo de los criminales, procurará V. que salgan del país cuantos se han introducido sin expreso permiso del Supremo Gobierno, aunque tengan pasaporte de nuestros cónsules u otras autoridades. No se comprenderán en esta providencia los que directa o indirectamente hayan tomado parte o complicádose en la rebelión, pues estos deberán ser castigados sin contemplación, y le reencargo a V. que se aprehendan y remitan a este cuartel general a tales delincuentes, excepto los que se cojan con las armas en la mano que han de ser castigados en el acto, con arreglo a lo mandado por el Supremo Gobierno. Dicte V. sus órdenes para que el coronel Davis proceda sin pérdida de tiempo a fortificar el puerto del Cópano según las instrucciones que le he dado, y a V. he comunicado. Los víveres que se tomen al enemigo servirán para esa división y para los destacamentos de Goliad y el Cópano.—Repito a V. mi enhorabuena, y mande a su affmo. amigo y muy seguro servidor que su M. B.—**Antonio López de Santa Anna.**

Digitized by Google

DOCUMENTO II

Comunicación al señor General don Joaquín Ramírez y Sesma, comandante de la sección de operaciones sobre San Felipe.

Conviniendo al mejor servicio, que nuestras fuerzas avanzadas operen activamente sobre los enemigos, hasta destruirlos completamente, castigando de ese modo la insolencia con que se sublevaron contra una nación bondadosa que los acogió en su seno, dándoles patria y comodidades, de que carecían en lo general, por sus antiguos delitos, cuidará V. S. de molestarlos sin cesar, dispersando las partidas armadas, antes que puedan reunirse en masas considerables. Al efecto se pondrá V. S. de acuerdo con los señores general Gaona, Tolsa y Urrea, combinando las maniobras de manera que nos den el resultado apetecido, bien sea venciéndolos en funciones de armas, u obligándolos a abandonar un país que no pueden habitar sin exponer visiblemente su seguridad.

Ya estará V. S. reunido al general Tolsa, y posesionado de la villa de San Felipe, desde cuyo punto puede separarse la sección de dicho general y obrar sobre Bolívar, West Bay, Chocolate, Zedak, Bayon y Dichs: entretanto V. S. se dirige sobre Buffalo Bayon, Harrisburg y Linchburg, hasta los ríos o arroyos de San Jacinto, Gosse y Sedax; el general Urrea, por Victoria, la Vaca, Carancahuas, Matagorda, Rafat, Neils, Brazoria, Columbia y Orazimbo, hasta Río Brazos, al Norte de San Bernard River, a la vez que el general Gaona, en llegando a Nacogdoches, expedicionará por Angelina, Nechu, Lit, Alavaraza y Zavala, interín desembarcan en Galveston las tropas que deben obrar sobre Catbay, Domble, Bayou, Anáhuac y Libertad.

Como quiera que la ley de colonización ha quedado de hecho sin efecto, por los abusos que en su nombre se cometieron, y por efecto de la misma rebelión, no habiéndola cumplido tampoco los empresarios, obrará V. S. por ahora sin sujeción a ella, expeliendo del territorio a cuantos se han introducido sin especial permiso del Gobierno Supremo, aunque presenten a V. S. pasaportes de nuestros cónsules u otras autoridades subalternas; pues ni aquéllos ni éstas han tenido esa facultad, y mucho menos la de conferir tierras a toda clase de personas, origen y casi principal de la escandalosa sublevación.

Es indispensable que los movimientos sean bien meditados y rápidos, aprovechando la primavera, a fin de abreviar el término de la campaña, para que no llegue a entorpecerse en la próxima estación de las aguas. Así mismo, está V. S. en la necesidad de proporcionarse los víveres y demas recursos que pueda quitarle al enemigo; pues la carencia absoluta de la proveeduría general, lo pone en la precisión de proporcionarse por allá, los auxilios para la subsistencia y conservación de sus subordinados.

Todo lo fío a la actividad y buen desempeño de V. S., en cuya confianza lo elegí para conducir a la victoria la respetable y valiente sección de su mando.

Dios y libertad. Cuartel general de Béjar, Marzo 23 de 1836.—**Antonio López de Santa Anna.**

Digitized by Google

DOCUMENTO III

Comunicación al señor general don José Urrea, comandante de la división de operaciones sobre Bazoria.

EJERCITO DE OPERACIONES.—Duplicado.—Supuesta la derrota de la gavilla que ocupaba a Goliad, se hace preciso continuar las operaciones a lo interior de los establecimientos de los colonos, para impedir las reuniones que intentaren hacer, o destruirlas, si las hubieren formado. También es necesario tomarles las armas, municiones, víveres y aún efectos de ropa que clandestinamente hayan introducido en el país, quitándoles así los recursos para hacer la guerra.

En tal concepto, prevengo a V. S. que dejando las guarniciones precisas en Goliad y el Cópano, a las órdenes de jefes de confianza, y la artillería, se dirija V. S. con la demás fuerza a Victoria, la Vaca, Matagorda, Rafat, Madame Neils, Brazoria, Columbia, Orazimbo, y otros puntos de ese rumbo, que V. S. creyere conveniente recorrer, obrando en combinación con los generales Ramírez y Sesma, y Tolsa, que desde San Felipe de Austin operan al otro lado del Río de los Brazos, deben correr los establecimientos de aquel rumbo; lo mismo que con el general Gaona, que desde Nacogdoches, para donde se dirige mañana, ha de obrar sobre la costa, y hasta las inmediaciones del Sabina.

Uno de los objetos de V. S. será también expulsar del territorio de la República a los extranjeros, con familia o sin ella, que se hubiesen introducido sin permiso del Supremo Gobierno, pues nadie tiene derecho para entrar en nación extraña, y apropiarse sus terrenos sin el debido permiso de la autoridad nacional; pudiendo éstos llevarse lo que sea de su legítima propiedad; pero sin excusa ni pretexto alguno, saldrán inmediatamente por tierra o por mar; pues dichos terrenos han de quedar sin esa clase de habitantes, que introducen el contrabando y ponen en peligro la seguridad de la República, como ahora ha sucedido, causando infinitos males que no pueden a cada momento reportarse. Todas estas habitaciones deben desaparecer, para quitarles hasta la esperanza de volverse a abrigar en ellas.

Los que a fuer de colonos quisieren habitar en la República, podrá V. S. conducirlos, si se avinieren, para S. Patricio, Lipantitlán, Matamoros o cualquiera de estos puntos más al interior; pues de ninguna manera convienen extranjeros en la costa, ni en las fronteras, a donde las autoridades de la República no pueden vigilar sus operaciones. La ley de colonización ya no existe, porque la rebelión de los colonos, y la falta de cumplimiento a lo pactado, la ha dejado destruída.

Espero que tanto lo prevenido, como cuanto V. S. creyere practicar para la seguridad del rumbo que se le ha recomendado, lo ejecutará con la eficacia y puntualidad que demanda el mejor servicio de la Nación.

Dios y libertad. Cuartel general en Béjar, Marzo 23 de 1836.—**Antonio López de Santa Anna.**

Señor general Don José Urrea, comandante de la división de operaciones sobre Brazoria.

Digitized by Google

ANEXO Nº 14

Rendición de la fuerza que se hallaba en Goliad a las órdenes de James H. Fannin.

Art. 1.—Habiendo puesto la tropa mexicana a distancia de ciento sesenta pasos su batería y comenzado a romper sus fuegos, pusimos una bandera blanca y al momento vinieron los señores coroneles don Juan Morales y don Mariano Salas, en compañía del teniente coronel de Ingenieros don Juan José Holsinger, y les propusimos rendirnos a discreción a lo que quedaron conformes.

Art. 2.—Que los heridos y el comandante Fannin sean tratados con toda la consideración, proponiéndoles el entregar las armas.

Art. 3.—Que todo el destacamento sea tratado como prisioneros de guerra y puestos a disposición del Supremo Gobierno.

Campo sobre el Coleto entre Guadalupe y la Bahía, marzo 20 de 1836.—B. C. Walloe Mor, coronel.—J. M. Chadeveek, ayudante.—Aprobado.—J. H. Fannin, comandante.

Cuando se puso la bandera blanca por el enemigo mandé manifestar al jefe de ellos que no tendría más acomodamiento que el que se rindiera a discreción, sin otra circunstancia, y se convino en ello por conducto de los señores jefes que quedan expresados. No tienen lugar los otros pedidos que hacen los que suscriben esta rendición. Así lo he manifestado a ellos y quedaron conformes, pues ni debo, ni puedo conceder otra cosa.

JOSE URREA

Digitized by Google

Rendicion de la fuerza que se halla en Goliad á las ordenes del Sr
D. James H. Fannin:

Articulo 1º Habiendo jurado la Tropa Infrascrita á Disposicion de Nuestro
Supremo Jefe su bandera y Armamento á Tiempo que fueron pre-
sentes una bandera blanca y al mismo Tiempo los Sres Co-
mandantes D. Juan Morales y D. Mariano Salas en Compañia
del Ilustre Comandante D. Juan Jose Holzinger y los
Individuos Nombrados á Disposicion, á lo que quedaron Conformes

Articulo 2º Que á los Heridos y al Comandante Fannin seran tratados
con toda la Consideracion posible proporcionandoles el Cirujano los
Auxilios

Articulo 3º Que todo el Armamento sea Entregado como Propiedad
de guerra y fuesen á Disposicion del Supremo Gobierno.

Campo Mexicano en Goliad cerca Guadalupe, la Bahia Marzo
20 de 1836. = D. C. Wallace Mayor Hooke. J. M. Chadwick Adjt. Gral. = Approved. W. T. Fanning. Head Quarters. =

Como cuando se pasó la bandera blanca fue al mismo tiempo mandé
manifestar al Gefe de ellos que no habia mas Ofrecimiento
que el de que se rindiesen á discrecion, ni otra Capitulacion,
y si Ofrecemos en ello Vra Clemencia de los Sres Gefes que quedan
Ofrecidos, no tienen lugar las Ordenes que tienen los
que resisten con Valentia: asi lo he manifestado á ellos
y quedaron Conformes, Fuera mi Debo, mi Fuerte Comandante
Ciudadano = Jose Urrea.

Digitized by Google

ANEXO Nº 15

Ejército de Operaciones.—Por el oficio de V. S. fecha 27 del pasado, que he recibido hoy, me he enterado con satisfacción del triunfo que las armas nacionales al mando de V. S. han alcanzado sobre los rebeldes colonos en la villa de San Patricio. **A las acertadas providencias de V. S. y a su actividad, se debe** sin duda tal suceso, y por tanto le doy las más expresivas gracias a nombre del Supremo Gobierno, esperando que V. S. lo haga a los valientes que lo acompañan. Hoy mismo elevo al conocimiento de S. E. el Presidente interino el parte original de V. S. para su satisfacción.

Quedo así mismo impuesto de que V. S. se ocupa de perseguir al extranjero Dr. Grant, y no dudo que muy pronto lo escarmiente como corresponde.

En cuanto a los prisioneros de que V. S. me habla en su citada comunicación, debo recordarle la circular del Supremo Gobierno **para que sean tratados o juzgados como piratas** los extranjeros que han invadido la República, y se cojan con las armas en la mano; y como en mi concepto el mexicano que comete la traición de unirse a unos aventureros de esa naturaleza, pierde los derechos de ciudadano según nuestras leyes, los cinco prisioneros de que V. S. me habla deberán ser tratados también como aquellos.

Puede V. S. avanzar, según le tengo prevenido en mi oficio de 27 del pasado, hasta Goliad, destacando con oportunidad una partida que intercepte los víveres que el enemigo debe recibir del río de la Vaca según éstoy informado, de los que podrá V. S. proveerse para su división. **También podrá V. S. tomar para la subsistencia de esas tropas los ganados de los colonos rebeldes, y cuanto les pertenezca.**

Espero me avise V. S. el día que debe avistar a Goliad, según le tengo prevenido, para reforzarlo con una sección de infantería y artillería.

Yo quedo disponiendo el asalto del Alamo, que es el punto donde se ha replegado el enemigo, y muy breve experimentará el condigno castigo que merece.—Dios y Libertad.—Cuartel General de Béjar, marzo 3 de 1836.—Antonio López de Santa Anna.—Sr. Gral. D. José Urrea, Comandante de la División de Operaciònes sobre Goliad.

DOCUMENTO No. II

Secretaría Particular del Presidente de la República Mexicana, General en Jefe del Ejército de Operaciones.—Señor General D. José Urrea.—Béjar, Marzo 24 de 1836.—Mi estimado amigo: Por su parte oficial y grata carta que contesto, me he impuesto con gusto de los triunfos que ha alcanzado sobre los insolentes extranjeros que amenazaban invadir hasta lo interior de la República;

Digitized by Google

sea enhorabuena, mi amigo, y continúe dando glorias a la Patria, que sabrá corresponder debidamente.—Siento que me haya V. precisado a recordarle nuevamente, como lo he hecho de oficio, la circular del Supremo Gobierno sobre la conducta que debe observarse con los infames extranjeros que, profanando el sagrado territorio de la República, se aprehendan con las armas en la mano, derramando la sangre de los mexicanos. A nadie cedo, amigo mío, en compasivo pues yo no sé aborrecer a hombre alguno y, aun mis agravios personales, jamás he pensado vengarlos; ¿pero quién me da facultades para sobreponerme a lo que el Gobierno de la Nación tiene terminantemente mandado, indultando a unos delincuentes de la magnitud de estos extranjeros? ¿Bajo qué pabellón hacen éstos la guerra a la República entera, asesinando traidoramente nuestros destacamentos, incendiando nuestros pueblos, atacando las propiedades de los pacíficos ciudadanos, o intentando robarse una gran parte de su territorio? ¿Y V. pretende que recaiga sobre mí la indignación nacional, como sucedería si se entendiese que protegía semejantes foragidos? Bien distinguirá V. que ésta no es una guerra de hermanos, como las que desgraciadamente hemos tenido entre nosotros. Tampoco lo es de nación a nación en la que, según el derecho de gentes y de guerra, debe haber cuartel, respetándose los prisioneros hasta ser canjeados por otros. Estos extranjeros a fuer de bandidos se han lanzado sobre el territorio de la República para robarse una parte de él, atropellando por todo; y por eso la justificación del Supremo Gobierno los ha declarado con justicia piratas, y mandado tratar y castigar como tales.—No hay lugar para más que para repetirle soy su afectísimo amigo q.b.s.m.—Antonio López de Santa Anna.

ANEXO Nº 16

SECRETARIA DE GUERRA Y MARINA

"Sección Central.—Mesa Primera.—Circular.—Excmo. Sr.—Con esta fecha digo a los comandantes generales principales, gobernadores y jefes políticos de los Departamentos y Territorios lo que sigue:

"El Supremo Gobierno tiene noticias positivas de que en los Estados Unidos del Norte se reúnen juntas públicas, con el fin descubierto de armar expediciones contra la Nación mexicana, auxiliar a los que se han rebelado contra su Gobierno, fomentar la guerra civil y hacer venir sobre nuestro territorio todos los males que ella produce. En aquella república, nuestra antigua amiga, se han habilitado de hecho algunas expediciones, como la que condujo a Santa Anna de Tamaulipas el traidor José Antonio Mejía, y otras que se han dirigido a desembarcar en la costa de Texas. A la misma se han remitido toda clase de pertrechos de guerra, y por estos reprobados medios se han encontrado los colonos sublevados en aptitud de hacer la guerra a la Nación que les ha dispensado tantos bienes.

Digitized by Google

El Gobierno Supremo tiene las seguridades más positivas de que estos actos, reprobados por las sabias leyes de los Estados Unidos del Norte han merecido la consiguiente desaprobación de su gobierno, con el que mantenemos la mejor inteligencia y una armonía inalterable. Pero como los especuladores y aventureros han logrado evadirse del castigo que en aquella república se les esperaba, y no será remoto que lo consigan en adelante, el Excmo. señor Presidente Interino, que no puede ser indiferente a estas agresiones en que se ataca no menos a la soberanía de la Nación mexicana, que al derecho de gentes, universalmente reconocido, se ha servido mandar que se observe lo prevenido en los artículos siguientes:

1ro. Los extranjeros que desembarcaren en algún puerto de la República, o penetraren por tierra en ella, armados y con objeto de atacar nuestro territorio, serán tratados y castigados como piratas, en consideración a que no pertenecen a nación con la que está en guerra la República, y a que no militan bajo de bandera conocida.

2do. En los mismos términos serán tratados y castigados los extranjeros que desembarcaren en algún puerto, o introdujeren por tierra armas y municiones, siendo por algún punto sublevado contra el gobierno de la Nación, y con objeto probado de poner estos útiles de guerra en manos de los enemigos de ella. Y tengo el honor de decirlo a Ud. para su publicación y cumplimiento."

Y tengo el honor de transcribirlo a V. S. para su conocimiento, reproduciéndole con este motivo las seguridades de mi respetuoso afecto.

Dios y libertad. México, diciembre 30 de 1835.

Excmo. Sr. José María Tornel.—Excmo. Sr. Presidente, benemérito de la patria y general en jefe del ejército de operaciones, D. Antonio López de Santa Anna.

DOCUMENTO II

Copiado del Diario del Teniente Coronel D. Nicolás de la Portilla.

Marzo 24.—Consecuente a órdenes del señor general Urrea, se empezó a reedificar la población, comenzando por el cuartel, con los prisioneros que trabajaron todo el día, menos los que tenían carácter de oficiales.—Su jefe Fannin, comió conmigo ese día (carne y una botella de vino.) Brindó por el señor general Urrea. Le dí las gracias y contesté su brindis por **la patria de los mexicanos.** En este día llegó el señor coronel D. Rafael de la Vara con veinte dragones y treinta infantes de Yucatán conduciendo ochenta prisioneros que habían desembarcado en el Cópano y los había apresado.—Marzo 25.—Recibí órdenes del señor general Urrea de Guadalupe Victoria, sobre varios puntos. Me encarga muy particularmente la asistencia de los heridos.—Marzo 26.—Recibí correo del general Urrea a las seis de la mañana. Pide trescientos fusiles y parque, se le mandó todo. Me mandó ochenta prisioneros que había hecho en Guadalupe, con su respectiva escolta; los incorporé con los otros.—A las siete de la noche recibí un extraordinario de Béjar del Excmo. señor general en jefe del ejército

Digitized by Google

D. Antonio López de Santa Anna, previniéndome que en el momento se pasen por las armas a todos los prisioneros rendidos a fuerza de armas, con arreglo a las órdenes de la materia (cuya comunicación original conservo). Lo reservé y nadie lo supo más que yo y el coronel Garay a quien se lo comuniqué.—A las ocho de la misma noche recibí extraordinario de Guadalupe del señor general Urrea, quien entre otras cosas me dice: trate V. con consideración a los prisioneros, principalmente a su jefe Fannin: que se ocupen en reparar la población y hacer un cuartel, y que se les dé de comer de las reses que deben venirle a V. de la misión del Refugio." ¡Cruel contraste de órdenes tan contrarias...! pasé toda la noche en inquietud.—Marzo 27.—Al romper el día **me resolví a cumplir con la orden de S. E. el general en jefe, porque la consideré superior.**—Mandé formar toda una guarnición y levantar los prisioneros que en número de 445 aún dormían. (Los ochenta de esta clase venidos del Cópano, los mandé separar porque su suerte merecía aclaraciones, pues que acabando de invadirnos no habían hecho armas contra la Nación). Se hicieron tres trozos formados en batalla con su correspondiente escolta cada uno: el primero a las órdenes del primer ayudante del batallón de Tres Villas don Agustín Alcérrica: el segundo a las del capitán don Luis Balderas; y el tercero a las del capitán del regimiento de Tampico, don Antonio Ramírez; y dí orden a estos oficiales cumpliesen con lo dispuesto por el Supremo Gobierno y general en jefe.—Se cumplió.—¡Gran contraste de sentimiento entre la tropa y oficiales...! Mucho silencio... En este día marchó el coronel Garay y teniente coronel de artillería don Esteban Barbero a unirse con el señor general Urrea que estaba en Guadalupe Victoria.—Escribí a este señor general quejándome y lamentándome de haberme tocado esta escena tan triste.—Le dí parte de oficio y también a S. E. el general en jefe.—Quedaron vivos los ochenta prisioneros del Cópano, y consulté a S. E. el general en jefe lo que debía hacer con ellos.

Extracto tomado del **Diario de las Operaciones Militares de la División que al mando del General José Urrea hizo la Campaña de Texas, con algunas Observaciones para Vindicarse ante sus Conciudadanos.**—Victoria de Durango, 1838, pp. 61/62.

ANEXO Nº 17

DOCUMENTO I

División de operaciones.—Comandancia de Goliad.—Según orden terminante del Excmo. Sr. general en jefe que acabo de recibir directamente, mañana a las cuatro de ella serán pasados por las armas los prisioneros que V. S. ha dejado en esta fortaleza, no atreviéndome a hacerlo únicamente con los que se rindieron en el Cópano al Sr. coronel la Vara porque ignoro las circunstancias particulares de su rendición, de lo que espero se digne V. S. imponerme para de este modo

Digitized by Google

salvar mi responsabilidad, manifestándome lo que deberé hacer con ellos.—Dios y libertad. Goliad marzo 26 de 1836.—J. Nicolás de la Portilla.—Sr. general de la división de operaciones D. José Urrea.

DOCUMENTO II

Sr. General D. José Urrea.—Goliad, marzo 27 de 1836.—Mi amado general. Soy muy desgraciado puesto que a sangre fría se ha representado hoy aquí un cuadro que me ha horrorizado. En fin el deber militar y la Patria están de por medio. V. me ha dejado aquí, mi general; así lo habrá hallado por conveniente; y yo quedo muy conforme con su voluntad: vine voluntariamente con estos pobres indios, como V. sabe, a cooperar con mis débiles esfuerzos al bien de la Patria; del hombre no se puede exigir más de que haga aquello de que es capaz, a mí y a ellos se nos ha creído a propósito sin duda para el objeto a que estamos destinados; repito mi conformidad con todo menos con servir de verdugo, y de que se me mande matar más gente; sin embargo que siempre haré lo que se me mande, puesto que tengo el placer de ser uno de los oficiales más subordinados que puede haber en nuestro ejército, y obro siempre por mi deber aun contra mis sentimientos.—Soy de V. mi general muy adicto y amante amigo Q. B. S. M.—José Nicolás de la Portilla.

DOCUMENTO III

Ejército de operaciones.—Con esta fecha digo al comandante militar del punto de Goliad, lo que sigue: Por el parte que acabo de recibir del Sr. coronel D. Francisco de Garay, desde ese punto, estoy impuesto que existen doscientos treinta y cuatro prisioneros que ha remitido el Sr. general D. José Urrea, hechos en la acción del Encinal del Perdido en los días 19 y 20 del actual; y como el Supremo Gobierno tiene ordenado que los extranjeros que se tomen con las armas en la mano haciendo la guerra a la nación, sean tratados como piratas, he extrañado que no se haya dado cumplimiento a la circular del mismo Supremo Gobierno sobre dicho particular; por lo tanto ordeno a V. S. la haga cumplir inmediatamente con todos esos extranjeros rendidos a fuerza de armas, que han tenido la osadía de venir a insultar a la República, incendiar las poblaciones, como lo han verificado en Goliad, causando notables perjuicios a los intereses de los ciudadanos; y en fin, derramar la sangre apreciabilísima de los mexicanos, sin otro delito que el de ser fieles a su patria. Espero pues que en contestación me diga V. S. hallarse satisfecha la vindicta pública con el castigo de tan detestables delincuentes. Y lo transcribo a V. S. para que cuide su más exacto cumplimiento, celando que en lo sucesivo, no se infrinjan ni por un momento las disposiciones Supremas.—Dios y libertad. Cuartel general de Béjar, marzo 23 de 1836.—Antonio López de Santa Anna.—Sr. general D. José Urrea, comandante de la división de operaciones sobre Brazoria.

Digitized by Google

ANEXO Nº 18

PROCLAMA DEL SEGUNDO JEFE DEL EJERCITO SOBRE TEXAS, A LAS DIVISIONES QUE LO COMPONEN

MILITARES: un enemigo cobarde y pérfido ha podido casualmente adquirir ventajas sobre la sección que mandaba personalmente el general Presidente, por el mismo desprecio que aquél le inspiraba, pues de otra manera jamás pudiera ser ni momentáneamente detenido el valor de los bizarros que la componían.

Este pequeño, aunque muy sensible suceso, excita a la venganza y aumenta la indignación del ejército mexicano contra el vil enemigo que combate.

SOLDADOS: somos fuertes y nos está encomendado el honor de la Nación, y la venganza de su ilustre hijo, el general Santa Anna. ¿Lo dejaremos sin vengar? ¡No, primero morir que cometer tal infamia! Preparémonos, pues al combate seguros de la victoria, y de que los malvados que han pretendido robar una parte de nuestra Patria, sentirán muy mucho el accidental triunfo que han logrado.

Vuestro general no duda de los sentimientos de los valientes que manda, y él los acompañará siempre en las privaciones y trabajos, así como en el peligro.

Campo, abril 24 de 1836.—VICENTE FILISOLA.

ANEXO Nº 19

Cuartel general del ejército. San Jacinto, abril 25 de 1836.

A S. E. David G. Burnet, Presidente de la República de Tejas.

Sr. siento infinito que la situación en que me he hallado desde la batalla del 21 haya sido tal, que no me haya permitido dirigir a Ud. mi parte oficial antes de ahora, acerca de dicha acción. Tengo el honor de informar a Ud. que en la tarde del 18 del corriente, después de una marcha forzada de 55 millas, que se efectuó en dos días y medio, el ejército, llego al frente de Harrisburg: esa tarde se tomó un correo del enemigo, por el cual supe que el general Santa Anna, con una de las tres secciones de su ejército, había marchado en la dirección del paso de Linchburg sobre San Jacinto, quemando de paso a Harrisburg. Se previno al ejército estuviese listo para marchar temprano al día siguiente. En la mañana del 19, el grueso de él efectuó el paso de Buffalo Bayou, abajo de Harrisburg, dejando a retaguardia los equipajes, los enfermos y una suficiente guardia. Continuamos la marcha toda la noche, no haciendo más que

Digitized by Google

un alto en el llano, muy corto, y sin tomar alimento. Al romper el día nos volvimos a poner en marcha, y a poca distancia nuestros exploradores se encontraron con los del enemigo, y recibimos noticia que el general Santa Anna se hallaba en Nuevo Washington, y que aquel mismo día se dirigía a Anáhuac por el paso de Linchburg. El ejército tejano hizo alto como a media milla del paso, en un bosque, y se hallaba ocupado en matar reses, cuando el ejército de Santa Anna se descubrió marchando en batalla, habiendo levantado su campo de la punta de Clopper, ocho millas más abajo. Se dispusieron nuestras fuerzas inmediatamente, y se hicieron preparativos para su recepción. Tomó una posición con su infantería y artillería en el centro, ocupando un bosque aislado; y su caballería cubría su ala izquierda. La artillería comenzó entonces sus fuegos sobre nosotros, y consistía de una pieza reforzada de a 12 de bronce. La infantería en columnas avanzó con el designio de cargar sobre nuestra línea; pero fue rechazada por una descarga de metralla de nuestra artillería, que se componía de dos piezas de a 6. El enemigo había ocupado un pequeño bosque a distancia de tiro de rifle sobre nuestra izquierda, desde donde se contestaban de cuando en cuando los fuegos de la tropa, hasta que el enemigo se retiró a una posición, sobre la orilla de San Jacinto, como a tres cuartos de milla de nuestro campo, y comenzó su reducto. Poco antes de meterse el sol, nuestra gente montada como en número de 85 bajo el mando especial del coronel Sherman, hizo una salida con el objeto de hacer un reconocimiento sobre el enemigo. Mientras avanzaban, recibieron una descarga de la izquierda de la infantería enemiga; y después de una reñida refriega con la caballería del enemigo, en que la nuestra se manejó bien y desplegó actos de un valor decidido, se retiró en buen orden, habiendo tenido dos heridos de riesgo y varios caballos muertos; al mismo tiempo, la infantería al mando del teniente coronel Millanos y Col. Bush con la artillería, había salido también para cubrir la retirada en caso necesario. Todos ellos se retiraron en buen orden a nuestro campo al meterse el sol, y permanecieron sin que hubiese ninguna acción ostensible, hasta el día 21 a las tres y media de la tarde, tomando el primer alimento que hacía dos días no probaban. El enemigo entretanto extendió su flanco derecho, hasta ocupar la extremidad de mi corto bosque, a la orilla de San Jacinto, y aseguró su izquierda con una trinchera como de cinco pies de alto construída de cargas y equipajes, dejando una tronera en el centro, en la que colocó su artillería; la caballería se hallaba sobre su ala izquierda.

Como a las nueve de la mañana del 21, el enemigo fué reforzado por 500 hombres, escogidos, al mando del general Cos, lo cual hacía subir su fuerza efectiva, a más de 1,500 hombres, mientras que la nuestra no podía pasar en su mayor número de más de 783. A las tres y media de la tarde, mandé que los oficiales del ejército tejano presentasen en revista sus respectivas compañías y mandé al mismo tiempo, que el único puente que había sobre el camino de los Brazos, distante 8 millas de nuestro campo, fuese destruído, para cortar así toda posibilidad de escape. Nuestras tropas se alistaron con prontitud y decisión y se hallaban deseosas del combate. El conocimiento de su disparidad nu-

Digitized by Google

mérica, sólo parecía aumentar su entusiasmo y confianza, y hacía más grande su ansiedad por el conflicto. Nuestra situación me proporcionó oportunidad de tomar mis medidas preparatorias para el ataque, sin exponer mis designios al enemigo. El primer regimiento, mandado por el coronel Burleson fué colocado en el centro.

El segundo regimiento al mando del coronel Sherman, formaba la ala izquierda del ejército. La artillería, bajo el mando especial del coronel George W. Hoclley, inspector general, se hallaba a la derecha del primer regimiento, y cuatro compañías de infantería al mando del teniente coronel Enrique Millard, sostenían la artillería sobre la derecha. Nuestra caballería en número de 61, mandada por el coronel Mirabeau B. Lamar (cuya valerosa y atrevida conducta en el día anterior, le atrajo la admiración de sus camaradas y le llamó a aquel mando), se hallaba a la extremidad de nuestra derecha y completaba nuestra línea. Nuestra caballería fué primeramente despachada al frente de la izquierda del enemigo para llamarle la atención, en tanto que un bosque inmediato nos proporcionaba la oportunidad de concentrar en él nuestras fuerzas, y desplegar desde allí en los términos que queda dicho.

Todas las evoluciones se efectuaron con rapidez, avanzando todos rápidamente en una línea y en medio de un llano descubierto, sin protección ninguna para nuestra gente. La artillería avanzó y se colocó a 200 varas de la trinchera del enemigo, y comenzó un fuego efectivo de bala y metralla.

El coronel Sherman, habiendo empezado la acción por nuestra izquierda, toda la línea del centro y la derecha, avanzó a paso redoblado pronunciando la palabra guerrera de "recordad el Alamo" y recibió el fuego del enemigo, habiéndose adelantado hasta ponerse a tiro de punto en blanco, antes de descargarse una sola arma por nuestra línea. Esta avanzó sin hacer alto hasta posesionarse del bosque y trinchera enemiga. La ala derecha de Burleson e izquierda de Millard, tomaron posesión de la trinchera, mientras nuestra artillería se dirigió denodadamente sobre el cañón enemigo, hasta ponerse a distancia de 70 varas, cuando fué tomado por nuestras tropas. El conflicto duró como 18 minutos, desde que comenzó la acción hasta que nos hallamos en posesión del campo enemigo, tomando un cañón cargado, cuatro banderas, todos los equipajes y demás útiles de campaña. Nuestra caballería dió una carga y derrotó a la enemiga sobre la derecha, y persiguió los fugitivos, hasta encontrarse con el puente de que he hecho mención antes. El capitán Karns, siempre entre los primeros en el peligro, mandaba a los perseguidores. La acción en la trinchera duró pocos momentos; algunos de los nuestros pelearon individualmente y no teniendo la ventaja de las ballonetas por parte nuestra, nuestros rifleros usaban de sus armas como de masas de guerra, rompiendo varias de ellas para abrir brecha. La derrota comenzó como a las cuatro y media, y el alcance por el cuerpo principal del ejército, continuó hasta oscurecerse. Entonces se puso una guardia para cuidar el campo enemigo, y nuestro ejército volvió con sus muertos y heridos. En la acción, nuestra pérdida fué de dos muertos y 23 heridos, de los cuales 6 mortalmente. La pérdida del enemigo fué de 600 muertos, en-

Digitized by Google

tre los cuales se hallaban un general, 4 coroneles, 2 tenientes coroneles, 7 capitanes y un cadete. Prisioneros 730: el Presidente general Santa Anna, general Cos, 4 coroneles, ayudantes del general Santa Anna, 6 teniente coroneles, y el secretario particular del Gral. Santa Anna, se incluyen en el número. El general Santa Anna no fué tomado hasta el 22, y el general Cos hasta ayer, habiendo escapado muy pocos. Se han recogido como 600 fusiles, 300 sables y 200 pistolas desde la acción acá: se tomaron igualmente lagunos centenares de mulas y caballos, y como 12,000 pesos. Por algunos días antes de la acción, nuestras tropas han tenido que hacer marchas forzadas y que sufrir fuertes aguaceros, con el inconveniente grave de caminos excesivamente malos, mal provistas de raciones y vestuario. Sin embargo en medio de las dificultades se han conducido con sufrimiento y resignación; y han verificado sus marchas con presteza y actividad, sin notarse murmuración alguna. Antes y después de la acción, mi estado mayor se manifestó siempre dispuesto a ser útil y se hallaba llenando sus deberes. En el conflicto se me ha asegurado que los individuos que lo componen, se condujeron de una manera digna de pertenecer al ejército de San Jacinto. El Coronel Tomás J. Rusk, secretario de la guerra, se halló en el campo. Hacía algunas semanas que sus servicios eran de la mayor utilidad al ejército. En la acción se halló en la ala izquierda, en donde el coronel Sherman se encontró con el enemigo y lo desalojó: se condujo con denuedo y continuó sus esfuerzos con actividad, permaneciendo con los perseguidores hasta que cesó toda resistencia.

Tengo el honor de transmitir una lista de todos los oficiales que se hallaron en la acción, que respetuosamente pido se publique como un acto de justicia hacia los individuos. Por lo que toca a la particular recomendación del general en jefe, hacia la conducta de los que mandaron en la acción, o hacia los que fueron mandados, es cosa que sería imposible. El resultado de la acción es una prueba conclusiva de la intrepidez y valor con que se condujeron, todos los oficiales y soldados manifestaron que eran dignos de la causa que defendían, en tanto que el triunfo recibió lustre, por la humanidad con que caracterizó su conducta después de la victoria, y que tan justamente los hace acreedores a la admiración y gratitud de su general. Tampoco debemos omitir el tributo de nuestro profundo reconocimiento, hacia el Supremo Ser que dirige los destinos de la nación, y que en el tiempo más afligido, nos concediese detener el brazo de un poderoso invasor cuando, se hallaba desvastando nuestro país.

Tengo el honor de ser con alta consideración, vuestro obediente servidor.

Samuel Houston,
Comandante en Jefe.

"El Cosmopolita" México, miércoles 12 de abril de 1837. Tom. II Núm. 22. PARTE OFICIAL—Gobierno General. Secretaría de Guerra y Marina. Sección Central. Mesa primera. Núm. 6 Traducido. Parte de Houston.

Digitized by Google

Mayoria Grãb. Ded. Ejercito

Relacion de los Gefes y oficiales que cayeron prisioneros en la accion de San Fausto el 21 de Abril de 1836.

Grados	Clases	Nombres	Heridos
		El Presidente	
Gral.	Coron.	D. Martin Cos	1
	Coron.	D. Geronimo Calzada	1
Coronel	Teniente	D. Juan Bringas	1
D.	D.	D. Manl. Portilla	1
	Coron.	D. Jose Ma. Bonilla	1
	D.	D. Manl. Cepeda	1
	Tenl. Coron.	D. Cayetano Gonzalez	1
	D.	D. Pedro Delgado	1
	D.	D. Vicente Cerbantes	1
Tenl. Coron.	1er. Ayud.	D. Felipe Bonilla	1 herido de gravedad
D.	Capitan	D. Jose Castillo Blanco	1
D.	D.	D. Fernando Cuevas	1 herido D.
	Capitan	D. Jose Pillo	1
	D.	D. Juan Bonilla	1
	D.	D. Mig. Ruiz de Bachiller	1
	D.	Campos	1
Tenl. Coron.	Capitan	D. Nicolas Elosua	1
	D.	D. Lorenzo Otero	1
	D.	D. Jose Ma. Palacios	1
Tenl.	D.	D. Salvador Mugica	1
	D.	D. Jose Ma. Villafañe	1
	D.	D. Jose Ma. Avila	1
		Estrada	1
		Gonzalez Vega	1
	Teniente	D. Juan Arias	1
		Arnal	1
		Sanchez	1 herido
		Sumas	1

Digitized by Google

Grados	Clases	Nombres	Reunion
		Suman los de la B.ª 29	
		Villa Señor 1	
		Benero 1	
		Calatalliva 1	Juardo
		Carrion 1	
		Vega 1	
		Ortega 1	
		Cabanna 1	
		Nieto 1	
		Castro 1	
		Herara 1	Juardia de una Bayona
		Corio 1	
		Portas 1	30
		Dias 1	
		Alcantara 1	
		Casanz 1	
		Diaz 1	
		Pereira 1	
		Castellano 1	Juardia
		Vergen 1	
Cadete		Aguirre 1	
Secretario de S.S. Gramon Carlo			1
Padre Capellan			1
		Suma 50	

Mallorca Julio 6 de 836

Digitized by Google

Hubo dos tratados: uno PUBLICO y el otro SECRETO. Copias de ambos se hallan en el tomo XXIX páginas 158-161 de DOCUMENTOS INEDITOS O MUY RAROS PARA LA HISTORIA DE MEXICO por Genaro García, México, 1910.

DR. A. F. PRADEAU
P. O. Box 547
LA CRESCENTA, CALIFORNIA
U. S. A.

Digitized by Google

tratadas: uno PUBLICO y el otro SECRETO. Copias de
hallan en el tomo XXIX páginas 159-161 de DOCUMEN-
TOS O LUY RAROS PARA LA HISTORIA DE MEXICO por
arcía, México, 1910.

DR. A. F. PRADEAU
P. O. Box 547
LA CRESCENTA, CALIFORNIA
U. S. A.

Digitized by Google

Copia del Tratado ó convenio efectuado por S-A con Dario G. Burnett, el 14 de Mayo 1836 en 6 Cláusulas, Vease México a Través de los Siglos IV: 372 - Prados.

Copia de la órden expedida por Santa Anna a Filisola para efectuar la retirada - Seguida de una nota Particular - Vease México a Través... IV: 371.

ANEXO Nº 21

Copiado del Manifiesto del Excmo. Sr. general Santa Anna p. 27.

Era para mi cierto, que si en los primeros instantes del desorden que produce una desgracia de tal tamaño, como la de San Jacinto, debían suspenderse un tanto las operaciones de nuestras tropas, reanimando el coraje del soldado con la honrosa idea de vengar el reciente ultraje, y convenciéndolo de que la superioridad y la justicia estaban de su parte, se debía y se podía atentar con éxito, un nuevo ataque al enemigo. A la vista de una triple fuerza, como podía presentarse, y en virtud de una intimación que debió hacerse y no se hizo, se hubieran sin duda respetado nuestras vidas, lo que no era verosímil, aunque así sucedió, que acaeciera, dejándosenos abandonados a la clemencia, o al interés de nuestros contrarios. Sin embargo la retirada del general Filisola no podía reconocer otro origen que un concepto contrario al mío sobre este punto: y así en su contestación a mi oficio de 22 me decía que sólo una consideración a mi persona, un deseo de salvar mi vida y la de los demás prisioneros la impulsaba, aunque conociendo las ventajas que de la continuación de las hostilidades pudieran venir a nuestro ejército; yo grabé en mi corazón con una gratitud indeleble un motivo que tan noble debió parecerme, y aunque después aquel general en vista de la pública desaprobación de ese paso, lo haya atribuído a otras causas, la única verdadera es aquella a mi juicio y ese respeto, contendría siempre mi opinión sobre él dentro de mi pecho, a no ser por lo que se ha ofendido mi honor después, al designarlas, en cuanto es relativo a la situación en que el ejército estaba bajo mi mando. Se ha hecho mucho mérito de la falta de recursos: y me avergüenzo de decir que no pareció oportuno por falta de víveres hacer emprender un movimiento sobre S. Jacinto, a un ejército que se hallaba a dieciséis leguas, que ha sido siempre justamente admirado por su sufrimiento en todo género de privaciones, cuando tenía carne en abundancia y otras provisiones, a la vez que esperaba otras no de lujo, mas sí las bastantes para no perecer de hambre, como las tuvo en su retirada hasta Matamoros, es decir: para retroceder cerca de doscientas leguas. Dos días hubieran bastado para que solo las fuerzas reunidas en Thompson, dejándose orden al general Urrea de cubrir el paso, o todo el ejército, ya que se quería reunir, mandándose a aquel general pasar el río en Brazoria, hubieran dado un golpe al enemigo que hubiera reparado fácilmente la desgracia del veintiuno. La posición del ejército más allá del Brazos hubiera estado exenta de los obstáculos que el terreno le presentó para retirarse, después del temporal del día veintisiete, en cuya fecha el enemigo debía estar destruído y en nuestro poder los víveres que

Digitized by Google

yo saqué de Nuevo Washington y cayeron en el suyo. Aun cuando no fuera por otras razones, esta última debió a mi juicio decidir al general que me sucedió en el mando a atentar un ataque, y me lisonjeo, con riesgo de parecer presuntuoso, de que si yo hubiera podido llegar a Tompson como quería, antes de tres días la victoria hubiera vuelto a nuestras filas. No sin asombro escuché después la noticia del movimiento retrógrado, tan contrario a mis verdaderos deseos, que tan precipitadamente se emprendió y permítase ahora a mi amor propio una comparación, cuya ociosidad no recaerá sino sobre quien primero las hizo. El veinte de abril la mayor parte del ejército que había pasado el Colorado estaba reunido: dos fracciones suyas eran bastante numerosas, a no haber sido por una desgraciada cadena de casualidades, para batir al enemigo y auxiliarse entre sí: habíamos tenido víveres, municiones y demás pertrechos bastantes y aun más de los necesarios: habíamos vencido en cuantos encuentros se nos presentaron: nuestras líneas a retaguardia y por los flancos estaban cubiertos; y desde el momento que caí prisionero el ejército retrocede, los víveres faltan, se abandonan nuestras posiciones y va a concentrarse el ejército a doscientas leguas de el lugar donde debía operar y donde dejaba seiscientos prisioneros en el abandono más completo, entregados a su propia suerte ¿cuándo cumplió mejor el ejército con su objeto y con sus deberes? Previ pues el desconcierto del momento en las tropas del ejército, y aproveché la oportunidad de la proposición de Houston, con que logré asegurar, como antes he dicho, en favor de ese mismo ejército el tiempo necesario para volver sobre sí, por medio de un armisticio que concluí y del que solo se aprovecharon nuestras tropas para retirarse sin ser molestadas. Todo cuanto a favor de los prisioneros se hizo por parte del jefe en quien recayó el mando, se redujo a enviar al general Woll como parlamentario, no a concluir el armisticio, o más bien a celebrarlo, como era debido, puesto que un prisionero era el que lo había convenido, sino sólo a tomar informes y a conducirlo, y cuando ese general fué detenido y tratado sin consideración a la calidad con que vino, ni la más pequeña reclamación se hace y se le olvida completamente, de manera que sólo contaba con los esfuerzos del general prisionero para ser respetado. A ese mismo general dí de palabra por no comprometerlo, una instrucción de lo que debía hacerse en el ejército a mi juicio, contando por supuesto con que al enemigo no se dejaría gozar de su triunfo, dándole un papel en que decía deberse creer cuanto de mi parte dijese. En nada sin embargo se pensó sino en la retirada, llegando el temor al extremo de poner en libertad, o dejar escapar los prisioneros tejanos que había en nuestro ejército en número de más de ciento[1] sin procurar su canje con los nuestros, que habían caído en San Jacinto y de abandonar nuestros enfermos, de manera que la proximidad del ejército, la demostración de operar, la dignidad del jefe en no dejarse avasallar por un revés, todo en fin cuanto pudiera alentar a los que estábamos prisioneros y hacernos alzar la voz en defensa de la justicia, nos faltó y quedamos a merced del vencedor, entre una chusma indisciplinada, aunque con todo el orgullo de tan importante como abandonado triunfo.

Digitized by Google

1 **Yo (habla el general José Urrea en su Diario de las Operaciones Militares), puse un oficio al general Filisola en 22 de Abril para que fueran puestos en libertad ¿pero podía ocurrirme nunca que se entendiera ésta sin siquiera procurar, ya que no se lograse, obtener un canje?**

ANEXO Nº 22

Ejército de Operaciones.—Excmo. Sr.—Ayer tarde llegué a este punto con la parte del ejército de operaciones, que por el triste acontecimiento del día 21 del próximo pasado abril quedó a mis órdenes, cuya fuerza manifiesta el estado núm. 1 que tengo el honor de adjuntarle para el debido conocimiento de S. E. el Presidente interino.

En mi último parte al Gobierno fecha 28 del mismo abril desde la orilla del río San Bernardo, indiqué a V. E. que con oportunidad impondría al Gobierno más altamente de los motivos que —**aún sin mediar las insinuaciones del Excmo. Sr. Presidente**—,me impelían a verificar un movimiento retrógrado hacia este rumbo; ahora que puedo verificarlo procedo a hacerlo.

Como dije a V. E. en mi primer parte fecha 25 del anterior, S. E. el Presidente pasó la orilla izquierda del río Brazos por el paraje llamado Old Fort el día 15 del mismo, y en seguida marchó sobre Harrisburg con el batallón de Matamoros, las compañías de preferencia de Guerrero, primero activo de México y de Toluca, una pieza de a seis y setenta caballos escogidos, dejándome prevenido despachase al general Cos con 500 hombres y dos piezas sobre el fuerte de Velasco. El 17 recibí de S. E. orden para que la fuerza que debía llevar el Sr. Cos, sólo debía constar de 200 hombres, y el 18 otra, en que se me previno, que el mismo Sr. Cos se le fuese a reunir con 500 infantes y 50 cajones de cartuchos de fusil; lo que quedó verificado en el día, con los restos del Guerrero, Toluca, el batallón de Aldama y dos compañías del de Guadalajara.

—**S. E. se prometía dar el último toque a su obra, pues la completa ocupación de Texas parecía estar ya llevada a puro y debido efecto. El ejército había tomado el fuerte del Alamo, batido y destruído la mayor parte de las fuerzas que el enemigo llamaba de línea, tomado un número considerable de artillería, fusiles y municiones, pasado tres ríos caudalosos, y estaba animado en medio de la hambre y la desnudez, de un celo ardiente en favor del sostén de la integridad de su suelo patrio**:— un poco más de calma, hubiera coronado indudablemente sus heroicos esfuerzos y padecimientos.

Me hallaba el 23 en la tarde concluyendo la operación de hacer pasar el **mismo río a la sección con que el señor general Gaona debía marchar a Nacog**doches, cuando se me presentó un soldado presidial con un papelito, escrito con lápiz, del señor coronel don Mariano García, primer ayudante de Guerrero, en

Digitized by Google

que me participaba la ocurrencia desgraciada del 21 en la tarde; a poco llegaron algunos dispersos y entre ellos el capitán del regimiento de Tampico, don Miguel Aguirre, herido en la acción en un muslo de bala de rifle, quien expuso haber sido completa la derrota, y que la existencia del Presidente era cuando menos dudosa; tal noticia me hizo suspender al momento la continuación del paso del río, por la fuerza que debió llevar el señor Gaona, y mandar una descubierta de caballería hacia el rumbo en que había sido el combate, tanto para adquirir noticias de la existencia cierta del Presidente, cuanto para proteger los dispersos que fuesen llegando; pero los enemigos habían quemado un puente que era el único camino de retirada, y de consiguiente fué nada o muy poco lo que se adelantó en ambas miras, pues todos habían sido muertos o prisioneros. La alarma y desaliento fué general en todas las clases, pues era creíble que todos los prisioneros incluso el Presidente hubiesen sido fusilados en represalia de la conducta observada en Béjar y Goliad con los suyos. La situación que el ejército guardaba en Old Fort era de las más comprometidas; el campo estaba situado en un ángulo entrante hacia la orilla izquierda del río, el desembarcadero en aquella está rodeado de un bosque espeso de robles, desde el que podían los enemigos herir sin ser vistos, y el borde o margen del río domina la derecha, desde donde era preciso sostener los que fuesen atacados del otro lado: por otra parte, el río puede ser pasado por varios puntos a poca distancia, más arriba o más abajo, y en ese caso, las fuerzas que allí estaban se hubieran podido ver comprometidas en un saco, como suele decirse; era muy urgente salir de aquella posición falsa, hacer repasar el río al general Gaona, reunir las fuerzas que mandaba el general Urrea que estaba en Brazoria, y tomar las medidas conducentes a la seguridad de todos, lo que quedó verificado el 25 en la habitación de madama Pawel, a cinco leguas de Old Fort.

La marcha del ejército había sido hasta la orilla derecha del río Brazos, a manera de un torrente; se había sólo cuidado de ir adelante para vencer: la tropa había con una heroicidad inimitable arrostrado toda clase de privaciones y fatigas, destruído su vestuario en los pasos de los ríos, las composiciones de los caminos, y en las largas y penosas marchas que había efectuado sin descanso alguno y sin siquiera poderse lavar un día; la mayor parte de los soldados estaban descalzos, faltos de abrigo y de todo lo más preciso para hacer sufrible una campaña a distancia tan inmensa: hacía muchos días que no comían galleta, y desde Monclova sólo habían recibido media libra de ella o de totopo: la oficialidad carecía de todo: una carga de maíz llegó a venderse al exhorbitante precio de noventa pesos; una torta de pan ha costado tres; una tortilla dos reales; por un piloncillo ha habido quien ha dado veinte reales, y por un cuartillo de aguardiente ocho pesos: tenía dos ríos caudalosos a la espalda sin ningún destacamento que los cuidase, porción de enfermos sin facultativos, sin medicinas y sin esperanza de poderse proveer de nada en el dilatado desierto en que me hallaba, cuyas pocas habitaciones y víveres habían sido reducidos a cenizas por sus mismos dueños, y yo ignoraba el plan de campaña que se había propuesto el Presidente, por que S. E. a nadie lo había confiado. La situación

Digitized by Google

del ejército, era pues, bajo todos aspectos la más lamentable y desalentadora, aún para los hombres más intrépidos e irreflexivos. Puedo asegurar a V. E. que aun triunfante y sin la desgracia del día 21, muy poco hubiera mejorado el ejército su triste situación.

El enemigo posee tres stimboats y varias goletillas, con las que situado en Galveston y la isla de la Culebra, hubiera podido impunemente hacer incursiones río arriba sobre nuestro flanco derecho y retaguardia, y también poner en riesgo nuestros destacamentos del Cópano, Goliad y Matagorda, porque la estación de las aguas nos hubiera dejado aislados entre el Trinidad y Brazos, y éste mismo y el Colorado, imposibilitándonos de darles prontos auxilios y cortarnos nuestras comunicaciones para recibir víveres. La ocupación de Texas le será siempre fácil a la República mexicana; pero su conservación a mi modo de ver, exige medidas muy distintas de las adoptadas en esta campaña; debe ser obra del juicio, la prudencia, constancia e inmensos sacrificios de parte de la hacienda pública; lo contrario no producirá más que ventajas del momento, gastos muy crecidos y desenlaces vergonzosos.

Convencido, pues, de la situación en que me hallaba, quise oír la opinión de los generales mis compañeros de armas, los reuní, y unánimemente convinieron en que era preciso repasar el río Colorado, establecer nuestras comunicaciones con el interior de la República, y esperar los auxilios del Gobierno y sus posteriores determinaciones, en vista de la desgracia ocurrida y del estado en que se hallaba el ejército en todos los ramos. En consecuencia, dispuse el movimiento retrógrado para el paso llamado del Casey, con dirección a esta villa, haciendo marchar con una jornada de anticipación al coronel don Francisco Garay para que se construyesen algunas balsas u otros medios convenientes al paso del río. El día 27 salí de la habitación de Madame Powel, para los arroyos de San Bernardo, y me hallaba a las dos de la tarde pasando el primero de ellos, cuando se soltó una copiosa lluvia que continuó hasta el día siguiente. El ejército pasó la noche en una laguna sin tener dónde sentar un pie que no fuese agua: el día siguiente continué la marcha al segundo arroyo, llevando la tropa el agua a media pierna todo el camino: llegando a aquel lo encontré invadeable por la creciente que había ocasionado la lluvia, y los prácticos aseguraron que tardaría lo menos ocho días en bajar, y que después era preciso atravesar un bosque de cinco leguas, lleno de carrizales y ciénegas, de los que difícilmente, de resulta del temporal, se podría salir. En tal concepto, y no debiendo perder momento en asegurarme un paso sobre el Colorado, me decidí a dirigirme al paraje llamado el Atascosito. **En la misma tarde recibí la plausible noticia de la existencia del Presidente,** que tuve el honor de remitir a V. E. en copia: mas como el movimiento emprendido era el resultado de la situación en que se hallaba el ejército, lo continué el día 29 que campé junto al mismo arroyo que había pasado el 27; aunque cosa de tres leguas más arriba, camino para el paso del Atascosito. Todo el terreno comprendido entre los ríos Brazos y Colorado, es de tal manera bofo, que a poco llover se ponen los caminos y los campos inandables, al extremo de sumirse los animales hasta el pecho,

Digitized by Google

así es que, esa noche volvimos a pasarla sumidos en el fango; el día 30 volví a emprender la marcha, y desde la mañana hasta la noche apenas pudimos adelantar cosa de una legua. Las mulas de carga se quedaron clavadas en el lodo sin poder moverse, las ruedas de los carros se enterraban hasta más arriba de las masas, y los caballos y los hombres no podían dar un paso porque no tenían en qué afianzar los pies. La noche fué horrorosa; artillería, caballería, mulas de carga, enfermos, todo cuanto acompañaba al ejército se hallaba confusamente amontonado, sin distinción alguna y sin poder moverse del lugar en que les cogió.

Con inmenso trabajo apenas se pudo conseguir reunir las brigadas de infantería y formarlas en un paraje que al parecer estaba menos atascoso; mas el peso de los hombres bien pronto hizo conocer que toda la superficie del campo era igual y la tropa se hundió hasta media pierna; para colmo de miseria no había una sola astilla de leña para hacer los ranchos, y de consiguiente menos para las lumbradas. Esta falta me hacía temer mayores males, y que la tropa echase mano indistintamente de baúles o cajas de municiones para calentarse; merced al celo de los generales, jefes y oficiales, y al sufrimiento sin igual del soldado mexicano ningún desorden se originó en toda la noche. La mañana del día primero de mayo presentó a mis ojos un cuadro verdaderamente horrible, y que sólo habiéndolo visto se puede creer, porque no es posible se lo imagine quien no tiene conocimiento de la topografía de Texas, de la calidad de su superficie, y de la inconstancia de su clima en continua alternativa de frío, calor, nieve, lluvias y huracanes espantosos. La posición del ejército en esta mañana era sobre la orilla derecha del arroyo principal de los varios que forman el río San Bernardo, y entre los dos caminos que vienen de San Felipe de Austin para Béjar y esta villa, que se hallan marcados en el mapa de Texas de 1833; todos los arroyos estaban crecidos, de manera a no prestar paso antes de ocho o diez días y no quedaba otra salida que la del camino que conduce al paso del río Colorado llamado del Atascosito; el terreno intermedio de los repetidos arroyos es cienegoso y de la misma calidad del en que estábamos campados: nos faltaban para el mencionado paso del río cinco leguas: cañones, carros, mulas, municiones y hombres, nos hallábamos enterrados en el lodo. Todos los víveres que tenía la proveeduría del ejército consistían en algunas fanegas de frijol y sal, y para colmo de desgracia, no existía allí otra leña, como arriba dije, que las cureñas, los carros, los baúles, las cajas de municiones y las de los fusiles. En el ejército estaba picando ya la desinteria, y nos hallábamos sin medios de curación y sin facultativos: no quedaba, en fin, más alternativa que la de perecer de hambre o de abandonarlo todo salvando sólo los hombres. El día antes me había visto en la necesidad de aligerar los carros de conducción, haciendo cargar los fusiles y sacos a tierra que venían en ellos, a los soldados que ya estaban sin fuerzas por la falta de alimentos, y sin embargo dichos carros vacíos no pudieron llegar al paraje donde hicimos noche, sino después de las cuatro de la mañana. Si los enemigos en aquellas circunstancias críticas se nos atravesaban sobre el único camino que nos quedaba, no

Digitized by Google

había otro arbitrio que el de morir o rendirse a discreción, porque ni un solo fusil estaba capaz de hacer fuego, y casi todas las municiones mojadas: ¡qué diferencia de situación la de diez días antes! —**Para precaver un lance verdaderamente comprometido y vergonzoso, había hecho adelantar por la mañana al señor general Urrea, con su brigada para el Atascosito—**, quien en el día se había posesionado de él y procurando algunos medios de pasar el río; pero al ejército y al inmenso cargamento de municiones y equipajes, le era imposible llegar a aquel punto ni en cinco días después, por el mal estado del terreno, y por otra parte era imposible subsistir tanto tiempo sin comer. Me determiné pues, a pasar adelante con todo lo que pudiese seguir, que eran puramente los hombres, y dejar todo lo demás fiado al celo e incomparable infatigabilidad del teniente coronel don Pedro Ampudia, comandante general de artillería, con piquetes de tropa de todos los cuerpos, para que lo auxiliasen en el trabajo. Al anochecer campé una legua distante del Atascocito; la tropa pudo comer carne asada, y al día siguiente hice llevar leña y carne al teniente coronel Ampudia. El temporal amenazaba continuar todavía, y me hacía desesperar de poder salvar el cargamento, y artillería. El día 2 se presentaron como 300 enemigos a la retaguardia de nuestras diseminadas piezas y cargamento y entraron en contestación con Ampudia, quien podía por entonces en un pequeño trecho medio practicable hacer maniobrar dos piezas de a cuatro, únicas que había podido desenterrar, y como cien infantes; pero aquellos indicaron tener orden de no hostilizar y sólo agitar nuestro paso del río Colorado. Ampudia me dió parte de esta ocurrencia, y como yo no quería comprometerme en nada directamente de lo que los sublevados hubiesen convenido con el Presidente, sólo contesté con evasivas para salvar todo lo que podia y pasar el río. A ninguno de los que han hecho la guerra por corto tiempo que haya sido, se ocultará cuán difícil y comprometida es esta operación al frente del enemigo, aun en las circunstancias más ordinarias; pero en la que yo me hallaba era verdaderamente horrible. En fin, gracias a la constancia e infatigabilidad del señor Ampudia, a la de los señores generales, jefes y oficiales; heroicidad y sufrimiento del soldado mexicano, que por igual trabajaron incesantemente como otros tantos gañanes, esta operación quedó concluída el día 9 sin más pérdida que los doce carros de conducción, la fragua y una cureña sobrante, que no fué posible arrancar del fango, porque ya ni los hombres ni las bestias tuvieron fuerzas suficientes para hacerlo, porque dichos carruajes se hallaban ya en muy mal estado de servicio por las largas marchas que había hecho, y porque en fin, en todo el intermedio de este punto del río Colorado, no existen ningunos medios de subsistencia por estar desierto el país, y me era de absoluta necesidad llegar pronto hasta esta villa y facilitármelos, aunque por desgracia no he encontrado más de carne, un poco de arroz y muy poco de frijol. Hoy mismo, Excmo. Sr., se ha vendido aquí a peso el cuartillo de maiz, al mismo precio un piloncillo, y en tres pesos una torta de pan de a libra y media; la carestía es general en todo, si se exceptúa la carne.

El ejército, como ya dije, se halla desnudo, el armamento arruinado, las mu-

Digitized by Google

niciones de todas clases en muy mal estado, la caballada y mulada en extremo maltratada; no tenemos facultativo, ni un botiquín; estamos amenazados de una epidemia por la estación y los innumerables trabajos que el ejército ha pasado, y si esta desgracia se llega a verificar, los hombres perecerán sin el menor auxilio, en medio del desaliento y del abandono, sin siquiera el consuelo de los auxilios espirituales, pues no tenemos un solo capellán que nos diga misa. La mole inmensa del cargamento es increíble, el ejército ocupa tres veces más mulas de carga de las que le corresponden; debido este desorden a la mala organización y administración que se le dió desde el Saltillo, es un inmenso convoy que tiene el duplo de personas consumidoras que de armas llevar; porque, repito, que sólo se pensó en ir adelante y nada más: necesita pues reorganizarse, descansar e instruírse, por ser la mayor parte reclutas que apenas saben llevar el fusil al hombro. Sin embargo, está animado de los mejores sentimientos nacionales, y deseoso de llevar al cabo las órdenes del Supremo Gobierno, si se le facilitan los medios, porque de lo contrario se verá en la necesidad de continuar su retirada. El punto de Matagorda estaba guarnecido por el batallón de Tres Villas y una pieza de doce, a las órdenes del coronel graduado don Agustín Alcérrica, quien noticioso de la ocurrencia del Presidente, lo abandonó precipitadamente dejando comprometido parte de su batallón, y al capitán de ingenieros don Juan Olcínger, quien se embarcó en un chalán con la pieza, tres artilleros y varios prisoneros, y aun no he tenido noticia de él, habiendo sobrado tiempo para que hubiese abordado al Cópano u otro punto de esta costa. La tesorería no tiene un peso; el Gobierno remitió dinero a Matamoros para el ejército, pero aquel comandante general lo ha retenido, y todavía no ha hecho remisión de un solo real, aunque muchos ofrecimientos. Como **—estas últimas ocurrencias pudieran ocasionar algunas novedades en el puerto de Matamoros o sus inmediaciones, he hecho marchar al señor general Urrea con 800 hombres, lo que apreciaré merezca la aprobación del Supremo Gobierno.—**

Tengo el honor de acompañar en copia número 2 la última comunicación que recibí de S. E. el Presidente, a fin de que sirviéndose V. E. dar cuenta con ella al Excmo. Sr. Presidente Interino haga de ella el uso que convenga, en la inteligencia que yo no he de obedecer ninguna orden que no sea comunicada por el conducto de la Secretaría de su cargo, único legal que hoy reconozco; y en la de que si el ejército se retira de estos puntos, es también preciso abandonar a Béjar y no dejar ninguna fuerza en ella comprometida a sufrir un segundo desaire por querer mantener un punto del todo insignificante.

Es adjunto el estado general con que hoy se halla el ejército entre este punto, el de Béjar y los distintos destacamentos que tiene, incluso la fuerza con que el general Urrea ha marchado a Matamoros.

Tengo el honor, Excmo. Sr., de reiterarle las protestas de mi mayor consideración.

Dios y Libertad.—Guadalupe Victoria, mayo 14 de 1836.—**Vicente Filisola.** Excmo. Sr. Secretario del Despacho de la Guerra y Marina.

Digitized by Google

Copiado íntegramente del "Diario de las Operaciones Militares de la División que al mando del General José Urrea hizo la Campaña de Texas", Victoria de Durango, 1838.—pp. 65 a la 71 inclusive.

ANEXO Nº 23

Copiado del diario del señor de la Portilla.

Abril 22.—Llegó a este punto el capitán del regimiento de Tampico, don Miguel Aguirre, que había ido con S. E. el general en jefe, participando que había sido derrotado con toda su fuerza y también la del general Cos. (¡Gran movimiento en el campo aunque se trató de ocultar la noticia!) Toda la noche la pasó el ejército sobre las armas; todos los señores jefes y oficiales durmieron en sus respectivos puestos.—Supliqué al señor general Filisola me diese algún destino, pues no lo tenía en el ejército.—Me contestó permaneciese a su lado. Lo efectúe.—Todos los señores generales que allí se encontraron, jefes y algunos oficiales ansiaban por la división del general Urrea, como apoyo fuerte.—Me hicieron muchas preguntas sobre su estado y fuerza de que se componía.—Les contesté lo que sabía, manifestándoles que ciertamente y sin tratar de agraviar a nadie era una columna de valerosos mexicanos, enorgullecida por muchos y repetidos triunfos.—Noté la mayor decisión en este día desgraciado en mis amigos el señor coronel Ampudia y capitanes de zapadores Peña (don José Enrique de la), Ricoy y el mayor de este cuerpo don Rómulo Díaz de la Vega, que eran los únicos con quien yo hablaba por mis relaciones de amistad.

Abril 23.—Comencé a oír hablar entre algunos señores de clases superiores muy mal de S. E. el general en jefe, tratándole de loco, capitán de cazadores y otros epítetos muy impropios, que decían porque lo veían en la desgracia; los mismos que ocho días antes lo adulaban con bajeza.—Me propuse no seguir mi apunte que llevaba por pura curiosidad y para mi sólo uso; por no apuntar delitos y no hacer oficios de corchete.—**En este día malhadado se mandó quemar el único chalán que había para pasar el río, que pudo haber servido para salvar algunos dispersos** y se cometieron otros excesos que omito por no convertir mi diario en causa criminal.—Por último, como ignoraba la suerte de un hermano mío que había ido con S. E. el general en jefe, supliqué me dejasen pasar el río Brazos con cuatro dragones con el objeto de cerciorarme de su suerte.—Se me negó.—Supliqué también se dejasen en este lugar, antes de abandonarlo, unas pacas de algodón que en él había, porque la voz de la naturaleza no me engañaba: podía llegar a este lugar el citado mi hermano u otro cualquiera y salvarse.—También se me negó y se les manda prender fuego.—Aquí concluí, al emprender la célebre retirada todo el ejército, de la que no faltará quien apunte sus pasos y tenga la cabeza más fresca.

Nota: Extracto del Diario de las Operaciones Militares de la División que al mando del General Urrea hizo la Campaña de Texas.—Nº 34, p. 92/3.

Digitized by Google

ANEXO Nº 24

DOCUMENTO I

Sección Primera de la División Urrea.—El Excmo. señor general en jefe segundo del ejército de operaciones me dice desde el paso de Old Fort con esta fecha lo que copio.—Al señor general don José Urrea, jefe de esta división digo hoy en el pliego que acompaño a V. S. para que se lo dirija con la mayor diligencia, que es absolutamente preciso que en el momento que reciba éste, y sin hacer ningún alto se dirija a este punto con todas las fuerzas que vienen a sus órdenes; más habiendo sabido que el señor Urrea se ha adelantado, y siendo absolutamente importante la muy pronta reunión de esa fuerza, prevengo a V. S. que, **sin esperar órdenes de su general y en el mismo momento,** contramarche hasta este punto, con toda la fuerza que va a sus órdenes, dándole parte a su general de esta orden al remitirle el pliego mencionado; en el concepto de que V. S. es responsable al cumplimiento de esta orden".—Lo inserto a V. S. poniendo en su debido conocimiento que en este mismo momento emprendo mi marcha con todas las fuerzas que V. S. puso a mis órdenes, quedando en este punto únicamente la escolta de V. S. para que continúe la marcha cuando V. S. lo verifique.—Reproduzco a V. S. mis respetos y singular aprecio.—Dios y Libertad.—Columbia, abril 27 de 1836.—José Mariano de Salas.—Sr. general en jefe de la división de operaciones sobre Brazoria D. José Urrea.

DOCUMENTO II

Ejército de Operaciones.—Principal.—Es absolutamente preciso que V. S. en el momento que reciba éste, y sin hacer alto alguno, se venga a este punto con todas las fuerzas que trae a sus órdenes, pues así interesa al mejor servicio de la Nación.

Dios y Libertad, Old Fort, abril 23 de 1836, a las tres de la tarde.—Vicente Filisola.—Sr. general don José Urrea.

ANEXO Nº 25

PROTESTA DEL GENERAL URREA

Excmo. Sr.—Desde la misión del Refugio, en oficio de 17 de mayo último, manifesté a V. E. lo interesante que en mi concepto era, que el ejército de operaciones sobre Texas, se conservase en la línea del río de San Antonio, en donde contaba con la población de Béjar, fortificaciones del Alamo y Goliad, y

Digitized by Google

a más con el puerto de Cópano, sin separarse de aquella línea sin expresa orden del Gobierno Supremo de la Nación, pues era la única que nos convenía, después de abandonado el Río Colorado, en donde creí que V. E. hubiese situado al ejército, como me lo indicó en la casa de Madame Powell cuando me reuní allí a V. E., después de haber emprendido su retirada del Río Brazos, de resultas de la desgracia que sufrió la fuerza que se adelantó a las órdenes de S. E. el primer jefe del ejército.

En Guadalupe Victoria, antes de emprender mi marcha para este punto, hablé largamente con V. E. sobre este mismo asunto, y consentí que V. E. quedaba convencido por mis reflexiones, de lo urgente y necesario que era mantener en defensa la referida línea, hasta tanto el Supremo Gobierno dictaba sus superiores resoluciones, sobre la conducta que debía seguirse por nuestras tropas.

Después de todo esto, Sr. Excmo., veo hoy con dolor, que el ejército viene marchando hacia esta ciudad. Yo, como general del ejército mexicano, y como comandante de una de las divisiones del de operaciones en Texas, creería faltar a mis deberes, si disimulara a V. E. mi opinión y sentimientos con respecto a los movimientos de éste; y al hacerlo protesto a V. E., que no me dirige otro móvil, que el natural y laudable de no contribuir por mi parte, a lo que considero debe afectar el honor y buen nombre, a la vez que producir a la Nación males sin cuento, que la imaginación menos viva se estremecerá en anticipar.

Para continuar explicándome con la claridad necesaria y no dar lugar a que en algún tiempo interpreten mis conceptos, me es forzoso, Excmo. Sr., volver la vista a los días muy recientes en que todo nos presagiaba la feliz terminación de la guerra más penosa que quizá han sostenido las armas mexicanas. Batido un enemigo aleve y traidor en cuantas acciones osó presentar la cara, perdidas sus principales fortalezas, estrechado a abandonar sus hogares e intereses, ocultando sus familias en los bosques, y reducido el mismo a un número insignificante, sin disciplina ni instrucción, ni jefes que sepan conducirlo; un suceso inexplicable hasta ahora para nosotros no menos que desgraciado, no ha podido, sin embargo, hacerlo fuerte, pues a V. E., es constante que después de aquel triunfo ha cifrado su seguridad en la suspensión de las hostilidades, dispersándose casi toda su fuerza, aterrorizada de sus propias pérdidas.

¿Qué se dirá de nosotros, Excmo. Sr., cuando se sepa que el ejército mexicano en Texas, ha dado al enemigo el ejemplo de pusilanimidad, pues reunido en más de cuatro mil hombres con una artillería considerable, y cubiertas sus conquistas, no emprendió el menor movimiento para atraer la fortuna a su lado, ni se cerciora siquiera de la suerte de su digno primer jefe, recogiera sus dispersos y volviera a sus armas el lustre que hasta la aciaga jornada del 21 de abril, habían tenido, sino que al contrario abandonó sus posiciones y dió principio a una retirada que, hablando con la franqueza de un soldado, no puedo llamar de otro modo que una vergonzosa fuga, de que ha resultado la desmoralización, que exceptuándose la división que he tenido el honor de mandar, y de la que hoy hay alguna fuerza en las brigadas que V. E. tiene a su inmediación, domina a una gran parte del ejército? Ya lo preveo, y este sentimiento

Digitized by Google

no es el menos doloroso. V. E., según las comunicaciones que ha dirigido desde el arroyo del Mujerero al señor general don Francisco Vital Fernández, comandante general de estos Departamentos, reconoce en los sublevados de Texas a su gobierno como legítimo, y con menoscabo y deshonra de la nación mexicana, ha entablado con aquel que llama gobierno, negociaciones que tienden nada menos, según he advertido por las comunicaciones de V. E., a conceder a los rebeldes de Texas, lo que la Nación ha repugnado con justicia y hecho sacrificios para contrariarlo.

Yo no veo a V. E. autorizado para ello, ni la Nación, ni el Supremo Gobierno, ni el ejército pueden consentir que se les atropelle y deshonre de tal manera. Por mi parte, me es preciso manifestar a V. E. explícitamente que tal conducta jamás tendrá mi aprobación, así como no la tuvo, y V. E. lo sabe muy bien, la retirada que se hizo emprender al ejército desde el Río Brazos; y si me fué preciso seguir aquel movimiento después de haberme dejado con sólo 400 hombres en Brazoria, por la orden que V. E. dió a la parte de mi división que había dejado en Columbia, para que sin esperar las mías se le incorporase dejando en descubierta mi retaguardia, fué tan solamente compelido por la obediencia militar que sujeta mis disposiciones a las superiores de V. E.

¿Podrá decirse que estos acontecimientos son dictados por el Excmo. señor Presidente? Pero si bien las órdenes de S. E., son en todos tiempos respetables, ¿deberán acaso ser acatadas con la misma ceguedad hoy que, desgraciadamente y con oprobio nuestro, se halla prisionero con los enemigos? ¿Quién puede asegurar, por otra parte, que al comunicarlas S. E., no contara con nuestra discreción en no cumplirlas? Yo me inclino a pensarlo así, porque el general Santa Anna ha mirado siempre por el honor del ejército mexicano, y porque éste últimamente le ha debido todo su ser, habiéndole sacado casi de la nada en que lo habían sepultado nuestras convulsiones políticas.

V. E. tenía un medio que debía conciliar los extremos y salvarnos de responsabililades y criterios: este era la suprema resolución de nuestro Gobierno, a quien se le dió parte de lo ocurrido.

Yo supliqué a V. E. en Guadalupe Victoria que la esperase situando el ejército en el Cópano, Goliad y Béjar, pues que nada nos estrechaba a violentar la marcha; ahora repito mi súplica para que no se den más motivos que menoscaben el nombre y reputación del ejército mexicano.

Pensemos también en la suerte de tantas familias mexicanas que, situadas por una y otra parte del río de San Antonio de Béjar, no conservan hoy más que la existencia, y ésta la perderán si permanecen en el país después de abandonado por nuestras tropas, o tendrán que seguirnos, patentizando en todas partes nuestra poca generosidad y la ninguna correspondencia con que hemos pagado sus sacrificios.

Por último, Excmo. Sr., los pasos dados por el ejército en Texas, darán a entender a la Nación toda, una derrota que no existe, y será acaso la causa de que, conmoviéndose todos los ánimos, se vea envuelta de nuevo en el caos de las revoluciones que tan graves males le han hecho sentir.

Digitized by Google

V. E. no puede tener participio en tamaña calamidad, si reflexiona por un momento en los resultados. V. E. que le ha prestado servicios a la Nación y a quien ella ha distinguido, debe más que otros en estas críticas circunstancias, ahora que se halla al frente de estas fuerzas, mirar por su bienestar y quietud. Yo aun me lo persuado así; pero si buscando el mismo fin, se continúan adoptando por V. E. los medios que ha puesto en práctica, quiero que V. E. entienda que no apruebo aquellos, y que desde ahora hago la más formal protesta contra su adopción, y poniéndolo todo en conocimiento del Supremo Gobierno, quedará en parte tranquila mi conciencia y cubierta mi responsabilidad.

Reitero a V. E. las protestas de mi consideración y particular aprecio.

Dios y Libertad.—Matamoros, junio 1º de 1836.—**José Urrea.**—Excmo. señor general en jefe del ejército de operaciones, D. Vicente Filisola.

ANEXO Nº 26

Excmo. Sr. general don Vicente Filisola.—San Felipe, abril 9 de 1836.—Reservada.—Mi querido amigo: Ya de oficio te doy parte que nuestro hombre se fué hoy, y me ha dejado aquí con 489 fusileros de los batallones Guerrero, etc., para que me ponga a tus órdenes. Las que me ha dejado, interín tú llegas, son, de que se recorra el río hasta cuatro o cinco leguas más arriba, para ver si se encuentra un paso por donde poder echar un chalán, que estoy haciendo; mas como esto ya se hizo antes de irse su excelencia, y no se encontró, en lo que convinieron todos los prácticos, también espero tu llegada, para que tú resuelvas lo que gustes, que yo te aguardaré, como sabes que lo hago, con la mayor satisfacción; pero, por Dios, por la amistad que me dispensas, por lo que más quieres, te ruego, que sin esperar el paso de esa división, te vengas luego luego; no quiero mandar ni una hora, no; como no duermo ni tengo gusto, interín no te vea aquí, y que tú mandes y yo ejecute cuanto quieras, ¿y me negarás el favor de adelantarte y venirte a este campo, y mucho más cuando de tu presencia pende todo cuanto deba practicarse? creo que no, y yo te lo agradeceré mucho.

Salvo tu opinión, yo creía que sería bueno, que luego que pasase un batallón de esos y el obús, te vinieras, sin esperar el paso de las cargas; y podrá hacerlo el otro, y venirse luego con todas ellas; pero yo cuento con que tú te vienes, sin esperar el paso de ese batallón.

Para que puedas dejar tus órdenes, creo conveniente que sepas, que la proveeduría total que me ha quedado, es la siguiente: Sal, 6 arrobas; trigo, 1 carga; garbanzo, 10 almudes; manteca, 2 barricas; arroz, 3 arrobas 18 libras.

Vénte, vénte, para tener el gusto de que te dé un estrecho abrazo tu amigo que te quiere y B. T. M.—Joaquín Ramírez y Sesma.

Digitized by Google

ANEXO Nº 27

Ejército de operaciones.—Excmo. Sr.—Habiendo ayer tenido un encuentro desgraciado la corta división que obraba a mis inmediaciones, he resultado estar como prisionero de guerra entre los contrarios, habiéndome guardado todas las consideraciones posibles; en tal concepto, prevengo a V. E. ordene al general Gaona contramarche a Béjar a esperar órdenes, lo mismo que verificará V. E. con las tropas que tiene a sus órdenes; previniendo asimismo al general Urrea, se retire con su división a Guadalupe Victoria; pues se ha acordado con el general Houston un armisticio, interín se arreglan algunas negociaciones que hagan cesar la guerra para siempre.

Puede V. E. disponer, para la mantención del ejército que desde luego queda a las inmediatas órdenes de V. E., de los caudales llegados a Matamoros, y víveres que deben existir en dicho punto y Victoria, además de los 20,000 pesos que deben estar en esa tesorería, y se sacaron de Béjar.

Espero que sin falta alguna cumpla V. E. con estas disposiciones; avisándome en contestación, de comenzar a ponerlas en práctica.

Dios y libertad. Campo de San Jacinto, abril 22 de 1836. **Antonio López de Santa Anna.**—Excmo. Sr. general de división D. Vicente Filisola.

ANEXO Nº 28

EJERCITO DE OPERACIONES SOBRE TEJAS

Excmo. señor:

El Excmo. Sr. presidente general en jefe de este ejército, salió el día 14 del presente, de Old-Fort a la orilla izquierda del Río Brazos con 750 hombres escogidos en las divisiones, con una pieza de a 6, y dejando en el expresado punto de Old-Fort, en la orilla derecha, el resto de los cuerpos que S. E. mandaba en persona. Yo llegué allí el 16, y el Sr. general Ramírez y Sesma me entregó desde luego el mando y permanecí acampado según las órdenes e instrucciones que S. E. se sirvió dejarme al marchar.

El día 18 me pidió 500 hombres a las órdenes del Sr. general Cos, que se le remitieron al momento; mas todas estas fuerzas fueron completamente batidas el 21 a las inmediaciones de New Washington, poco más adelante de Harrisburg, sin haberse librado más que tres oficiales y seis hombres; en consecuencia,

Digitized by Google

yo he reunido las fuerzas del ejército que se hallaban en diferentes direcciones, haciendo que se me incorporasen los señores general Gaona y Urrea, y careciendo de bases de operaciones, porque S. E. no había adoptado aun ninguna, así como de subsistencias de todas clases, y medios de conservación indispensables, voy a establecer aquella sobre la orilla derecha del Colorado, en donde podré recibir los auxilios necesarios y pormenorizar a V. E. este triste acontecimiento, al paso que reorganizaré las fuerzas para emprender de nuevo las operaciones militares.

Sírvase V. E. ponerlo en conocimiento del Excmo. Sr. Presidente interino, manifestándole el sentimiento que me ocupa, así como a los dignos militares que me acompañan.

Dios y libertad. Habitación de Mad. Pawell, a cinco leguas del Río Brazos, abril 25 de 1836.—**Vicente Filisola.**—Excmo. Sr. Secretario de Guerra y Marina.

ANEXO Nº 29

Ejército de Operaciones.—Mayoría General del ejército mexicano sobre Texas.

Cuando vine al campo de Ud. lo hice con un salvo conducto del señor general Houston, entonces comandante en jefe de las tropas de Texas. El objeto de mi misión fué de conocer los artículos del armisticio que el E. S. Presidente don Antonio López de Santa Anna por su nota oficial al Excmo. señor segundo general en jefe don Vicente Filisola comunicó haberse celebrado. Desde mi llegada he sido detenido de día en día bajo los más frívolos pretextos; unas veces se me ha dicho que a la tarde todo estaría concluído, otras que era mejor aguardar hasta la mañana siguiente, en fin muchas ocasiones, teniendo mis caballos ensillados y todo listo para marchar, siempre me han impedido verificarlo. Centinelas han sido puestos a mi rededor; y no me ha sido permitido pasar de un recinto de diez a doce varas, la soldadesca me ha insultado, y algunos oficiales sin atender a mi rango y al salvoconducto que me resguardaba, han tenido la poca delicadeza de hacerlo y me han puesto en la necesidad de decirles que mejor sufriría la muerte que dejarme insultar y que me vería en la precisión de matar al primero que lo hiciese.

Al despedirme del E. S. Presidente don Antonio López de Santa Anna, cuando por la mañana del día 7 del corriente se embarcó S. E. en el barco de vapor para la Isla de Galveston, recibí un pasaporte firmado por el Sr. Collinsworth para volver al ejército mexicano sin ser molestado, y en lugar de dejarme ir con la prontitud que yo deseaba para reunirme a mis banderas y llenar los deberes que me impone mi destino en el ejército, me han detenido en el campo de Ud. toda la tarde del día 7 y la mañana del día 8. Ayer por la tarde recibí

Digitized by Google

mi pasaporte con adición de la firma de Ud. para que pudiese volver a nuestro campo, el Sr. Smith fué nombrado para acompañarme, y como en razón de haber salido tarde y estar mis caballos cansados no pudimos andar arriba de 4 leguas hicimos noche en el arroyo de Seens. ¿Cuál ha sido mi sorpresa cuando en la mañana de hoy habiéndose acercado a nosotros una fuerza de 12 a 15 hombres se me notificó por el Sr. Smith que tenía orden para hacerme volver al campo de Ud. lo que acabo de verificar ahora que son las diez y media de la mañana.

No puedo menos que manifestar a Ud. que protesto del modo más solemne en contra de la conducta que se observa para conmigo, en la inteligencia que si hoy mismo no se me permite volver a nuestro ejército sin embarazo o pretexto alguno haré hasta el último día de mi vida cuanto pueda para hacerlo conocer al mundo entero con el fin que se sepan los ultrajes que he recibido en la comisión que tengo que desempeñar bajo la salvaguardia de un carácter sagrado, y para que en los anales de la historia de nuestros tiempos se señale la fe de los tejanos del mismo modo que la de Cartago en los tiempos antiguos.

Me resta hacer observar a Ud. que en el ejército mexicano se ignora mi suerte y la del subteniente don A. Martínez que me acompaña y que tal vez algunas personas pensarán que tengo parte en las tenebrosas maquinaciones de la política que parece dirigir a los tejanos, contra las cuales repito, protesto y protestaré del modo más solemene a la faz del universo, sea cual fuere mi suerte, para la vindicación de mi honor y en cumplimiento de mis deberes.

Dios y libertad. Campo de los tejanos en Harrisburg a 9 de mayo de 1836. Adrián Woll.—Sr. comandante en jefe de las fuerzas de Texas general don Tomás J. Rusk.

Cuartel general del ejército al Este del río Brazos 12 de mayo de 1836.

Al señor mayor general Woll del ejército mexicano.—Sr. en contestación a la suya tengo que exponer que después de haber dejado Ud. nuestro campo recibí informes de que se intentaba cometer violencias contra su persona, antes que pudiese llegar al ejército mexicano. En consecuencia para evitar esa mancha en nuestro carácter como nación despaché una orden para que se volviese. La efervescencia es aun grande y he pensado últimamente que el mejor medio es que efectúe su vuelta por Velasco, donde estará el gabinete y probablemente se habrán concluído las negociaciones con el general Santa Anna; desde cuyo punto, como el ejército a que pertenece Ud. ha marchado por el rumbo de la Bahía, podrá Ud. embarcarse en uno de nuestros buques de vapor hasta la punta de Cox que dista pocas millas de donde deberá entonces estar el ejército mexicano. De este modo podría Ud. tener la información oficial relativa a las negociaciones con S. E. el Presidente Santa Anna, como es de desearse.

Con mucho gusto hubiera pasado a ver a Ud. pero el paso de este punto no siendo a propósito para permitir el de nuestros cañones y carros me he visto obligado a subir 20 millas con el cuerpo principal para cruzar con comodidad.

Digitized by Google

Tengo la honra de ser y repetirme su atento servidor.—Tomás J. Rusk comandante en el ejército de Texas.

Ejército de Operaciones.—Mayor general del ejército mexicano sobre Texas.

Acabo de recibir ahora que son las seis de la tarde el oficio que Ud. me dirige con fecha doce del presente en contestación al mío del día 9 del mismo.

La lectura de su contenido me ha causado una sorpresa mezclada de indignación que no puedo disimular a Ud. Se me quiere mandar a Velasco y se toma por pretexto de que hay proyecto en el ejército del mando de Ud. para cometer una violencia en contra de mi persona; pero haré observar que Ud. tiene bastante poder para hacer cumplir con las leyes y la justicia que aseguran el carácter con el cual he venido al campo de los tejanos, y que en caso de no tener bastante autoridad para eso, no habrá para mi más seguridad en Velasco que en cualquier otro punto. Se me dice también que tal vez las negociaciones de los tejanos con el E. S. general Presidente don Antonio López de Santa Anna estarán concluídas y que podré reunirme con el ejército a que pertenezco; a esto contesto que nada tengo que ver con las negociaciones; que vine al campo de Ud. para conocer cuales eran los artículos del armisticio celebrado, y que debo volver con ellos o sin ellos por que mi deber y mi honor me llaman al ejército, así es que me veo en la precisión de asegurar a Ud. que será necesario usar de violencia para hacerme volver a Velasco, pues repito mi deber me llama al ejército y estoy dispuesto a perder más bien la vida que dejar de hacer lo que el honor me manda.

Algún día el mundo sabrá que un general mexicano teniendo un salvo conducto del jefe de las fuerzas de Texas para ir a conocer los artículos de un armisticio celebrado, ha sido detenido contra el derecho de gentes, insultado sin atender a lo sagrado de su carácter, y precisado a resistir a las violencias, sin esperanza de impedirlas, pero sí, con la de dar a conocer que este general sabía su deber y tenía bastante energía para cumplir. Algún día el mundo sabrá que los tejanos que invocan el nombre de la libertad y reclaman los derechos de la humanidad, los han violado todos para conmigo. Entonces el mundo juzgará y se convencerá que no merecen ser libres unos hombres capaces de cometer semejantes atentados.

Dios y libertad. Kirkendoll sobre los Brazos a 12 de mayo de 1836.—Adrián Woll.—Sr. general don Tomás J. Rusk comandante en jefe de las fuerzas de Texas.

Velasco 19 de mayo de 1836.—Excmo. Sr.: Tengo el placer de acusar el recibo de su comunicación de la mañana de hoy, relativa a la causa del soldado culpable, confeso y sentenciado a muerte por haber asaltado a la persona del edecan del general Woll.

La humanidad que en esta ocasión ha guiado el alma de V. E. ha merecido el justo aprecio del Gobierno y el culpable recibirá una conmutación de su digno castigo. Con gran respeto quedo de Ud. humilde y S. S. David Burnet.—Al Excmo. señor don Antonio López de Santa Anna.

Idem 19 de idem.

Digitized by Google

Excmo. Sr.—He tenido el honor de recibir la comunicación de V. E. fecha de hoy, en que me anuncia la vuelta del señor general Woll y las circunstancias que la ocasionaron.—El Gobierno de Texas, animado de los principios de la humanidad más ilustrada, y por un sincero deseo de observar todos los usos aprobados por las naciones más civilizadas, no puede menos de ver con sentimiento que haya ocurrido un suceso tan doloroso como el que V. E. menciona en su comunicación. La conducta observada con los prisioneros que las casualidades de la guerra han puesto en nuestro poder da bastante testimonio que no podía existir intención ninguna de su parte para infringir en lo más leve los deberes y derechos equitativos de las naciones, en la persona del general Woll.

Yo confío en que V. E. percibirá al momento por el tenor de la carta del general Rusk al general Woll, fecha 12, copia de la cual acompaña V. E. en su comunicación, que el haberse llamado devuelta al señor general Woll fué debido a la aprensión de que la exaltación producida por las crueldades ejercidas en nuestros paisanos que han caído en manos de los mexicanos y a pretexto de algunas manifestaciones de incomodidad y disgusto que se supusieron al general Woll, pudieran ocasionar algunos actos de violencia hacia su persona por individuos desmoralizados que nunca faltan en los ejércitos y particularmente si se componen de voluntarios.

Al hacer estas manifestaciones a V. E. no puedo menos de advertir que ninguna de ellas las arrancan las intempestivas y descorteses amenazas que se encuentran en la carta del general Woll al general Rusk, que V. E. me transmite en copia. Los términos de ella dan más bien a este gobierno una evidencia de la petulancia del que la escribió que una causa de temores por su proyectada apelación al mundo. El gobierno de Texas no duda un momento en someter la conducta que ha guardado en la presente lucha al escrutinio de este siglo civilizado, y más aun cuando esta misma conducta se ponga en contraste con las muchas aberraciones de las reglas del honor y de la guerra que han caracterizado el comportamiento de sus enemigos.

Este gobierno nunca ha considerado al general Woll como prisionero de guerra, y la detención que ha sufrido y de que se queja ha resultado de la profunda santidad que reconoce en su posición y de la cuidadosa ansiedad de conservarla inviolable.

Finalmente y en conclusión debo decir a V. E. que al momento que se pueda practicar con seguridad se conducirá al señor general Woll al cuartel general del ejército mexicano; pero si a pesar de esto la impaciencia de dicho señor rehusa toda consideración prudente, está en libertad de partir en cualquier tiempo con la protección que ahora podemos impartirle.

Quedo de V. E. con distinguida consideración atento S. S. David G. Burnet. A S. E. el general Presidente don Antonio López de Santa Anna.

Idem 20 de idem.

Excmo. Sr.—He recibido su apreciable nota de ayer y me veo en el caso

Digitized by Google

de decir a V. E. que la escasez de caballos en este punto no nos permite dar más que una escolta de un teniente y cinco hombres de la compañía del capitán Fisher para acompañar al general Woll, la que puede prepararse para partir esta noche si se desea.

Si conviniere con los deseos del señor general Woll, después de enterado a fondo de todos los hechos, aceptar este resguardo, se servirá V. E. participarlo y se harán al momento los preparativos necesarios.

Con gran respeto quedo de V. E. humilde y S. S. David G. Burnet.—Al Excmo. señor don Antonio López de Santa Anna.

Excmo. Sr.—El teniente D. R. Carter habiéndome manifestado que sólo pueden ir de escolta de mi persona cuatro soldados montados a sus inmediatas órdenes, y deseando saber si estoy dispuesto a marchar para el ejército mexicano con dicha escolta, me apresuro a suplicar a V. E. tenga la bondad de poner en conocimiento del gabinete de Texas, que juzgo esa escolta suficiente para mi seguridad, pues tengo que pasar en medio de los tejanos que apelan con demasiada frecuencia al respeto que se debe a la ley y al derecho de gentes para faltar conmigo a la justicia que me asiste.

Tengo el honor de reproducir a V. E. las seguridades de mi mayor respeto y consideración.

Dios y libertad. Quintana, mayo 21 de 1836.—E. S. Adrián Woll.—Excmo. señor general Presidente don Antonio López de Santa Anna.—Es copia.—A. Martínez.

Certifico que las anteriores son copias y traducciones fieles y literales de los originales en inglés a que me remito.—Ambrosio Aparicio, Intérprete Público.

NOTA: Copiado del Suplemento al número 86 del "Mercurio del Puerto de Matamoros", fecha, junio 24 de 1836.

ANEXO Nº 30

Ejército de operaciones.—Conviene al mejor servicio de la República, que V. S. con todo cuanto pertenece al ejército marche para este cuartel general conduciendo en los carros de Lombardero las ciento cincuenta y cinco mulas de carga que existen en esa, y trescientas aparejadas que hoy mismo salen de aquí con igual objeto. Como en el Alamo hay varias piezas de artillería en mal estado y de calibres irregulares de las que se cogieron al enemigo; hará V. S. que el comandante de artillería las inutilice a fuego, verificando lo mismo con las armas de mano que no sean de una conocida utilidad: por lo que toca a las

Digitized by Google

municiones y proyectiles de la misma clase, hágalos en la noche echar al río, o tome con ellos la providencia que estime más oportuna y de él resultado que se desea, y que a V. S. no es desconocido.—Los enfermos que puedan caminar lo verificarán; los que no, se acomodarán en los carros, y los totalmente inútiles e incapaces de moverse, encárguelos V. S. a la autoridad política, a quien serán satisfechos religiosamente los gastos que eroguen mensualmente; y si hubiere proporción que vengan en carretas de particulares, dispóngalo V. S. así, que de la misma manera les serán satisfechos los fletes, como cualquiera otros gastos que ocasionen: en fin, yo lo dejo todo a la muy acreditada capacidad, celo y patriotismo de V. S., satisfecho de que nada me dejará que apetecer en el particular. Con este motivo, Sr. general, tengo el honor de reiterarle las sinceras protestas de toda mi consideración y afecto.—Dios y libertad, Goliad, mayo 18 de 1836.—Vicente Filisola.—Sr. general don Juan Andrade.

ANEXO Nº 31

DEBILIDAD DE FILISOLA

Que las cometió y grandes es indudable y muchas están descritas en mi **Diario.** La primera fué la de retirarse precipitadamente, sin siquiera mirar el campo de batalla en que habíamos sido vencidos. Segunda, aprobando en todas sus partes un convenio vergonzoso hecho por quien ya no debía ser obedecido, por un general débil y sin honor. El lenguaje que Filisola tuvo con el enemigo fué degradante, por las circunstancias en que se trataba. Entregó los prisioneros que teníamos sin arreglar ningún canje, así es que no vimos uno de los nuestros. Con solo haber marchado sobre el enemigo hubiéramos alcanzado garantías para ellos, pues que éste nos hubiera hecho algunas proposiciones para salvar sus vidas. Filisola tuvo la crueldad de entregar a los texanos los esclavos que se habían acogido a nuestras águilas, y estos infelices se arrepintieron de haber confiado en nosotros, porque después fueron bárbaramente castigados por sus amos. Contraviniendo a las órdenes del general salvamos lo que pudimos. El anonadamiento de Filisola llegó hasta el extremo de mandar que se hiciera un escrutinio en el ejército para encontrar los esclavos y demás propiedades que reclamaban y hasta Matamoros fueron comisionados del enemigo para ver lo que les parecía suyo. Les permitía que entraran hasta las tiendas de campaña a ver si había algunos escondidos, pero casi nadie de los oficiales consintió en que se les hiciera esta injusticia. El Sr. Filisola que llenaba de inculpaciones al Gral. Santa Anna, no debió hacerlo nunca con el enemigo, aunque realmente tenía razón y a pesar de sus muchas condescendencias y obsequios, todavía pedía mil perdones de no poderlos complacer más. En los documentos justificativos esta la copia de la orden que dió para que se entregaran al enemigo todos los efectos y víveres que hubiese en Matagorda, providencia que fué un acto de hostilidad contra nosotros mismos.

Digitized by Google

Una de las grandes faltas del Sr. Filisola fué la de marcharse a las Nueces, dejando al general Andrade en el camino de Béjar a Goliad, pues cuando nosotros salimos de este puerto no se sabía a donde se hallaba. A mi se me dejó con el objeto de esperarlo y más tarde se me dijo que me marchara si no tenía noticia de este general, y como en efecto no las tenía, pues si el general en jefe no sabía de él, menos podia saber yo, me marché a reunirme al ejército.

Este general que hizo, como se ve, tantas y tan grandes vilezas llenó después de insultos y de improperios al único general que había hecho honor al ejército y a su Patria, al único que había llenado de terror al enemigo y abatido su orgullo en todas partes.

Cuando el Sr. Filisola escribió con tanto encono contra el señor Urrea para acriminarlo ante la Nación, se había olvidado que el 20 de abril, desde Old Fort, le había dicho: **"Felicito a Ud. por la brillantez de sus gloriosas operaciones en las que nada le ha quedado de hacer, según mi opinión."** ¿Mintió entonces o en México el 19 de agosto? El también ha negado que Santa Anna había sido sorprendido, para saber después que este general lo ha confesado y confirmado en parte lo que yo había dicho.

JOSE ENRIQUE DE LA PEÑA

ANEXO Nº 32

LA BANDERA DEL "ALAMO"

El ataque al fuerte del Alamo (Texas), defendido por los coroneles James Bowie y Travis, se iba a efectuar bajo la tremenda impresión moral de tropas mexicanas que ya temían el desmembramiento del territorio nacional, y cuando conocían oficialmente la noticia de que Samuel Houston había dictado una orden del día que terminaba con estas frases funestas y sentenciosas para México: "Hemos declarado nuestra independencia: Sepamos sostenerla, que el campo de batalla sea nuestro sitio de reunión, y que cada cual cumpla allí su deber."

Al avistarse las tropas mexicanas, fué colocada en lo más alto del fuerte del Alamo la bandera de los defensores, de color azul celeste que llevaba la siguiente inscripción: "First Company of Texas Volunteers —God and Liberty— from New Orleans."

El antiguo 7o. Regimiento de Infantería Mexicana y el 12o. habían pasado a formar el Batallón Jiménez-1836, sin perder su numeración primera. Con este batallón se constituyó la cuarta columna de ataque comandada por el Coronel Juan Morales, la figura militar egregia que se negó a capitular en Veracruz —1847, llevando como segundo al del mismo empleo José Vicente Miñón, el alférez cuyo nombre recogió la Historia en el combate de 30 contra 400 cuando agonizaba el período colonial. La columna quedó integrada por las Compañías

Digitized by Google

de Cazadores de los Cuerpos Permanentes de Matamoros, Jiménez y Activo de San Luis (efectivos incompletos) y estas fueron las tropas lanzadas en raudo torbellino para tomar el fuerte por el lugar en que flameaba la bandera azul de los Voluntarios.

Tres oficiales abanderados del antiguo 7o. (en la época Batallón Jiménez) que airosamente llevaban el pabellón de los tres colores, cayeron muertos sucesivamente antes de llegar a la cima para reemplazar la enseña; nombres de heroicos soldados que, descuidada, como de tantos hechos grandes, perdió nuestra historia militar.

Para reforzar aquella columna de ataque tan torpemente movida sin preparación para economizar sangre, se lanzó la reserva formada por el Batallón de Zapadores a las órdenes directas del entonces Teniente Coronel Rómulo Díaz de la Vega y por las cinco Compañías de Granaderos (incompletas) de los batallones permanentes Matamoros, Jiménez y Aldama y las de los activos de Toluca y de San Luis, inorganizadas como era en aquella época.

El Teniente de Zapadores José María Torres fué el que quitó la bandera texana de lo alto del fuerte y el que plantó en el asta la de tres colores. Según los datos oficiales, aquel teniente perdió la vida después de consumar la épica hazaña. ¡Otro nombre más para unirse a la de heroicos salvadores de la Bandera y entre los que han rendido el debido honor muriendo por ella!

Durante la marcha de los valientes soldados mexicanos, ya sobre el fuerte fué herido el subayudante del batallón, Dámaso Martínez, el portador de la gloriosa bandera del águila y de la culebra y sin perder su actitud valerosa la pasó a manos del teniente que habría de consumar la portentosa hazaña.

Resultaron heridos, además, el teniente con grado de capitán, Primo Rafael de la Rosa y gravemente por un casco de metralla, el Subteniente Juan Alzugaray.

Esta bandera —la azul quitada a los texanos— se conserva en nuestro Museo Nacional. En notas del antiguo Museo de Artillería, injustamente se achacaba el mérito de este caso singularmente heroico de los abanderados a méritos del General en Jefe; esas glorias particularmente epopéyicas son exclusivas de quienes las realizan.

La toma del fuerte del Alamo, no obstante que fué maniobra que condujo a un desastre, originado por ataques anticipados a sangre y fuego, cimentó la fuerza moral del Ejército de Operaciones, pero... sin objeto, porque el ánimo de los soldados era adverso de permanecer en Texas; se verificaron marchas efímeras, un paseo militar sin plan definido de ocupación, columnas sin reservas, sin meditar ni en el abastecimiento, etc., etc. Habría de terminar aquel sainete melo-dramático inutilizándose la primera aunque pésima figura militar de la República, en una acción militar impensada.

El desarrollo táctico de la acción —la toma del fuerte del Alamo, según datos que arrojan los partes e informaciones—, fué vulgar, inadecuado e inútilmente sangriento. El General en Jefe obró con su peculiar ignorancia, con tor-

Digitized by Google

peza propia de sargento y los actos inhumanitarios que autorizó con aviesa premeditación, lo exhibieron ya como el ambicioso que supeditaba todo a sus miras de mando absoluto.

Todo aquel derramamiento de sangre, ocasionado por la perseveridad del mando, no puede tener otra explicación racional que el propósito de hacer resonar su nombre por pueril, por punible vanidad de vulgar "machetero".

Primer artículo del estudio intitulado **Banderas Históricas del Museo Nacional,** por el general Juan Manuel Torrea, publicado en el Tomo VIII, No. 1, Epoca 4a., correspondiente a enero a marzo de los Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, México, 1933, pp. 81, 82 y 83.

Digitized by Google

Digitized by Google

INDICE

DOCUMENTOS ANEXOS

Pág.

No. 1.—Comunicado de "Un admirador de Texas", publicado en "El Mosquito Mexicano", tomo III, No. 87, pp. 3/4, en febrero 3 de 1837, expresando sorpresa por el fallo que recayó en la causa instruida contra el Gral. Filisola, por su cobarde retirada de Texas en 1836 211

No. 2.—Contestación de "El Mismo", o sea el Gral. Filisola al comunicado antes mencionado, publicada en el precitado trisemanal pp. 1/4, el 10 de febrero 213

No. 3.—Respuesta de "El Admirador de Texas", o sea el teniente coronel don José Enrique de la Peña, al comunicado que precede, publicada en el mismo periódico el 21, 24 y 28 del propio mes de febrero, ocupando casi todas las columnas de dicho trisemanal ... 219

Documento II.—Constancia del Gral. Urrea, abonando la conducta y buenos servicios del teniente coronel José Enrique de la Peña 235

Documento III.—Idem, idem, del coronel don Francisco Duque. 235

Documento IV.—Idem, idem, del teniente coronel don Pedro de Ampudia 236

Documento V.—Idem, idem, del coronel don Agustín Amat 237

No. 4.—Proclama del comandante militar del distrito de Bayoreca, J. Enrique de la Peña, secundando el levantamiento del Gral. Urrea por el restablecimiento de la Constitución de 1824 237

Documento II.—Acta del pronunciamiento de la guarnición de la ciudad de Alamos, suscrita el 8 de enero de 1838, por don José Enrique de la Peña y otros simpatizadores del movimiento anticentralista 238

No. 5.—Ligera impugnación de las comunicaciones del Gral. Santa Anna, en las que injuria al Gral. Urrea, escrita por el teniente coronel don José Enrique de la Peña, bajo el seudónimo Scipión (extracto de un documento inédito) 240

No. 6.—Extracto de órdenes generales del Ejército de Operaciones sobre Texas 247

Digitized by Google

Pág.

No. 7.—Carta del comandante Fannin al coronel A. C. Haton, fechada en Fuerte Defiance el 14 de marzo de 1836 253

No. 8.—Orden general del día 5 de marzo de 1836 para el ataque del fuerte del Alamo, firmada por Juan Valentín Amador 254

No. 9.—Final del parte rendido por el general en jefe del Ejército de Operaciones sobre Texas, don Antonio López de Santa Anna, el 6 de marzo de 1836, sobre el ataque y toma del Alamo. Al pie se incluye un estado pormenorizado de nuestros muertos y heridos, formado por el Gral. don Juan de Andrade 255

No. 10.—Comunicado suscrito por Varios Jefes del Ejército Amigos de la Verdad. Impreso en Matamoros y reimpreso en "El Cosmopolita" de México, expresando la crítica situación del ejército por la falta de pago de sus haberes 256

No. 11.—Carta del Dr. José F. Moro, dirigida al Primer Cirujano del ejército, publicada en "El Mosquito Mexicano", el 30 de septiembre de 1836, explicando la carencia absoluta de medicinas y de atención médica al ejército de operaciones sobre Texas y los motivos que la originaron 258

No. 12.—Carta del comandante Fannin al capitán Samuel A. White, fechada el 14 de marzo de 1836, en Fuerte Defiance 262

No. 13.—Comunicación particular del Gral. Santa Anna al Gral. Urrea, fechada en Béjar el 23 de marzo de 1836, recordándole lo previsto para castigar a los sublevados 263

Documento II.—Comunicación oficial al Gral. Ramírez y Sesma, de igual fecha, sobre movimientos militares y otras instrucciones 264

Documento III.—Idem, idem, al Gral. Urrea 265

No. 14.—Convenio que se intentó celebrar para la rendición de la fuerza que se hallaba en Goliad a las órdenes de James H. Fannin. Facsímil del original MS 266

No. 15.—Comunicación oficial del Gral. Santa Anna al Gral. Urrea, negando la solicitud de éste para dar garantías a los prisioneros de San Patricio 268

Documento II.—Comunicación particular del Gral. Santa Anna al Gral. Urrea, reiterando su negativa para tratar como prisioneros de guerra a los rendidos en San Patricio y en otros lugares 268

No. 16.—Circular del Ministro de Guerra y Marina fecha 30 de diciembre de 1835, sobre castigos a los sublevados de Texas 269

Digitized by Google

Pág.

Documento II.—Extracto de un Diario llevado por el teniente coronel don Nicolás de la Portilla, relacionado con los fusilamientos de Goliad 270

No. 17.—Parte oficial rendido al Gral. Urrea por el teniente coronel J. Nicolás de la Portilla, con fecha 26 de marzo de 1836, sobre las órdenes superiores que recibió para ejecutar a los prisioneros de Goliad 271

Documento II.—Carta particular del teniente coronel de la Portilla al Gral. Urrea, fecha 27 de marzo, expresando el horror que le produjo la ejecución de los prisioneros 272

Documento III.—Comunicación oficial del Gral. Santa Anna al Gral. Urrea, fecha 23 de marzo, indicando que había ordenado el fusilamiento de todos los prisioneros que se encontraban en Goliad 272

No. 18.—Proclama del segundo jefe del Ejército de Operaciones sobre Texas, a las divisiones que lo componen, fechado en el Campo, el 24 de abril de 1836 273

No. 19.—Parte oficial del Gral. Samuel Houston, al Presidente de la República de Texas, don David G. Burnet, sobre la batalla librada en San Jacinto el 21 de abril de 1836; publicado en "El Cosmopolita" el 12 de abril de 1837, tomo II, No. 22 273

Documento II.—Estado que manifiesta la fuerza efectiva que tienen los cuerpos que componen el Ejército de Operaciones sobre Texas, MS fechado en Matamoros el 1º de julio de 1836 277

No. 20.—Facsímil del MS.—Lista de los jefes y oficiales que cayeron prisioneros en la acción de San Jacinto 278

No. 21.—Extracto de un Manifiesto del Gral. Santa Anna, en que hace relación del desastre de San Jacinto y en que expresa su opinión respecto a la actitud que debió asumir el segundo general en jefe, etc. 279

No. 22.—Parte oficial del Gral. Filisola al Ministro de la Guerra, fechado en Guadalupe Victoria el 14 de mayo de 1836, relativo al desastre de San Jacinto y los motivos que lo obligaron a retirarse del teatro de la guerra 281

No. 23.—Otro extracto del Diario del teniente coronel de la Portilla, fecha 22 de abril de 1836 287

No. 24.—Comunicación del coronel Mariano Salas al Gral. Urrea, fechada en Columbia el 27 de abril de 1836, referente a las órdenes que recibió del Gral. Filisola para que se reuniera al grueso del ejército sin demora 288

Digitized by Google

Documento II.—Comunicación del Gral. Filisola al Gral. Urrea al mismo efecto que la anterior 288

No. 25.—Protesta del Gral. Urrea dirigida al Gral. Filisola, fechada en Matamoros el 1º de junio de 1836, por la retirada del Ejército de Operaciones sobre Texas 288

No. 26.—Carta particular del Gral. Ramírez y Sesma al Gral. Filisola, fechada en San Felipe el 9 de abril, urgiéndole en forma pusilámine que se reúna con él a la mayor brevedad posible 291

No. 27.—Comunicación del Gral. Santa Anna al Gral. Filisola, fechada en San Jacinto el 22 de abril, informándole del desastre que sufrió el día anterior, de su captura y del armisticio celebrado con el Gral. Houston 292

No. 28.—Comunicación del Gral. Filisola al Secretario de Guerra y Marina, fechado en la habitación de Madam Pawell, a 5 leguas del río Brazos el 25 de abril de 1836, comunicándole la derrota de San Jacinto y el movimiento retrógrado que había iniciado 292

No. 29.—Correspondencia cruzada entre el Gral. Adrián Woll y los jefes tejanos, cuando el primero fué a entrevistarlos en calidad de parlamentario en su campo de Velasco, para conocer las condiciones del armisticio celebrado por el Gral. Santa Anna y el Gral. Houston. Honrosa actitud que asumió el precitado Gral. Woll y los motivos que originaron dicho epistolario 293

No. 30.—Comunicación del Gral. Filisola al Gral. Andrade para que abandone a Béjar 297

No. 31.—Debilidad del Gral. Filisola, escrito inédito del teniente coronel José Enrique de la Peña 298

No. 32.—La Bandera del "Alamo", por el Gral. Juan Manuel Torrea. 299

Digitized by Google

INDICE

ILUSTRACIONES

Dedicatoria V
General Antonio López de Santa Anna VII
General José María Tornel XV
Plano de Texas XIX
General Manuel de Mier y Terán (entre pp. XLII/III).
Constancia de la Secretaría de la Defensa Nacional, autenticando la firma del teniente coronel don José Enrique de la Peña, autor de la Reseña y Diario de la Campaña de Texas 9
General Vicente Filisola 27
Fuerte del Alamo 51
Plano del Fuerte del Alamo 61
General Antonio López de Santa Anna 75
General José Urrea 83
Facsímil de la pág. 47 del MS. 89
Facsímil de la pág. 91 del MS. 90
Facsímil de la pág. 105 del MS. 103
Facsímil de la pág. 114 del MS. 104
Facsímil del documento relacionado con la rendición de Fannin 267
Anexo Nº 20, facsímil del Estado que manifiesta la fuerza que tienen los cuerpos del ejército de Operaciones sobre Texas, fechado en Matamoros, el 1º de julio de 1836 277
Mismo Anexo Nº 20, relación de los jefes y oficiales que cayeron prisioneros en la acción de San Jacinto el 21 de abril de 1836 278

INDICE

BIOGRAFIAS, ETC.

General Antonio López de Santa Anna, primera parte VIII
General José María Tornel XVI
Distancias más esenciales, según uno de los mejores planos de Texas, a que por las vueltas del camino puede aumentarse XX
General Manuel de Mier y Terán (entre pp. XLII/III).
General Vicente Filisola 28
Relación histórica del Fuerte del Alamo 52
Pormenores sobre el asalto y toma del Alamo el 6 de marzo de 1836. 62
General Antonio López de Santa Anna, segunda parte 76
General José Urrea 84

Digitized by Google

Digitized by Google

BIBLIOGRAFIA

ALAMÁN, LUCAS.—*Historia de Méjico.*—5 tomos y tres de *Disertaciones.*—México, 1852.

ALESSIO ROBLES, VITO.—*Coahuila y Texas desde la Consumación de la Independencia hasta el Tratado de Guadalupe.*—2 tomos, México, 1945.

ALESSIO ROBLES, VITO.—*Coahuila y Texas en la Epoca Colonial.*—México, 1938.

AMPUDIA, PEDRO DE.—*El C. general Pedro de Ampudia ante el tribunal respetable de la opinión pública. Por los primeros sucesos ocurridos en la guerra que nos provoca, decreta y sostiene el gobierno de los Estados Unidos de América.*—San Luis Potosí, 1846.

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN.—Boletín tomo x, Nos. 1, 2 y 3, *La Guerra de Texas, Causa Formada al General Filisola por su Retirada en* 1836.—México, 1939.

ARCHIVOS: General de la Nación.
de Cancelados, Archivo Militar de la Defensa Nacional.
Museo Nacional, Sección de Documentos Históricos.

ARRANGOIZ, FRANCISCO DE PAULA.—*México desde* 1808 *hasta* 1867. 4 tomos. Madrid, 1872.

ARRANGOIZ, FRANCISCO DE PAULA.—*México desde* 1808 *hasta* 1867. Tomo II, Madrid, 1872.

ARRILLAGA, LIC. BASILIO JOSÉ.—*Recopilación de leyes, decretos, bandos, reglamentos, circulares y providencias de los Supremos Poderes, enero a diciembre de* 1834.—México, 1835.

ARRILLAGA, LIC. BASILIO JOSÉ.—*Recopilación de leyes, decretos, bandos, reglamentos, circulares y providencias de los Supremos Poderes, enero a diciembre de* 1835.—México, 1836.

AUTOR ANÓNIMO.—*Breve reseña histórica de los principales acontecimientos ocurridos con motivo de la rebelión de la colonia de*

Digitized by Google

Texas y la guerra con los Estados Unidos de Norte América 1848.—México, 1941.

AUTOR ANÓNIMO.—*Biografía del general Santa Anna y convenio secreto que celebró con el Presidente de los Estados Unidos, etc.* México, 1847.

AUTOR ANÓNIMO.—*La Guerra de Tejas sin Máscara* (folleto). México, 1845.

AUTOR ANÓNIMO.—*Observaciones al Mensaje del Presidente de los Estados Unidos.*—México, 1848.

BRANCROFT, HUBERT HOWE.—*History of the North Mexican States and Texas.*—2 Vols. and Works XV *and* XV. San Francisco, 1884, 1889.

BERLANDIER, LUIS Y RAFAEL CHOVEL.—*Diario de viaje de la comisión de límites que puso el Gobierno de la República bajo la dirección de el Exmo. señor general de división don Manuel Mier y Terán.*—México, 1850.

BOCANEGRA, JOSÉ MARÍA.—*Memorias para la historia de México Independiente,* 1822-1846.—2 Vols. México, 1892.

BONILLA, JUAN DE DIOS.—*Apuntes para la Historia de la Marina Nacional.*—México, 1946.

BUSTAMANTE, CARLOS MARÍA DE.—*El nuevo Bernal Díaz del Castillo o sea la Historia de la Invasión de los Angloamericanos en México.*—2 tomos, México, 1847.

CÁMARA DE SENADORES.—*Extracto de las Sesiones del Congreso de la Unión, correspondiente al año de* 1831.—Tomo I, México, 1831.

CARREÑO, ALBERTO M.—*Jefes del Ejército Mexicano en* 1847.—México, 1914.

CARREÑO, ALBERTO MARÍA.—*México y los Estados Unidos de América.*—México, 1922.

CASTILLO NÁJERA, FRANCISCO.—*El Tratado de Guadalupe.*—México, 1947.

CHANNING, DR. GUILLERMO.—*Carta de Channing sobre la agregación de Texas a los Estados Unidos.*—México, 1837.

COMISIONADOS, LOS.—*Tratado de paz, amistad, límites y arreglo definitivo entre la República Mexicana y los Estados Unidos de América.*—México, 1848.

Digitized by Google

Cossío, Prof. David Alberto.—"Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística". *El Padre Mier y la Bandera Nacional.*—P. 293, México, 1939.

Cuevas, Mariano.—*Historia de la Iglesia en México.*—Tomo v, México, 1942.

Cuevas, Luis Gonzaga.—*Porvenir de México o juicio sobre su estado político en* 1821 *y* 1851.—Dos libros. México, 1852.

Defensores de la Integridad del Territorio Mexicano, Los.—*La verdad desnuda sobre la guerra de Tejas o sea contestación al folleto titulado: La Guerra de Tejas sin Máscara.*—México, 1845.

Diccionario Universal de Historia y Geografía, por Manuel Orozco y Berra y otros autores.—Tomo I, México, 1853. En las últimas 59 pp. de este tomo se encuentra la Biografía Necrológica de don Lucas Alamán y dos Apéndices muy interesantes para la historia de Texas.

Edición Oficial.—*Tratados y convenciones celebrados y no ratificados por la República.*—Dos tomos, México, 1888.

Editora Nacional.—*Documentos para la historia de la Guerra de Tejas.*—México, 1952.

Esquivel Obregón, T.—*México y los Estados Unidos ante el Derecho Internacional.*—México, 1926.

Escudero, Ignacio M.—*Apuntes históricos de la carrera militar del señor general Porfirio Díaz.*—México, 1889.

Estep, Raymond.—*Lorenzo de Zavala, profeta del liberalismo mexicano.*—México, 1952.

Falcón, Ignacio.—*Escalafón del Ejército.*—México, 1844.

Filisola, Vicente.—*Representación dirigida al Supremo Gobierno por el general Vicente Filisola sobre la campaña de Tejas.*—México, 1836.

Filisola, Vicente.—*Memorias para la historia de la guerra de Texas.*—4 Vols., México, 1849.

Frejes, Fr. Francisco.—*Historia breve de la conquista de los Estados Independientes del Imperio Mexicano.*—Guadalajara, 1878.

Fuentes Díaz, Vicente.—*La Intervención Norteamericana en México* (1847). México, 1947.

Galván, Mariano.—*Calendario de Galván* 1847.—México, 1848.

Digitized by Google

GARZA GARCÍA, COSME.—*Prontuario de leyes del Estado de Coahuila de Zaragoza.*—Saltillo, 1902.

GAXIOLA, FRANCISCO JAVIER.—*Poinsett en México,* (1822-1828).—México, 1936.

GONZÁLEZ-BLANCO, PEDRO.—*Una experiencia política.*—México, 1945.

HEMEROTECAS: Nacional de México.
Secretaría de Hacienda.

JAY, WILLIAM.—*Revista de las causas y consecuencias de la guerra mexicana, versión española de Guillermo Prieto Yeme.*—México, 1948.

LAFORA, NICOLÁS DE.—*Relación del viaje que hizo a los presidios Internos situados en la frontera de la América Septentrional pertenecientes al rey de España.*—México, 1939.

LECLERC, FRÉDÉRIC.—*Texas and its revolution.*—The Anson Jones Press. Houston, Tex., 1950.

LEDUC, ALBERTO Y DR. LUIS LARA PARDO, ETC.—*Diccionario de Geografía, Historia y Biografía Mexicana.*—México, 1910.

LIVERMORE, ABIEL ABBOT.—*Revisión de la guerra entre México y los Estados Unidos.*—México, 1948.

LÓPEZ DE SANTA-ANNA, ANTONIO.—*Mi historia militar y política* 1810-1874, *memorias inéditas.*—México, 1952.

LOS QUINCE AUTORES.—*Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos.*—México, 1848.

LUELMO, JULIO.—*Los antiesclavistas norteamericanos, la cuestión de Texas y la guerra con México.*—México, 1947.

MARTÍNEZ CARO, RAMÓN.—*Verdadera idea de la primera campaña de Texas y sucesos ocurridos después de la acción de San Jacinto.*—México, 1837.

MORA, JOSÉ MARÍA LUIS.—*Obras sueltas.*—Tomo I, París, 1837.

MUÑOZ, RAFAEL F.—*Santa-Anna.*—México, 1937.

MUSEO NACIONAL DE MÉXICO.—*Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, enero a marzo de* 1933.—México, 1933.

OFICIAL, IMPRESO.—*Contestaciones habidas entre la Legación Extraordinaria de México y el Departamento de Estado de los Estados Unidos sobre el paso del Sabina por las tropas que mandaba el general Gaines.*—México, 1837.

Digitized by Google

O'Gorman, Edmundo.—*Historia de las divisiones territoriales de México.*—México, 1948.

Olavarría y Ferrari, Enrique.—*México, a través de los siglos.*—Tomo iv, *México Independiente* 1821 *a* 1855.—México, 1888.

Olivo Lara, Margarito.—*Biografías de veracruzanos distinguidos.* México, 1931.

Paredes y Arrillaga, Mariano.—*Manifiesto del Exmo. señor Presidente Interino de la República Mexicana.*—México, 1846.

Paredes y Arrillaga, Mariano.—*Ultimas comunicaciones entre el Gobierno Mexicano y el Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos sobre la cuestión de Tejas.*—México, 1846.

Paz, Irineo.—*Leyendas históricas, Tercera, Su Alteza Serenísima.*—México, 1895.

Pereyra, Carlos.—*Tejas. La primera desmembración de Méjico.*—Madrid, 1920.

Periódicos: "El Amigo del Pueblo", Núm. 5; 5 de diciembre de 1827.
"El Correo de la Federación", 1828.
"El Sol", 1828 y 1829.
"El Mosquito Mexicano", 1836, 1837, 1838, 1839 y 1840.
"El Cosmopolita", 1837, 1838 y 1839.
"Voz de la Patria", 5 Vols. 1828 a 1831.

Polk, James K.—*Mensaje del Presidente de los Estados Unidos.*—México, 1847.

Portillo, Esteban L.—*Apuntes para la historia antigua de Coahuila y Texas.*—Saltillo, 1886.

Prieto, Guillermo.—*Memorias de mis tiempos* 1840 *a* 1853.—México, 1906.

Redactores del "Monitor Republicano".—*Mensaje del Presidente de los Estados Unidos pronunciado el 8 de diciembre de* 1846. *Refutación del mismo mensaje por los Redactores, etc.*—México, 1847.

Rivera, Pedro de.—*Diario y derrotero de lo caminado, visto y observado en el discurso de la visita general de presidios situa-*

Digitized by Google

dos en las Provincias Internas de Nueva España 1724-1728.—México, 1945.

RIVERO, LUIS MANUEL DEL.—*México en* 1842.—Madrid, 1844.

ROA BÁRCENA, J. M.—*Recuerdos de la invasión Norteamericana, por un joven de entonces.*—Dos tomos, México, 1902.

ROBINSON, FAY.—*Mexico and her military chieftains.*—Philadelphia, 1847.

SÁNCHEZ LAMEGO, MIGUEL A.—*Generales de ingenieros del Ejército Mexicano* 1821-1914.—México, 1952.

SÁNCHEZ NAVARRO, CARLOS.—*La guerra de Tejas - Memorias de un Soldado.*—México, 1933.

SCHOOLCRAFT, HENRY R.—*Personal Memoirs of a residence of thirty years with the Indian Tribes on the American frontiers.* Philadelphia, 1851.

SECRETARÍA DE LA DEFENSA NACIONAL.—"Revista del Ejército", ejemplar correspondiente a octubre, noviembre y diciembre.—México, 1938.

STEPHENSON, NATHANIEL W.—*Texas and the Mexican War.*—New Haven, 1921.

TORNEL, JOSÉ MARÍA.—*Tejas y los Estados Unidos de América en sus relaciones con la República Mexicana.*—México, 1837.

TORO, ALFONSO.—*Dos constituyentes del año de* 1824, *biografías de don Miguel Ramos Arizpe y don Lorenzo de Zavala.*—México, 1925.

URREA, JOSÉ.—*Diario de las operaciones militares de la división que al mando del general José Urrea hizo la campaña de Texas.*—Victoria de Durango, 1838.

VALADÉS, JOSÉ C.—*Santa-Anna y la guerra de Texas.*—México, 1936.

VARGAS REA.—*Texas y la Guerra de Independencia.*—México, 1944.

VARIOS AUTORES.—"Revista Española de Ambos Mundos".—Madrid, 1854.

VARIOS MEXICANOS.—*Consideraciones sobre la situación política y social de la República Mexicana en el año de* 1847.—México, 1848.

Digitized by Google

VILLA, PROF. EDUARDO W.—*Galería de sonorenses ilustres.*—Hermosillo, 1948.

VILLASEÑOR Y VILLASEÑOR, LIC. ALEJANDRO.—*Biografías de los héroes y caudillos de la Independencia.*—2 tomos, México, 1910.

YOUNG, M. D., PHILIP.—*History of Mexico, Her Civil Wars, 1520 to the present time,* 1847.—Cincinnati, 1850.

ZAMACOIS, NICETO DE.—*Historia de México desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días.*—Tomo XI, Barcelona y México, 1879.

ZINCÚNEGUI TERCERO, L.—*Tejas y el fondo piadoso de las Californias.*—México, 1937.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA REBELION DE TEXAS

INDICE GENERAL

	Pág.
Estudios Preliminares	IX
Preámbulo	XI
Biobibliografía	XII
Biografía del teniente coronel José Enrique de la Peña	XII
Su carrera literaria	XIV
Su carrera militar	XX
Los manuscritos	XXVI
Las principales invasiones de Texas	XXXII
Invasiones de Texas, época colonial	XXXIV
Incursiones de bárbaros	XXXV
Incursiones con fines de colonización y empresarios	XXXVI
Reseña y Diario de la campaña de Texas, por José Enrique de la Peña.	1
Prólogo	3
Capítulo Primero.—Sumario: Implantación del sistema de gobierno centralista y sus consecuencias.- Texas declara su independencia y pretextos que lo impulsaron.- Caótica situación moral, militar y económica de México en 1835.- Preparativos para la campaña.- Santa Anna deseoso de ganar nuevos laureles, consigue ser nombrado general en jefe.- Contratiempos para reunir fondos para la campaña.- Organización del ejército de operaciones sobre Texas. Vicente Filisola, segundo en jefe.- Capitulación del general Cos en Béjar.- Se inicia la marcha de San Luis Potosí hacia Leona Vicario.- Imprudencia del plan de campaña	11
Capítulo Segundo.—Sumario: Fuerzas enemigas que se iban a batir.- Salida de Monclova.- Provisiones para el ejército.- Efectivo de nuestras tropas.- Injusticias cometidas con el ejército a raíz de la campaña.- Comentarios en un Diario que en la división del general Ramírez y Sesma llevaba un oficial.- Intención de Santa Anna de establecer su cuartel general en Río Grande	30
Capítulo Tercero.—Sumario: Da principio el Diario de la campaña.- Contrariedades a la salida de Monclova y gran nevada en la primera jornada.- Llegada a Río Grande o sea villa Guerrero.- Carencia de puestos militares.- Santa Anna con su estado mayor y un reducido número de tropa se adelanta hacia Béjar. A su llegada ordena al coronel Duque que se le reúna a marchas forzadas.- El coronel Duque designa al teniente coronel José Enrique de la Pe-	

Digitized by Google

Pág.

ña (autor de esta Reseña y Diario de la campaña de Texas), como mayor de órdenes de su sección.- Posiciones que ocupaba el enemigo a la llegada de nuestro ejército.- Llegada del coronel Duque a Béjar 37

Capítulo Cuarto.—Sumario: Movimientos bélicos en Béjar.- Bowie solicita parlamento.- Santa Anna arrogantemente rehusa entrar en convenios.- Proclama de Santa Anna a sus compañeros de armas.- Llamado de los cabecillas tejanos a los suyos.- Heroica proclama de Travis a sus compañeros y compatriotas.- Consejo de guerra y resoluciones tomadas el cuatro de marzo para el ataque del Alamo.- Suerte a que se condenó a los prisioneros.- Firmeza de Travis y condiciones en que se encontraba el Alamo en cuanto a municiones de boca y de guerra.- Disposición de las tropas para el asalto.- Ataque y toma del Alamo.- Descripción pormenorizada del combate.- Gloriosa muerte de Travis.- Sacrificio innecesario que resultó muy caro al ejército mexicano.- David Crockett, forma en que murió.- Arenga de Santa Anna después del asalto.- Incineración de los cadáveres.- Amargas reflexiones después del asalto.- Inutilidad del asalto y cómo pudo haberse evitado la tragedia ... 53

Capítulo Quinto.—Sumario: Situación del ejército en Béjar después de la toma del Alamo.- Impericia de Santa Anna.- Miserias y especulaciones que sufrió el ejército en Béjar.- Inhumanidad con los enfermos y con los heridos por la carencia casi absoluta de médicos, cirujanos, medicinas y alimentos en los llamados hospitales.- Episodio trágico en el asalto del Alamo, en el que el autor de este Diario fué actor 77

Capítulo Sexto.— Sumario: Movimientos del ejército desde Béjar.- Lentitud de la marcha del centro.- Debilidades y errores del general Ramírez y Sesma.- Rápidos movimientos del ala derecha.- Marcha victoriosa del general Urrea.- Acción de San Patricio.- Jornada contra el doctor Diego Grant.- Ataque imprudente a la Misión del Refugio.- Reñido combate en Encinal del Perdido y rendición de Fannin.- Toma de Guadalupe Victoria y de Goliad.- Rendición de Ward en las Juntas.- Prisioneros del Cópano 85

Capítulo Séptimo.—Sumario: Faltas del general Ramírez y Sesma.- Efectivo de la fuerza enemiga y sus movimientos.- Sensaciones que produjo la acción del Perdido en el cuartel general.- Generosidad de los tejanos con nuestros heridos y prisioneros en 1835.- Contrasta dicha actitud con la presuntuosa de Santa Anna cuando dijo: "Ni pido, ni doy cuartel".- Ideas mezquinas del general en jefe.- Orden de ejecución de los prisioneros del Perdido que se hizo extensiva a los demás.- Noble indignación del ejército por los asesinatos de Goliad.- Disgusto general.- Varios pensamientos.- El general Arago.- Nuevos pronósticos siempre funestos 101

Capítulo Octavo.—Sumario: Marcha del general en jefe y de los cuerpos de infantería que aun permanecían en el cuartel general.-

Digitized by Google

Pág.

Desorden en que se marchaba.- Penurias y privaciones del soldado.- El autor de este Diario, como mayor de órdenes de la brigada de Zapadores se adelantó hasta el arroyo del Cíbolo para reconocer el terreno.- Encontró centenares de búfalos.- Se suspende la marcha para hacer honores principescos al general Presidente.- Reflexiones sobre los asesinatos de Goliad.- Gran riqueza en algodón y maíz en el trayecto del Guadalupe al Colorado.- Hermosos panoramas en Tejocote y en Arroyo de Navidad.- Sorpresa que causó la vista de un steamboat.- Descripción de San Felipe.- Torpeza del general Ramírez y Sesma en cuanto a la detención del steamboat. 120

Capítulo Noveno.-Sumario: Continúa la marcha de la columna.- Gran destrucción de pacas de algodón y cálculo aproximado sobre la pérdida por este concepto.- Excesos de los rebeldes en las propiedades de los colonos.- Expansiones íntimas ante el esplendor de la naturaleza y admiración que me causó una partida de indios conchates.- Orden de Santa Anna para que el general Cos se le reúna con 500 infantes escogidos.- Marcha Cos con el refuerzo solicitado.- Santa Anna, despechado por no haber sorprendido a los principales directores de la rebelión en Harrisburg, manda quemar la población.- Privaciones del soldado y de los oficiales.- La "aduana", casa habitación del general Ramírez y Sesma.- Expedición para sorprender Columbia que se frustra por ignorar el camino.- Descripción de algunas casas de colonos y reflexiones sobre los efectos de la guerra.- 22 de abril, corren rumores que se confirman a las 5 de la tarde de que el general Presidente fué sorprendido y derrotado en San Jacinto.- Empieza la contramarcha 134

Capítulo Décimo.—Sumario: Ligeros comentarios acerca del Diario.- Informes del capitán don Miguel Aguirre, jefe de la escolta del general en jefe, sobre la catástrofe del 21 en la que fué herido; primeros detalles sobre el particular.- El Batallón de Zapadores recibe orden esa misma noche, o sea la del 22, para acercarse a la margen del río de los Brazos creyendo los jefes y oficiales que iban a la ofensiva.- Por la tarde se recibe contraorden y empieza la retirada.- Por la noche se advierte una especie de aurora boreal por el rumbo de San Jacinto.- Indignación de jefes y oficiales por la retirada.- Reflexiones sobre la misma.- Valiente proclama de Filisola y deseos de que cumpla lo que en ella dice.- Comentarios sobre el desastre de San Jacinto.- Carencia absoluta del servicio de espionaje.- Más pormenores de la oprobiosa derrota de San Jacinto. 145

Capítulo Décimo Primero.—Sumario: Sensaciones que causó en el resto del ejército la derrota de San Jacinto.- Posición y fuerza después del 21 de abril.- La fuerza que había en Thompson debió reputarse como reserva de la que operaba a las órdenes del general en jefe.- Conocíamos el número y calidad de la fuerza del enemigo.- Como éste quedó débil después de su triunfo, nos hallábamos más que nunca en el caso de batirlo.- Proclama del segundo en jefe.- Impugnación.- Sus comunicaciones contradictorias.- Nos sobraban víveres y se pretextó su falta para justificar la retirada. 156

Digitized by Google

Pág.

Capítulo Décimo Segundo.—Sumario: Reunión en Madam Powell de las dos divisiones del ejército que se hallaban sobre el río Brazos.- Después de ella se continuó la retirada.- El general Urrea y la mayor parte de los jefes de los cuerpos se manifestaron contra dicha retirada.- Nueva crítica y máximas que se citan.- Pusilanimidad de Filisola.- Ordena imperiosamente que se reconcentren todas las fuerzas.- Liberalidad y ejemplar conducta del general Urrea con sus soldados.- Reunión de siete generales para discutir sobre el giro de la campaña.- Cinco de dichos generales eran extranjeros por no haber nacido en México y se acordó la retirada definitiva por mayoría de votos.- Urrea fué el único que abiertamente se opuso contra la infamante actitud de los demás generales.- Varios oficiales y el ejército lo secundaron, particularmente el autor de este Diario.- Reflexiones sobre el particular 165

Capítulo Décimo Tercero.—Sumario: La retirada además de ignominiosa fué muy desordenada y contra los principios de la ciencia.- Nuevas faltas y debilidad del general Filisola.- Opiniones sobre las circunstancias del general Santa Anna y del ejército, que se explayarán a su tiempo.- Si deben obedecerse las órdenes de aquél hallándose prisionero.- Mi opinión particular de no obedecerlas y de no ceder con el enemigo en nada que lastime el honor nacional.- Cómo debe considerarse éste, si como a súbditos rebeldes o como aventureros sin bandera conocida.- Hablar de las presunciones y temores que se tienen actualmente.- Sobre lo que resolverá el Gobierno de México, de si aprobará o no la suspensión de armas.- De cómo las circunstancias han obligado a tratar con un enemigo a quien tanto se despreciaba y se había insultado, fusilando bárbaramente a sus prisioneros y tratándolos peor que a piratas.- Mis ideas y sentimientos han desaprobado esta conducta, y celebro que se vean confirmadas mis esperanzas de que por generosidad se haya salvado a nuestros prisioneros.- Esta generosidad se atribuye a interés del enemigo, pudiendo muy bien ser así particularmente respecto del general Santa Anna.- Nueva organización del ejército para la retirada.- Comisión al general Woll para ir al campo enemigo 179

Capítulo Décimo Cuarto.—Sumario: Bondad del general Filisola.- Sus incertidumbres.- Atolondramiento de los generales.- Murmuraciones de los oficiales y de la tropa por las vueltas y revueltas en la marcha, sin considerar que todo el camino era pantanoso.- Recuerdos de Aníbal por la semejanza del terreno.- Opiniones varias sobre haber contramarchado mejor por el camino de Austin.- Se habla de que el general Urrea marcha a Victoria y el resto del ejército a Béjar, con cuya resolución se dará cumplimiento a las del general Santa Anna y se prepararía un nuevo triunfo al enemigo.- Conversación sostenida con un oficial del enemigo sobre el desastre de San Jacinto.- El general Andrade comunica tener mil hombres listos para el combate.- Se presentaron sobre la marcha cuatro soldados dispersos CON PASAPORTES de Smith ... 185

Digitized by Google

Pág.

Capítulo Décimo Quinto.—Sumario: Exuberancia de los árboles en el río de los Brazos y las bellezas naturales de los bosques de Texas.- Gestiones de Henry Karns y William Redd para canjear prisioneros.- Oficiales texanos traen un ejemplar del convenio celebrado por Santa Anna.- Otro hombre en la jerarquía y circunstancias de Santa Anna se hubiera levantado la tapa de los sesos antes que firmar su deshonra.- Humildad indecorosa de Filisola ante los oficiales texanos.- Visita al sitio de los fusilamientos en Goliad 193

Capítulo Décimo Sexto.—Sumario: Impresiones cambiadas entre el autor de este Diario y los oficiales texanos que llevaron el convenio de Santa Anna.- En tono familiar dijeron que si entonces no les cedíamos hasta el Río Bravo, al año siguiente nos obligarían a cederles hasta el Saltillo, cosa que yo les rebatí con ardor.- Insinuaron que ellos nunca se imaginaron que Santa Anna firmara dicho convenio.- Continúan las penalidades del ejército por la impericia de los dirigentes.- Se devuelven los prisioneros texanos y no regresa ninguno de los nuestros.- Arbitrariedades de los rebeldes texanos contra los colonos mexicanos.- El general Andrade antes de salir de Béjar arrasa el fuerte del Alamo que antes había reconstruído.- Digna actitud de dicho general ante los oficiales texanos.- Cuadros dolorosos que se vieron en la retirada al transportar nuestros heridos y enfermos.- Incidentes penosos que se registraron en los últimos días antes de nuestra llegada a Matamoros.- Final. 199

INDICE DOCUMENTOS ANEXOS 303

INDICE ILUSTRACIONES 307

INDICE BIOGRAFIAS 307

BIBLIOGRAFIA 309

INDICE GENERAL 317

Digitized by Google

Digitized by Google

Primera edición de **LA REBELIÓN DE TEXAS**,
numerada y firmada por el Editor. Consta de
doscientos cincuenta ejemplares en papel fino,
encuadernados en piel y protegidos con estuche.
Se terminó de imprimir el 15 de marzo de 1955
en los talleres de "Impresora Mexicana", S. A.,
5ª de Héroes Núm. 83, de la ciudad de México.

Ejemplar Núm. 19

El Editor.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

F 390 .P33 C.1
La rebelion de Texas
Stanford University Libraries
3 6105 039 969 915

STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
CECIL H. GREEN LIBRARY
STANFORD, CALIFORNIA 94305-6004
(415) 723-1493

All books may be recalled after 7 days

DATE DUE

JUN 18 2000
JUN 19 2000
SEP 24 2001
JAN 08 2002

STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD, CALIFORNIA 94305

Digitized by Google